

**LOUIS BROMFIELD**



**Vinieron  
las lluvias**

Lectulandia



El clásico de Louis Bromfield, que dio origen a la famosa película protagonizada por Tyrone Power y Myrna Loy, sigue siendo hoy tan fresco y apasionante como lo fue cuando se publicó y hechizó a miles de lectores de todo el mundo. Una maravillosa historia de amor ambientada en una India colonial.

El doctor hindú Rama Safti regresa de sus prácticas médicas en Estados Unidos para dedicarse a atender a los pobres de Ranchipur. Allí conocerá a Lady Edwina, una mujer infelizmente casada, que intenta paliar su soledad manteniendo efímeros romances. La situación cambiará para la pareja cuando se produzca un gran terremoto en la zona.

**Lectulandia**

Louis Bromfield

# **Vinieron las llluvias**

ePUB r1.0

Pepotem2 11.10.13

Título original: *The Rains Came*  
Louis Bromfield, 1937

Editor digital: Pepotem2  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A TODOS MIS AMIGOS DE LA INDIA:  
PRINCIPES, MAESTROS, POLÍTICOS.  
CAZADORES, BATELEROS, BARRENDEROS,  
Y DE MODO ESPECIAL  
a G. H.,  
SIN EL CUAL NUNCA HABRÍA CONOCIDO  
LA MARAVILLA Y LA BELLEZA DE LA INDIA,  
NI HABRÍA LLEGADO A COMPRENDER  
EL SUEÑO HINDU

Había dos hombres sentados en un bar. Uno de ellos preguntó al otro:

—¿Le agradan a usted los americanos?

Y el segundo, replicó vigorosamente:

—No

—¿Le agradan los franceses? —inquirió el primero.

—No —respondió el otro con la misma energía.

—¿Los ingleses?

—No.

—¿Los rusos?

—No.

—¿Los alemanes?

—No.

Hubo una pausa, y el primero, levantando su vaso, preguntó finalmente:

—Y bien, ¿quiénes le agradan a usted?

Sin vacilar un segundo, el otro respondió:

—Mis amigos.

*Por esta anécdota, el autor expresa su gratitud a su amigo Erick María Remarque.*

# PRIMERA PARTE

## I

Era la hora del día que más agradaba a Ransome. Sentado en la terraza, paladeaba su coñac y contemplaba cómo la dorada luz del sol iluminaba los *banianos*<sup>[1]</sup>, la casa pintada de gris-amarillo y la enredadera escarlata durante unos luminosos instantes, antes que el astro, con repentina zambullida, se hundiese en los confines del horizonte, dejando los campos sumidos en tinieblas. Era un espectáculo mágico, que, para su sangre septentrional, habituada a los largos, apacibles y azulados crepúsculos del norte de Inglaterra, no perdía nunca su extraño encanto: era como si, súbitamente, el universo entero se detuviese por un instante y luego se deslizase velozmente hacia un abismo de tinieblas. Para Ransome, había siempre en las puestas de sol indias una sombra de terror primitivo.

En Ranchipur había otras cosas, además de la belleza de la áurea luz. Era la hora en que el aire se quedaba inmóvil, impregnado del denso perfume compuesto por el humo de la madera y el estiércol de vaca quemados, por los jazmines y las maravillas, por el amarillento polvo levantado por los rebaños, conducidos a sus apriscos desde los quemados pastos del hipódromo, al otro lado del camino; la hora en que se oía el distante y sordo batir de los tambores junto a las ardientes piras funerarias, río abajo, más allá del parque zoológico del *maharajá*<sup>[2]</sup>, cuando comenzaba la gritería de los chacales, que se acercaban cautelosos a los linderos de la selva, en espera de que la súbita llegada de la oscuridad infundiese en sus amarillentos y cobardes cuerpos el valor suficiente para salir a buscar a la llanura lo que hubiese muerto durante el día. Al amanecer, les sucederían los voraces buitres, que saldrían de cavernas y oxiacantas cubiertas por los excrementos del ganado, en busca de los animales muertos en el curso de la noche. Y era también en aquella hora cuando se oía el sutil sonar de la flauta de Juan Bautista, puesto en cuclillas a la puerta del jardín, dando la bienvenida al fresco nocturno.

Juan Bautista se hallaba a la sazón bajo el enorme y ávido baniano, que todos los años lanzaba hacia el suelo sus aéreas raíces, las cuales mordían en la tierra, arraigaban y se apoderaban de otra u otras dos yardas cuadradas de jardín. Al Norte, cerca de Peshawar, había un enorme baniano que cubría acres enteros de terreno, toda una selva, que, no obstante, era un solo árbol vivo. «Si el mundo subsistiese el tiempo suficiente —pensaba Ransome—, ese árbol acabaría por adueñarse de toda la tierra, a la manera de la maldad y la estupidez humanas: lenta e implacablemente, lanzando hacia el suelo sus raíces aéreas, una tras otra, con toda la voracidad y el ímpetu vigoroso de la vida en la India».

Hasta los chacales y los buitres tenían que apresurarse a caer sobre sus presas sin vida —hombre o asno, vaca sagrada o perro paria, por igual— si querían seguir subsistiendo. Cuando se levantaba uno temprano para salir de la ciudad a dar un

paseo por el campo abierto, veíanse aquí y allí, por toda la tostada llanura, pequeñas y negras masas de vida, bullentes y belicosas, peleándose por devorar los cadáveres. Eran buitres. Pero si se emprendía el paseo tan solo media hora más tarde, ya habían desaparecido los cuerpos sin vida y en su lugar no quedaban más que blancos montoncitos de huesos enteramente descarnados: todo lo que restaba de una vaca, de un asno y, a veces, de un hombre.

Más allá del laberinto de sus perezosos pensamientos, escuchaba Ransome la sencilla melodía que Juan Bautista arrancaba a su flauta. Era una improvisación que no acababa nunca y que para el oído occidental de Ransome sonaba siempre lo mismo. Por lo que podía colegir, era aquel el único medio que tenía Juan de solazar su alma: la música y el cuidado de las maravillas y de los lirios azules, que era todo cuanto quedaba del jardín en época tan avanzada del año. Juan no tenía novia, o, si la tenía, la veía en secreto, de manera subrepticia. Su vida entera se reducía a la vida de su amo y señor: el té cuando Ransome se despertaba, el desayuno, la comida, la cena de este, las camisas y los calcetines del amo, sus jodhpurs (pantalones de equitación) y sus pantalones cortos, su coñac y sus cigarros. Era cristiano, un católico de Pondichery que hablaba el francés con más soltura que el hindustani o que el dialecto de Ranchipur, el gujerati; era el suyo un francés muy curioso, que, dulcificado y redondeado por su lengua, casi se convertía en un dialecto indio, haciéndolo inutilizable en salones, establecimientos de modas y en la esfera diplomática. Su verdadero nombre era Jean Baptiste, mas para Ransome siempre había sido Juan Bautista. «El Profeta —pensaba a veces—, con su flaco cuerpo, alimentado de langostas y miel silvestre, debía de haberse parecido a este macilento y minúsculo criado».

Alrededor de Juan, a la moribunda luz crepuscular, estaban en cuclillas algunos de sus amigos, uno de los cuales le acompañaba al son de un tambor aporreado con desmayado abandono. Todos eran, como él mismo, criados de distintos caballeros: probablemente del coronel, del señor Bannerjee, del mayor Safka, y uno o dos, tal vez, de la casa destinada a los huéspedes del maharajá. Era muy difícil distinguir a uno de otros.

Tocaron la flauta y el tambor durante un rato, y luego cesó la música; pero Ransome, sentado en la terraza, sabía que no estaban callados, que estaban simplemente chismorreando. Se hallaban enterados de todo lo que acontecía en Ranchipur. Ninguno de ellos sabía leer y ninguno habría soñado jamás con echar una ojeada a un periódico, pero estaban enterados de todo, no solo de las guerras, terremotos y calamidades que acaecían en remotas partes del mundo, sino también de los robos, adulterios, traiciones y muchas cosas más de las que sucedían en Ranchipur y que nunca llegaban a los periódicos de Bombay, Delhi o Calcuta, ni siquiera a oídos de aquellos a quienes servían. Juan Bautista estaba al servicio de Ransome desde la



llegada de este a Ranchipur; conocía perfectamente a su amo, y, de cuando en cuando, modestamente, le servía una estupenda noticia a la hora de la comida, como si le estuviese sirviendo el té o un plato de arroz. Por ejemplo, la escandalosa fuga de la señora Talmadge con el capitán Sergeant. Juan Bautista la había vaticinado, y por eso la supo Ransome tres días antes que se produjese. Podría haberla impedido advirtiéndole a Talmadge de lo que se fraguaba, de haber valido la pena entrometerse en aquel asunto.

Por fin, el grupo que estaba agachado debajo del baniano dejó de tocar, y Ransome vio cómo los hombres juntaban las cabezas, recortándose sus figuras contra la luz moribunda. Y, entonces, en la copa del árbol estalló un terrible alboroto, una frenética cacofonía de chillidos y gritador parloteo; y, a lo largo de las polvorientas copas de los grandes mangos, corrió una saltarina procesión de monos, los monos sagrados de Ranchipur, magníficos ejemplares de color gris negruzco, vocingleros, insolentes, cómicos y confiados en su secular experiencia de que nadie osaría matar ni a uno solo de entre ellos: ni los hindúes, pues en tiempos remotos habían combatido en la guerra al lado de Rama, ni los europeos, por temor al tremendo revuelo que suscitaría el asesinato de uno solo de tales animales. Ransome los odiaba y, al mismo tiempo, le divertían. Los aborreció en aquel momento por turbar la serena quietud del atardecer con su infernal algarabía, y los aborrecía siempre porque destrozaban las flores del jardín y arrancaban periódicamente las tejas del cobertizo. Juan Bautista y sus amigos, absortos en sus chismorreos, ni siquiera levantaron la vista hacia los árboles.

Roto el encanto por la algarabía de los monos, Ransome terminó de apurar la copa de coñac, dejó el abanico y, levantándose de la silla, dirigióse a la parte posterior de la casa para dar un vistazo al tiempo.

El jardín tenía la forma de un gran cuadrilátero circundado por altos muros de barro amarillento y espinosas ramas entrelazadas, que le daban un suave aspecto abigarrado allí donde las trepadoras buganvillas y las bignonias no lo cubrían. Ahora estaba totalmente seco. La tierra misma aparecía profundamente resquebrajada por el insolente ardor de un sol que brillaba eternamente, día tras día, sin el alivio de una ansiada nube. Aquí y allí, todavía se alzaba una cansada maravilla o una desesperada malva arbórea, con las raíces humedecidas por el jardinero con agua traída del insondable pozo del rincón, entrelazadas, retorcidas y agotadas por el implacable calor. Durante días enteros, durante semanas enteras, todos los habitantes del país — campesinos, comerciantes, soldados, ministros de Estado— habían estado esperando que el tiempo cambiase y que empezasen las lluvias, aquellas ricas y torrenciales lluvias que, de la noche a la mañana, convertían jardines, campos y selva, de un ardiente y quemado desierto en una masa de verdor que parecía agitarse con una vida frenética, retorciéndose, devorando las paredes, los árboles y las casas. Hasta el

viejo maharajá había estado esperando durante largas semanas de calor asfixiante, no queriendo trocar Ranchipur por las delicias de París y Marienbad hasta saber que habían llegado las lluvias y que su pueblo quedaba a salvo del hambre.

La tensión aumentaba a medida que iban transcurriendo las semanas. No era solo el espantoso calor lo que destrozaba cada vez más los nervios de la gente, sino también el terror: el terror al hambre y a las enfermedades, y el horror a aquel sol quemante, al que ya no podían soportar los nervios; porque nadie esperaba que ni siquiera el buen maharajá, con sus almacenes de grano y sus reservas de alimentos, pudiera salvar a doce millones de seres de la miseria y la muerte si Rama, Visnú y Krishna optaban por no enviar la lluvia. El terror extendióse por todo el pueblo; se le percibía incluso en los umbrosos jardines de los ricos comerciantes y en las terrazas de los afortunados europeos que podían huir a los establecimientos de las montañas. Era como una epidemia que, sin tener conciencia de ello, se transmitían unos a otros. Llegó a tocar al mismo Ransome, que no tenía necesidad de quedarse en Ranchipur. Hacía ya semanas que este terror anidaba en el ánimo de todos. Se palpaba en el ambiente. A veces parecía que podría tocarse con las manos.

De nuevo dejáronse oír la flauta y el tambor; su quejumbrosa melodía, casi triste, llegaba en ondas intermitentes desde la puerta de la cerca a través de los árboles del jardín.

La casa era grande y fea, construida hacía mucho tiempo para albergar a algún oficial británico, en los días del maharajá malo, cuando en Ranchipur había una guarnición de dos regimientos completos. Era una casa demasiado grande para Ransome, con vastas habitaciones de altos techos, cubierta de tejas, debajo de las cuales había un espeso entretejido de cañas y hierbas para protegerla del calor. Durante toda la noche correteaban ruidosamente por el entretejido de bálago mangostas, lagartos y ratones, que incluso perturbaban con sus correrías y chillidos las cenas que ofrecía Ransome. Había una nota fantástica en aquel enorme edificio cuadrangular, de estilo georgiano, con su techumbre de cañas que daba cobijo a toda una colección de bestezuelas. Por fuera se parecía a cualquier casa de Belgravia (Barrio elegante de Londres, situado al sur de Knightsbridge, y en el cual se encuentra Belgrave Square), y por dentro estaba lleno de mangostas y lagartijas. Ransome habíase aficionado a ambas especies por igual: a las tímidas y nerviosas mangostas, por sí mismas, y a las lagartijas, porque devoraban a los mosquitos. Durante la cena se las veía salir de detrás de una miniatura mogola para irse a ocultar precipitadamente tras otra, atrapando de paso algunos mosquitos.

El sol se hundió de pronto en el ocaso, y la oscuridad envolvió al jardín como si sobre él hubiese caído un tupido velo; las estrellas surgieron súbitamente, resplandeciendo como los famosos diamantes de la vieja y fogosa Esposa del maharajá. Despaciosamente, Ransome deambuló por el sendero del jardín, pasó cerca

del pozo rodeado de bambúes que ahora murmuraban mecidos por la suave brisa que siempre se levantaba unos instantes a la puesta del sol. Una mangosta cruzó sigilosamente el sendero a lo lejos, como una sombra, en su nocturna búsqueda de ratones, serpientes y huevos de serpiente. Ransome aborrecía a estos reptiles, cuya estación empezaba ahora. Juan Bautista había matado ya una cobra en el parque del maharajá, exactamente al otro lado de la puerta del mismo. Tan pronto como cayesen las primeras y grandes gotas de lluvia, saldrían en manadas de sus escondrijos, de entre las viejas raíces y las hendiduras de los muros: cobras, víboras de Russell, pequeñas y feroces kraits, pitones gigantes. El jardín estaba circundado por un muro, pero de manera misteriosa los reptiles se las arreglaban siempre para invadirlo. Todas las temporadas, los criados mataban media docena de ellos. El año anterior, Togo, el jabalí favorito, había muerto a consecuencia de la mordedura de una krait que no mediría un pie.

Las ventanas de la casa se iluminaron, y Ransome supo que Juan Bautista había dejado su flauta y el chismorreó con sus amigos para ponerse a preparar la cena. Ransome podía verle, yendo y viniendo de un lado para otro, silenciosamente, como un fantasma, sin más atuendo que un simple taparrabo. Era pequeño, casi una miniatura de hombre, pero no a la manera de un enano, sino total y perfectamente formado, como la estatua de bronce de un atleta hecha a tamaño reducido, flaco, con la delgadez del hombre que de niño ha trabajado mucho y nunca ha comido lo suficiente. Durante las horas de máximo calor, Ransome le había autorizado para que anduviese desnudo por la casa en cumplimiento de sus deberes domésticos. Aquello era razonable y limpio, porque Juan Bautista, desnudo, era perfectamente limpio. Tan pronto como se ponía blancas prendas europeas, se hacía sucio. A los cinco minutos, el blanco inmaculado de la tela estaba manchado de polvo y de ceniza, de sopa y de café. Carecía de idoneidad para los trajes europeos. Desnudo permanecía limpio, porque había conservado el hábito de sus antepasados hindúes de bañarse todos los días. Cada mañana se dirigía al pozo, en el extremo del jardín, y, bajo los ardientes rayos del sol, se lavaba de pies a cabeza. Era un hecho singular —pensaba Ransome— que la mayoría de los indios de las castas inferiores, tan pronto como se convertían al catolicismo, se volvían sucios y olvidaban bañarse. Los protestantes eran más limpios. En esto —pensaba Ransome— radicaba la principal diferencia entre las misiones jesuita y protestante. Los protestantes, mientras salvaban las almas, enseñaban las reglas elementales de la higiene. Los jesuitas solo se ocupaban de extender el poder de su iglesia, con higiene o sin ella.

Ransome utilizaba exclusivamente una parte de la enorme casa: el comedor, un saloncito y el dormitorio, en la planta baja. El salón grande, una vasta y desnuda pieza que daba al Norte en busca de un poco de fresco, lo utilizaba como estudio. Allí era donde entretenía sus ocios pintando. El resto de la casa estaba cerrado y

deshabitado, salvo para los ratones y las lagartijas.

Cuando se hubo cambiado de ropa, Ransome salió de su habitación y bajó al comedor. En los rincones de la pieza había ventiladores eléctricos que renovaban el aire sin cesar. Eran menos pintorescos que los anticuados punkahs, pero más eficaces. Ransome daba gracias a Dios porque Ranchipur fuese un Estado progresivo que disponía de una central eléctrica, excéntrica y de poca confianza, desde luego, pero aquello era mejor que si no hubiese existido nada en absoluto. Después de las instalaciones para la distribución de las aguas, era la central eléctrica lo primero que se mostraba a los visitantes. Seguían luego, en orden de importancia, el ferrocarril de vía estrecha, el hospital, el parque zoológico y el manicomio.

En la desnuda mesa había una descomunal fuente repleta de frutas: granadas, melones, mangos, guayabas y papayas. El espectáculo no solo era decorativo, sino que resultaba delicioso y refrescante, además de satisfacer el sentido pictórico de Ransome. Los chacales habían cesado de aullar. Permanecían silenciosos en medio de la oscuridad, entregados a una nerviosa búsqueda de carroña. La brisa abatióse repentinamente y la noche volvió a quedar tranquila y estrellada. Antes de la llegada del monzón, las estrellas parecían acercarse extraordinariamente a la tierra. Y ni siquiera los ventiladores eran capaces de dar la más leve ilusión de frescor.

Cuando Juan Bautista apareció trayendo el consommé frío, ya no estaba desnudo; vestía un traje de dril blanco, recién sacado del dhobi; pero en el codo ya se veía un tiznón de ceniza, y una mancha de consommé en el delantero de la chaqueta. Dejó la sopa sobre la mesa y esperó. Transcurridos unos instantes, Ransome preguntó:

—¿Qué has oído contar esta noche, Juan?

El cuerpo del muchacho se agitó levemente con repentino y ondulante movimiento antes de contestar, complacido por la curiosidad de su amo. El repetir las habladurías que había oído, el relatar a su amo cosas que este ignoraba, le daba sensación de importancia y seguridad en sí mismo, la impresión de ser algo valioso.

—Poca cosa, *sahib*<sup>[3]</sup> —respondió—. Cosas acerca de la señorita MacDaid.

Tenían un modo muy singular de conversar. Ransome se dirigía al muchacho en inglés, y este contestaba en su extraño y dulce francés de Pondichery. Cada cual entendía perfectamente a su interlocutor, pero ambos preferían expresarse en su propio idioma.

—¿Qué ocurre con la señorita MacDaid?

—Antonio dice que está enamorada del mayor Safka.

—¡Oh! ¿Mucho?

—Demasiado —afirmó Juan con una tímida sonrisa.

—¡Ah! ¿Y qué más?

—Un gran *sahib* va a venir a visitar a su alteza. Y su esposa vendrá con él.

—¿Quién es?

—Se llama lord Heston —Juan Bautista pronunciaba «Eston», pero Ransome sabía a quién se refería—. Antonio ha dicho que su esposa es muy hermosa. La vio en Delhi. Pero asegura que es un diablo, sahib, una diablesa, una sorciére.

Ransome terminó su consomé y Juan Bautista se llevó el plato sin añadir una palabra más. Nunca hablaba si no era requerido para ello y jamás ofrecía una información que no se le pidiese, de modo que no siguió adelante con el tema de lord Heston y la diablesa, dejando que Ransome, perplejo, se preguntase la razón por la cual una pareja, extraordinariamente rica además, hubiese decidido venir a Ranchipur en una época del año en que todos los que podían escapar se marchaban a las montañas. Sabía quién era lord Heston y frunció el ceño al pensar que su llegada perturbaría la paz de Ranchipur. El nombre de «lady Heston» hizo que algo se agitase en su memoria, pero no pudo recordar quién era y pensó que hacía demasiado calor para realizar ninguna clase de esfuerzos. La información acerca de la señorita MacDaid le había impresionado más profundamente, porque le parecía muy improbable y, aunque cómico, algo sumamente trágico.

Podía marcharse cuando quisiera. Nada le retenía aquí, como le retenía al viejo maharajá el sentido del deber para con su pueblo; o como al mayor Safka y a la señorita MacDaid les retenía la obligación de velar por la salud de doce millones de seres humanos; o como a los Smiley el tener a su cuidado a los hijos de los *intocables*<sup>[3a]</sup> y de las castas inferiores; o como al señor Bannerjee, una esposa hermosísima, que había resuelto quedarse porque era india y apasionada nacionalista y le repugnaba la idea de marcharse a las montañas. Casi hubiera podido decirse que Ransome se quedaba por pura perversidad. Tenía mucho dinero y ningún lazo que le ligase a este mundo; y, no obstante, allí seguía, soportando el asfixiante calor, en espera del día —si es que llegaba alguna vez— en que se abrirían los cielos y derramarían el agua a torrentes, y de los campos y la selva se desprendería un denso vaho, y toda la vegetación se contorsionaría y crecería lujuriantemente en medio de aquel increíble calor húmedo que era aún peor que la polvorienta y ardiente sequía de la estación invernal. Había algo en la contemplación de aquella tierra muerta y reseca rompiendo de improviso en una increíble orgía vital, que le conmovía más de lo que le había conmovido ninguna otra manifestación de la Naturaleza. Con la llegada del monzón, se apoderaba de él un verdadero frenesí de energía, bajo cuyo influjo pintaba día tras día, mientras duraba la luz, desnudo y sudoroso en medio del húmedo calor, unas veces en el vasto y desierto salón de paredes enmohecidas, otras en la terraza, atormentado por los insectos, pintando el jardín, que parecía cobrar vida ante sus ojos, tratando de fijar en el lienzo el milagro, hasta que, al fin, comprendiendo que había fracasado en su intento, destruía todo lo que había hecho y se refugiaba de nuevo en su coñac.

No experimentaba la tentación de marcharse, porque no tenía ningún deseo de



irse a Simla, o a Darjeeling, o a Ootacamund, para verse rodeado de gentes insignificantes de no menos insignificantes ambiciones, de oficiales del ejército y de funcionarios acompañados de sus esposas e hijos, con sus prejuicios, su aire de superioridad y su snobismo, sus clubs y sus maneras de arrabal. Por dos veces había intentado adaptarse a aquel ambiente y le había sido imposible; lo encontraba intolerable, mucho más intolerable que el monzón.

Una vez que hubo terminado de cenar y de tomarse el café perfectamente helado (gracias fuesen dadas a Dios por la fábrica de hielo del maharajá), encendió su pipa, cogió un bastón y salió a dar un paseo vespertino. Al cruzar la puerta del jardín vio que Juan Bautista había vuelto con sus amigos bajo el baniano y estaba tocando la flauta. Cuando Ransome pasó cerca de ellos, Juan y los tres músicos parlanchines se levantaron y, haciendo una profunda zalema en medio de la densa oscuridad, murmuraron: «Buenas noches, sahib».

Tomó la dirección de la ciudad, andando por la carretera que llevaba del hipódromo al viejo palacio de madera. Allí, bajo los mangos, hacía un poco más de fresco, pues los carros de riego acababan de pasar a la puesta del sol y la carretera estaba húmeda todavía. Pasó por delante de la casa de Raschid Alí Khan, el ministro del Interior, a quien consideraba como amigo, y luego por la del señor Bannerjee. Ya era completamente de noche, y la eterna partida de volante (Juego practicado con una pelota pequeña de madera, coronada de plumas, que se lanza por el aire con raquetas), que tan de buen tono le parecía al señor Bannerjee, había tenido que ser interrumpida. Brillaba una luz en el salón, pero no se percibía ninguna señal de que hubiese alguien en la casa. Inconscientemente, se detuvo un momento ante la puerta del jardín, con la vaga esperanza de ver desde lejos a la señora Bannerjee, pero no descubrió ni la más leve señal de su existencia. Aquella mujer le fascinaba, no tanto como mujer que como obra de arte: fría, clásica, distante, como una figura desprendida de los frescos de Ajunta. El carácter del señor Bannerjee siempre suscitaba en el ánimo de Ransome una curiosa mezcla de sentimientos: simpatía, diversión, lástima y desprecio. El señor Bannerjee era como una débil caña maltratada por los vientos que soplaban ora del Este, ora del Oeste.

Alejándose de la puerta del jardín, Ransome siguió descendiendo el suave declive en dirección al puente que cruzaba el río. Yacía ahora este bajo el calor como una inerte serpiente adormecida, a los pies de la estatua de la reina Victoria, hecha de hierro fundido y que adornaba de manera harto dudosa la pilastra central del puente. El río no llevaba corriente, era como un largo y verde canal cubierto de algas, que reflejaba el brillante fulgor de las estrellas. Cuando llegasen las lluvias, se transformaría en un torrente amarillento, que atravesaría todo el centro de la ciudad, entre templos y bazares, cubriendo las grandes escalinatas que ahora, desnudas y polvorientas, descendían desde el templo de Krishna hasta el agua estancada.

Después de atravesar el puente, Ransome torció hacia la izquierda, a lo largo del polvoriento camino que seguía el curso del río, cruzaba el parque zoológico y pasaba por delante de las llameantes piras funerarias. Era un paraje sumido en tinieblas, solamente rasgadas por el débil resplandor de las estrellas, mientras el oscuro sendero se alejaba allí de toda morada humana; pero Ransome no se sentía alarmado: en parte, debido a que en Ranchipur, a diferencia de lo que ocurría en la mayoría de los estados indios, había muy escaso peligro, y en parte también, porque era un hombre fuerte, alto y delgado, que, salvo en la guerra, nunca había experimentado la sensación del temor físico. Además, realmente no tenía miedo a la muerte. Desde hacía mucho tiempo, la vida o la muerte se habían convertido para él en un asunto totalmente indiferente.

Cuando hubo avanzado un buen trecho por aquel oscuro camino percibió un apagado resplandor que provenía de un lugar más bajo que el nivel del sendero. Al irse acercando, vio que tenía su origen en tres piras, dos de las cuales estaban casi extinguidas, mientras que la tercera, un poco más apartada, todavía llameaba. Era esta la que iluminaba los mangos y teñía la superficie de las estancadas aguas de un resplandor fosforescente. En torno a ella se distinguían las siluetas de tres hombres, sin otras prendas sobre sus desnudos cuerpos que sendos y escuetos taparrabos. Se detuvo un momento en el parapeto para observarlos.

Uno de aquellos hombres, el pariente más cercano del difunto, atizaba de cuando en cuando la pira de maderas encendidas, golpeándola impacientemente. El cadáver, a medio consumir, aún no había perdido su forma, pero era evidente que los tres dolientes se hallaban cansados y estaban a punto de regresar a sus casas. Ransome, divertido, se apoyó en el parapeto, observando, y entonces uno de los hombres, dándose cuenta de su presencia, se dirigió hacia él. Era un individuo delgado, de edad mediana, y se dirigió a Ransome con la sonrisa en los labios, invitándole a que se acercase. Ransome declinó la invitación, diciendo en hindustani que el espectáculo no encerraba novedad alguna para él, y el hombre le informó de que estaban incinerando a su abuela y que el proceso les estaba llevando demasiado tiempo. En el momento mismo en que Ransome se volvía para reanudar la marcha hacia la ciudad, el hombre se echó a reír haciendo un chiste macabro.

Ransome iba con frecuencia a aquellos parajes a la caída de la noche para ver las piras. Los envolvía una especie de macabra belleza, y en el mismo espectáculo de la cremación había una especie de fe y de certidumbre que le procuraban paz y placer. Parecíale que, por el hecho mismo de la incineración, los hindúes negaban al cuerpo toda importancia. Era como si dijese: «Lo muerto, muerto está», apresurándose a deshacerse del cuerpo, a devolverlo a la tierra tan rápidamente como fuese posible, antes que se pusiera el sol, sencillamente, sin ostentación, sin barbarie, sin extensos discursos. Lo más que hacían era manifestar un pesar de precepto, unas veces sincero,

con más frecuencia simplemente convencional, como las arcaicas danzas de Tanjore. Desde el instante en que moría una persona no quedaba para ellos nada de aquella esencia que habían amado o tal vez odiado. El cuerpo era solo una máquina, que unas veces les proporcionaba placer y otras, dolor. En su desprendimiento había una especie de realidad jamás alcanzada por un cristiano. Creían firmemente que el cuerpo no era nada y se negaban a honrarlo. En Occidente, los hombres fingían creer que el cuerpo era solo polvo. En Occidente, el cuerpo, el barro, tenía a los hombres eternamente encadenados.

Por último, llegó a la plaza. Era enorme, estaba flanqueada por uno de los lados por la fachada del viejo palacio de madera, abandonado desde hacía largo tiempo, desolado, un edificio lleno de incontables balcones y ventanas enrejadas, que conservaba detrás de sus muros el recuerdo de tenebrosas y siniestras historias de muertes por envenenamiento, estrangulación y apuñalamiento. En los días anteriores a la revuelta, los maharajás habían vivido allí, pero desde hacía cincuenta años era un lugar solitario y abandonado, solo habitado por espectros, que se conservaba como una especie de polvoriento y desierto museo, cerrado para siempre. Aquel edificio siempre había fascinado a Ransome, que lo disputaba como un monumento a las tinieblas y a la maldad que habían reinado en Ranchipur antes del advenimiento del actual maharajá, enviado por los dioses y los ingleses para cambiar todo aquello. No había luces en el viejo y abandonado palacio, pero su blanca fachada aparecía iluminada por el reflejo de las luces del cine situado enfrente, y en el cual se proyectaba un antiguo y deteriorado film de Charlie Chaplin. Era la hora en que iba a empezar el espectáculo y un estridente gong eléctrico sonaba incesantemente por encima del rumor de la multitud y de los gritos de los vendedores de pastelillos, de pan y de golosinas llamativamente coloreadas. De cuando en cuando, un hombre de casta inferior le reconocía al pasar y le saludaba haciendo una zalema. Le agradaba pensar que hubiesen llegado a aceptarle como parte integrante de Ranchipur.

Al otro lado de la plaza estaba el depósito, una gran extensión de agua, de forma rectangular, enteramente rodeada de gradas, que por espacio de dos mil años había sido el centro de la vida en aquel polvoriento mundo quemado por el sol durante ocho meses al año. Aquí venían los pobres a bañarse, las dhobis y las lavanderas a lavar la ropa, las viejas a comadrear y los niños a jugar. En otros tiempos, las vacas sagradas y los carabaos habían deambulado por aquí, arriba y abajo, manchando con sus excrementos las amplias y suaves gradas, pero desde hacía mucho tiempo no se les dejaba andar por aquí medio muertos de hambre. Formaba parte de los deberes de la Policía el mantenerlos lejos de la plaza y del centro de la ciudad.

A esta hora de la noche, la superficie del depósito reflejaba las luces de la plaza, las del resplandeciente cine, las de los fuegos de los vendedores que hacían tortas de arroz y las de las lámparas de petróleo en las tiendas de los plateros, que, sentados en

el suelo con las piernas cruzadas, golpeaban el metal con pequeños martillos hasta darle la forma deseada.

Cuando Ransome cruzó la plaza, amortiguóse el ruido procedente del cine y de los vendedores, y entonces llegó a sus oídos un nuevo ruido, igualmente confuso y estridente. Provenía de la Escuela de Música, que se alzaba en el lado más lejano del depósito. Era un enorme y monstruoso edificio de ladrillo construido según el estilo gótico del monumento erigido a la memoria del príncipe Alberto, en Bombay. Había luces en todas las ventanas y en cada una de las aulas había alumnos trabajando. Ransome conocía el aspecto de todas las aulas, con sus filas de desnudos bancos de madera ocupados por hombres de todas las edades, desde viejos nonagenarios hasta niños de diez y doce años, todos muy atentos, todos encantados aprendiendo música, porque había algo en su alma que se lo exigía y no estarían satisfechos hasta que lo tuviesen. Ransome iba con mucha frecuencia a aquella escuela, en parte porque la música y los estudiantes le fascinaban, en parte por la belleza del espectáculo en sí mismo.

Estuvo largo tiempo dando la espalda a la increíble barahúnda, contemplando las luces de la distante plaza, al otro lado del depósito. Millares de bermejizos, tan grandes como halcones, atraídos por las luces del cine, revoloteaban y describían círculos por encima de la pulida superficie del agua, alejándose una y otra vez, confundidos y desconcertados, en sus incesantes evoluciones sin meta por encima del depósito.

Luego, Ransome sacudió la ceniza de su pipa y, dando media vuelta, penetró en la Escuela de Música. Mientras avanzaba, observó que la sala de maternidad del hospital, situado a corta distancia, se hallaba profusamente iluminada. Sin duda alguna, en su interior estaba viniendo al mundo otro indio, o tal vez dos o tres, a añadir la carga de sus existencias a la de los trescientos sesenta millones de seres humanos que se extendían por la vasta masa de desiertos, selvas y ciudades de la India. La señorita MacDaid estaría allí, y quizá, si el caso era muy difícil, también estaría el mayor Safka. Recordó entonces los chismorreos de Juan Bautista acerca de la señorita Mac Daid y el mayor Safka. Pero desechó rápidamente estos pensamientos. La señorita MacDaid era una mujer seria, fea, eficiente, tenaz —tenía más de hombre que de mujer—, y Safka era diez años más joven que ella y podía obtener lo que quisiera de las mujeres. No; era un rumor absurdo, imposible. Y, sin embargo, sabía que Juan Bautista y sus amigos no se equivocaban nunca.

Una vez en el interior de la Escuela de Música, se dirigió al despacho de su amigo el señor Das, el director. Hallábase este repasando un libro Mayor, en el que anotaba a la europea toda suerte de números y cantidades, siéndole, por consiguiente, imposible poner en claro el estado de sus ingresos y gastos. Era un hombrecillo tímido y sensible, de cabello gris y numerosas arrugas en el rostro, insignificante,

salvo por el fuego que ardía en su interior y que, de cuando en cuando, afloraba a la superficie iluminando sus grandes ojos oscuros. Tenía una sola pasión en la vida: la música india. Y nadie en el mundo entero la conocía más a fondo que él: la antigua y estilizada música extraterrena de los templos del Sur, la música de los *mjputs*, la de los bengalíes, incluso la de los musulmanes descendientes de Akbar, que él consideraba con cierto desdén como «moderna» e inarticulada, corrompida por el jazz occidental y eternamente cambiante.

Salvo las pocas horas que dedicaba al sueño, el señor Das vivía en medio de un perpetuo estruendo, ya que la escuela estaba abierta todo el día, desde las primeras horas de la mañana hasta medianoche. Las clases eran gratuitas, pues la *maharani*<sup>[4]</sup> era una amante de la música, y el maharajá, lo mismo que Akbar, se esforzaba por proporcionar a su pueblo todo lo que le procurase algún placer y contribuyese a hacer su existencia más feliz. En la escuela se enseñaba toda clase de música. Disponía de músicos procedentes de todas las partes de la India. Cuando se atravesaban los amplios corredores, se oía la música de todas las castas y de todos los pueblos: la de los musulmanes y bengalíes, la de los *rajputs*<sup>[5]</sup>, *máratas*<sup>[6]</sup> y *cingaleses*<sup>[7]</sup>, y hasta la de los antiguos y morenos moradores del Sur y la de los extraños y salvajes *bhils*<sup>[8]</sup>, que vivían con sus rebaños de cabras más allá del monte Abana, al pie de colinas infestadas de panteras.

Al ver a Ransome, el señor Das se levantó apresuradamente de su silla y cruzó la habitación para salir a su encuentro y estrecharle la mano. Apreciaba mucho a Ransome porque este era un amante de la música. Era el único europeo en todo el Estado que se había interesado lo bastante por la escuela para ir a visitarla dos veces. Y eso halagaba la vanidad del señor Das, cuya fuerza motriz en la vida consistía en un deseo de agradar constantemente contrariado. No manifestó ninguna sorpresa por la presencia de Ransome en Ranchipur en una época tan avanzada de la estación, y comprendió que Ransome había ido a la escuela porque deseaba oír algo de música.

—¿Qué desea escuchar esta noche? —inquirió con ansiedad.

Ransome contestó que le gustaría oír al cantor rajput.

—¡Ah, ya, Jemnaz Singh!

Y mientras hacía numerosos comentarios acerca del calor, del tiempo y de la demora del monzón, dio unas palmadas para llamar a un chico que se encargase de avisar a Jemnaz Singh, después de lo cual condujo a su visitante a lo largo de un extenso y desnudo corredor hasta la pequeña sala de audiciones. Pero al hablar del tiempo, incluso la voz del señor Das, perpetuamente absorbido por su pasión por la escuela, vibró con cierto temor. Las lluvias debían haber comenzado un mes antes. Era un temor ancestral que surgía de la sangre, un temor engendrado por diez mil años de hambres y sequías.

La pequeña sala de audiciones estaba decorada según el estilo de una provinciana



estación de ferrocarril inglesa; pero en el centro de la misma, en el diminuto escenario, habíase ya formado una miniatura de extraordinaria belleza, que atraía en seguida la mirada, cautivándola, y aniquilaba como un potente resplandor la ausencia de gusto en el estilo Victoriano de la sala. En el centro del grupo estaba sentado el propio Jemnaz Singh, con las piernas cruzadas, sosteniendo el laúd. A ambos lados de su persona hallábanse sentados dos muchachos, el primero con un gran tambor entre las rodillas y el otro con una flauta en las manos. El cantor era un hombre de corta estatura, de delicada constitución física y fino rostro de extraordinaria belleza. Llevaba un enorme turbante de rajput de diversos tonos verde oscuro, violeta y rosáceo, y un atchcan de brocado de seda en el que los mismos colores se mezclaban con la plata y un violeta más intenso en un dibujo de extravagantes flores. Era un ser raquíptico, y bajo la piel, de un dorado desvaído en los pómulos, se acusaban dos apagadas manchas rojizas. Al ver a Ransome inclinó la cabeza y sonrió, y cuando aquel se hubo sentado y el señor Das hubo vuelto a sus cuentas, Jemnaz Singh se dispuso a cantar.

Los largos y pálidos dedos, con las uñas teñidas, pulidas y dadas de laca, recorrían las cuerdas del laúd, tanteando, buscando una inspiración, un tema. A cada uno de sus lados, siguiendo con la mirada de sus grandes ojos oscuros los movimientos de aquellas manos bellísimas, los muchachos esperaban. Una frase tras otra fue probada e inmediatamente desechada, hasta que, por fin, el cantor dio con lo que buscaba y empezó a cantar, fijando el tema. Los muchachos seguían a la expectativa, escuchando, observando. Era un tema puro y hermosísimo el que había hallado, una ordenada filigrana de sonido. Lo cantó una vez por completo y luego lo repitió introduciendo una leve variante. Entonces los muchachos, que ya habían comprendido, empezaron a tocar, uno el tambor y el otro la flauta, improvisando cada uno su acompañamiento. Y así fue repitiéndose el motivo una y otra vez, como un tema de Bach con variaciones, extrañamente puro y al mismo tiempo intrincado y complicado, como las tallas de los blancos templos de mármol del monte Abu. Y Ransome, encantado, cerró los ojos para escuchar mejor, porque Jemnaz Singh era un gran músico. Solo los abría de cuando en cuando, y eso porque la belleza del espectáculo era tan grande como la belleza de la música: el cuerpo, el rostro y la actitud del cantor constituían un motivo tan exquisito como la música misma. Para Ransome, el mundo, toda la futilidad de su propio pasado, la árida carencia de un plan para el futuro, se desvanecieron en el éxtasis del momento. En el fondo de su alma fatigada, era feliz.

No tenía idea del transcurrir del tiempo, y de pronto el súbito estallido de un trueno gigantesco le devolvió el sentido de la realidad y empañó la belleza de la música. El cantor prosiguió hasta haber terminado la última de sus variaciones, y luego dejó el laúd para elevar una oración de gracias a Kali. ¡Por fin habían llegado

las lluvias!

\* \* \*

La tormenta, acompañada de un súbito y violentísimo viento procedente del golfo Pérsico, estalló con tremenda rapidez, ocultando todas las estrellas, semejantes a los diamantes de la maharaní, como si sobre ellas se hubiese corrido un tupido velo. Los truenos y los feroces relámpagos aceleraron el vuelo de los gigantes murciélagos por encima del depósito de agua. Apenas acababa Ransome de dar la vuelta a la plaza, cuando gruesas gotas de lluvia empezaron a hundirse en la espesa capa de polvo. Las luces del cine apagáronse de pronto, y, en medio de fuerte alboroto y prorrumpiendo en grandes gritos, los vendedores de tortas de arroz y pastelillos empezaron a recoger apresuradamente sus mercancías y a escabullirse en todas direcciones, como polluelos asustados. Arreció el viento y los árboles se doblaron, balanceándose. Ransome no tenía otro medio de regresar a su casa que valiéndose de sus propias piernas, ya que habían desaparecido hasta las pequeñas tongas de vivos colores, que usualmente esperaban a sus clientes delante del viejo palacio. Tornó el camino más corto, cruzando el puente y siguiendo la carretera hacia el hipódromo, pero no se apresuró, pues la belleza de la música que acababa de oír y la repentina violencia de la tempestad le habían sumido en una especie de encantamiento.

Los relámpagos se sucedían uno tras otro, blanquísimos, cegadores, de modo que su camino parecía iluminado por gigantescas bengalas. Las primeras y gruesas gotas de lluvia fueron seguidas por otras, que caían cada vez con mayor rapidez, hasta que el cielo entero pareció verterse en una inmensa catarata.

Al llegar a la altura de la casa del señor Bannerjee se hallaba tan empapado como si hubiese estado nadando en el río con las ropas puestas. Un poco más lejos, a la súbita luz de un relámpago, vislumbró una pequeña figura en bicicleta, pedaleando con la cabeza baja en esforzada lucha contra el ímpetu de la tempestad. Al resplandor de un segundo relámpago identificó en ella la figura de su amigo el señor Smiley, de la Misión americana. Del manillar de la bicicleta colgaba una gran cesta llena de fruta. En medio de la oscuridad, Ransome saludó a gritos a la pequeña y raída figura, pero su voz se perdió en el fragor de la tormenta. Se preguntó adonde podría ir a semejante hora de la noche. Debía de haber sus buenas tres millas hasta la Misión.

Cuando, al fin, cruzó la puerta de su jardín, las blancas ropas se le adherían a la carne moldeando su delgado cuerpo. Una vez dentro de la casa se dirigió, atravesando el largo corredor, hacia la terraza que daba al jardín, allí se despojó de la ropa y permaneció así, completamente desnudo, contemplando la violencia de la tempestad. Las ramas de los mangos azotaban con sus negros látigos el deslumbrante resplandor de los relámpagos, mientras el agua caía a torrentes sobre la tierra resquebrajada y

sedienta. Mañana todo volvería a estar verde, maravillosamente verde, por obra y gracia del milagroso monzón. Poco después descendió los escalones que conducían al jardín y dejó que la cálida lluvia resbalase por su piel como renacer a la vida. Y todo el cansancio que atenazaba su alma desapareció de repente.

## II

En el ala del hospital dedicada a maternidad, la señorita MacDaid iba y venía de una sala a otra. Era una mujer corpulenta, no gruesa, pero sí recia, y, con el sofocante calor que allí reinaba, fue empapándose lentamente de sudor hasta parecer finalmente que sobre ella hubiese caído toda la fuerza del aguacero. En vano buscaba una oportunidad para irse a su pequeña oficina el tiempo suficiente para cambiarse de ropa y volver a experimentar la sensación, si no de frescor, sí, al menos, de limpieza, como conviene a toda buena enfermera. Eso hubiera sido más fácil si todas las mujeres hubiesen estado en una sala; pero teniendo en cuenta que una de ellas era la mujer de un barrendero, otra una bunya, casada con un pequeño comerciante, y una tercera la esposa de un albañil, debían permanecer separadas, ya que el maharajá, que generalmente mantenía una actitud inflexible con respecto a la consideración con que debían ser tratados los *intocables*, había tenido que ceder en lo referente a la sala de maternidad, resolviendo que las *intocables* ocuparan una sala independiente.

Quienes más guerra daban eran la mujer bunya y la esposa del albañil, ya que la mujer *intocables* se comportaba en el parto con la rapidez y facilidad de un animal sano. La mujer bunya, como si lo considerase un deber para con la superioridad de la casta a que pertenecía, gemía, chillaba y se lamentaba amargamente. El caso de la esposa del albañil era más difícil, ya que tenía deformada la pelvis y el parto se prolongaba sin otro resultado que un evidente agotamiento de la paciente, que se mostraba muy sufrida, con la resignación sin esperanza característica de las personas extremadamente pobres. Pertenecía, como bien sabía la señorita MacDaid, a los millones de seres que nacían y morían en la India sin haber tenido jamás lo necesario para comer. La pelvis estaba deformada como consecuencia del raquitismo que la mujer había padecido de niña. No tenía más que dieciséis años y aquel era su primer hijo, pero adivinaba vagamente, con instinto animal, que había algo que no marchaba bien. No gritaba, yacía en la cama, asustada, con el rostro ceniciento y los grandes ojos negros muy hundidos en las órbitas.

La señorita MacDaid podía confiar a sus dos ayudantes por lo menos el caso de la mujer intocable, sencillo y natural. Las dos enfermeras eran bastante competentes. Una de ellas, una mujer de veintiséis años, era sobrina del maharajá, soltera, y llevaba cinco años trabajando al lado de la señorita MacDaid. La otra, la señora Gupta, era viuda, hermana de uno de los ayudantes de campo de la maharani. Ambas mujeres poseían un sentido fatalista, un sentido de abnegación y devoción cuya existencia hacía mucho tiempo que la señorita MacDaid había descubierto en muchos indios. Eran pacientes, inteligentes y concienzudas, pero era precisamente este sentido de la resignación lo que despertaba la desconfianza de la señorita Mac Daid. En su presbiteriana sangre escocesa quedaban pocas trazas de fe en la predestinación.

Estaba siempre dispuesta a luchar hasta el final, a no dejar piedra sin remover, y, si después de todos sus esfuerzos, la fatalidad terminaba por vencer su tenacidad escocesa, ello solo probaba que merecía la victoria.

\* \* \*

Las dos enfermeras hacían solo lo que ella les permitía hacer y nada más; porque, como todos las personas seguras de sí mismas, la señorita MacDaid dominaba a cuantos estaban a su alrededor, anulando su espíritu de iniciativa. Envolvía en una especie de bruma a los que trabajaban con ella, con la sola excepción del mayor Safka, ante cuya autoridad e inteligencia se rendía plenamente. Cuando las cosas se situaban fuera del alcance de sus fuerzas, hacía llamar al mayor Safka.

No tardó en nacer el niño en la sala de las *intocables*, y la señorita MacDaid estuvo presente para ocuparse de que todo fuese bien en los últimos momentos. La mujer, yacía de espalda en el angosto lecho de hierro, aliviada, y silenciosa, contemplando a la señorita MacDaid con ojos resplandecientes de gratitud. Ahora que el parto había concluido, parecía una gacela salvaje que hubiese sido capturada y se hubiera resignado al cautiverio. La señorita Mac Daid estaba sorprendida, como siempre, por la belleza salvaje y animal de los *intocables*. Eran una raza distinta a las demás, cuyo origen se perdía en un remoto pasado del cual no quedaba vestigio alguno. En Ranchipur la vida se les hacía muy llevadera y las antiguas barreras habían desaparecido casi por completo, excepto entre los trasnochados ortodoxos hindúes. A la señorita MacDaid le agradaban más que la mayoría de los pacientes que ingresaban en el hospital. Su tenacidad, su denuedo y su vitalidad eran cualidades muy gratas a su corazón de escocesa. Comían lo suficiente, y era muy raro verlos hambrientos, como a las gentes de las castas pobres. Por espacio de cinco mil años habían sido simples barrenderos, desligados de los ritos, ceremonias y tabúes de una fe decadente, de modo que nunca se los veía extenuados por el hambre o deformados como la esposa del albañil o como la mujer bunya incluso, cuya dieta consistía invariablemente en lo mismo. Las mujeres *intocables* comían carne también, y eso se reflejaba en el fuego de sus ojos y en la férrea fortaleza de sus cuerpos.

El niño ya estaba, bañado, al lado de su madre; era una criatura diminuta, parecida a un mono de color negro purpúreo, arrugada, pero rolliza, y chillaba con tal vigor, que incluso llegaba a anular la frenética barahúnda que salía por las ventanas de la Escuela de Música. Había sido la princesa, la sobrina del maharajá, quien había bañado al niño intocable. Era aquello algo que la señorita MacDaid consideraba realmente increíble: que en una sola generación esta mujer joven, perteneciente a una orgullosa casta de guerreros, hubiese dado de lado todos los prejuicios acumulados durante cinco mil años y se hubiese puesto a trabajar tranquilamente entre los parias.



Sonrió a la princesa, por quien sentía un genuino afecto, y dijo:

—Es un niño muy hermoso.

Luego se dirigió a la madre en gujerati, alabando a su hijo. Y de pronto cruzó por su mente un singular relámpago de intuición gaélica, que fue como una visión. Vio a esta sobrina de un maharajá guerrero y a este monito recién nacido de una mujer *intocables* como símbolos del futuro de la vasta India. De ellos vendría el socorro y la salvación. De ellos estaba surgiendo aquella extraña corriente de esperanza, de confianza y de fe que la señorita MacDaid sentía a su alrededor en este país al que tanto amaba y que de modo extraño e imperceptible había hecho suyo. De la inteligencia y tolerancia de esta joven enfermera y del vigor de este niño paria, podría nacer de nuevo una gran nación, renacer toda una civilización.

La señorita MacDaid lo sabía, no como resultado de la actividad de su inteligencia, sino a través del sagaz instinto de la gente de su raza, y lo sabía tal vez mejor que los filósofos, economistas e historiadores que, sentados en cerrados aposentos al otro lado del mundo, elaboraban diversas teorías.

Pero los gritos de la mujer bunya la hicieron volver a la realidad y regresar a la otra sala, en donde la señora Gupta, la hermana del ayudante de campo, le comunicó que el niño estaba a punto de nacer. Enérgicamente, la señorita MacDaid la apartó a un lado para ocuparse de que todo marchase como debía marchar. No se presentaba ninguna complicación en este caso. Pero un gemido procedente de la cama de hierro en donde yacía la mujer del albañil le indicó que había llegado el momento supremo. No había esperanza de que el niño naciese normalmente y la mujer estaba decayendo rápidamente. Había sucedido lo que más temía la señorita Mac Daid en los pacientes indios: la mujer había renunciado a la lucha y ahora estaba resignada, sin voluntad para realizar el más insignificante esfuerzo. Quería morir, pero la señorita MacDaid quería que viviese a pesar suyo.

Se volvió a la enfermera y dijo:

—Una de ustedes tendrá que ir a buscar al mayor Safka. La otra puede preparar el quirófano. La que vaya tendrá que ir acompañada por uno de los muchachos. No puede ir sola.

Fue la sobrina del maharajá la que se ofreció a ir espontáneamente, porque tenía la bicicleta en el hospital y porque ella tenía menos que temer de la vieja y fogosa maharani. Por otra parte, conocía perfectamente el inmenso palacio y podía llegar derechamente hasta la soberana sin pérdida de tiempo. Así, pues, se puso una capa, llamó al portero y ambos partieron montados en sus respectivas bicicletas. Sucedió esto en el mismo momento en que aquel colosal trueno rompía el sutil hilo musical con que el cantor rajput tejía su melodía en honor de Ransome.

### III

Antes de mandar a buscar al mayor Safka, la señorita MacDaid había esperado hasta el último instante, hasta que ya no quedaba ninguna esperanza, pues era esta la única noche de la semana en que ella se esforzaba porque no se le molestase. Eran las únicas horas en que descansaba de un trabajo que habría agotado a tres hombres, y casi siempre las pasaba en palacio. Era una especie de compromiso sagrado, una orden real. Los viernes por la noche jugaba al póquer con la maharani. Y no lo hacía por considerarlo un deber, ni siquiera por deferencia a los deseos de la arrogante y hermosa anciana, sino porque, lo mismo que a ella, de todas las cosas de la vida lo que más le gustaba era jugar.

Acompañada por el portero, la enfermera pedaleaba a través de las gruesas gotas de lluvia, que cada vez caían con más rapidez, hasta llegar a la Escuela, de Ingenieros, en donde la tormenta se formalizó. En dos o tres minutos quedaron calados hasta los huesos. Cegados continuamente por el terrible aguacero y por el resplandor de los salvajes relámpagos, se metieron por una puerta lateral de los jardines de palacio y se lanzaron por el serpenteante sendero, bajo los estremecidos árboles, hasta llegar al regio edificio, cuyos torreones, agujas y balcones recortaban sus negros perfiles contra el cielo tempestuoso. Dirigiéronse a una entrada de la parte posterior del palacio, pues la enfermera ya había tenido que ir otros viernes por la noche a avisar al cirujano y sabía lo que tenía que hacer. La vieja *maharani* jugaba al póquer en secreto, sin que lo supiese el maharajá, el cual no oponía ninguna objeción a que su esposa jugase en Montecarlo, en Deauville o en Baden-Baden, mas le había prohibido que lo hiciese aquí, en su patria, en su propio palacio, en medio de su pueblo. Pero el maharajá le había prohibido muchas cosas en el curso de su larga vida en común, solo para que la *maharani* hiciese su santa voluntad al final.

En aquel momento se hallaba sentada en su sala particular, ante la mesa de caoba, rodeada por el mayor Safka, dos sobrinos, un ayudante de campo y el general de división Agate. Los sobrinos habían aprendido el póquer en Cambridge y jugaban de una manera un tanto estólida y conservadora. El general Agate jugaba de acuerdo con su temperamento, muy explosivo, y, por consiguiente, perdía siempre. Las pérdidas las incluía en los gastos de viaje, porque consideraba que esta visita suya tenía carácter diplomático. No se trataba de una visita oficial, dispuesta por el virrey, sino oficiosa y, en consecuencia, tanto más importante y valiosa. Había interrumpido simplemente su viaje a Poona, deteniéndose aquí unos días para ver a sus viejos amigos, los soberanos de Ranchipur.

Era el general un caballero rechoncho, de unos sesenta años de edad, con el rostro encarnado como un pavo y unos enormes bigotes blancos. Había pasado en la India la mitad de su existencia, y, en cierto modo, constituía un caso de la naturaleza imitando

al arte, pues era un perfecto general de novela de Kipling, no solo por su aspecto, sino también por su carácter. Sobre sus sólidos hombros llevaba todavía la carga de todas las razas de color y sabía imponerse con su voz estentórea a todos los recién llegados cuando se tocaba el tema del Reino. Era una especie de partida la que había entablado ahora con los soberanos de Ranchipur, una partida mucho más importante y mucho más difícil que la del póquer, una partida que le irritaba, porque era hombre de inteligencia lenta y temperamento colérico. No obstante, en el fondo de su carácter explosivo se sentía tranquilo y reconfortado por la creencia de estar sirviendo las grandes tradiciones del Imperio británico, es decir, no solo con las armas (como proclamaban sus incontables medallas), sino también mediante las sutiles argucias de la política exterior.

Estos indios eran importantes porque eran ricos, tenían poder y conocían el juego político de Europa tan bien como el de la India. No era este un oscuro Estado regido por un príncipe depravado y sandio. Incluso el general se daba cuenta de que Ranchipur era un Estado importante, y no solo importante, sino peligroso, porque había refutado toda la teoría de la superioridad del hombre blanco. Durante los cincuenta años de reinado del viejo maharajá, ahora dormido en otra parte del palacio, a un buen cuarto de milla de distancia, Ranchipur se había desprendido de la enfermiza apatía y de las supersticiones de la antigua India para elevarse a la posición de un Estado moderno, admirablemente organizado y administrado. Había demostrado que los indios podían ser excelentes administradores y magníficos economistas, y que eran capaces de dar solución a problemas tan complicados como el de las clases desamparadas. Era un Estado más civilizado y avanzado que muchas partes de Inglaterra y América, más que los Midlands o Pittsburgh, por ejemplo (aunque para el general nada de lo de América tuviese ninguna importancia, o, mejor dicho, ni siquiera existiese).

El general habría preferido entrar en Ranchipur montado en un elefante, a la cabeza de sus tropas, y que el populacho le hubiese recibido con la frente hundida en el polvo, formando dos largas filas a lo largo de la avenida que conducía desde el viejo palacio hasta el hipódromo. Así era como un general británico debía hacer su entrada, no como un maldito funcionario civil, llegando en un vagón de ferrocarril, para ser recibido con aire condescendiente (de esto no estaba completamente seguro y la incertidumbre le turbaba) en un Rolls-Royce por un sobrino del maharajá, que le transmitía las excusas de su tío, retenido en palacio por un ataque de gota. (¿Por qué había de padecer de gota un maharajá, tratándose de una enfermedad de generales retirados?). Si él hubiese tenido voz en el asunto, habría tratado a toda la India de una manera diferente. Si él hubiese tenido voz en el asunto, no existiría ya el problema indio. Lo habría resuelto en un abrir y cerrar de ojos. Pero el Ministerio para la India estaba siempre interponiéndose en su camino. Aquellos patanes de Whitehall creían

conocer la situación mejor que él, el general de división Agate, que había pasado la mitad de su vida en la frontera Noroeste.

Se imaginaba incluso ser un consumado diplomático, convencido de que la hermosa anciana de ojos negros, sentada enfrente de él, le tenía por un manso corderillo y por el más rendido de sus amigos. No sospechaba el general que, detrás de su mano de póquer, la *maharani* sabía exactamente lo que él estaba pensando y hasta qué punto podía confiar en su amistad. Para ella no era el general más que un aburrido y viejo fanfarrón a quien debía distraer en interés propio, porque, después de todo, lo que estaba en juego era una inmensa partida, una interminable partida de paciente espera, que debía jugarse con el rostro impassible de un buen jugador de póquer, hasta que Europa se destruyese a sí misma o se hundiese entre las ruinas de su decadencia. Era más fácil entretener al general jugando al póquer que oírle hablar de la necesidad de encerrar a las esposas y madres británicas en la frontera Noroeste detrás de cercados de alambre espinoso, con el fin de salvarlas de la violación a manos de los hermosos salvajes de las tribus musulmanas (experiencia que la vieja *maharani*, para sus adentros, consideraba no exenta de posible interés).

La estancia en que se hallaban era una reproducción moderna de otra que la *maharani* había visto en la Malmaison, fielmente reproducida hasta en los menores detalles. La alfombra de Aubusson estaba cubierta con una capa de algodón blanco, que se quitaba todas las mañanas antes que se levantase su alteza y se reemplazaba por otra de algodón recién lavada. Debajo de la mesa no había más calzado que las botas del general. Los sobrinos, el ayudante de campo y el mayor Safka solo tenían puestos los calcetines, y la *maharani* y sus damas no llevaban nada que cubriese las uñas pintadas de laca de sus desnudos pies, cuyos dedos aparecían adornados con esmeraldas, diamantes y rubíes.

A los sesenta y siete años, la *maharani* se conservaba todavía hermosa, porque su belleza era de esa clase indestructible que reside en los huesos de la cara y no en la carne o en el color de la piel. Sus grandes y ardientes ojos negros brillaban en un rostro perfectamente terso, de un suave y claro color café au lait. Llevaba los labios pintados de rojo escarlata, en armonía con el pequeño distintivo de realeza que ostentaba en el nacimiento del orgulloso arco de su nariz fieramente cincelada. Era una faz llena de vida y expresión, no solo bella, sino extraordinaria. Era el rostro de una mujer que a los trece años, princesa semisalvaje de las montañas, no sabía leer ni escribir. Ransome siempre pensaba en ella como en «la última reina».

En el momento en que su sobrina, la enfermera, entraba en palacio por un corredor trasero, saltando por encima de los dormidos guardias, la *maharani* recogía sus cinco cartas. Cuatro de ellas eran picas: el dos, el tres, el cinco y el seis. La expresión de su rostro no se alteró lo más leve. Era el mayor Safka, el cirujano, quien distribuía los naipes, alto, apuesto, agradable, con un cigarro en una de las comisuras

de la boca. El general recogió las suyas y vio que tenía tres ases. Los sobrinos no tenían nada, y el mayor Safka, dos parejas, una de reyes y otra de ochos.

Las cartas que le habían correspondido a la *maharani* eran muy de su agrado, ya que su fogosa naturaleza no se contentaba con un juego tan sencillo como un trío o un color, sin descartarse y robar. Su temperamento saludaba alborozado los obstáculos.

Los dos sobrinos pasaron, y su tía, con rostro pétreo, abrió el juego. El general, resoplando un poco y muy arrebolado, la siguió y, a su vez, el mayor Safka hizo lo mismo. Su alteza se contentó con pedir una carta. El general pidió dos y el mayor Safka una. Antes de mirar sus cartas, tanto la *maharani* como el general contemplaron al mayor, la una sin alterar la pétreo expresión de su rostro; el otro agitado y furibundo. El general fue el primero en mirar las cartas, y cuando se encontró con el cuarto as, su faz tornóse perceptiblemente más encarnada. Cuando la *maharani* miró las suyas encontró en su sitio, como si hubiera sido enviada allí por el Destino mismo, el cuatro de picas. Por un instante, un fugaz relámpago iluminó sus negros ojos, aunque no el tiempo suficiente para que el general lo percibiese. Pero el mayor Safka sí lo vio, como veía casi todas las cosas. A la *maharani* le gustaba mucho jugar con el mayor, porque era un digno rival de ella. El general resultaba un adversario demasiado fácil.

Empezaron las apuestas, de manera cautelosa al principio, siguiendo el mayor Safka por dos veces para cerciorarse de que los demás no estaban practicando el bluff. Cuando se convenció de que no era ese el caso, echó sus cartas sobre la mesa y, brillándole los azules ojos, esperó la iniciación de la gran batalla. La *maharani* y el general empezaron a remontar las apuestas una vez tras otra, y el mayor, observándolos, comprendió que no se trataba simplemente de ganar la partida de póquer. Era algo mucho más profundo que eso. Era la lucha de una *maharani* india, la más orgullosa y la más hermosa de todas, contra todo el Ejército británico. Por debajo de las apuestas se deslizaba una corriente eléctrica cargada de odio, una lucha entre el orgullo y la arrogancia. La expresión de la anciana soberana no se alteró en modo alguno; solamente la mirada de sus negros ojos se hizo un poco más dura. Fue el general, con sus cuatro ases, quien primero dio muestras de flaqueza. Al cuarto envite el tinte de su rostro se tornó de rosáceo en rojo, y al quinto, en purpúreo, y el general comprometió su honor vacilando por espacio de un segundo. Pero una burlona mirada de la *maharani* le aguijoneó a seguir adelante. Y prosiguieron remontando las apuestas una y otra vez, hasta que la egregia dama, graciosamente, pero con aire condescendiente, dijo:

—General, no deseo arruinarle. Tengo una escalera de color.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras extendía las cartas sobre la mesa.

Fue un momento de honda amargura, como si el general hubiera sido derrotado en el campo de batalla por una fuerza mortificadamente inferior a la suya. Furioso,

arrojó las cartas sobre la mesa. Por un instante estuvo a punto de hacer lo que la *maharani* deseaba que hiciese, es decir, perder la serenidad y portarse como un mal jugador, poco deportivo. Pero el general recordó a tiempo el cricket y los campos de deporte de Eton y se salvó de lo peor. No obstante, el gesto con que había arrojado las cartas sobre la mesa había sido suficiente. La *maharani* no pedía más. Estaba satisfecha. Sabía que la nota de gastos del general alcanzaría este mes una cifra exorbitante.

En aquel momento su sobrina apareció en el umbral de la puerta. De sus ropas chorreaba el agua, que iba a caer sobre el inmaculado algodón que cubría la alfombra. Fue el mayor Safka, el cirujano, el primero que la vio, e inmediatamente se levantó de la silla. La *maharani* se volvió; todas sus joyas centellearon sobre el fondo negro y plata de su sari. La muchacha le hizo una reverencia y empezó a hablar rápidamente, primero en mánara, dirigiéndose a la maharani, y luego en hindustani con el mayor.

—Ruego a su alteza que me disculpe —dijo este en inglés—. Volveré tan pronto como me sea posible.

Saludó con una inclinación de cabeza al general y salió de la estancia en compañía de la princesa.

Durante los instantes en que la enfermera estuvo en el umbral de la puerta, chorreando agua, la irritación del general, de manera muy oportuna y conveniente para él, había encontrado un nuevo motivo sobre el cual abatirse. Era muy posible que aquella aparición le hubiese impedido ponerse en ridículo, embotando un poco el filo del espléndido triunfo de su regia adversaria. Ahora, ya no se mostraba irritado por la derrota de sus cuatro ases, sino por la interrupción que había sufrido el juego.

Dirigiéndose a la maharani, preguntó:

—¿Por qué tiene que marcharse?

No, dijo «el mayor Safka», porque de este modo conseguía dos cosas: eludir el uso del título de «mayor», no conferido por el Gobierno británico, sino por un maharajá, y dar a entender que, como persona, consideraba al cirujano un ente completamente insignificante. La *maharani* le comprendió perfectamente.

Con semblante impasible repuso:

—Ha ido a hacer una operación. En el hospital hay una mujer de casta inferior que no puede dar a luz. El general resopló y dijo:

—Bueno, ¿a quién le toca dar las cartas? Vamos a seguir.

## IV

La mujer bunya dio felizmente a luz a su hijo, pese a todo el alboroto que armó. Era un varón delgaducho y desnutrido, una cosita arrugada. Mientras la enfermera le bañaba, la señorita MacDaid le contemplaba con desdén.

—Otro buen hindú —comentó—, que crecerá, se casará y dará origen a todo un plantel de hijos macilentos, que nunca comerán lo necesario.

Era esto lo que aquejaba a la India, más que ninguna otra cosa, esta «enfermedad hindú». Sabía muy bien que si el niño había nacido delgaducho y débil no era porque la madre no hubiese podido procurarse los alimentos necesarios. La mujer era bunya, y su marido, como todos los comerciantes, se las había arreglado para sacar de una u otra manera, honestamente y, lo más probable, deshonestamente, el dinero suficiente para alimentar a su familia de manera adecuada. El problema radicaba en la religión y en los sacerdotes y en sus necias supersticiones. Ella había visto a niños y hasta adultos de ambos sexos que, una vez rescatados de aquel ambiente y debidamente alimentados, se habían convertido de seres raquíuticos, enfermizos, con piernas esqueléticas y vientres hinchados, en criaturas saludables y rebosantes de vigor. Momentos había en que la señorita MacDaid, desesperada, habría asesinado gustosa a todos los sacerdotes y habría amputado su religión del cuerpo dolorido de la India, como si se tratara de un miembro enfermo. Le dijo a la enfermera:

—Nunca verá usted a un niño musulmán o *intocables* tan enfermizo como ese. Estos hindúes de casta nacen ya con escasas posibilidades. Eso es lo que ocurre con Gandhi, además de ser gujerati de raza y de casta bunya. Y por eso es pequeño y astuto.

Pero, como siempre, fue incapaz de proseguir su discurso. Tenía otras muchas cosas en la cabeza. Estaba la mujer del albañil, que yacía semiinconsciente en la cama, y la preocupación de si el mayor Safka llegaría a tiempo para salvar a la madre y al hijo. Sabía que si moría la madre, al marido le importaría probablemente poco; pero si la criatura era varón y se perdía, todo serían histéricas lamentaciones. Sola en su sala, la mujer del barrendero se había dormido con el niño a su lado.

Fuera seguía rugiendo la tempestad y la lluvia seguía cayendo a torrentes. El estruendo de la Escuela de Música había quedado completamente ahogado, y, perversamente, con la llegada de la tormenta, la temperatura parecía haber aumentado, lejos de disminuir. Un vapor húmedo y cálido envolvía a todo Ranchipur.

En el escurrido y eficiente pecho de la señorita MacDaid rugía otra tempestad no menos violenta que la que acababa de desencadenarse. Iba a ver a Safka dentro de unos momentos, suerte que no había esperado tener en un viernes por la noche, y que debía agradecer a la deformada pelvis de la mujer del albañil.

Era como una enfermedad. La señorita MacDaid no sabía cómo había empezado.

Había llegado de modo imperceptible, sin síntomas, a menos que se considerasen como tales las bromas que se habían gastado desde el principio. En cierto modo, la cosa había empezado en el momento mismo que, cuatro años antes, le había visto llegar directamente de un hospital de Londres para hacerse cargo de la Sanidad en Ranchipur. Siempre recordaría su llegada al hospital en el Rolls-Royce de su alteza, con el soberano sentado a su lado, lleno de complacencia en su sencillez por haber dado con un joven tan hábil, inteligente y enérgico. Siempre recordaría la señorita MacDaid el momento en que el mayor descendió del vehículo y subió la escalera, sonriendo amistosamente, para saludarla. Iba vestido todo de blanco, y era alto, musculoso, de piel pálida y ojos azules. «Debe de ser un brahmán de Poona», había pensado en seguida, y se sintió terriblemente satisfecha cuando descubrió que, en efecto, así era. Le molestaba mucho oír decir a los europeos que todos los indios eran iguales, porque la verdad era que se diferenciaban unos de otros mucho más que los europeos, que estaban mucho menos mezclados que estos últimos. Semejante observación denotaba una supina estupidez. ¿Cómo era posible sostener que la varonil fogosidad de las tribus de la frontera Noroeste se asemejase en modo alguno a la delicada y cincelada belleza de los hombres de Rajputana, o que el volátil y ligeramente mogolizado bengalí se pareciese al belicoso márata, robusto y musculoso como un pequeño terrier?

Desde el principio, a la primera mirada, la señorita MacDaid se había enamorado irremisiblemente, no tanto del hombre como de la idea del mismo. Cuando le vio bajar del Rolls del maharajá, pensó, sin reflexionar: «Así podría ser la India». Aquella India que formaba parte de su misma alma.

Y en el transcurso de las semanas, había comprobado que, en efecto, era un cirujano tan inteligente y brillante como había dicho el maharajá; que sus grandes y musculosas manos eran tan delicadas como las de una mujer y tan firmes y seguras como el felino avance de un gato. Poco a poco —generalmente en aquellos momentos que comían juntos un bocadillo por la noche en el hospital, mientras ella preparaba un poco de té y charlaban con cierta intimidad—, había ido enterándose de otras cosas referentes a él: que su madre había sido una dirigente del movimiento orientado a purgar de sus supersticiones la fe del hindú, su degeneración y su derrotismo, para devolverle su pureza original; que él había estudiado en Cambridge, habiendo defendido con el remo los colores de la Universidad, y, que había sido también famoso jugador de cricket. Y varias cartas que recibió de Inglaterra confirmaron lo que había asegurado el maharajá. Decían que era un excelente cirujano, cosa que ya sabía ella. Aunque indio, habría podido hacer allí una brillante carrera; pero él había preferido regresar a Ranchipur, porque esta era su patria y este era su pueblo, y porque en Ranchipur podía obtener del maharajá todo lo que necesitase para cumplir su misión con respecto a aquel.



Al principio le había considerado como a un muchacho, aunque ya tenía treinta y tres años cuando llegó aquel día en el Rolls-Royce del maharajá. Nunca había pensado ella en los hombres como tales, ya que la suya había sido una vida plenamente ocupada, y nunca había tenido para ella el día bastantes horas y, además, siendo a su modo una gran mujer, habíase tropezado con muy pocos hombres a quienes no se considerase superior no solo como mujer, sino, a veces, incluso como hombre. Al principio, el mayor Safka le había parecido más bien la encarnación — una encarnación muy atractiva, desde luego— de una idea, de algo a lo que ella misma había dedicado toda su vida y sus inmensas energías.

Su historia había comenzado bastantes años atrás, como hija de un excéntrico médico escocés que había decidido establecerse en Surabaya. Ejercía su profesión cuando alguien le necesitaba, pero estaba muchísimo más interesado por su laboratorio, por las fiebres tropicales y por diversas enfermedades curiosas. Había viajado mucho, escudriñando las vidas y los cuerpos de los habitantes del hormigueante Oriente, porque en su ánimo bullía aquella extraña comezón que impulsa a tantos escoceses a recorrer el mundo, a establecerse en algún apartado lugar, a colonizar, a crear por sí mismos todo un mundo nuevo, en lugar de llevarse consigo el viejo, como hacen los ingleses. Algo en Oriente había cautivado su alma, y ya no regresó nunca a Europa, hasta que murió víctima de una de aquellas extrañas enfermedades que tanto se había esforzado por comprender.

Su hija se había criado, por tanto, en Oriente, aunque no a la manera de un comerciante o de un funcionario público, metida en un recinto privado o en un establecimiento para extranjeros y enviada después a estudiar a Inglaterra, sino, a veces, como una verdadera indígena, en contacto con los hijos e hijas de los comerciantes locales y con la mestiza descendencia de los plantadores holandeses. A los diez años hablaba perfectamente el holandés y el malayo, y a los treinta había aprendido el hindustani y el gujerati. Cuando cumplió los veinte había ido a Inglaterra.

Era la primera vez en su vida que se alejaba de Oriente, y, aunque le encantaron la brumosa belleza de las montañas escocesas y la verde serenidad de los jardines ingleses, no consiguió familiarizarse con ellos. Todas las cosas que veía le parecían pequeñas y grisáceas, porque en su corazón y en su alma pervivían toda la violencia, la magnificencia y la desolación de Oriente. Incluso el clima de Inglaterra y Escocia le parecía triste y mortecino, y su brumosa frialdad, infinitamente más molesta que el ardiente calor de Oriente. En Inglaterra no había esplendorosas auroras, ni violentas inundaciones, ni terremotos, ni el impetuoso e hirviente crecer de la vida, nada en absoluto de aquel salvaje esplendor que llenaba el mundo en donde había pasado su infancia. Y la suciedad que vio en los Midlands y en los suburbios de Londres, durante los años que siguió allí los cursos de enfermera, no era mejor ni menos

horrible que la suciedad que había conocido durante sus viajes por todo Oriente en compañía de su excéntrico padre, el doctor MacDaid. Ni en la misma Surabaya había visto semejante suciedad. Y la suciedad oriental le parecía menos insoportable, debido a que no estaba encerrada en casas húmedas y abarrotadas de gente, a que no quedaba confinada en oscuras y angostas callejuelas, sino que se derramaba hacia afuera, diluyéndose en el aire y la luz. Sentíase desconcertada también por los prejuicios de la gente con quien hablaba, incluso médicos inteligentes, respecto al tema de las razas y los colores, confundiéndola su creencia en su superioridad física y económica; porque, en el fondo de su corazón, y como resultado de su singular existencia, ella no tenía prejuicios. La señorita MacDaid era una de los muchos bienaventurados para quienes las criaturas humanas son criaturas humanas, independientemente de su nacionalidad o credo, color o raza; y así, su vida había tenido una plenitud desconocida para muchos.

Después de cuatro años de estancia en Inglaterra, había regresado sin ningún sentimiento a Oriente, en donde se sentía de nuevo en su patria, feliz por verse otra vez en medio de aquella grandeza, aquella violencia y aquel colorido, que Europa no conocería jamás. Se estableció en Bombay, y llevaba allí escasamente un año cuando se le presentó una oportunidad que no podía ser más grata al corazón de una mujer como la señorita MacDaid. En todo Bombay no se habría hallado otra mujer que la aceptase; pero la señorita MacDaid había respondido inmediatamente con un sí en aquella tarde de las postrimerías de diciembre, cuando habló en el despacho del director del hospital con aquel indio bajito y un poco rechoncho, vestido a la europea, y que no era otro que el gran maharajá de Ranchipur.

Quería fundar un hospital y una escuela de enfermeras. Quería educar a su pueblo en el cuidado de los niños. Quería desterrar las plagas, el cólera y la terrible malaria, que consumían las energías de su pueblo. Ya existía en Ranchipur un hospital provisional; pero él deseaba fundar uno de los mejores y más modernos hospitales, uno como algunos de los que había visto en Alemania. Si consiguiese encontrar una enfermera dispuesta a enfrentarse con una vida extraordinariamente dura por algún tiempo, dispuesta a soportar el bloqueo y las intrigas de ministros y dignatarios del Estado, que muchas veces malograrían sus esfuerzos, dispuesta a luchar contra la ignorancia y los prejuicios, no solo de los indios, sino de los europeos que vivían en Ranchipur, contra la suciedad y las enfermedades; si consiguiese encontrar una enfermera así, él se cuidaría de que tuviese todo el dinero que necesitase, procedente la mitad del Estado y la otra mitad de su propia fortuna personal.

Por unos instantes, quedóse aturdida por la extraordinaria oportunidad que se le ofrecía, tan desconcertada, que no fue capaz de pronunciar una sola palabra. ¡Poder dar órdenes sin recibirlas, escapar a la maledicencia, a los chismorreos y prejuicios del estrecho mundo en que se desenvolvía, y que era un pequeño fragmento de la

provincia Europa, trasplantado y sumergido en la inmensidad de Oriente! ¡Disponer de semejante poder y autoridad! ¡Poder trabajar, construir, organizar, crear! Había algo en ella de David Livingstone y de Mungo Park, algo que estaba en la sangre de millares de colonos escoceses esparcidos por todo el mundo: la pasión por la aventura y el firme deseo calvinista de ayudar a la pobre especie humana.

Mientras escuchaba al rechoncho indio, todo lo que había en ella de gaélico y escocés lo medía y valoraba justamente. Comprendió que aquel hombre era bueno y sencillo, porque lo llevaba escrito en la cara. Sabía que era rico, fabulosamente rico, uno de los hombres más ricos del mundo; pero de lo demás no sabía nada. No sabía entonces que era uno de los grandes hombres de Oriente, uno de los hombres más grandes de su época (aunque ya había adivinado su sencillez y su bondad); y lo ignoraba porque él no poseía el don de atraer la atención, y las grandes cosas que realizaba quedaban en cierto modo encubiertas, veladas e ignoradas, ya por azar, ya por intencionado designio. Lo que hacía era peligroso. Estaba luchando por restituir el respeto y la dignidad a un pueblo conquistado. Era uno de los millares de seres humanos que empezaban a despertar por toda la India y por todo Oriente, agitándose llenos de fe, de orgullo y de valor.

Durante un largo minuto estuvieron mirándose a los ojos el rechoncho maharajá y la joven, vigorosa y poco atractiva señorita MacDaid. Y en aquellos breves instantes establecióse entre ellos una mutua corriente de comprensión y simpatía, que ya no podrían destruir las intrigas, los prejuicios ni la desesperación.

La escocesa dijo simplemente:

—Sí, alteza, iré.

Y el maharajá advirtió:

—No va a ser tarea fácil, señorita MacDaid.

—He vivido en Oriente toda mi vida, alteza. Conozco las dificultades que me esperan. Todo lo que deseaba era una oportunidad así.

—Me gustaría que encontrase otra enfermera que accediese a ir con usted. Sería preferible.

—Lo intentaré, alteza. Tal vez consiga persuadir a la señorita Eldridge.

Al final logró convencer a la señorita Eldridge, que era hija de un importador que ocupaba un puesto en la presidencia de Madras, una muchacha alta, pálida y delgada, que adoraba a la señorita MacDaid, a la que habría seguido al fin del mundo.

Las dos partieron para Ranchipur en el mes de abril, un poco antes de la llegada del monzón.

En aquellos días, la obra que se proponía realizar el maharajá no había hecho más que iniciarse, y la ciudad presentaba un aspecto extraño y caótico, no solo desde el punto de vista del caos físico que reinaba en las carreteras y calles en construcción, en los nuevos edificios que empezaban a erigirse, en las viejas casuchas que se

derribaban, sino, lo que era mucho más importante, desde el punto de vista de la confusión espiritual y psicológica en que se hallaba un pueblo cuyo soberano, asistido por un puñado de súbditos inteligentes y educados, se había propuesto rehacer sus vidas. A los sacerdotes parasitarios se los había obligado a trabajar o a abandonar el Estado, y solo habían quedado los sacerdotes necesarios para atender adecuadamente el servicio de los templos. La *maharani* acababa de terminar un libro, en el que se exhortaba a las mujeres a dejar el *purdah*, a aprender a leer y escribir y a emprender el ejercicio de alguna profesión. Se acababa de abrir el Instituto para muchachas, fundado por ella, y las hijas de los ministros, los príncipes y los brahmanes habían tenido que acudir a él de buen o mal grado y codearse con todas las niñas *intocables* que desearan aprender. Hacía solo uno o dos años que el maharajá había organizado un banquete y una fiesta en honor de los *intocables* de la ciudad de Ranchipur, en la cual se había sentado a la mesa con ellos, para dar ejemplo a los demás hindúes. Todos los criados de su vasto palacio eran *intocables*. Y en Ranchipur, todas estas cosas dieron lugar a tumultos, asesinatos, intrigas y conjuras.

Y en medio de todo esto llegaron la señorita MacDaid y su pálido satélite, la señorita Eldridge, para encontrarse con un hospital, con el suelo de tierra, un tejado lleno de goteras y una farmacopea indígena, dirigido por un cirujano de mediana ilustración, más preocupado por la hechura de sus trajes europeos que por la salud de sus pacientes, y secundado por un par de médicos, cuyos conocimientos eran una extraña mezcla de supersticiones de comadrona y ciencia anticuada. Abundaban la fiebre puerperal, el tifus intermitente, la inevitable viruela y la eterna malaria, y subsistían los últimos vestigios de una epidemia de peste. No había más enfermeras que algunas sirvientas de casta inferior. La señorita MacDaid se puso a limpiar con sus propias manos, utilizando jabón desinfectante y ácido fénico, y al término de la primera semana, pese a la férrea fortaleza de su cuerpo y de su espíritu, estaba profundamente desalentada.

Pero había en ella algo invencible; siempre había sido así y siempre seguiría siéndolo, hasta el final, y continuó adelante. Peor aún que la suciedad, la ignorancia y la ineptitud con que tenía que enfrentarse, eran la callada y obstinada resistencia de la mitad de la población de Ranchipur, las mentiras y las intrigas de los hindúes ortodoxos, el resentimiento de los funcionarios ante la presencia de aquella europea y de la autoridad con que se la había investido. El maharajá estaba a su lado, con toda su riqueza y todo su poder; pero había ocasiones en que era imposible acudir a él en demanda de ayuda, veces en que sus solicitudes llegaban a él tergiversadas y con el sello de lo trivial, por las mentiras e intrigas urdidas a la manera oriental. Momentos hubo en que la señorita MacDaid, desesperada, se preguntaba cuáles podían ser los motivos que impulsaban a aquellos diablos a mentir, a intrigar y a bloquear todo esfuerzo tendente a llevar la educación, la salud y la decencia a aquel pueblo, y la

respuesta la hallaba siempre en la religión, o, mejor dicho, en la superstición que se cubría bajo el manto de aquella. Los peores enemigos de ella y del maharajá eran siempre los más religiosos. El maharajá era muy paciente con ellos. La fogosa y bella *maharani* no tenía paciencia. Había hecho destituir a diversos dignatarios del Estado, había ordenado a otros permanecer en sus casas, reclusos como si fuesen prisioneros, y, por último, mediante la influencia de la *maharani* y de la señorita MacDaid, el propio Dewan, un hindú ortodoxo que usaba coleta, y cuya mujer llevaba siempre un purdah negrísimo, fue también destituido. Y ello dio lugar a nuevos problemas, ya que el Dewan, hombre capaz, aunque supersticioso, apeló al virrey, y se abrió una investigación para poner en claro la veracidad o falsedad de los rumores que habían circulado acerca de los desórdenes de Ranchipur, que durante mucho tiempo habían perturbado la tranquilidad del Gobierno de Calcuta.

Todo resultó más bien una farsa, y no se consiguió mucho, porque Ranchipur era un Estado poderoso y rico, y al virrey le interesaba dejarlo en paz. Sin embargo, el incidente tuvo dos consecuencias: humilló a la orgullosa *maharani*, convirtiéndola en eterna enemiga de las autoridades británicas, y decidió, de una vez y para siempre, la actitud de la señorita MacDaid con respecto a los británicos de Ranchipur. A partir de entonces, ya no buscó ayuda ni comprensión entre los hombres de su misma raza. En el curso de la investigación había llegado a sospechar que la Government House y toda la vasta máquina relacionada con la misma veían con frialdad la obra a la que ella estaba dedicando su existencia entera. Sospechó que no deseaban que el maharajá y ella triunfaran y que incluso desaprobaban su asociación con los indios en semejante movimiento de educación y reforma.

Hasta la subida al poder del actual maharajá, con su pasión por la dignidad y el orgullo de su pueblo, Ranchipur había sido un Estado apacible y tranquilo, sumido en la suciedad y la ignorancia, y había constituido un excelente mercado para los géneros de algodón procedentes de Manchester y para las herramientas de Leeds y de Hull; pero ahora se hablaba de que el maharajá pretendía construir fábricas en su Estado para que su pueblo tejiese sus propios vestidos. Por otra parte, Ranchipur parecía atraer a radicales, reformadores y agitadores, que afluían allí cuando se les hacía la vida imposible en otras partes.

Era sumamente inquietante y desagradable este débil intento de Oriente por despertar y encontrar la fe y la esperanza en el futuro. Durante la investigación, algunos modestos funcionarios del Gobierno trataron a la señorita MacDaid como si fuese una mezcla de jornalera y traidora a su patria, y un impotente e insignificante hombrecillo de Clapham, que se insolentó con la *maharani*, fue expulsado del Servicio Civil por haber provocado «un incidente». Y cuando la señorita MacDaid regresó a Ranchipur, después de haber perdido diez preciosos días de trabajo, sabía lo que era sentirse una *intocables* entre gente de su misma raza. Después de aquello

siguió sola su camino, sin cejar en la lucha, resuelta e invencible. Estaba decidida a ver el triunfo de su obra. Ya no la atormentaban las dudas. Su misión quedaba perfectamente definida. Cuando regresó, había vuelto a declararse una epidemia de tifus, y la señorita Eldridge fue una de las primeras víctimas. No intentó reemplazarla con una nueva compañera.

Año tras año, sin tomarse ni un solo día de descanso, a lo largo del ardiente y polvoriento invierno y del monzón del verano, la señorita MacDaid siguió trabajando, entre hambres y pestes, intrigas y desesperación; y milagrosamente, el hospital fue convirtiéndose poco a poco en una realidad. Dependencia tras dependencia, fue surgiendo el edificio, todo de ladrillo, limpio, luminoso, higiénico. Consiguió transformar a las sirvientas en enfermeras. El cirujano y los médicos fueron despedidos uno tras otro, y hombres nuevos vinieron a ocupar sus puestos, ni expertos ni genios, pero mejores que los hombres que los habían precedido. Raro era el día en que la señorita MacDaid dispusiese de una o dos horas para sus asuntos personales que no tuviese que dedicarlas a dormir. No tardaron en presentarse mujeres de condición superior, encaminadas por las pocas que pertenecían al grupo más educado, a recibir instrucción como enfermeras. Eran viudas y mujeres que por accidente o por propia decisión no habían llegado a contraer matrimonio. El hospital vino así a curar no solo los cuerpos enfermos, sino también las almas heridas y dolientes. Y así habían llegado a ella la princesa y la hija del ayudante de campo.

Cuando llegó el joven mayor Safka, el hospital era ya una realidad, una espléndida realidad, que la señorita MacDaid sabía era mucho mejor que numerosos hospitales de Europa. Lo había creado ella sola, secundada por indígenas; pero el hospital le había arrancado su tributo: a los cuarenta y nueve años, su férreo cuerpo se había gastado en la prolongada batalla contra el calor, la superstición y la intriga; sus cabellos eran escasos, quebradizos y reseco; y en su bondadosa y poco atractiva faz, cuya tez había adquirido la calidad del cuero, se entrecruzaban las arrugas. Pero había vencido, y en lo más profundo de su corazón guardaba un secreto que pocas personas de Occidente habrían sospechado jamás; a saber: que Oriente, con todo su esplendor, su violencia y su vitalidad, no estaba aplastado ni muerto, asesinado por los mercaderes de Occidente. Había estado durmiendo, simplemente.

## V

Esperaba al mayor en el pequeño vestíbulo que daba al jardín, y no tardó en divisar, a través de la densa cortina que tendía la lluvia, el Ford que aquel conducía, y que en ese preciso instante atravesaba la puerta del jardín. Observando los haces luminosos de los faros, que barrían la avenida y descubrían el seto de hibiscos, del cual habían arrancado todas las flores un grupo de monos errabundos aquella misma tarde, la señorita MacDaid pensó: «¡Si fuese joven y hermosa!... ¡Si las cosas hubiesen sido de otra manera!...». Y por un instante casi adivinó lo que debía ser olvidarse de todo por la persona amada.

El coche se había detenido, y el mayor bajó de un salto, seguido por la sobrina del maharajá y por el portero. Detrás de él venía una miserable y empapada figura, a quien la señorita MacDaid identificó como el señor Smiley, de la Misión Americana, cargado de una enorme cesta de melones y plátanos.

—¿Está preparada la paciente? —preguntó en seguida el mayor.

—Sí, mayor. Su bata y sus guantes están dispuestos.

Olvidándose del señor Smiley, el mayor Safka se dirigió apresuradamente al quirófano, mientras la señorita MacDaid, acompañada de la princesa, se encaminó a la sala empujando una camilla con ruedas para trasladar a la mujer del albañil. Todo se hizo rápidamente, con precisión y eficacia, y a los doce minutos nacía el hijo del albañil de la misma forma que se dice nació César. Media hora después, su esposa pasaba de la inconsciencia de la anestesia al sueño reparador, y el niño estaba bañado y limpio. El mayor Safka, la señorita Mac Daid y el señor Smiley se reunieron en torno a una mesa, en el despacho de la señorita MacDaid, a tomar un poco de té y unas pastas. El mayor había disfrutado ya de una de las abundantes cenas ofrecidas por la maharani, y se había comido, además, algunos emparedados, que siempre estaban a mano junto a la mesa de póquer; pero simuló tener bastante apetito y se quedó a comer algo, porque sabía que la señorita MacDaid se sentiría ofendida y defraudada si se marchaba inmediatamente.

El señor Smiley era un hombre bajito, y usaba unos lentes enormes, que le hacían parecer aún más pequeño y delgado de lo que era. Tenía solo cuarenta y dos años, pero su aire de hombre cansado le hacía parecer diez años más viejo. El sol era responsable de ello; el sol, el calor, los ocasionales accesos de malaria y su devoción por la causa que habían abrazado el mayor y la señorita MacDaid. Raras veces se ausentaba de Ranchipur, ni siquiera en la época de las lluvias. Por las mañanas enseñaba hasta la una en la escuela, para *intocables* y muchachos de casta inferior, en el centro de la ciudad, y por las tardes daba clases en un orfanato para niñas, enclavado cerca de la Misión. Pero sus deberes no terminaban en eso; tenía que llevar los complicados libros de contabilidad, necesarios para dar satisfacción a la Directiva

Misional del estado de Iowa, lo cual le daba un inmenso trabajo; conocía a las familias de todos los muchachos que acudían a su escuela, y siempre había algo que enderezar y atender: defunciones o nacimientos, enfermedades o altercados con la Policía, de modo que estaba haciendo visitas a todas las horas de la noche. De cuando en cuando, además, tenía que echar una mano a la señorita MacDaid, porque alguno de los *intocables*, en su ignorancia, se asustaban del hospital, y no permitían que se los cuidase hasta que él los tranquilizaba. A todo esto se añadían sus diferencias con el reverendo Burgess Simón, jefe de la parte espiritual de la Misión, que se lamentaba de que el señor Smiley no tuviera una fe más robusta y no se esforzara lo suficiente para convertir a sus discípulos a la variedad baptista del cristianismo.

A decir verdad, al señor Smiley le importaba un ardite que sus alumnos fuesen cristianos o hindúes, mahometanos o simples paganos, como los salvajes *bhils* que moraban en las colinas rocosas; como le tenía igualmente sin cuidado que el reverendo señor Simón fuera evangelista por educación e imitador de los misioneros anglicanos por snobismo. El señor Simón sólo pensaba en las almas, mientras el señor Smiley se inclinaba más hacia la higiene, las matemáticas, la historia de la India y las reglas de cortesía y urbanidad para con el prójimo. Lo mismo que la señorita MacDaid y el mayor Safka, estaba convencido de que ni la India ni sus habitantes se salvarían por su conversión al cristianismo o a cualquier otra religión, sino mediante la educación y la extirpación de los terribles odios que los separaban. Pero el señor Smiley hacía mucho tiempo que había aprendido a disimular, porque era la única manera de hacer algún bien por este pueblo, al que tanto amaba. Y así, para dar satisfacción a la directiva misional de su patria y al reverendo señor Simón—quien, según había descubierto, enviaba píos e insinuantes informes a espaldas suyas—, el señor Smiley había tenido que cubrirse con el manto de la hipocresía y fingirse ferviente baptista.

En lo más profundo de su corazón, cuando examinaba todo el proceso, historia y estado actual del cristianismo en Occidente, llegaba a la firme convicción de que la conversión no le haría a nadie ningún bien, ni siquiera a un hindú de la casta inferior. Pero nunca había hablado de esto con nadie, excepto con su esposa, que coincidía plenamente con él, y con la señorita MacDaid y el mayor Safka. Era como si todos hubiesen estado comprometidos en una conspiración, esforzándose en hacer el bien, pese a las supersticiones de las creencias hindúes en la India y a las de los fundamentalistas en el lejano Medio Oeste. Si se le hubiese podido arrancar la verdad al señor Smiley con respecto a su fe, probablemente hubiese afirmado que, si era algo en absoluto, era un ferviente musulmán.

Y ahora el señor Smiley estaba aquí, en el hospital, con su cesta de fruta y un par de tarros de compota para la mujer intocable. Era esta la madre de uno de sus alumnos, un muchacho de dieciséis años, por el cual se interesaba grandemente. Si el



muchacho seguía mostrándose tan aplicado, el maharajá le enviaría a América, a la Universidad de Columbia. La compota la había preparado la señora Smiley en persona.

—Tres en una noche —comentó el señor Smiley—. Eso está bastante bien. Debe de ser casi un record.

—¡Oh, no lo crea usted! —explicó la señorita MacDaid—. Hemos llegado a tener siete. ¿Se acuerda usted, mayor?

El mayor se acordaba perfectamente. En aquella ocasión, no habían podido pegar un ojo en toda la noche. Habían tenido que abandonar apresuradamente la casa del señor Bannerjee en medio de una de sus elegantes cenas.

Contemplando al señor Smiley mientras este se tomaba el té, la señorita MacDaid pensaba: «Parece un ratón. No comprendo de dónde saca tanta vitalidad». Sin ocurrírsele pensar que, lo mismo que ella, el señor Smiley poseía una tremenda energía interior.

Mientras nacía el hijo de la mujer hindú, el señor Smiley había trocado sus empapadas ropas por un blanco traje de hospital, perteneciente al mayor, en el cual se perdía por completo. Las ropas que tan bien le sentaban al mayor colgaban de los hombros del señor Smiley como una tienda de campaña. Se había tenido que enrollar las mangas y las boquillas del pantalón, y había tenido que dejar la chaqueta sin abrochar. Estuvieron gastando bromas sobre el particular, y la señorita MacDaid fue a buscar otra tetera, con la esperanza de retener así al mayor un rato más.

Cuando volvió, estaba el cirujano refiriendo la historia de la derrota del general a manos de la *maharani* en la partida de póquer.

—El viejo general estuvo a punto de estallar —decía—. Me habría gustado que le hubiesen visto. El póquer no es juego para los ingleses. Son demasiado simples cuando se trata de una cosa así.

Consultó su reloj, y el corazón de la señorita MacDaid dio un vuelco.

—Tengo que volver al palacio —dijo—. Su alteza se pondrá de muy mal humor si me quedo más tiempo del que ella considera necesario para traer un niño al mundo. Probablemente estará ya consultando la hora y haciendo pasar un mal rato al general.

Volviéndose hacia el misionero, añadió:

—¿Y usted, Smiley? No estará pensando volver en bicicleta en medio de este aguacero, ¿verdad?

—De buena gana iría nadando a casa, con tal que siguiese la lluvia. No quisiera ver otra sequía como la que padecemos hace once años.

—Aquello no fue nada —intervino la señorita MacDaid—. Tenía que haber estado usted aquí hace veinticinco años. Entonces sí que padecemos hambre de primerísima calidad, con un epidemia de propina. Ahora, el ferrocarril funciona como es debido, y nada de aquello puede volver a ocurrir. Tenía que haberlos visto morir

del cólera, como moscas, extendidos en hileras en un piso de barro. Fue el año en que murió la señorita Eldridge.

—Espero que esos tiempos no volverán jamás —comentó el señor Smiley.

El mayor dio muestras de disponerse a marchar, y a la señorita MacDaid volvió a oprimirse el corazón. El cirujano empezó a hablar, pero le interrumpió el salvaje estallido de un trueno, y esperó que se extinguiese su eco para proseguir. Luego se puso en pie, apuesto y elegante, con su blanco jodhpur y su negro atchcan, abrochado con botones de diamantes, y tocado con el elegante turbante rojo de Ranchipur. Era el traje más adecuado para un hombre como él. Hacía resaltar la anchura de sus hombros de luchador, la estrechez de las caderas, los músculos de los brazos. Y la señorita Mac Daid pensó otra vez: «Los indios son la más hermosa de todas las razas». Había en ellos algo verdaderamente bello. Cuando se había vivido el tiempo suficiente en la India, hasta el más bello rostro occidental parecía un budín anémico y sin huesos.

—Los llevaré a casa a usted y a su bicicleta, Smiley —dijo el mayor—. Y luego volveré a palacio.

Smiley protestó cortésmente; pero el mayor replicó:

—No está más que tres o cuatro millas fuera de mi camino. No obligaría a salir a la calle ni a un perro vagabundo en una noche como esta.

Pese a todos los esfuerzos de la señorita MacDaid, la pareja partió. Los acompañó hasta la puerta, y al llegar allí, el señor Smiley, envuelta su pequeña figura en las amplias y blancas ropas del doctor, se volvió y levantó los brazos, sonriendo. Las mangas colgaban de sus delgados brazos como las alas de un extraño pájaro.

—Quizá sería conveniente que hiciese una visita al señor Simón vestido de esta manera —dijo—. Eso le daría materia para escribir a la Junta directiva de la Misión.

Subieron al coche, se despidieron de la señorita MacDaid agitando las manos y desaparecieron engullidos por un muro de agua. Eran buenos amigos los tres: la señorita MacDaid, la escocesa nacida en Surabaya; el señor Smiley, hijo de un pastor protestante de una pequeña ciudad de Iowa, y el mayor Safka, descendiente de los más orgullosos brahmanes.

Cuando se hubieron marchado, la señorita MacDaid fue a mirarse al espejo del lavabo; pero la imagen que vio reflejada en él, a pesar del colorete, que ella creía no advertía nadie, y de los toques de tintura con que disimulaba las canas, no la animó en modo alguno. Y, casi en voz alta, murmuró: «Soy una necia. Soy una mujer madura que debería saber mejor a qué atenerse. Pero no lo puedo remediar». Y en el fondo de su corazón se alegraba, porque todo esto le hacía experimentar un dulce calor interior y hasta una sensación de juventud. Se volvió y recogió la cesta del señor Smiley, sacó la compota y la puso en la nevera, y después colocó la fruta en donde pudiera encontrarla la hija del ayudante de campo, de modo que la mujer

*intocables* pudiera comer melón tan pronto como se despertara por la mañana.

El mayor dejó al señor Smiley en la enorme casa, parecida a un cuartel, que ocupaban este y su esposa, exactamente enfrente de la habitada por el señor Simón en compañía de su esposa y de sus hijas, Fern y Hazel. Después regresó a palacio, en donde entró saltando por encima de los cuerpos de los guardias, vestidos de escarlata y oro, y que yacían dormidos en el vestíbulo posterior, dirigiéndose rápidamente al gabinete de la maharani. La camarera mayor de la soberana, la princesa de Bewanagar, estaba profundamente dormida, sentada muy erguida y cubierta de joyas; pero el juego seguía furiosamente. Eran ya las dos de la madrugada, y empezaba a alborear cuando la *maharani* se levantó y despidió a sus invitados, setecientas ochenta rupias más rica que cuando se había sentado. De ellas, cerca de seiscientas provenían de los bolsillos del general.

## VI

La primera tormenta que alivió la sequía reinante en Ranchipur no pasó, en dirección Este, de Delhi y Agrá. Por eso, a pesar de su violencia y de los torrentes de agua que cayeron, a pesar de haber cubierto un área casi tan extensa como toda Francia y de que podría haber inundado países como Holanda y Bélgica, se perdió en la inmensidad de la India y murió en unas cuantas gotas que se hundieron en el polvo rojizo sobre algún lugar de la frontera con Udaipur. De modo que en el Bombay Mail no se encontró el más leve alivio psicológico a aquel calor seco y ardiente, que siempre se experimenta al ver y escuchar el rumor de la lluvia.

En su vagón particular, y en compartimientos separados, lord y lady Heston permanecían despiertos, incapaces de conciliar el sueño, pues habría sido lo mismo que intentar dormir en un horno encendido. Ni siquiera las barras de hielo envueltas en toallas delante de cada uno de los ventiladores eléctricos conseguían aliviar el asfixiante calor que allí reinaba, y en algunos momentos la humedad a que daba lugar la fusión del hielo parecía incluso empeorar la situación. El metal se conservaba caliente aun en plena noche. El polvo rojizo-amarillento envolvía el tren por todas partes, ocultándolo en medio de una enorme y cegadora nube. Se introducía incluso por la fina chapa de cobre con que lord Heston había mandado proteger de manera especial el vagón. Lo invadía todo, transformando las barras de hielo envueltas con toallas en bloques de barro, depositándose en el suelo, en una fina capa que se removía y volvía a levantarse cada vez que la tocaba la corriente de aire procedente de los ventiladores.

A solas en su compartimiento, lord Heston fumaba cigarro tras cigarro, bebía whisky y llamaba continuamente a su criado, ora para que abriese una ventanilla, ora para que la cerrara, ya para que cambiase la posición de un ventilador, ya para que trajese una nueva barra de hielo. Insomne, trataba en vano de trabajar, redactando unos telegramas o poniendo un poco de orden en el caos de cifras que danzaban ante sus ojos en una hoja de papel.

Era un hombre corpulento, de cuarenta y ocho años, de poderosa osamenta y excesivamente pesado, no obstante la equitación, el masaje y el ejercicio físico. Tenía el rostro grande y redondeado, lo cual era una anomalía; un rostro grueso y maligno. Eran el mentón prominente y la boca casi sin labios los que le daban aquella expresión maligna, haciéndole parecer brutal e implacable. Sobre la nariz y los pómulos se extendía una finísima red de venas purpúreas, pues lord Heston era un bebedor empedernido, y desde hacía mucho tiempo su cerebro solo funcionaba satisfactoriamente cuando estaba saturado de coñac o whisky.

Había empezado a beber en Oriente, mucho tiempo antes, cuando, con el simple nombre de Albert Simpson, vendía cuchillería por cuenta de algunas fábricas de

Leeds y Hull. Empezó a beber para combatir el calor. Después, una vez en Inglaterra, siguió bebiendo para combatir el frío húmedo y para estimular su cerebro cuando le invadían el cansancio y la confusión. Y, por último, cuando se hizo rico y su futuro se fue complicando, siguió bebiendo, porque era la única manera de librarse de la sensación de estar siendo aplastado por el monstruo del éxito que él mismo había creado. Y el alcohol había llegado así a formar parte integrante de su sangre; estaba tan habituado a él, que ahora aclaraba su cerebro en lugar de enturbiarlo. No podía trabajar sin su ayuda. Pero en estos momentos no era el whisky lo que le embotaba el cerebro, sino el sofocante calor.

Era uno de los hombres más poderosos de Occidente, no un gran guerrero y gobernante, como Akbar o Napoleón; no un gran filósofo, como Platón o Mahoma, sino simplemente un comerciante, con toda la astucia y habilidad de un pequeño tendero, mil veces aumentadas. En vez de comerciar con guisantes o nueces u otros alimentos, poseía plantaciones de caucho en las Indias Orientales, plantaciones de yute en el continente indio, algodón en Egipto, periódicos en Londres y en los Midlands, líneas de vapores que ponían en contacto a Oriente con Occidente, acero y hierro (no demasiado productivos ahora) en Inglaterra, petróleo (en torno al cual se acumulaban los problemas) en Persia y Afganistán, y fábricas de cañones y proyectiles, que tal vez representasen sus mejores inversiones. Hacía mucho tiempo que se había desprendido de sus hilaturas de algodón en Inglaterra, porque ese capítulo había terminado allí para siempre. Ahora estaba en manos de los japoneses y de los indios (gracias a su condenado y bajísimo nivel de vida).

Todas estas cosas tenían relación con la confusa barahúnda de números que era incapaz de poner en claro en medio de aquel calor. Los cimientos de todo esto los había puesto él cuando era el simple señor Simpson, hijo de un contratista de obras de Liverpool, pues su título de par no era hereditario; lo había comprado sagazmente, no hacía muchos años, en un momento en que un primer ministro demagogo y cínico los había puesto muy baratos y asequibles.

Odiaba el calor, porque elevaba su tensión arterial y le daba la sensación de que iba a estallarle la cabeza, y ahora, como no podía hacer otra cosa, maldecía la idea que le había hecho venir a este país infernal. Cuando alguien trató de prevenirle contra la locura que suponía el ir a la India en el mes de abril, se había echado a reír y había contestado:

—Mire, querido amigo: Heston ha estado en Somalia, en Java y en Nueva Guinea. El calor no es una experiencia nueva para mí.

Pero el hombre que había estado en Somalia era un individuo joven, de veintitantos años de edad, llamado Albert Simpson, que tenía la fuerza de un toro y los nervios de un atleta, y no el gran lord Heston, hombre hinchado y prematuramente envejecido, a quien estaba destruyendo la inseguridad de la complicada fortuna

acumulada con mucha astucia y no demasiados escrúpulos. Había venido a la India porque el Gobierno se lo había pedido y porque, si deseaba alcanzar nuevos honores y nuevas recompensas por sus servicios (y sí lo deseaba), no le era posible rehusar. Por otra parte, el viaje coincidía con sus propios planes y necesidades, porque era cierto que deseaba estudiar la cuestión del yute en su misma raíz, y sabía que también existían posibilidades, magníficas posibilidades, de adquirir las fábricas de algodón de sus propietarios indios por un precio irrisorio. La era del algodón había concluido en Inglaterra; pero en la India había todavía una posibilidad, incluso en contra de los japoneses. En el fondo de su corazón le daba lo mismo Oriente que Occidente, Europa que Inglaterra. Solo le importaba lord Heston y el poder que le proporcionaba su astucia y su dinero. Acaso también le importasen un poco su esposa y los caballos.

Si podía convencerse al Gobierno indio de la necesidad de elevar las tarifas aduaneras lo suficiente para impedir la importación de los productos japoneses, las fábricas de algodón volverían a dar dinero, no en Inglaterra, sino en la India misma. Sabía que era el momento oportuno para comprar. Había elaborado su programa meticulosamente. Pasaría una semana en Ranchipur, que al menos sería más fresco que Bombay; estaría luego veinticuatro horas en esta última ciudad, después de haber arreglado todo de antemano por medio de telegramas, de manera que no hubiese demoras; y de allí se trasladaría a Génova, en un barco de la Lloyd Triestino, para disfrutar de un crucero de algunas semanas por el Mediterráneo en su yate, a menos que se viene obligado a ir directamente a Londres para atender a los problemas que los malditos bolcheviques estaban suscitando acerca del petróleo. No viajaba en uno de los barcos de la compañía naviera en la que poseía grandes intereses porque eran menos rápidos que los italianos, y lord Heston tenía la manía de la velocidad. Aquellos condenados latinos habían empezado a morder en sus negocios. Pensaba que lo menos que debía hacer por él el Gobierno británico era amedrentar a los italianos, mediante el control de los privilegios portuarios, y obligarles a mover sus barcos con menos velocidad.

Pero el Gobierno no tenía arrestos, pensaba lord Heston, desde que aquellos sujetos del partido laborista tenían participación en él. Ya no se atrevía a amenazar a otras naciones ni a imponerse a los pueblos sometidos. Había veces que el gran lord Heston lamentaba amargamente no haber nacido cincuenta años antes, cuando el Imperio era realmente un imperio. Su carrera hubiera sido más fácil en muchos aspectos. En uno de aquellos momentos en que se entretenía haciendo números, calculó que, durante los siglos XVIII y XIX, el capital británico había extraído de la India quinientas mil libras esterlinas por cada una invertida. ¡Colosal! ¡En aquellos tiempos, un hombre de su capacidad habría monopolizado al mundo entero!

Era su extraña pasión por los caballos lo que le empujaba a Ranchipur. En Simia, hablando con dos oficiales de caballería, después de la cena, se enteró de interesantes

pormenores acerca de una raza caballar de la que había oído hablar, pero que nunca había visto con sus propios ojos; la de los pequeños y resistentes caballos de Kathiawar, que se criaban en la árida y salvaje península situada a orillas del Océano Indico. Por lo que había oído, eran bastante semejantes a los árabes, pero más robustos y resistentes. No solo poseían una endiablada velocidad, sino que eran capaces de arrastrar cargas (cosa que lord Heston no dejaba nunca de tener en cuenta). Habían sido siempre las monturas favoritas de los belicosos *máratas* y de los fogosos *rajputs*. Habiendo oído hablar de ellos, lord Heston ardía en deseos de poseerlos, y tendrían que ser los mejores ejemplares, no los corrientes. Los mejores, según dijeron los dos oficiales, se hallaban en las fabulosas caballerizas del maharajá de Ranchipur. Y el virrey lo había arreglado todo. Lord Heston iría a Ranchipur y sería recibido por el maharajá; le alojarían no en la casa destinada a los invitados, sino en uno de los palacetes, como cumplía a un gran señor de Occidente. Y, al mismo tiempo, podría ver, persuadir y tal vez sobornar al astuto y viejo dewan de Ranchipur para que le ayudase en sus negociaciones, encaminadas a la adquisición de las hilaturas de Bombay. El anciano dewan era una verdadera potencia en la política de la India. Así mataría dos pájaros de un tiro, hazaña que lord Heston realizaba con suma habilidad.

El virrey estaba seguro de que su amigo el maharajá le vendería a lord Heston un semental y media docena de yeguas para ser embarcados con destino a Inglaterra. Para lord Heston era esto lo único verdaderamente agradable de su viaje, ya que ni siquiera la perspectiva de cerrar un buen trato con los khojas y parsis de Bombay, que andaban necesitados de dinero, conseguía excitarle demasiado. Si hubiese sido un hombre dado al examen introspectivo, habría comprendido que era este el primer síntoma de la decadencia de su energía.

De pronto volvió a sentir toda la intensidad del calor y pulsó el timbre que estaba al lado de la cama. Nadie acudió a su llamada, por lo que volvió a apretar irritadamente el botón, y luego una tercera vez, lleno de furor. Sólo entonces apareció en la puerta Bates, su criado, con ojos soñolientos y pálido por efecto del calor.

Lord Heston se incorporó pesadamente, apoyándose en un codo, y vociferó:

—¡Maldita sea! ¿Qué estabas haciendo? Hace diez minutos que estoy llamando.

Era el criado un hombre delgado y frío, pero discreto y sumamente enciente; es decir, la clase de persona que a lord Heston le agradaba tener a su lado. Bates no pedía jamás un favor y nunca exteriorizaba el más leve signo de afecto o devoción. Tampoco tembló ahora. Se limitó a decir simplemente:

—Lo siento, señor. Debo de haberme dormido.

Lo cual pareció enfurecer aún más a su señoría.

—¡No sé por qué diablos has de dormir cuando yo no consigo pegar un ojo! Dile a ese cerdo de negro, que traiga más hielo. Ya no queda nada del que había.

—Muy bien, señor.

Y Bates se retiró, sin dar la menor muestra exterior de conmoción. Tampoco estaba muy conmovido en su fuero interno. Llevaba soportando aquello doce años y no le afectaba muy profundamente. El único sentimiento que abrigaba con respecto a su señoría era el de un odio frío y desapasionado, que jamás experimentaba variación. Pero era el suyo un puesto excelente, magníficamente retribuido, que le daba mucho prestigio, le dejaba mucho tiempo libre y le proporcionaba toda suerte de gratificaciones, acerca de la mayoría de las cuales lord Heston no sabía una palabra. Cuando considerase que ya tenía bastante dinero en el Banco, se marcharía cualquier noche, sin decir adiós. Y ese momento, pensaba Bates, no estaba muy lejano. Entonces su señoría podría irse al diablo. El se retiraría a una tranquila villa de su ciudad natal, Manchester, se afiliaría por las buenas al partido comunista y pondría a disposición de este todo lo que sabía de las triquiñuelas, traiciones y crueldades cometidas por lord Heston y otros tipos de su calaña.

Lo singular era que Bates hubiese triunfado allí, donde habían fracasado hombres mucho más inteligentes y brillantes que él. Gracias a su imperturbabilidad, había conseguido conservar un magnífico puesto por espacio de doce años, y durante este tiempo había visto desfilar socios, secretarios y empleados, chóferes y mayordomos, que unas veces salían despedidos y otras se marchaban por su propia voluntad, huyendo de una vida que se les había hecho insufrible; pero siempre, en uno u otro caso, deshechos y humillados. Había solo dos personas, como bien sabía Bates, a quienes su señoría no había conseguido jamás no ya destruir, sino siquiera humillar. Una de ellas era él mismo; la otra, lady Heston. Y esa era la razón de que ambos siguiesen todavía a su lado. Pero si algún día cualquiera de ellos, diese muestras de flaqueza, seguiría el mismo camino que los demás.

\* \* \*

Desde el compartimiento contiguo, lady Heston oye vociferar a su marido. Sus gritos, que se elevaban incluso por encima del monótono golpear de las ruedas sobre los desiguales carriles, la despertaron del sopor en que se había sumido. «Si no puede conciliar el sueño —pensó—, vendrá a molestarme»; pero casi inmediatamente se consoló pensando que la cosa, en realidad, no tenía ninguna importancia, que le era totalmente indiferente. Se había acostumbrado a aquello desde hacía mucho tiempo. Una vez más no tendría importancia. Pensaría en otra cosa, se imaginaría que no era Albert, sino otro hombre, cualquier hombre, un conductor de tren, o incluso un coolie. Eso, al menos, sería excitante. De todos modos, no podría ser más desgraciada de lo que ya era.

Se incorporó lánguidamente, suspendiendo la rosada almohada de crepé de Chine



fuera de la cama para sacudir la capa de polvo amarillento que la cubría. Aquel polvo infernal se le introducía en la boca y se agarraba a sus cabellos. Encendió la luz y se miró en el espejo. Tenía la cara amarilla por efecto del polvo que la cubría, y en las sienes el sudor se mezclaba con él, convirtiéndolo en un barrillo que resbalaba en tenues hilos por aquella famosa tez que había costado una fortuna en especialistas de belleza. Lanzó una ahogada exclamación de horror y se volvió a echar lánguidamente entre los encajes y las sedas, pensando que sus desdichas no habían hecho más que empezar. A las cuatro de la mañana tendrían que levantarse, vestirse y esperar en un andén a hacer el transbordo a un tren de vía estrecha que les conduciría a Ranchipur. En lo que ella alcanzaba a ver, los trenes indios nunca partían o llegaban a una hora que no estuviese comprendida entre la medianoche y el alba. Le parecía que llevaba semanas enteras esperando para tomar un tren que partía a las dos de la madrugada o levantándose de la cama para hacer un transbordo a las cuatro de la mañana. El vagón particular estaba muy bien para la línea general, pero no servía de nada en los ferrocarriles de vía estrecha.

Tomó más soporíferos, pensando al mismo tiempo: «Así lo notará menos», y estaba a punto de hundirse de nuevo en un profundo sopor, cuando se abrió la puerta y entró lord Heston.

## VII

Cuando, a la mañana siguiente, Juan Bautista le llevó el té a Ransome, la tormenta había cesado, y el sol lucía una vez más como si no hubiese llovido en absoluto y la sequía no hubiese sido interrumpida un solo momento. Ransome sabía que no había peores síntomas que estos. Cuando el monzón empezaba así, coqueteando, generalmente anunciaba lluvias muy violentas, pero espasmódicas e insuficientes, que solo servirían para iniciar un súbito e impetuoso reverdecer de la tierra, dejándola tierna y fresca para que un sol maligno y odioso la cociese casi inmediatamente. Por eso, sus rayos llevaron la ansiedad a la mirada de todos los ojos que se abrieron aquella mañana en Ranchipur; pero el malestar de Ransome tenía la especial cualidad del que ha pasado la mayor parte de su existencia entre la verde y húmeda Inglaterra y las fértiles, onduladas y verdes llanuras del Medio Oeste americano. Su cuerpo, todo su cuerpo, estaba pidiendo la lluvia a gritos, no porque ello significase abundancia de alimentos, sino porque sería el fin de la terrible sequía. A sus ojos, el espectáculo de una tierra calcinada y polvorienta expresaba siempre una cualidad de irrealidad.

Cuando terminó de tomar el té y de darse una ducha de agua tibia, salió a la terraza para comer un poco de fruta y saborear los primeros tragos del día.

El jardín había quedado transformado por la lluvia. En las pocas horas de la noche, nuevos tallos habían brotado de las plantas marchitas y de las enredaderas que cubrían los viejos muros, y debajo de la vegetación, la tierra, en lugar de aparecer quemada y polvorienta, se mostraba de un rico color oscuro. Pero Ransome sabía que al atardecer volvería a estar amarillenta, abrasada y endurecida por el sol. Sin embargo, cuando terminó de beber, bajó al jardín y, cogiendo un azadón del invernadero, se puso a remover la tierra. Eso contribuiría a que, al menos, conservase la humedad unas horas más, en caso de que no se reanudase la lluvia.

Empezó a trabajar con su azadón en el extremo más alejado del jardín, junto al pozo; pero, apenas se había puesto a la tarea, oyó ladrar a su perro y, levantando la cabeza, vio que el lugar del jardín más próximo a la casa había sido invadido por un ejército de monos. Llamó al perro y, retirándose a la sombra de unos árboles, se puso a observar.

Conocía bien a aquella tropa de monos, ya que vivían en los árboles de los jardines de palacio, al otro lado del río. Generalmente no salían de allí, alimentándose de plátanos y mangos y de los restos de comida que los criados de palacio les sacaban por las tardes. Pero algunas veces les daba por salir, no en busca de alimentos, sino dispuestos a la aventura, la maldad y la destrucción. Ransome solía hacerles una guerra sin cuartel y había dado orden a Juan Bautista de que los expulsase de allí si llegaban en su ausencia, y Juan, cristiano converso, no tenía ningún escrúpulo en

arrojar de allí a los monos sagrados. En varias ocasiones, en que no quedaron en la casa más que los criados hindúes, los monos se habían presentado sigilosamente y, como si tuviesen conciencia de la enemistad de Ransome, habían despojado al jardín de todas sus flores. Fueron sistemáticamente de planta en planta y de enredadera en enredadera, arrancando todos los objetos brillantes que atraían su atención. No se comieron las flores, limitándose a arrojarlas en el polvo, mirando de cuando en cuando por encima del hombro, para cerciorarse de que la venganza no se cernía sobre sus cabezas. Eran, pensaba Ransome, exactamente igual que un ejército invasor de hombres en tiempo de guerra. El desolado panorama que dejaban en pos de sí le recordaba las aldeas que había visto en la guerra, destrozadas las puertas y ventanas de las casas, con la mitad de su contenido esparcido en el fango de la carretera.

Impúdicamente, hacían ahora caso omiso de su presencia. Subieron a la terraza y treparon en tropel por el canalón. Debían de ser unos treinta o cuarenta, todas hembras, con la sola excepción de un enorme mono, que se sentó solemnemente en lo alto del elevado muro para montar la guardia. Había una docena de monos jóvenes de todas las edades y tamaños, desde los ya crecidos hasta los recién nacidos, que se agarraban al cuello de sus madres. A uno de ellos, que podría tener cinco o seis días, le estaban enseñando a andar. La madre se había sentado sobre sus posaderas, mientras otra mona, quizá una tía, permanecía en cuclillas a un par de yardas de distancia, tendiéndole los brazos. La madre se desprendió del pequeño dándole un ligero empujón. El retoño volvió hacia ella inmediatamente; pero la madre le alejó con un nuevo empujón. El monito se volvió de nuevo hacia ella, y esta vez, irritada, la madre le propinó un sonoro azote. El pequeño se puso a chillar y consiguió dar unos pasos vacilantes. Volvió ella a repetir el azote, y el pequeñuelo dio unos pasos más, tambaleándose. Ahora ya se encontraba más cerca de la tía que de la madre. Deteniéndose, el monito se volvía, ora a una, otra a otra, con expresión de cómico terror en su diminuta faz. Y entonces, adoptando acaso la primera resolución de su existencia, y percibiendo que su tía era la que más próxima estaba de las dos, enderezó sus inseguros pasos hacia ella. Se le permitió descansar unos momentos en el regazo de la tía, después de lo cual, ella le puso en el suelo y con mucha firmeza le dio un empujoncito. Y cuando el pequeño intentó volver a su seno acogedor, le dio un sonoro azote y le obligó a dirigirse hacia su madre, que le recibió en sus brazos y se puso a confortarle con sus caricias y un hermoso torrente de simiesca charla.

Desde la sombra observó Ransome la lección en silencio, con el rostro iluminado por una inconsciente sonrisa; pero, después de la tercera aventura, se dio cuenta de la barahúnda que reinaba en la terraza, encima de donde se hallaba el pequeñuelo, y, volviéndose para mirar en dirección del alboroto, se encontró con que había en curso un verdadero saqueo. Su mesa, dispuesta para el desayuno, había sido invadida por parloteantes monas, que se estaban comiendo el pan, los mangos y los plátanos. Una

de ellas había cogido la taza del té y estaba dándole vueltas, mirándola por todos los lados, con expresión especulativa, como si tratase de descubrir para qué serviría. Otra, una madre con su hijo colgado del cuello, estaba sentada en la ventana, examinando la calidad de las cortinas.

El espectáculo le hizo reír, pero comprendiendo al mismo tiempo que había llegado el momento de adoptar una decisión, extrajo del bolsillo un tirador hecho con una rama de mango en forma de horquilla y un par de gomas cortadas de un viejo neumático. Cautelosamente cogió una piedra redondeada del suelo, la colocó en la zapata y apuntó cuidadosamente. Era la única manera de tener a raya a los monos sagrados. Expulsarlos no servía de nada, pues volvían a las andadas tan pronto como se daba media vuelta, y entonces empezaban a arrancar tejas y a lanzarlas contra uno. Ransome sabía que ya había conseguido grabar en sus inteligentes cerebros la idea de que dentro de su jardín se ocultaba una amenaza especial y latente: una súbita y dolorosa sensación que hacía arder el trasero, originada por algo que llegaba del aire mismo.

Disparó finalmente la piedra, que le acertó en la rabadilla a una de las hembras agrupadas en torno a la mesa. El animal lanzó un salvaje alarido y cayó sobre su vecina más próxima, arañando, chillando y mordiendo como una furia. Y estalló un verdadero pandemónium. Los restos de los alimentos quedaron esparcidos por el suelo de la terraza, la taza de té se cayó, haciéndose añicos. Y de pronto una fila de monas salieron disparadas por la enredadera de jazmín hacia lo alto del muro, y luego, por las ramas más bajas, hacia las frondosidades de] mango. La última se llevó consigo una servilleta de algodón de vivos colores que había cautivado su fantasía. Solo el corpulento macho se mantuvo en su puesto en lo alto del muro, farfullando juramentos. Ransome cogió otra piedra, pero no lo hizo con la suficiente rapidez. El viejo macho no era lerdo, y antes que Ransome pudiera disparar contra él, desapareció entre los árboles sin dejar de chillar. La última visión que Ransome tuvo de ellos fue la de una frenética procesión saltando por las copas de los mangos, buscando en medio de una excitada algarabía la seguridad del parque del maharajá. «Supongo —pensó— que Jehová debe sentir a veces lo que yo siento ahora».

Reanudó el trabajo por algún tiempo, pero aquella mañana su mente, en lugar de absorberse en la tierra, conjurándola a que hiciese brotar nuevas maravillas de flores y hortalizas a cada golpe de su azada, vagaba por extraños caminos de especulación. Preguntábase la razón de que América, un país nuevo, joven y rico, hubiese caído en la misma decadencia que Europa, de que no hubiese ya hombres lo bastante grandes para señalar el camino, de que no hubiese verdaderos dirigentes, sino solo mediocridades, oportunistas políticos y dictadores que gobernaban con brutalidad e histerismo.

«Es posible —pensó— que los tiempos, la época, la economía y las pasiones

mismas de la Humanidad hayan evolucionado hasta un extremo en que ya no pueda dominarlos el hombre de Occidente. Es posible que la vacilante estructura social haya crecido tanto, se haya hecho tan compleja e ingobernable, que ya no sea posible la existencia de un hombre lo bastante grande para dominarla, no ya por entero, sino ni siquiera en parte. Tal vez fuese eso lo que ocurrió cuando el mundo romano se tambaleó y cayó en ruinas. Tal vez se cumpla así alguna ley universal, una ley tan exacta e inmutable como la teoría mendeliana. Tal vez al hombre se le permita construir y construir hasta que, al fin, en su orgullo, quede aplastado bajo el peso de aquello que ha construido».

Sus pensamientos provocaron en su ánimo un repentino y humilde reconocimiento de su propia insignificancia, al mismo tiempo que un sentimiento de desprecio y de piedad por la arrogancia humana; le dolía que los hombres fuesen tan presuntuosos, que un puñado de ellos se afanasen por dominar y vencer a la enfermedad y la peste, mientras otro puñado, como Heston y los de su especie, pudieran organizar matanzas en gran escala, en las cuales no eran los gérmenes o las pestes los que mataban a los hombres por millones, sino los hombres mismos. La Naturaleza, a lo que parecía, no se dejaba burlar. Había encontrado simplemente en el hombre mismo nuevos medios de aniquilar al hombre, de hacerle hincar una vez más la rodilla en tierra, como lo había hecho en otros tiempos con Egipto, con Roma, con los mismos indios que le rodeaban ahora y que habían caído de un estado de espléndida magnificencia a la situación de pueblo sojuzgado y víctima de la ignorancia, el derrotismo, la superstición y las enfermedades.

Le parecía que no había visto nunca con tanta claridad su propio mundo como desde que había llegado a la India. Ahora lo veía en todas sus partes.

Empezó a pensar de nuevo en Heston, preguntándose por qué vendría a Ranchipur a turbar con su tumultuosa, despiadada y brutal presencia la paz que aquí reinaba. Le recordaba vagamente por haberse cruzado con él en Whitehall en los primeros días de la posguerra, y no sentía ninguna simpatía o admiración por él, ni tampoco por su astucia, sus mal empleadas energías o sus chacharas acerca del imperio. Si Heston venía a Ranchipur, su presencia no significaría nada bueno para nadie, y menos que para cualquier otro, para el viejo maharajá, quien, con su bondad y sencillez, solo podía ser una víctima del inglés. El pensamiento de lady Heston le turbaba, porque el nombre le era muy familiar, pero no conseguía identificar a la persona que lo llevaba. Desde hacía mucho tiempo, casi quince años, había estado alejado de la vida mundana e importante de Londres y había olvidado aquel nombre como la mayoría de otros entonces brillantes y distinguidos, pero que ya no significaban mucho para él, ni siquiera cuando los veía al pie de alguna fotografía publicada en el Sketch, el Taller o el Bystander.

Sabía que no era el único hombre que se sentía hastiado, ni el único que sentía

anhelos de evasión y de paz. Había millones de hombres como él, en fábricas y oficinas, escuelas y talleres, que no podían escapar como lo había hecho él, porque sus abuelos no habían arrancado una fortuna a las montañas de Nevada. Y mientras cavaba la tierra con su azada, cada vez más vigorosamente, pensó que solamente en la tierra hallaría el hombre de hoy paz y esperanza, porque no era posible encontrar mucha paz en el mundo que el hombre había construido, un mundo que a Ransome, en su hastío, le parecía mortecino, fatigado y apático, yendo de expediente en expediente y de compromiso en compromiso, para hundirse finalmente en los mismos y viejos males que habían destruido a pueblos, naciones y civilizaciones enteras desde el principio de los tiempos.

En Oriente no había encontrado nada, salvo tal vez una paz narcotizada, y no era eso lo que él había venido buscando, porque sabía que en aquella paz anidaban los gérmenes de la muerte. Había huido del espectáculo de su propio mundo, un mundo falto de fe y de esperanza, que se iba destruyendo a sí mismo lenta y cansadamente.

Cavando y pensando, llegó a excitarse de tal modo, que olvidó por completo la hora que era e incluso el ardiente calor del sol hasta que se presentó Juan Bautista, alarmado y cómico con su somero taparrabo, para preguntarle si tenía intención de comer en casa. Era la una de la tarde y sábado, y ya hacía un buen rato que debería estar camino de la Misión para comer con los Smiley. Dejando el azadón, se precipitó en la casa para bañarse y cambiarse de ropa. Luego se dirigió al cobertizo para sacar el coche, uno de los siete automóviles que había en Ranchipur, sin contar los Rolls-Royce y los Packard que llenaban el garaje del maharajá. Lo usaba muy raras veces, salvo en la época del monzón, pues no había más que dos carreteras en todo Ranchipur que llevasen fuera de la ciudad: una, la que iba al enorme lago artificial situado por encima de la población y que servía de depósito, y la otra, construida por los mogoles trescientos años antes, que llegaba hasta la ciudad en ruinas de El-Kautara, al pie del monte Abana.

Encontró el viejo Buick en el cobertizo, desamparado y expuesto a los ardorosos rayos del sol, pues las monas habían estado allí antes que él, tal vez por la mañana temprano, antes de hacerle la visita en la parte trasera del jardín, y se habían entretenido arrancando todas las tejas y arrojándolas al suelo. Sonrió pensando que, al final, la victoria había sido de las monas.

## VIII

La Misión Americana ocupaba dos grandes edificios, semejantes a cuarteles, situados a una o dos millas del hipódromo. En su origen, hacía ya mucho tiempo, poco antes de la revuelta, habían servido para alojar a los oficiales de las tropas británicas acantonadas en Ranchipur. Feos edificios de forma cuadrangular, el correr de los años les había dado carácter y el tiempo los había dotado de cierta belleza, cubriéndolos de enredaderas y plantas trepadoras: clemátides, jazmines y buganvillas. Alzábanse bajo la sombra de mangos, eucaliptos y turbintos, no lejos de la polvorienta carretera. En uno de ellos vivía el reverendo Burgess Simón, con su esposa y dos hijas, Fern y Hazel. En el otro moraba el señor Smiley, con su esposa y la señora Phoebe, que era tía abuela de la señora Smiley.

En el cuidado y aspecto de ambos jardines podía leerse el carácter de las dos familias. En el del señor Simón no crecían flores, sino solo algunos vigorosos arbustos y plantas trepadoras de esos que en la India no requieren ningún cuidado y a los que no consiguen destruir ni las sequías, ni las inundaciones, ni las plagas. Si hubiera estado solo, aislado, habría parecido un jardín relativamente bien cuidado; pero al lado del de Smiley, ofrecía un aspecto árido y más bien desaliñado, ya que el jardín de este último estaba lleno de flores que, incluso durante los largos períodos de sequía, parecían más lozanas que todas las demás flores de Ranchipur. Había allí salvias, petunias, geranios, maravillas y zinias, la mayoría de las cuales eran flores fuertes, vigorosas y anticuadas, como las que tía Phoebe había cultivado cincuenta años atrás en su jardín de Iowa. Begonias y pensamientos se alineaban en tiestos alrededor de la terraza, y, colgando aquí y allí de las ramas bajas de los árboles, veíanse recipientes de todas clases: botes pintados de verde, pucheros rajados y sujetos con alambre, cestos de bambú... Todo ello era obra de tía Phoebe, que, en sus ratos de nostalgia, había adornado las ramas de los mangos de Ranchipur exactamente lo mismo que había adornado las de los algodonereros de Iowa, siendo esposa de un granjero, medio siglo antes. Los colgantes recipientes contenían helechos, petunias y lirios, pero el mayor orgullo de tía Phoebe se cifraba en las orquídeas que crecían en los cestos de bambú. Constituían un tributo que le habían rendido los niños *intocables* de la escuela del señor Smiley. Las habían traído de la selva y habían confeccionado en el taller los pequeños cestos de bambú en donde ahora crecían. Era esta una de las razones (como escribía a sus parientes de Iowa) por las cuales le gustaba la India. Se podían cultivar orquídeas durante todo el año en el jardín de la casa.

Los esfuerzos que habían realizado los Smiley para adornar su jardín los habían realizado los Simón para instalar una doble pista de tenis y una extensa pérgola cubierta de jazmines en uno de sus extremos. Había sido aquello obra de la señora

Simón, una mujer enérgica, bonita, tenaz y ya madura. Al verla, nadie hubiera sospechado su energía. Tenía cuarenta y un años y era bajita y regordeta, con una ondulada y rubia cabellera que ya se había deslucido un poquitín. Había conocido al señor Simón a la edad de veinte años, en el colegio baptista de Córdoba, Indiana, y se había casado con él cuando todavía no había salido de las angustias y zozobras de la adolescencia, bajo la errónea impresión de que sus sentimientos con respecto al señor Simón eran de carácter espiritual y no tenían nada que ver con el cuerpo. Más tarde, porque a pesar de todo era una mujer astuta, había reconocido la diferencia, pero sin confesárselo a nadie más que a sí misma. Entre tanto, ya habían nacido Fern y Hazel, y, aunque sabía que había hecho un mal negocio, sabía igualmente que tendría que esforzarse para sacar el mejor partido posible de ello para el resto de sus días. Y así lo hizo, aunque a veces «el mejor partido posible» resultara una verdadera prueba para el reverendo Simón y sus dos hijas, Fern y Hazel.

La culpa de ello había que achacarla a la educación recibida y al ambiente en que había crecido, ya que procedía de una familia baptista de una pequeña población del Mississippi y sus ideas acerca de la vida en el ancho mundo fueron un tanto falsas y deformadas desde el principio mismo. A los veinte años estaba llena de celo por su fe y consideraba con entusiasmo la perspectiva de una vida misionera. Solo de una manera lenta y gradual, después de haber dejado para siempre los bosques del Mississippi, su familia y el histérico ambiente de la pequeña universidad sectaria, empezó a ver la vida en función del carácter con que la dotó la Naturaleza. Comprendía ahora que, pese a todos los llamamientos que creía haber recibido de Dios, no estaba hecha para la vida de misión, sino para cosas más grandes. Pero era demasiado tarde y tuvo que someterse, aunque de mala gana. En el fondo, fue siempre una ambiciosa y bella mujer del Sur, con una voluntad de hierro oculta bajo un falso recato de tipo semi-victoriano.

Sin sospecharlo siquiera, la señora Simón llegaba a veces al heroísmo, y, como ocurre con muchas mujeres americanas, resultaba invencible, porque el mundo que la rodeaba —su esposo, sus dos hijas, el señor y la señora Smiley, tía Phoebe, e incluso el maharajá y la *maharani*— solo existía en función de su propio yo. Toda su existencia se concentraba en la lucha que sostenía contra el mundo en que se hallaba, esforzándose por elevarlo un poco, por alterarlo, por transmutarlo en algo que no era. Le había tocado en suerte ser la esposa de un misionero, pero ni aquellos primeros incienso que la indujeron a renunciar a todo por el señor Simón, ni el miserable estado de las gentes entre las cuales vivía, ni las palabras del propio Jesucristo, representaban gran cosa para ella. Estaba resuelta a ser una persona importante y distinguida, mucho más que la simple esposa de un misionero, y para realizar esto consideraba necesario dominar a su marido y a sus hijas, adoptar extrañas actitudes afectadas y dilapidar el capitalito procedente de la herencia del hotel de troncos en el



pueblecito a orillas del Mississippi y el menguado sueldo de su marido. Y tenía momentos de verdadero triunfo cuando alguna persona conocida o alguna nueva amistad trabada durante los meses estivales que pasaba en Poona le decía:

—Lo último que hubiese podido suponer es que fuese usted esposa de un misionero.

Le disgustaba casi todo el mundo, y los Smiley más que nadie, porque los tenía siempre allí, delante de sus narices, al otro lado de la carretera, como un mudo y vivo reproche, irritando dolorosamente su propia conciencia con aquello de quedarse en Ranchipur durante los terribles meses del monzón, mientras ella disfrutaba del aire fresco de Poona, trabajando día y noche, gastándose el dinero, no en automóviles ni en pistas de tenis, sino en beneficio de las gentes a las que habían venido a ayudar. Estaban siempre allí, eternamente, recordándole la decepción de sus ya lejanos sueños, cuando por un momento había vislumbrado las posibles delicias del sacrificio por los demás.

En momentos de frenética exasperación, le decía a su marido:

—Todos esos sacrificios no los hacen porque sean buenos. Los hacen para manifestarnos su desprecio y para mortificarnos. Y el señor Simón replicaba:

—No, querida. No debes exagerar las cosas. Son gente buena y trabajadora, aunque un poco anticuada.

Porque el señor Simón poseía el gran don de los que se engañan a sí mismo: el de transmutar en virtudes sus flaquezas y hasta sus pequeños vicios. Se convencía a sí mismo de que, con su automóvil y sus pistas de tenis, era un misionero «moderno», y de que podía cumplir mejor con la misión que le había encomendado el Señor si no se agotaba pedaleando en su bicicleta y se conservaba en buen estado de salud mediante la práctica regular y metódica del tenis. Era la única persona del mundo ante la cual la señora Simón abandonaba su pose, y en algunas ocasiones el espectáculo de su desnudez moral aterrorizaba a su marido. La mundanería de su esposa era lo único que no acertaba a explicarse ni a sus propios ojos ni a los del Señor.

Era un hombre verdaderamente inofensivo, tonto de remate y bien parecido. (Había momentos en que, por la noche, la señora Simón encontraba consuelo en ello y en el hecho de que las pistas de tenis, el excelente régimen alimenticio a que le sometía y las vacaciones se lo conservaran joven y fuerte a despecho del clima). La tersura de sus buenas prendas físicas era la del hombre que no ha dejado nunca de ser niño, inconsciente de las corrientes de la vida que se agitaban en torno a él, inconsciente de los desastres y sufrimientos que había a su alrededor, cuyo único lema era: «Todo saldrá lo mejor posible». Incluso cuando escribía a América quejándose de su colega, no era él realmente el responsable, sino la señora Simón, que le obligaba a hacerlo. Al principio, cuando escribía una de aquellas cartas, olvidaba deliberadamente echarla al correo; pero, al no recibirse ninguna respuesta de

la Junta directiva de la Misión, su mujer adivinó la razón de ello, y desde entonces era ella quien se encargaba de echar personalmente las cartas al correo. Esperaba conseguir con ello que llamasen a los Smiley a su patria y que la casa del otro lado de la carretera fuese ocupada por un matrimonio que se sintiese impresionado por ella, por sus vestidos, por sus reuniones para tomar el té, por los provincianos ingleses que capturaba en Poona y, sobre todo, por los funcionarios británicos subalternos de Ranchipur, a quienes atraía trabajosamente a su casa gracias a las pistas de tenis y a las golosinas, que no probaban en ninguna otra parte más que allí. Quería también que en la casa de enfrente hubiese alguien que no le recordase continuamente, día tras día, que, después de todo, no era más que la esposa de un misionero.

Ella tenía sus proyectos. No quería que sus hijas Fern y Hazel echasen a perder sus vidas casándose con misioneros. En momentos de romanticismo, las veía a las dos, o, por lo menos, a Fern, entroncadas por el matrimonio con familias de la nobleza, viviendo en Inglaterra en un ambiente que conocía por las novelas, pero que jamás había visto. Había veces en que sus proyectos se referían al propio Ransome, hijo de un conde y nieto del viejo Diez por Ciento Mac-Pherson, el millonario. Hubo incluso momentos en que, encerrada con llave en su cuarto, experimentó en su desesperación un renacimiento de su antigua fe y, arrodillada, oró fervorosamente: «¡Oh Señor, ayúdame a conseguir que Ransome venga a tomar el té! ¡Oh Señor, haz que venga a tomar el té, aunque solo sea una vez!».

En el fondo, pensaba en él con irritación y a veces con genuino odio, pero no permitía que estos sentimientos se mezclasen en su plan de campaña. Le odiaba por la indiferencia con que veía su belleza en declive y sus tes. Le odiaba por su peculiarísima manera de mostrarse perfectamente cortés, sin dejar al mismo tiempo de hacerle sentir plena conciencia de que estaba contorsionando los hombros, sacudiendo la cabeza y haciendo girar los ojos como una perra coqueta. Le odiaba por el prestigio de que gozaba sin realizar ningún esfuerzo, solamente por ser quien era, mientras ella, que tanto se afanaba por conseguirlo, no disfrutaba de ninguno en absoluto. Le odiaba porque todo el mundo en Ranchipur le estaba siempre invitando a comer o a cenar o a tomar el té, y porque ella sabía que había solo dos sitios adonde nunca rehusaba ir: a palacio y a casa de los Smiley. Y, finalmente, le odiaba porque iba a tomar el té y a cenar con el señor Bannerjee, un indio, y porque era gran amigo de Raschid Alí Khan, que no solo era indio, sino mahometano. En algún escondido lugar del chasqueado y confuso cerebro de la señora Simón anidaban dos profundos prejuicios: uno, contra las gentes de tez más oscura que la suya, y otro que se basaba en su convicción de que todos los mahometanos eran demonios que poseían grandes harenes custodiados por eunucos, en donde se sucedían sin interrupción las más lascivas orgías. En su incultura e ignorancia de la historia, la etnografía y la geografía, metía en el mismo saco a negros e indios, en un gigantesco sacrificio a sus

primitivos prejuicios de «pobre blanca».

Odiaba al maharajá y a la *maharani* porque, pese al color oscuro de su piel, eran la suprema autoridad de Ranchipur, con más prestigio e importancia, pese a todos los argumentos que inventaba en sus íntimos diálogos consigo misma, que ninguna otra persona, incluidos Lily Hogget-Clapton y el propio residente. Y los odiaba porque sólo los invitaban a ella y al señor Simón a palacio una vez al año, para participar en una cena espléndida junto con los Simley y con algunos insignificantes funcionarios de menor cuantía. Y se lamentaba a su marido, diciendo:

—No veo por qué nos han de tratar lo mismo que a esos patanes de enfrente. No somos iguales.

—Querida, para su alteza sí lo somos. A sus ojos somos extranjeros y misioneros.

—Deberías explicarle la diferencia que existe.

—No lo comprendería. No olvides que se trata de un indio, un oriental.

—Es humillante.

—Todo se arreglará.

—Estoy harta de oír eso.

—Entonces, ¿qué sugieres que debo hacer?

—Puedes hacer comprender a su alteza todo lo que estás realizando por él. Solicita una audiencia.

Y el señor Simón trataba de capear el temporal, diciendo:

—Lo pensaremos. Ya encontraremos una solución. A lo cual respondía su mujer:

—Si no vas tú, iré yo. Deberías hacerlo por Fern y Hazel. Es humillante que nos traten igual que a los Smiley. Hasta que el señor Simón, desesperado, observaba:

—Todos somos iguales a los ojos del Señor.

Y la señora Simón vociferaba:

—¡A los ojos del Señor!... ¡Tonterías!

Pero no se hacía nada, pese a que la señora Simón tenía a su marido en un perpetuo estado de terror, provocado por el temor de que llevase a cabo su amenaza y diese lugar a un escándalo en palacio. Sabía que, si llegaba a un grado suficiente de exasperación, era capaz de asaltar las puertas de palacio y, derribando a los sikhs que las custodiaban, abrirse paso hasta la regia presencia de su alteza. El convencimiento de que mucho de lo que afirmaba su esposa era cierto debilitaba y fortalecía al mismo tiempo el ánimo del señor Simón, quien, siendo un hombre cachazudo, que tenía en más la paz y la buena voluntad del prójimo que la acción o las ideas claras, permanecía sumido en un perpetuo estado de compromiso y de desdichada confusión. Por su carácter y naturaleza, hubiera sido un buen ciudadano, propietario de un pequeño comercio en alguna población del Medio Oeste, en donde pertenecería a innumerables círculos y sería uno de los miembros más dinámicos del Rotary Club. En lugar de eso, se encontraba desconcertado y con frecuencia ofendido en las

profundidades del Oriente, en donde las virtudes de su naturaleza sencilla y sin complicaciones se perdían por completo. Se encontraba totalmente desamparado ante las intrigas de los círculos que rodeaban al maharajá, tejidos por puro amor a la intriga y no por especial animosidad contra el señor Simón, ante el snobismo arrabalero de la reducida colonia inglesa y ante la rudeza de los funcionarios subalternos que concurrían a los tes de su esposa. Tanto esta como los Smiley eran más fuertes que él: su mujer, porque, con su energía y su unidad de propósito, pasaba simplemente sobre todas aquellas cosas, y los Smiley, porque a sus ojos ninguna de estas cosas tenía existencia real, sencillamente no tenían conciencia de ellas.

Conocía el señor Simón lo mucho que por Ranchipur había hecho la Misión, no solo conduciendo a los súbditos del maharajá al reino de los cielos, sino de modos y maneras menos celestiales y más prácticas. En su fuero interno estaba convencido de que aquellas conversiones no significaban nada en un sentido puramente espiritual, porque, de un modo que no alcanzaba a comprender, la religión hindú, con devastadora indiferencia, se las componía misteriosamente para engullirse al cristianismo y absorber a su Dios, a sus santos y a sus profetas. En Jaipur había oído rezar el rosario a un santón, invocando los nombres de los dioses hindúes y diciendo rápidamente: «Krishna, Visnú, Rama y Jeesu Kreest». Y en el patio del gran templo de Ranchipur había una imagen de la Virgen María, hecha de hierro fundido. Y aunque siempre afirmaba lo contrario, estaba convencido de que todo el problema de la conversión de la India era un problema desesperado. Los verdaderos beneficios que los misioneros traían a Ranchipur no eran de carácter celestial, sino material. Los más inteligentes de los *intocables* se precipitaban en el cristianismo porque, una vez convertidos, dejaban de ser *intocables* en el verdadero sentido de la palabra para transformarse, a los ojos de los hindúes ortodoxos, en blasfemos y degradados herejes, semejantes a todos los europeos, incluidos el virrey y el emperador de la India. No obstante, las puertas de la conversión, al abrirse, ofrecían sus recompensas, y si los *intocables* eran indiferentes a las de carácter celestial, apreciaban mucho, en cambio, las ventajas de una nueva situación económica y social, y la oportunidad de poder ir, como cristianos conversos, a donde tuviesen por conveniente para organizar su vida a su manera. Y la conversión entre las tribus salvajes y nómadas de las montañas significaba no solo abrazar el cristianismo, que prontamente hacían retroceder a una especie de religión de brujas curanderas, sino abrazar al mismo tiempo la agricultura, los telares y la vida sedentaria en los pueblos, cesando de crear las perturbaciones e inquietudes que habían sembrado constantemente en sus anteriores épocas de tribus errabundas.

Todo esto era muy inquietante y descorazonador, y si el señor Simón no hubiese sido hombre tan saludable y de tan excelente carácter, cuyas glándulas funcionaban perfectamente, habría terminado por hundirse en una decepción aún más profunda o

en un estado de depresión suicida. De todos modos, encontraba la vida bastante agradable, pese a las ambiciones de su esposa y a los problemas que le creaba el futuro de Fern y Hazel. Una cosa debilitaba sus vacilantes decisiones, y era el convencimiento de que tanto él como la señora Simón tenían realmente muy poco valor para el maharajá y para la India, ya que su misión se limitaba exclusivamente a la conquista espiritual de las almas. Eran los Smiley quienes en las escuelas y talleres realizaban todo el trabajo y producían los bienes más perdurables, y el señor Simón se daba perfecta cuenta de que el maharajá lo sabía.

## IX

El sábado en que Ransome fue a comer con los Smiley, la señora Simón tuvo uno de sus momentos de oración. Arrodillada al lado de su lecho, en su habitación cerrada con llave, imploró a Dios que sugiriese a Ransome la idea de venir a tomar el té a su casa. Pero no queriendo dejar todo el asunto en manos del Señor, mantuvo bien abiertos los ojos y el oído alerta, con el fin de lanzarse personalmente al ataque tan pronto como Ransome llegase a casa de los Smiley. Estaba casi completamente segura de que iría, porque ningún sábado dejaba de asistir a lo que ella, en sus momentos de exasperación, llamaba las «traidoras comidas» de la señora Smiley, debido al hecho de que las personas que en ellas participaban solo tenían interés por la India. El doctor Ansari y la señora Naidu, aquellos «negros traidores», habían estado allí en ocasión de sus visitas a Ranchipur, y Raschid Alí Khan y el señor Jobnekar, que vivían en la ciudad, no faltaban casi ningún sábado. La señora Simón tenía especial interés en que Ransome fuese aquel día a su casa, porque había organizado una especie de fiesta de despedida, antes de marcharse con Fern y Hazel a pasar la temporada en la montaña.

Por eso, cuando Ransome detuvo su viejo Buick ante la puerta de los Smiley, antes que hubiese puesto los pies en el suelo, del que todavía se elevaba un denso vaho, la señora Simón había salido de su casa y corría a su encuentro cruzando el descuidado césped, con los rubios cabellos recién ondulados y el vestido nuevo de seda, todavía crujiente y no humedecido por el sudor. Ransome sabía a lo que venía, y pasado el primer momento de contrariedad que había experimentado al verla acercarse (pues, después de todo, había venido hasta Ranchipur huyendo de gentes como ella), pensó: «Está bien; le diré que el jueves». No ignoraba que no tardaría en marcharse y que disfrutaría de un respiro de tres meses, por lo menos, durante los cuales no recibiría ninguna invitación de la señora Simón para participar en alguna partida de tenis. Además, últimamente, en el fondo de su corazón, había experimentado el vago deseo de ver gente otra vez, sin discriminar, y de divertirse con su trato.

La señora Simón le estaba tendiendo la mano, agitando sus rizos recién hechos. De una manera abstracta, Ransome reconoció que era una mujer bonita, un tanto madura, y pensó que era una lástima que ella no quisiera dejar las cosas como estaban, abrumándole a uno con la ostentación de su belleza, como si temiera que pasara inadvertida. Y sus ojos la estaban traicionando permanentemente. En lo más hondo de sus profundidades azules había algo tan frío y duro como el mármol.

—Esta misma mañana he estado pensando en usted —decía la señora Simón—. Hemos organizado un pequeño té de despedida, y le he dicho a mi esposo: Tenemos que invitar al señor Ransome. Quedó en ir a su casa para invitarle. ¿Ha estado allí?

Todo esto de pasar por su casa para invitarle sabía Ransome que era pura ficción, y de pronto se encontró en la misma situación en que se hallaba mucha gente cuando hablaba con la señora Simón. Tuvo conciencia de que debía ayudarla a salir adelante con sus mentiras. Y así empezó a hacerlo. No sabía exactamente por qué, salvo que experimentaba la terrible necesidad de evitarle la vergüenza de sentirse cogida.

—Supongo que le habrá retenido algo en la ciudad. Yo acabo de salir de casa y hubiera sido difícil no tropezarme con él.

La señora Simón gorjeó:

—Bueno; de todos modos, le he atrapado a usted al vuelo. Espero que vendrá, ¿verdad?

Y le lanzó una de sus miradas más persuasivas, una mirada que, si hubiese sido una mujer de más seso, habría comprendido que solo podía significar una cosa.

A Ransome le entraron deseos de echarse a reír: primero, por aquel despliegue de seducción en interés de asunto tan trivial, y después, por todos aquellos esfuerzos para ganar una partida que ella ignoraba tener ya ganada. Y entonces llegó a oídos de Ransome, desde la casa de los Smiley, la iracunda voz de Raschid Alí Khan, tonante y violenta, en una frase truncada:

—... nada más que hombres de segunda fila, hombres que no vienen a la India a hacer carrera, sino a matar el tiempo.

Y algo en aquella yuxtaposición de las voces de la señora Simón y de Raschid Alí Khan le pareció no solo fantástico, sino absurdamente divertido.

—Desde luego, iré con mucho gusto.

—¡Oh, cuánto me alegro! ¡Cuántísimo me alegro! ¡Es tan difícil conseguir que acepte!

Ransome sonrió y volvió a ponerse el salacot sobre la espesa y oscura cabellera. El sol del monzón quemaba como un horno.

—Transmita mis cordiales saludos al señor Simón, por favor.

—Estará encantado. No comprendo cómo no le ha encontrado a usted.

Dio muestras de querer prolongar la conversación, y Ransome empezó a experimentar aquella antigua inquietud que se apoderaba de él siempre que llevaba dos minutos en su compañía. Era una inquietud mezclada con un intenso agotamiento. ¿Qué podía decirsele a una mujer como esta, que hacía gestos insinuantes sin darse cuenta de lo que implicaban? ¿Qué podía decirsele a una mujer en cuya conversación no había ninguna sinceridad? Siempre que se veía atrapado por ella, su mente empezaba a vagar distraída, de modo que sus respuestas resultaban a veces disparatadas. Igualmente notaba que, cuando hablaba con él, la señora Simón acentuaba doblemente su dejo meridional, de modo que en ocasiones le era muy difícil entenderla. Charlando con él, se refería constantemente a plantaciones y a viejas negras, a las que daba el familiar nombre de mammies, todo lo cual le parecía a

Ransome una exageración y un insulto a su experiencia y a su capacidad de discernimiento.

—Sería mejor que no se expusiera demasiado tiempo a los rayos de este sol. Es verdaderamente feroz.

—Bueno; adiós, entonces. Hasta esta tarde. Desde luego, no habrá mucha gente. Nada más que algunos de los muchachos.

Siempre que se refería a los funcionarios subalternos lo hacía utilizando tan familiar expresión.



## X

Mientras avanzaba por el sendero, bajo las orquídeas y petunias de tía Phoebe, oyó tronar de nuevo la voz de Raschid Alí Khan, esta vez desde la cocina:

—El mal está en que saben que vienen aquí solo de una manera temporal, y cumplen su misión con negligencia, a ratos perdidos, suspirando porque llegue el día de la licencia. Si han hecho algún dinero, se vuelven por la línea italiana, para llegar antes. Y si no, se van en el vapor correo. No tienen el menor interés por la India ni por los indios.

Y, entrando ya en la casa, le oyó decir:

—Inglaterra ha perdido a la India porque hombres como esos no se sentarán jamás con un indio a tomar una taza de té.

Ransome comprendió entonces que Raschid estaba hablando de los funcionarios civiles.

Al ver que no había nadie en el salón, avanzó por el pasillo hasta llegar a la espaciosa y fresca cocina, en donde sabía que los encontraría a todos. El corpulento mahometano medía a grandes zancadas el centro de la pieza, vociferando en su excitación y subrayando cada uno de sus ademanes con el largo rábano que sostenía en la mano. Junto al fogón estaba la señora Smiley, con un limpio delantal, removiendo algo en un puchero. En un rincón estaba sentado el señor Jobnekar, dirigente de las Clases Oprimidas, y en otro, sentada en una auténtica mecedora americana, se hallaba tía Phoebe, dándose aire con un enorme abanico de palma, en el que, impreso en grandes letras negras, se leía este rótulo: «Si quiere vestir bien, acuda a Freundlich, el sastre de la elegancia. 19, Main Street, Cedar Falls, Iowa». Era una anciana delgada y bajita, de ochenta años de edad, con un cuerpo encorvado y consumido por cincuenta años de trabajo junto a un marido granjero; pero detrás de sus lentes con montura de acero, sus ojos azules brillaban con el fuego de la juventud. Estaba disfrutando intensamente. Le agradaban los hombres corpulentos, viriles y apuestos, y Raschid Alí Khan estaba, además, en uno de sus más brillantes momentos.

Su estatura, como la de muchos indios mahometanos, sobrepasaba los seis pies; tenía un cuerpo extraordinariamente musculoso, por cuyas venas corría sangre árabe y turca, afgana y persa, con unas gotas tal vez de húngara y un soupfon de tártara. Realmente no había en él nada del indio hindú. Viéndole al lado del mayor Safka, a pesar de su corpulencia y su apostura, se advertía inmediatamente la diferencia. El mahometano era todo salvaje violencia, mientras el brahmán era todo suavidad y afabilidad. En Raschid había una franqueza y una actitud positiva que quedaban suplantadas en el hindú por el tacto y la afición a la intriga. El mahometano ansiaba hacer cosas. Era un romántico y un visionario. El hindú era pasivo y místico. «Tal vez

sea esa la razón —pensaba Ransome— de que unos pocos millones de mahometanos se mantengan firmes contra trescientos millones de hindúes».

Con un pelo de matiz más claro, Raschid hubiera parecido rubio, porque tenía la piel blanca y los ojos azules grisáceos; pero sus cabellos eran de color negro azulado y extraordinariamente rizosos. Su agudo perfil árabe le daba un aspecto fiero y orgulloso. «Los jinetes de Baber —pensó Ransome— debían de parecerse a Raschid». Las escasas gotas de sangre inglesa que fluían por sus venas no se traslucían en su aspecto en absoluto. La verdad era, aunque Raschid nunca hablaba de ello, que su bisabuela había sido inglesa, hija de un comerciante de las Indias Orientales, establecido en Calcuta mucho antes de la revuelta.

Raschid no la recordaba en absoluto, a pesar de haber muerto casi centenaria y de que forzosamente tenía que haber oído contar alguna anécdota acerca de ella a su padre y a su abuelo. Nunca hablaba de ella, y Ransome había descubierto que le molestaba le hiciesen preguntas acerca de su bisabuela inglesa. Parecía como si quisiera olvidar aquellas gotas de sangre que había heredado de los destructores del podrido Imperio mogol.

Ransome se esforzaba por imaginársela: una joven inglesa de la clase media en el pequeño mundo de Calcuta, fugándose con el joven primer ministro de un oscuro Estado musulmán. Debía de haber sido, pensaba Ransome, una de aquellas extrañas y exóticas muchachas que, de cuando en cuando, lanza al mundo la respetable clase media de Inglaterra. Exóticas y más fantásticas que las producidas por otras naciones: personalidades como Byron y lady Hester Stanhope y Doughty y Lawrence y Gertrude Bell y centenares de otras menos famosas, que habían encontrado alivio y paz espiritual en el seno de pueblos tan distintos del suyo propio como la noche del día. Ransome había visto un retrato suyo, que Raschid conservaba en su poder, pero que no decía nada. Estaba ejecutado en el estilo deliberado y decadente de las miniaturas persas en las postrimerías del siglo XVIII, estilizado y artificial. Aparecía sentada en un cojín, con las piernas cruzadas, como una mujer musulmana. A través de la arcada que se descubría en el fondo, veíase un hermoso cielo azul tachonado de amaneradas estrellas. Por el retrato, supo Ransome que había sido morena; pero lo más importante era que, siendo mahometana, se hubiese dejado retratar en absoluto y que no llevase velo. Cuando comentó este hecho con Raschid, su amigo, un poco molesto, replicó:

—No, no llevó nunca el purdah, como tampoco lo han llevado mi abuela, mi madre ni mi esposa. Mahoma no dijo nada acerca del purdah. Mi bisabuela siempre recibió a los amigos de su esposo y salió de casa libremente. No solo dominaba a su marido, sino a todo su pueblo. Conocía a fondo todos sus asuntos y, en ocasiones, le daba excelentes consejos. El Islam puro no reconoce el purdah. Es una corrupción nacida de la guerra.

Tenía que haber sido una anciana notable. Teniendo ella una edad ya muy avanzada, su esposo fue elevado a la dignidad de caballero por su contribución a la pacificación de la India después de la revuelta, de modo que, al final, había muerto honrada por sus propios compatriotas, a los que apenas había vuelto a ver desde que era una muchacha de veinte años. Su romántica sangre no parecía haber transmitido a la de sus hijos nada del equilibrio ni del espíritu mercantil británicos. Era como si Dios la hubiese creado desde el principio para ser una princesa musulmana y ella hubiese encontrado en ello su destino.

Raschid era un ferviente mahometano, menos por tradición que por convicción, ya que esta religión en toda su pureza le parecía el más honesto y eficaz de todos los sistemas religiosos ingenieros por la Humanidad. El Islam incluía a Jesucristo entre sus profetas, lo mismo que a Moisés e Isaías; pero Jesucristo, pensaba Raschid, había sido demasiado místico, demasiado visionario, y todo lo que El había enseñado — que, como la fe islámica, fue la sencillez misma en su origen— había sido corrompido después por los sacerdotes y la Iglesia. Raschid no negaba la corrupción ni la existencia de sectas heréticas en el Islam, pero las tenía por menos perniciosas y dañinas que la correspondiente y compleja corrupción de las sectas en el seno del cristianismo. En el Islam, los sacerdotes no habían tenido nunca su poder, su mundanería ni su hipocresía.

Conocía la historia de la cristiandad mucho más profundamente y con mayor detalle que Ransome —o cualquier otra persona que Ransome hubiese conocido jamás— la historia del Islam.

—Sin embargo, ambas constituyen un lamentable espectáculo —afirmaba Raschid—. Tal vez tengan razón los rusos al hacer una religión del Estado y de la hermandad entre los hombres.

En el Islam, a pesar de todo, se había conseguido preservar la idea de la hermandad entre todos los hombres. El propio Raschid, como todos los buenos musulmanes, consideraba al más negro de los africanos o al más amarillo de los malayos como un hermano en el Islam. En esto decía que el cristianismo había fracasado, ya que sus distintos grupos se habían clasificado según las razas y según las naciones, y eso, afirmaba, había sido la ruina de Occidente.

—Es eso lo que al final destruirá a Occidente —decía—. Mientras el Islam permanece intacto desde las Columnas de Hércules hasta el mar de la China, la cristiandad se convertirá en una selva aulladora, para ser nuevamente presa de bandidos merodeadores.

Profería estas aseveraciones con voz tonante, relampagueándole los azules ojos. Estas y otras, como:

—El Islam prohíbe a todos los buenos musulmanes convertirse en cambistas o en prestamistas por interés. ¿Habló Jesucristo alguna vez de eso?

Hablaba el inglés a la perfección, de una manera poética y en ocasiones pomposa, pues era lo bastante asiático para gustar de las frases largas y pomposas, y lo bastante europeo para mostrarse excelente polemista. A veces, cuando se dejaba arrastrar por su vehemencia, ni siquiera su vitalidad le salvaba de la monotonía. Con su prestancia física y su estentórea voz habría hecho un excelente político en Occidente; pero su capital defecto, como político y como dirigente en la India, radicaba en su sinceridad. La carencia de tacto, que a menudo va del brazo de la sinceridad, no solo paralizaba sus esfuerzos, sino que desbarataba por igual las intrigas del Este y del Oeste, de modo que los elementos de ambas facciones rehuían tratar con él, porque siempre iba derecho al corazón de las cosas, apartando la hojarasca de las intrigas. Habría sido un jefe indiscutible en tiempos de guerra o de revolución, pero en una época de compromisos y de toma y daca carecía de utilidad para todos los partidos. Su tragedia consistía en que había llegado a la plenitud de sus facultades demasiado pronto o demasiado tarde, y en que, en el fondo de su corazón, se daba perfecta cuenta de ello.

Ahora, a los cuarenta años, era ministro del Interior en Ranchipur; es decir, un funcionario de Policía musulmán en un Estado hindú. Situación esta menos imposible de lo que cabría imaginar, pues en el Estado de Ranchipur no había habido disturbios religiosos ni la más leve contrariedad desde hacía veinticinco años. Aquella paz, que era casi desconocida en el resto de la India, fue lograda gracias a la labor, la fuerza de voluntad y el poder absoluto del anciano maharajá. En Ranchipur, la religión estaba confinada en los templos y en las mezquitas. No se toleraba a los fanáticos ni a los agitadores, ya fuesen mahometanos o hindúes, ni a aquellos que a veces aparecían misteriosamente procedentes del mundo exterior, armados de herejías políticas más que teológicas. Raschid era la encarnación de la justicia misma. Nadie, ni siquiera el hindú más ortodoxo, había podido acusarle nunca de parcialidad con respecto a sus correligionarios en el Islam. Por profunda que fuese su fe, una vez que hubo aceptado el cargo de ministro del Interior, convirtiéndose en un fanático de la justicia.

Surcaba su frente y se perdía entre su espesa cabellera de color negro azulado una profunda cicatriz, de una herida que le habían causado los bandidos en el corazón del desierto arábigo, hacía mucho tiempo, un año después de la mayor guerra que padeció la cristiandad. Acompañado solamente por un correligionario musulmán, había realizado el viaje desde Haifa hasta la Meca, a lomos de sendos camellos, a través del caluroso desierto, para informar de los daños causados durante la guerra cristiana a la ciudad santa del Islam. Aquel viaje a través del polvo, del calor abrasador y del frío más intenso, fue una larga y romántica aventura. Lo había realizado no porque en el fondo de su corazón creyera que la ciudad poseyese una especial santidad, ni tampoco el sepulcro mismo del profeta, sino porque sabía que aquella tumba era un símbolo que mantenía unido a todo el Islam, desde Marruecos hasta Macasar, y porque cuando llegase el gran día, el Islam tendría necesidad de

semejante símbolo. Necesitaría poseer plena conciencia de su hermandad. Raschid guardaba fidelidad a dos cosas: al Islam y a la India y, a veces, ambas cosas eran muy difíciles de reconciliar.

## XI

Los sábados, la señora Smiley dejaba libre a su cocinero para que fuera a distraerse a la ciudad, y ella se encargaba de la cocina. Era la única tarde de la semana que tenía enteramente para sí, y a veces hasta esto le era negado, si había algún enfermo o sucedía alguna calamidad en el seno de las familias de las alumnas a quienes daba clase durante toda la semana. Le gustaba cocinar y era buena cocinera. A veces se cansaba de la cocina india, excelente, pero demasiado sazonada siempre que el cocinero preparaba platos indios, y misteriosamente pálida, pastosa y monótona cuando condimentaba los platos europeos que ella le había enseñado. Cuando ella se ocupaba de la cocina, preparaba las cosas que tanto les gustaban al señor Smiley, a tía Phoebe y a ella misma: ñames confitados (cuyas plantas crecían abundantemente en Ranchipur), pastel de merengue con limón y galletas con nata. Los sábados por la tarde eran días de gala, y como eran también los únicos días en que los Smiley podían ver a sus amigos, su cocina se convertía entonces en una especie de restaurante de club. Los asistentes a tales comidas eran Raschid Alí Khan, tía Phoebe, el señor y la señora Smiley, Ransome, la señorita MacDaid, cuando podía hacer una escapada del hospital; el señor Jobnekar, cuando no estaba de viaje, y algunas veces el mayor Safka. Después de las primeras reuniones, Raschid, aficionado a los buenos manjares y excelente cocinero él mismo, no pudo resistir la tentación de la cocina y echó una mano. A partir de entonces, las comidas de los sábados se convirtieron en una mezcla de las cocinas mahometana y iowanesa. Los platos que preparaba Raschid se componían fundamentalmente de *hojuelas*<sup>[8a]</sup>, *hodies* y croquetas de carne y pescado. La señora Smiley se encargaba de los platos principales y de los postres. En aquella heterogénea asamblea, el régimen dietético daba lugar a pocos quebraderos de cabeza, porque los cristianos no tenían restricción alguna, tampoco la tenía el señor Jobnekar en su calidad de intocable, y el mayor Safka, el brahmán, hacía mucho tiempo ya que había olvidado que la vaca seguía siendo un animal sagrado para millones de indios. Solamente Raschid, el mahometano, se había impuesto una restricción: el cerdo. Consideraba que el puerco era un animal inmundo, y que, de todas formas, constituía un alimento imposible en un lugar tan caluroso como Ranchipur.

La señora Smiley era una mujer de corta talla y delgadita; tenía un rostro que, sin haber sido nunca agraciado, resultaba muy agradable y estaba iluminado por esa luz que siempre brilla en el rostro de las personas sencillas y buenas. Tanto su cuerpo como su rostro, consumidos por el calor y las fatigas de veinticinco años de duro trabajo en Ranchipur, con excepción de uno solo que habían pasado en vacaciones en Cedar Falls, eran los de una mujer diez años más vieja. Pero esto importaba poco, lo mismo que su falta de interés por los vestidos. Era otra cosa lo que uno encontraba en

la señora Smiley, algo mucho más hondo y trascendente que la belleza y los vestidos elegantes, algo imposible de definir, pero que a los pocos momentos de haber entrado ella en una estancia le llamaba a uno la atención y le hacía pensar: «He aquí una mujer nada corriente». La señora Smiley no tenía conciencia de la impresión que causaba, nunca tenía tiempo para fijarse en tales cosas, como no lo tenía para los cosméticos y los vestidos. Nunca le bastaban las veinticuatro horas del día para realizar todo lo que deseaba, para llevar a cabo todo lo que tenía que hacer antes de convertirse en una anciana como tía Phoebe e ir a parar, por último, al sepulcro, sin haber tenido tiempo en el curso de su vida para pensar un momento en sí misma.

La amistad entre Ransome y los Smiley era objeto de muchas y confusas conjeturas, no solo en la mente de la señora Simón, sino en las conversaciones de toda la colonia europea, que no comprendía lo que «un hombre como él» podía ver en «aquella aburrida mujercita» y en su marido. Y lo que Ransome veía en ella era mucho más sencillo de lo que todos suponían. Le agradaban profundamente su sentido común, su sencillez y su satisfacción de vivir. Le agradaba su tenacidad, más espiritual que física, que le había permitido resistir durante veinticinco años el ardiente calor, los accesos de malaria y una vez un ataque de tifus. Le gustaban su carencia de pretensiones y su integridad, y que los sábados por la tarde se olvidase de la India entera y fuese por unas horas lo que siempre había sido en el fondo: una buena ama de casa de Iowa. Le gustaba porque era invencible, porque incrustada en su alma había una profunda y sólida filosofía que jamás le había permitido, ni siquiera en la India, caer en el cinismo. Por encima de las desilusiones, de las decepciones, de las traiciones y de las mezquindades que la rodeaban por todas partes en este inmenso país, en el Estado, en su propia Iglesia, entre los mismos niños y niñas *intocables* a quienes estaba dedicando su vida entera, por encima de todo eso, ella se elevaba llena de buen humor y de fresca alegría, diciendo siempre: «Bueno; las cosas son así; ¿qué le vamos a hacer?», frase con que disculpaba todas las cosas, desde una hojuela quemada hasta las paralizadoras intrigas del señor y la señora Simón.

Ella no era una consoladora profesional, como el reverendo Simón, pero su sola presencia infundía fuerza y aliento. Y por esta razón, los sábados por la tarde acudían todos a sentarse en su espaciosa cocina: el señor Jobnekar, Ransome, la señorita MacDaid y hasta aquella gran dínamo de extraordinaria vitalidad que era Raschid Alí Khan, todos los que, de cuando en cuando, se sentían deprimidos, temerosos y desalentados. Y la verdad era que ella no se había preguntado nunca cuál era la razón de que fuesen a su casa. Se alegraba, simplemente, de que fuesen.

## XII

Para Raschid Alí Khan, la señora Smiley no dejaba de ser un misterio; en cambio, el señor Jobnekar, el intocable, sentado en un taburete, en un rincón, escuchando, la comprendía algo mejor por haber estado en América. Era un hombre bajito y moreno, delgado, pero fuerte y compacto como una pantera, dotado de aquella tenaz y latente vitalidad característica de los *intocables*.

—En mi opinión —decía el señor Jobnekar con su singular acento rodado—, los *intocables* fueron en su origen una raza especial que vivió en la India desde el principio de los tiempos y que fue sometida a esclavitud por invasores victoriosos. Eso explica su mayor capacidad de resistencia. Los demás son recién llegados. Nosotros hemos estado siempre aquí. Somos inmunes a la mayoría de los males que padece la India, porque formamos parte integrante de ella.

A diferencia de Raschid, que había estudiado en Oxford, Berlín y París, el señor Jobnekar hablaba el inglés torpemente y con grandes dificultades. Lo había aprendido en las escuelas de la Misión, de boca del predecesor del señor Smiley, y, aunque cuatro años de estancia en América le habían ayudado a perfeccionarlo un poco, no había conseguido expresarse con soltura en este idioma. De cuando en cuando, en medio de un apasionado discurso exclamaba: *You bet!* o *By Golly!* (Expresiones vulgares y deformadas del idioma inglés).

Había sido el propio maharajá quien había costado la educación del señor Jobnekar en América, y ahora el señor Jobnekar era el jefe de las Clases Oprimidas y el único organizador que estas tenían en aquel inmenso torbellino de gentes, razas y creencias que era la India. Recorría el país de uno a otro extremo, en todas direcciones, de Norte a Sur y de Este a Oeste, visitando las grandes ciudades de la India británica y los oscuros, bárbaros y minúsculos estados en donde un hindú podía matar a un *intocables* y quedar impune so pretexto de que la sombra de este le había mancillado. Conocía a todas las gentes de la India, desde sus propios compatriotas, disfrutando de una paz y una libertad relativas, hasta aquellos que vivían como buitres, alimentándose de las basuras y de la carroña de los asnos, vacas o cabras que morían todas las noches de hambre y de senectud en las calles, callejuelas y callejones de sus ciudades.

No hacía tanto tiempo que aquello había sucedido en Ranchipur. El señor Jobnekar, que tenía cuarenta años de edad, recordaba los tiempos en que había jugado junto a grandes montones de animales muertos de hambre y de enfermedades, que adornaban eternamente la pequeña e inmunda plaza del barrio habitada por los *intocables*. En épocas de hambre, los *intocables* sufrían menos que los demás moradores pobres, porque siempre les quedaba el recurso de apoderarse de las bestias que caían muertas por la noche, antes que los buitres diesen buena cuenta de ellas.



Todavía existían lugares así, esparcidos por toda la India.

El señor Jobnekar era paciente y hábil. También era inteligente y educado, además de excelente orador, pese a lo singular de su acento. En cierto modo, el señor Jobnekar era una especie de símbolo: ¡el Intocable Despertado! El maharajá se sentía tan orgulloso de él como un padre de un hijo lleno de talento. Antes del señor Jobnekar no había existido ningún auténtico dirigente de su clase, y estas gentes habían sido como una pelota en manos de políticos y sentimentalistas. Pero todo eso estaba cambiando ahora, y era el señor Jobnekar quien, apasionado y vehemente, con todo el ardor de un cruzado, estaba derrochando sus energías para provocar ese cambio. A tía Phoebe le agradaba extraordinariamente el señor Jobnekar. Siempre le hacía recordar a Job Simmons cuando, siendo todavía un muchacho, llegó a Wesaukee.

La tía Phoebe había descubierto la India a los setenta años, y a los ochenta y cinco todavía seguía descubriéndola, encontrando todos los días algo nuevo, fascinante e increíble. Vino a Ranchipur cuando los Smiley regresaron de las únicas vacaciones que habrán disfrutado jamás, cuando los doce meses pasados en Iowa les parecieron insulsos y monótonos, una vez transcurridos los primeros momentos de recepciones y discursos de bienvenida en Cedar Falls. La señora Smiley le había explicado a Ransome en una ocasión:

—Mire usted: llevábamos ausentes desde hacía años, y se puede decir que habíamos echado raíces en la India, como si esta hubiera sido siempre nuestra patria. Y en Cedar Falls no teníamos nada que hacer, salvo visitar amigos y parientes, cosa que tampoco les agradaba mucho porque nos veían tan entusiasmados con la India. Una vez que hubieron satisfecho su curiosidad, se enfadaron, porque figúrese usted que para ellos América y Cedar Falls eran los lugares más hermosos de la tierra y se resistían a creer que hubiese nada maravilloso y excitante en ninguna otra parte. Cuando salimos de la India para volver a casa, creímos que sería maravilloso encontrarnos de regreso en Iowa, viendo a todo el mundo y todas las cosas; pero no lo fue. Al cabo de dos semanas, ya estábamos los dos deseando regresar aquí y no hacíamos más que preocuparnos por la escuela y por la gente que habíamos dejado a nuestras espaldas. Es curioso; la primera vez que llegamos a este país mi esposo y yo experimentamos una profunda sensación de disgusto, todo nos repelía: la suciedad, el polvo, el calor y hasta la gente. Y luego, poco a poco, nos fue conquistando. Ahora ya no podría vivir en otra parte. Eché mucho de menos a la India cuando fuimos a casa. La vida allí me pareció demasiado fácil, y Cedar Falls parecía haberse reducido de tamaño. Las casas, las calles e incluso el río eran mucho más pequeños de lo que nosotros recordábamos. Y todo se nos ofrecía más apagado y mortecino.

Cuando llegó el momento de regresar a la India y estaban haciendo las maletas, tía Phoebe se presentó en coche desde la granja, vestida con sus mejores ropas.

Estuvo sentada allí casi toda la tarde, y después de muchas vueltas y rodeos, terminó por soltar lo que llevaba dentro: «Mira, Bertha: me gustaría ir a la India con vosotros». Aquello me dejó totalmente desconcertada —le explicó la señora Smiley a Ransome—. Tenía entonces sesenta y nueve años, pero estaba fuerte y llena de vida, e iba armada con toda clase de razones. «Esto es muy aburrido —había argumentado la anciana—, y puedo dejar la granja al cuidado de los muchachos. Me parece que no les disgustará verme lejos, donde no puedo entremeterme en todo ni hacer sugerencias. Algún día tendré que morir, y bien podría hacerlo en la India. Me gustaría disfrutar algunas emociones antes de irme de este mundo. Nunca he sabido lo que es eso, mientras papá sí lo supo cuando llegó aquí y se estableció en estas tierras, que eran entonces una región salvaje llena de pieles rojas. Yo siempre he conocido a Iowa como un lugar domesticado, y nunca he ido más allá de Chicago. Estoy sana y fuerte y he ahorrado algún dinero. Puedo ayudar en los quehaceres de la casa. Estoy sana como una manzana y puedo trabajar perfectamente al lado de una mujer de tu edad. Sería para mí una especie de descanso y de distracción».

Cuando su sobrina le habló del calor, del polvo y de las enfermedades, no se mostró impresionada en absoluto. «Creo que podré resistir el calor perfectamente —dijo—. Me imagino que no hará más calor en la India que en Iowa en tiempo de la recolección del maíz. Y los viejos no atrapamos fácilmente ninguna enfermedad, por lo menos con tanta facilidad como los jóvenes. En cuanto al polvo, no lo temo. Pagaré todos mis gastos y no os daré guerra. Quizá incluso pueda ayudaros».

Nadie consiguió disuadirla: ni sus hermanas, ni sus hijos, ni el pastor congregacionista. Se le había metido la idea en la cabeza y no había quien se la sacase. «Será como empezar a vivir de nuevo», dijo.

Y así fue. Lo resistió todo: el calor, la suciedad, las enfermedades. Y en lugar de envejecer o debilitarse a causa de ello, pareció renacer a la vida. No tenía edad, porque le gustaba la gente y estaba llena de curiosidad, y así, como ella decía, podía empezar la vida «desde el principio, en un país nuevo y rodeada de muchísima gente nueva».

Ella se encargaba de la casa mientras los Smiley estaban fuera, atendiendo a la escuela de la Misión. Llegó incluso a aprender el indostaní lo bastante para conversar con los indios, y el gujerati lo suficiente para dar órdenes a los criados. Y se entendía con ellos mejor incluso que su sobrina, pues la respetaban mucho a cuenta de su avanzada edad y de su resistencia.

Al principio desconfiaron de su humanidad y de su sencillez, lo mismo que habían desconfiado de la humanidad de los Smiley en los primeros tiempos. Todos los criados eran cristianos y se les había instruido en la doctrina de Jesucristo acerca de la hermandad de todos los hombres; pero ninguno de ellos la había visto nunca practicar a nadie, y menos que a nadie a los blancos procedentes de Occidente. Pero

no tardaron en desaparecer sus recelos y en comprender que ni los Smiley ni tía Phoebe tenían intención alguna de explotarlos.

Lo que nunca llegaron a entender por completo fue la idiosincrasia de tía Phoebe ni el ambiente que había determinado su carácter, sus creencias y su singular actitud antieuropea. Sólo el señor Jobnekar, que era hombre inteligente, había estado en América y viajado mucho por allí, lo intuía en parte, aunque tales intuiciones, ni siquiera en su caso, pasaron del estado de vagas impresiones emotivas, que era incapaz de explicar claramente, porque siempre se había sentido un tanto perplejo en presencia de una vida tan distinta de todo cuanto había conocido. Se daba cuenta de que la sencillez, honestidad y cordialidad de tía Phoebe eran cualidades muy comunes en el centro de los Estados Unidos de América, ya que durante dos veranos —en parte para ganar algún dinero y en parte para conocer mejor el país— trabajó en las faenas de recolección en Iowa y Kansas, y allí descubrió estas mismas cualidades. Sabía igualmente que nunca se encontrarían en los estados del este del país. Los estados del este norteamericano, pensaba el señor Jobnekar, eran como una falsa Europa. No sabía, como tía Phoebe, más por instinto que por razonamiento, que lo que quedaba detrás de ella era algo que se desvanecía. Ella lo sabía. Y esta era una de las razones por las que había deseado venir a la India. En el fondo de su corazón no podía soportar la idea de quedarse en Iowa asistiendo a la decadencia y muerte del modo de vida que tanto había amado.

Y por eso se encontraba ahora, a los ochenta y un años de edad, sentada en la cocina de una enorme y fresca casa cuartelera de Ranchipur, rodeada de un mundo nuevo y de un círculo de nuevos amigos que se había hecho después de cumplir los setenta años: Raschid Alí Khan, descendiente de los conquistadores de Baber; el señor Jobnekar, el intocable; Ransome, medio inglés, medio americano, y la señorita MacDaid, escocesa nacida en Surabaya. Allí estaba la anciana, meciéndose, abanicándose y riéndose para sus adentros ante el espectáculo que ofrecía Raschid, paseándose de arriba abajo y pronunciando un tonante discurso político, sin dejar de atender a sus hojuelas.

En una ocasión, tía Phoebe le interrumpió en medio de un torrente de vehemente oratoria para decirle:

No haga las albóndigas tan picantes, señor Raschid. La semana pasada casi me desprendieron las paredes del estómago. Ustedes los musulmanes deben de tener el estómago de cuero.

Tía Phoebe era totalmente feliz. Solo una nubécula empañaba su radiante horizonte: los Simón. Pensaba que el reverendo Simón era un farsante, cosa que no era enteramente cierta, y odiaba el snobismo y los aires que se daba aquella pobre blanca de la señora Simón.

## XIII

No tardaron en sentarse todos a la mesa, en uno de los extremos de la enorme cocina, desde donde se veía la parte cercada del jardín, en la que los Smiley habían instalado su pequeño parque zoológico. No teniendo hijos, habían ido coleccionando toda suerte de animales. Dentro de aquel cercado había dos jabalíes, una gacela y una hiena tan mansa como un perrillo faldero y que no despedía el más leve hedor. Todos los animales, con excepción de dos mangostas que no cesaban de ir y venir, excitadas y curiosas por aquella comida de los sábados, estaban tendidos a la sombra de los mangos, lejos de los ardientes rayos del sol.

En la mesa quedaban dos sitios desocupados. El señor Smiley dijo:

—Supongo que algo ha retenido a la señorita MacDaid en el hospital, pero le guardaremos su sitio. Lo que no sé es lo que haya podido ocurrirle al mayor.

Seguidamente se pusieron a hablar del tiempo, haciendo cábalas acerca de si volvería a llover o no. El señor Jobnekar los tranquilizó a todos. El lo sabía. En él había diez mil años de experiencia de la vida en la India. A su lado, Raschid y hasta el mayor Safka, junto con sus pueblos respectivos, no pasaban de ser recién llegados.

—Observen la brisa —dijo—. Miren los árboles. Las hojas se están volviendo del revés. Fíjense en la forma en que se arremolina el polvo. Aumentará la fuerza del viento. Ya lo verán. Tendremos lluvia, y muy abundante, antes de medianoche.

La brisa se hacía cada vez más fuerte, en efecto, pero no procuraba ningún alivio. Por el contrario, no hacía más que llevar el polvo y el horroroso calor hasta el corazón mismo de aquella fresca casa de gruesas paredes.

La señora Smiley se levantó para sacar del horno indio el pastel de merengue con limón. Había salido perfecto: los huevos batidos que lo coronaban ponían en la cima su agradable nota dorada.

—Estos hornos antiguos son mejores que los nuevos —afirmó tía Phoebe—. Se puede obtener en ellos incluso una temperatura uniforme. Nunca he hecho un pan tan bueno como cuando era muchacha y lo cocíamos en un horno al aire libre.

Un automóvil se detuvo frente a la puerta de la casa, bajo los árboles, y de él descendieron la señorita MacDaid y el mayor. La enfermera tenía un aspecto fresco y descansado, a pesar del calor reinante, pero se había dado demasiado colorete en la cara. El mayor estaba de excelente humor.

—No puedo quedarme —dijo—. Tengo que ir a ver al padre de Bannerjee, que ha sufrido un ataque de anginas. Volveré en seguida.

—Es una vergüenza —comentó la señorita MacDaid—. Nunca dispone de un momento para sí mismo.

Le siguió con la mirada mientras se alejaba, subía al coche y partía. Ransome, desde el extremo más alejado de la mesa, la observaba atentamente, y de pronto

recordó lo que le había dicho Juan Bautista.

—Es terrible lo que tiene que trabajar el mayor —prosiguió la señorita MacDaid—. Debería tener algunos ayudantes que entendiesen de anginas y cosas parecidas. Yo procuro evitarle todo el trabajo que puedo, pero no es mucho... ¡Oh pastel de limón! Se me había olvidado que hoy es día de pastel con limón. Esta noche tendremos lluvia. Lo ha dicho el portero y no se equivoca nunca. Me he enterado de que la señora Simón da esta tarde una de sus fiestas. Ransome pensó: «Si por lo menos dejase de hablar... Está tratando de ocultarlo y no puede. Es horrible».

—Ha habido tres casos de cólera en la parte baja de la ciudad —informó la señorita MacDaid—. Hemos tenido que ir allí esta mañana. Dos de los pacientes han muerto, y el tercero ha sido trasladado al hospital.

—Espero que no se propagará —dijo tía Phoebe—. Hoy ya no es posible eso, al menos en condiciones normales. Todo está perfectamente controlado.

—Nunca se borrará de mi memoria lo sucedido en el año mil novecientos doce —dijo el señor Smiley.

—Ahora ya no es lo mismo. Son los piojos los que propagan el tifus, y Ranchipur está hoy en un ochenta y cinco por ciento más limpio que entonces.

—La del monzón es una mala época para eso —observó Raschid—. Desaparece la peste y llega el tifus.

—Bueno; la verdad es que no hay motivo para preocuparse de ello. Ranchipur es un Estado bastante moderno. Y hombres como el mayor son muy capaces de tener esas enfermedades a raya. La Humanidad ha dejado de ser la víctima que ha sido en tiempos pasados.

La señorita MacDaid siguió hablando, pasando de un tema a otro antes que se hubiese agotado ninguno, sin dejar de pensar durante todo el tiempo en el mayor y viéndole con mucha más claridad que a ninguno de los presentes, inclinado probablemente en este momento sobre el corazón de aquel viejo farsante, el padre del señor Bannerjee. Y continuaba hablando y hablando sin cesar, porque en el fondo se daba cuenta de que su amor por el mayor resultaba un poco ridículo y siempre la atormentaba el temor de que alguien, y sobre todo él, llegase a descubrir alguna vez su secreto. Y no sabía, como debía haber sabido en virtud de su larga experiencia en Oriente, que ese secreto había sido adivinado hacía mucho tiempo, incluso por el negrito *intocables* que le hacía los recados.

Y ahora lo irían descubriendo los europeos, uno tras otro. Ransome, observándola a través de la mesa, se convenció de que lo que le había dicho Juan Bautista respondía a la verdad, y por un momento se sintió un poco sobresaltado y asustado ante la consideración de lo ciega y cruel que podía mostrarse la Naturaleza. Durante un instante, por primera vez desde la guerra, se le hizo un nudo en la garganta.

## XIV

Al otro lado de la carretera, la señora Simón, tras haber dormido una breve siesta después de la comida, se despertó empapada de sudor, desalentada y preocupada. Había momentos en su existencia, escasos, pero terribles, en que de pronto se preguntaba: «¿Por qué luchar de esta manera? ¿Para qué todo esto? ¿Por qué no lo dejo todo y me dedico a disfrutar tranquilamente de la vida?». Pero no podía disfrutar tranquilamente de nada, por mucho que se esforzase. Había algo que la impulsaba a seguir adelante, hasta el punto de trabajar a veces tanto y dormir tan poco como los Smiley.

Echada en cama, bañada en sudor, estaba pensando, llena de inquietud, en las pastas y en el té, en los vestidos de Fern y de Hazel y en el tiempo. Lo mismo que el señor Jobnekar, ella también sabía que iba a llover, aunque ella lo sabía por una razón muy distinta. Era su juanete el que no dejaba de anunciárselo nunca. Estaba diciendo casi a media voz: «¡Oh Señor, no permitas que llueva hasta que todos los invitados se hayan marchado a sus casas!». Porque si llovía antes, entonces tendría que dar su té dentro de casa, lo cual quería decir que resultaría un fracaso. En el prado, donde había tanto espacio, y con los invitados jugando partidas de tenis y de volante, las cosas parecían arreglarse por sí solas; pero en el interior de la casa, la señora Simón se convertía en una anfitriona nerviosa y acosada, consciente de que sus invitados se aburrían y desesperadamente incapaz de hacer nada para remediarlo.

Confiaba también en que tía Phoebe no saldría a sentarse en el porche de la entrada, a mirar. No había invitado a los Smiley. Hacía mucho tiempo que dejó de invitarlos, diciéndose a sí misma que su decisión se basaba en el hecho de que los Smiley siempre se mostraban nerviosos y a disgusto entre sus distinguidos invitados. Para los Smiley, su exclusión de aquel elevado círculo social de Ranchipur representó un verdadero alivio, porque ya no tendrían que ponerse sus mejores galas y permanecer allí fingiendo que lo estaban pasando muy bien. Siempre les había costado un gran esfuerzo asistir a los tes de la señora Simón, creyendo ingenuamente que se sentiría ofendida si no iban.

La señora Simón, echada en la cama, daba gracias a Dios por haberle dado el ánimo suficiente, hacía ya algunos años, para coger al toro por los cuernos y anunciar al señor Simón que no tenía intención de volver a invitar a los Smiley.

—No quiero verlos más por aquí —había dicho—, tiesos como husos, hablando con su horrible acento del Medio Oeste. Además, a ellos tampoco les hace gracia. Se alegrarán muchísimo de no venir. Parece que no tienen otro propósito que recordarnos continuamente que somos misioneros.

—Y lo somos, ¿no? —inquirió el señor Simón.

—Sí, lo somos; pero no a la manera de ellos. Nosotros somos misioneros

modernos.

Y así fue como los Smiley no volvieron a molestarnos más. Ahora la única que les molestaba era tía Phoebe. La anciana lo hacía de un modo sutil y ostensible al mismo tiempo. Tan pronto como llegaban los funcionarios subalternos, los insignificantes oficialillos y la señora Hogget-Clapton, tía Phoebe arrastraba su mecedora americana hasta la terraza y allí se sentaba, meciéndose, bebiendo limonada y dándose aire con su abanico de hoja de palma. Rara era la vez en que, con una ligera inclinación de cabeza, saludaba a alguno de los invitados de los Simón, ya que conocía a muy pocos de ellos; pero allí estaba sentada, hosca y grotesca, recordándoles a todos con su presencia que aquello era un té dado por un misionero. Parecía que incluso se caracterizaba para cumplir su misión, poniéndose su más burdo vestido de indiana y rodeándose de los objetos más vulgares: la limonada, la mecedora y el abanico de hoja de palma procedente de Cedar Falls, Iowa. La señora Simón no podía ordenarle que se marchase de su propia terraza y abrigaba la vehemente sospecha de que la actitud de tía Phoebe estuviera dictada por la malicia.

Postrada por el calor, la señora Simón se puso a pensar en la rumoreada visita de lord y lady Heston, preguntándose si Ransome los conocería y cuánto tiempo pensarían permanecer en Ranchipur y si tendría ocasión de ser presentada a ellos. Comprendía que esto último era muy poco probable, a menos que consiguiese persuadir a Ransome para que arreglase semejante presentación. Conocía demasiado a Ranchipur para ignorar que ninguno de los invitados a sus tes, con la sola excepción de Ransome, vería probablemente a los Heston, salvo cuando pasasen majestuosamente por las calles de la ciudad en uno de los Rolls-Royce del maharajá. Sus señorías se alojarían en el viejo palacio de verano y no verían más que a los ministros y al general, a Ransome y a algunos indios importantes. Ni siquiera invitarían a la señora Hogget-Clapton ni al señor Burrage, el director de los ferrocarriles. Todas las personas verdaderamente distinguidas, se decía la señora Simón, serían ignoradas por completo. En la India británica, seguía pensando la señora Simón, las cosas habrían sucedido de manera diferente, y casi inmediatamente se puso a considerar la manera de convencer al señor Simón para que solicitase el traslado a un mundo más civilizado. Por civilización, la señora Simón no entendía cultura, sensibilidad, intelecto, arte, arquitectura o ciencia. Tenía ideas muy concretas acerca de este asunto: ella pensaba en un mundo en el que la clase media suburbana reinase suprema.

Una ráfaga de ardiente viento agitó las persianas de las ventanas, y exhalando un gemebundo suspiro, la señora Simón se levantó para subirlas y echar una ojeada al cielo. Aparecía este sin una sola nube, brillando en lo alto el mismo sol inclemente: «Por ahora —pensó—, santo y bueno»; pero sabía que aquel cielo ardiente y sin nubes no quería decir nada. En la época del monzón podía desencadenarse una

violenta tormenta en un par de minutos.

Envolviéndose en una bata, cruzó la habitación y, abriendo la puerta, llamó:

—¡Fern! ¡Hazel!

Una voz le respondió desde algún lejano punto del inmenso vestíbulo del antiguo cuartel. Era la voz de Hazel, naturalmente, ya que Fern, la señora Simón lo sabía muy bien, no se habría tomado la molestia de contestar.

—Poneos los vestidos viejos de tenis y salid a ver si todo está dispuesto... No os pongáis los nuevos, porque estarán sudados antes que lleguen los muchachos.

Sus hijas eran a la vez el orgullo y la cruz de la señora Simón. Ninguna de las dos era perfecta, y ninguna de las dos era el instrumento que ella hubiera elegido para llevar a cabo sus ambiciosos proyectos. Fern, que ya tenía casi veintiún años, era la más bonita de las dos. Se parecía bastante a su madre y había heredado mucho de su obstinación y una petulancia que en su madre no había llegado nunca a ser tan exacerbada. A pesar de su educación, a pesar de haber pasado casi toda la vida en la India, a pesar de los ambiciosos proyectos que su madre abrigaba con respecto a ella, Fern seguía siendo obstinadamente lo que siempre había sido: una lindísima y provinciana muñeca americana, destinada por Dios y la Naturaleza a estar tendida en una hamaca tocando el ukelele, pero a quien las circunstancias habían arrojado al corazón de la India, a un Estado indio, en donde los únicos jóvenes que veía siempre eran los muchachos de la clase media inglesa, aficionados a gastar bromas. Y aquellas bromas de «los muchachos» de Ranchipur le hacían poca gracia a Fern, tan poca como «los muchachos» mismos.

Pasaba los ratos más felices de su existencia cuando se encerraba en su habitación a leer las revistas cinematográficas que regularmente le enviaba su prima desde América, a cambio de ocasionales y exóticos regalos procedentes de la India, tales como chales baratos y trozos de brocado para zapatillas; y cuando no estaba leyendo *Los secretos de las estrellas*, se dedicaba a elaborar fantásticos y nebulosos planes de fuga. No tenía ideas muy claras respecto al lugar adonde iría, pero Hollywood parecía un punto bastante probable. Extraída de las revistas cinematográficas y de las novelas baratas que leía, se había formado una filosofía de la vida que no revelaba a nadie, y menos aún a su madre. Sabía que era bonita y estaba convencida de que cualquier sitio sería para ella mejor que Ranchipur. Lo que ella deseaba eran pieles, joyas, admiradores y una civilización mecanizada. En la soledad de su habitación no tardó en elaborar una vida de ensueño extraordinariamente organizada, que le consumía por lo menos la mitad de cada día, y que llegó a alcanzar a sus ojos las características de la realidad. En cambio, a los ojos de su madre, aquello no pasaba de ser un «acceso de morriña».

Su hermana Hazel, con quien no tenía nada en común, era rolliza, con cara de luna llena, y lo mismo que su padre, tenía esa expresión afable de persona alimentada



con maíz, que poseen muchos americanos del Medio Oeste. A diferencia de su hermana, era dócil, no se lamentaba nunca y jamás sufría un «acceso de morriña»; pero, ¡ay!, mientras Fern se hallaba presente, «los muchachos» eran incapaces de ver las virtudes más domésticas de Hazel.

La señora Simón solía pensar: «¡Ah, si Fern tuviera la disposición de Hazel, y Hazel la figura de Fern!». No concedía paz ni reposo a ninguna de las dos muchachas. A Fern le estaba constantemente regañando por su mal humor y por sus aires de superioridad con los jóvenes partidos de Ranchipur. A Hazel le estaba siempre pinchando y mortificando con sus instrucciones para que se mantuviese erguida y no riese tanto y de manera tan bobalicona, prohibiéndole comer demasiado, porque su figura ya parecía un poco pesada, prohibiéndole hasta que sudara. Por este procedimiento había conseguido destruir enteramente la poca confianza que la pobre Hazel hubiese tenido jamás en sí misma. Y ponía continuamente delante de los ojos de sus hijas la perspectiva del matrimonio como fin único y exclusivo de la existencia.

Cuando, por fin, descendió a la planta baja, luciendo un vestido de seda estampado y con la inquieta mirada puesta todavía en el cielo, eran más de las cinco de la tarde, y todos los preparativos para el té estaban ultimados. Encontró a Fern sola en la sala de estar y observó de una manera casual:

—El señor Ransome vendrá a tomar el té.

A lo cual respondió Fern con el ceño fruncido:

—¿Sí?

—Espero que te muestres amable con él.

—Probablemente ni siquiera me mirará.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no soy nada para él. Ni siquiera me ve cuando nos cruzamos en la calle.

—Es porque no le conoces bien. Deberías ser más amable con él.

Durante unos momentos Fern permaneció en silencio, ocupada en empolvase la cara. En medio de aquel calor, los polvos parecían volatilizarse. Su madre, observándola, estaba pensando en el mejor modo de llevarla a su terreno, y la muchacha, que sabía cuáles eran sus planes, dijo:

—Si estás pensando en que podría casarme con él, estás muy equivocada.

—¿Y por qué no? Es rico y pertenece a una de las mejores familias de Inglaterra.

—Esa es precisamente la razón por la que ni siquiera se fijará en mí.

—Tú también tienes mucho que ofrecerle.

—De todos modos, no es la clase de marido que yo quiero.

—¿Y cómo es el marido que tú quieres?

—Lo que yo quiero es ser libre, pertenecerme a mí misma. No quiero ser la esposa de nadie.

—Pero eso es lo mejor para una mujer.

—Ya, no. No en América. Quienquiera que se case conmigo, tendrá que ser mi marido.

Mentalmente estaba siempre concediendo entrevistas, que un buen día aparecerían en las revistas cinematográficas: «Blythe Summerfield, adorada por su esposo», «Blythe Summerfield, la lánguida hija de Oriente», «Blythe Summerfield, la mujer más elegante de la pantalla». Porque Fern ya había elegido nombre.

—Bueno; sea como fuere, procura mostrarte cortés con él. Trata de ser agradable por una vez, como lo es Hazel.

—Si fuera como Hazel, tendría que mostrarme agradable por fuerza.

—Deberías avergonzarte de tus palabras.

—Pues no, no me avergüenzo. Y, además, no sé por qué tienes que dar estos horribles tes. Preferiría quedarme en mi habitación. Odio a todo el mundo en Ranchipur.

—Vamos, Fern, no te excites.

A través de la puerta de entrada, la señora Simón vio que empezaban a llegar los primeros invitados. Eran la señora Hogget-Clapton y uno de «los muchachos». La señora Hogget-Clapton era, por muchos títulos, pero sobre todo por la importancia que ella misma se arrogaba, cabeza dirigente y reconocida de la buena sociedad de Ranchipur; es decir, la que la señora Simón diputaba por tal. El «muchacho» era Harry Loder, quien, como sabía perfectamente la señora Simón, sentía una irresistible inclinación por Fern, pese al mal carácter de esta. Tenía treinta y tres años, y a duras penas podía decirse que fuese un muchacho ni por su edad ni por su aspecto; pero la señora Simón le metía en el mismo saco que a los demás. Era bien parecido, aunque de manera un tanto bovina, y poseía una virilidad que se acercaba mucho a la brutalidad, cosa que nunca dejaba de producirle a la señora Simón un leve estremecimiento de excitación. Algunas veces, durante aquellas primeras horas de la tarde, largas y cálidas, cuando estaba desprevenida contra las asechanzas de su imaginación, se encontraba de pronto preguntándose cómo serían las cosas con Harry Loder en lugar de con el reverendo Simón.

Ahora, al verle, volvió a sentir el antiguo estremecimiento de excitación, y le dijo a Fern:

—Ahí vienen la señora Hogget-Clapton y Harry. Procura mostrarte agradable con ellos.

—¡Oh, que se vaya al diablo la señora H...! —exclamó Fern—. ¡Al diablo con todos y con todo!

Rompió de pronto en llanto y echó a correr escaleras arriba, diciéndose que sus padres no tenían derecho a educarla en un lugar como Ranchipur, en donde no había nadie ni nada.

—¡Yo no he pedido venir al mundo! —sollozaba—. ¡Yo no he pedido venir al mundo!

Arrojóse de bruces en el lecho y estuvo llorando largo rato. Luego se levantó, se lavó la cara con agua que el calor había templado, se pintó de nuevo los labios y volvió a bajar la escalera. Lo hizo lentamente, dejando resbalar por la barandilla una de sus finas manos; luego atravesó el pequeño grupo de mujeres reunidas en la sala de estar y, saliendo al jardín, cruzó el prado y se encaminó hacia las pistas de tenis y el pabellón cubierto de brillantes flores de bignonia india. Al llegar al pie de la escalera, ya se había repuesto enteramente y se hallaba en el único estado de ánimo que le hacía soportables los tes de su madre. No fue Fern Simón quien saludó a «los muchachos», sino Blythe Summerfield, la «Lánguida hija de Oriente».

La gente que concurría a los tes de la señora Simón le parecía a Ransome que se asemejaban extraordinariamente a los rebaños de estúpidas ovejas entre los cuales había vivido cierto tiempo en las altas montañas de Nevada. Hacía muchos años, observando la conducta de las ovejas a la vista de un coyote, había pensado: «Las ovejas son la clase media de los animales. Deberían vivir en los suburbios, pertenecer siempre al partido conservador y ser perpetuamente estafadas por los agentes de Bolsa».

A la primera señal de peligro, de amenaza e incluso de cambio, las ovejas empezaban a agruparse, empujándose unas a otras para alcanzar la seguridad del centro mismo del rebaño. Al igual que las ovejas, la gente que asistía a las reuniones de la señora Simón carecía de originalidad y de espíritu de iniciativa. Al verlas, Ransome, invariablemente, empezaba por sentirse avergonzado de la especie humana y terminaba avergonzado de sí mismo por considerarse tan condenadamente superior. Y esa era una de las razones por las que rehusaba nueve de cada diez invitaciones.

Lo mismo que las ovejas, aquellas personas no buscaban más que la seguridad y el pasto suficientes para garantizar su existencia. El mundo de las ideas, así como el de la acción, las alarmaba profundamente. Y estaba mortalmente hastiado de haber oído toda su vida que esta clase, esta sociedad nacida en poco más de un siglo de la industria, las invenciones mecánicas, el comercio y la usura, era la última palabra en el terreno de las aspiraciones y las realizaciones humanas. Había momentos en que le parecía que la clase media, y nada más que la clase media, con su servilismo adulador, su sentimentalismo, su nacionalismo y su confusión de ideas, era la única responsable de la debilidad y decadencia que afligían a Occidente.

Aquí, en el polvoriento y descuidado jardín de la señora Simón, la pequeña colonia, aislada en medio de la imperturbable y terrorífica vastedad de Oriente, se ofrecía bajo la luz más desfavorable, como un cultivo de especímenes puestos aparte para ser examinados bajo el microscopio.

Aburrido ya ante la simple perspectiva de la reunión, Ransome cruzó el camino que separaba la casa de los Smiley de la de los Simón, poco después de las seis de la tarde. El calor era todavía asfixiante, y el sol parecía una ardiente bola de bronce colgada del cielo; pero la brisa había empezado a asumir las proporciones de un verdadero viento monzón, procedente de alguna parte del golfo Pérsico o del Océano Indico. Se estaba tan fresco en aquel momento bajo los árboles de los Simón como en cualquier otra parte de Ranchipur, con excepción tal vez de la fábrica de hielo o de los patios interiores del gran palacio.

En el jardín de los Simón se encontró exactamente con lo que había esperado encontrarse. No había allí ningún indio, y, agrupada en torno a las mesas y en la pérgola cubierta de jazmines trepadores, halló exactamente la misma sociedad que habría hallado en una reunión similar en Inglaterra o en América, salvo que aquí, sobre el ardiente fondo de Oriente, todas las cualidades, tanto de la clase como de los individuos, parecían exageradas hasta el límite de lo fantástico. Las voces sonaban un poco más agudas, el snobismo se llevaba un poco más lejos y los distintos acentos — formando una extraña mezcla de cockney (Dialecto de Londres), del peculiar dejo del Medio Oeste, de algo que se consideraba seriamente ser de Oxford y de la dengosa y melosa pronunciación sudista de la señora Simón— hacían que la conversación resultara a veces punto menos que ininteligible, y toda comunicación, especialmente para Ransome, que no había frecuentado aquel círculo lo bastante para haber descubierto la clave de aquel lenguaje, casi imposible en absoluto. Aquí, en este mundo aislado y remoto, no había duques, ni duquesas, ni banqueros millonarios, ni primeros ministros, ni presidentes de cámaras de comercio, y, por consiguiente, cada individuo, no intimidado por la constante presencia de estos fenómenos, se expansionaba buscando ocupar el lugar de aquellos gigantes ausentes.

La señora Hogget-Clapton, una dama florida y corpulenta que se había creado un acento especial para su uso particularísimo, asumía el papel de duquesa y se refería constantemente a sus parientes nobles de Shropshire (aquí en Ranchipur eran fáciles estas alusiones, pues no era probable que nadie descubriese se trataba de simples y honrados granjeros dedicados a la cría y explotación de las vacas). El señor Burrage, que tenía algo que ver con los ferrocarriles del Estado, se había convertido en el lord Heston local, y el señor Hoskins, que era una especie de jefe de contabilidad en el Banco de Ranchipur, se había transformado en una mezcla de canciller del Exchequer y director del Banco de Inglaterra. Y «los muchachos», con su polo y sus persecuciones de jabalíes, transmutáronse en otros tantos lord Lonsdale y lord Derby. Perdidos y ocultos en el corazón de un poderoso estado indio, lejos de la pompa, los dorados galones Y los esplendores rococó de Delhi, habían abandonado las buenas maneras, considerando la rudeza como muestra de buena educación, habían ignorado las conquistas de la civilización y permitido que sus almas se expansionaran en una

idea pequeño-burguesa de lo aristocrático.

Solo la señora Simón, como esposa de un misionero, se había quedado sin poder representar un elevado papel. El único misionero célebre que recordaba era Livingstone, y no era muy elegante ni mundano pretender ser la señora Livingstone.

Moviéndose entre ellos, observándolos, Ransome se asombraba de que este pequeño mundo, herméticamente cerrado, pudiera existir, día tras día, en la más completa ignorancia del espléndido mundo que le anegaba, inconsciente de sus bellezas, de su magnificencia, de su tragedia, de su escualidez. Y, sin embargo, lo mismo que las ovejas, tenían conciencia del terror. No los abandonaba jamás aquel miedo, a ser engullidos y olvidados, y así, para darse mutuamente valor, caían en la arrogancia y el ridículo. Entre ellos, llamaban a esto «mantenerse firmes». Y, como a las ovejas, el pánico los amontonaba, a todos menos a la señorita MacDaid, los Smiley, tía Phoebe, y aquellas dos extrañas solteras, la señorita Dirks y la señorita Hodge, que dirigían el Instituto femenino de la maharaní y a las que nunca veía nadie. De modo que todas estas personas eran proscritos entre las ovejas, disidentes que no ostentaban el hierro de la ganadería. Ransome se decía que el espectáculo de aquellas reuniones para tomar el té era más lamentable que molesto. Sus balidos, su arrogancia, su extraño y afectado acento, eran como el silbar en la oscuridad de un niño asustado. Sin embargo, no faltaban las compensaciones. Aquí, en Ranchipur, toda esta gente gozaba de cierto prestigio e importancia; pero, cuando volviesen a su patria, quedarían sumergidos en el vasto pantano de la mediocridad suburbana.

Sabía Ransome que no era popular entre ellos, pero también sabía que a todos les impresionaba profundamente, con excepción tal vez de uno o dos de los funcionarios subalternos más arrogantes. Al verle cruzar el prado, los invitados de la señora Simón dieron muestras de cierta agitación expectante. Los hombres volvieron la cabeza para mirarle y las mujeres se pusieron a hablar con más animación, mientras la señora Simón se adelantaba apresuradamente para recibirle, sujetándose con una mano la pamea que pretendía huir de su cabeza a cada ráfaga del monzón, que soplaba cada vez más fuertemente. Ransome pensó: «Si fuese un hombre desconocido para ellos, pobre y sin parientes que poseen títulos, no me mirarían dos veces».

Se estaba jugando una partida de tenis, enfrentándose el reverendo Simón, con el carnoso y amable rostro congestionado y chorreando sudor, y la señora Burrage, por un lado, contra Hazel, amable, torpona y sudando copiosamente, pese a las órdenes de su madre, formando pareja con un pequeño y vivaracho subalterno llamado Hallett, por otro. En uno de los extremos de las pistas de tenis, en la pérgola, se hallaban sentados la mayoría de los invitados, agrupados en torno a la señora Hogget-Clapton, quien, sentada en un gran sillón de mimbre, representaba graciosamente el papel de duquesa local que acabase de inaugurar una tómbola de beneficencia. Era una mujer corpulenta, no gruesa, con un voluminoso cuerpo de lechera rubia, que no

parecía haberse marchitado, sino más bien haberse extendido. Treinta años atrás había sido una belleza, y todavía seguía vistiendo de acuerdo con la tradición eduardiana, luciendo volantes de gasa y un enorme sombrero de tómbola al que el monzón no cesaba de hacer jugarretas.

Hacía casi treinta años que vivía en la India, como esposa de un funcionario del Banco Imperial, y en el curso de aquellos treinta años había adquirido la costumbre de expresarse en un lenguaje que era una extraña jerga, mezcla de inglés, hindustani y slang del este de Suez. Para ella, un whisky con soda era siempre un chota peg; una carta era siempre un chit, y las rupias eran chips. Cuando se refería a su marido le aplicaba la denominación de burra sahib, y clasificaba a la gente, en su mente simplicísima, como pukka o no pukka (En dialecto angloindio, pukka significa lo de mucho peso, lo genuino, lo permanente, lo sólidamente construido), sin más complicaciones. Era la persona más resistente al coñac de Ranchipur, más aún que el propio Ransome. Su marido la veía en raras ocasiones, ya que sus negocios le retenían la mayor parte del tiempo en Calcuta, Madras o Bombay, y cuando se hallaba en Ranchipur, sus compromisos casi nunca coincidían con los de ella. No tenía hijos y nada en que emplear el tiempo, salvo en beber, en hacer visitas o en coquetear con «los muchachos». Ransome, la señorita MacDaid y el mayor la llamaban siempre Pukka Lil («Pequeña Pukka»).

## XV

En las reuniones de la señora Simón llegaba siempre un momento en que empezaba a cundir entre los hombres cierta sensación de desasosiego, debido a que nunca les ofrecía una bebida más fuerte que limonada o cerveza de jengibre gaseosa, y al cabo de una o dos horas de estar distrayéndose con los mismos juegos y los mismos chismorreos, los ánimos empezaban a decaer. En el fondo de su corazón, la señora Simón comprendía que el servir exclusivamente limonada y cerveza de jengibre gaseosa implicaba una merma de prestigio; pero la sombra del Patronato de las Misiones en el Extranjero se cernía constantemente sobre su cabeza, obligándola, como tía Phoebe, a recordar que, a fin de cuentas, no era más que la esposa de un misionero.

Era una anfitriona nerviosa, que no dejaba en paz a nadie, descomponiendo los grupos de sus invitados y separándolos en el momento mismo en que empezaban a sentirse a gusto, con el fin de hacer nuevas y frías combinaciones. Sufría lo indecible y el único placer que extraía de estas reuniones, una vez que todo el mundo se había ido a su casa, era la ilusión de haber recorrido un largo camino desde Unity Point, Mississippi. Ahora daba vueltas en torno a Ransome como un fiel mastín, llevándole de grupo en grupo, como si, ya que había conseguido que viniese, se considerase obligada a distribuir sus favores con imparcialidad. Mientras tanto, tenía un ojo puesto en el cielo, a la expectativa de la tormenta, y el otro en la terraza de los Smiley, rogando a Dios que tía Phoebe, por una vez, no hiciese su aparición con su limonada, su abanico y su mecedora, para sentarse allí como un ángel del día del juicio final.

Cuando, al fin, Ransome fue conducido al grupo que rodeaba a la señora Hogget-Clapton, estaban todos hablando de los Heston, y la señora Hogget-Clapton, la eduardiana, estaba dando explicaciones acerca de la personalidad de lady Heston.

—Como seguramente recordarán ustedes, lady Heston era Edwina Doncaster, hija de Ronald Doncaster, gran amigo del rey. Del rey Eduardo, naturalmente. La familia es originaria de la misma parte del mundo que yo..., es decir, de Shropshire. El señor Ransome debe de conocerla.

Y graciosamente alargó una blanca mano, grande, suave y temblorosa, como si quisiera arrastrarle físicamente al interior del círculo. Un poco sobresaltado, Ransome contestó:

—No, me temo que no.

Había mentido, en parte por un deseo de seguridad, en parte también por el sobresalto que le había causado el descubrimiento de la identidad de lady Heston, pues la conocía perfectamente. En el instante en que la señora Hogget-Clapton, informada por el Anuario de Corte y Sociedad, pronunció el nombre de «Edwina»,

supo inmediatamente de quién se trataba. Ese conocimiento no había dejado de estar presente en lo más hondo de su conciencia, pero lo había olvidado en la confusión de los acontecimientos que se habían sucedido en los últimos quince años de su existencia. Cuando, mucho tiempo atrás, había vuelto la espalda a gentes como Edwina, se había desinteresado por completo de lo que hubiese sido de muchas de ellas. Y ahora, de pronto, la volvió a ver de nuevo, no en el jardín de la señora Simón, sino sobre el fondo de Londres de la posguerra, rodeada de multitud de gentes bien vestidas, mientras una orquesta de jazz tocaba en alguna parte invisible, joven, bonita, luciendo, elegantísima, hermosos vestidos que probablemente no habrían sido pagados todavía, con una reputación ya mancillada.

Hubo un momento en que creyó estar enamorado de ella, y ahora su recuerdo le traía una cálida y repentina oleada de simpatía, porque una vez él había pertenecido al mismo mundo que ella y, en cierto modo, el hastío de Edwina había sido el mismo hastío que él experimentaba, una enfermedad que los periodistas pretendían vincular a una generación y a un pequeño grupo. Pero se trataba de un mal más extendido y profundo, del cual Edwina y él mismo no eran más que síntomas exagerados. Los viejos, sumidos en la ilusión de una seguridad que había desaparecido para siempre, no podían comprenderlo ni adivinarlo, y los jóvenes, habiendo nacido en medio de aquel mal, lo aceptaban como un estado de cosas normal.

Con una sonrisa cortés y estereotipada en los labios, se escurrió del grupo en que charlaban la señora Hogget-Clapton y sus amigos para pensar en Edwina, preguntándose cómo sería ahora; aunque estaba completamente seguro de que lo sabía: habría seguido el mismo camino de las mujeres de su condición y de su época.

La señora Simón le dejó solo para ocuparse del refrigerio, y de repente, como si hubiese surgido de la nada, vio a Fern parada delante de él. La muchacha le estaba diciendo:

—Señor Ransome, ¿podría hablar con usted un momento?

En realidad, nunca se había fijado en ella hasta ahora, y de pronto se dio cuenta de que era muy bonita y de que el rubor y la confusión de que era presa en aquellos momentos realzaban aún más su belleza. Con las ideas todavía enlazadas al recuerdo de Edwina, Ransome se sorprendió comparando a las dos mujeres. Edwina no había sido nunca tan lozana y juvenil como esta muchacha. Nunca la había visto febril y excitada por nada, y Ransome se preguntó si Edwina se habría sonrojado alguna vez en su vida.

Por fin consiguió contestar:

—Naturalmente. Estoy a su entera disposición.

Vacilando, sonrojándose todavía más, Fern añadió:

—¿Tendría inconveniente en acompañarme a la terraza? Lo que deseo decirle... es más bien de carácter privado.



Cuando cruzaban el quemado y raquítico césped del prado el viento sopló con redoblada violencia, levantando pequeños remolinos de polvo, que había vuelto a formarse después del aguacero de la noche anterior. Al pasar frente a la casa de los Smiley, Ransome comprobó que tía Phoebe había ocupado ya su puesto en la terraza y estaba observando a los invitados; también vio al señor Jobnekar, que le decía adiós con la mano, mientras se alejaba carretera abajo en su bicicleta, por en medio de la reunión. De las personas que se encontraban en las pistas de tenis no recibió el señor Jobnekar saludo alguno ni el más leve reconocimiento de su existencia como *intocables* o como dirigente de millones de seres humanos.

En el extremo más alejado de la terraza había un rinconcito oculto por enredaderas de margaritas mayores y por un columpio, y allí fue a donde le condujo Fern.

Ransome se daba cuenta de que la muchacha estaba realizando un gran esfuerzo.

—Naturalmente, yo sé que no significa nada para usted —dijo ella—. Ni siquiera habrá notado mi existencia.

Ransome la interrumpió para asegurarle que conocía perfectamente su existencia y que siempre había tenido plena conciencia de la misma desde su llegada a Ranchipur. No podía confesar, naturalmente, que a sus ojos siempre había sido una chiquilla; pero la verdad era que hasta este momento no había pensado en ella como se piensa en una mujer.

—Tal vez creerá usted que estoy loca —siguió diciendo la muchacha—; pero no tengo a nadie a quien dirigirme. Si se me ocurriese insinuar lo más leve a cualquiera de las personas que hay aquí, todo Ranchipur lo sabría dentro de media hora —y en seguida, con aire decidido, añadió—: Mire, tengo que marcharme de Ranchipur.

Ya no era Blythe Summerfield, la Perla de Oriente. Era simplemente Fern Simón, una muchacha hastiada, desdichada e inquieta, que, en el fondo de su corazón, no había salido nunca de su propio país.

—Prefiero cualquier lugar del mundo a esto. No puedo sufrir a esta gente. No hay nada que hacer ni sitio adonde ir. Tengo que marcharme de aquí.

Los ojos de Ransome se abrieron un poco más y pensó: «Quizá sea mejor de lo que yo creía». No sabiendo qué decir, esperó, consciente de que aquella muchacha, con su entusiasmo y su infelicidad, le hacía sentirse inmensamente viejo. «Solo tengo treinta y ocho años —pensó—; unos veinte más que ella». Pero sabía que la diferencia que los separaba era mucho mayor que aquellos veinte años.

—Necesito informarme acerca de las líneas de vapores y de otras cosas —dijo Fern—. He ahorrado algún dinero y pienso embarcar en algún vapor que zarpe de Bombay. Cuando se quieran dar cuenta de mi marcha, será demasiado tarde para detenerme.

—¿Adonde piensa ir?

Fern titubeó un momento y luego contestó:

—A Hollywood.

Ransome no pudo contenerse y se echó a reír. Luego, un poco avergonzado, añadió gravemente:

—Eso no es tan fácil como parece.

—Cuando de verdad se desea una cosa, siempre se encuentra una solución. Soy joven y más bonita que la mayoría de ellas.

Ransome la estudió en silencio. Evidentemente, era más bonita que la mayoría de ellas. Quizá si tuviese una oportunidad... ¿Quién sabía? Se sentía vagamente desgraciado, porque, a medida que se iba haciendo viejo y más solitario, tanto más le mortificaban las confidencias de la gente. Le repelía el apechar con la responsabilidad de una decisión que siempre acababan por echarle sobre los hombros, ignoraba por qué razón, a menos que poseyese algún don especial desconocido para él y que inspirase confianza a los demás. Y de pronto se encontró esforzándose por disuadirla, sin saber tampoco por qué, ya que no creía en la eficacia de entrometerse en vidas ajenas. Mientras hablaba, no dejaba de pensar: «Debo de estar volviéndome viejo y respetable. En otros tiempos, la habría animado a marcharse y a buscar tanta ventura como le fuese posible en esta vida tan breve».

En lugar de dejarse persuadir por sus palabras, Fern rompió a llorar de repente, no de manera callada y tranquila, sino exhalando grandes e histéricos sollozos, mientras relataba apasionadamente todas sus penas y todas las persecuciones de que era objeto por parte de su madre.

—Está resuelta a casarme con uno de esos mequetrefes. Ni siquiera se da cuenta de que ninguno de esos piojosos snobs se dignará nunca pedir mi mano. No puedo soportarlos ni un momento más. ¡No puedo! Tiene que ayudarme. Es usted el único que puede hacerlo en todo Ranchipur.

—Primero tranquilícese y luego dígame lo que se propone hacer. No le daríamos poca tela que cortar a la señora Hogget-Clapton si viniese ahora y nos sorprendiese de esta guisa.

Tragando saliva, Fern dijo:

—Necesito que me preste algún dinero. Me arreglaré con unas cincuenta libras más.

Ransome se echó a reír:

—Bueno, eso ya es algo. Pero no es el dinero lo que me preocupa.

—Se lo devolveré. Le prometo que se lo devolveré.

—No se trata de eso, hija mía. ¿No lo comprende? Se trata de la situación en que me colocaría.

Fern le dirigió una dura y penetrante mirada:

—No creía que entendiera usted la respetabilidad de la misma forma que la

entienden esos de ahí —y empezó a llorar de nuevo, más ruidosamente que nunca—. ¡No la acompañaré a Poona! ¡No quiero ver más a aquella estúpida gente!

Pese a sus esfuerzos, Ransome se echó a reír otra vez y en seguida se puso a temblar convulsivamente tratando de contener la risa. Comprendía que era necesario hacer algo rápidamente. El viento soplaba cada vez con más fuerza y el cielo se había cubierto súbitamente de negros nubarrones. En cualquier instante toda la concurrencia podía verse obligada a meterse en la casa. Ransome dijo:

—Si se tranquiliza usted y sube a su habitación a lavarse la cara, le prometo ayudarla y hacer todo lo que esté a mi alcance.

Los sollozos de Fern cesaron instantáneamente y, lanzándole una penetrante y apreciativa mirada de sus claros ojos azules, preguntó:

—¿Lo promete?

—Lo prometo, pero solo si es buena y sube a su habitación.

—No lo olvidaré.

Ransome pensó: «No, no lo olvidaré», y nuevamente empezó a reírse al considerar el espectáculo que ofrecía él mismo, experimentado conocedor del mundo, siendo fácil víctima de un chantaje por parte de Fern Simón, una muchacha por la que no sentía el menor interés.

Dióse cuenta entonces de que, junto a las pistas de tenis, debía de haberles ocurrido algún desastre a los invitados de la señora Simón. La mayoría de las señoras, sujetándose desesperadamente los sombreros, corrían en dirección a la casa. Dos o tres de ellas se habían encaramado en las mesas instaladas junto a las pistas de tenis, mientras la señora Hogget-Clapton había conseguido trepar precariamente por uno de los lados de la armazón de la pérgola. Los «muchachos», armados de sillas y raquetas de tenis, habían formado un círculo para proteger la retirada de las damas frente a un peligro que Ransome no alcanzaba todavía a vislumbrar. Dejando a Fern, corrió hacia el extremo de la terraza y allí descubrió la causa de aquel pánico. Por el centro del prado, dirigiéndose alegremente al encuentro de los invitados de la señora Simón, en demanda de una galleta, avanzaba la hiena domesticada de los Smiley.

Ahogándose de risa y emitiendo extraños y contenidos sonidos, Ransome saltó de la terraza para acudir en auxilio de los cuitados. La hiena le reconoció y corrió en seguida a su encuentro, con vivas manifestaciones de afecto. Cogiendo al animal por la piel de la nuca, se lo llevó lejos de la pista de tenis, cruzando el camino para entrar en el jardín de los Smiley. Ahogado por la risa, consiguió, al fin, gritar, volviendo la cabeza:

—Es inofensiva. No haría daño a un niño.

Y casi en el mismo momento se dio cuenta de que, con «los muchachos» todavía en formación de combate, armados de sillas y raquetas, y con la señora Hogget-Clapton agarrándose desesperadamente a la armazón de la pérgola, cubierta de sus

mejores galas eduardianas, esta observación suya no había sido un dechado de tacto. «Como ovejas —pensó, riéndose para sus adentros—. Exactamente lo mismo que ovejas».

Al pasar por delante de la terraza de los Smiley, tía Phoebe, inclinándose hacia adelante en su mecedora, dijo mordazmente:

—Podía haber ido a buscarla yo misma, pero como no estaba invitada...

Levantando la mirada hacia ella, Ransome vio en sus brillantes ojos azules la sombra de un centelleo, y entonces comprendió. Tía Phoebe había dejado deliberadamente abierta la puerta del cercado para que la mansa hiena se escapase y se fuese a la reunión de la señora Simón; y de pronto comprendió por qué la anciana le había parecido siempre alguien familiar, ya desde su primer encuentro. Estaba hecha de la misma madera que su abuela MacPherson, que, con un revólver de seis tiros en la mano, había obligado a Diez por Ciento MacPherson a tomarla por esposa.

Apenas había metido a la hiena en el cercado y asegurado la puerta, empezaron a caer enormes gotas de lluvia. Parecióle a Ransome que una de aquellas gotas habría bastado para llenar media taza de té. La pista de tenis de los Simón había quedado desierta y los criados *intocables* se apresuraban a salvar el refrigerio, mientras la señora Simón, que había abandonado su lucha con el monzón por la posesión de la pamelita, gritaba órdenes por encima de los aullidos de la creciente tempestad.

## XVI

La lluvia sorprendió al señor Jobnekar camino de su casa después de haber dejado la de los Smiley, y Ransome le encontró guarecido debajo de un mango cerca de la destilería de alcohol. Después de recogerle en el coche, junto con su bicicleta, le contó la anécdota de la hiena y le confió sus sospechas acerca de la culpabilidad de tía Phoebe.

—Así es como yo me imagino a tía Phoebe —comentó el señor Jobnekar—. Esa es su característica distintiva. Sus bromas son sustanciales y vigorosas. Le gusta la gente, pero no puede sufrir que hagan el ridículo. He conocido a muchos viejos como ella en el oeste de Norteamérica. Y siempre podía estar seguro de que se mostrarían amables y cordiales conmigo. La mayoría de ellos no habían visto un indio en su vida, fuera de los pieles rojas, claro, pero les daba lo mismo.

Cruzaron el puente frente al parque zoológico, dejaron atrás la estatua de la reina Victoria, en la que se leía una inscripción escrita por Disraeli, y siguieron bajando hacia la parte de la ciudad en donde vivían todavía la mayoría de los *intocables*. El barrio estaba formado por una red irregular de calles y callejuelas que habían ido surgiendo sin plan alguno durante un período de más de mil años y que desembocaban todas en una plaza en donde se hallaban el depósito y los pozos de los *intocables*. No hacía muchos años aquello había sido un inmundo lugar, en uno de cuyos extremos se amontonaban numerosos animales muertos —presa y propiedad común del barrio—; pero todo aquello había cambiado ahora y el barrio aparecía limpió y bien ordenado, más limpio en verdad que los barrios ocupados por la mayoría de los hindúes de casta. Parte del cambio, explicó el señor Jobnekar, se debía al propio maharajá; pero una parte muy considerable del mismo se debía a los esfuerzos y a las enseñanzas del señor y la señora Smiley. Al cruzar la plaza en dirección a la casa del señor Jobnekar, la ardiente lluvia caía en cascadas por la escalinata del depósito.

El señor Jobnekar comentó sentimentalmente:

—Mírela. ¿Hay algo más bello que el agua? El sustento de la tierra.

La casa del señor Jobnekar era muy semejante a las demás que rodeaban la plaza, salvo en que tenía un segundo piso y estaba pintada de color rosa muy vivo, aunque ya un poco amortiguado por algunas manchas de humedad. En las ventanas había unos visillos de encaje baratos, los cuales, junto con el tono rosa de la pintura, le daban a la casita una curiosa semejanza con las emperejiladas villas de algunos pequeños comerciantes de Niza o de Tolón. En la puerta de la casa contigua, una vieja, calada por la lluvia, recogía apresuradamente las tortas de boñiga de vaca que había puesto a secar contra la pared, antes que la lluvia las hiciera inservibles como combustible.

El señor Jobnekar se negó a dejar marchar a Ransome sin que entrara a tomar una taza de té en su casa. Así, pues, bajaron los dos del coche, atravesaron un angosto pasillo y, subiendo la escalera, llegaron a la pieza principal de la casa. Allí encontraron a la señora Jobnekar departiendo con la señorita Dirks y la señorita Hodge, las maestras del Instituto femenino de la maharani.

La señora Jobnekar salió de las sombras en que estaba envuelto el extremo más alejado de la estancia para recibirlos. Era una mujer menudita, de enormes ojos negros y piel cobriza, vestida con un sari de algodón azul celeste. Aunque no había salido nunca de la India, hablaba inglés casi a la perfección, cosa que tenía que agradecer a la conciencia y devoción de las dos solteras que ahora estaban sentadas en incómodas sillas en el extremo más lejano de la habitación. En pos de la señora Jobnekar iban tres niños de cuatro, tres y dos años de edad respectivamente. Habría sido difícil apreciar exactamente sus edades, pues emanaba de ellos algo de miniatura y de intemporal, como muñecos persas o enanos extraordinariamente bellos y perfectos.

Ya habían servido el té, y las señoritas Dirks y Hodge, sentadas como dos aves extrañas junto a la máquina de coser, estaban tomando el suyo. En esta casa, en donde por costumbre todo el mundo se sentaba en el suelo y no existían mesas, había algo de grotesco no solo en el espectáculo que ofrecían las dos solteras, sino en las sillas baratas sobre las que se hallaban sentadas.

Jobnekar le dijo a Ransome:

—Voy a buscarle una silla ahora mismo. Las guardamos abajo, excepto cuando tenemos visitas.

Ransome se adelantó para saludar a las dos maestras. Apenas las conocía, ya que en todos los años que llevaba residiendo en Ranchipur solo las había visto dos veces, y aun así con ocasión de otras tantas visitas suyas al Instituto. Hacían una vida retraída, sin contacto de ninguna especie ni con indios ni con europeos; no recibían a nadie y no salían nunca, salvo en ocasiones como esta, cuando sus deberes con respecto al Instituto así parecían exigirlo. No se las veía nunca en palacio, ni en casa de la señora Simón, ni en la del señor Bannerjee, ni siquiera en la de los Smiley. Vivían en un lindo *bungalow*<sup>[9]</sup>, enfrente de la gran puerta de palacio, en la carretera de la Escuela de Ingenieros.

Al verlas, Ransome pensó: «Serán de alguna aldea del norte de Inglaterra y habrán vivido en una casa de granito, viendo lucir el sol diez veces al año a lo sumo». Y ahora vivían en la India, bajo un sol que brillaba implacablemente todos los días, desde la mañana hasta la noche, desde el mes de octubre hasta el mes de junio.

La señorita Dirks era alta y delgada, con cabellos de color gris de hierro; llevaba un salacot con un velo que le caía por la espalda y un vestido de lino blanco, tan práctico y severo como una de las batas de operar del mayor Safka. Su rostro, que

parecía de cuero, estaba surcado de arrugas; era un rostro feo, con excepción de los ojos, que eran hermosísimos y en los que brillaba una expresión de sufrimiento. El aspecto de la señorita Hodge era menos duro. Había renunciado al uso del salacot, del velo y del feo y práctico traje que llevaba la señorita Dirks, y lucía un sombrero de fieltro blanco, en el que se veía una sola rosa artificial y un vestido de guinda rosa, adornado con pequeños volantes en el cuello y en los puños. Pero su rostro era tan feo como el de su compañera. No difería del de esta más que en una cosa: que, en lugar de parecer tallado en granito, parecía haber sido fofamente moldeado en arcilla. Las dos hicieron que Ransome se sintiera invadido por la timidez, él que no tenía nada de tímido. Cuando estrechó la mano de la señorita Dirks se sintió como un perro cariñoso que recibiese una cortés caricia por parte de una mujer plenamente convencida de que todos los perros son animales desagradables y malolientes.

Producían la misma impresión en el ánimo del señor Jobnekar; pero, siendo un hospitalario anfitrión oriental, en lugar de quedarse sumido en un embarazoso silencio, reaccionaba con exageradas manifestaciones de cordialidad y hospitalidad, que sonaban tanto más falsas cuanto mayores eran sus esfuerzos. Cuando el señor Jobnekar regresó con las sillas, la estancia quedó envuelta en un repentino silencio, y el pobre señor Jobnekar redobló sus esfuerzos para mantener viva la conversación. La señora Jobnekar fue a buscar más té, y durante unos momentos todos hablaron del tiempo, del Instituto, de los casos de tifus y cólera que se habían presentado de manera alarmante en los barrios más pobres... Una conversación envarada y como apuntalada, en el curso de la cual Ransome descubrió que la señorita Dirks parecía haber perdido toda facultad de contacto con sus semejantes. La señorita Hodge, aunque enmohecida y tímida, tenía momentos en que la conversación fluía de sus labios como una impetuosa corriente primaveral, para en un momento determinado, abruptamente, cesar y secarse en el mismo manantial, mientras bajo la pálida piel aparecía algo que podría tomarse por una sombra de rubor.

La conversación no duraría más de diez o quince minutos, y durante este tiempo Ransome observó que la hosca señorita Dirks estaba anhelando levantarse y despedirse. Parecía como si tanto el señor Jobnekar como él mismo estuviesen contagiados de peste. «Hemos echado a perder su visita», pensó Ransome. Y, deseando mostrarse amable con ellas, ofreció:

—Las llevaré a casa en el coche. No podrían caminar bajo este diluvio.

—Muchas gracias —respondió la señorita Dirks, muy estirada—; pero nos gusta andar. Además, hemos venido prevenidas. Tenemos chanclos, paraguas e impermeables.

Ransome se echó a reír:

—Sí, pero todas esas cosas no les servirán de nada contra el monzón.

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras, porque la solterona le lanzó una

penetrante mirada y Ransome comprendió que sospechaba que estaba burlándose de ella.

La señorita Hodge se dispuso a hablar; pero, de repente, con la boca ya abierta, lo pensó mejor y se quedó callada. La señora Jobnekar apareció trayendo unas guirnaldas de jazmín y maravilla, que roció con agua de rosas y luego colgó del cuello de las dos solteronas cuando estas se levantaron de sus asientos para marcharse. Después entregó a cada una un pedazo de coco y un trozo de tela de brocado de sari, y las señoritas Dirks y Hodge, a su vez, dieron unas palmadas a la manera india y, haciendo una reverencia a los dos caballeros, la señorita Dirks abrió la marcha en dirección a la puerta. Ya en el umbral de la misma, la señorita Hodge se volvió y, con repentina audacia, le gritó a Ransome, que se hallaba en el otro extremo de la estancia:

—Muchas gracias por su ofrecimiento, señor Ransome. Quizá otro día... Hoy hemos venido preparadas para ir andando. Hacemos tan poco ejercicio...

Se quedó allí un momento parada, tímida y torpe, vacilando, hasta que la voz de la señorita Dirks llegó desde el hueco de la escalera:

—Elizabeth, ¿qué es lo que estás haciendo?

—Ya voy..., ya voy —gritó la señorita Hodge, apresurándose a bajar la escalera.

Ransome, observándola, tuvo la impresión de que le habría gustado quedarse un rato más.

Desde la ventana que daba a la inundada plaza, las vio avanzar sorteando los charcos que se habían formado alrededor del depósito y meterse en la calle que conducía al viejo palacio abandonado, enfrente del cine. La señorita Dirks iba un poco delante, como si fuese el guía en un campo sembrado de trampas, erecta, rígida, con el extremo del velo colgándole del salacot, como la cola de un gorro hecho con piel de mapache, mientras la señorita Hodge corría detrás de ella, pisándole los talones. Llevaban las guirnaldas sobre los impermeables y en la mano que les quedaba libre sostenían el pedazo de coco y el trozo de brocado.

Había algo de infinitamente triste en el espectáculo de aquellas dos solitarias mujeres, algo que despertó en Ransome el repentino impulso de iluminar su existencia de algún modo, aunque no tenía ni la menor idea de qué era lo que podría hacer ni cómo podría hacerlo. Mucho tiempo antes, hablando de ellas con la señorita MacDaid, esta había movido la cabeza de un modo solemne y había dicho:

—No es posible hacer nada. Son así. Para todos los efectos, lo mismo daría que estuviesen en Birmingham que en Ranchipur. Están cumpliendo un deber. Y harían la misma vida en cualquier otro sitio. Yo intenté mostrarme amable y cariñosa con ellas, pero fue inútil. Solo sirvió para que sospechasen de mí. Estoy segura de que no aprueban mi conducta por encontrarme tan a gusto entre los indios como entre los miembros de cualquier otra raza. Ellas cumplen con su deber, pero nunca están a



gusto en ninguna parte.

De pie junto a la ventana, Ransome vio, a través de sus grisáceas figuras, el mundo del cual procedían. Lo conocía perfectamente, porque no tenía nada de raro ni de insólito. Occidente estaba lleno de estos mundos diminutos, estrechos, no conformistas, respetables, con el dinero justo para empalmar un año con el otro, mundos en los que nunca brillaba el color ni ardía el fuego, mundos en los que el padre se iba a la oficina a las ocho de la mañana y no regresaba a casa hasta las ocho de la noche, trabajador infatigable, ingenuo, fiel al patrón que los mantenía a él y a su familia eternamente al borde del hambre. De pronto comprendió toda la tragedia de aquellas dos solitarias mujeres. No habían vivido nunca. Apenas habían respirado. Ni siquiera la India significaba nada para ellas. Al llegar a la edad en que podrían haber amado a un hombre, todo amor y todos los hombres habíanse convertido en algo nefando y prohibido por el pequeño mundo del cual procedían.

A sus espaldas, la señora Jobnekar, con los tres niños agarrados a su sari, le estaba preparando otra taza de té. Ransome se volvió y pensó que estaba muy linda y que el sari azul celeste sentaba admirablemente a su piel cobriza. Detrás de ella, a través de la alta ventana, Ransome veía toda la extensión del campo abierto, el huerto de mangos y las ardientes piras funerarias, y más allá los campos de maíz y de mijo, hasta la montaña fabulosa, Abana, surgiendo de la infinita llanura, con la cima coronada por una nube de blancos templos jainas.

—Son muy extrañas —comentó Ransome, pensando en las señoritas Dirks y Hodge.

—Pero son muy buenas —dijo la señora Jobnekar—. Si alguna vez tuviese necesidad de su ayuda, la señorita Dirks haría cualquier cosa por usted y se molestaría terriblemente si luego se le ocurriese decirle una palabra acerca de su amabilidad. Son como la mayoría de las inglesas: incapaces de exteriorizar sus sentimientos. Créame —añadió al tiempo que le ofrecía una taza de té—, yo sé todo lo buenas que son.

La señora Jobnekar sonreía, y Ransome se maravilló de que esta mujer, que no había salido jamás de la India, pudiera comprender con tanta claridad lo que sucedía en el alma de dos mujeres que, en el fondo de su corazón, no habían abandonado nunca su propio país. La sola idea de que las señoritas Dirks y Hodge hubiesen tomado el té en casa de un *intocables* le parecía demasiado absurda para ser creída. Durante largo rato siguió viéndolas tal y como habían avanzado chapoteando en medio de la torrencial lluvia traída por el monzón, envueltas en sus impermeables, adornados con guirnaldas de jazmín y maravilla que habían sido rociadas con agua de rosas.

## XVII

Sin pronunciar palabra, con la señorita Dirks siempre uno o dos pasos delante de la señorita Hodge, las dos maestras atravesaron la plaza por delante del viejo palacio en donde tantas maldades se habían cometido, dejaron atrás el depósito y la Escuela de Música, que empezaba a llenarse de clamores a medida que, con el término de las faenas diarias, iban llegando uno tras otro los estudiantes, cruzaron frente a la gran puerta de palacio, en donde la banda militar del maharajá estaba dando su concierto vespertino, hasta llegar, por fin, a la puerta de su pequeño bungalow. La señorita Dirks sacó una llave, abrió la puerta y la sostuvo así para que pasase la señorita Hodge.

El bungalow no era nuevo y su indescriptible arquitectura se perdía enteramente bajo las enredaderas y pasionarias que lo hacían terriblemente húmedo en la época del monzón y muy perjudicial para el reumatismo de la señorita Dirks. Había sido construido especialmente para las dos maestras cuando estas llegaron a Ranchipur, veinticinco años atrás, por un contratista indio ferviente admirador de la arquitectura suburbana de Liverpool. No estaba bien adaptado a un lugar tan caluroso como Ranchipur, y, si las enredaderas que lo cubrían hubiesen sido ampelopsis y enredaderas de Virginia en vez de jazmines y pasionarias, podría haber sido transportado intacto a cualquier suburbio inglés y haber sido bautizado con el nombre de «El Rincón» sin que hubiese sorprendido a nadie. Con el tiempo, su interior había ido llenándose de cosas hasta convertirse en una perfecta concha para las dos mujeres. Como el gusano de la paja, las dos maestras se habían rodeado gradualmente, a través de los años, de diversos objetos y fruslerías, hasta que, al final, el interior de la pequeña casa adquirió todo el aire de una tómbola de caridad. Había allí innumerables cojines y todo lugar disponible estaba cubierto por alguno de los pañitos y rodetes de encaje que la señorita Hodge confeccionaba en sus ratos de ocio, durante las noches calurosas y apacibles. Había también bordados indios y algunos bronceos baratos de Benarés, junto con grandes, numerosas y nostálgicas fotografías, en sus respectivos marcos, de lugares como los Grampians, Cheddar Gorge y Windermere.

Una vez dentro de la casa, las dos mujeres dejaron sus paraguas en el suelo, sacudieron el agua de los impermeables y los colgaron cuidadosamente del perchero de roble dorado de donde habían colgado esos y sus predecesores durante veinticinco años. Pese a los paraguas y a los impermeables, se habían calado hasta los huesos, en parte a causa de la lluvia y en parte debido a que los impermeables, destinados a combatir el frío clima de Escocia, se convertían con el monzón indio en baños turcos ambulantes.

La señorita Dirks, mientras sacudía el impermeable, dijo:

—Vete a bañar en seguida, Elizabeth. Yo me ocuparé de la cena. Pero la señorita Hodge protestó:

—No, no, de ninguna manera. Yo me ocuparé de la cena. Báñate tú primero.

—Por favor, Elizabeth, haz lo que te digo. Y así se inició una de aquellas interminables y fútiles discusiones que se entablaban entre las dos un día tras otro, discusiones que tenían un fondo sutilmente egoísta, ya que cada una de ellas buscaba para sí los frutos del martirio. En tiempos pasados, las discusiones, menos frecuentes entonces, habían sido sinceras y plenas, por ambas partes, de genuina solicitud; pero, con el paso de los años, habían ido degenerando y deformándose hasta transformarse en una parodia de sinceridad. Era como si cada una de las dos buscara el martirio para herir a la otra con la exhibición de sus llagas, como diciendo: «Mira cómo sufro por ti. Mira cuántas veces he cedido».

Estuvieron forcejeando sobre la cuestión del baño durante cerca de diez minutos, y, al final, fue la señorita Dirks, la más resuelta y poderosa de las dos, quien se alzó con la victoria.

Desde la gran arcada persa situada al otro lado de la carretera, la música de la banda india penetraba por las abiertas ventanas. Era una música salvaje, bárbara, estridente y monótona para el oído occidental de las dos maestras, ora aumentado de volumen, ora debilitándose, un clamor cacofónico al que la señorita Dirks no había logrado acostumbrarse jamás. Cuando estaba agotada por efecto del calor y de la humedad, los magníficos sonos se le hacían casi insoportables, especialmente cuando su corazón estaba lleno de nostalgia por un buen concierto de banda en el muelle de Bournemouth. Y de pronto estalló, exclamando:

—¡No puedo soportar más esa música! ¡Me está volviendo loca! Voy a pedir que me den otro bungalow.

—Podríamos huir de todo esto durante el verano —propuso la señorita Hodge—. Todavía no es demasiado tarde para tomar un vapor correo y marcharnos a pasar un par de meses en Inglaterra. Tenemos mucho dinero ahorrado.

—¡Yo no volveré allí! ¡Jamás regresaré allí! Te lo he dicho mil veces.

Este apasionado estallido impuso silencio durante unos momentos a la señorita Hodge, al cabo de los cuales dijo gravemente:

—Creo que cometes un error, Sarah. El cambio te sentaría bien. ¡Hace tanto tiempo que no hemos estado allí!

La señorita Dirks palideció alarmantemente y, mirando con fiereza a la señorita Hodge, dijo:

—¿Es que deseas volver allí alguna vez? ¿Después de lo que sucedió? ¡Debes de estar loca! No quiero volver a ver Inglaterra. Furibundas lágrimas anegaron sus ojos y la señorita Hodge se sintió súbitamente aterrorizada, no solo por el apasionado estallido de su compañera, sino por el recuerdo de las injusticias, la vergüenza, las

mentiras y los engaños que todavía, después de veinticinco años, tenían la virtud de asustarla y confundirla. No obstante, añadió en voz baja y conciliatoria:

—Pero aquello ocurrió hace veinticinco años.

—Aunque hiciese ciento, sería lo mismo. Jamás volveré allí. Y, dando media vuelta, salió corriendo de la estancia, cerrando de golpe la puerta, para ir a encerrarse en su habitación, a solas con su nostalgia, tratando de alejar de su pensamiento el cuadro de una dulce y verde campiña, salpicada de encantadores jardines, en donde nunca se veía una serpiente, ni se sufrían monzones, terremotos ni horribles, salvajes y bárbaras músicas.

La señorita Hodge no intentó seguirla, y poco después se dirigió calladamente a tomar el baño.

Desde hacía ya bastante tiempo venía percibiendo vagamente una extraña inquietud que se había insinuado en su gastado cuerpo de mujer madura, levantando una curiosa e intangible barrera entre ella y Sarah. Era una sensación que le hacía sentirse fuerte y desgraciada al mismo tiempo, y lo singular del caso radicaba en que, a veces, en lo más profundo de su corazón, alimentaba amorosamente aquel sentimiento. En sus más débiles manifestaciones, ese sentimiento se exteriorizaba en un deseo de zaherir a Sarah, de irritarla discrepando de ella sobre cualquier cuestión, convirtiendo el incidente más insignificante en una «situación». En sus manifestaciones más graves se exteriorizaba a través de un salvaje anhelo de excitaciones y aventuras que rompiesen la estrecha monotonía de su existencia, de un feroz deseo por liberarse de la intrincada red de obligaciones, costumbres y devociones en que se veía envuelta, más tupida y amarga cada año que pasaba. En tales ocasiones era como si se convirtiese en otra persona, olvidando la lealtad existente entre ella y Sarah, olvidando que todo lo que cada una de ellas tenía en el mundo era la otra. Aquel sentimiento se apoderaba a veces de su ánimo sumergiéndola en grandes oleadas, contra las cuales era absolutamente impotente, y cuando aquellos accesos pasaban, se sentía abrumada por el remordimiento de haber hecho sufrir a Sarah y ardía en deseos de reparar el daño ocasionado. Se esforzaba entonces por excusarse con Sarah sin presentar excusas, por aplicarse sin hablar, simplemente por el tono de su voz cuando charlaban de cosas intrascendentes, como del tiempo o de la cena, o mediante pequeños gestos de solicitud y atención. Pero cada vez que la arrastraba una de aquellas oleadas se daba perfecta cuenta de que, lo mismo que los guijarros arrastrados por la resaca, una vez que había pasado, la dejaba un poco más lejos de Sarah. Nunca pudo recuperar exactamente su antiguo sentimiento de devoción y comprensión para con su amiga. En cada uno de aquellos accesos se perdía un poco de terreno y cada una de ellas se sentía un poco más solitaria. Últimamente semejante situación la había llevado a sentirse aún más desgraciada, perpleja y confusa, hasta que tuvo momentos de verdadero terror, en el

curso de los cuales creyó que iba a volverse loca.

Y ahora, sumergida en el baño, escuchando la salvaje música procedente de la arcada, fue invadida por una de aquellas oleadas. La idea de Sarah encerrada en su habitación, llorando, le dio la impresión de haber alcanzado una gran victoria, lo cual le infundía un profundo sentimiento de independencia y fortaleza. Era aquello como el sabor de la venganza, aunque no hubiera podido explicar el porqué o el cómo de tal venganza, ya que durante estos accesos no se molestaba —ni en realidad hubiera podido hacerlo— en razonar nada. En todos los años que llevaban juntas nunca había visto llorar a Sarah, pero sabía que algunas veces lloraba, porque había oído sus solazos a través de las puertas cerradas.

Y aquella música vespertina que estallaba invariablemente todos los días a la puesta del sol había llegado a encantarla, a medida que afectaba cada vez más los nervios de Sarah. Aquellos sonos despertaban ahora en su ánimo una alegría casi salvaje, de modo que la convicción de que Sarah se estaba volviendo vieja y enferma, mientras ella se conservaba todavía fuerte, le hizo experimentar un verdadero placer. Al mismo tiempo provocó en su alma una extraña excitación que la llevó a imaginar todas las cosas que podrían haberle sucedido si su vida hubiera discurrido por diferente cauce. Momentos había en aquella hora crepuscular, cuando la moribunda luz del sol prolongaba trabajosamente su existencia y luego se desvanecía de manera abrupta, en que, escuchando la salvaje música, le parecía escapar de la cárcel de su feo y rollizo cuerpo para volar a grandes alturas románticas, en donde se convertía en una heroína de Flora Annie Steel.

Cuando salió del baño y terminó de secarse se estuvo contemplando largo rato el rostro delante del espejo, examinando sus arrugas e imperfecciones, probando nuevas maneras de peinarse sus escasos cabellos, ora de esta forma, ora de aquella, intentando imaginarse el aspecto que hubiera ofrecido de muchacha si se hubiera arreglado con un poco más de audacia y no hubiese tenido aquella nariz, demasiado respingona y demasiado carnosa en el caballete, y si, además, su barbilla hubiera sido firme en lugar de débil, y una epidermis blanca y hermosa en vez de manchada y grasienta. Luego, mientras se vestía, dejó vagar su mente en torno a la figura del señor Ransome, pensando que era un hombre muy bien parecido y que le hubiera gustado quedarse un rato más en casa del señor Jobnekar por haber conversado un poco más con él. Le gustaba su oscura tez escocesa y sus ojos azules, la delgadez de su rostro y la finura de sus modales. Y el hecho de que tuviese reputación de hombre disipado y disoluto no hacía más que aumentar su seducción y abrir excitantes perspectivas de cosas misteriosas que ella era incapaz ni siquiera de imaginar.

Y luego trató de figurarse lo que habría sido su vida si no hubiese conocido a Sarah y se hubiera casado con algún modesto empleado (ella no habría aspirado a más) y hubiera formado una familia en una pequeña villa de las afueras de

Birmingham, con un jardín en la parte posterior. Sarah le había arrebatado toda posibilidad de conseguir estas cosas, la había envuelto en una tela de araña hecha de atenciones y de protección, y no le había dado nada a cambio, nada de lo que hubiera podido darle el hipotético empleado.

La música que llegaba del otro lado de la carretera dejó de oírse de pronto, cerró rápidamente la noche y aquella oleada de independencia, romanticismo y amargura la dejó como un globo infantil pinchado por un alfiler. ¡Era demasiado tarde, demasiado tarde! No le quedaba otro camino que seguir adelante al lado de Sarah hasta el fin de todas las cosas. Moriría y sería enterrada aquí, en este terrible país, en donde la tierra no estaba nunca húmeda y fresca, como en su patria, sino eternamente calcinada y polvorienta. El remordimiento hizo súbita presa en su ánimo y se apresuró a terminar de vestirse, para ocuparse de que la cena estuviese lista y en la mesa antes que Sarah se recobrase de su desfallecimiento y se adelantara a hacerlo.

Cuando concluyó de vestirse se fue a la cocina para ver lo que hacían las dos muchachas *intocables* que trabajaban para ellas después de las horas de clase, y una vez que, con aire activo, hubo dispuesto lo necesario para que todos los platos ofreciesen el aspecto más apetitoso posible, se puso el impermeable y salió al jardín para recoger unos ramitos de buganvilia. Volvió a entrar en casa y, encaminándose a la alacena, sacó el mantel de encaje más hermoso que habían confeccionado sus manos, el que solo usaban una vez al año, cuando la *maharani* y sus damas venían a tomar el te con ellas. Y cuando hubo dado los últimos toques a la mesa fue a la puerta de la habitación de la señorita Dirks y llamó dando unos golpecitos para hacerle saber que la cena estaba servida.

Cuando, finalmente, la señorita Dirks salió de su alcoba, tenía los ojos hinchados y parecía cansada y envejecida. Por un instante el terror oprimió el vacilante corazón de la señorita Hodge. Unos minutos antes, en el cuarto de baño, su mente, escapando a su dominio, había estado jugueteando con la idea de la muerte de Sarah y con la libertad que eso implicaría para ella, y ahora, asustada, solo se le ocurría pensar: «¿Qué haría yo si a Sarah le sucediese algo? ¿Qué sería de mí?».

\* \* \*

El espectáculo que ofrecían las señoritas Dirks y Hodge y la consideración de todo lo que había tenido que pasar para dar lugar a la tragedia de sus vidas, había sumido a Ransome en uno de aquellos accesos de melancólica reflexión que de cuando en cuando le asaltaban como una enfermedad. Y, además, llovía sobre mojado, porque lo que el señor Jobnekar le contó acerca de la labor que estaba realizando entre los *intocables* le había conmovido profundamente. El hombrecillo, incómodamente sentado en una dura silla por deferencia hacia su invitado europeo,

habló extensa y elocuentemente después de la partida de las maestras, con los ojos encendidos de excitación y esperanza. Había encontrado un colaborador en Bombay, quien, como la mayoría de los dirigentes *intocables*, era cristiano. Cada vez que encontraba un nuevo colaborador, decía, era como el despertar en una clara y fresca mañana, con el sol luciendo esplendoroso en el cielo. El nuevo colaborador se llamaba Bikaru y era de las Provincias Unidas.

—El movimiento se extiende —afirmó excitadamente el señor Jobnekar—. Se extiende por toda la India con mucha mayor rapidez de lo que nadie se habría atrevido a esperar. ¡Válgame el Señor! Ahora ya empezamos a llegar a alguna parte. Ahora estamos organizados. Esa es una de las cosas que hemos aprendido de Occidente: la organización, el sistema bancario y hasta cosas como la ingeniería. By Golly! Antes de mucho tendremos nuestros propios ingenieros, que construirán nuestras fábricas de acero y de algodón y levantarán nuestras presas. Los ingleses nos han enseñado muchas cosas y últimamente también hemos aprendido de los americanos. Estamos despertando. Solo que la India tiene un cuerpo muy grande y tarda mucho en despertarse.

Ransome sintió ganas de decir: «No aprendan demasiado, porque solo conseguirán destruirse a sí mismos, de la misma forma que se están destruyendo los japoneses»; pero detuvo la lengua al ver la fe y el entusiasmo del señor Jobnekar. Era la fe de hombres como el señor Jobnekar y como Raschid lo que él envidiaba. Esos hombres creían en algo, en un futuro maravilloso y casi místico, «por el cual estaban dispuestos a dar sus almas y sus cuerpos». ¿Qué había en Inglaterra o en Francia o en América por lo cual luchar? ¿A dónde ir allí? Se podía ganar dinero y alcanzar honores mundanos, pero eso no era vivir. No se puede vivir sin fe. Sin fe no se hace más que arrastrar una existencia triste y escuálida.

De pronto apartó la pipa de la boca e interrumpió al señor Jobnekar:

—Eso es precisamente lo que los enemigos de Rusia no quieren ver. ¡La fe! No comprenden, o tal vez esté fuera de su capacidad de comprensión, que la fe es más excitante que las medias de seda o la producción en masa de alfileres..., que es lo más excitante que existe en la tierra, lo único que hace que valga la pena vivir.

¿Qué hombre o qué pueblo tenía fe en Europa? ¿Quién deseaba allí algo más que una seguridad pequeño-burguesa o una oportunidad de hacer dinero? No, Occidente estaba cansado. No había nadie, ningún hombre, ningún pueblo, lo bastante joven y fuerte para realizar el esfuerzo.

Sintiendo que le invadía su antigua depresión, se levantó y dijo:

—Tengo que irme ya.

Sabía que, en aquel estado de ánimo, no solo su compañía se hacía imposible, sino que él mismo lo único que encontraba soportable era la soledad.

La señora Jobnekar le trajo una guirnalda de jazmín y maravilla y se la colocó

sobre los hombros. El rasgo le conmovió dulcemente, porque sabía que, siendo un invitado inesperado, aquella guirnalda habían tenido que improvisarla. Otra cosa que le encantaba era que ni la señora Jobnekar ni sus hermanas hiciesen el menor esfuerzo para imitar a las europeas. Tenían la integridad que debe acompañar siempre a la fe.

Ransome sabía exactamente el momento en que tuvo conciencia de aquella enfermedad por primera vez. Se había apoderado de él un atardecer, en Flandes, poco después de haber cumplido los veinte años y dos días antes de caer herido por segunda vez. Era un apacible y azul atardecer de verano, en el que la luz crepuscular iba muriendo lentamente, a diferencia de lo que sucedía con los rápidos ocasos en Ranchipur. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de una casa que fue alcanzada la noche anterior por los disparos de la artillería, y escuchaba a medias, como siempre, el distante rugir de los cañones alemanes y el estallido de las granadas que estaban reduciendo a polvo, con sistemática deliberación, los pueblos situados entre las bajas colinas que se extendían más allá de Boschaepe. Se había atracado de queso y de cerveza flamenca, muy floja, y todo su cuerpo estaba relajado y en paz, gozando con la idea de que le quedaba una noche más de respiro lejos de las primeras líneas, porque la guerra hacía tiempo que había dejado de ser excitante para él. Incluso para un muchacho de veinte años no era ya más que un estúpido horror.

Había estado pensando en el tranquilo y verde pueblecito de Nolham y en qué estarían haciendo en aquellos momentos sus padres. También había estado preguntándose si, una vez concluida la guerra —suponiendo que concluyese alguna vez—, él regresaría allí a cuidar de una de las granjas, o se iría algún tiempo a Oxford, o sencillamente se embarcaría para el Canadá o para África del Sur, en busca de un mundo nuevo en donde moldear su vida a su manera, libre de todas las cosas que se le hacían odiosas en su patria. Y, lentamente, abriéndose paso por aquel soñar despierto, llegó a sus oídos el agudo sonido de un pífano, un sonido alegre y gallardo, y volviendo la cabeza vio bajar por la carretera de Ypres una docena de compañías del regimiento de Midland, llevadas a toda prisa para guarnecer las líneas belgas. Llevaban allí más de diez días, y Ransome, después de verlos tantas veces, no encontraba nada extraño en ellos. Pero en esta ocasión pareció verlos a través de un nuevo prisma, no como hombres, sino como monos, como todo un regimiento de monos, aunque trágicos, sin el aire grotesco y cómico de los monos.

Avanzaron hacia él y luego le dejaron atrás. Era medio regimiento de hombres, ninguno de los cuales sobrepasaba mucho los cinco pies de estatura, nudosos, duros, pequeños y valientes, pero todos raquíuticos, retorcidos y deformados. Pasaron delante de él, marcando el paso al compás del pífano, fila tras fila, hasta que de pronto Ransome se dio cuenta de que experimentaba un profundo sentimiento de compasión y afecto hacia ellos. Le pareció que su mirada penetraba a través de los parduscos y



grotescos uniformes, a través de la correosa piel de los cuerpos retorcidos, desnutridos y blanqueados por los años pasados en las minas y en las fábricas, hasta llegar a los corazones, y más lejos aún, a la entraña misma del tiempo, para descubrir qué era lo que había engendrado a todo este regimiento de gnomos. Los vio nacer del humo y de la suciedad de las fábricas, de la humedad y la oscuridad de las minas, del hambre y la miseria y las huelgas, entre la ávida codicia de la Humanidad y la negra hipocresía del siglo XIX. Ninguno de ellos había tenido jamás la oportunidad de vivir, ni la habían tenido sus padres, generación tras generación, antes que ellos, hasta que, por último, habían brotado de la entraña del tiempo regimientos enteros de hombres, pequeños, desgraciados y deformes. En aquel estado semisoñador en que se hallaba le pareció ver que su número se multiplicaba vagamente en millares y millones de seres, que llegaban no solo de los ennegrecidos Midlands, sino también de Francia, de Alemania, de América, de Italia, de todo el mundo occidental, desfilando incesantemente, una nube infinita de hombres. Por un instante, en una especie de visión, todo el terrible paisaje flamenco, las bajas colinas que se extendían en la distancia y el mismo cielo parecieron cubiertos por una gigantesca masa de hombres que desfilaban.

Y cuando el sonido del pífano se apagó en la distancia, Ransome despertó, con una profunda sensación de malestar, deprimido, diciéndose: «Debo de estar volviéndome loco». Pero, cosa extraña, en el fondo de su corazón sabía que lo que había soñado era la verdad. Aquella noche —aquella preciosa noche de paz y tranquilidad— no había dormido absolutamente nada, y a la mañana siguiente volvió a primera línea con una sensación de entumecimiento y desesperación comparados con los cuales carecían de sentido las incomodidades, los peligros y la miseria de la guerra. Dos días más tarde avanzaba al frente de sus hombres en una empresa desesperada y era alcanzado por una bala en el muslo. Meses después le dieron una condecoración por aquello, sin saber que se había lanzado al ataque no porque fuese un héroe y estuviese lleno de fe en lo que hacía, sino porque había abrigado la esperanza de que lo matasen para no sufrir más la vergüenza de ser un hombre, una milmillonésima parte de lo que llamaban «él Occidente civilizado».

No le abandonó este sentimiento de depresión en el curso de su convalecencia, y cuando su padre fue a verle y le propuso volver a retaguardia para ocupar un cómodo puesto, al cual tenía perfecto derecho un hombre que había sido herido dos veces y condecorado con la cruz de la Reina Victoria, Ransome sorprendió a todo el mundo aceptando.

## XVIII

Después de terminada la guerra, su neurastenia no desapareció. Siguió atormentándole, creciendo un poco más a cada nuevo acceso, hasta el punto de no encontrar manera de reincorporarse a la vida normal y hallar un puesto en el civilizado mundo de Inglaterra. Probó una docena de ocupaciones, pero, al final, las abandonó todas: negocios, una oportunidad para entrar en el Foreign Office, una granja en Sussex. Todos sus intentos habían terminado de la misma forma: llegaba un momento en que le abrumaban la apatía y el disgusto, un momento en que ya no le era posible ocuparse de nada ni de sentir el menor interés por lo que había emprendido. No le abandonaba nunca la conciencia del mundo que le rodeaba, del mal que no era únicamente suyo, sino de toda una nación, de toda una civilización, y entonces se sumía en la disipación y el libertinaje, como si de esta forma pudiera volver a surgir una vez más, limpio y fresco. Durante algún tiempo el remedio fue eficaz, pero no tardó en conquistarse fama de hombre vicioso y poco digno de confianza, un calavera, un perdido, y un día, despertando de una larga orgía entre la bebida y las mujeres, se embarcó para América, la patria de su madre. Desde entonces no había vuelto a ver Inglaterra.

Lo que había ido a buscar a América era algo vago y difuso, que solamente vio con claridad después de haberse casado y de haber pasado unos años allí. Era algo, creía, que llevaba en la masa de la sangre, herencia de sus abuelos. Había huido de Inglaterra en parte porque Europa se le había hecho insufrible y en parte porque esperaba encontrar en América un país y un pueblo menos cansados. Confusamente se daba cuenta de que le animaba un impulso interior de regresar al origen de algo que le había sido perfectamente conocido en algún tiempo, algo que se remontaba a su adolescencia. Y en su pensamiento lo que buscaba iba siempre asociado a la figura de su pequeña y enérgica abuela, no la condesa de Nolham, sino la esposa de Diez por Ciento MacPherson. Y así fue como, por último, se presentó en Grand River, la única ciudad de América que realmente conocía.

## XIX

Su abuela había salido de Grand River cuando tenía diecisiete años para acompañar a su padre a California en busca de oro, y había regresado a Grand River, después de casarse con MacPherson, fabulosamente rica, para edificar una inmensa casa con torreones a orillas del río Ohio. Allí había nacido la madre de Ransome y el hermano de aquella, y allí volvía siempre su abuela, por muy encantadoras que hubiesen sido sus aventuras y por muy brillantes que hubiesen sido las gentes que hubiera conocido en Nueva York, en Londres y en París. Y allí volvió también después de los servicios prestados por su marido como embajador en la corte de San Jaime, porque Grand River y la inmensa casa de los torreones eran los lugares del mundo más gratos a su corazón.

Muchos años después de su muerte, Ransome pensaba frecuentemente en ella, viéndola con más claridad que la había visto nunca en vida, porque la anciana había muerto el mismo día en que él caía herido por segunda vez en Flandes, cuando todavía no era más que un muchacho de veinte años. Y cuanto más viejo se hacía, más sufría Ransome y mejor la comprendía. Se daba cuenta de que su abuela poseía una sencillez y una integridad como no encontró en otra persona. Y era aquella integridad suya la que la impulsaba siempre a volver a Grand River, en donde conocía a todo el mundo. Aquella era su patria. La gente de Grand River era la gente que ella conocía, a la que comprendía y amaba. Aquel era el mundo en el que se sentía a gusto, en donde podía regatear con los comerciantes y llamar a la mitad de los habitantes de la población por sus nombres de pila, en donde, cuando le venía en gana, se quitaba sus famosas perlas y bajaba a la enorme cocina a cocer un pastel o a preparar unas hojuelas mejores que las que hubiera podido crear la fantasía del cocinero más caro.

De todos sus nietos, él había sido el preferido, y, por ser el menor de los hijos, sus padres no tuvieron inconveniente en que pasase verano tras verano con ella en la casa de los torreones, en Grand River, veranos que habían sido una mezcla de delicias y amarguras, ya que allí disfrutó de una libertad que nunca conoció en Inglaterra y, al mismo tiempo, hubo de soportar al principio las burlas de los otros muchachos a cuenta de su pulido y elegante acento de Eton.

Muchos años después, Ransome comprendió que había tenido una infancia extraordinaria, dividida entre un internado inglés con dote y una próspera población del Medio Oeste americano. Momentos había en que se inclinaba a creer (durante aquellos amargos y clínicos análisis que hacía de sí mismo) que aquella experiencia de su infancia estaba en la raíz de toda la miseria, el derrotismo y la neurastenia que padecía ahora. En cierto modo aquello fue una continua sucesión de choques y de cambios, una especie de perpetua readaptación, que habrían resultado demasiado

fuertes para el equilibrio de cualquier niño. Podía compararse a una infancia repartida entre una familia manchú y un hogar escocés y presbiteriano.

Su abuela, con el profundo cariño que le tenía, le había echado a perder, y cuando el viejo MacPherson murió, la anciana acaparó a su nieto, hablándole a veces como si fuese un hombre hecho y derecho, haciéndole su confidente, refiriéndole anécdotas de su vida extraordinaria cuando cenaban solos en el inmenso comedor, adornado con un horrible friso de madera. Unas veces eran historias del pueblecito minero de Nevada, en donde ella había tenido una pensión para mineros a la edad de veinte años, durmiendo siempre con un revólver debajo de la almohada, y otras veces eran historias sobre el rey o embajadores y primeros ministros. Tenía ochenta y dos años cuando murió, y, durante el último verano que Ransome pasó en su compañía, el año mismo en que estalló la guerra, le refirió cosas que no le había contado hasta entonces, cosas que quizá no hubiese contado nunca a nadie. Era como si se diese cuenta de que iba a morir y experimentase la necesidad de confiarle muchas cosas que, de otra forma, acaso se hubiesen perdido para siempre. Entre ellas estaba la historia de su matrimonio.

A los diecinueve años, muerto su padre víctima de un accidente, se había encontrado completamente sola en un pequeño campamento minero de Nevada, sin un céntimo en el bolsillo. Como era una buena cocinera, abrió una pensión para mineros y se defendió bastante bien. Entre los mineros había un joven de Pensilvania, de origen escocés, un muchacho musculoso y bien parecido que se enamoró de ella y de quien ella no tardó mucho en enamorarse también, y tan profundamente, que en su vida ya no hubo nunca otro hombre.

—Era un lugar insignificante —explicó la anciana—, en donde no había más que cincuenta o sesenta cabañas adosadas a un cañón rocoso. En el campamento no había más que otras siete mujeres, ninguna de las cuales era como debiera haber sido. Si tienes suerte, hijo mío, alguna vez te enamorarás así de una muchacha que, a su vez, será igual de afortunada si se enamora de la misma manera de ti. Pero eso no ocurre con mucha frecuencia..., no le sucede a una persona entre diez mil, de modo que no te hagas muchas ilusiones. No teníamos iglesia allí y el pastor más cercano estaba en Sacramento, a sus buenas trescientas millas de distancia; así es que no esperamos al pastor. Habría sido una tontería hacerlo. Tú no has conocido a tu abuelo de joven, pero ninguna mujer que hubiera estado en su sano juicio se habría quedado cruzada de brazos esperando. Bien tonta habría sido...

Un buen día, descubrió que iba a tener un hijo y sugirió que, después de todo, lo mejor sería que dejasen la mina por un mes y fueran a casarse a Sacramento.

—El no tenía muchas ganas de ir —prosiguió diciendo la anciana—. Tenía el extraño presentimiento de que, si seguía cavando, iba a encontrar una fortuna. Creo que percibía en los huesos la presencia del oro allí. Estuvo dándome largas, diciendo

que iríamos a la semana siguiente o a la otra, pero yo estaba resuelta a casarme antes que naciera el niño. Tu abuelo siempre fue así. Cuando tenía algo grande en el pensamiento, dejaba todo lo demás de lado hasta conseguir lo que deseaba. Así fue como alcanzó el éxito en todo lo que emprendió. No cejaba hasta obtener lo que se proponía. Y de esa misma forma me hizo la corte a mí. Total, que pasó un mes y luego otro y después un tercero, y entonces decidí que había llegado el momento de coger al toro por los cuernos. Una mañana empaqueté todas las cosas, cogí el revólver y me dirigí a la mina. Tu abuelo estaba trabajando, había encontrado indicios de oro y se hallaba muy excitado porque sabía que allí encontraría más. Le apunté con el revólver y le dije: «James MacPherson, nos vamos a Sacramento a casarnos». Al principio me miró como si no pudiera dar crédito a sus ojos; luego se sentó y empezó a reír a carcajadas. La risa le estremecía de pies a cabeza y siguió riendo hasta que dije: «Date prisa en terminar de reír y baja a empaquetar tus cosas». Sin dejar de reír, fue a casa, empaquetó sus cosas y partimos para Sacramento montados en sendas muías. Tardamos unas dos semanas en llegar allí, porque el viaje fue horrible, por un camino que a veces se perdía por completo. Conservé el revólver en mi poder durante todo el trayecto y la mayor parte del tiempo tu abuelo no dejó de reír. Después me dijo que nunca se había sentido tan enamorado como cuando me encaré con él, apuntándole con el revólver. Nunca había abrigado el propósito de no casarse conmigo, y yo lo sabía, pero también sabía la forma que tenía de ir demorando las cosas. Bueno, nos casamos y volvimos a la mina, y no tardé en tener un hijo, que fue tu tío Edward. Siempre ha sido muy correoso y tenaz. Por fuerza tenía que serlo para soportar el traqueteo de aquel viajecito a Sacramento y el regreso al campamento. Dos días después del nacimiento tu abuelo descubrió el filón, y, con un hijo y una mina de oro que valía un millón de dólares, era algo digno de ver. Durante un par de días temí que fuese a estallar. Estoy segura de que tu abuelo no se arrepintió nunca de haberse casado. El matrimonio le trajo suerte, y algunas veces que se encontró en algún aprieto tuve la suerte de ayudarle a salir del atolladero. He estado enamorada de él toda la vida exactamente igual que el primer día, como sigo estándolo todavía. Algunas veces, me despierto por la noche y me pongo a pensar en él y en mí y en aquellos tiempos, y me parece casi tan hermoso como si volviera a vivirlos de nuevo.

## XX

A medida que pasaban los años, la imagen de su abuela se fue convirtiendo en la figura más vívida que conservaba en la memoria, mucho más vívida que la de su propia madre, hija de aquella, pues con la generación de la hija se fue iniciando el proceso de reblandecimiento. A la madre de Ransome le gustaba Europa más que Grand River. Se casó con un inglés, contra la voluntad de su madre, y lentamente fue perdiendo el carácter que había tenido para convertirse en mero apéndice de una tradición. Ya había muerto, y en algunos momentos, a Ransome le era difícil recordarla con claridad: una mujer pálida, más triste cada año que pasaba, perdida y algo desarraigada. Poco antes de su muerte se dio a la bebida en secreto.

En cierto modo, Ransome regresó a América y a Grand River después de la guerra, en demanda de su abuela, o, al menos, en demanda de lo que ella había sido y de aquello por lo que había vivido, pero no la encontró, ni tampoco halló nada de lo que ella había sido. Descubrió que, de una manera poderosa, su abuela había dado color a la ciudad y que su impresión de aquel lugar, en realidad, fue siempre una impresión de la personalidad de la anciana misma. A su regreso a Grand River, Ransome no encontró allí ni la sencillez de su abuela, ni su sentido de la equidad, ni su integridad. En lugar de esto, encontró una ciudad que era una imitación de las de Europa, un lugar en el que ya no existía ni la sencillez y en el que la gente era valorada no por su carácter o sus excentricidades, como en otros tiempos, sino por su dinero. Y encontró el mismo mal que roía a Europa, el mismo cansancio y la misma despreocupación, la misma desesperación ahogada en bebidas alcohólicas, la misma miseria entre los trabajadores. En una ciudad que contaba poco más de un siglo de existencia descubrió los mismos males que consumían a ciudades milenarias. En ciertos aspectos, aquello le pareció aún peor que lo que sucedía en el caso de las ciudades viejas, porque aquí la senilidad se imponía a la adolescencia, y el resultado era grotesco, exagerado y algunas veces espantoso. Tampoco encontró la fe en nada, salvo en las fábricas de automóviles y en el mercado de valores.

Y, estúpidamente, se casó.

Ahora, en Ranchipur, muchos años después, había momentos en que le parecía que su matrimonio no había existido jamás: tan difuminado y carente de importancia fue el acontecimiento. Lo que sí sabía era que se había casado, en parte porque Mary Carstairs impresionó su imaginación por breve tiempo, y en parte porque quiso establecerse en Grand River para volver a descubrir aquel mundo perdido que había sido el mundo de su abuela. Se llevó a su esposa a la vieja casa de los torreones, cerrada y desierta desde la muerte de la anciana señora MacPherson. Hizo cuanto pudo, pero fue inútil. Después comprendió que jamás habría alcanzado el éxito y que la culpa era suya, porque no había dejado de ser un disidente y un proscrito de la

comunidad a que pertenecía su esposa. Una vez que sus sentidos se saciaron, la vio claramente, en toda su superficialidad, su escasa cultura, su snobismo, sus triviales ambiciones, su despreocupada barbarie. Se había engañado a sí mismo durante algún tiempo, pero el engaño no podía durar, y ella, al final, terminó por considerarle un pedante aburrido, que no quería llevarla a Inglaterra, a aquel mundo que era de su marido por derecho propio y que ella consideraba, desde lejos, tan soberanamente encantador. Y un buen día, Ransome desapareció tranquilamente, y su esposa se divorció de él. Parecía como si aquel matrimonio no hubiese existido nunca. Casi inmediatamente después de obtenido el divorcio, ella se casó con el hijo del presidente de la fábrica de automóviles, y ahora vivía no en la antigua casa de los torreones, que había sido derruida, sino en un inmueble que imitaba la construcción de un château francés, amueblado por decoradores de Nueva York.

Desde Grand River, Ransome se trasladó al lejano Oeste, a la región en donde se habían casado sus abuelos. Esperó encontrarse allí con un mundo nuevo, pero lo encontró ya viejo y no muy diferente de aquél del que había huido. La gente hablaba mucho de fronteras y democracias, pero descubrió que estas cosas ya no existían en realidad. En el curso de dos o tres generaciones, las cosas de las cuales se vanagloriaba habían desaparecido para siempre, como si no hubieran existido jamás. Y no muy lejos del poblado en donde su abuela había tenido una pensión, encontró unas minas de carbón en donde mineros que se morían de hambre con sus esposas e hijos eran asesinados a tiros por gangsters importados del Este y pagados por un pío baptista que tenía tantos millones, que los daba a boleo, aunque no a los mineros muertos de hambre que trabajaban honradamente durante todo el día, sino empleándolos en limosnas y buenas obras que sirvieran para blanquear y encubrir la codicia, la hipocresía y la deshonestidad sobre las cuales había edificado su vasta fortuna.

De cuando en cuando, aquí y allí, Ransome encontraba un anciano o una anciana que habían conocido aquel mundo desaparecido que, durante tan breve espacio de tiempo, existió no en Europa, sino en el oeste de América. Pero el criterio y los modales mismos de estos ancianos eran considerados como algo anticuado y excéntrico, cuando no ridículo. A él, en cambio, le parecía que de la sencillez que había encontrado en ellos habría podido surgir algo espléndido y maravilloso. Por eso le agradó tanto tía Phoebe Smiley desde el primer momento que la vio en Ranchipur, por eso y porque le recordaba a su abuela.

En el fondo de su corazón sabía que era más americano que inglés y que, pese a todo, siempre había sido un extraño en Inglaterra, rebelándose contra las rígidas fórmulas de su manera de vivir, contra sus desigualdades económicas y su sistema de castas, que, en algunos momentos, le había parecido tan intransigente como el encontrado en la India. No se sentía en absoluto europeo, pero tampoco era un buen

americano que aceptara la fe americana en las panaceas o que se engañara a sí mismo, como hacían los americanos. Tampoco aceptaba su admiración y su culto por el éxito y el dinero.

No era ni una cosa ni otra. Como amargamente reconocía en su fuero interno, no era más que un anticuado e inútil liberal en medio de un mundo enfermo que exigía violencia, inflexibilidad y revolución para curarse; un idealista defraudado, solitario y amargado contra sus semejantes, porque los veía ávidos, hipócritas y depredadores. Y lo más amargo de todo fue que, lentamente y a regañadientes, llegó por fin a la conclusión de que también él era un inútil, paralizado por su negro pesimismo, tan inútil como los santos sadhus que se sentaban desnudos en la escalinata del templo de Benarés.

En Ranchipur encontró la paz durante algún tiempo. En Ranchipur había estado peligrosamente a punto de aceptar aquella muerte en vida que los hindúes ofrecían, pero había dominado a tiempo la tentación, y ahora el peligro había desaparecido. Sabía que se había salvado porque, a través de su amargura y de su desesperación, descubrió lo que era el odio, y porque estaba convencido de que de este odio podría nacer la fuerza, y solamente el odio y la violencia podrían curar los grandes males que padecía el mundo.

Fue la capacidad de odiar de Raschid lo que en principio atrajo a Ransome, ya que el corpulento musulmán procedía de una raza y de una fe que nunca habían confiado en la dulzura y en la no resistencia. El odio y el celo reformador de aquella raza y de aquella fe no habían degenerado nunca, como en el caso del cristianismo, en una extrema preocupación por la teología y los principios de la moral privada. Impregnado de su fe islámica, Raschid consideraba la codicia, la hipocresía y la bellaquería como crímenes más graves que el adulterio, la poligamia y la perversión. Pensaba Ransome que la Iglesia cristiana, habiéndose aprovechado una y otra vez de crímenes de lesa humanidad, se desentendía ahora un tanto de ellos, en su morbosa preocupación por lo sexual. Raschid tenía fe y, por consiguiente, fuerza. Era el nuevo Islam y, sin embargo, era tan viejo como Mahoma. En cambio, él no tenía ninguna fe, pensaba Ransome, porque no la había en el mundo cristiano. Pero empezaba a conocer el odio, y a través del odio podría salvarse.



## XXI

Camino de su casa, pasó por la Escuela de Música. Una vez que se hubiese librado del señor Das, podría escuchar un poco de música tranquilo, ya que los cantores jamás se dirigían a él. Fueron nuevamente Jemnaz Singh y sus dos alumnos quienes también esta vez tocaron y cantaron para él, y en esta ocasión no fueron interrumpidos por los relámpagos y los truenos. Fuera, la lluvia caía con un rumor suave y firme, destruyendo incluso la violencia del viento, y con este acompañamiento del rumor de la lluvia cantó Jemnaz Singh, exquisito, con las piernas cruzadas, una bella estampa con su brillante turbante rajput y su atchkan. Entonó una canción de gracias a Krishna por haberlos librado de la sequía y del hambre. Era una canción muy antigua, milenaria, de la que Ransome apenas entendía una palabra, y que Jemnaz Singh cantaba en la lengua de los guerreros rajput; pero mientras escuchaba, la paz fue descendiendo nuevamente sobre su espíritu, porque había algo eternal en aquella canción que decía: «Las canciones llegan y desaparecen. Los reyes se levantan y caen. Los millonarios surgen y son destruidos de la noche a la mañana. Pero nosotros, la tierra y el pueblo, perduramos eternamente».

Había cerrado ya la noche cuando salió de la Escuela de Música, llevando todavía sobre los hombros la guirnalda de jazmín y maravilla. El espectáculo de un europeo enguirnaldado y conduciendo un Buick de cinco años a través de la lluvia del monzón no le pareció nada ridículo. Una vez desaparecida la novedad, una vez que se había dejado de ser un simple turista, no había nada que fuese ridículo en la inmensa vastedad de la India. Era esta tan grande, tan inmensa; cobijada, aunque a regañadientes, tantos pueblos, tantas creencias, tantas costumbres, que todo quedaba mezclado y absorbido de manera indiscriminada, de la misma forma que la fe hindú se había asimilado a Jesucristo, a Mahoma y a Buda.

En el puente pequeño, cerca del Parque zoológico, se vio obligado a detenerse y a esperar que lo cruzase lentamente uno de los grandes Rolls-Royce del maharajá, todo salpicado de barro rojizo. En el interior, semejantes a figuras de cera bajo la iluminación interior del coche, iban sentadas dos personas: una hermosa rubia, de edad indefinible, y un hombre corpulento, de cabellos rubios y rostro purpúreo. La mujer miró el viejo Buick de Ransome al pasar junto a él, sin que se alterase la expresión de su rostro. El hombre siguió tomando notas en un trozo de papel doblado, sin levantar la cabeza.

«Son los Heston —pensó Ransome—. Los habrán llevado a visitar la central hidroeléctrica».

No la habría reconocido si no hubiera sabido que no podía ser otra. No era que hubiese cambiado mucho; pero aquel rostro era un rostro sin vida, como una máscara hecha con una habilidad extraordinariamente realista. El cabello, perfectamente

peinado, era como una peluca, y el vestido de seda blanco era demasiado elegante y demasiado impecable para que lo llevase ninguna mujer en medio de un monzón de la India. Ignorando que estuviese Ransome en Ranchipur, era muy difícil que ella le hubiese reconocido en el hombre que conducía el baqueteado y viejo Buick, con una guirnalda de maravillas en torno al cuello. Tal vez ni siquiera se acordase de él. ¡Les habían ocurrido tantas cosas a los dos desde la última vez que se vieron!... «Es exactamente como estaba seguro que sería algún día», se dijo Ransome.

Pensando en ella, paró el motor precisamente cuando lo que había querido era haberlo puesto en marcha; pero, una vez parado, no hizo ningún esfuerzo por volverlo a poner en marcha. Se quedó allí largo rato, cerca de la estatua de hierro fundido de la reina Victoria, que llevaba en sus manos un paraguas y un bolso de mallas. El río había dejado de ser un tranquilo y verde canal que reflejaba un mosaico de estrellas; ahora corría amarillo y turbulento, lamiendo cada vez más arriba la parte inferior de la escalinata que conducía desde el borde del agua hasta el templo de Krishna, semejante a un joyero. La impetuosa vuelta a la vida del río siempre impresionaba a Ransome de manera muy profunda, fascinándole. Dentro de poco, peldaño a peldaño, iría subiendo hasta el nivel de la carretera y del templo de Krishna, hasta que se le oyese rugir a lo largo de las noches húmedas y calurosas. Existía una historia, según la cual, una vez, hacía muchísimo tiempo, durante el reinado de los malvados maharajás, el río no se había detenido al nivel de la carretera, sino que había seguido creciendo y creciendo hasta sumergir por completo el templo de Krishna, y las rugientes aguas, arrastrando árboles, animales muertos y cadáveres humanos, habían barrido toda la ciudad de Ranchipur. Debía de haber sido un espectáculo salvaje y espléndido, pensaba Ransome, el de una Naturaleza encolerizada destruyendo todo lo que habían levantado las pequeñas manos del hombre. Luego habían venido el hambre, la peste y la muerte. Contempló la regordeta estatua de la soberana y pensó: «Si volviera a suceder semejante cosa, la buena reina, el ama de llaves de todo un Imperio, quedaría sumergida como el templo de Krishna».

Pero aquello no podía repetirse jamás, porque el maharajá, temiendo la posibilidad de semejante desastre, le había arrebatado al río las curvas más cerradas y pronunciadas, obligándole a deslizarse mansamente por el centro de la ciudad, como una cobra que cruzase el sendero de un jardín.

Soñadoramente, se puso a pensar en Edwina y en él mismo, tal y como habían sido en otros tiempos, recién acabada la guerra, y el recuerdo de cómo habían sido los dos le hizo sentirse repentinamente triste e inmensamente viejo. Siempre le había gustado Edwina, y durante algún tiempo estuvo enamorado de ella; ahora, contemplando el pasado desde tan gran distancia, le parecía que, si sus vidas y las de sus antepasados y la época en que les había tocado vivir hubieran sido diferentes, acaso se hubiesen amado profundamente, se hubieran casado y hubiesen hallado la

estabilidad y el equilibrio que ninguno de los dos encontró jamás. Pero Ransome sabía que, con sus extraños accesos de melancolía y libertinaje, habría sido un mal marido, y que ella, con su educación, su ligereza y su falta de sentido moral, habría sido una detestable esposa para cualquier hombre. ¿Cómo habrían podido guardarse mutua fidelidad si no creían en nada? Se habían entregado al placer en dos fines de semana, sin escrúpulos ni remordimientos, y luego, de repente, se cansaron y dieron todo por concluido, separándose como excelentes amigos, con tan escaso interés por su aventura, en lo que Ransome alcanzaba a recordar, que nunca volvieron a hablar de ello. Rememorando ahora el pasado, le parecía a Ransome que nunca estuvieron solos. Siempre se habían movido confundidos con la multitud, como si la soledad guardase para ellos algún horror desconocido. Fueron Edwina y las personas de su índole —que eran también las de su misma índole, pensó Ransome— quienes le habían alejado, al final, de Inglaterra y de Europa. Los enfermos..., aunque no más enfermos que los demás, los millonarios, los políticos, los banqueros...

«Nosotros éramos entonces la gente joven y brillante —pensó—. Éramos la vanguardia de la juventud moderna. Y hay que ver a lo que hemos venido a parar...».

El rumor y la vista de las amarillentas aguas, deslizándose en medio del húmedo crepúsculo, parecieron ir hipnotizándole de una manera gradual y progresiva, hasta ponerse a considerar lo fácil que sería deslizarse desde el puente a la salvaje corriente y desaparecer para siempre. Nadie encontraría jamás su cuerpo; los cocodrilos se ocuparían de ello. Era el momento oportuno para hacerlo; dentro de unos días, si persistía la lluvia, el río se llenaría de serpientes, restos flotantes y cadáveres de animales que hubiesen escapado de los buitres y de los chacales solo para ser devorados por los cocodrilos. Era la primera vez desde hacía meses que aquella idea del suicidio, antes perenne en su pensamiento, volvía a insinuarse en su cerebro. Sería fácil y hasta magnífico dejarse resbalar por encima del pretil y desaparecer. Ciertamente, nadie le echaría de menos en su patria, ni Mary en la seguridad de su château francés en Grand River, ni sus hermanos, ni su padre. Muy pocos le echarían de menos aquí en Ranchipur. Tal vez Raschid y los Smiley y el señor Jobnekar, acaso el maharajá. Pero, transcurridas una o dos semanas, su muerte no representaría mucho ni siquiera para estas personas, ya que no formaba parte de sus respectivas existencias en modo alguno, ya que no les era necesario en absoluto, como Raschid y el señor Jobnekar eran necesarios para el futuro de la India, y los Smiley, cuya muerte dejaría a la mitad de los pobres y de los desgraciados de Ranchipur abandonados y perdidos. No, lógicamente no existía ninguna razón para que no se destruyese a sí mismo, salvo que ya no deseaba hacerlo.

A través de la neblina que envolvía sus pensamientos y del rugir de las aguas, oyó el rumor de unas campanillas de plata y el golpeteo de los cascos de un caballo que se acercaba, y por delante de él cruzó una tonga y una voz vigorosa y cordial le gritó un

saludo. Sin disminuir el ritmo de su marcha, el vehículo rodó ruidosamente sobre el puente y desapareció entre las crecientes sombras de la noche y de la densa cortina formada por la lluvia; pero, a la luz de sus faroles, Ransome vio que era una pequeña y alegre tonga, pintada de un rojo muy vivo y adornada con trocitos de espejo. Y en la voz y en la corpulenta figura encogida bajo la cubierta excesivamente baja, Ransome había reconocido a Raschid. Raschid el sarraceno, el guerrero, nacido demasiado tarde y demasiado pronto, dirigiéndose a su casa desde su despacho para reunirse con su mujer y sus siete hermosos hijos. Oprimió el acelerador y dejó atrás a la estatua de la reina Victoria, sintiéndose de súbito nuevamente animoso.

Al llegar a casa se encontró con que Juan Bautista y sus amigos habían vuelto a colocar las tejas que los monos arrancaron del cobertizo y estaban agrupados en su interior, chismorreando y tocando la flauta.

Sobre la mesa encontró dos tarjetas. Una era del señor Bannerjee, rogándole que fuese a cenar el jueves con lord y lady Heston. La otra ostentaba el turbante, la estrella y la cimitarra del maharajá, y era una invitación para cenar en Palacio con los mismos y distinguidos huéspedes. Acababa de leerlas cuando la oscuridad descendió sobre el jardín, súbitamente, como una cortina. Encendió las luces y observó que ya se habían formado manchas de moho en las paredes del comedor. Por un instante se imaginó que el río ya había empezado a rugir, e incluso tuvo la impresión de oírlo. Sobre el fondo de aquel débil rumor, se elevaban las sutiles notas de la flauta de Juan Bautista. Durante largo rato permaneció en silencio, escuchando, como si quisiera captar otro rumor, mucho más débil que los demás, tan débil que apenas existía fuera de su imaginación. Era el rumor de las cosas que crecían, de las raíces que se hundían en la tierra, de los capullos que se abrían, de las enredaderas que se retorcían pletóricas de vitalidad: el rumor de todo un vasto continente que renacía a la vida con la llegada de las lluvias.

## XXII

Era la última cena de gala que se daba en Palacio hasta que hubiese pasado la época del monzón y los personajes importantes empezasen otra vez a ir y venir en polvorientos trenes a través de las resacas y rojizas llanuras de la India. No gentes humildes, como los Smiley y tía Phoebe y las señoritas Dirks y Hodge, ni siquiera gentes como el señor Jobnekar o como Raschid Alí Khan —pues estos no iban nunca a veranear a las montañas, en donde la temperatura era fresca y agradable, por encima de las nubes que inundaban las llanuras—, sino virreyes y millonarios, generales y maharajás, o personajes como lord y lady Heston. No se habría celebrado una cena de gala en época tan avanzada del año si no hubiese sido por la intempestiva visita de los Heston y por el ruego del virrey, amigo de su alteza, para que los atendiese con el mayor esplendor posible.

Nadie esperaba divertirse mucho: ni el maharajá, ni Ransome, ni el mismo Heston, ni siquiera Raschid, cuya vitalidad parecía llenar de gozo casi todas las cosas; pero menos aún que todos ellos la vieja maharaní y lady Heston. Para su alteza, aquello significaba que tendría que mostrarse magnífica y un poco pomposa y cortés durante toda la noche, y hacía mucho tiempo que había dejado de experimentar placer por ninguna de estas cosas. Para lady Heston no significaba nada en absoluto, porque incluso aquella primera y ligera curiosidad acerca de la extraña magnificencia de la India estaba ya totalmente saciada. La única persona a quien el acontecimiento habría llenado de alegría no se contaba entre los invitados.

Era la señorita Hodge. A las siete y media de la tarde ya estaba sentada en la terraza del bungalow, enfrente de la gran puerta de entrada de Palacio, con el rostro un poco arrebolado por la excitación, bordando y esperando la llegada del primer vehículo. Un poco antes la habían vuelto a turbar los sonos de la salvaje música militar y se había producido otra sorda e incoherente escena con la señorita Dirks sobre si se dejaba o no se dejaba abierta la puerta del jardín, para que la señorita Hodge pudiera presenciar la llegada de los invitados. Era muy cierto, como había indicado la señorita Dirks, que la oscuridad no permitiría identificar a ninguno de los asistentes; pero este argumento carecía de fuerza para la señorita Hodge, quien conocía perfectamente todos los vehículos, desde la tonga que el señor Jobnekar alquilaba por meses hasta el purpúreo Rolls-Royce puesto a disposición de personajes importantes, como los Heston, y ella podía imaginarse perfectamente el aspecto de sus ocupantes. Esta vez la extraña e insatisfactoria disputa había terminado sin alcanzar un punto culminante y decisivo, sin lágrimas ni reconciliaciones, dejando tras sí una sensación de malestar y de cosa incompleta.

Sentada en la terraza, la señorita Hodge había adoptado una actitud de superioridad y estaba esforzándose por olvidar el incidente, aunque sin conseguirlo, y

persistiendo en su corazón una sensación de triunfo vergonzoso. Había vuelto a alcanzar otra victoria: la puerta del jardín estaba abierta, y ella disfrutaba de una clara perspectiva del paseo de entrada a Palacio. Hablaba consigo misma acerca de la señorita Dirks, no de manera audible, ya que la señorita Dirks estaba sentada exactamente al otro lado de la ventana, pero con tal vehemencia, que sus labios se movían para formar las palabras sin que se diese cuenta de ello. Se decía que era absurdo que Sarah pretendiese mantener siempre la puerta cerrada, para que ningún transeúnte pudiera ver el jardín.

Era una exageración neurótica. Cualquiera creería que, en lugar de decirle que deseaba tener la puerta abierta, le había pedido que se pasease desnuda por la gran plaza de Ranchipur, junto al cinematógrafo. Era totalmente ridículo, se decía la señorita Hodge, y morboso y demostraba una completa ausencia del sentido de la proporción. Si se le hubiese presentado alguna objeción razonable, habría cedido sin decir palabra. Sarah sabía muy bien que raras veces discrepaba de ella. Pero en esta ocasión la razón estaba de su parte. Y por eso, después de la disputa, salió al jardín, fue al otro extremo del sendero y abrió la puerta. Sarah podía haber salido a cerrarla, pero en ese caso ella la habría vuelto a abrir. No podía permitir que Sarah la dominase siempre. De cuando en cuando tenía que volver por sus fueros.

Pero Sarah no había salido a cerrar la puerta. Se limitó a mirar a Elizabeth cuando esta volvió a entrar en la casa y cogió un libro sin decir palabra. Y ahora se estaba vengando, adoptando un aire de cansancio y dignidad ofendida, irreprochablemente cortés, pero fría, de modo que, si Elizabeth intentaba iniciar una conversación, esta languidecía inmediatamente, helada por el tono glacial de la voz de Sarah. No obstante, la señorita Hodge se alegraba de haber sabido imponerse. Eso la llenaba de palpitante excitación. Desde que atravesó el sendero y abrió la puerta del jardín, su corazón no había cesado de palpar locamente ni sus mejillas de arder.

Ante ella, más allá de la puerta de entrada, la enorme mole del palacio, resplandeciente ahora de luces, recortaba su oscura masa contra el cielo tempestuoso. La lluvia había cesado unos momentos, el viento había amainado, y aquí y allí podían verse entre las nubes desgarradas pequeños espacios despejados y cuajados de estrellas, como lentejuelas. A ambos lados del pórtico, dos de los guardias de a caballo del maharajá, con sus turbantes y sus uniformes escarlata y oro, custodiaban la entrada a lomos de sus cabalgaduras, silenciosos, inmóviles, con las lanzas, adornadas con los gallardetes púrpura y oro de su alteza, apuntando al cielo, mientras los negros corceles se mantenían tan inmóviles como sus jinetes. Eran sikhs, soldados profesionales, que no se afeitaban nunca, y que en aquellos momentos, estando de guardia, llevaban sus luengas y negras barbas cuidadosamente recogidas en redecillas sujetas bajo el mentón.

Por espacio de veinticinco años, la señorita Hodge los veía allí, día tras día, y

todavía no había conseguido familiarizarse enteramente con sus delgados y erectos cuerpos, sus rostros orgullosos y afilados y sus magníficas túnicas escarlata y oro. Eran hombres, hombres apuestos, fogosos y barbudos, que se pasaban la vida montados en sus caballos, todo lo cual era demasiado para la naturaleza romántica de la señorita Hodge, quien no tenía idea del porqué de la fascinación que ejercían sobre ella, y como se sentía un poco avergonzada de los tempestuosos sentimientos que despertaban en su seno, jamás intentó analizar qué era aquello o por qué le sucedía aquello. Era una confusa emoción la suya, en parte determinada por la lectura de las novelas de Flora Annie Steel y en parte por una simple reacción glandular. Algunas veces, cuando la señorita Dirks se hallaba fuera de la estancia, se acercaba a una de las ventanas del piso superior, descorría las cortinillas y se ponía a contemplar a los sikhs. Y siempre que lo hacía, la embargaba una dulce excitación, su corazón latía más de prisa y se sentía feliz. Era como si tomase una droga, exactamente igual, y lo mismo que el consumo de drogas, aquel atisbar habíase convertido en un hábito y en una necesidad. Poco a poco fue diferenciando a los sikhs, aun cuando todos tuviesen el mismo tipo: delgados, altos y con rostros de halcones. Jamás oyó pronunciar sus nombres; pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, ella fue aplicándoles los que le parecían más adecuados, buenos nombres ingleses, pues nunca había oído pronunciar un nombre sikh. Tenía sus favoritos. Los llamaba John, Geoffrey, William, Herbert y Cecil. A algunos de ellos los había visto transformarse de muchachos en hombres maduros. De cuando en cuando, alguno dejaba de aparecer y ya no le volvía a ver nunca más. Otras veces, llegaban algunos nuevos, a los cuales estudiaba minuciosamente cada vez que entraban de guardia, dándoles a todos una leal oportunidad, hasta que los rechazaba o los incluía en la lista de los favoritos. Cecil había sido el preferido entre los preferidos, y cuando dejó el regimiento para regresar al Norte, la señorita Hodge experimentó durante semanas enteras una profunda depresión cada vez que miraba hacia la puerta de Palacio. Estuvo alimentando la esperanza de que se encontrase enfermo o de permiso y de que cualquier día regresase, pero esto no sucedió jamás. Y no disponía de ningún medio para averiguar qué había sido de él.

Mientras observaba a los dos jinetes que montaban la guardia bajo los grandes faroles de cobre calado, empezaron a llegar los invitados. Reconoció la corpulenta figura de Raschid Alí Khan, encogido en la pequeña y gaya tonga, adornada con pedacitos de espejo, y a la señora Raschid, sentada a su lado, toda vestida de blanco; identificó el anticuado automóvil francés del dewan y el Buick de cinco años de Ransome, que había pertenecido a monsieur Descans, el ingeniero suizo; reconoció igualmente el Ford del mayor Safka, todo salpicado de barro, y el Packard en que supuso iría el general, y el diminuto Austin conducido por el señor Bannerjee, acompañado de su bella esposa, y en seguida, con repentina excitación, el majestuoso

y purpúreo Rolls-Royce ocupado por lord y lady Heston. Las luces interiores del coche estaban encendidas, y eso le permitió a la señorita Hodge vislumbrar a los dos personajes: el famoso par millonario y su elegante esposa. Sabía todo lo concerniente a ellos. Sabía que lady Heston había sido Edwina Doncaster, antiguo miembro de aquella generación de «jóvenes brillantes» y en tiempos gran amiga del príncipe de Gales, porque la señorita Hodge estaba muy al tanto de las noticias referentes a la corte y a la alta sociedad. Estaba enterada de todos los nacimientos y de todas las defunciones a través del Morning Post, que llegaba a Ranchipur uno o dos meses después de su publicación, siguiendo atentamente el desarrollo de tales acontecimientos en un mundo que jamás había visto y entre gentes a las que nunca conocería.

Los últimos en llegar fueron el señor y la señora Jobnekar, al trote del caballejo que tiraba de su tonga alquilada. Después de largo rato de espera, se volvió y dijo:

—Ya parece que han llegado todos los invitados, Sarah: los Heston, el señor Ransome, los Raschid, los Bannerjee y los Jobnekar.

La señorita Dirks no contestó, y la señorita Hodge pensó: «Pero ¿es que no me va a hablar? Eso es llevar las cosas demasiado lejos». Se volvió para mirarla y vio que la señorita Dirks estaba sentada, con los ojos cerrados; su libro sobre los nuevos métodos para la enseñanza del álgebra descansaba en su regazo y con una de sus flacas manos se oprimía el estómago.

Asustada, la señorita Hodge se levantó apresuradamente y exclamó:

—¡Sarah! ¡Sarah!

La señorita Dirks abrió los ojos y pareció volver a la realidad desde muy lejos.

—¿Qué hay, Elizabeth? Lo siento. Estaba pensando.

—¿No te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente. Un poco cansada, eso es todo. Se irguió en la silla y recogió el libro.

—Voy a prepararte una taza de té.

—No te molestes.

—Sí, sí, no faltaba más. En seguida te la traigo. Y se dirigió a la cocina para calentar el agua, temblando y llena de remordimientos, avergonzada por su mezquina victoria sobre la cuestión de la puerta abierta, anhelando dar una satisfacción, presentar excusas, reconquistar el terreno perdido entre las dos.

La señorita Dirks no había estado durmiendo. Estuvo pensando, con los ojos cerrados, luchando contra el dolor.

Últimamente, la cosa había ido empeorando, y ya hacía mucho tiempo que sabía que era inútil tratar de combatir aquel dolor mediante la fuerza de voluntad o pretendiendo ignorar su existencia. Estaba permanentemente, ora atenuándose un poco, ora reanudando el ataque con redoblado salvajismo. Ya no creía, ni siquiera en



aquellos momentos en que se amortiguaba un poco, que pudiera desaparecer alguna vez, dejándola sana y fuerte nuevamente. Desde hacía semanas sabía perfectamente que debería haber ido a un médico hace ya mucho tiempo; pero en todo Ranchipur no había un solo médico que pudiera atender estas cosas salvo Safti Major, y no podía hacer frente a la dura prueba de desnudarse y ser manoseada por un médico que no era solo un hombre, sino un indio y joven y guapo. Podría haber ido a Bombay pero en Bombay sólo había hombres médicos, y después de todo, en el conjunto de la India y el Oriente, no había ningún cirujano tan fino como el mayor. Pero no podía enfrentarlo. La sola idea de que la tocasen la hacía sentir mal. Prefería morirse antes.

El dolor era bastante fuerte, pero lo podía soportar ella sola, como lo había hecho con otras muchas cosas en su vida que estaban peor, pero estaba demasiado cansada y preocupada y asustada y no había nadie a quien pudiera acogerse, nadie podría ayudarla, y menos a Elizabeth, quien se volvería loca e histérica y empeoraría las cosas cubriéndola de pequeñas atenciones no deseadas que nunca le permitiría olvidar el dolor, incluso cuando éste desapareciese por poco tiempo.

Al cabo de la señorita Hodge volvió con el té. El cual no le sirvió para aliviar el punzante dolor, pero a la señorita Dirks la hizo un poco más feliz, porque el gesto acabó con un poco de su vergüenza por el infantilismo de su amiga.

## XXIII

El palacio había sido construido pensando en el calor, y por eso las puertas y ventanas eran enormes y los techos altísimos, y distribuidos por toda la zona central del edificio, siete grandes patios, en los cuales crecían plantas y árboles y el agua murmuraba en numerosas fuentes, incesantemente, día y noche. Palmeras de África crecían entre orquídeas y enredaderas colgantes, hacia la luz que descendía de las abiertas galerías de mármol. En el centro de cada uno de los patios se alzaba una fuente de mármol, en donde peces de colores nadaban sobre un fondo de flores de jade, crisoprasa y otras piedras semipreciosas, formando dibujos tomados de los antiguos palacios mongoles de Agrá y Fatepur-Sikri. Muy alto, en doradas jaulas que colgaban entre las ramas de las palmeras de betel, veíanse miríadas de pájaros, las aves extravagantemente coloreadas de la India, y por encima de ellas, suspendidas de los aleros de mármol, se divisaban grandes colmenas de abejas indias, que vivían perpetuamente en un enjambre gigantesco, caminando unas sobre otras, hasta que, al fin, iban muriendo una a una, reemplazadas por las que habían nacido en el centro del enjambre. En todo Ranchipur no existía refugio más fresco que el que ofrecían estos umbríos y húmedos jardines, abiertos al cielo por la noche y adonde nunca llegaban los ardientes rayos del sol.

En torno a los abiertos patios se agrupaban las habitaciones del palacio: en el segundo y tercer pisos, las de la familia real y su entourage, y en la planta baja, enormes estancias inútiles y deshabitadas, salvo por un extraño conglomerado de muebles y objets d'art. Parecían grandes almacenes en los que los muebles hubieran sido colocados sin orden ni concierto, y así, magníficos estuches, bordados y jarrones, maravillosa y exquisitamente trabajados, sacados hacía mucho tiempo del viejo palacio abandonado en el que había vivido el antiguo y perverso maharajá, se mezclaban con atroces objetos de art moderne. Cuadros de la escuela de Munich colgaban sobre vasijas y jarrones de jade, ágata y cuarzo rosado, de un valor incalculable, coleccionados por la maharaní; tapices persas de la época de Akbar adornaban las paredes, enfrente de ventanas adornadas con encajes de Nottingham.

Algunos de aquellos horrores los había adquirido la propia maharaní muchos años atrás, cuando visitó por primera vez las grandes exposiciones europeas, organizadas para explotar los horrores que salían del maquinismo. Se había dejado impresionar por la complicación y el lustre de aquellos objetos; pero más adelante, cuando se fue habituando a Europa y su propio gusto se afianzó, comprendió que casi todo lo que adquirió anteriormente era abominable, y lo amontonó de cualquier modo, junto con el exceso de tesoros que encerraba el palacio, en aquellas enormes y desiertas habitaciones, a las que nunca iba nadie.

Algunos de aquellos objetos eran obsequio de invitados de los tiempos del rey

Eduardo y de sociedades indias, al desarrollo de cuyos fines habían contribuido ella o el maharajá en diversas ocasiones. En el extremo más lejano del espacioso vestíbulo, que se extendía en toda la longitud del palacio, había una estancia en la que los caballeros invitados dejaban los sombreros, y en uno de cuyos rincones se veía una serie de objetos que nunca dejaba de suscitar el regocijo de Ransome. Tratábase de un Landseer representando dos sabuesos y un terrier, de un magnífico ídolo chino de bronce, de una complicada y moderna figura de Psique, hecha de alabastro, y probablemente comprada a algún buhonero en una calle de Nápoles, y una alfombrilla mongola para orar, de un dibujo y un colorido insuperablemente exquisitos.

## XXIV

Uno tras otro fueron llegando los invitados, subiendo la gran escalera de mármol para reunirse en una sala toda azul, el color de la noche india, y en cuyas paredes estaba incrustada, entre estrellas de plata, la famosa colección de pinturas mongolas de la maharaní. Era una estancia alta de techo, con ventanales que daban al parque y desde los cuales se disfrutaba de una lejana perspectiva del monte Abana; los huecos de las grandes ventanas estaban provistos de mallas de cordón blanco para impedir la entrada a los gigantescos murciélagos y para chasquear la curiosidad de los monos sagrados. Del centro de la sala colgaba una inmensa araña de cristal, resplandeciente de luces, y en la que se posaban millares de abejas. Debajo de ella, los soberanos de Ranchipur recibían a sus invitados.

La maharaní lucía un sari blanco orlado de plata, al modo márata, con una larga cola en forma de pez, que pasaba entre sus diminutos pies y se deslizaba graciosamente en pos de ella cuando andaba. No llevaba más joyas que esmeraldas. Esmeraldas en las orejas y en torno a la garganta, en las muñecas, en las manos y hasta en los dedos de los pies; esmeraldas coleccionadas aquí y allí, a través de todo el mundo, para satisfacer su pasión por las joyas; esmeraldas procedentes de la Quinta Avenida, de Bond Street y de la Place Vendôme, de Moscú, Jaipur y Pekín. Esta noche no era la fogosa anciana que jugaba al póquer como un jugador profesional en un campamento de mineros —astuta, ingeniosa, maliciosa y, en ocasiones, rabelesiana—, sino una mujer inteligente y, en lo más profundo de su naturaleza, todavía semisalvaje, al mismo tiempo, una gran reina.

Era de corta estatura, con toda la delicadeza y perfección de una estatuita de Tanagra, y, no obstante, la majestad que irradiaba de su persona daba la impresión de que era de elevada estatura. Su figura se mantenía erguida, con la seguridad y el sereno equilibrio de una mujer que no ha conocido nunca la inestabilidad de los tacones confeccionados por los zapateros parisienses más elegantes.

Contemplando Ransome desde el umbral de la puerta la figura de la maharaní bajo el fulgurante resplandor de la araña circundada de abejas, volvió a pensar: «La última reina». En Occidente, las reinas habían adoptado la costumbre de parecerse tanto como fuese posible a las amas de casa de la clase media. En ello radicaba su última posibilidad de salvación.

El anciano dewan había llegado ya, así como Raschid, acompañado de su morena, modesta y pequeña esposa, y el señor Bannarjee, con la fría y bella señora Bannerjee. El maharajá, envejecido, con aspecto cansado y lleno de dignidad, estaba vestido todo de blanco, luciendo su único y grueso diamante engastado en esmeraldas, que fulguraba bajo las luces en su turbante de Ranchipur, color escarlata. Se hallaban también presentes varios oficiales de Estado Mayor, algunos ayudantes de campo y

las dos viejas princesas de Bewanagar, íntimas de la maharaní. De todas las personas de aquel grupo fue la señora Bannerjee quien atrajo la atención de Ransome. Estaba en pie junto a una de las grandes ventanas protegidas por redes contra las incursiones de los gigantescos murciélagos, inmóvil, distante y bella como una mujer arrancada de una de las miniaturas que adornaban las paredes de la sala. Era de elevada estatura para ser india y tenía la tez muy clara; en su actitud había un aire de insolencia y menosprecio, que resultaba a la vez provocativo e irritante, y un aire de serenidad e indiferencia tales, que le permitía dominar el ambiente de cualquier reunión.

Durante largo tiempo había fascinado a Ransome mucho más que ninguna de las mujeres que conoció en la India, sin que por parte de ella hubiese mediado el más leve esfuerzo. No era solo su belleza lo que cautivó el espíritu fatigado de Ransome; su aire distante e indiferente, como si soportase la carga de la existencia sin gustar de sus dulzuras, despertó también su curiosidad. Era como si se mantuviera eternamente inasequible para él, burlándose, como una nueva aventura, algo que no había experimentado nunca hasta ahora. Estaba fuera de toda posibilidad el que se enamorase de ella, pues eran completamente distintos, y Ransome sabía que seguirían siéndolo independientemente de lo profunda que pudiera llegar a ser su intimidad física. Era lo mismo que esperar que alguien se enamorase de una hermosa estatua de hielo; no obstante, la vista de aquella mujer le excitaba siempre, despertando en él una especie de perversa pasión, un vehemente deseo de conquistarla, de humillarla, de violarla y de arrastrar su orgullo por el polvo. Sabía que aquello sería una excitante aventura, pero no tenía ni la menor idea de cómo podría llevarla a vías de hecho. Una y otra vez, trató de descubrir algún camino que le acercase a aquella cima glacial en donde parecía desenvolverse su existencia. Le había hablado del movimiento Swadeshi, por el que ella manifestaba cierto interés; intentó conversar con ella acerca de la filosofía, del amor y de los animales —los perros pequineses, los loros, los ibis, las grullas y el oso colmenero— que ella tenía en su jardín, buscando algo que pudiera interesar a esta hermosa mujer sin hijos; pero aquellos escauceos no produjeron nunca otro fruto que el de unas respuestas corteses y bastante distraídas, que llevaron a su ánimo la convicción de que no había manera de llegar hasta ella en ningún terreno, ni a través de su pensamiento, ni de sus sentimientos, ni de su ambiente, ni de sus emociones. A veces pensaba: «Es la India misma. Algún día, cuando la India renazca, volverá ella también a la vida». Pero Ransome sabía que aquel despertar sería algo que ninguno de los dos vería jamás, porque ambos habrían muerto mucho tiempo antes que ocurriese. En otras ocasiones, después de haber estado bebiendo a solas, pensaba: «En realidad no es nada. Simplemente una mujer hermosa, perezosa y estúpida».

No hablaba nunca, como no fuese para responder a una pregunta, y los prolongados silencios no la turbaban jamás, como les ocurre a las mujeres del

Occidente. Permanecía sentada, observando y escuchando, o sumiéndose en un mundo de meditaciones, inasequible a la comprensión de los demás, indiferente, llena de tedio y, no obstante, más completa que ninguna de las personas que se hallasen en la estancia. Había momentos en que la mirada fija de sus ojos negros se hacía desconcertante, como si su mera presencia tuviera el poder de paralizar la conversación y hasta los contactos humanos que se realizaban a su alrededor, haciéndolos parecer triviales e idiotas.

Esta noche, al darse cuenta de que Ransome la estaba contemplando atentamente, le miró un instante por debajo de sus largas pestañas, inclinó la cabeza con un arrogante gesto de reconocimiento y, sentándose en un diván, extrajo de una cajita de jade un pan de hojas de limero y de betel, cuidadosamente enrollado, y se puso a masticar. La afición de la inmensa mayoría de las mujeres indias al pan les daba a los ojos de Ransome cierto aire de rumiantes; pero el caso de la señora Bannerjee era totalmente diferente. Mientras la contemplaba, volvió a experimentar la antigua excitación que le caldeaba la sangre y le sofocaba un poco. Pensó: «Me odia porque no soy indio».

Luego vio a los Heston, que cruzaban el salón, entre los brillantes trajes de los invitados. Su señoría, ahogándose en el interior de su frac, con los ojos legañosos, congestionado, parecía un toro irritado. A su lado, su esposa parecía increíblemente frágil y pálida. Ransome la veía ahora, realmente, por primera vez después de casi quince años. Como la maharaní, vestía toda de blanco; pero, en lugar de esmeraldas, sobre el albo fondo de su vestido, se destacaba un conjunto de diamantes, esmeraldas y rubíes, casi tan espléndidos como las joyas de la reina india.

Sobre el fondo intensamente azul de la pared, bajo el crudo resplandor de las luces de la araña de cristal, lady Heston era toda blancura y oro pálido, tan bella como la señora Bannerjee, pero, al mismo tiempo, tan distinta como fuera posible serlo. Las mujeres indias dejaban traslucir, de cuando en cuando, sombríos relámpagos de un fuego ardiente y contenido bajo una capa de hielo; pero en Edwina Heston se adivinaba inmediatamente que, si alguna vez había existido algún fuego, este se extinguió ya para siempre. Era su tedio lo que instantáneamente saltaba a la vista, una cierta e inerte incapacidad de reacción ante nada ni nadie, como si hubiese experimentado demasiadas cosas en la vida para que nada, salvo quizá las joyas y los vestidos, tuviese ya la facultad de conmoverla. Cuando sonrió a la maharaní lo hizo con una sonrisa cansada y llena de tristeza, aunque en ella no había nada de compasión por sí misma. Fue una sonrisa tan vieja como el tiempo.

—Su alteza ha sido muy amable con nosotros —dijo—. De otro modo, no sé cómo nos hubiéramos arreglado.

Su voz sonaba curiosamente débil e inexpresiva. La maharaní se echó a reír, con una risa franca y abierta.

—No es nada. Es para nosotros un placer hacer cuanto esté a nuestro alcance para atender debidamente a los amigos del virrey.

Había fuego en sus ojos y vitalidad en su voz, y Ransome pensó: «Le dobla la edad a Edwina, pero es más joven que ella».

Incluso cuando hablaba, Edwina parecía hacerlo de una manera automática, con una gracia y una cortesía perfectas, y hasta con un encanto que resultaba un poco gastado por el uso que contaba ya muchos siglos de existencia. Había momentos en que su hastío se convertía casi en un insulto.

Luego se volvió y vio a Ransome. Se le quedó mirando unos instantes con expresión indiferente, pero después fue despertándose su interés lentamente, al darse cuenta de que aquel rostro surgía de las profundidades de su pasado y que en otros tiempos le había sido extraordinariamente familiar. Por unos momentos pareció incluso volver a la vida.

—¿De manera que eres tú, Tom? —exclamó, al fin—. Alguien me habló en una ocasión de una persona llamada Ransome que vivía en Ranchipur, pero jamás se me ocurrió pensar que pudiera tratarse de ti.

—Estaba preguntándome si me reconocerías.

—Hace ya mucho tiempo..., siete u ocho años, ¿verdad?

—Muchos más de diez.

—Y ahora nos hemos convertido en personas de edad madura —comentó ella, riendo.

—No del todo, pero casi.

Por unos momentos Edwina pareció animarse, como si la repentina vista de alguien que había pertenecido a su antiguo mundo hubiese acelerado los latidos de su corazón. Aquel fue un mundo reducido e íntimo, alegre, frenético y en ocasiones desesperanzado; pero, al menos, reducido y cordial, sin estas hordas de gentes extrañas, importantes y fastidiosas, a quienes había estado viendo desde que se casó con Heston, día tras día, durante unos momentos, para no volver a verlas nunca más.

—¿Qué estás haciendo aquí en Ranchipur?

Ransome titubeó un instante. Nadie le había planteado hasta ahora semejante pregunta y le era difícil dar una rápida respuesta. Al fin, contestó:

—Nada de particular. Pinto un poco, bebo un poco y me entremeto en todo un poco.

—No parece muy excitante.

—No lo es.

—Tengo que presentarte a Albert.

—Nos hemos visto una o dos veces hace ya mucho tiempo, cuando yo creía que iba a convertirme en un gran hombre de negocios. Lo más probable es que no se acuerde de mí.

En efecto, lord Heston no se acordaba de él, pero no tenía nada de particular, ya que lord Heston tenía por costumbre recordar solo a las personas a quienes pudiese utilizar o de las cuales pudiese obtener alguna ganancia: un reducido grupo, que cada año se hacía aún más pequeño, hasta componerse en la actualidad de un puñado de banqueros, la familia real, un grupo bastante numeroso de políticos sin escrúpulos y dos o tres hombres más poderosos que él mismo, a los cuales respetaba mucho porque habían amasado fortunas más grandes que la suya. Lord Heston no se tomaba ni siquiera la molestia de mostrarse cortés con ninguna persona que no figurase en este reducido grupo. Si alguien no formaba parte del mismo, se daba perfecta cuenta de que le dedicaba de mala gana y molesto incluso el tiempo indispensable para decir: «¿Cómo está usted?».

Llegó después el general, seguido demasiado de cerca para su dignidad y sosiego por el señor y la señora Jobnekar, los *intocables*, que ofrecían cierta semejanza con un par de ratones de ojos brillantes. El general ya conocía a lord Heston, y a ninguno de los dos le importaba un bledo, puesto que ninguno esperaba del otro nada que satisficiera su vanidad y egoísmo.

«Son absurdos los dos —pensó Ransome—. Pero uno de ellos es malo y peligroso. El general es un poco como el gran Auk. El Imperio ya está formado y no le necesitan; ahora se lo están dejando a Heston para que lo destruya».



## XXV

El «pequeño» comedor blanco adonde fueron conducidos los invitados era una inmensa pieza, con grandes ventanas rematadas en forma de arco y protegidas, como las ventanas de la sala azul, por redes, en las cuales se enredaba de cuando en cuando alguno de los enormes murciélagos, que se debatía y chillaba hasta que llegaba a librarle uno de los criados. Las ventanas de uno de los lados daban a uno de los patios, de donde el rumor producido por el agua ascendía entre las palmeras de betel. Desde las otras ventanas se divisaba una amplia perspectiva del parque, el distante y enorme depósito y la plaza, flanqueada a un lado por el cine y al otro por el siniestro y viejo palacio. La lluvia había cesado hacía un rato, y las luces de la plaza se reflejaban en las aguas del depósito.

La cena se componía de platos indios, por deseo expreso de Heston; una cena típica de Ranchipur, con sus famosos cámbaros sazonados con cari, guayabas azucaradas y corazones de palmera. A lo lejos, en una de las terrazas de otra ala del palacio, había una orquesta, que fue organizada por la propia maharaní, a despecho de la tradición, que solo permitía que los músicos tocasen en grupos de dos o tres. Se componía la orquesta de treinta músicos, que tocaban laúdes y tambores, flautas y violines indios, y hasta vasijas de esteatita, que se afinaban variando el nivel del agua en ellas contenida, a cuyos instrumentos venía a añadirse el dulce melodión, traído a la India, muchos años atrás, por los misioneros para acompañar el canto de los himnos y que había terminado por convertirse, hacía ya muchísimo tiempo, en el instrumento tradicional indio para acompañar a las danzarinas y para tocar himnos en honor de Siva y de Krishna. La música llegaba debilitada y lejana al blanco comedor de mármol a través de los innumerables torreones que adornaban los tejados de Palacio.

A Ransome le colocaron entre la señora Bannerjee y la señora Tobnekar, diagonalmente enfrente de Edwina Heston y del viejo maharajá. La proximidad de la señora Bannerjee le excitó ligeramente, pero no tuvo con ella más éxito que en ocasiones anteriores. La bella india comía en silencio, con elegancia y cierta avidez, no prestando la menor atención a los demás comensales, hundiendo sus bellísimas manos ya en el arroz, ya en la salsa de cámbaros sazonados con cari, ya en un plato dulce hecho con coco. La señora Jobnekar se mostraba amable y parlanchina; pero, con la señora Bannerjee a un lado y Edwina enfrente, la atención de Ransome se distraía continuamente, de tal modo que, algunas veces, cuando la señora Jobnekar le dirigía una pregunta, tenía que realizar un poderoso esfuerzo para dar una respuesta coherente. Mediada la cena, Ransome se dio cuenta de que Edwina le observaba de cuando en cuando a hurtadillas, especulativamente, y cuando él miraba en su dirección, ella se volvía en seguida hacia el maharajá.

Rememorando el lejano pasado, Ransome la veía tal como era cuando fue él a aquella granja de Sussex. Tenía entonces Edwina la misma belleza de porcelana blanca y oro, pero estaba llena de vida, de una vida frenética e histérica, como si pensase que no había tiempo suficiente para abarcar toda la excitación, las aventuras y el amor que la vida ofrecía. Y volvió a pensar: «Es exactamente como me imaginaba que sería algún día». Aquella era su tragedia, la de los dos. Habían quemado el cirio por los dos extremos durante demasiado tiempo, y ahora, cuando la juventud huía de ellos, ya no quedaba nada por arder.

Se habían sentido demasiado ávidos de experiencia, demasiado insensibles, y, al mismo tiempo (singular combinación), desilusionados y necios. No había habido la menor huella de romanticismo en nada de lo que hicieron, y Ransome comprendía ahora, cuando era demasiado tarde, que ninguno de los dos había sabido nunca lo que era el amor, porque sin romanticismo, sin sentimiento, no podía existir el amor, sino solamente curiosidad y deseo sensual, demasiado prontamente satisfechos. Para amar, para hacer perdurable el amor, tenía uno que sentirse un poco embriagado por una especie de droga, por algo que, tal vez, no tuviese existencia en la realidad. Y bien por predisposición natural, bien por un acto de fría deliberación, acogerse a la droga, hipnotizándose, de modo que, en una noche como esta, pudiera excitarse y animarse con esta música bárbara y salvaje sonando en la lejanía, entre el murmullo del agua cayendo en medio de las palmeras de betel y los chillidos de los murciélagos que se enredaban en las mallas de las ventanas. «Ni Edwina ni yo hemos tenido suerte — pensó con amargura—. Todo el romanticismo, todo el sentimiento que pudiera haber existido en nosotros, quedaron truncados en flor».

Nunca había pensado en ello, pero ahora se veía a sí mismo desde una gran distancia, tal y como había regresado de la guerra, amargado, desdichado, ávido de mujeres y de placeres y de experiencias, como si quisiera recuperar todo lo perdido en los tres mejores y más románticos años de su existencia. Nadie podía devolverle aquello, nadie podía censurarle tampoco por tratar de recuperar lo que era suyo, por arrebatar el placer y la experiencia dondequiera que los hallase, bajo cualquier forma, con aquel antiguo histerismo siempre dentro de él, con aquella sensación de que la vida era demasiado breve y acaso solo quedasen unas horas para vivir. Los viejos no habían sabido nunca lo que era aquello, y los jóvenes no lo sabrían nunca. Pero él, sí, y Edwina, también. Las heridas que había recibido en el muslo y en la espalda no eran nada. La carne crecía de nuevo; pero el espíritu era distinto. Hacía mucho tiempo que leyó en algún libro algo que ahora le venía a la memoria:

*«Dans la damnation le feu est la moindre chose; le supplice propre au damné est le progrès infini dans le vice et dans le crime, l'âme s'endurcissant, se dépravant toujours, s'enfonçant nécessairement dans le mal de minute en*

*minute en progression géométrique vers l'éternité».*

Eso era... Aquel era su propio caso y el de Edwina. De repente oyó la voz de Heston, que se elevaba por encima del murmullo de las conversaciones y de los sonos de la distante música, incluso por encima de la amable conversación de la pequeña señora Jobnekar, a la que escuchaba solamente a medias. Heston se dirigía a la maharaní con voz estentórea, y Ransome pensó que tal vez esta le hubiese estado pinchando, como antes había pinchado al general.

—¡Es un verdadero ultraje! —bramó Heston.

Y Ransome, viendo centellear los negros ojos de la anciana, pensó: «Es inútil que trate de intimidarla». Los métodos que Heston utilizaba en Occidente no servirían de nada aquí, como no fuese para divertir a su alteza.

El rostro de Heston parecía estar hinchado, y Ransome pensó: «Está enfermo. Le ocurre algo. Nadie que no estuviese enfermo gritaría de ese modo». En sus saltones ojos azules había una expresión mortecina, como si los cubriese un velo. Y Ransome se preguntó si Heston le haría escenas como esta a Edwina.

La cena concluyó luego rápidamente, y la maharaní, luciendo su vestido blanco y sus esmeraldas, salió del comedor seguida de sus invitados, arrastrando tras sí la larga cola de su sari márata, entre los diminutos pies cubiertos de esmeraldas procedentes de todas las partes del mundo.

## XXVI

En el salón de paredes azules había empezado ya la fiesta. Sentada en un pequeño estrado, dando la espalda a una de las enormes ventanas rematadas por un arco, estaba Lakshmi Bai, una de las grandes cantoras de la India. Hallábase sentada con las piernas cruzadas, vistiendo un sari azul y plata. No era ni hermosa ni fea, y tampoco era joven, pero ni su edad ni su aspecto tenían la menor importancia para la representación. No era una mujer la que uno contemplaba y escuchaba, sino una obra de arte, en la que todos los detalles, por insignificantes que pareciesen, contribuían a la impresión de conjunto: los labios escarlata, las uñas pintadas de laca, los enojados pies asomando tímidamente bajo el sari azul y plata, el estilo exquisito de que se servían sus bellas manos, más delicadas y sensibles que las de cualquier europea, para pulsar las cuerdas del laúd. Fueron las manos las que cautivaron a Ransome, e incluso Edwina, sentada ahora a su lado, se interesó, por primera vez, según le pareció a él, por algo, por una creación que se asemejaba mucho a ella misma y que poseía la misma perfección semidecadente.

De todos los invitados, solamente ellos guardaban silencio, observando y escuchando, ya que los indios consideraban la música como un simple fondo para su conversación y hablaban animadamente entre sí, y el general y Heston no tenían el menor interés por aquellas cosas. Sentado junto a Edwina, Ransome se daba cuenta cabal de su perfección, de sus modales y equilibrio exquisitos, de su vestido, sus joyas, sus cabellos, de la gracia de sus ademanes y de la forma en que se sentaba, ligeramente echada hacia atrás, escuchando y observando. Le pareció como si de pronto hubiera descubierto la esencia misma de la existencia. Pensó: «Es el último ejemplar de algo que muy pronto habrá desaparecido enteramente del mundo, porque ya no hay ni sitio ni tiempo para ello». A diferencia de Heston, ella no era una especie de excrecencia fangosa, nacida de la noche a la mañana de la confusa ordure de su época; ella, el producto de centenares de años de ocio, de privilegios y de responsabilidades adquiridos y conservados generación tras generación. Ahora, la civilización y la época a las cuales pertenecía estaban a punto de extinguirse, y ya no quedaba lugar para ella —como tampoco lo quedaba para él—, y ambos habían sido alcanzados por la decadencia de algo que era demasiado viejo, algo que no consiguió salvarle ni siquiera su abuela, allá en la casta casa de los torreones, en Grand River. Ransome sabía que ambos estaban podridos hasta la medula, y de repente se le ocurrió la idea de que eran Heston y sus crudelísimos dioses quienes los estaban destruyendo.

No tardó Lakshmi Bai en concluir su canción, y cuando ella salió del salón, entró una pequeña orquesta cuyos miembros se sentaron frente al estrado, en donde en seguida aparecieron dos danzarinas. Lo mismo que la cantora, tampoco ellas eran

jóvenes, y una era decididamente vieja. Eran madre e hija, venidas muchos años antes de los templos de Tanjore para entrar al servicio del viejo maharajá; pero ni su edad ni su gordura tenían nada que ver con la belleza de su danza. Si hubiesen sido jóvenes y hermosas, pensó Ransome, su belleza habría distraído al espectador, que acaso hubiera estado más pendiente de sus cuerpos que de las arcaicas y milenarias figuras, refinadas ahora hasta un extremo decadente, que trazaban sus cuerpos en la danza. Tampoco esta vez prestó nadie atención a la representación, con excepción de Ransome y Edwina, y cuando, al cabo de un rato, las dos danzarinas, primero una y luego otra, se dieron cuenta del interés con que las contemplaban aquellos dos personajes, pusieron cierto fuego en la representación. En danzas mímicas representaron las leyendas de Krishna y el Gopis, y la historia de Rama y Sita; pero ya no había ningún realismo en sus figuras porque cada uno de los incidentes, cada una de las acciones, se había convertido desde hacía millares de años en un mero sistema esquemático, en una filigrana exquisita en sí misma, pero sin relación con nada. Era arte puro, más allá del cual no había sino decadencia, destrucción y un nuevo comenzar.

Cuando terminaron y hubieron desaparecido junto con la pequeña orquesta, Edwina permaneció unos momentos reclinada contra el respaldo de su asiento, con los ojos cerrados, hasta que Ransome preguntó:

—¿Cuándo os marcháis?

—A finales de semana. Embarcaremos en Bombay, en el Victoria.

—Es una lástima que tengamos que separarnos tan pronto después de este inesperado encuentro.

Edwina dejó escapar una risa ahogada que era, al mismo tiempo, un suspiro, y dijo:

—Bueno, el mundo es así hoy día.

Le habló de su visita a la India, de su venida a Ranchipur en pos de los corceles de Kathiawar, del calor, del polvo, del terrible fastidio de las largas cenas oficiales.

No comprendo cómo te las arreglas para salir incólume de todo eso —comentó Ransome—, con el mismo aspecto que si acabaras de salir de tu casa de Londres, en plena temporada. Nuevamente se echó a reír Edwina:

—Es muy sencillo. Simple cuestión de dinero. Me acompañan dos doncellas, y una de ellas es una excelente peluquera. Todo es distinto de aquellos viejos tiempos en que yo misma tenía que arreglarme el cabello y no podía permitirme el lujo de ir a la peluquería más que una vez cada tres semanas.

—Pues estabas tan bien como ahora.

—Era más joven. Entonces la cosa tenía menos importancia.

—Tampoco la tiene ahora.

Edwina le lanzó una ladina mirada y se echó a reír:

—De todos modos, me gusta más así. Soy dada al lujo por naturaleza. Me agradan todas las cosas que proporciona el dinero.

Ransome hubiera deseado preguntar: «¿Todas las cosas?»; pero le faltó valor. No habían recuperado todavía lo suficiente del terreno perdido para arriesgar una pregunta tan íntima. De todas formas, sabía que Edwina le estaba hablando como no habría hablado a ninguna otra de las personas presentes en el salón. Después de todo, había entre ellos una especie de lazo de unión, un extraño sentimiento de pertenecer a un mundo pequeño y moribundo, que defenderían juntos hasta el final, aun cuando no hubiese otro final que la derrota y la decadencia. Ninguna de las personas que se hallaban en el salón podía comprender de qué se trataba. Y, poco a poco, la excitación fue apoderándose de Ransome. Le excitaba el verla otra vez, el tener a su lado alguien a quien no era necesario explicar, analizar, justificar; alguien que comprendía exactamente lo desesperado, lo inútil y lo podrido que uno se sentía.

—Tienes que ir una tarde a mi casa a tomar el té —dijo Ransome—. Vivo en una vieja y húmeda casa de estilo georgiano, llena de mis pinturas y en completo desorden, pero probablemente te divertirá.

—¿Por qué te quedas aquí durante la época del monzón?

—No lo sé —contestó Ransome, sonriendo—. Lo mismo me da estar aquí que en otra parte.

—Procuraré ir, pero tendré que buscar un momento de respiro. Nos han preparado tantas cosas...

Diciendo esto, le contemplaba con mirada calculadora, como preguntándose: «¿Valdría la pena volver a empezar? ¿Podríamos recuperar lo que hemos perdido?».

Ransome no le había dicho a Edwina que fuese acompañada de su marido, porque no quería ver a Heston allí, impaciente y aburrido, destruyendo con su presencia el sentimiento de simpatía que los unía.

—¿Te parece bien el jueves? —propuso él.

—Bueno, el jueves —aceptó Edwina, encendiendo un cigarrillo—. Oye, ¿estás invitado a la cena del señor Bannerjee?

—¿Pasado mañana?

—Sí.

Con un sentimiento de satisfacción, Ransome observó que parecía muy complacida.

—¿Cómo es el señor Bannerjee? —preguntó ella—. Quiero decir por dentro. Por fuera ya lo veo: un hombrecillo bastante nervioso, que parece un chino.

—Sería necesario todo un libro para describirle, una especie de libro simbólico. Es el indio perdido entre Oriente y Occidente.

Edwina permaneció callada unos instantes y luego preguntó:

—¿Quién es aquel hombre? Aquel que parece un Apolo de cobre claro.

Sin necesidad de mirar hacia donde ella indicaba comprendió Ransome a quién se refería, porque la descripción había sido muy inspirada. Se trataba del mayor Safka, que estaba conversando con la maharaní, de acuerdo con órdenes recibidas, según sabía Ransome, para evitar que la soberana se aburriese.

Ransome se puso a explicar quién era el cirujano a Edwina, que le escuchaba distraída, casi como si fuese la señora Bannerjee, sin apartar la mirada del mayor. Estaba elogiando las cualidades del mayor, cuando Ransome se dio cuenta de que lo que estaba contando no retenía en absoluto el interés de Edwina. Comprendió que no eran las virtudes del mayor lo que le interesaba. En sus ojos azules había una expresión fija, como si estuviese especulando, sopesando al apuesto, bien parecido y joven doctor brahmán. Y Ransome se sintió de súbito irritado y celoso, porque percibió que ella se había alejado un poco de él. «No creía que fuese tan perversa», pensó.

—Tiene un aspecto muy romántico —comentó Edwina.

—Pues no lo es. Es cirujano y hombre de ciencia. Difícilmente habrá nadie que tenga su sangre fría —y luego, brutalmente, añadió—: Para él, el amor es solo cópula, algo digno de ser estudiado con frialdad científica.

Casi inmediatamente comprendió que acababa de decir precisamente lo contrario de lo que debiera haber dicho para matar su interés por el mayor, y exclamó para sus adentros: «¡Ramera!».

No llegó a oír la respuesta de Edwina, porque sus palabras quedaron ahogadas por el súbito fragor de una lluvia torrencial. Parecía como si una gigantesca catarata se hubiese abatido sobre el palacio. Las lluvias se habían reanudado.

Edwina se echó a reír y elevó la voz por encima del clamoroso rumor del aguacero:

—Esto no se parece mucho a la buena y vieja llovizna de Inglaterra. ¿No habría otra habitación adonde pudiéramos ir? Me molesta seguir aquí, hablando a gritos, mientras los demás escuchan.

—Podríamos dar un vistazo a algunas de las otras estancias. Tal vez te divierta eso un poco. Su alteza no tendrá inconveniente. Voy a solicitar su permiso.

La maharaní estaba hablando con el dewan acerca de una nueva ala que había que construir en el Instituto femenino, y, cuando Ransome se acercó y solicitó su permiso para acompañar a lady Heston a ver las habitaciones de la planta baja, la soberana soltó una risita y dijo:

—Naturalmente; vayan ustedes a donde quieran.

Y, en el momento en que Ransome se volvía para marcharse, la soberana le deseó:

—Buena suerte...

Y reanudó su conversación con el dewan.

Las últimas palabras de la maharaní dejaron a Ransome confuso y un tanto

corrido. Era como si hubiese dicho: «Conozco muy bien a las inglesas de esa clase: sensuales, decadentes, insensibles y promiscuas». Aquellas palabras le molestaron como un insulto inferido a Edwina, pero luego pensó que la anciana tenía razón, y que sería muy agradable que ocurriese lo que la maharaní había insinuado: que no solo sería agradable, sino que ya era una necesidad, algo que tenía que ocurrir.

Así, pues, le dijo al ayudante de campo que conocía el camino y que no era necesario que los acompañase.



## XXVII

Fueron de una a otra de las desiertas estancias de la planta baja, llegaron al gran salón de Durbar, todo decorado con panes de oro y madera de sándalo, pasaron por los patios inundados por el fuerte aguacero, y, finalmente, alcanzaron las habitaciones más pequeñas, en donde se mezclaban los objetos preciosos con los monstruosos. Al principio, Ransome se sentía nervioso y excitado, como si, en vez de un hombre experimentado y ahíto, fuese de nuevo un adolescente, acuciado por primera vez por el deseo, tímido e ignorante. No tardaron en hablar cada vez menos de las cosas que los rodeaban, como si la conversación fuese demasiado artificial y el elevar la voz por encima del fragor de la lluvia, en medio del bochornoso calor, un esfuerzo demasiado grande. Así, pues, al cabo de un rato, avanzaban en medio de un silencio solo interrumpido por las explicaciones —distráidas y carentes de interés o de convicción— que daba Ransome acerca de algún objeto precioso especialmente digno de atención o de alguna monstruosidad increíble. Finalmente, llegaron a una pequeña habitación situada en el extremo más alejado de un ala del palacio, exactamente debajo de la pieza en donde, momentos antes, había estado tocando la orquesta de la maharaní.

—Vamos a sentarnos aquí un momento para fumar un cigarrillo —propuso Edwina—. Este calor me agota.

Se sentaron en un diván, y, después de encender sendos cigarrillos, los dos se quedaron callados, hasta que, por último, el silencio se hizo insoportable, y Ransome preguntó:

—¿Estás pensando en lo mismo que yo?

Edwina se echó a reír:

—¡Pues claro que sí, so tonto!

Por primera vez desde hacía muchos años Ransome sintióse presa de un sentimiento romántico.

—Estás muy hermosa, mucho más hermosa que entonces —dijo.

—Ha llovido mucho desde los tiempos de la granja de Tipton. Desde entonces los dos hemos recorrido un largo camino.

—Mira, parece que el destino hubiese querido que nos volviésemos a encontrar de esta manera, en el palacio de un maharajá, en una noche como esta, con la música, las danzarinas, la lluvia... Es como si hubiese resucitado.

Edwina se echó a reír de nuevo.

—Todo esto resulta muy a lo Elinor Glyn —comentó.

—No digas eso.

—No falta ni la piel de tigre —observó ella, tocando con la punta del pie la piel extendida en el suelo.

—Eres una mujer depravada y perversa. Por lo demás, la piel no es de tigre sino de pantera.

Pero la excitación iba creciendo inconteniblemente en su interior.

Edwina volvió a reír.

—En medio del monzón..., en medio del calor y de la lluvia. Todo esto es muy provocativo y salvaje —comentó.

Ransome se levantó, cerró la puerta adosando un cofre contra ella y apagó la luz. Luego avanzó hacia Edwina en medio de la oscuridad.

—Espera —dijo ella—. No tengas tanta prisa. Todavía no he terminado el cigarrillo.

## XXVIII

Arriba, en una de las habitaciones más pequeñas del primer piso, Heston estaba tratando de cerrar un trato con el viejo maharajá para la adquisición de un semental y tres yeguas de Kathiawar, pero las negociaciones no iban por buen camino.

La pasión de lord Heston por los caballos había empezado cuando, siendo todavía niño, no dejaba de acudir a una sola carrera del Grand National. Se perdía entre la multitud, observando la llegada de los ricos, los poderosos y los elegantes. Cuando tenía un día libre, recorría millas y millas en bicicleta simplemente para ver desde lejos las coloreadas chaquetas volando por encima de un seto. Más tarde, joven ya, vendiendo cuchillería y géneros de algodón en el Extremo Oriente, se sentía siempre impulsado por la certidumbre de que un día llegaría a ser dueño de una cuadra de caballos, porque los caballos constituían una especie de etiqueta, una etiqueta que ningún Simpson había llevado desde que existía la raza de los Simpson. Llegaría día en que tendría una buena cuadra de caballos de carreras, media docena de cazadores y por esposa la mujer más bella y elegante de toda Inglaterra. Mas, para poseer todas estas cosas, era preciso amasar una gran fortuna.

Y ahora ya tenía lo que tanto había anhelado: sus caballos y una esposa que no tenía rival en todo el Imperio británico por su posición social, sus cualidades deportivas y su elegancia. Había recorrido un largo camino este Albert Simpson de Liverpool. Había comprado sus caballos de caza, sus caballos de carreras, su esposa y su título, y ahora se proponía comprar los cuatro corceles de Kathiawar más hermosos del mundo.

Pero no parecía que el viejo maharajá comprendiese muy bien aquel chalaneo, al menos no comprendía los métodos que lord Heston había aprendido vendiendo cuchillos a los mercaderes chinos en los estados malayos. El maharajá accedía a venderle tres yeguas y un semental de la raza de Kathiawar, pero no los que había escogido el gran lord después de haber efectuado tres o cuatro visitas a las caballerizas reales. Era buen conocedor y había elegido el semental más hermoso y las tres mejores yeguas que existían en el mundo. Y ahora estaba irritado porque no conseguía salirse con la suya, y contrariado y furioso porque, por una vez, deseaba algo que no podía adquirir por el sencillo expediente de ofrecer más dinero. Y, mientras hablaba con el maharajá, su irritación iba en aumento, estimulada por un descubrimiento tras otro.

Siempre le había parecido humillante encontrar alguien que fuese más rico que él, y doblemente humillante si se veía en la necesidad de entrar en tratos con esa persona. Sabía muy bien que el cortés anciano que estaba sentado enfrente podía comprarle a él con todas sus propiedades —su yute, su caucho, sus municiones, sus periódicos y sus líneas navieras—, pagando al contado y quedándole todavía una

inmensa fortuna. Era también muy molesto que la fortuna del anciano maharajá existiese bajo una forma concreta y tangible, en la realidad, y no en forma de créditos y papeles vinculados a un complejo y enrevesado sistema que ni el mismo Heston comprendía a veces. Su propia fortuna podía aumentar en un millón de libras en un solo día y disminuir en la misma cantidad al siguiente, sin medida ni razón. Pero al anciano que estaba sentado enfrente de él no le inquietaban las depresiones, los desastres ni los errores financieros, porque se hallaba completamente al margen de aquella gigantesca, torpe y falible estructura que Occidente había bautizado con la expresión de «el mundo de los grandes negocios». Era como tratar con un viejo y correoso campesino que poseía su tierra y tenía un calcetín lleno de dinero debajo del colchón. El maharajá, como el campesino, iba derecho al grano, y Heston se sentía inseguro y desconcertado. Era hombre incapaz de aceptar graciosamente una situación de inferioridad, y, además, se sentía enfermo.

Su alteza no daba puñetazos en la mesa ni gritaba. No se enfadaba ni decía que sus caballos valiesen cuatro veces más de lo que realmente valían. No perdía la compostura. Se mostraba suave, sonriente y digno. Ni siquiera hablaba de cuánto valían sus caballos, porque para él no tenían precio.

—No puedo venderle el semental y las yeguas —dijo—, porque los tengo en gran estima. Los he criado yo mismo. Si se los vendiese a usted, perdería el producto de cincuenta años de afanes y de cuidadosa selección. Son los caballos de Kathiawar más hermosos del mundo y tal vez los más hermosos ejemplares de todas las razas. Para mí lo son, y también lo son para mi amigo Mohammed Begg, que dirige mis caballerizas desde hace treinta años. Si me desprendiese de ellos, le partiría el corazón. Y, aparte de cualquier otra consideración, me repugna hacer eso.

Heston aplastó la punta de su cigarro con un malhumorado gesto que equivalía a decir: «¡Al diablo su amigo Mohammed Begg! ¡Al diablo todos ustedes!». En voz alta, dijo:

—Le pagaré lo que pida. Le construiré una escuela o toda una red ferroviaria. Alimentaré a todos los pobres que se estén muriendo de hambre.

—El caso es que no tenemos pobres que se estén muriendo de hambre.

—Le pagaré todo lo que pida.

Parecía como si su pasión por los caballos se hubiese centrado lentamente en el magnífico semental, Asoka, y en las tres yeguas, como si no pudiese vivir sin ellos.

—No es cuestión de dinero. Usted, lord Heston, que posee una caballeriza, debería comprenderlo.

—No quiero llevarme a Inglaterra una reata de caballos de segunda fila.

El maharajá no perdió la calma.

—En mis caballerizas no hay ningún animal de segunda fila. No debe preocuparse por eso. Si se lleva a Inglaterra los caballos que estoy dispuesto a

venderle, puede estar seguro de que son tan buenos como los mejores que haya allí.

Heston estuvo a punto de responder irritadamente, pero luego lo pensó mejor y no lo hizo, porque con este anciano se sentía singularmente inseguro del terreno que pisaba. Su astucia le decía que el maharajá, por el contrario, sí estaba seguro del suyo, y, poco a poco, fue adueñándose de su ánimo la impresión de que el anciano conocía todo lo referente a él, todo lo que había por conocer, más tal vez de lo que Edwina sabía o de lo que sabía él mismo, cosas que lord Heston hubiera preferido que permaneciesen totalmente ignoradas.

—Por lo visto, tendré que contentarme con las yeguas y el semental que su alteza ha decidido venderme, y darme por satisfecho.

—Estoy completamente seguro de que se sentirá satisfecho de ellos. Encontrará en esos animales unas criaturas espléndidas y hermosísimas, inteligentes y capaces de soportar todas las pruebas. Sería interesante cruzarlos con algunos de sus mejores caballos de carreras. Indíqueme cuándo y cómo desea que se los embarque y Mohammed se ocupará de ello. Lo único que le ruego es que no lo haga ahora, con este calor, pues las pobres bestias sufrirían mucho.

—Entonces, ¿no hay más que hablar sobre el asunto?

—No, y lo lamento. Me hubiera agradado poder complacerle, pero no hubiera podido cederle Asoka sin partirle el corazón a Mohammed —y entonces, muy dulcemente, añadió—: Permítame ofrecerle el otro semental y las otras tres yeguas como un obsequio. Sería para mí un verdadero placer.

La sangre afluyó a las mejillas de Heston, que experimentó el salvaje y frenético deseo de gritar: «¡Quédese con sus caballos y vayase al diablo! ¡Yo no acepto regalos de un maldito indio!». No estaba seguro de si el maharajá había hablado impulsado por una sincera generosidad o de si su ofrecimiento envolvía un insulto, el gesto condescendiente de un rey para con un mercader. Su ira, confusa e impotente, había sido provocada no solo por la suavidad del viejo maharajá, sino también por el recuerdo de un hombre fallecido hacía muchos años. El padre de Edwina, arruinado por una bancarrota, le había tratado siempre de la misma manera cortés y condescendiente, y algunas veces, la misma Edwina le trataba de este modo, Edwina, que todo se lo debía a él, cuyas deudas había pagado al casarse con ella.

—Muchas gracias —respondió—, pero no puedo aceptar ese ofrecimiento. Su alteza ya ha sido demasiado amable conmigo.

—Como usted guste —dijo el maharajá suavemente—. Pero le he hecho el ofrecimiento de todo corazón.

Y Heston comprendió en el acto, por la actitud y el tono del maharajá, que, al rehusar, se había conducido como un patán. De manera misteriosa, aquel coloquio le había situado en la posición de un pequeño comerciante o de un prestamista para quienes todas las cosas de la vida se valoran en función de chelines y peniques. Y se

vio a sí mismo como un chiquillo torpe y presuntuoso.

## XXIX

Heston no tuvo mayor éxito en su otra misión.

El dewan era un hombre inmensamente viejo, con una lengua y hermosa barba blanca, que iba vestido siempre de blanco y parecía un fabuloso patriarca del Antiguo Testamento. Nadie sabía con exactitud la edad que tenía, pero había sido personaje importante y poderoso en la esfera de la política india durante cincuenta años, y todavía conservaba un cuerpo vigoroso y una mente astuta. De aquellos cincuenta años, veinticuatro había sido primer ministro del maharajá de Ranchipur, es decir, desde que la maharaní había hecho dimitir al dewan brahmán provocando un tremendo escándalo, y durante tan dilatado período de tiempo ayudó al soberano a construir, a reformar y a llevar paz, orden y prosperidad a su pueblo. El viejo maharajá realizaba las cosas con sencillez, directamente, y el dewan, de manera maquiavélica. Considerando que el fin justifica los medios, conseguía por la intriga y la astucia lo que a veces no alcanzaba el maharajá con su sencillez. En su orgullo de indio, deseaba alcanzar los mismos excelentes fines que se proponía su soberano, pero carecía de la fe dé este en la bondad de los hombres y encontraba un malicioso deleite en la intriga por la intriga misma. Y así, durante cincuenta años, mientras realizaba grandes cosas, no dejó de divertirse de lo lindo.

En cuestiones de fe era un hindú devoto, no lo que podría haberse dicho un hindú ortodoxo, sino purista, en cuanto que iba a buscar las fuentes de su fe en los orígenes mismos de su religión, cuando esta había sido sencilla, fuerte y buena, libre de supersticiones y derrotismo, así como de los innumerables dioses que iban desde Visnú hasta el símbolo fálico conservado en capillitas de barro en las encrucijadas de las carreteras. No comía carne y llevaba una vida muy sencilla, dividiendo el día, como los griegos, en períodos de actividad y reposo, de ejercicio intelectual y físico. Se le había visto levantarse en medio de una conferencia política y marcharse porque todo el mundo había ya hablado demasiado y había llegado para él la hora dedicada al aislamiento y la meditación. Así había podido llegar a su fantástica edad conservándose todavía fuerte y lleno de vivacidad e inteligencia.

Para él, Heston fue como un juguete. Tan pronto como el inglés mencionó las fábricas de Bombay comprendió qué era lo que buscaba. Pero hizo como si no entendiese de qué se trataba, obligando a Heston a dejar de lado toda delicadeza y mostrar crudamente su juego. El viejo dewan conocía a fondo la cuestión de aquellas fábricas, conocía el asunto mejor incluso que Heston, pese a todas las investigaciones de este; pero simuló no conocer absolutamente nada y se mostró profundamente asombrado cuando se enteró de que la competencia japonesa estaba invadiendo el mercado indio. Obligó a Heston a decir claramente que le agradecería que el dewan utilizase su influencia sobre los khojas y los parsis de Bombay para que se mostrasen

razonables en sus pretensiones.

El anciano patriarca le escuchaba sosegadamente, con una dulce sonrisa en los labios, mientras Heston explicaba que si lograba adquirir las fábricas e introducir en ellas los más modernos métodos de organización y funcionamiento, proporcionaría saneados beneficios. Eso significaría trabajo para millares de obreros indios que se están muriendo de hambre —decía Heston—. Pero no puedo abordar esa empresa, a menos que se ponga a las fábricas un precio razonable.

El dewan se mostró de acuerdo con los argumentos esgrimidos por Heston y hasta con sus amenazas, pero no se comprometió a nada ni le alentó en absoluto, hasta que, al fin, Heston, tras muchos circunloquios, dijo:

—Tal vez le interesase a usted colaborar conmigo en este asunto me ocuparía de que no se quedase sin la debida recompensa.

—¿Bajo qué forma? —preguntó el dewan.

—Pues tal vez participando en los beneficios o algo parecido. Ya había conseguido el anciano lo que deseaba. Había obligado a este poderoso millonario de Occidente a proponerle el soborno, a la manera de cualquier harapiento mercachifle de bazar. Con un centelleo de sus negros ojos, respondió:

—No, no. Comprenda que mi posición me prohíbe mezclarme en cuestiones de negocios.

Y su sonrisa parecía decir: «No me importaría mezclarme cuestiones de negocios, pero lo que usted me propone es una tontería. Yo conozco mil inversiones mucho mejores».

—Entonces, ¿no quiere ayudarme?

—Si se presentase la ocasión de decir una palabra en su favor, no dejaré de aprovecharla.

Pero Heston sabía que no había conseguido absolutamente nada, exactamente lo mismo que en el caso del maharajá. Por segunda vez no había podido comprar lo que deseaba. Había venido a Ranchipur solamente a sudar, viajando quinientas millas en medio del calor y del polvo para nada.

Estaba de pésimo humor cuando regresó al salón azul, en donde la maharaní despedía ya a sus invitados. Edwina y Ransome entraron casi en el mismo momento, y, al verlos, Heston pensó: «Vamos, ya ha encontrado a uno de los de su clase. Se sentirá grande otra vez por unos días y seré yo quien tenga que costear sus extravagancias».

Avanzó hasta ella y, sin dirigirle la palabra a Ransome, dijo:

—Nos vamos a casa.

—Estoy a tu entera disposición.

Antes que partiesen de Palacio, Ransome se las compuso para decirle a Edwina:

—No olvides que el jueves te espero para tomar el té.



Y ella, sonriendo, repuso:

—Si puedo arreglarlo. Pero no va a ser nada fácil.

Estaba fresca y serena, toda blancura y porcelana dorada, como si no hubiera sucedido nada en absoluto.

Cuando Ransome se despidió de la maharaní, esta le miró por espacio de un segundo, bailándole la risa en los ojos el tiempo suficiente para decirle sin palabras: «Sé perfectamente lo que han estado haciendo abajo». Y, de repente, Ransome se sintió avergonzado, porque algo en la mirada de la soberana le hizo sentirse grotesco y vulgar. Para la maharaní lo que había sucedido abajo era algo divertido y regocijante, como un cuento picante.

## XXX

Cuando todos los invitados se hubieron marchado, la marahní despidió a sus ayudantes de campo, a sus damas de honor y a sus amigas, las dos viejas princesas de Bewanagar, y se quedó a solas con su esposo unos momentos. Era aquel uno de esos momentos, tan raros, en que, a solas, dejaban de ser el rey y la reina para convertirse simplemente en marido y mujer, dos seres humildes que podrían haber vivido en el barrio de los *intocables*. De la orgullosa anciana pareció desaparecer como por encanto toda la majestad y todo el orgullo que había mostrado poco antes. Y en vez de hablar en inglés, francés o hindustani, ambos se expresaron en márata, la lengua que habían hablado de niños en las polvorientas y ardientes aldeas del Deccan.

—¿Cómo estás de la gota? —preguntó ella.

—Un poco mejor esta noche.

No obstante, se sentó, buscando alivio al dolor que sentía en las rodillas y en los pies.

—Deberíamos ir a Carlsbad a últimos de la próxima semana. No debes quedarte más tiempo aquí con este calor.

—Si las lluvias continúan, nos iremos.

—No has cedido en lo de los caballos, ¿verdad?

—No; no he cedido.

—El virrey nos manda algunos regalitos morrocotudos de cuando en cuando.

—Se ve obligado a ello. No tiene más remedio.

—Este Heston es el peor que nos ha mandado desde hace mucho tiempo.

El anciano se quedó callado unos instantes, reflexionando, luego dijo:

—No es un hombre muy feliz.

La maharaní soltó una risita:

—Mientras él estaba chalaneando contigo como un bunya, su mujer estaba abajo conduciéndose como una perra en celo.

El maharajá pareció divertido.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con Ransome.

—¡Ransome! Tampoco es muy feliz. Si eso le ha proporcionado un poco de felicidad...

La maharaní volvió a emitir otra risita.

—No, no le ha hecho feliz.

Después de esto, se separaron, dirigiéndose cada uno a sus respectivas habitaciones. El salón azul quedó desierto y silencioso, no oyéndose más que el salvaje rumor de la lluvia y el zumbido de las abejas silvestres en la gran araña de cristal. Un criado intocable, que entró para librar de la red de una de las ventanas a un

enorme murciélago, apagó las luces.

## XXXI

El señor Bauer, enfermero del anciano soberano, esperaba en el vestíbulo con una silla de ruedas. Era el señor Bauer un suizo rubio y corpulento, de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, que se hallaba al servicio del maharajá desde el día en que, cinco años atrás, su alteza le había conocido como profesor de natación en la playa de Ouchy. El soberano sentía la pasión de todos los indios por la belleza y había preferido tener a su lado a un enfermero de aspecto agradable y bien parecido a otro huesudo y sombrío. Bauer era un hombre plácido, concienzudo y amable, y poseía la misma belleza que Asoka, el semental. Había trabajado muy bien desde el primer día, pero al maharajá le preocupaba a veces la idea de que su enfermero llegara a cansarse de Ranchipur, porque no comprendía cómo era posible que el señor Bauer se adaptase en modo alguno a una vida tan limitada y especial como la que llevaba en Palacio.

Empujando el señor Bauer la silla de ruedas del soberano atravesaron un corredor tras otro hasta llegar, al fin, al ala del palacio que daba a la ciudad. En la antecámara regia esperaban el mayor Safka y Raschid Alí Khan. El musulmán y el brahmán estaban sentados uno junto al otro, fumando cigarros y contándose anécdotas. Su alteza los saludó, diciendo:

—Señores, si tienen la bondad de esperar un momento, el señor Bauer me ayudará a acostarme y luego hablaré con ustedes. Me encuentro un poco cansado.

El lecho de plata estaba colocado cerca de una de las ventanas para que el maharajá pudiera contemplar el parque y la ciudad. Cuando el suizo le hubo ayudado a acostarse, arregló las redes de las ventanas y el mosquitero de la cama, y preguntó:

—¿Desea algo más su alteza?

—Sí, Bauer; haga el favor de decirle al doctor que ya puede pasar.

—Buenas noches, alteza.

—Buenas noches.

Un instante después entraba el doctor Safka.

—Bien, alteza, parece que la gota se porta mejor esta noche, ¿verdad?

—Sí, las rodillas me duelen menos.

—No debía haber estado en pie tanto tiempo.

—Lo he hecho sólo cuando era absolutamente necesario. Hay ciertas fórmulas de cortesía que no se pueden eludir.

—Es cierto. No obstante, su alteza puede hacer lo que considere oportuno en un momento dado. El anciano se echó a reír.

—No es tan fácil como parece. Pronto se daría cuenta de ello, doctor, si alguna vez quisiera cambiar de lugar conmigo... —hizo un pequeño gesto muy significativo y añadió en seguida: Pero eso no sería posible. Usted podría cumplir perfectamente mi misión y yo no podría realizar nunca la suya.

—Lo que su alteza necesita es un cambio de aires. Debería marcharse a Carlsbad.

—Lo haré tan pronto como me sea posible. Cuando el mayor terminó de reconocerle y comprobó que los medicamentos estaban convenientemente ordenados en la mesita de laca, se inclinó en respetuoso saludo y se volvió para retirarse.

—Espere, doctor.

—Sí, alteza.

—Siéntese, por favor. Quiero hablarle un momento.

—Estoy a disposición de su alteza.

—Se trata de una cuestión importante.

—Su alteza dirá.

—¿Por qué no se ha casado todavía, doctor?

El mayor Safka sonrió:

—No lo sé —pareció reflexionar un momento, como si nunca hubiera pensado en aquello—. Mientras estuve en Inglaterra no encontré la mujer idónea, y luego, cuando regresé aquí, estuve tan ocupado al principio, que nunca tuve tiempo de pensar en ello. Y ahora ya me he acostumbrado a estar soltero.

—Pero, entonces, ¿qué hace usted?... Bueno, encienda un cigarro, se sentirá más a gusto.

El mayor Safka volvió a sonreír:

—Gracias, señor —encendió un cigarro y dijo—: Bueno, la verdad es que al principio resultó un problema bastante difícil, pero ya hace tiempo que lo he resuelto plenamente. En aquellos primeros días llegó a preocuparme a causa de mi trabajo, luego encontré a una muchacha. De esto hace ya tres años. A partir de entonces todo ha marchado sobre ruedas.

Su alteza siguió callado, en actitud expectante, y el mayor Safka comprendió que estaba lleno de curiosidad.

—Se trata de Natara Devi —explicó—, una de las danzarinas de la Escuela. Su alteza la conoce; es aquella pequeñita procedente del Norte, de ojos azules y cabellos negríssimos.

El maharajá sonrió:

—Es muy linda, pero las danzarinas salen muy caras. Tienen que ahorrar dinero para la vejez.

El mayor volvió a sonreír, un poco avergonzado:

—No pide mucho..., una chuchería de cuando en cuando. Creo, señor, que está enamorada de mí.

—¿Y usted de ella?

El mayor reflexionó un instante:

—Nunca he pensado en ello. No..., supongo que no. Es una muchacha muy agradable, simplemente.

—Entonces no supondría un gran sacrificio para usted el dejarla, ¿no es eso?

—No, no es imprescindible..., quiero decir que sea Natara Devi precisamente. Cualquier mujer bonita y cariñosa sería lo mismo.

—Y si yo encontrase la mujer adecuada para usted, ¿tendría inconveniente en casarse con ella?

—No..., siempre que me gustase. Pero es bastante difícil, alteza. Soy brahmán, pero no ortodoxo. En realidad, no tengo nada de religioso. Mi madre me ha hablado algunas veces de la conveniencia de que me case, pero no ha sido capaz de proponerme una mujer que reuniese las condiciones imprescindibles. Siempre había algo que salía mal. Yo no podría convivir con una mujer ortodoxa, alteza, ni pedirle que tratase de convivir conmigo adaptándose a mis ideas. He adquirido muchas ideas que seguramente son inadmisibles para la mayoría de las mujeres indias y sus familias.

—Sí, eso es verdad —asintió el maharajá—. Pero yo conozco una muchacha que convendría perfectamente al caso. Su padre es amigo mío, un gran erudito de Bombay, y su madre es una americana de San Francisco. Se conocieron cuando él estuvo trabajando en el museo de esta última ciudad. A la muchacha le es también muy difícil encontrar el marido adecuado, porque no es ni una cosa ni otra.

—¿Es bonita? —preguntó el mayor.

—Mucho, y creo que sería una esposa ideal.

—Perfectamente, señor. La única objeción que se me ocurre de momento es que yo pudiera no ser de su agrado. Por mi parte, no soy difícil de contentar.

—Entonces escribiré a su padre. Les pediré a todos que vengan a hacerme una visita cuando regrese en el otoño.

—Muy bien, señor —el mayor Safka se levantó de la silla—. Su alteza puede contar conmigo.

—¿Comprende usted la razón de mi interés?

—Creo que sí, alteza.

—Es porque necesitamos más indios como usted. Espero que tendrá muchos hijos.

El mayor sonrió:

—Yo también lo espero, señor. No veo ninguna razón para no tenerlos.

—¿Quiere hacerme el favor de decirle a Raschid que entre? Buenas noches, doctor, y gracias por todo lo que ha hecho por mí.

Por primera vez en el curso de esta conversación el semblante del mayor adoptó una expresión de gravedad:

—Es mi deber, señor. Lo más importante de todo es conservar a su alteza en buen estado de salud, por nuestro bien, el de Ranchipur y el de la India.

—Buenas noches. Sé que no es usted rico, ni tampoco la muchacha de quien le he

hablado; pero yo me ocuparé de eso.

El mayor Safka salió de la habitación, y, mientras atravesaba los interminables corredores, no era en Natara Devi —cosa extraña— en quien iba pensando, sino en la poco agraciada y ya bastante madura señorita MacDaid. Su matrimonio sería un rudo golpe para ella, y el mayor lo lamentaba sinceramente, pues la apreciaba mucho. La señorita MacDaid sabía lo de Natara Devi, pero no parecía darle ninguna importancia, quizá porque, conociendo tan a fondo el Oriente, sabía comprender. Pero lo de casarse era harina de otro costal. La pobre solterona viviría perpetuamente atormentada por los celos, esforzándose por ocultarlo, y eso haría su trabajo en común cada vez más difícil. Pero precisamente aquel trabajo suyo era mucho más importante que cualquier cosa, buena o mala, que pudiera sucederles a cualquiera de los dos. Por su mente cruzó entonces el singular pensamiento de que, si había rehuído durante tanto tiempo la idea del matrimonio, había sido a causa de la señorita MacDaid. Si esta pudiese comprender que se casaba solamente para tener hijos, muchos hijos, con el fin de asegurar la continuidad de sus comunes proyectos, acaso no diese importancia al hecho. Y, mientras conducía su coche a través de la lluvia, el mayor Safka decidió explicárselo todo en el momento oportuno.

Encontró en su bungalow a Natara Devi, esperándole, pequeña y esbelta, de un color café au lait claro, con una figura que era como un hermoso poema. Y por espacio de unas horas el mayor Safka olvidó a la India, a la señorita MacDaid, al maharajá y a los *intocables*. Aquel par de horas le pertenecían a él, no al mayor Safka, el cirujano o el dirigente político, sino a un hombre joven y fuerte que amaba la vida y todos los placeres sensuales que esta pudiera ofrecerle en los breves años que duraba; un hombre que sabía que al cuerpo había que arrancarle todo el placer posible en compensación por los muchos dolores que ocasiona. Con Natara Devi se sumía en un olvido tan profundo como no era capaz de sumirse ni siquiera en pleno sueño.

Y al amanecer, Natara Devi regresaba a su casa, cerca del antiguo palacio de madera, a través de la lluvia, en una pequeña tonga de color rojo, adornada con plumas, ahora salpicadas de barro, y con diminutos fragmentos de espejo.

Durante largo rato, el maharajá y su ministro del Interior estuvieron conversando en hindustani sobre diversos asuntos de Estado: reformas que había que introducir en la granja de la cárcel, proyectos para establecer en las tierras del Estado a los salvajes pueblos montañoses y otras cuestiones, porque el anciano soberano hacía mucho tiempo que había depositado plena confianza en la honestidad de Raschid Alí Khan y no dejaba de solicitar su consejo, a veces violento y obstinado, pero siempre inteligente. Sabía que Raschid no comprendería nunca —porque era árabe y afgano y turco— que en la India había que ir despacio, a veces con una lentitud desesperante. Pero allí donde sus consejeros hindúes, pese a su inteligencia, entorpecían a veces

todo progreso por la complejidad misma de sus planes, Raschid encontraba siempre la manera de realizar una reforma con eficacia y energía. Era este equilibrio entre la impetuosidad musulmana y la compleja sutileza hindú lo que el maharajá había buscado a través de los cincuenta años de su reinado. No era una fórmula nueva. Akbar, que había gobernado a la India con prudencia y sabiduría, la había descubierto trescientos años antes.

Y ahora, mientras Raschid, corpulento y poderoso, exponía sus proyectos para el establecimiento de los pueblos de las montañas, sentado en una frágil silla dorada, el maharajá se dispuso a abordar el punto más importante.

—Seguramente no ha dejado usted de darse cuenta de que estoy muy enfermo; mucho más de lo que nadie, excepto el mayor, se figura, y, a menos que las cosas mejoren, debo tomar las disposiciones oportunas para cuando haya muerto.

—No, alteza; no hay peligro de eso.

—De todos modos, Raschid, tengo que pensar en estas cosas, porque solo queda para sucederme un muchacho de quince años. De eso quería hablar con usted. Su alteza la maharaní será regente del reino. Espero que todavía viva muchos años. Tiene más suerte que yo. Siempre ha sabido divertirse. En ciertos aspectos sigue siendo tan joven como cuando nos casamos. Pienso dejar en sus manos las riendas del Estado. Ha trabajado a mi lado durante cincuenta años, conoce mejor que nadie lo que he tratado de hacer y participa de mis mismas ideas. Pero la tarea sería demasiado pesada para ella sola, pese a su energía. Necesitará alguien que la ayude, y he pensado en dos personas. Una de ellas es el dewan...

Su alteza vio que una sombra de disgusto cruzó por el honesto semblante del corpulento musulmán. Entre el dewan y él existía una mutua antipatía. El soberano lo sabía y abrigaba la esperanza de que de aquella mutua aversión naciese un fecundo equilibrio entre el buen criterio, la energía y el método que, en diversa medida, poseían ambos. La maharaní era perfectamente capaz de entenderse con los dos. Tenía el propósito de dejar en sus manos el poder suficiente para dar buena cuenta de sus antipatías y disputas, para enfrentarse victoriosamente con las intrigas del dewan y con la fogosa honestidad de Raschid, carente a veces de tacto.

—... la otra persona es usted —continuó el soberano—. Con los tres, Ranchipur estará seguro y bien gobernado. ¿Acepta usted?

Raschid Alí Khan frunció el ceño y dijo:

—No me gustan los métodos del dewan.

El maharajá sonrió:

—Ni tampoco a su alteza. En eso la tendrá usted de su parte.

—Y su alteza tiene un genio muy vivo.

—Y usted también, Raschid. El dewan se encargará de echar aceite sobre las olas.

—Acepto, naturalmente, alteza; pero he de pensar en las dificultades.



El anciano se echó a reír:

—Dificultades habrá muchas. Mi nieto no les dará mucha guerra. Creo que ya desea para Ranchipur lo mismo que su alteza y yo hemos deseado siempre. Supongo que asumirá el poder cuando cumpla los veintiún años, pero antes que llegue ese momento me gustaría que saliera a ver lo que es el mundo. Me agradecería que un sólido sentido de la proporción, que supiese cuan insignificante es Ranchipur y, al mismo tiempo, cuan importante. Y quisiera que conociese a gentes de todas clases, de todas las razas y de todos los colores. ¿Querría usted acompañarle, Raschid?

—Naturalmente, si así lo desea su alteza.

El maharajá permaneció callado unos momentos, luchando con el dolor que atenazaba sus piernas. Luego dijo:

—Muy bien. Volveremos a hablar de todo esto con más detalle, tal vez mañana... Digamos a las tres, si está libre a esa hora.

—Lo estaré, alteza.

El maharajá se incorporó penosamente en el lecho.

—Acérquese, Raschid, y deme la mano —dijo.

Y cuando Raschid Alí Khan se acercó y levantó el mosquitero, el maharajá le cogió la mano y dijo:

—Gracias, Raschid, por todo lo que ha hecho por Ranchipur.

No fue un gesto hindú. En el sencillo corazón del anciano no había lugar para los sentimientos de casta, credo o raza. El y Raschid estaban trabajando por la misma causa y, por consiguiente, Raschid era su hermano. Y le era indiferente que fuese musulmán o cristiano, hindú o judío, budista o idólatra.

## XXXII

En el vasto vestíbulo de la planta baja encontró Raschid Alí Khan a su esposa, esperándole, sentada muy erguida en una enorme silla imitación Renacimiento. Era una mujercita sosegada y tranquila, tímida y siempre un poco asustada por la idea de ser la esposa de una persona tan importante y fogosa como su marido, quien, para ella, lo era todo en este mundo, la Humanidad entera, el mismo Dios, con la sola excepción de sus siete hijos. Mientras se dirigían a casa, a través del recio aguacero, en la pequeña tonga roja, Raschid le dijo que su alteza pensaba nombrarle corregente en unión de la maharaní y el dewan, y cuando terminó de hablar, ella le dijo:

—Todavía serás un gran hombre, Raschid.

Y a continuación se pusieron a cambiar impresiones sobre la fiesta y los Heston, a quienes los dos consideraron una pareja desconcertante; al poco rato, atravesando ya la puerta del jardín de su casa, la señora Raschid comentó:

—Mientras te esperaba, he visto a esa doncella rusa de su alteza ir examinando una por una todas las habitaciones de la planta baja, como si buscase algo. Ella no sabía que yo estuviese allí. ¿Qué crees que buscaría?

Raschid replicó, riendo:

—No lo sé. Pero, tratándose de nuestra vieja soberana, se puede uno imaginar cualquier cosa.

## XXXIII

Una vez solo, el maharajá no se durmió. Sentado en la cama, entre almohadones, estuvo luchando contra el dolor hasta que la morfina terminó por calmarle, dejándole la mente libre, aunque fatigada y un tanto confusa.

A solas en el vasto dormitorio que dominaba la ciudad, la perspectiva de la muerte no le alarmaba. En medio de su cansancio, casi le daba la bienvenida, lo mismo que un hombre exhausto acoge complacido el sueño reparador. Examinando su corazón y su conciencia, encontraba en ellos poco de qué reprocharse. Era un hombre bueno y sencillo, y, en su sencillez, se veía exactamente como era, sin cualidades brillantes, sin dotes extraordinarias, un hombre que siempre había intentado hacer, hasta donde le alcanzaba la memoria, lo que consideraba mejor para su pueblo. Reclinado en el lecho, se daba perfecta cuenta de que toda su inmensa fortuna, todo su poder de monarca absoluto, todo su prestigio, eran cosas que habían recaído en su persona hacía mucho tiempo en virtud de determinadas circunstancias históricas y no por sus propios merecimientos. Sin la existencia de tales circunstancias, podría ser ahora un sencillo y bondadoso anciano perdido en uno de aquellos pueblos que se levantaban en las vastas y polvorientas extensiones del Deccan.

Pero, dueño de tanta riqueza, poder y prestigio, nunca había abusado de ello. Había empleado su riqueza en fundar escuelas, bibliotecas y hospitales en Ranchipur, en poner fin para siempre a las inundaciones y al hambre, en construir fábricas y talleres que proporcionasen riqueza a su pueblo. Y había utilizado su poder para combatir los viejos prejuicios, que eran como llagas purulentas en el cuerpo inmenso de la India, para enviar al destierro a sacerdotes sin escrúpulos y a brahmanes parasitarios, para liberar a los *intocables* de la fétida plaza adonde los había relegado la superstición y la ignorancia. Nunca se había mostrado intolerante, tiránico ni depravado, aunque el destino le había dado ocasión para caer en todos los lazos de la tiranía, el fanatismo y la depravación. Y todo esto lo había hecho no como el amigo, sino como el enemigo de las religiones, instruido muchos años atrás por un inglés para que abandonase la mezquindad, la corrupción y las supersticiones que son parte integrante de todas las sectas, y buscase una fe más elevada, una fe que no hallaría en los ídolos ni en los dioses invisibles e increíbles, uno —como la del gran Akbar— en la Humanidad misma.

Había tenido amigos fieles y sinceros y conocido a muchas almas buenas y nobles. Allí estaban Raschid, la señorita MacDaid, el joven doctor Safka, los Smiley, el señor Jobnekar, todos los cuales le habían recompensado con creces la fe y la confianza que había puesto en ellos. Y allí estaban también aquellas dos inglesas tan singulares, la señorita Dirks y la señorita Hodge, a las que nunca había llegado a

comprender, tan frías, tan fieles en el cumplimiento de su deber, tan solitarias y aisladas, tan poco femeninas, consagrando toda su existencia al solo propósito de ayudarle a él y a las mujeres de Ranchipur. Aunque solo había intercambiado con ellas unas pocas palabras en los veinticinco años que llevaban en Ranchipur, las dos solteras habían comprendido sus proyectos y se identificaron plenamente con él.

Y allí estaba, de siempre, su alteza la maharani, más inteligente y mejor dotada que él, como el maharajá había comprendido desde el principio de su vida conyugal; pero también más apasionada y voluble, conservando, pese a toda su suavidad, toda su dignidad y toda su belleza, un fondo permanentemente salvaje e indómito. Habían disputado en innumerables ocasiones, pues la *maharani* era violenta y obstinada, pero nunca pudieron prescindir el uno del otro. Durante casi cincuenta años compartieron decepciones y humillaciones, satisfacciones y triunfos, y juntos vieron morir a sus hijos, uno tras otro, trágicamente extraviados y corrompidos por la educación recibida en Occidente. Habían laborado siempre por la misma causa, con una extraña unidad de propósito. El, porque muchos años atrás John Lawrence le enseñó a ser un buen soberano, y ella, porque, en su arrogancia y en su orgullo de raza, quería que la India despertase y volviese a ser lo que había sido en tiempos de Asoka y de Akbar. Por eso luchó para librar a las mujeres de Ranchipur de la ignorancia y la superstición. Y por eso, aun siendo creyente, prescindió de sus creencias religiosas para liberar a los *intocables*. El anciano sabía que, ahora, ya anciana, la *maharani* había encontrado una fe más grande que la fe en los dioses, los ritos y las supersticiones.

Ahora, echando una ojeada retrospectiva sobre los últimos cincuenta años de su existencia, toda la vida y el carácter de su esposa le parecían al maharajá verdaderamente increíbles. La volvía a ver tal y como era a los trece años, cuando había bajado de las montañas para casarse con él, siendo todavía una niña que no hablaba más que *márata* y que no sabía leer ni escribir, altiva y vehemente, tímida y salvaje como una espléndida y pequeña pantera. Todavía hoy había ocasiones en que se mostraba altiva y salvaje, pero ya no quedaba en ella nada de su antigua timidez. Y él la amaba ahora no por su belleza o su grandeza, sino por su humanidad, por aquella insaciable curiosidad suya, por su traviesa malicia, que a veces le hacía reír de buena gana cuando nada en el mundo le habría hecho sonreír, por haberse conservado eternamente joven. Le hacía feliz la idea de que él moriría antes, porque sin ella la vida perdería todo su sabor.

Descansando en medio de la oscuridad, escuchando el rumor de la lluvia, que traía la fertilidad y la salvación a Ranchipur, fueron surgiendo en su mente rostros del pasado, uno tras otro, sin conexión ni discriminación, más claramente ahora que en cualquier otro momento de su existencia desde los días de su infancia, rostros de hombres que le habían servido en el transcurso de su vida, buenos y malos, estúpidos e inteligentes, leales y traidores; el rostro de la *maharani* viuda del malvado maharajá

que había sido su predecesor, una mujer extraña e inteligente, despojada de un poder y de unas riquezas que acaso hubiese utilizado mejor que él mismo; los rostros de los ministros que se habían sucedido en torno a él en el curso de aquellos cincuenta años; los de sus hijos muertos, tan fogosos e inteligentes, destruidos por la civilización occidental. Pero, con mayor claridad que el de ningún otro, veía el de su antiguo preceptor John Lawrence, enviado a él por los ingleses cuando el soberano no era más que un muchacho de doce años que no sabía leer ni escribir y solo conocía la lengua de los belicosos *máratas*.

Era un rostro dulce y alargado, con ojos azules muy claros y grandes e hirsutos bigotes rubios, un rostro que le había inspirado profunda confianza desde el momento en que le vio por primera vez, cuando era todavía un niño que acababa de bajar de las montañas, en donde había estado guardando vacas. Ahora, en su vejez, recordaba exactamente sus impresiones de entonces, cuan tímido, asustado y desafiante se había mostrado, el cambio de sus harapientas ropas de pastor por las sedas y los brocados más espléndidos, el trueque de su habitación con paredes de barro por la magnificencia del viejo palacio de madera, ahora abandonado y desierto, frente al cine. Mas, sobreponiéndose a su timidez y desconfianza había pensado: «Soy un guerrero de un pueblo guerrero. Y tengo que comportarme bien delante de estos hombres de piel pálida del otro lado del mar». Porque, en aquel entonces, todavía no había oído hablar de Europa, y sólo sabía, de una manera muy vaga, que, más allá de las fronteras de la India, se extendía un vasto mar, tan vasto, que no era posible imaginar siquiera su extensión. Y había permanecido sombrío y receloso, observando a los hombres pálidos, estudiando su manera de comer, de hablar y hasta de andar, pensando: «Soy un rey y un guerrero. No debo avergonzarme ante ellos». Había vivido momentos de negra desesperación, durante los cuales deseó volver a sus polvorientas y áridas colinas a guardar vacas y cabras. Había sido John Lawrence quien le salvó de la amargura, la desconfianza y el mal, porque ahora comprendía que sin Lawrence podría haberse convertido en uno de aquellos príncipes perversos, depravados, extravagantes, tiránicos y locos, de los que tantos existían en la India. Cuando el rostro de John Lawrence apareció entre la multitud de caras extrañas que le rodeaban, aquel niño de doce años presintió inmediatamente que podría confiar siempre en él.

Fue John Lawrence quien le enseñó a leer y escribir, no solo inglés e hindustani, sino también francés. Fue John Lawrence quien le abrió de par en par las puertas del mundo, no solo del Oriente, sino del Occidente. Aquel inglés, como comprendió más tarde el soberano había visto el mundo con imparcialidad y sin pasión, no como inglés o como cualquier otra cosa, sino como hombre, mostrándole al muchacho indio, cuyo universo había empezado y concluido en los límites del semisalvaje Deccan, los vicios y virtudes de los distintos gobiernos, de los grandes imperios y de

los pueblos, de modo y manera que llegó a serle muy fácil reconocer con toda claridad lo que era justo y bueno. Fue John Lawrence quien le enseñó a comprender que era sencillamente un hombre como los demás, sobre cuyos hombros había puesto el Destino el peso de una enorme responsabilidad. Con su inteligencia y bondad, John Lawrence había inculcado sentimientos de bondad y humanidad en aquel niño que un día sería soberano absoluto de doce millones de seres. Fue John Lawrence quien le hizo ver que las religiones se componen fundamentalmente de superstición, nacida de un común impulso humano que tiene su base en el miedo de la Humanidad y en su desamparo, y fue John Lawrence quien eligió al gran Akbar, un musulmán, como modelo a imitar por el muchacho, un soberano que había sido sabio y justo y que había soñado para su pueblo cosas inasequibles para este, porque no era digno de ellas.

Veía a su preceptor claramente, sentado al otro lado de la gran mesa que había en una de las salas del antiguo palacio de madera o en el jardín de la casa en donde ahora vivía Ransome, y que entonces estaba habitada por John Lawrence, su rolliza esposa y sus ocho hijos. Le parecía que ya no venían de Occidente hombres como John Lawrence. Ahora eran todos como Heston, voraces, implacables y malos, o como Ransome, extraviados, estériles y hastiados. Sabía él que Ransome era un hombre enfermo y que la enfermedad que padecía era la misma que corroía a Europa. Heston era un hombre perverso que padecía otra clase de enfermedad, pero que era igualmente propia de Occidente.

Ahora veía que Lawrence había alimentado un sueño, el mismo que animaba a la señorita MacDaid, al señor Jobnekar, al mayor Safka y a los Smiley, un sueño que el preceptor le había transmitido. Porque John Lawrence amaba a la India. Había regresado a Inglaterra; pero, lo mismo que la señorita MacDaid, había dejado el corazón en Oriente, y, al final, volvió para morir en la casa habitada ahora por Ransome. El anciano lo veía ahora todo con claridad meridiana. John Lawrence había visto un instrumento en aquel muchacho semisalvaje de doce años, e, impulsado por su amor a la India, le moldeó y preparó para ser un hombre y un gobernante capaz de encariñarse con aquel sueño y llevarlo un poco más adelante en el camino de su realización. Por un momento, sintió la tentación de echarse a reír. Los ingleses —que, lo mismo que Heston, no sentían por la India otro interés que el de las ganancias que pudiera reportarles— habían cometido un error al enviarle un preceptor como John Lawrence.

Suspirando, pensó que los ingleses ya no enviaban a la India hombres como John Lawrence, acaso, se dijo, porque ya no los hubiese. Si los hubiera habido en mayor número, ¡cuántas amarguras, cuántos conflictos y cuántos males se hubiesen evitado! Y la India, en el día de su despertar, podría haber sido la mejor amiga de Inglaterra. Pero esta parte del sueño se había esfumado para siempre por la mezquindad de la

Humanidad.

Fue invadiéndole el sueño por efecto de la morfina. Solo tenía una razón para desear seguir viviendo, y era el anhelo de ver a la India unida y orgullosa, libre de la pobreza, la superstición y la ignorancia, convertida en una gran nación. Mas para eso tendría que vivir la existencia de muchos hombres, y él ya era viejo, estaba cansado y, en ocasiones, desalentado.

Medio dormido, extendió la mano para tocar el timbre y que acudiese el señor Bauer, pero recordó que tal vez el enfermero suizo llevaría durmiendo ya algunas horas y no quiso despertarle.

Pero el señor Bauer no estaba dormido. Ni siquiera estaba en su habitación. Un poco después, todavía vestido a las tres de la mañana, abrió suavemente la puerta para comprobar si el anciano seguía bien, y luego se alejó.

## XXXIV

Aquella «doncella rusa» a quien la señora Raschid había visto asomarse a todas las habitaciones del piso bajo de palacio era hija de un profesor moscovita y ocupaba cerca de la maharaní el puesto oficioso de confidente, acompañante, chismosa, guardiana de las fabulosas joyas y del enorme guardarropa de la soberana, intérprete y encargada de regatear los precios de sus compras. Sin un céntimo en el bolsillo, a la deriva y desalentada, la había encontrado la maharani, poco después de la Revolución, en el Kurhaus Park de Carlsbad. Fue la curiosidad y la humanidad de la anciana lo que las puso en contacto. Su alteza deseaba obtener una información íntima y personal de lo que había sido la Revolución y de cómo se vivía bajo el poder soviético. Así, pues, a cambio de una magnífica cena y una botella de champaña, María Lishinskaia le había hecho un relato bastante superficial y amargo de lo ocurrido, ya que ella lo había perdido todo en la *débácle*<sup>[10]</sup>: padre, prometido, hogar y fortuna. Pero no le duró mucho la amargura. Mucho antes que concluyese la cena, María se había dado cuenta de la ocasión que se le ofrecía, y toda su amargura se trocó en una alegría y en una gracia genuinas, fenómeno sorprendente, dado que María era rusa.

Fue su alegría lo que hizo que la maharaní se aficionase a ella, su alegría y su filosofía de la indiferencia (si hoy no tenía qué comer, ya lo tendría mañana, y así era, en efecto), su independencia y su humor cínico. Tampoco carecía de inteligencia. Cuando era necesario salvar las apariencias, se dirigía a su alteza de una manera tan extremadamente servil, que caía en lo abyecto; pero, tan pronto como se encontraban solas, se convertía simplemente en una amiga, llena de buen humor y con un fino sentido del espectáculo de la vida, aficionada a la intriga y a un cinismo burlón. Su alteza descubrió que, al fin, había encontrado una europea a quien le era posible comprender.

María Lishinskaia no era una o dos cosas tajantemente definidas y perfiladas, como eran la mayoría de los europeos. No era simplemente la Ambición, o la Lujuria, o el Sentimentalismo, o la Fidelidad, ni siquiera era una combinación de dos o tres de estas cosas. Era una mezcla de todas ellas y de otras muchas, resultando, en consecuencia, voluble y contradictoria, cosa que divertía grandemente a su alteza. Podía mostrarse presa de salvaje frenesí un instante y supercivilizada inmediatamente después, franca y sincera unas veces e increíblemente tortuosa otras, ora leal, ora completamente falsa, ya cínicamente jocosa, ya sentimental y románticamente melancólica, pues en el fondo era asiática de corazón y no europea. Y por eso su alteza la comprendía y consideraba que había encontrado en ella la compañera que había estado buscando durante treinta años, para que la escoltase a los teatros, casinos y clubs nocturnos cuando se hallaba en Occidente, y compartiese con ella su



magnífico aislamiento cuando vivía en el gran palacio de Ranchipur. Durante su permanencia en Oriente tenía a alguien con quien chismorrear en el regio dormitorio, alguien que comprendía por igual la idiosincrasia de los indios y la de los europeos. Durante su permanencia en Occidente tenía alguien que le explicase por qué los europeos se comportaban a veces como lo hacían, y alguien que, además, regatease por ella en los hoteles, en las joyerías y en las casas de modas. María Lishinskaia comprendía perfectamente el placer que para los orientales encierra el regateo y se entregaba al juego con verdadero gusto. Aunque sabía que la *maharani* podía comprar cualquiera de los mejores hoteles en que pasaba unas semanas de cuando en cuando y no echar de menos el dinero invertido en la compra, sabía igualmente el extraordinario placer que le proporcionaba a su alteza regatear el precio de unas habitaciones o descubrir un error en la cuenta. Ante una joyería de la plaza Vendôme, la *maharani* trazaba el plan de campaña y María Lishinskaia lo ponía en ejecución, aportando ocasionalmente brillantes toques de su propia cosecha, de modo que el joyero, atacado por las dos —María Lishinskaia apoyada por su alteza—, antes de darse cuenta cabal de lo que había sucedido, se sorprendía vendiendo sus joyas más hermosas a una de las mujeres más ricas del mundo a precios de saldo. María poseía también la increíble y latente vitalidad del Oriente. Como la *maharani*, era capaz de estar jugando toda la noche en el casino hasta el alba, y al mediodía estar ya de compras sin el más leve signo de cansancio o de tedio.

Y, a veces, le era muy cómodo a la anciana tener a mano a María Lishinskaia, cuando tenía los nervios de punta y sentía la acuciante necesidad de torturar a alguien.

Al regresar la maharaní a sus habitaciones, encontró a María Lishinskaia echada en una *chaise-longue*<sup>[11]</sup>, leyendo una novela de Mauriac. Era la rusa una mujer de unos treinta y cinco o treinta y seis años, ni fea ni hermosa, pero de espléndida y voluptuosa figura y ojos verdosos ligeramente rasgados, como los de los tártaros. Había momentos en que la *maharani* le encontraba un gran parecido con Raschid Alí Khan, no solo en lo físico, sino en lo inagotable de su vitalidad. La *maharani* le decía a veces:

—Sus antepasados debieron de bajar a Rusia por una vertiente del Himalaya en el momento mismo en que los de Raschid descendían por la otra a la India.

Pero allí terminaba toda semejanza entre ellos, ya que María Lishinskaia carecía de la fe de Raschid y de todo propósito en la vida. No creía en nada. Era una oportunista sin fe y ya sin ni siquiera una patria.

Al entrar la maharaní, la rusa dejó el libro, se puso en pie, bostezó y preguntó:

—¿Y bien?

—Ha sido terrible, terrible —contestó su alteza en francés.

—¿Y los Heston?

—Terrible..., terrible.

Las doncellas *intocables* empezaron a desnudar a la maharaní, le dieron masaje en el rostro y ungieron de aceite sus hermosos cabellos negros. La anciana abrió una cajita de oro y se puso a mascar bayas de betel.

María Lishinskaia la ayudó a despojarse de las pesadas esmeraldas y, una por una, fue colocándolas en sus respectivos estuches.

—*¿Comment terrible?*<sup>[12]</sup> —preguntó sin dejar su faena.

—El es uno de esos reyes del dinero, grande, brutal y autoritario, y ella..., ella es una de esas elegantes ramerías inglesas. Desapareció del salón en compañía de Ransome. Estuvo ausente durante la mayor parte de la velada. Dijeron que iban a ver las habitaciones de la planta baja.

—¿Sí? —dijo María, animándola a continuar—. ¿Y qué ocurrió?

—¿Qué supone usted que habrá ocurrido? —preguntó, a su vez, la maharaní—. Pero nunca hasta ahora había oído llamar a eso ver habitaciones.

—Pues yo tenía la impresión de que al señor Ransome le eran indiferentes las mujeres —comentó María.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió la maharaní, mirándola fijamente.

Apreciaba mucho a Ransome, y María Lishinskaia estaba celosa de él, como de todo aquel a quien su alteza distinguiese con su favor.

—¡Oh, nada..., absolutamente nada!

Dándose cuenta de que el tentáculo que acababa de lanzar había sido recibido con desagrado, adoptó una actitud de prudente cautela. Era un juego que se repetía entre ellas siempre que se ponían a chismorrear.

—Está cansado —dijo la maharaní.

—Eso es lo que yo quise decir —afirmó María con el semblante iluminado—. Lo ha experimentado todo.

—Quizá.

La astuta anciana se daba cuenta de que estos comentarios habían excitado a María, y que la mente de la rusa, estimulada, se desbocaba, ora en esta dirección, ora en aquella, especulando, imaginándose cosas, refocilándose.

—¿Le gusta a usted Ransome? —preguntó.

—No lo sé —respondió María—. Apenas le conozco. Es un hombre bien parecido..., de un modo especial. ¿Sabe su alteza si realmente ha ocurrido?

—¿Cómo puedo saberlo? Esas cosas solo se pueden saber cuando se está debajo de la cama.

—Pero ¿no pudo deducir nada su alteza cuando regresaron al salón?

—Con los ingleses, eso no es posible. No se puede deducir nada ni siquiera un momento después, como no podemos adivinar si un hombre se ha bebido un vaso de agua. ¿Por qué no va abajo y lo comprueba por sí misma? Si ha sucedido, fue en una

de las habitaciones de la planta baja.

—¡Oh, no! ¡No podría hacer semejante cosa!

Pero su alteza sabía que, probablemente, tan pronto como ella se hubiese acostado, María Lishinskaia iría a la planta baja y recorrería todas las habitaciones, una por una, tratando de descubrir lo que había sucedido. Y, de pronto, la anciana comprendió que María era igual que los otros dos, igual que lady Heston y Ransome. Cansada, sin fe, aburrida, escéptica, atrincherada, como ellos, en el último refugio: el cuerpo. Cuando todo lo demás se hundía, siempre quedaba la lujuria y la sensualidad. La maharaní pensó: «¿Qué haría esta mujer si el señor Bauer se marchase?». María preguntó:

—¿Sabe su alteza cuándo saldremos para Carlsbad? La anciana sabía que, probablemente, partirían al final de la semana, pero no tenía el menor deseo de proporcionarle a Lishinskaia el placer de conocerlo. Todavía la perseguía la sombra de los Heston, infundiéndole una singular sensación de irritación. Por eso respondió:

—Depende de las lluvias. Si continúan así, podremos partir pronto. Su alteza no quiere marcharse hasta que vea que las lluvias se han formalizado.

María estaba pensando: «Una vez que tenga a Harry en Europa, haré que se case conmigo. Entonces ya no podrá escapar, y nuestro futuro quedará asegurado para toda la vida al lado de sus altezas. Se ocuparán ellos de eso». Porque había momentos en que su desarraigo y la inseguridad de su futuro la atormentaban. En voz alta dijo:

—Supongo que su alteza deseará dormirse pronto esta noche.

—No estoy cansada —contestó la maharaní, y al mismo tiempo pensó: «Debe de ser una de las noches dedicadas a Bauer».

Y se apoderó de ella la tentación de retener a su lado, durante algún tiempo, a María Lishinskaia, inquieta y desazonada por el deseo, haciendo que le leyese algún libro en voz alta.

—Podría leerme algo un ratito —dijo.

Y al ver la decepción que se pintó en el semblante de la rusa, su corazón se ablandó un poco. Pensó: «Le pediré que lea, y al cabo de un rato fingiré que tengo sueño y la dejaré marchar». Luego añadió:

—Podría leerme unas páginas de ese libro francés..., de esa novela clásica.

—¿*Les liaisons dangereuses*?<sup>[13]</sup>

—Sí, eso es. Me interesa mucho saber cómo piensan los franceses acerca de estas cosas. Los franceses se parecen mucho a los chinos en eso. Es una cuestión en la que no he dejado de pensar. Han conseguido una fórmula y una actitud para todas las cosas.

Así, pues, cuando la maharaní estuvo en la cama, con todas sus cremas y aceites perfectamente aplicados, María Lishinskaia se sentó a su lado y se puso a leer *Les liaisons dangereuses*, sobre el sordo rugir de la lluvia. Leía y leía uno tras otro

aquellos párrafos que analizaban el amor y el deseo, que describían intrigas, celos y reconciliaciones, escrito todo con una minuciosa y apasionada maestría, cada palabra un afrodisíaco, cada coma un incentivo para el deseo. Bajo sus largas pestañas, la maharaní la observaba satisfecha y regocijada. Notó que María Lishinskaia no tardó en empezar a respirar con dificultad. Tropezaba en ciertos pasajes, como si las palabras bailasen ante sus ojos. Diminutas gotas de sudor perlaron la amplia frente olivácea. Y la maharaní sabía que María apenas se daba cuenta del sentido de lo que estaba leyendo. Todo ello se confundía en su cerebro con su pasión por el blanco y atlético cuerpo del señor Bauer. Un hombre bien parecido, pensaba la maharaní, y tenía una hermosa figura, pero era estúpido. Escuchando apenas aquellas palabras que tanto torturaban a María, se asombraba de que fuese posible tener por amante a un hombre tan estúpido y servil, por muy agraciado que fuera en lo físico. Y durante un buen rato estuvo meditando sobre los horrores de convertirse en esclava de su propio cuerpo y sufrir lo que María Lishinskaia estaba sufriendo en aquellos momentos en su deseo por el instructor de natación suizo.

Escuchando apenas las palabras que torturaban a María Lishinskaia, la maharaní la observaba con un curioso sentimiento de indiferente lejanía y de satisfacción. Momentos había en que la amargura, la exasperación, las humillaciones y las decepciones hacían nacer en ella una necesidad de crueldad con que aplacar su alma tempestuosa. En otros tiempos, una reina como ella habría hecho conducir a su presencia a un esclavo o a un criminal y le hubiera torturado hasta que sus nervios exasperados se hubiesen apaciguado; pero aquello ya no era posible, de modo que tenía que recurrir a medios más indirectos e intrincados. Sabía que, de no haber martirizado de aquella manera a María, ella misma no habría podido conciliar el sueño. Por fin, cuando la rusa llevaba leyendo una hora o más, la soberana sintió que el sueño se apoderaba de ella y, dando media vuelta, dijo:

—Ya basta, María. Solamente una cosa más.

—Sí, alteza.

Su voz sonaba débil y agotada y, mientras contestaba, se enjugó el rostro con un pañuelo.

—Vaya abajo a ver si es capaz de dar con la habitación y de descubrir si hay indicios de que realmente haya ocurrido.

—Sí, alteza.

—Y vuelva después a comunicarme lo que haya. Si estuviese dormida, no se moleste en despertarme.

—Sí, alteza.

La rusa estaba pálida y desmadejada, como un trapo húmedo que hubiese sido escurrido antes de ponerlo a secar.

Con los párpados entornados, la maharaní la vio salir de la habitación. En la

pobre y extraviada María Lishinskaia acababa de tomarse una pequeña parte, un diminuto fragmento, de la venganza que su orgullo y su espíritu exigían de Europa por las humillaciones que había sufrido durante cerca de medio siglo.

## XXXV

Aturdida y a punto de desmayarse, María Lishinskaia bajó tambaleándose la escalera y siguió luego al corredor, examinando las habitaciones una tras otra, sin encontrar nada en desorden. Se repetía continuamente para sus adentros: «Será la próxima habitación, y entonces ya podré ir a reunirme con Harry. ¡Oh Dios mío, que sea la inmediata para que pueda ir a él!».

Después de haber recorrido en vano varias habitaciones, la invadió un sudor frío ante la terrible idea de que, si no regresaba pronto, el señor Bauer podría cansarse de esperar y marcharse a su habitación, contigua a la del maharajá, adonde no se atrevería ella a seguirle. «¡Oh Dios mío, haz que me espere! —repetía una y otra vez en voz alta—. ¡Malditas sean todas estas habitaciones desiertas e inútiles! ¡Oh Dios mío, que me espere hasta que vaya!».

Por fin llegó a la habitación. No se entretuvo allí mucho tiempo, porque bastaba una simple ojeada para darse cuenta: el diván, en desorden; la piel de pantera, violentamente apartada de un puntapié; las quemadas colillas de unos cigarrillos, apresuradamente aplastadas contra el suelo. María lo vio todo en una rápida ojeada. Pensó: «¡La perra! ¡Los muy bastardos! ¡Darne todo este trabajo! ¡Ni siquiera se han molestado en dejar la habitación en orden!».

Regresó corriendo a lo largo del interminable corredor y pasó por delante de la señora Raschid sin verla, hasta llegar a las habitaciones de la maharaní. Cuando abrió nuevamente la puerta del regio dormitorio, oyó la acompasada respiración de la anciana, y la volvió a cerrar, creyendo que estaba dormida. Por entre sus negras pestañas, la maharaní la había estado observando, y cuando se cerró la puerta, quedóse dormida, con su espíritu en paz.

## XXXVI

El señor Bauer estaba todavía esperándola, irritado, impaciente y malhumorado; pero, gracias a Dios, esperábala. No obstante, María ni siquiera se dio cuenta de su irritación, y cuando la paz volvió a ella, se olvidó de todo hasta el punto de empezar a importunarle a cuenta del matrimonio. Acostada a su lado, le dijo que se mataría si no la hacía su esposa; pero el señor Bauer, igualmente apaciguado ya y reemplazada su irritación anterior por un irresistible deseo de dormir, bostezaba y se mantenía imperturbable ante estas amenazas.

No tenía intención de casarse jamás con ella, pues lo último que se le hubiera ocurrido en este mundo habría sido tomar por esposa a una rusa histérica que estaba siempre amenazando con suicidarse y lamentándose porque no estuviera bastante tiempo a su lado. El señor Bauer tenía otros proyectos. Cuando volviese este año a Europa, pensaba casarse con Lina Storrel. Era la mujer que le convenía, sólida, fiel y económica. Y, aprovechando su estancia en Europa, la dejaría esperando su primer hijo. Luego regresaría a la India con su alteza. Un año más, y tendría el dinero suficiente para comprar la viña situada más arriba de Montreux. Ahora, una vez satisfechos sus sentidos, le invadía una sensación de desprecio hacia María Lishinskaia. ¿Por qué no quería comprender que esto era bueno, de cuando en cuando, para la salud de ambos, especialmente en un país tan cálido como este? ¿Por qué se obstinaba en transformarlo en otra cosa, en romanticismo, matrimonio y demás?

El señor Bauer sabía lo que quería. Era un aldeano, un espíritu primitivo. No había nada malo en él y tampoco mucho de civilizado.

Mientras él se vestía, María Lishinskaia continuó sollozando y diciendo que se arrojaría por la ventana; pero él no le hizo caso alguno y siguió vistiéndose estólidamente, porque sabía que no haría nada que provocase un escándalo que diese lugar a la pérdida del cómodo puesto que la colocó la fortuna. Como sabía igualmente que siempre la encontraría esperándola a la menor palabra suya.

## XXXVII

Alejándose lentamente de Palacio en su coche, a lo largo de la sinuosa avenida, Ransome perdía continuamente la dirección en medio de aquella lluvia cegadora. Los faros del viejo Buick no servían para nada, salvo para advertirle, de cuando en cuando, que se hallaba delante del tronco de un árbol o de un maltratado macizo de flores, totalmente aplastado por el aguacero. Al pasar por el puente del pequeño lago artificial estuvo a punto de ir a parar al fondo de cemento del mismo. El lago iba llenándose lentamente con el agua de lluvia, y los pequeños botes de recreo, dorados, endoselados y adornados con numerosos calados, ya no descansaban de costado en el suelo, sino que empezaban a agitarse y a flotar, como si renaciesen. La lluvia era como un espeso muro, a través del cual Ransome sentía cómo el coche se abría camino.

El avance era muy lento, y hasta que le tomó el «pulso» a la cosa, Ransome no tuvo tiempo de pensar en nada, salvo en si un instante después habría chocado contra algo o caído al lago. Fue como volver a conducir un camión en el frente con los faros apagados. Después, lentamente, a medida que sus finas manos fueron tomándole el pulso a la situación, empezó a darse cuenta de que era presa de un profundo sentimiento de depresión, que se apoderaba de él siempre que había disipado sus energías y estado sin dormir durante días enteros. Una curiosa sensación de aniquilamiento, agravada por un sentimiento de futilidad y desesperación. No solo su cuerpo estaba fatigado, sino también su espíritu.

No se sentía avergonzado más que por su propia necedad al creer que, con la breve posesión de Edwina, él y ella podrían volver a experimentar algunos de los sentimientos que habían conocido en otros tiempos. Ahora comprendía que tales transportes estaban para siempre fuera de su alcance, porque ambos eran demasiado viejos y experimentados y en ninguno de los dos quedaba nada del antiguo fuego y despreocupación. No existía esta cuando nada se arriesgaba, cuando lo que uno hacía o dejaba de hacer a nadie importaba, ni siquiera a uno mismo. El único placer que habían extraído de la experiencia se limitó a aquellos preciosos momentos de excitación casi animal, llena de anticipación. Lo demás fue incoloro, insípido y rutinario. Ni siquiera hallaba satisfacción en la sensación de haber apaciguado un poco su odio contra Heston por el hecho de tomar a su mujer. No había ninguna alegría en ello, a menos que Heston lo descubriese, y estaba seguro de que Edwina se ocuparía de que tal cosa no ocurriese nunca. Llevando sus reflexiones un poco más lejos, le asaltó repentinamente la duda de si a Heston le importaría, ya que la viciosa facilidad del abrazo de Edwina y la despreocupada desvergüenza de toda su conducta permitían adivinar la múltiple repetición de tales asuntos casuales, el «amor» arrebatado aquí y allí, apresuradamente, por los rincones, a bordo de yates, en las



playas, en automóvil. Desde el momento mismo en que la había visto entrar en el salón de Palacio, bajo el resplandor de la gran araña de cristal asediada por las abejas, Ransome comprendió que Edwina estaba *muerta*, pero nunca habría creído que lo estuviera hasta tal extremo. Heston debía de saber a qué atenerse desde hacía mucho tiempo.

Solo, conduciendo su coche a través de la lluvia, Ransome experimentaba una sensación de disgusto y repulsión, como si Edwina hubiese sido más responsable que él mismo de aquella locura trivial e insensible. Pensó: «Eso no es más que una ilusión. La antigua y doble ley que surge de nuevo». No obstante, le fue imposible desprenderse de aquel sentimiento, porque su instinto era más certero y profundo que todos los argumentos con que pudiera enfrentarle. Lo que había ocurrido era mucho peor en el caso de ella que en el suyo. No debería haber sido así, y, sin embargo, lo era, porque Ransome sabía que, tarde o temprano, si es que ya no fue una realidad, ella estaba condenada a caer víctima de su propia corrupción. Existía algo de aterrador en la fugaz visión que acababa de tener de aquel abismo. Comprendía que en lo que habían hecho no hubo nada de sentimiento, acaso un poco de curiosidad, quizá nada en absoluto, excepto un gesto puramente animal, como el *accouplement*<sup>[14]</sup> de dos perros callejeros, aunque sin su realista necesidad.

De toda aquella aventura, la figura de la maharaní surgía ante sus ojos con mayor claridad que la de Edwina. Pensando en ella, le parecía a Ransome que la soberana lo sabía todo acerca del mundo, no simplemente los chismorreos y las intrigas que llegaban hasta ella de una manera natural, en un millón de formas ocultas y diferentes, sino lo que más secreto había en los caracteres y en los pensamientos mismos de las gentes. Existía la maharaní que él conocía a través de la mesa de póquer y la maharaní que era una gran reina, cumpliendo su misión con espléndida magnificencia; a ambas las comprendía perfectamente. Pero detrás de estas dos había una tercera maharaní, una criatura a la que Ransome no había visto nunca, compleja y misteriosa, salvaje y supercivilizada, llena de asombrosa intuición. En algunas ocasiones la vio transformarse, ante su mirada atónita, mientras conversaba con ella, de una mujer enteramente europea y comprensible en una salvaje princesa de las montañas, insondable, capaz de las mayores crueldades y carente de todo escrúpulo. En tales ocasiones, la maharaní le fascinaba y alarmaba al mismo tiempo, y ahora sentía temor de ella, aunque no sabía exactamente por qué razón. Solamente ella sabía lo ocurrido en la planta baja de palacio. En este mismo momento estaría probablemente comentándolo con aquella rusa arrogante y molesta. No le importaba en absoluto quién lo supiese y estaba convencido de que menos aún le importaba a Edwina. Pero la idea de que la maharaní lo supiera le llenaba de desasosiego, de temor y de vergüenza. Era un sentimiento pueril y estúpido, como el de un niño temeroso y avergonzado por haber sido sorprendido cometiendo una fea acción.

Volvió a pensar: «Tal vez esté enfermo. Quizá le pida demasiado a cada una de las experiencias de la vida, a cada una de las personas..., mucho más de lo que nadie es capaz de dar».

El rumor del río le hizo comprender que se hallaba cerca del puente, y un momento después los faros del viejo Buick iluminaban de improviso la regordeta figura de la reina Victoria, sólidamente plantada en su pedestal, sujetando firmemente el paraguas y el bolso con sus gordezuelas manos de hierro, sólida e imperturbable en medio de la rugiente tempestad. Pasó luego por delante de la casa del señor Bannerjee, vislumbró una luz en la de Raschid y llegó, al fin, a la puerta de su propio jardín, pensando en lo triste que era volver solo a casa, a este húmedo y desierto mausoleo georgiano. Si su matrimonio hubiera tenido éxito, no regresaría ahora a una casa vacía de Ranchipur, en realidad no volvería a ninguna casa de tal lugar, sino a aquel castillo lleno de torreones que su abuela había hecho edificar en Grand River.

Metió el viejo automóvil por la *porte cochère*<sup>[15]</sup>, y sólo entonces se dio cuenta de que, pese a las severas órdenes que había dado a Juan Bautista para que mantuviese la casa en la oscuridad, a causa de los mosquitos, brillaba una luz en su habitación, y en lugar de entrar en la casa por la puerta que daba al paseo, avanzó en medio de la oscuridad a lo largo de la terraza hasta llegar a la ventana de su propia habitación.

Allí, sentada en su sillón, vio la figura de una mujer que llevaba un impermeable barato y un deforme sombrero empapado por la lluvia. Estaba sentada de espaldas a la ventana, pues al oír el ruido del motor había dejado el ejemplar del *Tatler* que estaba leyendo y se había puesto a mirar hacia la puerta.

## XXXVIII

Al llegar al viejo palacio de verano, lord y lady Heston se apearon del Rolls-Royce color púrpura y subieron en silencio la escalera de mármol, cubierta por una alfombra roja. Una vez arriba, se separaron para dirigirse a sus respectivas habitaciones. En actitud indolente, lady Heston se volvió para decir:

—Buenas noches. Y en seguida añadió:

—¿Estás bien? ¿No te encuentras enfermo?

—Estoy perfectamente —contestó él—. No me pasa nada. Lo único que me molesta es este condenado calor y estos malditos indios. Quiero irme de aquí mañana mismo. Bombay no puede ser peor que esto. Y siempre se parecerá un poco más a Europa. Esto es como vivir en un manicomio.

—Como tú quieras. Por mi parte, estoy harta de la India. No quiero volver aquí en la vida.

Era cierto que estaba cansada de la India. Mientras se desnudaba, pensaba indolentemente en ello, dejando que su mente vagase libremente por donde quisiese, y no tardó en llegar a la conclusión de que lo mejor habría sido no venir siquiera a este país. Los únicos recuerdos que se llevaría de aquí serían de carácter desagradable: el calor, el polvo y los olores, los fastidiosos banquetes oficiales, los aburridos funcionarios civiles, sus esposas, más aburridas todavía, y sus poco agraciadas hijas. Pensaba que debía de haber una India capaz de despertar su lánguido interés, pero ignoraba en dónde se encontraría. Tenía que haber algo en la India para retener durante cerca de cinco años a un hombre tan inteligente e inquieto como Tom Ransome. De cuando en cuando, por un instante, había vislumbrado vagamente esta India; pero siempre que intentaba aproximarse a ella, esta parecía alejarse. Cuando hablaba con indios —algo que había rehuido siempre que le fue posible, a causa del esfuerzo que le exigía—, era siempre con indios que estuvieron en Oxford y que parecían esforzarse por ocultarle todo lo que fuese indio; personas que se hicieron sencillamente europeas y que hablaban de *cricket*<sup>[16]</sup>, de clubs nocturnos y de caballos como cualquier europeo con quien hubiese coincidido en una cena en Londres. Y entonces, por primera vez en su vida, pensó que no solo la India, sino casi todas las cosas de esta vida habían estado siempre ocultas para ella. Era como si siempre hubiese estado protegida, cobijada y rodeada por el lujo, los convencionalismos, los buenos modales y el privilegio que suponía el mero hecho de llamarse Edwina Heston, y antes de esto Edwina. Doncaster. A pesar de haber estado la mitad de su existencia sin un penique, su posición social la privó de saber lo que era la pobreza, porque siempre había gente dispuesta a concederle el crédito y a hacer cosas en su favor, incluso facilitándole un dinero que no pensaban recuperar nunca. Por un momento tuvo envidia de todas aquellas gentes oscuras sobre cuyos hombros

descansaba la misión de gobernar y administrar a la India, envidia hasta de la vida que llevaban las familias de modestos empleados en los suburbios de cualquier ciudad del mundo. Aquellas vidas difícilmente podían ser más fastidiosas que la suya; pero, en todo caso, su fastidio era diferente. De pronto experimentó una extraordinaria sensación de soledad, como si fuese una especie de espíritu que morase en el mundo, pero sin contacto con él, una sombra sin sustancia ni realidad. Lo único real —lo comprendió súbitamente— eran su cuerpo y el placer que encontraba en adornarlo, en conservarlo joven, en utilizarlo para el «amor». Pensando en el amor, volvió a recordar a Tom Ransome, admirándole por la decisión con que, mucho tiempo atrás, había vuelto la espalda a la vida para la que nació, realizando un gran esfuerzo por encontrar otra cosa. No sabía Edwina lo que habría encontrado ni si, en definitiva, encontraría algo; pero, al menos, lo intentó, y aquello ya era algo. Ahora resultaba demasiado tarde para que ella intentase una evasión, aun cuando semejante deseo perdurase hasta la mañana siguiente. No se hacía ninguna ilusión con respecto a sí misma: seguiría soportando a Heston antes que realizar el esfuerzo necesario para evadirse. Recordó algo que Tom le dijo mientras estuvieron en aquella habitación de la planta baja, algo en *slang*<sup>[17]</sup> americano, que no entendió al principio, y que él no tuvo más remedio que explicarle.

Cuando se hubo enfundado en su *peignoir*<sup>[18]</sup> entregó todas sus pulseras a la doncella, y dijo:

—Buenas noches, Parker. Eso es todo.

—La señora parece un poco cansada.

—Así es, en efecto. Es debido al calor y la humedad. Daría cualquier cosa por estar en Cannes.

Cuando Parker hubo salido de la habitación, repentinamente y sin ninguna razón en absoluto, Edwina se sintió abrumada por una sensación de soledad y de terror. La asustaban la India, la inmensidad, su violencia, el calor, el polvo, los millones de seres humanos y de animales, los chacales y los buitres, la hostilidad que percibía a su alrededor, una hostilidad compartida por los animales, las gentes, el clima, la Naturaleza misma. La aterrorizaba el estruendoso, rumor de aquella lluvia increíble, batiendo el tejado del viejo Palacio y desbordándose en torrentes por encima de los aleros. ¿Y si ocurría algo que impidiese su salida de aquí? ¿Y si se veía obligada a quedarse para siempre en este maligno y abominable país? Por un instante le pareció que sus nervios no podrían soportar aquella tensión. Sentía deseos de gritar, de llorar, de arrojarse al suelo. Experimentaba el vehemente deseo de huir del Palacio, ahora mismo, esta misma noche, y marcharse a Bombay, a cualquier ciudad que se pareciese un poco más a cualquiera de las de Europa, una Europa aburrida y cansada, es cierto, pero, al menos, distinta de esta India malévola que la aterrorizaba.

Apretó los dientes, realizando un desesperado esfuerzo por dominarse, pensando:

«Estoy perdiendo los nervios. Nunca me ha sucedido esto. Debe de ser el calor». Se dirigió a donde estaba su maleta, la abrió y extrajo un somnífero. Una vez que hubo tomado dos veces la dosis ordinaria y se volvió a meter en la cama, debajo del mosquitero, se sintió más tranquila, y al cabo de un rato, la droga empezó a surtir sus efectos, sumiéndola en un dulce estado de somnolencia y voluptuosidad, y ya no deseó marcharse al día siguiente. Quería quedarse, por lo menos, hasta finales de semana, como habían proyectado, para tener oportunidad de ir el jueves a tomar el té con Tom. Tendida de espaldas en el lecho, se puso a pensar voluptuosamente en él.

Le gustaban su esbelta dureza, sus vigorosos cabellos negros y finos músculos de la parte posterior de su cuello. Le gustaban su nariz recta y sus labios carnosos. Y pensó: «Prácticamente, es único. Tiene inteligencia y una hermosa figura. ¿Por qué serán tan estúpidos la mayoría de los atletas y tan barrigudos la mayoría de los hombres inteligentes?». Pero cuando trató de imaginarse cómo era Tom por dentro, se encontró con que no tenía ni la más leve idea de ello. El Tom Ransome que había visto esta noche era simplemente el mismo que había conocido mucho tiempo antes en Londres. Cuando, aunque muy poco, hablaron algo, lo hicieron rememorando los viejos tiempos y comentando lo que había sido de las personas que conocieron entonces. Si en realidad era tan agradable, amable y gentil como parecía, entonces podría valer la pena seguir adelante aquel asunto, porque tal vez llegase a descubrir en él aquello que, pese a todo, ella creía debiera existir, aunque no lo hubiese visto nunca ni siquiera percibiese sus huellas. «Acaso sea mía la culpa —pensó—. Quizá no lo he visto nunca porque no fui capaz de asomarme debajo de la superficie».

No se le ocurrió pensar: «Tal vez pudiera ser feliz con Tom», porque la cuestión de la felicidad o la infelicidad no se la había planteado ella nunca, salvo en un sentido puramente físico. Edwina no se engañaba a sí misma. Si la felicidad existía de algún modo para ella, se limitaba a momentos como los que había vivido esta noche, cuando fue a Palacio con la idea de soportar una cena más, aburrida y ceremoniosa, y se encontró con Tom Ransome y la apresurada aventura en la pequeña habitación de la planta baja. En cierto modo, la única emoción que todavía le reservaba la existencia radicaba en tales situaciones, en el inesperado placer de encontrar un hombre atractivo, en la perversa delectación que hallaba en engañar una y otra vez a Heston. Fríamente, se dijo para sus adentros: «Soy una perdida, una mala mujer. ¡Y qué! No puedo hacer nada por impedirlo».

Raras veces, después de una aventura semejante, deseaba volver a ver al hombre, y si en un momento determinado se encontraba con él, sabía cortar en flor, inmediatamente, el más leve intento de proseguir las truncadas relaciones. Podía tenerse por muy afortunado el interesado si Edwina le consideraba lo bastante atractivo para desear proseguir la aventura. Ahora lo que deseaba era ver otra vez a Tom, no solo por el placer que ello le causaba o porque fuese un amante ideal, sino

porque se había quedado con una molesta sensación de insatisfacción. Ignoraba lo que pudiera pensar de ella. Acaso en este mismo momento estuviese pensando desagradablemente, considerándola una pérdida. Porque Ransome, como bien sabía, era un espíritu complejo, propenso a accesos de virtud y remordimiento, cosa que Edwina no dejaba de encontrar bastante atractiva. Llegó incluso a experimentar un leve sentimiento de vergüenza, que a ella misma la sorprendió, y el deseo de verle otra vez para justificarse de alguna manera o, al menos, para borrar con su encanto aquella mala impresión.

En aquel momento observó que se abría la puerta que comunicaba con el aposento de Heston; la luz brilló en el umbral, y Heston en persona entró en la habitación de su mujer, luciendo la bata que tanto detestaba ella. Se la había regalado cuatro años antes, en, Navidad, creyendo que le gustaría, y desde luego, tuvo un éxito rotundo. Sufrió ya incontables lavados y estaba gastada y raída; pero Heston no quería separarse de ella. Siempre que Edwina sugería que la desechase, respondía él que le traía suerte. El dibujo representaba, numerosos caballos en diversas actitudes: caballos corriendo, caballos saltando setos y fosos, caballos encabritándose, caballos lanzados, a todo galope junto al poste de llegada.

Sin pronunciar palabra, Heston se acercó al lecho y, alzando el mosquitero, se sentó a los pies. Edwina estuvo a punto de decir: «Vete, por favor; vete, aunque solo sea esta noche»; pero se dio cuenta en seguida de que su esposo no tenía intención de quedarse.

Estaba sombrío y parecía enfermo. En los ángulos de sus poderosas mandíbulas se marcaban los músculos duros y nudosos, como siempre que preparaban una escena.

—Edwina, ¿quién es ese Ransome? —preguntó.

—Le conoces perfectamente. Es el hermano de Nolham. Incluso tuviste ocasión de tratarle hace años.

Nunca se le ocurrió pensar a Edwina que su marido pudiera sospechar toda la verdad, porque siempre estaba haciendo escenas como estas, por lo general en relación con hombres como Ransome, que le hacían experimentar a Heston un sentimiento de inferioridad. No le importaba que su mujer tuviera amistad con caballeros; pero le corroía aquel eterno *snobismo* suyo, aquel odio contra todos aquellos que, desde la cuna, poseían las cosas que él nunca había alcanzado y que no alcanzaría jamás. «Así es como funciona el sistema de castas en nuestro país», pensó Edwina.

—Pareéis muy amigos —comentó Heston.

—Le conozco desde hace muchos años. Fuimos amigos en Londres, recién acabada la guerra. No le veía desde hace casi quince años.

Heston apretó un poco más las mandíbulas.

—¿En dónde ha estado desde entonces?

—No lo sé. Vagando por el mundo. Ahora vive aquí.

—¿Por gusto?

—Sí, por gusto.

—Debe de estar loco de remate.

—No lo creo. Ha estado tratando de enderezar su vida.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que tiene que enderezar?

—No es una historia muy interesante. Te aburriría.

Heston sacó un cigarro y lo encendió. Edwina estuvo a punto de decir: «Haz el favor de no fumar aquí», pero lo pensó mejor y se dijo: «Si le dejo hacer lo que guste, se marchará mucho antes». Se sentía invadida por una repentina e invencible somnolencia.

—Supongo que será uno de esos malditos radicales.

—Puedes llamarle así.

—Pues debería estar en su patria, ayudando a su Gobierno. ¿Por qué te atraen tanto esos asnos?

Edwina se echó a reír, aunque en su fuero interno, ante la estupidez de su marido. No sentía ninguna particular inclinación por los radicales, los intelectuales o gentes por el estilo. No la atraían los hombres por sus ideas o por su cerebro. La cuestión era bastante más sencilla. «Es jocoso —pensó— eso de que siempre sea el marido el último en enterarse».

Estaba cansada, no física, sino espiritualmente, porque ya había sufrido escenas como esta infinidad de veces. Se conocía de memoria todas las preguntas y todas las respuestas, y en esta esgrima ella era mucho más ágil que su adversario.

El siguió adelante, agrio e insultante, y, habiéndolo oído todo en tantas ocasiones anteriores, Edwina no se molestó siquiera en escuchar, continuando el hilo de sus propias reflexiones: «¿Y si lo hiciese con un indio? No le estaría mal». Y mientras su marido hablaba, ella se puso a pensar en los indios que había conocido. Al que recordaba con más claridad era a aquel mayor Fulano de Tal, que, según le había dicho Ransome, era el cirujano jefe de Ranchipur. Le veía claramente, con sus anchos hombros, su piel clara y sus ojos azules. Sí, aquello podría ser divertido. Empezó a imaginarse lo que sería hacerse el amor con un indio, y luego observó a su marido y se dio cuenta de que su ancha cara había adquirido el color de una langosta cocida y que su ojos parecían como velados por una película. Por un instante pensó que acaso hubiese bebido más de lo acostumbrado, pero inmediatamente recordó que nunca ofrecía semejante aspecto cuando estaba borracho. En ocasiones parecía que le costase un tremendo esfuerzo pronunciar las palabras. De nuevo, la mirada de Edwina se posó en la aborrecida bata y, en medio de su modorra mental, le pareció que los caballos cobraban vida. Se movían vertiginosamente, saltando, galopando,

encabritándose, hasta que la contemplación de aquel espectáculo le puso los nervios de punta. Como lo contrario no hubiera servido para nada bueno, Edwina no perdía jamás el dominio de sí misma en el curso de estas escenas de celos y no replicaba nunca a los ataques de su marido. Ahora no era Heston quien la estaba sacando de quicio, sino la bata y aquel terrible encabritarse y saltar de los caballos. Y de pronto oyó su propia voz, replicando a su esposo:

—¿Por qué te ensañas siempre con los hombres como Ransome? ¿Es porque odias a todo el que es un caballero? ¿Porque sabes que son superiores a ti?

Durante unos instantes, Heston la contempló en silencio, con la pesada quijada semicaída, tan asombrado, que parecía incapaz de encontrar palabras para contestar. Por fin preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada de particular.

—Pues no alimentes ideas absurdas. Estoy orgulloso de ser Albert Simpson. Estoy orgulloso de haberme abierto mi propio camino. Estoy orgulloso de todo lo que he construido. Es bastante más de lo que son capaces de hacer tus desharrapados caballeros de alfeñique.

Y de nuevo volvió a asombrarle ella al contestar:

—Si, eso es verdad..., si es eso lo que más valor tiene para ti —y antes que él pudiera hablar, añadió—: ¿Qué es lo que quieres de mí, Albert? Si no te agrada que los hombres hablen con tu esposa, debiste casarte con una mujer de la clase media, fea y respetable, y no conmigo. A veces creo que no te casaste conmigo sino porque era Edwina Doncaster y lo que soy. Querías demostrar a la gente que podías tomar del mundo lo que deseases, arrebatándoselo a cualquiera. Constituía yo una especie de galardón que había gozado de una profusa y gratuita publicidad en los semanarios ilustrados y deseabas exhibirme. En realidad, no era *a mí* a quien querías. Entre nosotros no ha existido nunca la menor comprensión ni la menor simpatía. Lo único que perseguías era la idea que yo encarnaba a tus ojos. Cuando te casaste conmigo, ningún caballero digno de tal nombre me hubiese querido por esposa a ningún precio.

Durante un rato, Heston estuvo contemplando la punta de su cigarro sin pronunciar palabra. Edwina sabía lo que estaba haciendo. Contaba diez antes de hablar, dominándose para no decir nada que después tuviera que retirar. Era la suya la actitud del hombre de negocios sagaz, una postura que ya había observado en su marido cuando este discutía con otros hombres de negocios. Pero lo cierto era que se trataba de eso y de mucho más, porque de pronto, a pesar de la confusión y del cansancio que reinaban en su cerebro, acababa de comprender que, por primera vez en su vida conyugal, tenía la oportunidad de saber la verdad. Y tenía miedo. Titubeó un momento, preguntándose si no valdría más permanecer en la ignorancia y la duda, y luego, como un hombre que titubea antes de arrojarse al agua helada, apretó los



dientes y terminó por lanzarse:

—¿Por qué te casaste conmigo? —preguntó.

—Porque mi padre y yo estábamos con el agua al cuello y cargados de deudas. Porque tú me ofreciste una dote muy considerable. Porque pensé que resultaría muy agradable ser inmensamente rica y porque, en realidad, no me importaba mucho quién fuese mi marido —se quedó unos momentos callada, meditando, y luego agregó—: Creo que fue la dote lo que me decidió. Eso significa que, ocurriera lo que ocurriese, siempre sería independiente.

El la miró un momento, comprendiendo por primera vez la insondable dureza de la mujer con quien se había casado. Luego, silenciosamente, se levantó y aplastó la punta de su cigarro a medio fumar en el mármol del anticuado tocador estilo Victoriano. Fue un gesto reconcentrado y brutal, y Edwina pensó: «De buena gana haría conmigo lo mismo, pero no se atreve. Ahora ya no es el grande y dominador lord Heston. Es el pobre, presuntuoso y torpe Alfred Simpson, intimidado por la gente de la alta sociedad».

Heston abrió la boca como para replicar, pero se limitó a decir:

—Buenas noches.

Salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí, dejando a Edwina plenamente consciente de haber herido a quien había creído invulnerable a toda herida. Pero ella había encontrado el punto vulnerable en la coraza del gran lord Heston, nacido simplemente con el nombre de Albert Simpson, y la verdad era que no lo sentía. Aquello la vengaba de muchas cosas, de su brutalidad y arrogancia, de su vulgaridad y falta de sensibilidad, de su manera fría y brutal de hacer el amor, tomándola como si fuese una copa de coñac, para volver a dejarla prontamente, sin delicadeza, sin técnica, sin comprensión. Tal vez ahora la dejase en paz para siempre. De todos modos, con la dote, tendría siempre bastante dinero.

Los efectos del somnífero se habían esfumado. Edwina encendió la luz, y durante un rato trató de leer un libro titulado *La India, revuelta*, en cuya sobrecubierta se afirmaba que lo explicaba todo acerca de la India, pero que a ella le pareció que no resolvía nada en absoluto. Tan profundamente aburrido lo encontró, que leyó páginas enteras sin tener la más ligera idea de lo que estaba leyendo, sin dejar de ver, a través de las palabras impresas, la apuesta figura del cirujano indio, con sus ojos azules y sus dientes perfectamente blancos, un hombre muy atractivo, de perfecta hermosura varonil. ¡Ya le enseñaría ella a Albert!

Dejó, por fin, el libro y se levantó para tomar otra dosis de somnífero y coger el último cigarrillo. Acababa de volver a meterse en la cama cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Edwina.

—Soy Bates, milady.

—Pase.

Con el calor, la húmeda piel del criado parecía más blanca que nunca. Entró en la habitación, en actitud respetuosa, un tanto cadavérico. Tampoco a él le sentaba bien aquel clima.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edwina.

—Lamento tener que molestar a su señoría, pero creo que al señor le ocurre algo anormal. No se encuentra bien.

—¿Qué le pasa, Bates?

No tengo la menor idea, milady; pero, desde luego, tiene fiebre. He querido tomarle la temperatura, pero se ha negado en redondo. Ya sabe su señoría cómo es. Nunca reconocerá que se encuentra enfermo.

—Habrá que llamar a un médico.

—Tampoco quiere oír hablar de eso. Dijo que entre estos indios no puede haber ningún buen médico —en los labios de Bates se dibujó el espectro de una sonrisa, y añadió—: El señor ha empleado palabras mucho más fuertes que estas, pero eso es lo que quiso decir. Esto era lo que más le desagradaba a Edwina de Bates. Como si la sonrisa del criado implicase: «Usted y yo entendemos al viejo bastardo». Y aquello no era justo. Los dos odiaban a Heston; pero mientras permaneciesen a su lado, ninguno de ellos debía dárselo a entender al otro.

Permaneció silenciosa unos momentos, pensando en muchas cosas. Luego dijo:

—Gracias, Bates. Si mañana por la mañana no estuviese mejor, llamaría a un médico. Creo que podré persuadirle para que le reciba.

—Gracias, milady. Buenas noches.

—Buenas noches, Bates.

Cuando se hubo marchado, Edwina, pensando en él, se dijo que era un mal criado, no porque fuese ineficiente o estúpido, sino porque le interesa menos el bienestar de aquellos a quienes servía que el suyo propio. «Probablemente será comunista en el fondo —pensó—. Parece un criado de novela policíaca, de esos que aparecen en las casas de huéspedes en donde se ha cometido algún crimen». Daba una impresión profesional de absoluta discreción, pero el instinto le advertía a Edwina que no debía confiar en él ni un solo momento. Aquella conversación dejó en Edwina una curiosa sensación de disgusto, como si, en cierto modo, Bates hubiese conseguido hacerla su cómplice. Bates no se había traicionado en manera alguna, ni por una mirada ni por una palabra, ni siquiera por la más leve entonación de la voz; pero ella *sabía* que estaba pensando en la muerte de Heston y que hallaba en este pensamiento un verdadero placer, y tampoco ignoraba que el criado sabía que también ella había pensado en lo mismo.

Edwina no quería que muriese su marido, no lo *deseaba*; pero no podía evitar la idea de lo mucho que se simplificaría para ella la vida si su marido muriese y lo

agradable que sería la libertad con todo el dinero que seguramente le dejaría, además de la dote, independientemente de lo que ella le hubiese dicho o de como le tratase.

Apagó otra vez la luz, pero no pudo dormir en mucho rato. El rumor de la torrencial lluvia y el zumbido de los insectos que ennegrecían la superficie de los blancos mosquiteros se lo impedían, y por un momento, mientras se debatía entre el sueño y la vigilia, volvió a apoderarse de ella por segunda vez el histérico terror a la India. En el momento mismo en que se estaba quedando definitivamente dormida tuvo un extraño sueño: buscaba algo desesperadamente, pero no sabía qué era; presa de terrible ansiedad, vagaba por inmensas llanuras polvorientas, luego por calles hediondas y finalmente por una intrincada selva, en la que le parecía oír crecer a su alrededor plantas, árboles, helechos y enredaderas, que iban aprisionándola en una cárcel inexpugnable. Y entonces, precisamente cuando sabía que iba a encontrar lo que buscaba al otro lado de la siguiente colina, se despertó gritando.

## XXXIX

Durante unos momentos, mientras Ransome permanecía en la terraza mirando a través de la ventana de su habitación, toda una procesión de mujeres desfiló por su mente, mujeres de toda suerte y condición, que surgían de un pasado desesperado y despreocupado, cuando había hecho el amor sin discriminación, aquí y allí, según se presentaba la ocasión, a través de medio Oriente. Y se preguntaba cuál de ellas habría venido hasta Ranchipur, ahora, en medio del monzón, para sacarle de su madriguera. ¿Cuál de ellas le había amado lo bastante para ello? ¿Cuál de ellas le había considerado digno de semejante cosa? Lleno de inquietud, recordó a la esposa del plantador malayo, que había sufrido un ataque de histerismo cuando él se marchó; a la incitante rusa de Shanghai, que había declarado que no le abandonaría jamás; a la muchacha inglesa de Colombo, que tal vez se hubiese enterado de que, al fin, había dejado de vagabundear por el mundo y se había instalado en Ranchipur. Podía tratarse de cualquiera de ellas o de cualquiera de media docena más, o quizá de alguna de aquellas otras a quienes ya no le era posible recordar sin realizar un verdadero esfuerzo. Y no era capaz de pensar lo que sería posible hacer con cualquiera de ellas en un mundo tan estrecho como el de Ranchipur, excepto casarse con ella, cosa que, desde luego, no tenía la menor intención de hacer. Todo aquello cruzó por su cerebro en el espacio de un segundo: sus especulaciones, el alud de recuerdos y hasta la seguridad de que, de todo aquel lote, a quien más le hubiese gustado volver a ver habría sido a la rusa, aunque no aquí, en Ranchipur.

Luego dio un rodeo y entró por la puerta. La mujer se volvió al oír el rumor de sus pasos, y Ransome, repentinamente aliviado, vio que solo se trataba de Fern Simón.

Estaba calada hasta los huesos. El viejo vestido de tenis se le adhería estrechamente al cuerpo, dibujando todas sus formas, y por primera vez Ransome se dio cuenta de que Fern no solo tenía un lindo rostro, sino la más hermosa de las figuras. Ella le miró con una sonrisa avergonzada en los labios y dijo: «¡Hola!», de una manera casual, como una mujer de mundo, como si se encontrase allí de acuerdo con una cita previamente convenida; pero su voz sonaba un poco insegura, como la de una actriz que no domina su papel y teme olvidar lo que debe decir.

—¡Hola! —contestó él—. ¿Qué hace usted aquí?

—Me he marchado de casa. Y no volveré nunca más.

Ransome sonrió, pensando para sus adentros: «Bueno; bonito lío se prepara». Y en voz alta dijo:

—No puede usted hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo echar semejante responsabilidad sobre mis hombros.

Y en el mismo instante se dio cuenta de que la inseguridad de la voz y de la actitud de la muchacha se debía al hecho de que, pese al calor húmedo reinante, estaba tiritando y esforzándose porque sus dientes no entrechocasen. Y el antiguo terror a la fiebre se apoderó de Ransome, no por él, sino por ella.

—Va usted a volver inmediatamente a su casa —dijo—. Yo la acompañaré.

Pero Fern se mostró inmovible. Incluso plantó sus pies en el suelo con más firmeza, separándolos un poco, como si estuviese dispuesta a resistir físicamente, en caso de necesidad. Su actitud de reto y su decisión divertieron no poco a Ransome, por cuyo cerebro cruzó la idea de que tal vez no fuese tan necia como creía. Contemplándola, comprendió que, en el estado de ánimo en que se hallaba ahora la muchacha, podría arrojarse al suelo y ponerse a gritar y a llorar como una criatura, cosa que no era conveniente ocurriese.

—Lo mejor será que se ponga antes unas ropas secas —dijo—. No puede seguir así más tiempo. Está usted tiritando.

—¿Y qué voy a ponerme?

—Tendrán que ser ropas mías. No tengo aquí ropa de mujer. Fern no opuso ninguna objeción, porque su timidez iba ya disipándose un poco y se sentía metida de lleno en su papel de Blythe Summerfield, la *Perla de Oriente*. El cambiarse de ropa le daría un pequeño respiro para recuperar el dominio de sí misma. Y, además, era una idea verdaderamente brillante para una escena de película aquella de ponerse las ropas del hombre a quien amaba y aparecer en la secuencia siguiente vestida de muchacho. Esperó mientras Ransome iba a buscar una toalla, un pantalón corto y una camisa.

—Y ahora —ordenó él como si estuviese hablando con una niña— vaya al cuarto de baño y séquese bien, pero frotando con fuerza. Luego póngase esto. Y después la llevaré a su casa —se quedó mirándola escrutadoramente y preguntó—: ¿Ha tenido alguna vez malaria? ¿No tiene fiebre ahora?

—No... La verdad es que no sé por qué estoy tiritando. No tengo nada de frío.

Ransome pensó: «¡Señor, una criatura como esta no puede temblar por ninguna otra razón!».

Cuando ella salió de la estancia, Ransome fue a buscar una botella de coñac y dos vasos, y luego colgó el viejo impermeable y el maltratado sombrero que la muchacha había dejado allí. Ransome se reía para sus adentros de lo singular de aquella situación: el libertino y la cándida doncella a solas en su casa, y experimentó el repentino y perverso deseo de referirle a Edwina lo que estaba sucediendo. Sin duda le divertiría mucho, no dejaría de ver lo jocoso de la situación. Entonces se acordó de Juan Bautista, y todo su regocijo se disipó como por encanto. Si Juan Bautista se enteraba de que Fern estaba aquí, desde luego no se guardaría la noticia para sí solo, y sus chismosos amigos, los tañedores de flauta, se la transmitirían a su vez a sus

respectivos amigos, y más tarde o temprano, todo Ranchipur se enteraría de ello.

Dejando sobre la mesa la botella y los vasos, salió a la terraza y miró en dirección al pabellón del jardín en donde dormía Juan Bautista. No se observaba ningún signo de vida en medio de la oscuridad, y Ransome pensó: «Está durmiendo como un animal». Por un momento estuvo tentado de cruzar el jardín bajo la lluvia, para asegurarse de ello; pero comprendiendo que no podría cubrir aquella distancia y regresar sin calarse hasta los huesos, abandonó la idea y volvió a entrar en la casa, pensando: «¡Al diablo con todo!».

Cuando Fern salió del cuarto de baño ya no tiritaba. La camisa de tenis le estaba muy ancha; pero el pantalón corto, dada la delgadez del talle de Ransome, le sentaba admirablemente, habiendo adquirido con el cambio una especie de elegancia que anteriormente quedaba oculta bajo sus desaliñadas ropas. Ya no era la hija un poco tosca de un misionero en una minúscula comunidad pequeño-burguesa. Ransome vio que la muchacha tenía posibilidades, y por un instante, en su entusiasmo, pensó: «Casi ilimitadas posibilidades». Pero, refrenándose, se dijo en seguida: «Cuidado..., mucho cuidado ahora». En voz alta dijo:

—Bueno; tómese estas píldoras y beba esto. Cuando llegue a su casa tómese otras dos, y dos más por la mañana. Guárdese la caja en el bolsillo de la camisa.

Fern cogió el vaso de coñac con agua e insistió:

—No me pasa absolutamente nada. Y, además, no me gusta el sabor de la quinina.

—Está bien; pero haga lo que le digo.

Fern le miró un segundo con una expresión de asombro en sus claros ojos azules. Luego, como una niña obediente, ingirió las dos píldoras, bebió un buen trago de coñac con agua e hizo una mueca.

—No soy una chiquilla —dijo.

—Nadie ha dicho que lo sea, pero no se puede jugar con la fiebre.

—Yo no tengo fiebre. Estaba temblando de excitación.

Ransome cogió el impermeable y el sombrero y dijo:

—Bueno; ahora se va a casa.

Pero la muchacha se sentó de pronto y repitió:

—No pienso volver a casa. No puedo... No volveré nunca allí.

—¿Por qué no?

—Porque he dejado una nota diciendo que me marchaba para siempre. Ahora no puedo volver. Después de eso no podría mirarle en la cara a mi madre.

Ransome sonrió y dijo:

—No debe dejar nunca esa clase de notas, por si acaso luego cambia de opinión.

—No se burle de mí.

—No me burlo. De todos modos, con nota o sin ella, es lo mismo. Nadie encontraría esa nota hasta mañana por la mañana. Puede usted romperla antes que

nadie la vea.

De pronto, Fern rompió a llorar, de la misma forma que lo había hecho en la tarde de la reunión para tomar el té.

—No puedo —sollozó—. No puedo volver. He terminado para siempre con esa vida piojosa.

Sus sollozos alarmaron a Ransome, hasta que comprendió que no era fácil que llegasen a través de aquel ruidoso aguacero al pabellón en donde dormía Juan Bautista. Siempre que una mujer rompía a llorar, Ransome se sentía desamparado y experimentaba el vehemente deseo de echar a correr. Más de una vez lo había hecho así, en aquellas ocasiones en que las mujeres se emocionaban demasiado y rehusaban aceptar los límites de lo que él estaba dispuesto a dar. Pero esta vez era completamente inocente y no estaba dando nada en absoluto, salvo tal vez consejos. Además, de la huida no resultaría nada bueno. No quería marcharse de Ranchipur. No estaba dispuesto a irse de allí por culpa de una muchacha que no significaba absolutamente nada para él.

—Mi madre dice que tengo que casarme con Harry Loder —explicó Fern, hipando—, y yo no quiero.

Vagamente, Ransome sondó su mente, tratando de recordar cuál de «los muchachos» era Harry Loder, hasta que de pronto cayó en la cuenta de quién era. Harry Loder era aquel individuo corpulento y bobino, precisamente el que más le desagradaba de todos «los muchachos». Un tipo petulante y dominador, que, además, bebía sin medida. ¿De modo que Harry Loder quería casarse con ella? La noticia le sorprendió extraordinariamente. ¿Sería posible que Harry Loder, con su relamido *snobismo* castrense, estuviese dispuesto a casarse con la hija de un misionero? Luego creyó adivinar el motivo. Fern era la europea más linda de todo Ranchipur, una de las más guapas de toda la India; Harry Loder la deseaba y habría llegado a la conclusión de que aquella era la única manera de conseguirla. Cuando se hubiera cansado de ella, la desdeñaría y la sustituiría por la primera mujer que encontrase a mano, sin olvidar jamás, ni permitir que lo olvidase Fern, que le había hecho un señalado favor casándose con ella, la hija de un misionero. Era una comedia que había visto representar más de una vez en la India. No, no podía casarse con Harry Loder. Eso estaba fuera de toda discusión.

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo volvió a sentir vivo el espíritu caballeresco de su juventud. En otra época, ese espíritu había sido en él exagerado y fantástico, acarreándole toda suerte de sinsabores; pero, desde hacía largos años, se había mantenido en guardia contra él, ya que, indefectiblemente, paralizaba su sentido común y le colocaba en trances absurdamente ridículos. No había lugar en el mundo para caballeros andantes. Solo se conseguía parecer un necio.

—No —dijo—; evidentemente, no puede usted casarse con Harry Loder. ¿Se lo

ha propuesto él... en debida forma?

—Sí, me lo ha pedido a mí y también ha hablado con mi madre. Por eso lo sabe ella. Ahora todo será peor aún que antes.

Cautelosamente, Ransome comentó:

—Un caso en el que yo nada puedo hacer. Comprenda que no es asunto de mi incumbencia.

Fern dejó de llorar y se le quedó mirando con aquella expresión de resolución que tanto le había impresionado antes.

—Sí, algo puede hacer —afirmó, y luego, desviando la mirada, añadió—: Con tal que sea lo bastante grande para ello. Cuando he venido aquí creía que lo era.

Ransome sintió deseos de echarse a reír, pero se limitó a preguntar:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si me dejase permanecer aquí esta noche..., si me encontrasen aquí por la mañana y se enterase de ello todo el mundo, Harry Loder ya no desearía casarse conmigo, y mi madre tendría que mandarme fuera de Ranchipur, pues sería la comidilla del día. ¿Comprende? Entonces yo podría irme tranquilamente a vivir mi vida. No volvería nunca —tras un momento de silencio, agregó—: No me importa lo que la gente de aquí diga de mí.

Era evidente que sabía lo que quería. Los deseos de reír que sintiera Ransome se trocaron en repentina admiración ante la fuerza de voluntad de la muchacha.

—¿Y yo? —preguntó.

Respondió Fern con tal prontitud, que Ransome comprendió que la muchacha había reflexionado detenidamente acerca de la cuestión y tenía previstas todas las preguntas y respuestas.

—A usted no le importaría una cosa así —afirmó—. Usted ha vivido. Tiene una gran experiencia. Una cosa así no dañaría su reputación. No veo ninguna razón para que se preocupe.

Tanto lo que decía como la naturalidad con que lo expresaba le revelaron súbitamente a Ransome, con repentina intuición, el concepto que de él tenía aquel mundillo insignificante al que tanto despreciaba. En el fondo de sus corazones, bajo la capa de su *snobismo* y de su adulación servil, aquellas gentes le consideraban un libertino, un perdido, un rufián, un detrito, capaz de toda acción baja y miserable. Debían de haber hablado así de él, en ocasiones, hallándose presente Fern. Y, no obstante, le recibían con agrado y hasta corrían detrás de él cuando les dirigía una sonrisa.

De repente experimentó una violenta irritación, no contra la muchacha, sino contra el mundo del cual procedía: «¡Esos condenados lavacaras! —pensó—. ¡Se necesita descaro para que se atrevan a juzgarme a mí!».

—¿Qué es lo que le hace pensar así? —preguntó—. ¿De dónde ha sacado



semejante idea?

La respuesta de Fern fue desconcertante, y toda la ira de Ransome se disipó instantáneamente.

—Quiero decir que a usted no le preocupan esas estúpidas zarandajas acerca de la respetabilidad. Que le tiene sin cuidado lo que la gente piense o diga de usted. Porque no es como ellos. ¿No comprende que realizaría una noble acción si me ayudase?

—¿Ha leído usted todo eso en alguna parte?

—No, es el resultado de mis propias reflexiones —y de pronto, olvidando sus lágrimas, continuó vehementemente—: ¿No ve que lo *comprendo* todo? Sé muy bien cómo es usted, cómo es realmente. Aborrece la clase de vida que ellos llevan, y lo mismo me ocurre a mí. Necesito pertenecerme a mí misma, ser yo misma. Quiero extraerle a la vida todo lo que pueda dar. Me importa un bledo ser persona respetable o no. Me importan poco todas esas cosas.

Así, pues, este era el concepto que ella tenía de él. Desde luego, así había sido en otros tiempos, muchos años atrás, y de repente sintió vergüenza de su cansancio y de su hastío.

—Todo eso está muy bien —dijo—, pero no es tan sencillo como parece. Tiene usted que ser muy fuerte..., más fuerte que yo, para salirse con la suya. Tal vez no haya nadie lo bastante fuerte para eso.

—No he creído nunca que las cosas fuesen a resultar fáciles.

—¿Por qué ha acudido usted a mí? Si es eso lo que persigue, podría haber recurrido a cualquier otro..., a cualquiera de «los muchachos», pongamos por ejemplo.

Fern se inclinó hacia adelante, cogió un cigarrillo de encima de la mesa y trató de encenderlo. Pero la cerilla estaba húmeda y no se inflamó, y el rostro de la muchacha se puso rojo de confusión. No obstante, persistió en sus esfuerzos, y la segunda vez le sonrió el éxito y empezó a fumar de una manera inexperta, como una solterona que fumase por primera vez en su vida. Mientras Ransome esperaba contestación a su pregunta, no dejaba de observarla atentamente, cautivado y un tanto conmovido por su juventud.

—Usted es el único a quien podía dirigirme, porque es también capaz de comprender y no aprovecharse de mí —hizo una pausa y añadió—: Y porque me gusta. A veces creo que es la única persona de todo Ranchipur a quien no odio.

Y ahora comprendió Ransome que la muchacha había cogido el cigarrillo con el fin de darse ánimos y de parecer una mujer de mundo, capaz de hablar con naturalidad de estas cosas.

—Pero usted no me conoce.

—Sí que le conozco.

—Ya, el hombre fuerte y silencioso... —dijo Ransome, sonriendo—, misterioso,

frío y diferente de los demás.

—No se burle de mí. No me trate como si fuese una niña. No lo soy, ni quiero serlo. Quiero ser una mujer.

Por unos instantes, Ransome sintió que flaqueaba.

—Nunca me dio usted a entender que yo fuese de su agrado. En realidad, apenas si me ha dirigido nunca la palabra.

En seguida, dándose cuenta de que en aquella dirección acechaba el peligro, refrenó la lengua.

Los cabellos de Fern habían empezado a secarse y estaban cubriendo de dorados rizos toda su encantadora cabecita. A pesar de los esfuerzos de Ransome para evitarlo, no podía dejar de reparar en el cuerpo de la muchacha, en su virginal esbeltez, en sus largas y bien formadas piernas y en sus torneados tobillos. Las ropas que ahora llevaba le sentaban admirablemente. Pero la situación empezaba a degenerar en lo grotesco: ¡que hubiera de ser él, entre todos los hombres, quien debiera resistir a tanta hermosura y lozanía puesta al alcance de su mano! Se sirvió otra copa de coñac y se sintió acometido de repentino vértigo. «Después de todo —se decía para sus adentros—, acaso lo sucedido con Edwina haya sido para bien. Quizá eso me haya impedido hacer el oso con esta muchacha. Es curioso cómo se encadenan las cosas». Pensó que debía obligarla a marcharse inmediatamente, pero no se sentía con fuerzas para ello; la tentación, aun cuando no tenía intención de ceder a ella, era demasiado encantadora y excitante. Se sentía como no se había sentido en mucho tiempo, joven e interesado por algo que estaba más allá de la satisfacción sensual del momento.

Notó luego que Fern había apurado el vaso de coñac con agua que le había dado, y pensó: «No he debido darle tanto. Probablemente es la primera vez que bebe coñac en su vida».

Fern estaba diciendo:

—Me gusta usted desde hace mucho tiempo. Le he observado en la calle. Todos los sábados he esperado junto a la ventana para verle pasar cuando iba a casa de los Smiley. Siempre me ha gustado usted; lo que pasa es que usted me ha tratado siempre como si fuese una niña. Ni siquiera se ha molestado en dirigirme la palabra.

«No —se dijo Ransome—, desde luego, no es una niña de tres años. Sabe lo que quiere y no existe fuerza capaz de detenerla —se bebió un segundo vaso y pensó—: Bueno, ¿y por qué no? ¿Qué importaría, después de todo? ¡Es tan breve y tan miserable esta existencia!».

Pero en voz alta dijo:

—Y ahora va usted a volver a su casa antes que sea demasiado tarde.

Ransome había estado apoyándose en la mesa, pero ahora se irguió bruscamente, dejando al mismo tiempo el vaso sobre la mesa para dar más fuerza a sus palabras.

—No me obligue a marcharme. Por favor, deje que me quede aquí.

Ransome se inclinó de nuevo, apoyando las manos sobre la mesa.

—Si se quedase, ¿qué haría usted después? Porque yo no pienso casarme con usted.

—Ni yo lo desearía tampoco. No me interesa atarme a nadie.

—Entonces, ¿qué cree usted que pasaría?

De nuevo respondió Fern con sorprendente rapidez:

—Tendría que marcharme de Ranchipur, tanto si le gustaba a mi madre como si no. Iría a América y allí encontraría mi oportunidad. Podría ir a Hollywood. Estoy segura de que tendría éxito.

—Eso no es nada fácil. Cuesta mucho abrirse paso allí.

—Haría cualquier cosa por conseguirlo.

Ransome la miró fijamente, sin pronunciar palabra, y la muchacha, desviando la mirada, prosiguió:

—Sí, cualquier cosa, lo que sea... ¿Qué es cualquier cosa si con ello se consigue la libertad..., el poder hacer aquello que se desea? Una cosa como esa no tiene importancia. En un minuto ha concluido. De todos modos, el cuerpo no importa nada. No reside en él precisamente nuestra personalidad.

De nuevo, Ransome sintióse presa del vértigo, y pensó: «Es imposible. No es cierto que yo esté escuchando estas cosas. Es curioso pensar que una vez yo alimenté semejantes ideas».

—Pero eso puede ser terrible —dijo en voz alta—. Usted no tiene la menor idea de lo odiosos que pueden ser los hombres.

—Por eso he venido aquí —estuvo titubeando unos momentos, como haciendo acopio de valor, y luego prosiguió resueltamente—: Por eso he querido que fuese con usted la primera vez. Sé que usted no es así y he querido que la primera vez fuese con alguien de mi agrado. ¿No lo comprende? ¿No se da cuenta? Lo que suceda después ya no tendrá tanta importancia. No creo que sea pedirle demasiado.

Temblando un poco, Ransome se dijo: «¡Santo Dios, hay cosas que jamás soñó San Antonio!». Y, en voz alta, dijo:

—Sí, comprendo..., lo comprendo todo muy bien. Y por eso ahora mismo va usted a regresar a su casa. Si se obstina en quedarse aquí, estoy dispuesto a ir a buscar a su madre —se acercó a ella y, ofreciéndole el húmedo impermeable, ordenó con aire conminatorio—: ¡Vamos!

Pero Fern no se movió de donde estaba. Lo único que hizo fue empezar a llorar otra vez.

—¡No, por favor, déjeme quedarme aquí! —exclamó—. No me obligue a volver a mi casa.

Ransome se sintió repentinamente cansado. Notaba cómo se iba deslizando por la

pendiente de su antigua debilidad. Sabía que no iba a tardar nada en entrar en el terreno de los compromisos, de las dilaciones, de las promesas que no pensaba cumplir nunca. Eso era lo que había hecho en la terraza el día de la reunión para tomar el té, con el único resultado de verse ahora metido en mayores honduras.

—Tendrá usted que concederme algún tiempo para reflexionar sobre todo esto.

Y cuando oyó sus propias palabras, Ransome se echó a reír a carcajadas.

—No puedo volver a casa ahora —afirmó Fern—. Mi madre se despertaría y me preguntaría dónde he estado. Oiría el ruido del motor.

Pero Ransome había previsto la objeción.

—No, porque no nos acercaremos hasta la casa. Pararé el coche al final de la cuesta y la llevaré a casa de los Smiley. Puede pasar la noche allí y, al rayar el día, atravesar la carretera y entrar en su casa. Entonces podrá romper la nota antes que nadie la encuentre.

—No quiero ir a casa de los Smiley. La señora Smiley me detesta.

—Usted no conoce a la señora Smiley. No detesta a nadie. No tiene tiempo para eso.

Fern se había levantado de la silla, y, sin dejar de llorar, exclamó:

—¡No me obligue a marcharme! ¡No quiero irme! No me iré, a menos que prometa que nos veremos otra vez y que se portará bien conmigo.

—Lo prometo.

—Y tiene usted que ayudarme.

—La ayudaré.

—Porque no es verdad lo que le he dicho antes. No me gusta usted. Es más que eso —empezó a ponerse el impermeable—: creo que le amo. Si no fuese por eso, no volvería a mi casa ahora.

—¡Oh Dios mío!

## XL

A lo largo de la carretera el agua corría por las cunetas, y en uno de sus trozos se extendía formando una laguna en la que el viejo Buick, con las luces veladas por la densa cortina de lluvia, se metió resueltamente, salpicando a los dos ocupantes. Iban en silencio, uno junto al otro, porque, desde el momento de la confesión de Fern, se había alzado entre ellos una extraña barrera, mezcla de timidez y de una rara parálisis que les impedía hablar. La situación había dejado de ser divertida, había cesado de ser una farsa en la que Ransome desempeñara el papel de hombre bueno y prudente, y este se daba cuenta de que Fern ya no estaba representando el suyo. Ransome ignoraba el papel que había estado representando la muchacha porque nada sabía de la existencia de Blythe Summerfield, la *Perla de Oriente*, pero comprendía perfectamente que se había desviado del que evidentemente se asignó antes de venir a su casa.

Durante un rato Ransome se había esforzado por hallar algo que decir, creyendo que una conversación superficial podría situar de nuevo sus relaciones en la esfera del sentido común, pero no se le ocurrió nada que no sonase a frío y ridículo y que no traicionase sus intenciones, porque ahora ya sabía que la muchacha no era ninguna necia. Había algo en su franqueza, en la forma tan directa que tenía de abordar las cuestiones, que hacía imposible toda charla insustancial en aquellos momentos. Estaba sentada un poco apartada de él, arrebujada en su sitio, y, aunque Ransome no miraba en aquella dirección, tenía perfecta conciencia de su proximidad y la veía claramente en su atavío masculino: deliciosa, atractiva y un poco salvaje. Era verdaderamente singular aquella claridad con que la veía ahora en su imaginación, cuando un par de horas antes, si alguien se lo hubiese preguntado, no habría sido capaz de describir ni uno solo de sus rasgos.

Un poco más allá de la destilería de alcohol, Ransome detuvo el coche y dijo:

—Mejor será que vayamos a pie desde aquí, y así el ruido del motor no despertará a nadie.

—Pero yo puedo ir sola. De lo contrario, se pondrá usted como una sopa.

—No importa. Regresaré a casa directamente. ¿Se le ha pasado el frío ya?

—No era frío lo que tenía. No me pasaba absolutamente nada.

«Entonces es que esta muchacha es así —pensó Ransome—. A lo mejor resulta que soy un perfecto idiota». Y mientras chapoteaba a su lado, bajo la lluvia, tuvo un momento de visión clarísima, como si de pronto un potente foco le hubiese iluminado por dentro, y se sintió un poco sorprendido y sobresaltado al comprender que, durante la hora o las dos horas que habían estado juntos, una parte de él mismo no había hecho otra cosa sino analizarla minuciosamente, detalle por detalle, fría y deliberadamente: la garganta, los pechos, los muslos, la rubia cabellera, especulando

sobre el sabor que tendría aquella experiencia. «Soy un tipo senil, un viejo y gastado libertino —se dijo, porque mientras la había estado examinando así, no había pensado para nada en lo que Fern pudiera ser por dentro—. Y no debería ser así. No tengo más que treinta y ocho años. Acaso sea esto todo lo que me queda. Quizá sea esto ya lo único capaz de reanimarme».

La casa de los Smiley estaba a oscuras, pero no tuvieron ninguna dificultad en encontrar la puerta y en entrar, salvo que Ransome se dio un golpe terrible en la sien al chocar con uno de los colgantes recipientes en que tía Phoebe tenía sus petunias. La puerta de aquella casa no se cerraba nunca, ni las ventanas tampoco. De día o de noche cualquiera podía penetrar tranquilamente hasta el corazón mismo de la vivienda. Al principio, habían entrado merodeadores en dos o tres ocasiones, pero no tardó en difundirse la noticia de que los Smiley no poseían nada que valiese la pena robar, y, después de eso, ya nadie volvió a turbar la paz de aquella morada.

Ransome conocía bien la casa y no necesitaba luz para orientarse. Dejó a Fern en un rincón del vestíbulo y avanzó por el corredor con la sola ayuda de su mechero, hasta llegar a la puerta de la habitación en donde dormían los Smiley. Llamó dando unos golpecitos con los nudillos. No temía sobresaltar al matrimonio, porque ya estaban acostumbrados a que se los despertase a cualquier hora de la noche, cuando se producía algún caso repentino de enfermedad o de muerte entre los *intocables* o los miembros de las castas inferiores. Llamó dos veces, y entonces le respondió la soñolienta voz del señor Smiley, que preguntó:

—¿Qué hay?

—Soy Ransome. ¿Podría verle un momento?

Esta vez la voz del señor Smiley sonó despierta y alerta:

—Desde luego. Espere un instante.

Abrióse la puerta y apareció el señor Smiley, enfundado en una bata de algodón, seguido de cerca por la señora Smiley, envuelta un quimono, con los cabellos trenzados y recogidos en lo alto de la cabeza, formando una especie de barrena.

La señora Smiley encendió la luz, y Ransome, sonriendo, dijo:

—Siento mucho molestarles a estas horas, pero las circunstancias son un tanto extraordinarias.

Les explicó que Fern se había marchado de su casa y las razones por las que no quería volver allí y prefería pasar la noche en casa de los Smiley. Contó lo suficiente acerca del episodio para que pareciese verosímil, dándoles a entender que no la había encontrado esperándole en su habitación, sino caminando por la carretera, bajo la lluvia. Los Smiley no parecieron asombrarse de nada, ni siquiera cuando vieron a Fern en el extremo del vestíbulo, llena de timidez y vestida con las ropas de Ransome.

—¡Hola, Fern! —dijo la señora Smiley, como si fuesen las mejores amigas,

mientras se acercaba para saludarla y recibirla en su casa.

La situación no era nada fácil para la muchacha, que siempre había mirado con desdén a los Smiley, considerándolos gente necia, excesivamente pía y trabajadora en demasía; pero la señora Smiley, que acaso no hubiese reparado nunca en la arrogancia de Fern, le dio a todo un aire tan natural y sencillo como si la muchacha no hubiese hecho más que cruzar la carretera para pedirle una cucharadita de levadura.

—La instalaremos en una habitación contigua a la nuestra —dijo la señora Smiley—. Así no tendrá usted miedo.

—No lo tengo —afirmó la muchacha, y Ransome se dio cuenta de que todavía era una chiquilla.

Los Smiley rogaron a Ransome que se quedase a tomar algo. Todo sucedía, pensó este, exactamente igual que si hubiera sido un forastero sorprendido por una terrible tempestad, y la casa de los Smiley, una cabaña en la frontera. No mostraron la menor sorpresa y no hicieron preguntas, llenos de cálida hospitalidad. En aquel momento se entreabrió una puerta, un poco más abajo del pasillo, y de ella surgió la cabeza de tía Phoebe.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Si puedo hacer algo...

—No —respondió la señora Smiley—. No es nada.

Pero tía Phoebe había visto a Ransome y a la hija de «aquella pobre blanca» de la señora Simón, vestida con ropas de hombre, y salió de la habitación tal y como estaba, con su camisón de cuello cerrado y amplias mangas y sus ralos cabellos blancos recogidos en moñitos envueltos en papel, para averiguar de qué se trataba. Y Ransome, sabiendo que no vacilaría en hacer preguntas muy difíciles de responder, se escabulló prontamente; pero antes de marcharse fue a despedirse de Fern. La muchacha le miró fijamente a los ojos, tan fijamente que, por un momento, Ransome se sintió desasosegado.

—Gracias —dijo ella simplemente.

Pero él se percató de que la muchacha estaba esforzándose por que comprendiese que no todo había concluido entre ellos y que no serviría de nada tratar de quitársela de encima con simples promesas.

## XLI

Cuando, empapado por la lluvia y con los ánimos bastante decaídos, dejó el coche en la *porte cochère*, Ransome pensó por primera vez con toda claridad en lo cerca que había estado de cometer un acto que habría hecho imposible para siempre su estancia en Ranchipur. Después de secarse, frotándose bien, y de beberse el coñac que quedaba en la botella, vio todo lo ocurrido con mayor nitidez todavía, recordando perfectamente los diversos momentos en que, cada vez más desasosegado y aturdido, se había dicho: «¡Al diablo tantos miramientos! Al fin y al cabo, esto es lo único que realmente cuenta en la vida. Si no lo hago, algún día, de viejo, lo lamentaré».

Había llegado a la conclusión de que casi lo único que le remordía la conciencia eran las cosas, buenas o malas, que había dejado de hacer en el curso de su existencia. Y allí estaban aquellas cosas, en la urdimbre de su vida, como agujeros dejados por un tejedor negligente, estropeando el espléndido efecto del tejido. Y era imposible reparar aquellos agujeros. Lo hecho, hecho quedaba. Y lo más terrible de todo era que los elementos que tan importantes parecían ahora —el honor, el temor a las habladurías, el sentido de responsabilidad— llegarían algún día a carecer de toda significación. «Tal vez —reflexionó— los verdaderamente fuertes sean aquellos que conocen todo esto, tienen plena conciencia de ello y, no obstante, actúan sin piedad». Porque Ransome no creía que él fuese fuerte, ni que lo hubiese sido poco antes, cuando Fern estaba sentada delante de él, provocativa y vehemente. Todas aquellas cosas se habrían desvanecido algún día, dejándole únicamente el sordo remordimiento de haber renunciado a una experiencia que podría haber sido radiante y maravillosa. Tales reflexiones le llevaron inmediatamente a la teoría filosófica del mayor Safka: el cuerpo, que tantos dolores ocasiona, para enjugar su deuda, debe procurarnos muchos placeres sensuales.

«¡Maldita sea! —pensó, ya ebrio—. Siempre han de ser el moralista y el caballero que llevo dentro quienes me paralicen y lo echen todo a perder». Ni siquiera el deliberado y maldito libertinaje en el que se había hundido una y otra vez, tratando de ahogar aquellos sentimientos, había conseguido aniquilarlos. Estaban todavía allí, aletargados durante largos períodos de tiempo, para despertarse de pronto, cuando menos lo deseaba, y obligarle, pese a todo, a abrazar el mismo papel que mucho tiempo atrás, asqueado, había rechazado conscientemente, mediante un deliberado esfuerzo de voluntad.

Apagando la luz y metiéndose en la cama por debajo del mosquitero, pensó: «Nunca he hecho el amor gozándolo directa y brutalmente, como la mayoría de los hombres. Jamás he perdido la conciencia de mí mismo. Siempre he permanecido un poco al margen, observándome, consciente de mi futilidad, mi vergüenza y mi ridiculez». Quizá llegase el día en que, al fin, venciese todas estas cosas y encontrase



el camino recto, pero aquel día —lo comprendía perfectamente, aun en medio de su embriaguez— significaría no solo la liberación de su cuerpo, sino la muerte de todo lo que era él mismo.

Insomne y desazonado en medio del calor, molesto por el zumbido de los millares de insectos atraídos por la luz, ni siquiera experimentaba la satisfacción de haber realizado una noble acción que embotase un poco el agudo filo de su arrepentimiento, porque, en conciencia, sabía que no era él, sino Edwina, la responsable de que Fern se hubiese marchado en su papel de *virgo intacta*. De no haber sido por lo que había sucedido con Edwina, acaso el hastío y las exigencias de su propio organismo le hubiesen impulsado a hacer lo que la extraña muchacha pedía. Sí, extraña y fascinadora. Había algo allí, en lo más profundo de su ser, bajo toda su *naïveté*<sup>[19]</sup>, sus tonterías y su rebelión contra sus padres y el mundo que estos representaban, que valía la pena descubrir.

«Es curioso —pensó— que haya sido Edwina, la fría y ponzoñosa Edwina, quien haya salvado a Fern sin saberlo». ¿Que la haya salvado de qué?, cruzó su cerebro la interrogante, como un eco. De algo que habría de sucederle cualquier día, antes de mucho; de algo que, después de todo, podía ser su liberación. «Al menos yo —pensó— no se lo habría hecho menos penoso».

Notó que alguien cruzaba la terraza por delante de la ventana. En realidad, ni vio la oscura figura ni oyó las pisadas de los desnudos pies. En medio del calor y de su desazón, *sintió* la presencia de alguien. Saltando de la cama, cogió la linterna eléctrica y salió dando traspiés a la terraza. El haz luminoso chocó con una cortina de agua, amortiguándose y dispersándose por efecto de la lluvia; pero, aun así, fue lo bastante fuerte para permitirle distinguir una difusa y morena figura que, completamente desnuda, atravesó corriendo el jardín y desapareció en el pabellón.

—¡Maldita sea! —exclamó Ransome en voz alta.

Se volvió a meter en la cama y se echó a reír, pensando: «Es lo mismo que si lo hubiera hecho. Ahora, tarde o temprano, eso es lo que me atribuirán».

Era inútil tratar de amenazar a Juan Bautista o de sobornarle, porque Ransome sabía que ni el castigo ni la recompensa impedirían que tan sabroso bocado fuese a caer en el círculo de los chismosos músicos amigos de Juan Bautista. La historia no haría más que aumentar el volumen al pasar de boca en boca, como las ondas levantadas por una piedra arrojada en medio de un tranquilo estanque, hasta que, finalmente, de criado en criado, llegase a oídos de alguien como la señora Hogget-Clapton, y entonces allí sería Troya. Ransome conocía Ranchipur. Cuando la historia llegase a oídos de *Pukka Lil*, resultarla que él había embriagado primero a Fern para abusar de ella después.

«¡Y más me valiera haberlo hecho así, maldita sea! Lo único que demuestra todo esto...». Pero no supo decirse lo que demostraba todo aquello, porque empezaba a

sentirse muy confuso, fatigado y bebido. Parecía que la noche comenzaba cuando Edwina, blanca y fría, toda palidez y oro, había entrado en Palacio, proseguía todavía.

Antes de quedarse dormido, levantó la cabeza y estuvo escuchando unos instantes. Esta vez no era su imaginación, era inequívoco. Lo oía incluso por encima del rumor producido por la lluvia torrencial. El río había empezado a rugir.

Luego se volvió a acordar de Edwina y pensó: «Sí, supongo que así son las rameritas».

## XLII

En casa de los Smiley, Fern esperaba tímidamente, mientras la señora Smiley y tía Phoebe iban a buscar ropas de cama y un camisón de dormir para que la muchacha estuviese cómoda. Hablaban de las lluvias y de la dificultad de conservar seca la ropa con semejante tiempo, pero no hicieron el menor comentario acerca de Ransome, ni de la forma en que iba vestida Fern, ni de cómo era que se había echado a andar por la carretera, bajo la lluvia, después de medianoche. Una o dos veces tía Phoebe la contempló con mirada aguda y penetrante; pero, cosa extraña, en aquella mirada no había nada de hostil o condenatorio, sino solo curiosidad y cierta expectación interrogante. Había en aquella mirada algo de admiración, un poco de asombro y un mucho de curiosidad. Era como si la anciana hubiera dicho: «Bueno, la verdad es que no creía que fuese usted tan resuelta».

Encogida, paralizada por la vergüenza y la timidez, la muchacha miraba a las dos mujeres afanarse para que ella se sintiese como en su casa. Tía Phoebe fue a buscar una botella de agua y la colocó en la mesilla, a la cabecera de la cama. La señora Smiley colocó el mosquitero en la armazón, hablando sin cesar de la forma en que se pudría el mosquitero casi antes de haber tenido tiempo de coserlo debidamente y enviando a tía Phoebe a buscar hilo y aguja para remendar los agujeros que se habían abierto desde la última vez que lo había utilizado.

De cuando en cuando, Fern decía: «¡Oh, muchas gracias, señora Smiley!» o «Eso lo puedo hacer yo. Déjeme, por favor». Entre tanto, empezaba a comprender por primera vez en su vida lo que era la señora Smiley.

La señora Smiley dejó de existir a sus ojos como una especie de sombra desvaída, simple símbolo de la terrible existencia de los misioneros, viviendo perpetuamente como una amenaza al otro lado del camino, eterna prueba de que, después de todo, fueren cuales fueren sus propios sueños, ella, Fern, no era más que la hija de unos misioneros, condenada a vivir eternamente en una atmósfera *misionera*. Vio de súbito a la señora Smiley como un ser vivo y real, que acaso conociese las mismas pasiones, flaquezas y desesperación que ella. Confusamente, sin comprenderlo muy bien, porque se lo impedía su juventud y su inocente inexperiencia, Fern adivinó que las pasiones y engaños de la señora Smiley hacía mucho tiempo que habían sido dominadas y puestas en orden. También se daba cuenta vagamente de que, de un modo u otro, la señora Smiley había desentrañado los problemas de la existencia y aclarado la confusión que envolvía a esta. «Debe de ser muy hermoso —pensó la muchacha— sentirse tan segura y tan tranquila». Porque no era preciso *conocer* a la señora Smiley para percibir la calma y la seguridad que reinaban en su espíritu y que se hacían patentes en la forma en que se movía y sonreía, en la vivaz soltura con que extendía las sábanas en la cama, en la facilidad y habilidad con que reparaba los

agujeros del mosquitero.

Algo que emanaba de la personalidad de la señora Smiley, precisamente en estos momentos, cuando los sentidos de la muchacha estaban sobreexcitados y agudizados, le hizo comprender exactamente que era lo que la había impulsado a abandonar su casa y a ir a la de Ransome. No había ido allí porque fuese mala o viciosa, ni porque la empujase la curiosidad o estuviese verdaderamente enamorada de él, salvo en el reino de su romántica imaginación, sino porque ansiaba huir de aquel falso y embrollado mundo que sus padres habían creado en torno a ella, aprisionándola en él y haciéndola sentirse desgraciada. Había querido enderezar las cosas siguiendo el único camino que le había parecido viable, es decir, fugándose y obligando a Ransome a hacer por ella lo que ha de hacerse por toda mujer antes que sea capaz de comprender toda la hondura y toda la riqueza de la vida.

Cuando la señora Smiley y tía Phoebe se hubieron retirado, Fern, acostada en medio de la oscuridad, envuelta en uno de los camisones de algodón de la señora Smiley, no pudo conciliar el sueño. El coñac y la excitación hacían funcionar su cerebro con una velocidad y una lucidez que no había tenido nunca hasta ahora, y, repasando en su mente todo lo sucedido, Fern se dio cuenta de que, aunque había ido a casa de Ransome impulsada por toda suerte de razones, excepto la del amor, lo que poco antes no había sido más que una idea puramente romántica se había convertido ahora, súbitamente, en realidad. Sentándose en la cama, pensó: «Estoy enamorada. ¿De modo que es esto lo que se siente?». No se parecía en nada a lo que había leído en las revistas cinematográficas ni a lo que había visto en el cine.

Sabía que estaba enamorada porque se sentía «distinta». No solo con respecto a él, sino con respecto a sí misma. Veía que Ransome no era —como ella había creído— un héroe romántico, silencioso, melancólico y misterioso, un héroe que hablaba como los personajes de las novelas y de las películas. Ransome le había hablado con toda sencillez, con perfecta honradez, mostrándose mucho más asequible y más agradable de lo que se había imaginado mientras, caminando bajo la lluvia en dirección a su casa, planeaba las escenas que habrían de tener lugar al encontrarse con él. Y Fern se daba cuenta de que nadie hasta entonces se había dirigido a ella así, como si fuese una persona mayor, un ser de carne y hueso. Ninguno de los individuos que componían el ficticio mundo que la rodeaba le habría hablado nunca de aquella manera, porque todos estaban siempre simulando esto o lo otro, de modo que todo cuanto decían o hacían era falso, complicado y enloquecedor. Le parecía ahora a Fern que los demás vivían en el perpetuo temor de algo: de la pobreza, de las habladurías, de la respetabilidad, del *snobismo*, de un millón de cosas, de modo que todo lo que hacían o pensaban resultaba agarrotado, desfigurado, enfermizo. Y comprendió que ella misma, en su papel de Blythe Summerfield, había inventado un mundo no más verdadero que el de su madre, el de su padre, el de la señora Hogget-Clapton o el de

«los muchachos». Le había asignado a Ransome un papel en el cual este debía mostrarse duro y misterioso, cínico y un poco violento. Y esto tampoco resultó ser cierto. A solas en la oscuridad, se ruborizaba de las cosas que había hecho y dicho mientras estuvo al lado de él, porque muchas de ellas eran falsas y ridículas, y ahora comprendía lo generoso y bueno que había sido con ella.

Se decía que, aun cuando hubiera sucedido lo que ella había deseado que sucediese, no experimentaría ahora ningún remordimiento ni ningún sentimiento de pecado, porque ello habría sido *justo* en un modo que no era capaz de explicarse satisfactoriamente a sí misma. «Estoy enamorada —seguía pensando—. ¿De modo que es esto lo que se siente?». Y aquello era mejor, más cálido, más excitante, que todas las necias cosas que ella se había imaginado.

Ransome no existía ya para Fern bajo la forma de una sombra misteriosa surgiendo de un mundo y de una vida acerca de los cuales ella no sabía ni una sola palabra, sino como una realidad viva. No le temía. Le *conocía*. Sin que se hubiese percatado de ello hasta este momento, Fern había descubierto toda suerte de cosas con respecto a él: la forma en que su espesa y negra cabellera arrancaba de su frente atezada; la leve sonrisa melancólica y casi triste que se dibujaba a veces en sus labios, en el momento mismo en que hablaba; el sonido exacto de su voz, una voz agradable y acariciadora, que oía con perfecta claridad en la solitaria oscuridad de esta casa extraña; y la forma de sus hermosas manos, y el ligero temblor que las agitaba cuando levantó su vaso para beber.

Por un instante volvió a asumir el papel de Blythe Summerfield y exclamó, casi en voz alta: «¡Sus manos, sus queridas manos!». Y de nuevo se ruborizó en la oscuridad y se avergonzó de sí misma, porque había traicionado su recién hallada realidad.

Pero, por encima de todo, lo que más la hacía amar a Ransome era el saber —cosa que ni siquiera había soñado hasta entonces— que tampoco él era feliz.

Empezaba a comprender la amistad de Ransome por los Smiley y la razón de que fuese con tanta frecuencia a su casa, mientras eran tan raras las ocasiones en que iba a casa de su madre; se daba cuenta de que ni siquiera cuando iba era realmente él quien estaba presente allí, sino alguien que había ocupado su lugar y se mostraba amable y cortés, simulando creer en aquel mundo insensato en cuyo centro se hallaban momentáneamente. «Tanto él como la señora Smiley —pensó la muchacha— conocen algo de lo que nunca hemos tenido noticia los que vivimos al otro lado de la carretera». Y súbitamente presintió la existencia de otro mundo, un mundo al que —lo intuía vagamente— pertenecía ella también, un mundo lleno de contenido, en el que el sufrimiento poseía profundidad; la ambición, grandeza, y el placer, sustancia.

Ya no era una niña. Cuando, al fin, se fue hundiendo en el sueño, le pareció que la noche que había empezado con su furtiva huida de casa, bajo la lluvia torrencial,

duraba desde siempre. Por primera vez, algo le había ocurrido. Por primera vez, había descubierto que la vida no era simplemente algo dividido por el reloj en segundos, minutos y horas. A veces, la vida permanecía inmóvil durante días, acaso durante años, y luego, de repente, cabía vivir años enteros en una o dos horas. Era una idea extraña y divertida...

## XLIII

Cuando la señora Smiley volvió a su habitación, la luz estaba todavía encendida; pero el señor Smiley, acostado en el amplio lecho en donde dormían, tanto en invierno como en verano, estaba ya dormido, y ella no le despertó, porque sabía que necesitaba todos y cada uno de los minutos que dedicaba al descanso. Con sumo cuidado se introdujo debajo del mosquitero, de modo que los gastados muelles no crujieran y perturbasen su sueño. No sentía grandes deseos de despertarle para cambiar impresiones acerca de Fern, porque ella no ignoraba nada de lo que le sucedía a la muchacha y se imaginaba qué era lo que había intentado hacer, y estaba segura, asimismo, de que el señor Smiley también lo sabía. No había necesidad ni tiempo para desmenuzar toda la historia, para examinarla en sus pormenores, especulando e inventando acontecimientos. Sabía muy bien que Fern no era feliz y la causa de que no lo fuese; lo sabía desde hacía mucho tiempo. Y comprendía la razón de que la muchacha hubiese acudido a Ransome, eligiéndole entre toda la gente que conocía en Ranchipur. Como sabía igualmente que no había ocurrido nada porque Ransome, por muy baja que fuese la opinión que tuviese de sí mismo, era así.

Sabía todas estas cosas porque, aunque nunca le había sucedido nada realmente emocionante, era muy capaz de adivinarlas, y porque parecía haber nacido con el don singular de comprender perfectamente la locura y el sufrimiento humanos.

Acaso se debiese esto a la circunstancia de que la señora Smiley no tuviese yo; no poseía una idea clara y definida de cómo era; apenas conocía su propio aspecto físico, ya que nunca había tenido tiempo para examinarse. Utilizaba un espejo lo bastante grande para peinarse por la mañana apresuradamente, y ni siquiera entonces se veía el rostro, sino solo las manos y el cabello, como si este no formase parte de sí misma. Siempre había carecido de yo, incluso cuando era niña, pues parecía haber nacido con una especie de humildad innata, que había sido preservada más que corrompida por el hecho de haber sido una más entre nueve hijos. Jamás se le había ocurrido pensar que nadie la hubiese desdeñado, o injuriado, u ofendido. En Cedar Falls, siendo ya muchacha, nunca le había molestado el hecho de que otras, más bonitas, más inteligentes o más imperiosas que ella, la relegasen a un segundo plano. En realidad había hallado una especie de placer y de satisfacción en observar y escuchar, y siempre se sentía más feliz cuando veía que los demás disfrutaban. Así, pues, era inevitable que se convirtiese en confidente de todo el que se ponía en contacto con ella, y que, siendo todavía muy joven, hubiera dejado de asombrarse por nada en absoluto, adquiriendo un conocimiento de la vida muy superior al de la mayoría de los que vivían apasionada y violentamente, cometiendo una y otra vez los mismos pecados, los mismos desatinos, los mismos errores. Y si bien ella rara vez se había granjeado las atenciones de algún admirador, jamás se había compadecido de sí

misma, tan ocupada como estaba siempre y tan interesada en presenciar el espectáculo que ofrecían los demás. En realidad, momentos hubo en los cuales sintió una sencilla y honrada compasión por personas más brillantes y atractivas que ella, porque le parecía que toda aquella belleza y todos aquellos dones no les acarreaban más que infelicidad y sufrimiento. Tranquila y sosegada, como un ratoncito en su rincón, jamás había conocido los celos ni la envidia, la amargura ni la desilusión, y así se había sentido más afortunada que las demás.

Luego había aparecido el señor Smiley, insignificante, humilde y mal visto por la familia de ella porque, no siendo más que un simple baptista, se atrevía a cortejar en Cedar Falls a la hija de una familia congregacionalista. El señor Smiley, quien, con su inocencia, su corrección y su cálida timidez, era la única persona que veía las cosas y las gentes de la misma forma que las veía ella. Se casó con él, pese a todo, se convirtió en baptista y misionera, y acompañó a su marido a la India, no impulsada por la fe o el histerismo, ni tampoco por la exaltación, sino porque era lo más natural que hiciesen y porque aquella carrera era la perfecta expresión de su naturaleza. Vivieron siempre para los demás y nunca para sí mismos, sin propiedades que pudieran ser robadas, sin orgullo que pudiera ser herido, sin pretensiones que pudieran ser rechazadas ni ambiciones que pudieran resultar fallidas. Ese era el secreto que Ransome había ido descubriendo poco a poco.

Después de la aparición del señor Smiley, nunca volvió a estar sola, ni él tampoco. Nunca había tratado de engañarse a sí misma diciéndose que su matrimonio había sido producto de un mutuo y apasionado amor; sabía que ninguno de los dos tenía aptitudes para semejantes arrebatos. Se habían casado porque ambos poseían humildad, se comprendían el uno al otro, veían a la gente a través del mismo prisma y su mayor dicha consistía en servir a los demás. Nada sabía ella de los arrebatos de la carne y no hacía el menor esfuerzo por imaginárselo, pero había encontrado en el señor Smiley un marido afectuoso, amable y cordial.

Permaneció despierta durante cierto tiempo, preguntándose cómo podría ayudar a Fern Simón. Sabía desde hacía mucho tiempo que la muchacha se encontraba sola y no era feliz, pero sabía igualmente que habría sido inútil tratar de acercarse a ella. Ahora que Fern había venido, o, mejor dicho, que Ransome se la había llevado, las cosas tal vez resultasen más sencillas.

Al fin se durmió, pero poco después del alba la volvieron a despertar unos golpecitos en la puerta, dados por uno de los muchachos que asistían a las clases del señor Smiley. Pertenecía a la casta de los alfareros y venía a decir que su madre y su hermano estaban enfermos de tifus. Había otros cuatro nuevos casos en el barrio en donde vivían los alfareros.

La señora Smiley se vistió y se marchó con él, pensando, un tanto desalentada: «Ya empiezan a abandonarse otra vez. Donde hay tifus tiene que haber piojos». Ella y



su marido tendrían que iniciar otra de sus campañas, y ya lo habían hecho tantas veces, que por un momento se sintió tentada de pensar que todo era inútil, que eran inútiles sus esfuerzos, que era inútil su labor. Y, además, estaba preocupada. Cuatro casos nuevos en un barrio y en una sola noche, eran demasiados casos.

Antes de marcharse despertó a Fern y la envió a través de la carretera a su propia casa.

## XLIV

Rápida y milagrosamente, las lluvias habían cambiado todo el paisaje y la vida entera de Ranchipur. En pocas horas las enredaderas del jardín de Ransome proyectaron largos y tiernos tallos de color verde lechuga, que trepaban por todas partes con un vigor y una persistencia fuera de toda proporción con su frágil apariencia. Se introducían en las grietas de las paredes, hechas de piedra y barro, y en los canalones de desagüe, y penetraban incluso en la casa por las ventanas abiertas. Se enredaban y retorcían en torno a las columnas, a las sillas del jardín, a los añosos banianos y hasta alrededor de la bomba que extraía el agua del enorme y profundo pozo, enlazándose en una especie de éxtasis y voluptuosidad vegetales a cualquier cosa que se pusiese a su alcance. En los bordes y en medio de los áridos senderos brotaban tiernos tallos, solo alimentados por el diluvio de agua cálida. Incluso las cansadas y polvorientas maravillas y malvas róseas se rejuvenecieron nuevamente, llenándose de hojas y de capullos que ya no eran cocidos por el sol antes de haberse abierto completamente. El viejo baniano y los enormes mangos aparecían en todo el esplendor y dignidad de su intenso color verde, porque el agua se había llevado el polvo y las hojas ya no se tornaban amarillentas y lánguidas bajo los ardientes rayos del sol.

En el jardín de palacio, el polvoriento lago artificial aparecía ahora rebosante de agua y los frívolos esquifes de recreo, no varados ya en un mar de cemento, habían cobrado vida y se balanceaban gentilmente en la superficie, con toda la alegría de sus oros y escarlatas. Los grandes macizos de flores, una semana antes polvorientos y agonizantes, renacieron de repente, con un vigor y una opulencia desconocidos para cualquier jardín de la húmeda Inglaterra. Desde las ventanas de la casa del señor Jobnekar se divisaban los extensos campos de maíz y mijo, que habían cambiado su tonalidad de oro oscuro por un verde esmeralda, como si se hubiera colocado sobre la tierra un inmenso manto, que se extendía desde los límites del barrio de los *intocables* hasta la montaña mágica de Abana y la ciudad muerta de El-Kautara. Y en el jardín de la Misión americana, las petunias, los geranios y las orquídeas de tía Phoebe, suspendidos de los árboles chorreantes en sus viejas latas o en sus cestos de bambú, empezaron a crecer y a florecer con una pujanza tan exagerada, que la anciana, envuelta en su impermeable, salía todas las mañanas, desafiando a la lluvia, con una cinta métrica en la mano, a medir lo que habían crecido de un día para otro, de modo que pudiera incluir tales datos estadísticos en su descripción anual del monzón, cuando escribía a Cedar Falls, añadiendo, como todos los años: «No exagero nada. He medido yo misma su crecimiento: ¡cuatro pulgadas en veinticuatro horas!», lo cual sobrepasaba siempre a la verdad en dos o tres pulgadas. En el *bungalow* en que vivían las señoritas Dirks y Hodge, enfrente de la puerta principal de Palacio, las

enredaderas, ahítas de lluvia, se entrecruzaban en las ventanas, impregnando la luz que penetraba por ellas de un color verde pálido, de modo que las dos solteras parecían comer, dormir, bordar y corregir sus papeles escolares debajo del agua, como un par de sirenas maduras y virginales.

Los reptiles salieron de sus escondrijos: pitones, cobras, *kraits*<sup>[20]</sup>, víboras de Russell, al principio lánguidamente y luego con voraz vivacidad, invadiendo los campos, los jardines y las márgenes del río. En el hospital, el trabajo de la señorita MacDaid se vio aumentado por los casos de personas mordidas por las serpientes. Estos casos se trataban cortando la carne infectada y aplicando inyecciones de suero. Los atacados por cobras y víboras solían sanar si tenían el corazón lo bastante fuerte, pero los mordidos por la horrible y pequeña *krait* no tenían ninguna esperanza de salvación.

En las casas y en el vasto palacio aparecieron grandes manchas mohosas en las paredes. Se mantenía el fuego encendido todo el día para secar las ropas de cama, que se cargaban de humedad durante la noche, aumentando de peso. Los insectos aumentaron en miles de millones, hasta el punto de que, al despertarse por la noche y encender la luz, se encontraba el mosquitero tan ennegrecido por los cuerpos de los insectos, que parecía como si se hubiera arrojado por encima del lecho un asfixiante manto negro que envolvía al durmiente. Durante el día, verdaderas nubes de insectos se cobijaban tras los cuadros, debajo de los cojines y al amparo de los muebles, proporcionando espléndidos festines a los pequeños y chillones lagartos que moraban en los tejados cubiertos de cañas.

Los vendedores de dulces y pastelillos habían desaparecido al mismo tiempo que la multitud del bazar y de la gran plaza en donde se alzaba el viejo palacio de madera. Los negocios ya no se realizaban al aire libre, bajo un sol deslumbrante, sino en oscuras estancias como cavernas, cargadas de humedad. Las escalinatas del gran depósito aparecían desiertas, excepto cuando, por espacio de una o dos horas, cesaba la lluvia, momento en que la plaza se llenaba rápidamente de verdaderas procesiones de *dhobis*<sup>[21]</sup> que acudían al depósito para lavar sus ropas.

Vinieron las lluvias. Y vinieron con una fuerza y una exuberancia tales, que colmaron el río y llenaron los depósitos hasta el desbordamiento en cuatro o cinco días. Los *más* ancianos moradores de Ranchipur no recordaban lluvias como estas en todo el curso de sus largas existencias. Tan violentas eran que, una vez pasado el histérico regocijo provocado por su llegada, la gente empezó a experimentar una vaga sensación de alarma y a hablar de la legendaria y terrible inundación ocurrida bajo el reinado del antiguo y malvado maharajá.

Pero la recta canalización del río era una obra eficaz, y la corriente seguía su curso, torrencial y sin obstáculos, a través del centro mismo de la ciudad y de las verdes llanuras hacia las colinas situadas más allá del monte Abana. Las gradas del

templo de Krishna desaparecían bajo las aguas amarillentas y la base del templo mismo estaba cubierta de ramas desgajadas de los árboles, cadáveres de animales y toda suerte de despojos. Observando Raschid Alí Khan este estado de cosas cuando se dirigía a su casa de vuelta de su despacho, ordenó que se situara allí un barrendero, día y noche, provisto de una larga pértiga, para empujar los despojos río abajo. Era curioso que a los hindúes no les importase aquello, pero al alma musulmana de Raschid le parecía indecoroso que la escalinata de un templo estuviese mancillada por basuras, despojos y cadáveres de animales.

Una tras otra, familias enteras de los personajes de algún relieve fueron abandonando la ciudad para pasar la estación en los lugares montañosos, donde no había humedad ni serpientes ni insectos. Partieron el general, el comandante jefe y su familia; el señor Burgess, del Banco, con la señora Burgess y la tía y la hermana de esta; el *dewan*<sup>[22]</sup>, con toda su patriarcal familia, incluyendo a su hermana, a sus dos sobrinos, a sus dos hijos y a sus cuatro biznietos, las respectivas mujeres de estos y siete tataranietos más. En Palacio, María Lishinskaia y la maharaní escogían las joyas y los *saris*<sup>[23]</sup> que su alteza necesitaría en Carlsbad, Londres y París, y el propio maharajá dio órdenes, al fin, para embarcar en Bombay el sábado en el *Victoria*. Pero no tenía ningún interés por el viaje, ya que no deseaba marcharse. Se sentía cansado y enfermo y quería morir en Ranchipur, en medio de su pueblo. Fueron la maharaní y el mayor quienes le persuadieron para que emprendiese el viaje. Se mostraron muy insistentes y se echaron a reír cuando el soberano les dijo que estaba escrito en su horóscopo que no vería el final de aquel año. Ellos se rieron, pero él *sabía* que se cumpliría la predicción.

Ransome no partió, se quedó muy a gusto en la vieja y húmeda casa, lleno de aquella excitación que siempre le producía el espectáculo del monzón. A la mañana siguiente del banquete en Palacio se despertó deprimido y con una profunda sensación de malestar, y tardó un buen rato en reconstruir todo lo que había sucedido la noche anterior. No deseaba ver a nadie: ni a Edwina ni a Fern ni siquiera a Juan Bautista. Cuando el muchacho le trajo el té, no dio a entender en absoluto que estuviese al corriente de lo ocurrido la noche anterior. Permaneció silencioso, como de costumbre, y Ransome no le hizo ninguna pregunta, juzgando que era mejor no dar importancia al incidente, con la esperanza de que Juan Bautista no lo hallase extraordinario y creyese que todas las europeas acostumbraban conducirse como Fern Simón.

Cuando concluyó de tomarse el té, se afeitó y se vistió, y luego pensó en la forma en que distribuiría el día. Por fin decidió ir solo a través de los campos hasta la ciudad muerta de El-Kautara. Era la única manera de evitar el contacto social, porque, pese a sus hábitos solitarios, en Ranchipur no existía la posibilidad de aislarse de los demás. La gente estaba continuamente entrando y saliendo de las casas. En las calles, era

imposible eludir el encuentro con amigos y conocidos. Las puertas y las ventanas estaban perennemente abiertas. No había medio, durante le época del monzón, de encerrarse en casa para estar solo.

Lord Heston no pudo llevar a cabo su amenaza de abandonar Ranchipur a la mañana siguiente, porque al rayar el día estaba demasiado enfermo para ello.

A las ocho de la mañana, Bates, no sin esfuerzo, despertó a lady Heston, para anunciarle que ahora no había posibilidad de error y que su señoría se encontraba tan enfermo, que ni siquiera le era posible ya simular que la enfermedad no era nada. Cansadamente, con el cerebro todavía aletargado por los somníferos que había tomado la noche anterior para conciliar el sueño, Edwina le escuchaba, tratando de recordar que estaba en Ranchipur y no en su casa de Hill Street.

Su señoría, según dijo Bates, no se había despertado realmente. Se hallaba en un estado de profundo sopor, que Bates había aprovechado, ahora que el señor no podía oponer resistencia, para tomarle la temperatura, encontrando que tenía siete grados por encima de lo normal.

—Temo, milady, que el señor sufra una de estas fiebres orientales.

Edwina hubiera deseado responder: «Tú no temes nada; tú tienes la esperanza de que así sea». Pero, conteniéndose con gran, esfuerzo, dijo:

—Creo que debemos avisar a un médico, pero no sé a quién llamar ni adonde llamarle.

Si milady escribiese una nota para su alteza, se la enviaría, inmediatamente con uno de los muchachos.

—Voy a verle antes y luego escribiré la nota. Puede retirarse, Bates. Estaré lista en un momento.

Después de arreglarse el rostro, de peinarse y de ponerse un *peignoir*, se sintió un poco mejor, aunque su cerebro todavía parecía estar envuelto en algodones, y al alzar la mano, la encontró pesadísima, como si fuese de plomo, y tan extraña como si no fuese suya.

Era la primera vez que Edwina entraba en la alcoba de su marido, y por un momento, el espectáculo que ofrecía Heston en el espacioso dormitorio victoriano, con el suelo cubierto por una roja alfombra, suscitó en Edwina un loco deseo de echarse a reír. Yacía, grotescamente, en un amplio lecho de madera de teca con incrustaciones de nácar, y la vista de su marido la llenó repentinamente de desagrado y repugnancia. Parecía como si, en realidad, no le hubiera visto nunca, hasta ahora, tan grueso y tan pesado. Tendido en la cama, semiinconsciente, toda la vitalidad, la chispa y la energía que habían animado siempre su corpulencia, convirtiendo el simple peso en fuerza, habían desaparecido por completo, y ahora se le veía mortecino, inerte, plúmbeo, desvanecida la recia línea de su mandíbula, flácidos los

músculos de su ancho rostro. Se había convertido de repente en una repulsiva masa de carne fofa.

Aunque con cierta vaguedad, recordó Edwina lo que había sucedido la noche anterior en Palacio y la disputa que tuvo lugar después en su dormitorio, y se sintió invadida por una repentina sensación de vergüenza y de desprecio por sí misma. No a causa de Ransome o de su propia ligereza. Edwina no se sentía avergonzada por ninguna de las aventuras que había tenido fuera del matrimonio, pero sí avergonzada de haber vivido durante cerca de diez años con esta voluminosa masa de carne que yacía en la cama de madera de teca con incrustaciones de nácar, y de haberse entregado una y otra vez a él con toda indiferencia. Todos los demás —absolutamente todos— habían tenido algo de bello, de una u otra forma, y en seguida pensó en Ransome, en cuan distinto era su cuerpo, cuan esbelto y musculoso, pese a la bebida y a su disipación. Contemplando a Heston, se dijo: «Tanto si vive como si muere, nunca más volveré a dormir con él». Pero, desvergonzadamente, lo que deseaba era que se muriese, porque sabía que ya siempre le vería como le veía ahora, traicionado por la enfermedad, gordo, pesado, con el rostro congestionado y la boca colgando entreabierta. Y cada vez que le viese, pensaría que había estado prostituyendo con él su hermoso y esbelto cuerpo. Solamente con él, con su marido, se había ella prostituido. Con todos los demás conoció el placer y a veces incluso el amor. Solo Heston le había pagado siempre.

Inclinada sobre el lecho, sabía que Bates la estaba observando, francamente curioso por ver cómo iba a comportarse. Era necesario, pues, cubrir las apariencias, lo cual, aunque probablemente no engañaría a Bates, le haría creer tal vez en sus buenas intenciones. No ignoraba Edwina que, desde su plano de criado, ya sabía Bates demasiado acerca de ella.

Por eso, como si fuese una esposa amantísima, exclamó:

—¡Albert! ¡Albert! Soy Edwina.

Los desvaídos y mortecinos ojos azules se abrieron un poco, pero solo para mirar al vacío, sin concentrar la mirada en ella. Emitió un débil gruñido y volvió a cerrar los ojos. Edwina le habló por segunda vez, aunque sin mejor resultado, y entonces dijo:

—Voy a escribir una nota, Bates. Será mejor que la enviemos inmediatamente. Se la traeré dentro de un momento. Usted quédese aquí para cuidarle.

Una vez en su habitación, tomó pluma y papel y un frasquito de sales y se puso a escribir, pero no había terminado de poner «su alteza» cuando comprendió que no era a la maharaní, sino a Ransome a quien debía dirigir el billete. Porque de repente sintió miedo de la anciana, sin que hubiera podido explicar la razón, pero había algo en la soberana, algo en su presencia, en sus maneras, en su dignidad, sí, y en su astucia, que la hacía sentirse a Edwina desasosegada y un poco avergonzada. La veía

ahora como la había visto la noche anterior, en pie bajo la resplandeciente araña cubierta de abejas, brillando en sus ojos una expresión burlona. «Comprendió perfectamente lo que había ocurrido», pensó Edwina. Y sintió todo el desdén de la anciana, como si esta le hubiera dicho: «Ha nacido usted para ocupar una elevada posición social llena de responsabilidades. Tenía el deber de sostener esa posición en la vida y la parte alícuota de la civilización que sus antepasados coadyuvaron a crear, y usted lo ha traicionado todo. Se traiciona a sí misma y a todos cuantos la rodean. Tenía usted una misión y la ha abandonado».

Comprendía ahora, súbitamente, lo que la maharaní pensaba de ella, una inglesa, de la raza de los conquistadores y comerciantes. No, no podía escribir a la maharaní pidiéndole que enviase al atractivo mayor Fulano de Tal. Su alteza leería entre líneas. Leería la nota sonriendo y pensando que lady Heston era peor que el barro que pisaba. En cambio, podía escribir a Ransome pidiéndole cuanto se le antojase. También él leería entre líneas, pero en su caso no importaba, porque él, lo mismo que ella, había traicionado a todo el mundo y, por consiguiente, la comprendería. Y, además, no era indio.

No tenía ningún prejuicio consciente con respecto a los indios, porque era a la vez inteligente y despreocupada, pero todos ellos le parecían muy extraños e incomprensibles. En las raras ocasiones en que reflexionaba acerca de ello, le parecía que este sentimiento debía tener su origen en los vestigios de aquella leyenda de la superioridad británica, que Heston estaba tratando continuamente de meterle en la cabeza. Y aquello era todo lo que quedaba, como las articulaciones y los huesos de las aletas de una ballena. «Tal vez —pensaba Edwina— algún día toda Inglaterra será como yo, y no tendrá más que aletas en lugar de brazos y piernas, dedos y muñecas». Y, tratando de justificarse, pensó: «Acaso a través del mayor No-Sé-Qué podría empezar a descubrir la India. Quizá él podría destruir estos vestigios de prejuicio racial».

Escribió, pues, a Ransome:

*»Querido Tom: Albert está gravemente enfermo y necesita un buen médico. No sé lo que tiene. Anoche había en Palacio un individuo muy atractivo, un tal mayor no sé qué, quien, según parece, es un médico excelente [todo esto tenía que sonar muy natural]. ¿Podrías enviarle una nota rogándole que venga?*

*»Es un fastidioso contratiempo, precisamente cuando habíamos decidido irnos hoy a Bombay. Pero olvidaba que tú ignorabas esto. No te engañé anoche. Tomamos esta resolución después de regresar a casa. Este percance puede hacernos perder el Victoria, y entonces sabe Dios cuándo podremos partir.*

*»Si tienes un momento libre, ven a verme. Necesito que me animen. Probablemente me encontrarás acostada. Con un tiempo así, no veo qué otra cosa se puede hacer, y ya he visto la central hidroeléctrica, la cárcel, el asilo, etc. O, mejor todavía, vente a comer conmigo. El cocinero no es malo. De todos modos, te veré mañana por la noche, en la cena del señor Bannerjee. Pienso ir, desde luego, siempre que Albert no se encuentre demasiado enfermo. Más vale eso que quedarse aquí leyendo libros sobre la India. Y, en todo caso, ahora ya puedo ir a tu casa el jueves.*

Edwina.»

Cuando terminó de escribir la carta, la metió en un sobre, sin releerla, y lo lacró con especial cuidado, no solo para burlar la inquisitiva mirada de Bates, sino también —pues se acordó de las siniestras historias que había oído referir en Simia— la curiosidad de cualquier indio en cuyas manos pudiera caer la misiva.



## XLV

Un muchacho que servía en el palacio ocupado por los Heston le entregó a Ransome la carta en el momento en que este se disponía a subir en su coche para irse a El-Kautara. Cuando terminó de leer la misiva, Ransome le dio una propina al muchacho y le despidió diciendo que iría inmediatamente. Pero no tenía intención de modificar su plan. No iría a ver a Edwina, ni, ciertamente, comería con ella. La noche anterior la había visto llegar con satisfacción y se había abandonado con gusto a los sentimientos de su juventud, pero en estos momentos el verla era lo último que hubiera deseado. El mucho coñac bebido la noche anterior le hacía sentirse físicamente enfermo, y su ánimo era presa de una confusa sensación, mezcla de remordimiento y de satisfacción por partes iguales, respecto a la forma en que se había conducido con Fern. Todo esto tenía que resolverse de acuerdo con las reglas del sentido común si quería disfrutar de paz interior. Y, además, algo se desprendía de aquella aventura con Fern que hacía a Edwina menos deseable a sus ojos, como si fuese una vieja historia muchas veces repetida.

Como ya había sospechado Edwina, Ransome leyó entre líneas, a través de aquella manera artificiosamente casual con que se refería al mayor Safka y de la insinuación envuelta en su deseo de *conocer* a la India, en lugar de leer libros sobre ella. La nota despertó repentinamente su enojo, no por la desvergüenza de Edwina, que le dejaba tan indiferente como si se tratase de una máquina en vez de una mujer, sino porque no deseaba que la vida del mayor fuese perturbada por ella. Tenía confianza en su amigo, pero no olvidaba la excesiva frecuencia con que un indio perdía por completo la cabeza tan pronto como una europea le hacía objeto de sus atenciones, y especialmente tratándose de una linda mujer como Edwina, que desaparecería sin dejar huella tan pronto como hubiera saciado sus apetitos. Ransome pensó también en la pobre señorita MacDaid; si el mayor recogía el guante que le lanzase Edwina, no solo perturbaría su trabajo, sino que pondría fuera de sí a la señorita MacDaid.

Se acordó de los monos en el jardín y, sonriendo, pensó: «¡No! ¡Fuera las manos de ahí! No está bien que me ponga a hacer el papel de Jehová con una catapulta».

De todos modos, no podía hacer absolutamente nada por impedirlo. En todo Ranchipur, en toda la India, no había un médico tan inteligente como el mayor y sería imposible impedir que atendiese a un personaje de tales campanillas como Heston. No se podía dejar la salud de un rey de la industria como Heston en manos de un pobre hombre como el ayudante del mayor, el doctor Pindar. Mientras rompía la carta en pedazos, pensaba: «No debía haber venido nunca a la India. No encaja en este cuadro. No es más que un elemento perturbador. Tarde o temprano, terminará de mala manera. Es como poner en contacto sustancias químicas antagónicas».

Ni el mayor ni la señorita MacDaid estaban en el hospital. Habían ido al antiguo cuartel próximo a la cárcel para ponerlo en condiciones de alojar a los enfermos de cólera y de tifus. Allí encontró Ransome a los dos, en el segundo piso, caminando a lo largo del resonante vestíbulo, dando instrucciones a toda una procesión de criados que los seguían con respecto a la forma de limpiar y desinfectar el local y de instalar las camas. A la primera ojeada, se dio cuenta de que ambos se hallaban muy animados y adivinó el motivo: estaban excitados ante la perspectiva de una tarea que les obligaría a trabajar día y noche. No había sucedido nada parecido desde hacía muchos años. Y la señorita MacDaid sabía que, mientras durase la epidemia, el mayor sería de su exclusiva propiedad, dormiría en el hospital y se olvidaría hasta de Natara Devi. El mayor llevaba un grueso cigarro en la boca y reía y hablaba ruidosamente. La vista de aquella pareja suscitó en Ransome un repentino y doloroso sentimiento de envidia.

Cuando les explicó la misión que le traía, el mayor dijo:

—Iré inmediatamente. La señorita MacDaid puede terminar de organizar todo esto. No podemos permitir que un pez gordo como Heston enferme y muera en Ranchipur. Su alteza y el virrey no nos lo perdonarían nunca, por no decir nada de los accionistas.

—No creía yo que la epidemia fuese tan grave —comentó Ransome.

—Realmente no lo es —aclaró la señorita MacDaid—, pero ha habido once nuevos casos esta mañana, y la única manera de detenerla consiste en cortar por lo sano —y volviéndose al mayor, añadió—: Supongo que habrá que mandar una enfermera.

—Probablemente necesitará dos o tres.

La señorita MacDaid frunció el ceño.

—Pues en las circunstancias actuales, tendrá que arreglarse con una. Supongo que preferirá usted enviar a la señorita De Souza. Es la que mejor habla inglés.

—Le diré que recoja sus cosas y vaya inmediatamente allí.

—De todos modos —dijo la señorita MacDaid—, esa enfermedad es un incordio. Ya teníamos bastante trabajo sin eso. Ya podía haberse ido a enfermar a Bombay.

En el viejo palacio de verano, el mayor se dio a conocer a Bates, y Ransome optó por esperar en el vestíbulo, sentándose en un sofá de crin de caballo, frente a un horroroso y enmohecido retrato del maharajá, pintado por un estudiante de la Escuela de Arte de Bombay. No tenía ningún deseo de ver a Edwina, pues sabía perfectamente que no necesitaba consuelo, como no fuese por el hecho indudable de que perdería el barco para Europa. Transcurrieron veinte minutos, y luego media hora. «¡Vaya, vaya! —pensó Ransome—. Seguramente ya ha trabado conocimiento con el joven doctor». El retrato empezaba a ponerle nervioso. Era una obra absurda, en la que el instinto indio por el estilo se había mezclado de una manera

extraordinaria con lo que el artista consideraba la moderna pintura occidental. Bajo el moho que lo cubría, el lienzo no ofrecía más virtud que la de su extravagancia, ya que el maridaje de los dos estilos solo había conseguido crear un efecto a la par grotesco y pueril. El cuadro, pensó Ransome, era como el señor Bannerjee, no muy seguro de lo que creía ni de adonde se dirigía.

Seguía examinando el retrato, cuando se abrió la puerta y apareció Edwina, fresca y deliciosa, envuelta en un *peignoir* color verde lechuga.

—¿Por qué no has pasado? —preguntó—. Acabo de enterarme de que estabas aquí.

—He creído que no debía entremeterme. ¿Está muy mal tu marido?

—Sí. El mayor Safka no sabe lo que tiene.

«¿De modo que había averiguado su nombre? ¡Progreso! Ya no era el mayor No-Sé-Qué... ¡La muy perra!».

Tras una breve pausa, Ransome dijo:

—Bueno; esto representa un bonito lío, ¿no? Supongo que ya no podrás marcharte.

—No, por lo menos hasta dentro de dos o tres semanas, en el mejor de los casos.

—Así sabrás de verdad lo que es un monzón —comentó Ransome, sonriendo.

—¿Vas a comer conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy de humor para ello.

«¿Es que no estaba bastante ocupada por el momento con el mayor?».

—Pues sería una ayuda para mí. Necesito animarme.

—No; no puedo.

—¿Hay alguna razón especial? Te prometo portarme bien.

«¿Por qué, en nombre de Dios, no le dejaba en paz? ¿Por qué insistía en sacarle de sus casillas, aguijoneando el pasado para que renaciese de sus cenizas? ¿Por qué diablos se le habría ocurrido venir a Ranchipur?».

—No; no hay ninguna razón especial, excepto que soy un condenado neurótico y necesito estar solo. Tengo los nervios de punta.

—Te daré algo de beber.

Ransome la miró, acometido de repentina ira.

—¿Es que no has entendido lo que he dicho? No me encuentro bien. Soy un condenado e inútil estúpido y necesito estar solo. No comprendo cómo se te ha ocurrido la idea de venir a la India.

—Ni yo tampoco. Nunca he sentido el menor deseo de venir. No te molestaré más. Cuando estés de mejor humor y creas que puedes soportarme, házmelo saber. Me voy a aburrir terriblemente.

Ransome estuvo a punto de decir: «¡Oh, no creo que te aburras tanto con un hombre tan apuesto como el mayor Safka, entrando y saliendo de aquí todos los días!. Sé perfectamente lo que andas buscando». Pero contuvo la lengua, encendió un cigarrillo y dijo en voz alta:

—Ya te avisaré. Probablemente mañana estaré perfectamente.

—¿Tienes algunos libros para prestarme?

—Envía alguien a casa y que te traiga todos los que quieras.

—Gracias.

Y Edwina se marchó, dejándole a solas con sus reflexiones sobre el extraordinario carácter de aquella breve conversación, compuesta en su mayor parte de insinuaciones encubiertas. Lo que habían dicho carecía de importancia. Lo importante era lo que no dijeron. «Nos comprendemos el uno al otro condenadamente bien. Nos hemos comprendido porque los dos somos unos cerdos».

Un instante después de la marcha de Edwina reapareció el mayor, y Ransome, como un *voyeur*, le examinó escrutadoramente, para descubrir, si era posible, si Edwina había realizado algún progreso. Pero el semblante del mayor no revelaba absolutamente nada. Ransome preguntó:

—¿Y bien?

—No sé lo que tiene. Es demasiado pronto todavía para asegurar nada. Pueden ser tres o cuatro cosas.

—¿Graves?

—Pues bastante: malaria, fiebre tifoidea, tifus e incluso peste.

—¿Cómo puede haber contraído una de esas enfermedades?

El mayor contestó, sonriendo:

—No es ningún secreto que hasta los más poderosos lores ingleses han sido picados alguna vez por pulgas —sacó otro cigarro, y añadió—: ¿Sabe usted algo de él?

—No, nada.

—Aseguraría que se trata de un alcohólico. Si fuese así, no contribuiría nada a facilitar las cosas.

La lluvia había cesado por unos momentos, y cuando cruzaba con el coche la gran plaza y pasaba por delante del cine, surgió nuevamente la vida y la animación por todas partes. La gente salía disparada de tiendas y casas para aprovechar aquel respiro: criados que iban a algún recado, mujeres que se dirigían al bazar, mercaderes que regateaban, lavanderas que acudían presurosas al gran depósito. Ransome dobló la esquina de la Escuela de Música y se internó en la carretera de la Escuela de Ingenieros. Se llamaba realmente Avenida de Beaconsfield, pero nadie utilizaba esta denominación. Para todo el mundo era la carretera de la Escuela de Ingenieros. De pronto, como si Dios hubiera accionado la cadena de una gigantesca ducha, la lluvia

comenzó a caer de nuevo de manera torrencial. A corta distancia, delante de él, a la derecha, Ransome divisó la figura de la señorita Dirks, que, cubierta con un impermeable y tocada con un sombrero de hombre, avanzaba chapoteando bajo la lluvia. «Pararé el coche y preguntaré a esa pobre criatura si quiere subir. Si rehúsa, no volveré a ofrecérselo más».

La señorita Dirks debía de ir absorta en algún remoto pensamiento mientras avanzaba en medio de la lluvia, porque cuando Ransome detuvo el coche a su lado y la llamó, le contempló asustada, casi sin reconocerle, como si regresase de un lugar distante.

—¿Quiere usted subir?

—Buenos días. No, muchas gracias —contestó ella sin sonreír—. Me gusta andar. Hago tan poco ejercicio...

«¡Perfectamente, pues ande todo lo que quiera! ¡Que me condene si vuelvo a invitarla otra vez!».

Mientras hablaba, el rostro de la señorita Dirks se cubrió de un rubor tan intenso, que Ransome se preguntó si el hablar con un hombre le afectaría siempre de semejante manera. Ya había puesto el pie en el acelerador para emprender el camino de El-Kataura, cuando la señorita Dirks habló de nuevo.

—Es curioso —dijo—. Precisamente iba pensando en usted —tosió, y agregó—: ¿Podría ir a verle esta tarde?

El primer impulso de Ransome fue excusarse, pero se lo impidieron la compasión y la curiosidad. Había en aquella mujer algo que le hizo sentirse de pronto muy inglés. Tuvo conciencia de que una especie de parentesco de sangre le unía a la hosca solterona, y repentinamente sintió toda la soledad de sus vidas en esta ciudad empapada por la lluvia, en donde nada era lo que parecía ser. Comprendió que los dos eran en cierto modo desterrados de todo aquello que les tocaba más de cerca.

—Desde luego —repuso—. Pero quisiera evitarle esa molestia. Yo puedo ir a su casa.

Mas la señorita Dirks objetó rápidamente:

—No, no. Es mejor que vaya yo a su casa. En la mía no estaríamos solos... —tosió de nuevo, y agregó—: Se trata de una cuestión de carácter muy personal, ¿sabe?

—Muy bien..., como usted guste. ¿A qué hora? ¿Quiere ir a tomar el té conmigo?

—Sí. Me viene muy bien esa hora. Antes no me sería posible dejar la escuela.

—Entonces la espero a las cinco.

El rubor desapareció súbitamente de las mejillas de la señorita Dirks, que se cubrieron de una palidez mortal.

—Es usted muy amable —dijo—. Buenos días.

Torpe y abruptamente, dio media vuelta y prosiguió su camino.

La carretera que conducía al monte Abana estaba cubierta por una espesa capa de

barro, y bajo los nuevos puentes, contruidos por el ingeniero suizo, el agua amarillenta se deslizaba a una o dos pulgadas del nivel inferior de la estructura. «Tenían que haber construido más altos los arcos —pensó Ransome—. Si se produjese una avenida, se convertirían en peligrosos diques».

Mientras rodaba lentamente por la carretera, la enorme montaña fue surgiendo de la lluvia, perfilándose sobre la llanura como una gigantesca pirámide. Ahora que las lluvias habían llegado, se veían pocos peregrinos, y en la gran escalinata que conducía desde la planicie hasta la cumbre coronada de templos ya no pululaba la multitud de devotos *jaínas*<sup>[24]</sup> procedentes de todas las partes de la India, subiendo y bajando en una interminable y abigarrada procesión. En la cima de la montaña, en esta estación del año, los sacerdotes llevaban una existencia húmeda y solitaria. Una vida excelente, pensó Ransome, si no fuese por la presencia de los demás monjes.

Se veía obligado a conducir el coche con suma lentitud, porque el barro era muy espeso y amenazaba el peligro de deslizarse fuera de la carretera; pero, después de dos horas de marcha, llegó a la gran puerta en ruinas de El-Kautara. Estaba construida con rojiza piedra arenisca, y los complicados relieves mogoles que la adornaban quedaban semiocultos por la maraña de enredaderas y de otras pequeñas plantas. Esta ciudad, muerta y silenciosa, se asentaba en la base misma de la montaña, y sus gruesas murallas aparecían rodeadas por un ancho foso en ruinas, que la lluvia había llenado de agua, de modo que, por un instante, Ransome tuvo la visión de lo que debió de haber sido la ciudad en los días que sus plazas y mezquitas hervían de mercaderes y soldados, cortesanas y bayaderas, caballos y elefantes. Pero la visión se desvaneció prontamente. El-Kautara era un lugar muerto y en ruinas, al que la tierra había empezado a recoger en su seno.

Entre las ruinas de calles y plazas habían abierto un sendero lo bastante ancho para permitir el paso de un automóvil, y Ransome avanzaba lentamente a lo largo de este camino, sorteando los profundos charcos que se habían formado aquí y allí. En los patios, y algunas veces entre los muros de los palacios y de las casas, crecían higueras silvestres y banianos, cuyas raíces hendían y apartaban las baldosas llevadas allí, muchos años atrás, desde el Norte, de Delhi, de Agrá, de Lahore.

De acuerdo con lo que la Historia representa en la India, El-Kautara no era una ciudad antigua. No debían de haber transcurrido más de ciento cincuenta años desde que el último súbdito mogol se volviera para contemplar por vez postrera sus desiertas murallas. Pero ahora era una ciudad desaparecida, lo mismo que su historia. Nadie sabía por qué había sido abandonada, por qué se la había dejado perecer. La India resultaba así, pensaba Ransome; lo devoraba todo: ambiciones y fe de los hombres, ciudades y conquistadores, fama y gloria. Solo sobrevivían Akbar y sus sucesores, quienes, según el valor del tiempo en Oriente, habían existido el día antes. Asoka y Alejandro Magno y los demás eran ya seres legendarios, semihombres,

semidioses, como Rama y Krishna. En los desiertos patios colgaban de las ramas de los árboles enormes bermejizos, en espera de la caída de la noche para volar en bandadas sobre las llanuras, en dirección a Ranchipur. De cuando en cuando, allí donde todavía quedaba un fragmento de tejado, Ransome percibía la visión fugaz y siniestra de un rostro enmarcado entre largos y grasicntos cabellos negros, atisbando desde detrás de un arco en ruinas, hasta que llegó a tener la impresión de que le observaban en su avance a través de las desiertas calles.

Entre los *bhils*, el salvaje pueblo aborígen que habitaba en las colinas situadas más allá del monte Abana, quienes, cuando llegaba la estación de las lluvias, buscaban cobijo en las mezquitas y templos en ruinas para sus hijos y sus cabras.

Por fin, Ransome detuvo su coche en la gran plaza, delante de una enorme mezquita en ruinas, y allí estuvo sentado largo tiempo, embargado por un sentimiento de paz y sosiego, desvanecido todo su malestar. En aquella soledad se respiraba una especie de amargura y de siniestro placer, pues aquel espectáculo parecía gritarle: «¡Mira! Aquí hubo una vez una ciudad rica y poderosa. Ahora ya no existe, ha desaparecido, como desaparecerán todas las demás». Aquel espectáculo parecía gritarle al mundo entero, a los dictadores, a los políticos, a los banqueros, a los «grandes hombres» de la tierra: «¡Mirad! ¡En esto concluirán vuestras codicias, locuras y maldades! ¡Mirad! Día llegará en que se desplome lo que habéis construido y en que sus ruinas sirvan de guarida a murciélagos, panteras y salvajes».

## XLVI

Cuando estuvo vestida y todos se hubieron retirado, incluso Bates, Edwina entró en la habitación de Heston y permaneció sentada allí largo rato, observándole y reflexionando. No se sentó a la cabecera del lecho, sino en una silla al otro extremo de la estancia, desde donde veía a su marido con plena objetividad, libre de toda traba. Heston no se movió cuando entró su esposa, ni dio la más leve muestra de que hubiese percibido su presencia. Yacía inmóvil, hinchado y pesado, con el rostro abotagado y más congestionado que tres horas antes. El mayor Safka le había recomendado a ella que no entrase en la habitación hasta que la enfermedad que padecía Heston hubiera sido debidamente diagnosticada. Si se trataba de peste, había dicho, sería peligroso. Pero Edwina no sentía ninguna inquietud ante este peligro, porque tenía la profunda convicción, como la que experimentan algunos soldados antes de entrar en batalla, de que nada le sucedería. Y, además, por naturaleza, le gustaba desafiar al Destino. Si había de enfermar de la peste, enfermaría de todas formas.

Regresó a la habitación impulsada por una especie de horrible fascinación que Heston, enfermo e inconsciente, parecía ejercer sobre ella. Y también por el perverso placer que experimentaba viéndole desamparado, abatido, vencido por primera vez en su vida. Mientras estaba sentada allí, pensaba: «Ahí tienes a lo que has venido a parar. Ya no eres el poderoso y fanfarrón lord Heston, presuntuoso y dominador, comprando todo lo que se te antojaba, sino el vulgar Albert Simpson, hijo de un pequeño contratista de Liverpool, que se ha hinchado más de lo que su piel daba de sí. Nunca hiciste nada en favor de nadie, como no te reportase gloria y provecho. Por el poder y el dinero no vacilaste en arruinar a hombres y mujeres que habían depositado su confianza en ti. ¡Oh, sí, diste mucho dinero para instituciones benéficas, y esos rasgos han sido convenientemente aireados en tus periódicos; pero eso no te ha costado nunca absolutamente nada! Para ti no representaba ningún sacrificio, y la gente que no te conocía dijo que eras un hombre generoso y servía para blanquear tu carácter, encubrir tus infinitas fechorías y ahogar la crítica de tus enemigos. Traicionarías a tu propia patria si ello te hiciese ganar otro chelín o una onza más de poder. Hace muchos años, vendiste fusiles y granadas a los turcos para que en Gallípoli matasen a los muchachos de tu propio país, hombres infinitamente mejores que tú, que iban al encuentro de la muerte, mientras tú permanecías en casa, amasando una fortuna a costa de las trágicas necesidades de tus compatriotas, escribiendo rabiosos artículos en tus periódicos para que la guerra continuase. Y ahora mismo, no hace más de quince días, en Delhi, has escrito un artículo de fondo para ser publicado en todos los periódicos de Heston, destinado a crear una atmósfera de mala voluntad y acritud, abriendo el camino para nuevas guerras. Te ha costado



mucho dinero cablegrafiarlo desde Delhi; pero nada te importaba eso, ya que, si estallase una guerra, recuperarías tu dinero, multiplicado por mil millones. No supiste que yo lo había leído antes, pero lo leí. ¡Hay tantas cosas que ignoras acerca de mí y que yo sé acerca de ti! Bates y yo podríamos escribir juntos una biografía tuya que te hundiría en la cárcel o en el manicomio. ¡Oh, eres muy sagaz, desde luego! Sabes emplear muy bien tus periódicos, minas, fábricas, barcos, dándole vueltas a todo en una cadena sin fin, en tu propio beneficio y a expensas de los obreros, de los accionistas, de la Humanidad misma. No has tenido nunca un amigo que no hayas comprado. Compraste incluso a tu propia esposa, y con ello hiciste un mal negocio, probablemente el peor de toda tu vida. ¿Qué fue lo que te sucedió hace mucho tiempo, acaso cuando todavía eras un niño, para que desearas todas esas cosas por las cuales has sacrificado todo lo que hay de decente en la existencia? ¿Pensabas en todo esto cuando vendías cuchillos y relojes baratos en Malasia? ¿Quién te hirió? ¿Quién metió en tu cerebro la idea de que el poder y el dinero eran las únicas cosas que valía la pena poseer en la vida? ¿Qué te hizo creer que podrías comprar con dinero las cosas de la vida, como el amor, la fidelidad, el respeto y la buena educación? ¿Cómo eras tú por dentro? ¿Qué se experimentará obrando como tú? ¿Qué se sentirá siendo tan implacable, tan agrio, odiando a todo el que no te lame las botas? Nunca se lo explicarás a nadie, porque ni tú mismo lo sabes. Jamás lo has sabido. No lo puedes saber, porque eres como el que ha nacido con una horrible deformidad física y no puede saber, por consiguiente, lo que es sentirse erguido, joven, apuesto y hermoso. Tu cerebro y alma padecen, sin duda, alguna horrible deformidad, tanto más horrenda cuanto no puede verse. Tienes que haber sido un niño horrible, ávido y calculador, pensando siempre en la forma de hacer dinero, aun a costa de tu misma madre. Pero todo eso te ha destruido a ti también. Porque eres un hombre acabado, Albert Simpson. El mundo ha terminado contigo, y tú estás hastiado de ti mismo, cansado y agotado por aquello que has levantado a costa de tantos engaños y ambición. Vas a morir en esta India a la que tanto aborreces, de una enfermedad repugnante, y nadie lo sentirá, ninguna de las personas que habitan el mundo, ni tu misma esposa, ni tu criado, ni el secretario que has enviado a Bombay. Ese maravilloso vagón particular, que has creído te hacía parecer más grande que el resto de los mortales, regresará sin ti. Tal vez tus cenizas retornen a Inglaterra en ese espléndido y veloz navío, y quizá no. Pero, de todos modos, tú has acabado. ¡Maldito seas! No saldrás con vida de ese horrible lecho, no volverás a dormir conmigo como un animal. Nunca más gritarás a los criados como si fuesen perros. Jamás me avergonzarás en público por haberte conocido. Has hecho algo horrible conmigo, le hiciste algo horrible a mi propia alma. ¡Oh, te dejé hacerlo porque estaba cansada y no me importaba, pero podías haberme ayudado un poco! Deberías haber comprendido lo que necesitaba —¡era tan poco!— para salvarme, pero no lo comprendiste. Nunca tuviste tiempo para ello. Todo lo que

hiciste fue enterrarme en dinero. Pero estás acabado. Vas a morir y a pudrirte, y dentro de unos años nadie se acordará de quién has sido. Ni siquiera dejas un heredero en pos de ti. Me alegro infinito de que tu sangre infame no siga viviendo en un hijo que yo te hubiese dado. Me alegro infinito de haberme ocupado de que no sucediese semejante cosa. Estás acabado y a nadie le importa. Sigue roncando y babeando, como el repugnante animal que eres. Ha habido momentos en que has creído poder abatir mi orgullo y convertirme en un ser tan grosero y tosco como tú mismo, pero no lo has conseguido. Al final, he vencido yo. Te vencí anoche, cuando te hice salir de mi habitación con el rabo entre las piernas. Nunca has tenido bondad, ni moral, ni sentido ético, y por eso nadie podía herirte sino yo. Te conocía lo bastante bien para saber dónde te dolería y me obligaste a utilizar mis conocimientos. Me forzaste a ello. Y no lo siento. Ojalá hubiese podido ser más cruel. ¡Oh, si supieras las veces que te he engañado! Y nunca ha sido con un hombre que no fuese mucho mejor que tú, más bondadoso, humano, decente, hermoso. Sí, y todos y cada uno de ellos han sido mejores amantes que tú. La gente termina por parecer lo que es, Albert. Tú eres un cerdo y ahora pareces un cerdo, tirado ahí, roncando y rebozado en tu propia saliva. Vas a morir, Albert. Ha llegado el final para ti, y el mundo entero — incluso los pequeñuelos que corretean por las calles de la India y de China— será más feliz y vivirá mejor después de tu muerte».

Experimentó el vehemente deseo de cruzar la estancia para ir a escupirle en el rostro, pero no lo hizo porque la contuvo la idea de que semejante acto resultaría extraordinariamente divertido. «¿Qué me ocurre? —se preguntó—. Quizá vaya a caer enferma yo también. No debería estar en esta habitación. Pero, aunque enferma, ¿qué importaría? Me da lo mismo. ¿Por qué, de pronto, me preocupa la repugnante fealdad física y moral de Albert? ¿Por qué he de portarme como una histérica?».

Dejando solo a su marido, regresó a su dormitorio y se arrojó de bruces en la cama. Un momento después se dio cuenta de que estaba llorando silenciosamente. Las lágrimas resbalaban por su rostro y caían sobre la almohada de *crepé de Chine*<sup>[25]</sup> rosado, en donde hicieron un turbio charquito. No comprendía la razón de su llanto. Desde luego, no era por Heston ni tampoco porque tuviese miedo a la muerte. Nunca la había temido tanto como a la idea de envejecer, de perder la blanca tersura de su tez y el fulgor de su rubia cabellera. No recordaba que hubiese llorado nunca desde sus tiempos de colegiala. Lloraba de la misma forma que había llorado entonces, a causa de los nervios, sin ningún motivo aparente, como un medio de placentera relajación fisiológica, impregnada de voluptuosidad y melancolía.

«Pero yo nunca he padecido ataques de nervios —pensó—. Deben de ser este país y clima condenados..., esta maldita lluvia, y el calor, y el tedio».

Pasado cierto tiempo se sintió mejor, e incorporándose en la cama, cogió el espejo y se contempló atentamente, un poco sorprendida de que sus cabellos estuviesen en

tal desorden y sus ojos tan enrojecidos e hinchados. Contemplando su imagen, pensó: «¿Soy realmente yo? No es posible». Porque lo que veía en el espejo no era una mujer elegante, bella y lozana, sino una criatura fea y desgredada, en los umbrales de la madurez. Asustada, soltó el espejo.

«¿Y si no pudiera salir nunca de aquí? ¿Y si tuviera que quedarme toda la vida en este terrible país? Si mi belleza se disipase, ¿qué podría ofrecer a los hombres? No — siguió diciéndose mentalmente—; he de apresurarme. He de arrancarle a la vida cuanto me sea posible, mientras aún haya tiempo». Y se preguntó si el mayor Safka la habría visto como ella se veía ahora en el espejo. Había querido presentarse a él, en su aspecto más atractivo, porque el mayor era un hombre mucho más atrayente de lo que se imaginó. De no haber sido por él, habría hecho las maletas y marchado inmediatamente. Y de todos modos... ¡Al diablo con Albert! ¡Al diablo incluso con el mayor! Se inclinó sobre la mesita para tirar del cordón de la campanilla y que acudiese la doncella, con el fin de ordenarle que preparase el equipaje, pero se detuvo cuando ya estaba a punto de hacerlo. No, no se podía hacer una cosa así, ni siquiera tratándose de Albert.

## XLVII

La señorita Dirks llegó tarde al té de Ransome, no porque no hubiera salido de la escuela con tiempo sobrado, sino porque había hecho muchas paradas en el trayecto: en las tiendas, en la biblioteca y hasta en el museo, en donde simuló estar buscando algunos nuevos dibujos persas para que las alumnas más jóvenes los utilizaran en sus bordados y acuarelas. Durante los primeros tiempos de su estancia en Ranchipur, la gente —incluso los indios, que raras veces se sorprenden de nada— se volvía a mirarla en la calle, no solo por su extraño aspecto asexual, sino porque había algo en ella que la distinguía a todos los demás, algo muy directo y resuelto. El deber era un amo poco conocido y escasamente reconocido entre los indios. Pero ya no reparaban en ella, porque se había convertido en una especie de institución en Ranchipur, como la estatua de la reina Victoria sobre el pilar central del puente del Parque zoológico.

Era un paso este de ir a tomar el té con Ransome que no le resultaba nada fácil a la señorita Dirks. Media docena de veces se sintió tan descorazonada, que de buena gana se habría vuelto atrás; pero el sentimiento del deber, que en ella constituía una obsesión, la impulsó a seguir adelante. Se había comprometido a ir, el señor Ransome la estaría esperando, y antes de caer en falta, la señorita Dirks habría arrojado el agua y el fuego, la guerra y la peste.

Era la primera vez en veinticinco años que visitaba a un europeo y la única en toda su vida que iba a casa de un hombre. Unos años antes, cuando se encontraba fuerte como un toro, le hubiera resultado más fácil dar este paso; pero ahora, débil y cansada, había momentos, mientras caminaba bajo la lluvia, en que la invadía un extraño deseo animal de meterse en la espesura de cualquier grupo de bambúes a esperar tranquilamente la muerte, sola, dejando que el mundo se las arreglase con todas las tribulaciones que la atormentaban a ella, echándose en el suelo para morir como un viejo y fiel caballo incapaz de dar un paso más. Mientras chapoteaba en medio de la lluvia, calzada con sus pesadas botas, esta tentación se convirtió en una obsesión, como si fuese un lujo del que solo se podría disfrutar en el cielo. Su fatiga parecía retrotraerla al pasado, a través de todos aquellos años de aislamiento, hacia su infancia, como si ya fuese muy viejecita; tanto, que hubiese olvidado lo que había sucedido ayer y solo recordase las cosas que habían ocurrido cuando era muy joven. No era la señorita Sarah Dirks, distinguida y capaz directora del Instituto femenino de la maharani, mujer que había realizado una extraordinaria labor en las circunstancias más difíciles y desalentadoras, sino Sally Dirks, muchacha fea y torpe, hija del lencero de Nolham, que iba todos los años al castillo para ayudar a organizar la fiesta anual en beneficio del orfanato.

Ante la perspectiva de tomar el té con Ransome, el mismo vago temor y la confusión que habían agitado su corazón a la edad de diecisiete años, agitaban ahora

el corazón de esta cansada mujer de cincuenta. Todo el pasado volvía a su memoria con notable claridad: el cuadro que ofrecía el castillo, el espacioso prado cubierto de pequeñas barracas y los chaparrones que invariablemente deslucían la fiesta, y en el centro de la escena, la madre de Ransome, lady Nolham, toda cubierta de encajes y tocada con una elegante pámela, yendo y viniendo con aire atareado, sin ningún fin concreto, saludando a la gente llegada de la ciudad y, a pesar de todo, siempre una extraña. Recordaba también la figura de un niño de tres o cuatro años, cogido de la mano de lady Nolham, un niño guapo, de ensortijados cabellos negros, el hijo menor de la familia, que se había transformado en el Tom Ransome de hoy.

Se decía que era absurdo sentirse tan turbada ante la perspectiva de visitar a un hombre lo bastante joven para poder ser su hijo. Trató de disipar aquel sentimiento razonando consigo misma de mil maneras distintas; pero, pese a todos sus razonamientos, seguía viéndose como había sido a los diecisiete años: una muchacha pálida, carente de atractivos, tímida, hija del lencero del pueblo, a la cual se le permitía la entrada en el castillo con ocasión de la fiesta anual y de la exposición de horticultura. Durante trescientos años, la gente del castillo había velado por los moradores de la aldea consciente y fielmente.

Por fin, a las cinco y media, con el corazón latiéndole locamente, llegó la señorita Dirks a casa de Ransome, quien la esperaba en la terraza, bebiendo coñac. «Se parece mucho a su padre —pensó—. Pero empiezan a notarse los efectos de la bebida». Le pareció cansado y envejecido. El vicio de la bebida lo había heredado probablemente de su madre. En la última carta que recibió de Nolham, su hermana le decía que lady Nolham (así lo había oído decir) era desgraciada y bebía en secreto.

Por un instante le pareció que no tendría fuerzas suficientes para subir los cinco escalones de la terraza, no solo porque se sintiese fatigada y enferma, sino porque se sentía bajo el peso abrumador de todo un cúmulo de recuerdos que se habían abatido sobre ella al ver a Ransome.

Este se mostró muy amable con ella, colocando otro cojín en el profundo sillón que le ofreció al hacerse cargo de su impermeable. Su actitud estaba llena de gracia y de sinceridad. «Siempre han sido unos perfectos caballeros», pensó la señorita Dirks. Se conducía exactamente como se habría conducido su padre. Recordaba claramente al anciano lord Nolham, que entraba en la tienda de su padre a charlar buenos ratos con él. También había tenido aquel aspecto de silenciosa desesperación que se observaba en su hijo. Era —la señorita Dirks le recordaba perfectamente— un hombre extraordinariamente apuesto, que llevaba unas patillas a lo lord Lonsdale.

—No quisiera que esta visita mía representase una molestia para usted —dijo la señorita Dirks, quien, al oír su propia voz, notó que recuperaba un poco de confianza.

Ransome rio agradablemente, mostrando unos dientes blanquísimos y ella pensó que era una lástima que un joven tan apuesto estuviese decidido a buscar su propia

destrucción en la disipación.

—No tengo nada que hacer —contestó Ransome—; nunca tengo ocupaciones. Después de todo, la vida en Ranchipur es muy simple, especialmente cuando se tienen pocos quehaceres, como yo.

Juan Bautista se presentó con el servicio de té, silencioso, pero observándolo todo con sus grandes y negros ojos bovinos.

—¿Sirvo el té? —preguntó la señorita Dirks.

—Sí, por favor. Pero no a mí. No lo tomo nunca.

La señorita Dirks se sirvió el té, temblándole las manos, grandes y huesudas, a causa de la debilidad y la excitación.

—Me han dicho que pinta usted —comentó ella.

Y de nuevo Ransome se echó a reír alegremente.

—¡Oh, no, no se puede llamar a eso pintar! No tengo talento para ello. Lo hago para matar el tiempo.

Al principio no resultaba fácil sostener la conversación. Se producían pequeñas pausas, breves silencios, y Ransome observó que la señorita Dirks, en su timidez, balbucía de forma que a veces era difícil entender lo que decía. Una situación embarazosa, porque los dos esperaban algo: la señorita Dirks, el momento más oportuno para explicar el motivo de su visita, y Ransome, enterarse de qué se trataba. Hablaron de las lluvias y del cólera, de la escuela y de la inminente partida del maharajá, y al cabo de un rato, Ransome empezó a experimentar aquel cansancio que se apoderaba de él siempre que hablaba con gente que no se manifestaba francamente, que se reservaba una parte importante de sus pensamientos. Aquello le daba siempre la impresión de estar batiéndose con una sombra, de estar tratando de descubrir algo que sabía que estaba allí, pero que no le era posible encontrar. La señorita Dirks permanecía sentada en actitud rígida, con aire de autoridad, como si se hallase al frente de una clase. Ransome observó que, de cuando en cuando, los músculos del rostro de su visitante se contraían violentamente y se ponía mortalmente pálida.

Juan Bautista volvió al cabo de un rato para retirar el servicio, y entonces la señorita Dirks se decidió:

—¿Cuánto tiempo hace que vio usted Nolham por última vez? —preguntó.

Al oír mencionar este nombre, Ransome dejó bruscamente el vaso sobre la mesa.

—¿Nolham? —repitió—. ¡Oh, pues, por lo menos, diez años! ¿Es que conoce usted Nolham?

—¿Se acuerda usted del señor Dirks, el lencero?

—¿Del viejo *Dacy Dirks*? Pues claro que me acuerdo. ¡Ah, ahora comprendo! ¿Es usted pariente suyo?

—Soy su hija. Solo tenía dos hijas. Mi hermana sigue viviendo en Nolham, en la

misma tienda.

Ya estaba hecho, se había roto el hielo, y la señorita Dirks sintióse repentinamente liberada. Era como si de pronto se hubiesen encontrado dos viejos amigos. La señorita Dirks sentía unas tremendas ganas de llorar.

—¿Por qué no me lo ha dicho nunca hasta ahora?

—Pues... ya ve usted..., yo apenas le conocía. En realidad, tampoco creí que tuviese mucha importancia. Y, además —titubeó miserablemente antes de concluir—, consideré que podría parecer un poco presuntuoso por mi parte.

Debió usted decírmelo. La verdad es que nunca se me ha ocurrido relacionar los nombres; quiero decir, el suyo y el de Nolham. Jamás he pensado en ello. Ya sabe usted: su padre murió cuando yo era todavía un muchacho, y no he vuelto a Nolham desde que mi hermano entró en posesión del título.

—Este otoño hará veintiún años que murió mi padre.

—Exacto. Yo debía de tener entonces unos dieciocho. Recuerdo perfectamente el funeral. Asistí en compañía de mi padre, pues me encontraba en casa de vacaciones.

—Sí, murió después de mi venida aquí.

—¿Y qué noticias tiene de Nolham?

Una sombra oscureció el hosco semblante de la señorita Dirks.

—Recibo pocas noticias de allí —dijo—. La verdad es que casi he perdido la costumbre de escribir a casa. No he tenido carta desde hace años.

Después de veinticinco años de ausencia, la imagen de Nolham no se había borrado de su recuerdo, con sus verdes prados comunales y el riachuelo deslizándose entre las márgenes cubiertas de cañas. Nolham seguía siendo para ella su patria. La India no había dejado nunca de ser suelo extraño.

—Comprendo —dijo Ransome—. Se termina por perder el contacto. Hace ya tres o cuatro años que yo tampoco recibo ninguna noticia de allí. La última carta que he recibido fue de Banks, nuestro administrador, respecto a ciertas cosas que me ha dejado mi padre.

—¿No será el viejo Morgan Banks? ¿Es posible que viva todavía?

—No, se trata de su sobrino... Seguramente le recordará usted. Era un muchacho pelirrojo.

Ahora ya estaba encauzada la conversación. Milagrosa y repentinamente habían vuelto al antiguo ambiente, del que ambos se separaron hacía tanto tiempo. En realidad, nada alteró las antiguas relaciones entre el castillo y la villa. Parecía exactamente como si ninguno de los dos hubiera salido jamás de Nolham y se hubiesen encontrado casualmente en el salón de té del Pavo Real, en lugar de hallarse en la terraza de una casa de Ranchipur.

Hablaron de diversas personas del pueblo y de los cambios que se habían producido desde que ambos faltaban de allí. Había algo en la vehemencia con que se

expresaba la señorita Dirks que le hizo sentirse a Ransome indeciblemente triste. La maestra se sonrojaba, mostrándose cada vez más excitada, hasta que acabó por confesar:

—No sabe los deseos que me acometían a veces de hablar con usted de Nolham, pero nunca me atreví. Porque Elizabeth..., quiero decir, la señorita Hodge..., no conoce a Nolham. Es de Birmingham. Y no comprendería nunca lo que es Nolham.

Ransome había olvidado por completo que la señorita Dirks le fue a ver para hablarle de una cuestión estrictamente «personal», hasta que ella, poniéndose muy seria de repente, dijo:

—Realmente no he venido para hablar de estas cosas con usted. Deseaba hablarle de otro caso...; exactamente, del mayor Safka.

—Es un excelente amigo mío.

—Precisamente por eso. Bueno; mire, estoy enferma desde hace unos meses —se ruborizó, y añadió—: Acaso necesito someterme a una intervención quirúrgica, y quería informarme acerca de él.

—No hay mejor cirujano en toda la India.

De nuevo, una ola de rubor invadió el semblante de la maestra, que dijo:

—No me refería a eso. Ya sé que es un cirujano excelente. Sencillamente, quisiera saber qué clase de hombre es.

Lentamente, el absurdo sentido de la pregunta se abrió paso en el ánimo de Ransome, quien sintió unos deseos locos de echarse a reír a carcajadas, pero consiguió dominarlos y traducirlos en una sonrisa tranquilizadora.

—¡Oh, no se preocupe; un perfecto caballero! —dijo—. Uno de los más cumplidos que he conocido en mi vida. Encantador y humano —y con el fin de precisar aún más las cosas, agregó—: Inmensamente comprensivo, y su actitud con respecto a estas cosas, rigurosamente científica y profesional.

—Entonces, ¿usted me aconsejaría que acuda a él?

—Creo que es el más indicado en toda la India. No tendrá ningún motivo para sentirse turbada en su presencia. Sabrá evitárselo.

«¡Dios mío! —pensó Ransome—. Solo me faltaba convertirme en consejero de solteronas aquejadas de dolencias femeninas».

—Muy bien —dijo la señorita Dirks—. Debo declarar que jamás he oído nada en contra de él. Pero como es indio... Nunca he podido sobreponerme a la impresión de que los indios son seres un poco extraños.

—Es de la misma raza que usted y yo. Incluso tiene los ojos azules.

—Ya lo sé..., ya lo sé. Pero los indios siempre me *parecen* diferentes.

Ransome creía que, después de esto, la señorita Dirks se marcharía; pero se quedó, divagando de nuevo, ganando tiempo, hablando del jardín y de Juan Bautista, hasta que finalmente dijo:



—No era eso todo lo que deseaba consultarle. También quería pedirle otra cosa... con relación a la señorita Hodge.

—Si puedo ayudarle de alguna forma, será para mí un placer.

El color tiñó de nuevo las mejillas de la señorita Dirks.

—La señorita Hodge y yo somos amigas desde hace muchos años y, poco a poco, ha ido dependiendo cada vez más de mí, hasta un extremo excesivo. Ya ni siquiera piensa por sí misma, salvo... —titubeó unos momentos antes de añadir—: salvo en instantes de rebeldía. En esos momentos pierde toda medida de la sensatez y del equilibrio. Parece entonces una de esas personas que tratan de levantarse y andar por primera vez después de haber permanecido años enteros en cama —movió nerviosamente el raído bolso que descansaba en su regazo y desvió la mirada—. Últimamente ha empeorado en este sentido. A veces, incluso me da la impresión de estar un poco..., bueno..., un poco desequilibrada —empezó a hablar apresuradamente, como si se estuviese dando fuerza—. Yo he perdido el contacto con todos mis amigos y parientes en Inglaterra, y lo mismo le ocurre a ella. Lo que me preocupa es pensar que pudiera sucederme algo, en el caso de que tuviera que operarme.

Las lágrimas asomaron súbitamente a sus ojos, pero no llegaron a verterse. Eran provocadas por el dolor que le roía las entrañas y la debilidad. Haciendo un esfuerzo terrible, las contuvo nada más asomar a sus ojos. Ransome, escuchándola, pensaba: «Si fuese capaz de descubrir su corazón... Si, por una sola vez, se desahogara...». Pero ya era demasiado tarde. Ella, lo mismo que la señorita Hodge, estaba paralizada, aunque de manera diferente.

—Si me sucediese algo —prosiguió diciendo la señorita Dirks—, Elizabeth se quedaría sola en el mundo. Pienso dejarle todo el dinero que tengo. No es mucho, pero sí lo bastante para que viva con comodidad. Es lo poco que he ahorrado y lo que mi hermana me pagó por mi parte de la tienda de Nolham. Solo éramos dos hijas, y mi padre nos legó el negocio a las dos. Mi hermana... se casó con Tom Atwood, el hijo del farmacéutico. Tal vez lo recuerde usted.

—Desde luego. Perfectamente.

—Pues bien: quiso comprar mi parte y se la vendí. Pero, volviendo a lo de antes..., no puedo soportar la idea de que Elizabeth se quede aquí completamente sola. ¡Es tan nerviosa y voluble! En fin, lo que deseaba pedirle es que me indicase alguien que le sirviese como de una especie de curador, que cuidase del dinero y velase porque no se pillase los dedos en cualquier tontería. Y me he dirigido a usted porque es la única persona capaz de orientarme. No es solo porque, en realidad, no conocamos a nadie aquí, sino porque me ha parecido que era usted la única persona capaz de comprender. Si me sucediese algo, preferiría que Elizabeth volviese a Inglaterra. Espero que mis pretensiones no sean demasiado presuntuosas... Espero

que...

Ransome la interrumpió, diciendo:

—Personalmente no puedo encargarme de ello. No soy lo que se llama una persona responsable. En cualquier instante puedo marcharme de Ranchipur para no volver. Pero puedo pedir al procurador de mi familia que acepte esa responsabilidad. El lo hará por mí, y puede estar segura de que su dinero queda en buenas manos.

Nuevamente las lágrimas asomaron por un instante a los claros ojos azules.

—Es usted muy bueno. No sabe el descanso que trae a mi espíritu, pues me siento responsable de Elizabeth, ¿comprende? Vivo bajo la impresión de que es culpa mía, como si la hubiese traído aquí a viva fuerza y hecho perder el contacto con su patria. Yo siempre he sido la más fuerte y disfruté de una salud excelente. Jamás se me ocurrió pensar que pudiera ocurrirme nada antes que a ella. Nunca creí que sucediera una cosa así. Es usted muy amable. Eso facilitará mucho todas las cosas.

—Puede confiar plenamente en nuestro procurador. El sabrá exactamente lo que conviene hacer.

—Parte del dinero está depositado en el Lloyd de Bombay, y el resto, en Inglaterra. Aquí hay lo bastante para que Elizabeth pueda regresar a las islas —de nuevo vaciló un instante antes de proseguir—: Naturalmente, puede que no todo resulte tan sencillo como parece. Si me sucediese algo, es muy posible que Elizabeth perdiese por completo el equilibrio nervioso, al menos por algún tiempo. Y mucho le agradecería que velase por ella y se cuidase de que la tratasen con amabilidad y le enviasen a Inglaterra. Sé que es mucho pedir, pero no tenía a nadie a quien dirigirme. Estuve reflexionando mucho acerca de estas cosas, muy preocupada, hasta que pensé en Nolham y...

Ransome dijo:

—Estoy seguro de que no debe preocuparse porque vaya a sucederle nada. Convencido de que todo saldrá bien, especialmente interviniendo el mayor. Puede usted confiar plenamente en él.

Ransome adivinaba lo que sucedía en el ánimo de la señorita Dirks, aunque esta no dijo una sola palabra, tal vez porque ni ella misma lo comprendiese con toda claridad y no encontrase las palabras oportunas para expresarlo. Pero, en su angustiada extremidad, había vuelto a sus raíces, a un sistema, a una civilización que casi se desvaneció ya, y de la cual se habían desprendido ambos muchos años atrás: desde la villa acudió al castillo en demanda de ayuda, y, ¡oh, ironía!, se dirigió al único miembro de la familia que se rebeló contra aquel sistema, rehusando aceptar sus responsabilidades. Ransome se sentía satisfecho porque hubiese acudido a él, y al mismo tiempo se avergonzaba del placer semifeudal que encontraba en ello. Era a la vez reconfortante y engañoso el verse de pronto ocupando el puesto patriarcal del señor del castillo. Y se acordó de su abuela y de aquella gran casa con torreones de

Grand River, imaginándosela en estas mismas circunstancias, aceptando la responsabilidad de velar por la señorita Hodge y ayudar a la pobre señorita Dirks, no por un sentimiento medieval, sino como un acto sencillo y humano. Si ella estuviese aquí, podría hacer muchas cosas que le estaban vedadas a él en beneficio de estas dos pobres y solitarias solteronas. Le estaban vedadas por su condición de hombre y porque, a pesar de todo, ni él ni ellas podrían olvidar por completo la relación entre el castillo y la villa.

—Empiezo a creer —decía la señorita Dirks— que tal vez haya sido un error vivir tan apartadas. En algunas ocasiones, Elizabeth sentía el deseo de visitar gente y de invitar a alguien a tomar el té; pero al final, por unas cosas u otras, nunca cristalizaban en la práctica estos deseos, y el resultado es que no conocemos realmente a nadie.

Mientras ella hablaba, el pensamiento de Ransome se deslizó rápida y naturalmente de su abuela a tía Phoebe, y de esta a los Smiley, y entonces vio claramente qué era lo que debía hacer. Eran precisamente los Smiley los más indicados para cuidar de la señorita Hodge, si le sucedía algo a la señorita Dirks. Sabía que apenas notarían una carga más. Y se ocuparían de ella con sencillez y amabilidad, como si la señorita Hodge fuese una vecina de la casa de enfrente que hubiese caído enferma. Ransome oyó su propia voz que decía:

—Quizá no sea demasiado tarde todavía. Tal vez sea una buena idea hacer que la señorita Hodge venga a conocer a algunas de las personas más gratas de Ranchipur —observó que la señorita Dirks hizo un leve gesto cuando oyó lo de «personas más gratas», pero siguió tranquilamente adelante—: Estoy convencido de que no va a sucederle nada a usted; pero, en el caso de que desgraciadamente así fuese, la señorita Hodge ya no se encontraría completamente sola. Acaso fuese una buena idea que yo organizase un té. ¿Querría usted venir en compañía de la señorita Hodge?

Ella no contestó en seguida, porque estaba luchando con el terror y la parálisis que se apoderaban de su ánimo siempre que se planteaba la cuestión de los contactos humanos. Por último, dijo:

—Sería muy amable por su parte —y luego el marchito y pétreo semblante de la solterona se cubrió de intensa palidez—. Pero temo que sea imposible, porque hay mucha gente que no vendría si supiese que estábamos invitadas nosotras.

—¡Oh, estoy seguro de que son imaginaciones tuyas!

La señorita Dirks le miró directamente a los ojos, escrutadora, como sondando si sería capaz de comprender lo que iba a decirle, y luego, lo mismo que había hecho Fern Simón, leyó algo en su rostro que le dio ánimos para lanzarse resueltamente a decir:

—Es que algunas personas han difundido sucias historias acerca de la señorita Hodge y de mí.

Ransome sonrió y aclaró:

—¡Oh, no pensaba invitar a esas gentes! Yo no las veo nunca tampoco. Pensaba invitar a mis amigos más íntimos: los Smiley, la tía de la señora Smiley, la señorita MacDaid, el mayor Safka y tal vez Raschid Alí Khan y su esposa. Raschid podría serle muy útil a la señorita Hodge.

La palidez que cubría el semblante de la señorita Dirks desapareció, pero estuvo vacilando unos instantes a cuenta, según le constaba a Ransome, de los indios. Luego dijo:

—Sí, sería muy agradable. Y después acaso organizásemos nosotras otra reunión en casa. Creo que eso haría muy feliz a Elizabeth. Desde hace años está deseando que la gente vea la casa y lo bien arreglada que la tiene.

—Entonces, de acuerdo. Ya le comunicaré el día en que podré reunir a todos.

La señorita Dirks se levantó y cogió el impermeable. Cuando Ransome la ayudó a ponérselo, comprobó que estaba temblando de pies a cabeza, a causa del esfuerzo que le había costado efectuar esta visita.

—Y hablaré con mi amigo el mayor Safka acerca de ese reconocimiento. De antemano puedo decirle que la verá a usted tan pronto como lo desee. No tenga ninguna prevención. Es un hombre muy amable y extraordinariamente comprensivo.

—Es usted muy amable. Me ha ayudado muchísimo hoy.

—No fue mucho lo que he hecho. Tenemos que volver a charlar pronto de Nolham. Esta conversación nuestra ha despertado mi nostalgia.

Se dio cuenta en el acto de que había tocado un punto doloroso, pues sus palabras evocaron en el ánimo de la solterona la imagen de una pequeña población que su espíritu no había abandonado jamás y sus ojos no volverían a ver. Con la voz velada por las lágrimas contenidas, la señorita Dirks repuso:

—Sí, a veces siento muy dentro de mí la nostalgia de los prados comunales, el río y la tienda de mi padre.

No permitió que Ransome la llevase en el coche a su casa y partió sola, bajo la lluvia, dejándole entregado a su coñac con *soda*. Y cuando la maestra se hubo perdido de vista, el pensamiento de Ransome voló hacia aquella población de Nolham, que con tanta nitidez había vuelto a su recuerdo. La conversación sobre *Dacy Dirks*, Morgan Banks y Tom Atwood, el farmacéutico, poblaron repentinamente los prados comunales, la plaza y la taberna de figuras vivas que se movían dentro de aquel marco, del que no salieron jamás. Estaba todo ello lo bastante lejano para que Ransome se olvidase de las cosas que tanto había detestado: los terribles y Victorianos aires protectores de su padre; la arrogancia y el *snobismo* de su hermano mayor; la desconcertada infelicidad de su anodina madre, cuyo dinero era lo que mantenía en pie a Nolham; la sensación de inanimada y paralizadora artificialidad que experimentaba siempre a su regreso de la dulce libertad de Grand River; el rígido

sentimiento de casta que encontraba hasta en el fregadero. Todas estas cosas parecían ahora insignificantes, y sentimentalmente, solo veía las virtudes de un sistema en el que nunca había encajado: la estabilidad, la paz, el sentido de reciprocidad de deberes, aceptados igualmente por el castillo y la villa. Pero incluso esto estaba empezando a desaparecer. Ahora Nolham era representado en el Parlamento por un diputado socialista, y poco a poco se había ido vendiendo la tierra a pedazos, hasta que no quedaron más que una o dos granjas y el vasto e inútil parque que circundaba al castillo. Ni siquiera la fortuna americana de su madre, extraída largo tiempo atrás por su abuelo de las montañas de Nevada, bastó para conservar la heredad.

De todas las figuras de su infancia era la del viejo *Dacy Dirks*, el lencero, la que descollaba con más claridad, acaso porque en torno a él hubiese flotado siempre una atmósfera siniestra y amenazadora, cuando, en pie en el umbral de su tienda, con su eterna levita y su corbata blanca, miraba iracundo a través de la pequeña plaza en dirección a La Liebre y el Jarro, en donde tantos jóvenes excelentes encontraban su ruina. «Fue extraordinaria —pensó Ransome— la exactitud de mis suposiciones aquel día, en casa del señor Jobnekar, cuando meditaba acerca del ambiente del que seguramente procedía la señorita Dirks. Y entonces no tenía el menor indicio que me permitiese llegar a tales conclusiones».

El viejo *Dacy* pertenecía a la Hermandad de Plymouth, y en su hogar no había reinado nunca la menor alegría. Las habitaciones traseras de la tienda, en donde vivían *Dacy* y su familia, debían de ser tan terribles y lóbregas como la tienda misma. Los domingos no había más esparcimiento que la lectura de la Biblia. Sus hijas no veían nunca a los muchachos de su edad y se les había imbuido la idea de que todos los hombres, con la sola excepción de *Dacy*, eran criaturas rapaces y que el amor era una necesidad desgraciada, como la de tener que ir al excusado situado en la parte trasera del jardín. La señorita Dirks salió de aquel ambiente para recorrer un corto trayecto dando traspies tullida y trabada, para, finalmente, ir a morir a la India, al otro lado del mundo, lejos de la verde y tranquila Nolham, no habiendo conocido nunca otro placer que el que se desprendía de la hosca y tiránica satisfacción del deber cumplido.

Porque la señorita Dirks iba a morir. Ransome sabía que la mujer que había estado sentada allí, charlando con él, estaba ya muerta en realidad. Solo se equivocaba al suponer que ella lo ignoraba.

## XLVIII

Cuando la señorita Hodge atravesaba apresuradamente la plaza, bajo la lluvia, y pasaba por delante del cine, pensó que era extraordinario el que Sarah no hubiese exteriorizado ningún comentario sobre el hecho de que se hubiese puesto el pañuelo nuevo de seda para ir a la escuela por la tarde. Era muy posible que no se hubiese dado cuenta, porque últimamente escapaban a su atención muchas cosas; pero se trataba de aquel pañuelo nuevo que ella había comprado dos años antes en el almacén del Ejército y la Marina de Bombay y que solamente se había puesto en tres ocasiones: una con motivo del Durbar de la maharaní y dos más en los días de reparto de premios en la escuela... Sí, desde luego, era un caso verdaderamente extraordinario y muy afortunado.

Cuando la señorita Dirks se despidió de ella en la plaza, delante del cine, diciendo que tenía que cumplir algunos encargos y que no regresaría a casa antes de las seis, la señorita Hodge continuó astutamente su camino más allá del depósito, en dirección a la Escuela de Ingenieros, hasta que su amiga se hubo perdido de vista. Entonces, de manera abrupta, como un piel roja, había vuelto sobre sus pasos y se metió en la calle que atravesaba el bazar.

Se sentía invadida por una de sus *olas* de rebeldía, llena de espíritu retador con respecto a Sarah; una *ola* tan violenta, que había osado incluso ponerse el pañuelo nuevo, aun a riesgo de delatarse. Aunque en realidad, se decía para sus adentros, ¿qué le importaba nada? Si la situación hubiera desembocado en una discusión decisiva, habría insistido audazmente en su resolución de ponerse el pañuelo y hubiérala llevado a la práctica. No era una niña, y menos aún la esclava de Sarah. Y ya estaba cansada de no ver nunca a nadie, excepto a Sarah, cuando Ranchipur estaba lleno de personas interesantes.

Desde el bazar torció por la calle que bordeaba la mezquita y no tardó en llegar a la puerta del viejo palacio de verano, que atravesó Pasando entre dos apuestos *sikhs*<sup>[26]</sup> vestidos de rojo y gualda, a quienes no había visto hasta ahora, y ascendió el inundado paseo que conducía al palacio. A medio camino del pórtico sintió que desaparecía su excitación en una ola de timidez y confusión, al enfrentarse con un problema que nunca se le había planteado hasta ahora. ¿Cómo presentarse ante una persona que vivía en un palacio? En el Durbar, la cosa resultaba bastante sencilla: cada uno ocupaba su lugar en la fila y entraba. Pero tratándose de una visita no oficial como esta, una visita de paso, y, además, en un palacio, la cosa ya no resultaba tan sencilla. ¿Habría que llamar con los nudillos en la puerta o que tirar del cordón de la campanilla? ¿O hacerse anunciar? Por un instante sintióse tentada de volverse y echar a correr; pero, comprendiendo que si permanecía allí mucho tiempo tratando de decidirse terminaría calándose hasta los huesos, avanzó hasta ponerse bajo el amparo

de la *porte cochère*, y allí no tuvo más remedio que decidirse rápidamente, porque un criado, con la librea de oro y púrpura del maharajá, la vio, y haciendo una profunda zalema, preguntó qué podía hacer en servicio de la *memsahib*<sup>[27]</sup>.

Ruborizándose y temblando, la señorita Hodge subió los peldaños, y al abrir el bolso para buscar sus tarjetas, lo hizo con manos tan agitadas, que el bolso se le cayó a tierra, y todo su contenido se esparció por el suelo. Cuando el criado se apresuró a entregárselo después de recogerlo, encontró, al fin, las tarjetas, y haciendo acopio de valor, se las entregó al sirviente, diciendo:

—Lady Heston, por favor.

No había utilizado una tarjeta de visita desde hacía veinticinco años, y cuando se le ocurrió la idea de «ramificarse», se acordó de las tarjetas que hizo imprimir, mucho tiempo atrás, en casa de Stebbins, en Birmingham, y hasta del lugar exacto en donde las guardaba: en el baúl de teca, junto con sus Diarios y unos ensayos sobre los Dominios que le habían valido un premio a la edad de diecisiete años. Pero al abrir el baúl, vio con desmayo que las tarjetas estaban amarillentas y cubiertas de moho a causa de la humedad de veinticinco monzones indios. Por fortuna, habían sido cuidadosamente colocadas en un paquetito impecable dentro de una cajita de cartón, y las del centro se conservaban en mucho mejor estado que las de fuera, y una vez examinadas aquellas, encontró entre ellas dos perfectamente presentables, libres de moho y con solo un ribetito amarillento alrededor. Casi parecía que las hubiesen hecho así a propósito. «Blanco marfileño —pensó la señorita Hodge— que se desvanece en un blanco inmaculado». Las tarjetas rezaban: «Señorita Elisabeth Hodge. Escuela de Heathedge». Pero, tachando cuidadosamente las palabras «Escuela de Heathedge», la señorita Hodge escribió en su lugar: «Directora Auxiliar. Instituto Femenino de la Maharani. Ranchipur».

No había visto la escuela de Heathedge desde aquel terrible día en que, misteriosamente, se les pidió a Sarah y a ella que presentasen su dimisión, y la vista del nombre de la escuela en las tarjetas resucitó la sombra de aquel sentimiento de desmayado malestar que la invadió cuando la señorita Hillyer, directora de la escuela, las había despedido de su despacho. Ni siquiera hoy estaba completamente segura de cuál fue la razón por que las habían pedido que se marchasen, y Sarah nunca se la había explicado realmente, diciéndole que no hiciese preguntas estúpidas, sino que conservase la dignidad y no tratase de permanecer allí donde no la necesitaban. Pero aquella sensación de malestar se desvaneció rápidamente, porque todo aquello sucedió hacía muchos años y estaba completamente enterrado, y ahora lo importante era que se proponía hacer una visita a lady Heston.

Mientras esperaba sentada en el espacioso recibidor inmediato a la puerta principal de Palacio no se le ocurrió pensar ni una sola vez que lady Heston pudiera haber salido o que no la recibiese, porque la señorita Hodge, debido a los largos años

de una existencia solitaria que las circunstancias habían impuesto a su carácter sociable por naturaleza, había venido a vivir gran parte de su tiempo en un mundo imaginario, en el que le sucedían las aventuras más extraordinarias. Había ocasiones, por ejemplo, en que se codeaba con duquesas y obispos, imaginándose escenas y conversaciones, en el curso de las cuales ella se mostraba encantadora y producía una viva impresión en el ánimo de los personajes más distinguidos y eminentes. Después de despedirse en cualquiera de esas ocasiones, el obispo, volviéndose hacia la duquesa, preguntaba: «¿Quién es esa mujer tan inteligente y bien informada acerca de todas las cuestiones de la India?». Y había largos diálogos llenos de «Yo dije...» y de «Entonces me dijo la duquesa...». Por eso, ahora, mientras esperaba a que el criado pasase sus tarjetas, no experimentaba turbación ni recelo alguno. Había vivido ya toda la visita, desde el principio hasta el fin, y sabía exactamente cómo se desarrollaría. El mismo saloncito en que se hallaba le daba confianza, con su alfombra turca de color rojo, sus muebles tapizados de felpa, sus lienzos encuadrados en inmensos marcos dorados, representando paisajes casi invisibles bajo una capa de moho, y las palmeras metidas en grandes macetas de madera de teca. La señorita Hodge se decía que todo era exactamente igual que en las salas de reunión de la iglesia de Santa María, en Birmingham.



## XLIX

Lady Heston había comido en la cama: cordero sazonado con *cari*<sup>[28]</sup>, patatas muy caldosas, zanahorias en salsa de crema, un budín de color muy desvaído y bastante pastoso, una papaya que sabía a melón malo de Cantalupo y café muy flojo. Desde que había salido de la habitación de su esposo no ocurrió absolutamente nada, excepto la llegada de la enfermera, una mujer de Goa, fea y morena, de sangre portuguesa, que hablaba inglés con una fonética curiosa y ceceante, una mujer —lady Heston estaba seguro de ello— terrible y sofocantemente aburrida, y que se llamaba señorita De Souza, como cualquier corista americana del Palladium. El muchacho a quien envió a buscar algunos libros a casa de Ransome se había disuelto sencillamente en la lluvia, y en su desesperación, Edwina intentó leer, sucesivamente, *La India revelada*; *El problema del Imperio* y *La barahúnda india*, libros que Bates le trajo de la habitación de Heston. Pero, al final, acabó abandonando su lectura por completo, ya que ninguno de ellos le revelaba lo que ella deseaba conocer. Aquellos libros no le decían cómo eran realmente los indios, sino cómo creían algunos profesores anglosajones que habían de ser. Se incluía en ellos una increíble cantidad de cifras estadísticas, que, para la mente despreocupada y sin complicaciones de Edwina, parecían no probar nada en absoluto, excepto que la India había dejado de ser un provechoso terreno de inversión. Y cada autor, en lo que ella alcanzaba a discernir, parecía contradecir a todos los demás. Cada uno tenía su propia teoría acerca de los males que aquejaban a la India.

Cuando, uno tras otro, hubo arrojado al suelo todos los libros, llena de disgusto, trató de dormir un rato, simplemente para matar el tiempo, pero sin obtener mejor resultado, y, tras una hora de inútiles esfuerzos, se levantó y se puso a pasear arriba y abajo de la habitación, pensando: «Ahora comprendo por qué los animales de los parques zoológicos no hacen más que dar vueltas y más vueltas en sus jaulas». Desde la ventana se tenía una monótona perspectiva del pequeño parque que rodeaba al palacio: una simple vista de árboles, enredaderas y arbustos azotados y aplastados por la lluvia, nada más que una masa de ávida vegetación, sin la figura de un *coolie*<sup>[29]</sup> o de un *dhobi* que animase el paisaje. Y, de repente, se dio cuenta de que el mero esfuerzo de pasear arriba y abajo de la habitación le producía una penosa sensación de ahogo. Ella, que no sudaba nunca y siempre aparecía fresca y elegante, estaba empapada en sudor.

A eso de las cinco llamó a su doncella y se vistió, deseando vehementemente hacer algo, no importaba el qué, aunque solo fuese salir a recorrer las calles de Ranchipur bajo la lluvia. También podía gastar dinero, que era lo que hacía siempre que estaba aburrida, solo que no recordaba haber visto nada en los bazares de Ranchipur que deseara comprar. Cuando trató de recordar lo que había visto allí no

encontró en su memoria más que cosas hechas con seda artificial, rollos de telas de algodón, adornos de plata baratos y jades sin ningún valor. Además, no tenía ropa adecuada para salir. Lo que le habría hecho falta para lanzarse en medio de semejante diluvio habría sido un recio impermeable y unas botas de hombre, y todo cuanto tenía era una ligera gabardina de seda impermeabilizada y unos zapatos de deporte de la casa Greco. La doncella fue a buscar estas cosas, no sin protestar por las intenciones de la señora, pero lady Heston se mantenía inmovible en su decisión. Aun cuando hubiera tenido que atravesar desnuda las calles de Ranchipur, cosa que no le habría importado mucho hacer, sentía la imperiosa necesidad de huir de la torturante monotonía de estas tediosas estancias victorianas. Tan exasperadamente aburrida estaba, que le parecía percibir cada uno de los nervios de la complicada red nerviosa que se extendía por todo su cuerpo.

Y en el momento preciso en que se disponía a salir, un criado vino a entregarle dos tarjetas de visita, en ambas de las cuales se leía: «Señorita Elizabeth Hodge. Directora auxiliar. Instituto femenino de la maharaní. Ranchipur». Estuvo contemplando unos momentos las dos tarjetas, indecisa, y luego se dijo: «¿Por qué no? Puede resultar entretenido. De todos modos, más vale algo que nada». Así, pues, ordenó al criado que condujese a la señorita Hodge a la sala de estar, y, cuando el criado se hubo retirado, Edwina sintióse presa de una leve excitación. «Si Tom piensa seguir mostrándose tan aburrido —se dijo—, tendré que buscar una salida por mí misma». Y ordenó a la doncella que pidiese el té.

Cuando entró en la sala de estar halló a la señorita Hodge sentada en el borde del sofá tapizado de felpa, rolliza y vulgar, con su pañuelo comprado en los almacenes del Ejército y la Marina en torno al cuello, examinando con sus ojos miopes el mobiliario, los cuadros y la fantástica colección de *bric-à-brac*<sup>[30]</sup> o de un *dhobi* que, procedente de las cinco partes del mundo, había ido a reunirse, de una u otra forma, en el palacio de verano. Al oír que se abría la puerta, la señorita Hodge se levantó rápidamente y avanzó al encuentro de lady Heston, ruborizándose y temblando.

—Soy la señorita Hodge, del Instituto femenino.

—¿Cómo está usted? —saludó Edwina—. Soy lady Heston. Siéntese usted, por favor.

—Gracias —dijo la señorita Hodge, sentándose en el borde mismo del sofá—. La he visto algunas veces en su coche. La hubiese reconocido a usted inmediatamente y en cualquier parte por las fotografías de los periódicos —tosió ligeramente y continuó—: Espero no haberla importunado viniendo a visitarla de esta manera imprevista y tan poco protocolaria. Pero es que esta tarde, cuando me dirigía a casa desde la escuela, se me ocurrió que tal vez le agradase ver a algún compatriota. Sé que los invitados de su alteza frecuentemente no ven a ninguno de los miembros de la colonia inglesa, y me dije:

«Acaso a lady Heston le agradase conocer este otro aspecto de Ranchipur».

Este discurso lo había repetido varias veces mientras se dirigía al Palacio en medio de la lluvia, y lo soltó con sorprendente locuacidad, de una vez, sin tomar aliento, como un poema recitado por un niño.

—Es usted muy amable —dijo Edwina—. En realidad, acababa de vestirme para salir... —la señorita Hodge se levantó en seguida, como disponiéndose a marcharse, y Edwina añadió—: ¡Oh, pero no crea que no salgo porque me retenga su visita! Iba a salir simplemente porque estaba angustiosamente aburrida y no sabía qué otra cosa podía hacer.

—Acaso hubiera sido mejor que le hubiese escrito una nota.

—De ningún modo. Creo que ha sido usted muy amable al acordarse de mí.

La señorita Hodge empezó a manosear nerviosamente el bolso, sin saber qué decir, hasta que se le ocurrió el socorrido tema del tiempo.

—Supongo que es la primera vez que ve usted un monzón —dijo.

—En efecto, y también la primera vez que vengo a la India.

—Seguramente la encontrará muy interesante, ¿verdad?

Edwina estaba a punto de decir: «Pues no, me parece realmente insoportable», cuando comprendió que no debía decirle esto a la señorita Hodge. Esas cosas podían decírselas a los comensales de un banquete en Londres, a los generales de la India y hasta al propio virrey, pero no a la señorita Hodge, para quien la India debía de serlo todo en la vida, absolutamente todo. Por eso, dijo:

—Sí, aunque he visto muy poco de ella. Si la conociese mejor, seguramente la encontraría aún más interesante. Pero eso parece ser bastante difícil.

—Supongo que habrá visto usted la central hidroeléctrica —interrumpió la señorita Hodge—. Es la más hermosa de toda la India. Es...

—Sí, la he visto, y también el manicomio, y la cárcel, y la destilería... Pero no era eso precisamente a lo que me refería. Me gustaría ver a los indios y enterarme de cómo viven y cómo son por dentro.

Mientras hablaba, estaba pensando en el mayor Safka. En el curso de aquella tarde fastidiosa e interminable, había pensado mucho en él. Y en medio de sus manifestaciones, experimentó el vivo deseo de echarse a reír ante el espectáculo que ofrecían la señorita Hodge y ella misma, pensando: «Menos mal que esta mujer no puede leer en *mi* interior ni descubrir, por consiguiente, que ha venido a visitar a una Mesalina».

El primer impulso de la señorita Hodge fue decir: «Bueno, he de confesar que nunca he llegado a comprender a los indios. No sé de ellos más de lo que sabía hace veinticinco años, cuando vine por primera vez aquí»; pero, surgiendo de alguna parte, de entre las sombras, apareció una insospechada señorita Hodge, una oportunista, una de aquellas insospechadas señoritas Hodge que se insinuaban continuamente en su

lugar, tomando posesión de su cuerpo y obligándola a decir cosas que la asombraban. La insospechada señorita Hodge dijo:

—Acaso pudiera ayudarla algo en ese sentido, pues tenemos mucho trato con las familias de las muchachas que asisten a la escuela; me refiero a la señorita Dirks y a mí misma. La señorita Dirks es la directora de la escuela y gran amiga mía. Llevamos viviendo aquí veinticinco años, y, como es natural, hemos aprendido muchas cosas acerca de los indios: cómo viven, cómo piensan, cómo son por dentro...

—¿Veinticinco años? ¡Qué interesante! Supongo que, de cuando en cuando, irá a Inglaterra, ¿no?

—No, nunca hemos vuelto a Inglaterra.

Y la señorita Hodge abandonó el reino de la realidad para enfrascarse en una de aquellas conversaciones que sostenía perennemente con duquesas y obispos mientras se bañaba o permanecía despierta en la cama por las noches.

—En varias ocasiones hemos tenido el propósito de volver a Inglaterra —dijo—; pero, de una u otra forma, siempre nos ha faltado valor en el último momento. Parece imposible arrancarse de aquí, una vez que Oriente se ha introducido en nuestra sangre. Es tan fascinador..., tan extraño, tan distinto y tan pintoresco...

(Y entonces era cuando el obispo, volviéndose hacia la duquesa, preguntaba: «¿Quién es esa mujer tan interesante, que parece conocer tan a fondo las cuestiones de la India?»).

—Considero que es usted muy afortunada conociendo a la India de esa manera —dijo lady Heston—. Todo cuanto yo he visto de ella hasta ahora han sido banquetes oficiales y diques. También he conocido a algunos indios, al señor Raschid y a un médico, el mayor Safka.

—¡Ah, sí! —exclamó la señorita Hodge—. Un hombre encantador y un maravilloso cirujano. Es una suerte para todos nosotros el tenerle aquí en Ranchipur.

—Esta mañana ha venido a ver a mi esposo, que se encuentra enfermo.

—¿Desde anoche? —preguntó la señorita Hodge, pues todo Ranchipur estaba ya enterado de que los Heston habían cenado en Palacio, de lo que se había dicho allí y de la hora en que habían abandonado la regia morada—. ¿Después de la cena en Palacio?

—Sí. Se trata de una especie de fiebre...

—¡Dios mío! Espero que no sea nada grave. Hay tantas y tan terribles enfermedades en este país..., enfermedades horribles, cuya existencia nunca sospecharíamos en nuestra patria.

Edwina pensó: «Espero que sea todo lo grave y todo lo horrible que se pueda imaginar. Espero que sea la más repugnante de todas». Y de nuevo experimentó un deseo casi histérico de echarse a reír a carcajadas. En voz alta dijo:

—El mayor Safka todavía no sabe exactamente de qué se trata. Habíamos

decidido partir para Bombay esta noche, pero ahora nadie parece saber cuándo podremos partir.

El corazón de la señorita Hodge dio un vuelco dentro de su macizo pecho. Tal vez lady Heston no pudiera partir hasta dentro de varias semanas. Acaso llegaran a conocerse a fondo y a intimar mucho. Era una mujer tan encantadora... que se sentía una como en su propia casa. Quizá, todo podía ocurrir...

—Sí —dijo—, esas enfermedades a veces duran meses enteros.

«En ese caso, regresaría sin ningún género de dudas a Inglaterra», pensó Edwina. Y en voz alta, dijo:

—Sería usted muy amable si me presentase por ahí. Me agradecería mucho visitar su casa, y la escuela, y conocer a algunos de los indios que tratan ustedes.

—Desde luego, muchos de ellos no hablan una sola palabra de inglés.

—Entonces, ¿usted habla su idioma?

—Sí —contestó modestamente la señorita Hodge—; hablo el indostaní, naturalmente, y un poco el *gujerati*<sup>[31]</sup>. El indostaní es una especie de lengua universal de la India, y el *gujerati* es el lenguaje que se habla en Ranchipur.

—Es usted muy inteligente, señorita Hodge.

Siguió un repentino silencio y la señorita Hodge se sentía lo mismo que una ballena varada en una playa, debatiéndose desesperadamente por volver al agua. La misma Edwina comprendía que las posibilidades de conversación entre ambas eran bastante limitadas. Hacía años que no se conducía con tan delicada corrección y el esfuerzo resultaba un poco agotador. Era como la inauguración de una tómbola benéfica en Barbury House. Se daba cuenta de que su visitante tenía el don de llevar la conversación hacia callejones sin salida y terminaba por darse de cabeza contra la pared. Sin embargo, se sentía interesada, mucho más interesada de lo que habría creído posible. Sentada enfrente de aquella rechoncha y pintoresca figura de mujer con pañuelo de seda al cuello, se le ocurrió de pronto a Edwina que la señorita Hodge era tan extraña para ella como los mismos indios. No tenía ni la más leve idea de cómo vivía aquella mujer ni de cómo pensaba ni de cómo era por dentro, tras la apariencia de su rostro torpemente pintado. Y, observándola, la envidia de las vidas pequeñas, serenas y ordenadas, que ya había experimentado la noche anterior por un instante, volvió a apoderarse de ella con más fuerza que nunca. La señorita Hodge vivía probablemente en una casa como un nido y cada día estaría lleno para ella de una paz maravillosamente monótona. En medio del vasto y espectacular desorden de su existencia, Edwina pensó que podría resultar muy agradable ser la señorita Hodge por cierto tiempo.

Un muchacho apareció llevando el servicio de té, y su presencia fue como lluvia bendita sobre el desierto de la conversación.

—¿Un cigarrillo? —ofreció lady Heston, alargando a su visitante una pitillera

ribeteada de platino y oro.

Y la señorita Hodge, que no había fumado en su vida, cogió un cigarrillo, porque realmente no podía hacer otra cosa. Era como si se hallase bajo una fuerza coactiva. La sobria señorita Hodge del aula escolar había muerto, se había evaporado. Pero, en el momento de coger el cigarrillo, se sintió súbitamente tan confusa y desamparada, que lo dejó sobre la mesita, diciendo:

—Lo fumaré después.

—A mí me gusta fumar al mismo tiempo que tomo el té —dijo lady Heston—. Me agrada el sabor del humo mezclado con el pan y la mantequilla —y, a renglón seguido, presentó sus excusas por la calidad del té, diciendo—: En realidad, creo que donde únicamente se puede tomar un buen té es en un hogar inglés.

—Me agradecería mucho ofrecerle una buena taza de té, con rebanadas de pan muy finas untadas de mantequilla —dijo la señorita Hodge—. Nosotros tenemos un pan excelente. Nos lo cuece una de nuestras alumnas. Aprendió a hacerlo de la señora Smiley, la esposa de uno de los misioneros americanos.

—Acaso sea tan amable que me invite a tomar el té con usted algún día —dijo lady Heston—. No he comido un bocado de pan decente desde que estoy en la India.

La señorita Hodge se oyó a sí misma, contestando:

—¿Iría usted a nuestra casa? Sería para mí un gran placer. Todo sucedió sin que supiese cómo, y antes que hubiesen terminado de salir las palabras de sus labios, se acordó de la señorita Dirks y se quedó petrificada. Pero, bajo el hechizo de lady Heston, el terror que la había acometido se desvaneció rápidamente. Aquello era como un cuento de hadas. Después de tantos años de desear que la gente viese lo agradable y acogedor que había hecho su *bungalow* y comprobase la excelente calidad del té que servía, he aquí que su deseo se cumplía, ¡y con lady Heston de invitada! Y, de pronto, ya nada le importó nada, ni siquiera la perspectiva de tener que enfrentarse con Sarah.

—Y confío y espero que sea pronto —decía lady Heston en aquel momento.

La señorita Hodge, todavía bajo los efectos del hechizo, volvió a oírse a sí misma, diciendo:

—El día que le parezca bien a usted, lady Heston.

—Pues podría ser mañana o el viernes.

Acorralada ya y a la desesperada, la señorita Hodge dijo:

—Tal vez fuese mejor el viernes, porque el jueves es día de reparto de premios en la escuela y no podremos regresar a casa hasta muy tarde.

Conviniendo en que fuese el viernes, ganaba un día para apaciguar a Sarah.

—Sí, el viernes es buen día.

Habían concluido de tomar el té y la señorita Hodge comprendió claramente que era el momento oportuno para despedirse, pero su excitación y el temor a la señorita

Dirks le impedían serenarse y encontrar la manera de poner fin a la conversación, haciendo una graciosa retirada. Edwina, dándose cuenta de que su visitante no sabía cómo marcharse de allí, realizó un nuevo esfuerzo y se puso a hacerle preguntas acerca de la escuela, de la colonia inglesa y de la maharaní, de modo que la conversación no tardó en adquirir toda la apariencia de un interrogatorio. Finalmente, cuando lady Heston empezaba a sentirse totalmente exhausta, dieron unos golpecitos en la puerta y apareció su doncella, anunciando:

—El doctor ha venido otra vez, milady.

Y la señorita Hodge, aprovechando la interrupción con una profunda sensación de alivio, se levantó diciendo:

—Bien, ya es hora de que me marche. Tengo que volver a casa.

Edwina, una Edwina gentil y maquinal, dijo:

—Ha sido usted muy amable acordándose de mí.

—Entonces la esperamos el viernes, a las cinco.

—Eso es —convino Edwina—. Y me gustaría conocer a algunos indios, indios verdaderos, no de los que han estado en Oxford.

—Sí..., sí. Yo arreglaré eso —afirmó la señorita Hodge, aunque, desde luego, no tenía ni la menor idea de cómo iba a arreglarlo.

—Adiós.

—Adiós.

Y la señorita Hodge, temblorosa y arrebolada, salió de espaldas de la sala. Ahora ya no había escapatoria. Tendría que hacer frente a Sarah. De todos modos, se iba sin haberse fumado el cigarrillo, que se quedaba encima de la mesa. Lady Heston parecía no haberse dado cuenta de ello.

## L

Apesar de la lluvia, la señorita Hodge tomó el camino más largo para volver a casa, dando un rodeo por el barrio de los *intocables*, en lugar de atravesar los bazares. Ahora ya no le importaba que su pañuelo se echase a perder por completo. Había visto a lady Heston, había hablado con ella en persona y la distinguida aristócrata iría a su *bungalow*. Lady Heston iba a tomar el té a su casa... La misma lady Heston acerca de la cual leía noticia tras noticia, una semana tras otra, en «La corte y la alta sociedad», desde que lady Heston era una chiquilla que iba a Windsor a pasar unos días con su madrina, la buena y anciana soberana. Se había mostrado con ella amable y cordial y le había hablado igual que si hubiera sido una de sus vecinas de Agatha Terrace, en Birmingham. «Nada, nada —se repetía una y otra vez la señorita Hodge—; no existe en el mundo nada tan espléndido como una dama de la aristocracia inglesa».

Ya no estaba hastiada de Ranchipur. Ya no le importaban el calor ni la lluvia ni la monotonía. Por fin, le había ocurrido algo, y algo que se parecía a los locos sueños que agitaban su mente cuando veía a los *sikhs* y oía su marcial música. Ahora que había empezado a «ramificarse», todo cambiaría. Su existencia y la de la señorita Dirks empezarían a ser interesantes y el *bungalow* estaría siempre lleno de gente distinguida y fascinante. Al final, Sarah tendría que agradecerle haber demostrado tanto espíritu de iniciativa. De todos modos, lo que Sarah necesitaba realmente era un cambio. Eso era todo lo que le pasaba: que había vivido de una manera extraña y solitaria demasiado tiempo. ¡Y lady Heston iba a venir a tomar el té con ellas como si fuese una persona corriente!

Mientras caminaba, empezó a vivir mentalmente todas las escenas la futura reunión para tomar el té, viéndose a sí misma en el acto de servir el té, mientras Sarah se mostraba encantada por la gracia y la y la gentileza de lady Heston. Y Sarah sabía hablar de una manera mucho más interesante que ella. En realidad, ella no tendría que hacer nada más que estar sentada y cumplir su papel de anfitriona. Los cigarrillos..., tenía que acordarse de comprar mañana cigarrillos en el bazar. Pondría en la mesa el mejor de sus manteles de encaje, se ocuparía de preparar las rebanadas de pan más finas untadas con mantequilla de búfalo y lo presentaría todo en el servicio de porcelana de la Compañía de las Indias Orientales. Sarah diría que era demasiado precioso para sacarlo, pero ya la convencería. Y ella misma lo lavaría después, en lugar de dejarlo en manos de las muchachas.

Cuando salió a la carretera de la Escuela de Ingenieros, aquel primer sentimiento de intensa excitación la abandonó repentinamente, dejándola fría y un tanto alarmada. Acaso influyese en ello la vista de las familiares hileras de pimenteros, los muros, los *bungalows*, el club indio... Todo parecía decirle a su paso: «Te diriges a casa.



Tendrás que enfrentarte con Sarah. Cada paso que das te acercas un poco más. ¿Cómo vas a explicárselo?».

Al subir los peldaños de la terraza vio que Sarah ya estaba en casa. A través de la puerta la vio sentada ante su mesa de trabajo, leyendo y anotando los ensayos, valederos para el reparto de premios, sobre el tema «Lo que más me gusta de Ranchipur». Cuando hubo colgado el impermeable y el sombrero en el vestíbulo, entró en la estancia tratando de conducirse como si nada anormal hubiera sucedido. Sarah, levantando la vista de su labor, preguntó:

—¿Dónde diablos has estado?

Elizabeth sintió deseos de contestar: «He ido a visitar a lady Heston», y dejar sin viento desde el primer momento las velas de Sarah, pero lo que salió de sus labios fue:

—He estado dando un paseo —añadiendo con cierto aire de reto—: Me canso de estar encerrada siempre aquí.

—Pero estás completamente empapada...

—¡Oh, no es nada!

—De todos modos, vete a tomar un baño en seguida y a cambiarte de ropa.

—Ahora voy.

Trataba de moverse con desenvoltura y aplomo, como lady Heston, pero lo hacía bajo la penosa impresión de que Sarah veía a través de ella como si fuese de cristal. Estaba convencida de ello, por la forma en que Sarah la miraba. Y, empapada como estaba, se sentó y cogió un ejemplar del *Morning Post* y se puso a hojearlo. Era un número que había salido hacía un mes, pero el tiempo en la India era una cuestión muy relativa. Amparada tras las páginas del periódico, sabía que Sarah, aunque simulando seguir ocupada en el examen de los ensayos escritos por las alumnas de la clase de las mayores, no tenía puesta la atención en su trabajo. Sabía que Sarah levantaba la cabeza de cuando en cuando, tratando de verle la cara, esforzándose por descubrir qué era lo que había estado haciendo. Aquello la hacía sentirse inteligente y vencedora. Y empezó a imaginarse qué impresión le causaría leer su propio nombre en la sección «La corte y la alta sociedad», una reseña semejante a esta: «La señorita Elizabeth Hodge, de la ciudad de Ranchipur, India, ha sido invitada a pasar una temporada con lord y lady Heston en Barbury House».

Pero la voz de Sarah vino a interrumpir sus sueños.

—Elizabeth, haz lo que te he dicho. Vete a cambiar de ropa y pasa por la cocina a ver si las muchachas están preparando la cena. Tengo que terminar de ver estos papeles.

El rubor coloreó las mejillas de la señorita Hodge, quien, arrojando al suelo el *Morning Post*, se levantó y salió airadamente de la habitación, para dirigirse a la cocina. Verdaderamente, bien podía Sarah dejarla en paz un instante, en lugar de

darle órdenes como si fuese una chiquilla o una simple maestra de escuela obligada a vigilar constantemente la cocina. Muy bien, pues no se quitaría sus ropas mojadas y cogería la malaria y entonces Sarah se arrepentiría de todo lo que estaba haciendo.

En la cocina encontró todo en orden, y, mientras abría la alacena en donde guardaban las provisiones, para sacar azúcar, té, mostaza y una botella de *chutney*<sup>[32]</sup>, resolvió comunicarle la noticia a Sarah a la hora de la cena, cuando su ánimo se hubiese relajado un poco. Al cerrar la alacena vio a través de la ventana a un muchacho que avanzaba por el sendero del jardín, en el cual reconoció inmediatamente al criado del señor Ransome, y su corazón empezó a latir apresuradamente. ¿A qué vendría? ¿Y si era una invitación del señor Ransome? ¡Habían sucedido tantas cosas en este día! Si se tratase de una invitación, desafiaría las iras de Sarah e iría sola.

Presurosa y temblando de excitación, salió de la cocina a tiempo de encontrarse con el criado en la terraza. Haciendo una profunda zalema, este le entregó una esquila dirigida a la señorita Sarah Dirks, diciendo que esperaba contestación. Era una tortura enloquecedora no poder abrir la carta, pero Sarah era muy mirrada para estas cosas. Cuando le entregó la nota a su amiga, esta, de manera odiosa, se puso a leerla adoptando tal posición que a la señorita Hodge le fue imposible atisbar su contenido por encima del hombro de Sarah. Cuando esta hubo terminado de leerla, se levantó y, sin soltarla de la mano, se dirigió a la puerta y le dijo al criado:

—Sí, dígale al señor Ransome que me parece todo muy bien. Cuando se volvió, estaba intensamente pálida, y, dirigiéndose a su amiga, dijo:

—El señor Ransome nos ha invitado a tomar el té en su casa.

—¡Oh Sarah, yo quiero ir! —exclamó la señorita Hodge, como si fuese una niña.

—Naturalmente, iremos las dos —contestó la señorita Dirsk.

Por un momento, la señorita Hodge se quedó sin habla, incapaz de dar crédito a sus oídos. Sarah había dicho aquello como si no hubiera nada de extraño en la invitación, como si tuviesen la costumbre de asistir a tes dos o tres veces por semana en el curso de aquellos veinticinco años de su estancia en Ranchipur. Sarah había vuelto a sentarse y había reanudado su labor con sus papeles, añadiendo sin levantar la cabeza:

—También ha invitado a los Smiley, a la señorita MacDaid, a los esposos Raschid y a los Jobnekar.

—¿Para qué día es la invitación?

—Para el viernes —respondió Sarah sin levantar la vista de los papeles.

—El viernes... ¿Para *este* viernes?

—Sí, para pasado mañana.

Por un instante la señorita Hodge se sintió confusa, acometida de vértigo. No pronunció palabra. La señorita Dirks, al cabo de un rato, levantó la mirada de sus

papeles y preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras con la boca abierta?

—Yo no puedo ir el viernes.

—¿Que no puedes? ¿Y por qué no puedes? —la probada paciencia de la señorita Dirks se agotó de pronto e, irguiéndose en su asiento, añadió—: ¿Qué diablos tienes que hacer el viernes? ¿Y qué diablos te pasa? ¿Por qué estás danzando por ahí, toda empapada, y con cara de haberte tragado un canario? —la señorita Hodge la miraba paralizada, con la boca abierta; su amiga prosiguió—: ¿Por qué no puedes ir? ¿Te has vuelto sordomuda?

—Porque he invitado a lady Heston a tomar el té con nosotras.

—¿Cómo es posible eso? Debes de haberte vuelto loca, Elizabeth. Pero... ¡si ni siquiera la conoces!

—La conozco. La he visitado esta tarde. Y es agradabilísima.

De pronto, la señorita Hodge rompió a llorar, en parte por un sentimiento de vejación y de decepción y en parte de vergüenza porque acababa de leer en la implacable mirada de los azules ojos de Sarah que había hecho el ridículo más espantoso.

—Pero ¿qué diablos te ha pasado para hacer una cosa así?

—Quería verla. No puedes imaginarte lo agradable y lo amable que ha estado conmigo.

—Pues tendrás que anular esa invitación.

—No puedo hacer eso con lady Heston.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo. Es imposible.

—Pues tendrás que hacerlo.

—Dile al señor Ransome que iremos otro día.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Siempre se ha mostrado con nosotras extraordinariamente cortés y amable. El no tendría inconveniente.

—No puedo, porque realmente he sido yo quien le ha rogado que organizara esta reunión.

—¿Que tú le has rogado...?

En su estupor, la señorita Hodge dejó de llorar un momento.

—Sí, he pensado que debíamos ver más gente.

La sorpresa que le causó esta segunda declaración hizo enmudecer nuevamente a la señorita Hodge.

—Bueno, siéntate y escríbele una nota a lady Heston explicándole lo ocurrido. Lo comprenderá. Dile que venga otro día..., cualquier día. A ella no le importará. La compañía de dos solteronas como nosotras no será muy excitante para *ella*.

—No tienes necesidad de hacer insinuaciones malévolas. Y, de todos modos, no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Quieres explicármelo?

La señorita Hodge vio que su amiga estaba perdiendo los estribos, y se asustó. Raras veces perdía Sarah la calma, solo había ocurrido aquello dos o tres veces en todo el tiempo que llevaban juntas; pero, cuando llegaba a ese extremo, se mostraba terrible y cruel, porque era, con mucho, la más inteligente de las dos.

—Porque está muy sola y aburrída.

Sarah se echó a reír, malévola y cruel.

—¿Que lady Heston está sola y aburrída? Debes de estar perdiendo el juicio, Elizabeth. Seguramente estás pensando que será muy interesante para lady Heston venir a tomar el té con nosotras..., con dos fastidiosas solteronas, ¿verdad? Realmente, no me explico lo que te ocurre desde hace algún tiempo.

—No cancelaré la invitación a lady Heston por un puñado de indios y misioneros.

En el silencio más absoluto, Sarah la contempló durante un momento con una mirada tan fría y terrible, que la señorita Hodge se sintió desfallecer. Era la terrible mirada de una mujer inteligente que había soportado durante años enteros trivialidades y necedades, estupideces y frivolidades sin cuento, a causa de un afecto nacido veinticinco años antes, en un instante de flaqueza y soledad; una mirada cargada de desprecio, revelado por primera vez en un acceso de gélido furor. Por espacio de veinticinco años, desde el escándalo, se había mostrado amable y paciente con Elizabeth, protegiéndola y disimulando sus desatinos y necedades, hasta que ahora, de pronto, se vio incapaz de seguir soportando aquello por más tiempo. Con voz terrible, dijo:

—Siéntate ahora mismo a la mesa y escribe una nota para lady Heston. Sabía que eras una estúpida y una insensata, pero jamás creí que fueses también una *snob* y una lavacaras.

La señorita Hodge se puso frenética. Por un instante contempló a la señorita Dirks fijamente, como hipnotizada, con sus ojos azules desorbitados por el horror y la boca estúpidamente abierta.

—¡Una *snob*! ¡Una lavacaras! —exclamó, al fin, gritando—. ¡Yo no soy una *snob*! ¡Ni una lavacaras! ¡No cancelaré esa invitación! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Me odias! ¡Me odias! ¡Me has odiado siempre!

Salió corriendo de la estancia, gritando, para ir a encerrarse bajo llave en su habitación. No sollozaba silenciosamente, a causa de la tensión nerviosa, como hacía la señorita Dirks. Ella chillaba. Quería que todo el mundo supiese cómo la trataban, cómo sufría, lo cruel que era la señorita Dirks. Quería que lo supiesen las muchachas *intocables* que trabajaban en la cocina, y los *sikhs* que montaban la guardia en la gran puerta del parque, al otro lado de la carretera, y los transeúntes que pasaban por

delante de su jardín.

Cuando su amiga salió de la estancia, la señorita Dirks se levantó y fue a cerrar la puerta y las ventanas, para que los viandantes no oyesen los gritos. Luego volvió a sentarse y se cubrió el rostro con las manos. Estaba temblando de pies a cabeza y deseaba la muerte, en aquel momento, en seguida, porque se sentía sin fuerzas para seguir adelante. Y al día siguiente tendría que ir al hospital y desnudarse y permitir que el mayor Safka la viese y sus manos la tocasen...

## LI

Desde el momento mismo en que la doncella anunció la llegada del médico, Edwina olvidó todo lo concerniente a la señorita Hodge, su envidia por las modestas existencias y la invitación para ir a tomar el té. Las últimas palabras de despedida las pronunció maquinalmente, aunque con graciosa gentileza, una gentileza que no provenía del corazón, sino de una costumbre largo tiempo establecida, la distraída gentileza con que se trata a criados e inferiores. Su pensamiento lo ocupaba exclusivamente el mayor, viéndole en su imaginación limpio y bien parecido, amable e inteligente, de buen humor y vigoroso; y la señorita Hodge desapareció sencillamente del cuadro como si hubiera sido producto de un sueño. Durante toda la tarde había estado dando vueltas en el lecho, inquieta, desasosegada a causa del calor, pensando en él con una especie de vicioso abandono nacido de su aburrimiento, hasta que, en su exaltada imaginación, le vio más tentador, más misterioso y más excitante de lo que ningún hombre podía ser en realidad. Mientras la lluvia golpeaba monótonamente en el tejado y en las cortinas de bambú colocadas delante de las ventanas, Edwina le había estado adornando con todas las cualidades susceptibles de despertar una *grande passion*, porque eso era —ahora lo comprendía claramente— lo que había soñado que estaba buscando sin saber lo que era. Hizo de él un amador tan grande de espíritu como de cuerpo, y en aquel su soñar despierta, ella no era ya Edwina Heston, es decir, una mujer que poseía un cuerpo que no era más que un instrumento y un espíritu indiferente, sensual, calculador, que se saciaba rápidamente con cada nueva aventura, sino una criatura en la que el cuerpo y el espíritu se habían fundido en una llamarada radiante y extática.

Por eso, cuando se abrió la puerta y entró el mayor, Edwina experimentó una repentina punzada de decepción, puesto que el cirujano parecía desprovisto de la magnificencia con que ella le había adornado y la miraba, además, no como el amante que había estado con ella toda la tarde, sino sencillamente como el médico de cabecera que hablaba con la esposa de un enfermo y que ignoraba lo que había sucedido entre ellos durante las largas horas en que Edwina se había agitado desasosegadamente en el lecho, en las nebulosas fronteras del sueño. Edwina, lo mismo que Ransome, caprichosa y vehemente, sintióse repentinamente presa de una anhelante voracidad. «Si no le hago mío —pensó—, pasaré el resto de mi existencia lamentándolo».

El mayor Safka no se sentó.

—Sólo puedo estar aquí un momento —dijo—. Todavía no sé qué enfermedad padece su marido; pero, sea cual fuere, se trata de una enfermedad grave. No debe usted acercarse a su lecho. Tan grave es, que la enfermera ha de permanecer con el rostro tapado hasta que sepamos a qué atenemos. He enviado una muestra de sangre

al Instituto de Bombay en el correo que va a esta ciudad. Conoceremos el resultado mañana por la tarde. Les he pedido que me envíen la contestación por telégrafo.

—¿Qué cree usted que pueda ser, mayor? —preguntó Edwina, haciendo un esfuerzo, como lo hacía cuando estaba presente Bates, para dar la impresión de una preocupación que no existía en realidad. Porque sabía que este hombre era un idealista. Lo había adivinado en su rostro, en su voz, en su humanidad, en su amabilidad y en la expresión de sus ojos. Si quería seducirle, era preciso que no pensase mal de ella. Y, mientras hablaba con él, un extraño, exaltado e histérico pensamiento, surgiendo del vacío, cruzó por su mente: «Acaso sea el predestinado. Quizá él pueda salvarme».

El mayor Safka no manifestó su opinión con respecto a cuál podría ser la enfermedad de Heston.

—A nada conduciría alarmarla a usted innecesariamente —dijo—. De todos modos, lo que sí es seguro es que su esposo no podrá partir de aquí en varias semanas.

—¿Cuántas?

Y Edwina, que un momento antes se sentía mortalmente aburrida y anhelaba marcharse, deseaba ahora que el mayor Safka hubiera dicho meses en vez de semanas. Habían dejado de existir el calor, la lluvia y la monotonía. Notó que estaba temblando y ocultó las manos tras la espalda.

—Por lo menos, cuatro o cinco —respondió el mayor, y, mirándola directamente a los ojos, agregó—: Lo siento mucho por usted. Debe de encontrar a Ranchipur verdaderamente insoportable. Edwina, repentinamente rejuvenecida y dichosa, afirmó:

—No, le aseguro que no.

—Bueno, tengo que marcharme ya. La señorita MacDaid me está esperando en el cuartel.

Rápidamente, Edwina invitó:

—¿No quiere tomar una copita, o, al menos, una taza de té? No podía permitir que se marchase así, de una manera tan precipitada y sin abandonar la fría actitud profesional del médico. Tenía que cambiar aquello, de una u otra forma. Costara lo que costase, tenía que llevar las cosas a un plano distinto.

El mayor Safka sonrió por primera vez, y el encanto y la sencillez de su sonrisa hicieron desfallecer a Edwina.

—Si el té está preparado, tomaré una taza.

—Está frío. Voy a ordenar que traigan más.

—No, no importa. Lo tomaré así. No puedo esperar más tiempo. Guiada por su instinto y su larga experiencia, Edwina dedujo, por la forma en que sonreía y la miraba, que el mayor había olvidado por un instante su calidad de médico. Por un

momento la había visto como mujer. «Pero no vayas demasiado de prisa —se dijo para sus adentros—. Aquí no estás en Europa ni este es un hombre como los que has conocido hasta ahora. No debes descubrir tu juego. Tiene que pensar que eres algo que en realidad no eres..., tiene que pensar que eres una mujer decente».

Dominando, pues, el tono de su voz y la expresión de sus miradas, Edwina le sirvió una taza de té tibio y ella misma se bebió otra, pese a que no hubiese nada que tanto le repugnase. Durante cinco breves minutos estuvieron charlando agradablemente, con naturalidad, pues la enorme vitalidad del mayor hacía de él un interlocutor en extremo agradable. Mientras conversaba, Edwina le contemplaba con avidez, observando sus grandes y sensitivas manos, sus amplios y musculosos hombros, su hermosa cabeza, su nariz perfectamente cincelada y sus labios carnosos, examinándole atentamente para conservar en el pensamiento una vez que se hubiese marchado, encontrando en su personalidad, gracias a su propia inteligencia y a su experiencia, signos infalibles de todo aquello que siempre había anhelado encontrar.

El mayor terminó de tomar el té y, cogiendo el cigarrillo que había dejado la señorita Hodge, dijo:

—Ahora debo marcharme. Volveré a pasar por aquí mañana por la mañana. He hecho todo cuanto he podido para que remita la fiebre de su esposo. Ahora no queda sino esperar a que los síntomas se hagan más claros.

Y se despidió sin decirle a Edwina lo que había descubierto aquella misma mañana: que en las caballerizas reales las ratas morían como moscas y que uno de los mozos de cuadra moriría a la mañana siguiente, con todas las glándulas de su cuerpo horriblemente hinchadas, la lengua reseca y todo él consumido por una fiebre terrible.



## LII

Cuando Fern cruzó la carretera que separaba su casa de la de los Smiley un poco después del alba y volvió a entrar en aquella, encontró su habitación en perfecto orden y la nota exactamente como la había dejado, es decir, prendida en la almohada con un alfiler, que era como dejaban las notas en todas las películas; pero ahora aquella nota, como tantas otras cosas, parecía haber cambiado por completo de significado. El verla la llenó de vergüenza, como si fuese una Fern totalmente distinta de la que había dejado aquel papel unas horas antes. Le parecía que una niña estúpida la había prendido allí y había salido corriendo bajo la lluvia, una niña a la que ahora veía con toda claridad, como si fuese otra persona. Pero a la Fern que entró subrepticamente en la casa por una ventana a la acuosa luz del amanecer, le era imposible verla en absoluto. No la conocía, ni cómo era, ni adonde iba. No se trataba tanto de que hubiese cambiado en gran medida como de que estaba cambiando y que le había sucedido una cosa muy extraña. Antes de huir de su casa «para siempre», había vivido perennemente encerrada en sí misma. Su propia persona era el principio y el fin de la existencia.

Nada sucedía que no sucediese en su interior; todo lo demás era vago e irreal, a menos que consiguiese conmoverla momentáneamente. Y ahora, durante unos momentos, se había salido de sí misma y se veía desde lejos. Y ello le hacía experimentar un extraño sentimiento de excitación, dándole impresión de ser más madura y más fuerte. Le parecía tener conciencia de la existencia de los demás por primera vez, como si hasta ahora hubiese estado completamente ciega, no viéndolos en realidad, sino como sombras que no tuviesen relación con ella. Había visto a Ransome y a la señora Smiley por vez primera, y ahora ya podía seguir *viendo* a otras gentes.

Casi inmediatamente volvió a dormirse y no se despertó hasta que oyó la voz de su madre llamándola para el desayuno. Contestó, y, en seguida, descansando un brazo sobre la cabeza, hundió el rostro en la almohada y volvió a quedarse dormida.

En la planta baja, en donde los esposos Simón y Hazel, esta todavía parpadeando frecuentemente, porque siempre tardaba mucho en despertarse por completo, se habían sentado para tomar el desayuno, la señora Simón anunció que Fern estaba otra vez con «la murria» y que ella suponía era debido «a lo de Harry Loder». Pero cuando Fern apareció, al fin, un poco antes de la hora de la comida, no estaba malhumorada ni tenía «la murria», y cuando su madre anunció que el señor Simón había considerado posible partir para Poona el sábado, Fern comentó con toda calma y serenidad:

—En este caso, habrá que empezar a preparar en seguida el equipaje.

Durante toda la tarde y por la noche, hasta que se fue a acostar, Fern se mostró

sorprendentemente afable y dulce, tan gentil y agradable, que la señora Simón, mientras se hallaban todos reunidos en la sala de estar, después de haber cenado, como una familia feliz y compenetrada, empezó a hacer proyectos para el día de la boda, aunque no en voz alta, por temor a excitar nuevamente a Fern. Solo después que la señora Simón se hubo acostado, y cuando ya su marido se quedó dormido, empezó aquella a experimentar ciertas sospechas. Una Fern tan afable y dulce seguramente ocultaba algún propósito. Y, en efecto, a la mañana siguiente, mientras Fern la ayudaba a guardar la ropa blanca y las prendas de lana, comprobó que sus sospechas de la noche anterior estaban justificadas, pues la muchacha, deteniéndose de pronto en medio de su tarea, anunció:

—Mamá, no quiero ir a Poona.

—¿Que no quieres ir a Poona? ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que deseo quedarme aquí. Me es odioso aquello.

—¿Quedarte aquí durante esta terrible estación? ¡Pero si *nadie* se queda en Ranchipur durante la época del monzón!

Fern hubiera contestado de buena gana que unos doce millones de personas se quedaban en Ranchipur, entre ellas un buen número de europeos, como Ransome, la señorita MacDaid y los Smiley, pero se contuvo, porque estaba decidida a salirse con la suya y a no dar ocasión a su madre para iniciar una disputa sobre cualquier cosa que no tuviese nada que ver con el tema principal. Eso era precisamente lo que sucedía siempre: de una u otra forma, en todas las discusiones en que intervenía la señora Simón, el tema que había originado la discusión se desvanecía como por ensalmo.

—¿Por qué no quieres ir a Poona, si puede saberse? ¿Es que no hay allí personas encantadoras? ¿Es que no se muestran todos amabilísimos contigo? Pues a Hazel le encanta.

—Preferiría quedarme aquí. Toda la gente de Poona es ful. Todo allí es ful. Todo lo que hacen es ful.

La señora Simón, perpleja, miraba a su hija llena de asombro. Luego, sin tener idea clara de lo que Fern quería decir, replicó:

—Me gustaría que no empleases palabras como esa. La gente de aquí no comprendería lo que quieres decir con esas expresiones, que, además, te hacen parecer una muchacha vulgar. No sé de dónde sacas semejante jerga.

Por un instante, Fern estuvo a punto de perder los estribos. Era irritante oír hablar a su madre de «vulgaridad», como si supiese lo que era aquello. Era esta precisamente una de las cosas que Fern había aprendido misteriosamente de la noche a la mañana, lo que era la vulgaridad. En cierto modo, lo había sabido siempre, pero ahora lo comprendía con claridad meridiana. Sabía lo que era vulgar y lo que no lo era, y este conocimiento la hacía sentirse avergonzada y llena de malestar por las

cosas que había hecho antes de saber lo que era aquello. Le constaba que su madre consideraba a la señora Hogget-Clapton y a Harry Loder como la quintaesencia misma de todo lo refinado y distinguido, y nada en el mundo la haría cambiar de criterio.

—No me importa que la gente piense que soy vulgar o que no lo soy —se limitó a contestar Fern.

—Pues a mí sí me importa y a tu padre también. Los dos nos hemos esforzado por darte una educación esmerada. De todos modos, esa idea tuya es absurda. ¿Por qué no eres amable y agradable como Hazel?

—Porque no soy como Hazel —repuso sencillamente Fern, aunque en realidad estaba pensando: «Porque no soy una desgachada como ella, desgarbada y bobalicona».

—Hazel —prosiguió diciendo su madre— no ha tratado nunca de destruir la felicidad de nuestra vida familiar.

La felicidad... ¿Dónde estaba? Fern sabía ahora que nunca había existido allí. Ella no era feliz, desde luego, ni su insensato y extraviado padre, dominado y atormentado por su esposa, ni siquiera Hazel, a menos que cupiese afirmar que las vacas eran felices. Y su madre, con sus envidias, sus odios y sus frustradas ambiciones, era menos feliz que cualquiera de ellos.

—No quiero ni pensar en eso de que vas a quedarte aquí —continuó su madre—. Una muchacha de tu edad sola en Ranchipur. ¿Qué pensaría Harry?

—Yo sé lo que pensaría Harry —replicó Fern.

—¿Qué pensaría?

—Pues tratar inmediatamente de que hiciese lo que querría que hiciese si llegara a casarse conmigo.

—Harry Loder es un caballero.

—Bueno, no le adornes con plumas ajenas. Te dije que no me casaría con él aunque fuese el último hombre sobre la Tierra.

Le veía mentalmente al lado de Ransome, como en una exposición: uno, egoístamente satisfecho y autoritario; otro, gentil, derrotado, lleno de desesperanza. Fern pensó: «Me necesita y yo puedo hacer mucho por él».

—Además —dijo en voz alta—, no estaría sola.

—¿Cómo que no? Todas las personas que conocemos se marchan.

—Pero se quedan los Smiley. Podría vivir con ellos.

—¡Los Smiley! —la señora Simón dejó caer la manta que estaba doblando y cayó de rodillas, como fulminada por el rayo—. ¡Los Smiley! ¡Debes de estar loca! Ya me parecía a mí que tenía que ocurrirte algo raro para que estuvieses un día entero sin la murria.

—No estoy loca. A los Smiley no les importaría cuidar de mí.

—Los Smiley nos odian.

A los labios de Fern acudieron las palabras de Ransome:

—Los Smiley no odian a nadie. No tienen tiempo para odiar.

Un sombrero rubor extendióse por el semblante de la señora Simón. Era un mal síntoma y Fern lo sabía. En otras ocasiones se había sentido confusa e intimidada por estos accesos de su madre, pero ahora no le importaba nada. En lo más profundo de su ser se sentía fuerte en la seguridad de que Ransome la comprendería aunque no la comprendiese nadie más. Los marmóreos ojos azules de la señora Simón empezaron a empañarse de lágrimas. Dentro de un momento rompería a llorar y, por último, se arrojaría sobre el sofá más próximo clamando que nadie la quería, que su marido era un necio y sus hijas unas ingratas. Dejaría de ser una mujer rolliza y madura de cuarenta y un años de edad, para convertirse en una niña inaguantable y mal educada.

—¿Te pones del lado de los Smiley... contra tu propia madre! —chillaba—. ¿Te pones del lado de esa mujer contra la madre que te ha dado el ser!

—No estoy poniéndome al lado de nadie. Y, de todos modos, aquí no hay lados de ninguna especie. Los Smiley no tienen ninguna rencilla contra nosotros.

Su madre dejó de gimotear y la miró llena de recelo.

—¿Cómo sabes tantas cosas acerca de los Smiley?

—He reflexionado y no es difícil verlo.

—Sí. Eres muy inteligente. Eres más lista que tu madre y que tu padre y que todo el mundo. Pues permíteme decirte, hija mía, que yo podría contarte muchas cosas de los Smiley.

—¿Qué cosas? —preguntó Fern.

—No seas descarada. Muchas cosas... acerca de las cartas que han escrito a Norteamérica a espaldas nuestras. Nos tienen envidia porque conocemos y nos tratamos con gente distinguida —reanudando su llanto, añadió—: ¡Ponerse de su parte después de todas las humillaciones de que nos han hecho objeto!

—Los Smiley no nos han hecho nunca objeto de humillaciones. Jamás nos han prestado la menor atención.

—No hables como el insensato de tu padre. ¿Qué diría la señora Hogget-Clapton si te quedases con los Smiley? Después de todo lo que he tratado de hacer por ti...

Esta vez Fern guardó silencio. Siguió doblando la ropa blanca y las prendas de lana, colocándolas en el baúl de madera de teca, sabiendo que nada de cuanto pudiera decir o hacer sería capaz ahora de detener el estallido de su madre, porque esta se hallaba resuelta a llevar la cosa hasta el fin. En situaciones semejantes, jamás se había conseguido nada. Nunca se había aclarado la menor cosa. De una u otra forma, todo quedaba envuelto en una confusa maraña de emociones y lágrimas, hasta que la embrollada victoria iba a parar a manos de la señora Simón. Por un instante Fern pensó que había sido una necia no quedándose en casa de Ransome, no metiéndose

en su cama y no gritando desaforadamente en el caso de que él hubiese amenazado con echarla a la calle. Ahora comprendía mejor que nunca que no había otra salida y que cualquier cosa era preferible a esto. Sería preferible incluso casarse con Harry Loder, y pensó con horror que, de no haber huido a casa de Ransome y de no haber conocido a los Smiley, acaso hubiese llegado un día en que, debilitada por el cansancio y el hastío, habría terminado por dar el «sí» a Harry Loder. Ahora, eso era total y absolutamente imposible.

No miró ni una sola vez en dirección a donde estaba su madre, porque sabía que, si contemplaba aquel rostro marchito e hinchado y aquellos ojos enrojecidos por el llanto, se sentiría presa de hondo malestar, pero no podía menos de oír los sollozos, los resoplidos y el trompeteo de la nariz cuando se sonaba. Ahora comprendía que detestaba a su madre y que siempre la había detestado, incluso cuando niña, aun sin tener conciencia de ello. Cuando de niña se había dicho para su capote: «No quiero ser como mamá», era porque su mente infantil ya había llegado a la conclusión de que su madre era una mujer estúpida, sin escrúpulos, egoísta y vulgar. Era horrible eso de odiar a la propia madre, pero más horrible todavía era avergonzarse de ella. Aun cuando Fern llegara a evadirse algún día, aun cuando llegara a casarse con alguien como Ransome, su madre estaría siempre presente, entremetiéndose en todo a viva fuerza, descocada y vulgar.

Viendo que Fern permanecía callada, la señora Simón se dejó caer en el sofá como si estuviese abrumada y deshecha, pero Fern siguió su tarea como si se encontrase sola en la estancia, porque sabía que tal actitud le daba un gran poder. Y, al cabo de un rato, su madre se levantó y salió del aposento dando un portazo tan violento, que del techo se desprendieron algunos fragmentos de yeso enmohecido.

Fern sabía adonde iba. Era una simple cuestión de rutina. Se encerraría con llave en su habitación, bajaría las persianas y sufriría lo que la señora Hogget-Clapton, refinando el vocablo *jaqueca*, llamaría una *migraine*. No bajaría a comer y no se dejaría ver de nadie en todo el día hasta que, muy avanzada la noche, abriese la puerta y admitiese los consuelos de su esposo.

Inclinada sobre el baúl, Fern pensó: «Así no la veremos en lo que resta de día», y empezó a llorar silenciosamente, no porque sintiese piedad de sí misma, como le ocurriría a su madre, sino simplemente porque esta convertía el mundo en un lugar tan aborrecible y porque estaba cansada, no físicamente, pues era joven y fuerte, sino moralmente. Estaba cansada de su madre, de la señora Hogget-Clapton, de Harry Loder y de todos los demás de su especie. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas y caían sobre la ropa blanca mientras la iba guardando.

La comida fue triste. La lluvia caía incesantemente fuera y el calor húmedo penetraba en vaharadas por debajo de las ventanas. Fern no pronunció palabra y Hazel estaba llorosa, como siempre que su madre sufría uno de aquellos accesos. El

señor Simón, por su parte —simulando que no consideraba hubiera sucedido nada anormal, pues estos accesos de su mujer le llenaban siempre de vergüenza—, leía el *Missionary News*. La comida no se desenvolvía en una atmósfera menos cordial que todas las demás comidas que habían tenido lugar en aquella casa, día tras día y año tras año, pero la ausencia de la señora Simón introducía una diferencia, ya que ella tenía un modo muy especial de mantener unida a la familia, dando la impresión de cordialidad y simpatía allí donde en realidad no había nada de eso. Ella mantenía viva la conversación, aunque a veces resultase más molesta y embarazosa que el silencio mismo. Ella insistía apremiantemente para que su esposo y sus hijas comiesen más. En el lejano pasado de su vida en el Mississippi, aprendió que había que procurar mostrarse «elegante» durante las comidas, ya que eran ceremonias no muy lejanamente relacionadas con bodas y funerales, y para las cuales existían ciertos tópicos y convencionalismos a los que era conveniente atenerse. Siendo bastante indiferente con respecto a las cosas de comer, no ponía especial interés en la calidad de los alimentos que se servían en la mesa, pero consideraba de buen tono comportarse como si todos ellos fuesen deliciosos y como si la conversación fuese necesaria, tanto si se tenía algo que decir como si no. El charlar durante las comidas era tan indispensable para la señora Simón como la sal y la pimienta. Y por eso, todos echaban de menos su cháchara y se sentían desconcertados, porque ninguno era capaz de crear la misma atmósfera.

Terminada la comida, Fern subió a su habitación y al poco rato se quedó dormida, rendida por el agotamiento y la excitación de las últimas veinticuatro horas. A eso de las seis, la despertó el ruido de un motor enfrente de su ventana. Como los automóviles que había en Ranchipur se podían contar con los dedos de una mano, Fern se levantó y se acercó a la ventana, pensando que pudiera tratarse de una visita de Ransome a los Smiley, en cuyo caso podría verle, aunque fuese desde lejos y por un momento. Pero lo único que vio fue el coche de la señora Hogget-Clapton y a esta misma señora apeándose del vehículo. Era un coche minúsculo, tan pequeño, que cualquiera que viese a la señora Hogget-Clapton al lado de su automóvil podría creer que era ella la destinada a contener al vehículo y no el vehículo a la señora Hogget-Clapton. Pero, debido a la escasez de automóviles en Ranchipur, el suyo contribuía a realzar su prestigio. Siempre descendía de él (mientras el coche se inclinaba y oscilaba bajo su peso) como si fuese una duquesa apeándose de un Rolls-Royce para almorzar en el Claridge.

Observándola desde la ventana, Fern pensó: «Ya se lo ha dicho alguien».

La señora Hogget-Clapton, tras unos momentos de espera en la planta baja, fue conducida a la habitación de la señora Simón. Era la única persona de todo Ranchipur a quien la señora Simón admitía a su presencia en el curso de uno de sus accesos.

## LIII

Fern estuvo sentada un rato en el borde de su cama tratando de coordinar un plan de acción para el caso de que la señora Hogget-Clapton ya hubiera sido «informada» de lo sucedido. No se sentía atemorizada, sino fría, tranquila y muy por encima de posibles murmuraciones. Al cabo de un rato, olvidó por completo a la señora Hogget-Clapton y resolvió escribir una carta a su prima de Biloxi, pensando que, por primera vez en su vida, tenía algo que contar, algo tan interesante como las cosas que su prima le contaba a ella acerca de jiras campestres, incursiones a las piscinas y relaciones con jóvenes, unos jóvenes como los que Fern deseaba conocer, no como «los muchachos», sino jóvenes de su misma condición.

Comenzó la carta con las palabras: «Querida Esther», pero antes de haber escrito la segunda página comprendió que algo no iba bien y que lo que había referido no expresaba debidamente la calidad de su aventura con Ransome. Releyó lo escrito y le pareció trivial, pueril y bastante estúpido, además de no tener ninguna semejanza con lo ocurrido. Hasta la descripción que hacía de Ransome y de sus sentimientos con respecto a él se apartaba bastante de la realidad. Ransome emergía del relato como una especie de romántico aventurero de película, y sus sentimientos con respecto a él no parecían diferir de las palpitantes descripciones que Esther le hacía cada vez que encontraba un joven atractivo. Sus sentimientos con respecto a Ransome eran de tal naturaleza, que no encontraba palabras en su reducido vocabulario para definirlos; era algo misterioso, que parecía haber rehecho el mundo entero, dándole una impresión de libertad e independencia. Ahora veía a su madre exactamente como era, y ello le daba un secreto poder del cual tenía conciencia cada vez que se encontraba a su lado. Nada de esto podía contárselo a su prima, porque en el papel parecía estúpido y complicado. Se sentía de repente mayor y con más experiencia que Esther, y superior a ella, pues Esther solo conocía a muchachos de su misma edad, que eran «estupendos», «atractivos» o «maravillosos». Era extraordinario el número de jóvenes que conocía a los cuales convenían estos tres adjetivos, los únicos de que Esther tenía noticia. Ninguno de estos tres vocablos concordaba con Ransome, y Fern, reflexionando por primera vez sobre el problema, dudaba que Esther comprendiese el significado de otros cualesquiera. Ahora veía claramente que, en muchos otros aspectos, era en realidad mayor que Esther, lo cual debía agradecerse a esta extraña, aislada y antinatural existencia que llevaba en Ranchipur. Y Ransome era un hombre, no un muchacho como los jóvenes de quienes le hablaba su prima.

Después de un cuarto intento, abandonó definitivamente la idea de escribir a Esther contándole que estaba enamorada. Tres días antes habría sido muy interesante escribirle diciéndole que había recibido una oferta de matrimonio, aunque solo se tratase de Harry Loder, pero ahora escasamente valía la pena. Rompió

cuidadosamente los borradores de la carta en minúsculos fragmentos, de modo que le fuese imposible a su madre reunirlos si lo intentaba. En aquel momento llamaron a la puerta y uno de los criados dijo que la *memsahib* deseaba verla en su habitación.

Tan pronto como entró en la oscura habitación, Fern comprendió que su madre había sido «informada». La señora Simón estaba incorporada en la cama, con un paño humedecido sobre la frente, gimiendo débilmente. Fern no dijo nada. Ligeramente, temblorosa, se sentó y esperó.

—Necesito que me digas la verdad, Fern.

—Sí.

—¿Es cierto lo que me acaba de decir la señora Hogget-Clapton?

—No sé lo que te ha dicho.

—Pues que has ido a casa del señor Ransome por la noche..., ¡después de oscurecer!

Fern titubeó un momento. Era evidente que la historia había crecido de manera rampante, lujuriantemente, como crecían todas las historias en Ranchipur, y comprendió que era totalmente inútil tratar de negarlo. Habría sido inútil incluso afirmar que no había estado allí más que una sola vez y que no había ocurrido nada, porque en el actual estado de ánimo de su madre, la verdad no hubiese sido lo bastante mala para dejarla satisfecha. De modo que admitió tranquilamente:

—Sí, es cierto.

—¡Oh Dios mío! —exclamó la señora Simón, reanudando sus gimoteos—. ¿Cómo has podido hacer semejante cosa? ¡Y con un hombre de su reputación! ¡Se va a enterar todo Ranchipur!

«No piensa para nada en mí —se dijo Fern—. Solo le preocupan los inconvenientes que se puedan derivar para ella». Y en voz alta comentó:

—Sí, la señora Hogget-Clapton se ocupará de ello.

—No tengas la audacia de decir nada en contra de Lily Hogget-Clapton. Ha hecho muy bien en venir a decírmelo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Por los criados; pero ¿qué importa cómo lo haya sabido?



## LIV

Era la primera vez que la señora Simón llamaba «Lily» a la señora Hogget-Clapton, y el oírlo en labios de su madre enfureció a Fern. La palabra «Lily» parecía poner de relieve todo el adulator *snobismo* de su madre, y Fern vio de repente a las dos mujeres, unidas en una causa común, bajo un aspecto inédito en el que nunca se le había ocurrido pensar hasta ahora: dos marchitas beldades, conscientes del ocaso de su poder y celosas de ella porque era bonita y mucho más joven que cualquiera de las dos. Por un instante cruzó por su imaginación el cuadro que ofrecía su madre hablando con Ransome, agitando coquetonamente sus rizos, mirándole amorosamente, acentuando su dejo meridional, y comprendió que su madre había deseado siempre conquistar la admiración de aquel hombre para sí misma. Tuvo una horrible visión de lo que su madre hubiera sido si no fuese la esposa de un misionero, obligada a encajar en el molde de lo respetable, defraudada y amargada, rodeada por un muro de convencionalismos e hipocresías. Veía a la señora Hogget-Clapton y a su madre, con las cabezas juntas, excitadas, morbosas, iracundas, hablando de ella y de Ransome. Todo aquello era horrible y hacía desfallecer a Fern, quien de pronto tuvo conciencia de que iba a devolver el golpe. Iba a herir a las dos, porque ahora ya sabía cómo conseguirlo. Oyó su voz que decía:

—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Todo ello es verdad! ¡He vivido con Tom Ransome! ¡Me ama y le amo!

¡Había acertado! Cuando vio el efecto que sus palabras producían en su madre, deseó ardientemente que la señora Hogget-Clapton se hubiera encontrado también allí.

La señora Simón se puso a chillar, luego arrojó al suelo el paño húmedo que tenía en la frente y se sentó en el borde de la cama. Con su camisón rosa pálido, adornado de encajes, y los cabellos desgñados y todavía húmedos del paño, ofrecía una singular semejanza con aquellas marchitas *entretenidas* que Fern había visto en el cine.

—¡Ahora tendremos que marcharnos todos de Ranchipur! ¡Has arruinado y deshonrado a tu padre, a Hazel y a la madre que te ha dado el ser, que te ha consagrado su vida entera y que solo deseaba verte casada respetablemente con un buen esposo!

Fern no pronunció palabra. Seguía sentada, temblorosa y asustada, pensando: «Ahora sí que la he hecho. ¿Cómo voy a salir de este atolladero?».

Su madre estuvo sollozando un rato, hasta que, cesando de repente en sus lloriqueos, preguntó:

—¿Cómo has entrado y salida de casa?

—Salí después de haberte acostado tú y... —una temeraria despreocupación se

apoderó de su espíritu y terminó declarando—: He pasado la noche en casa de los Smiley y he cruzado el camino por la mañana muy temprano, antes que os despertaseis ninguno.

Mientras hablaba, vio cómo el lindo y marchito rostro de su madre se endurecía, sus mandíbulas se apretaban, sus labios se separaban ligeramente sobre unos dientes demasiado pequeños.

—¡Los Smiley! —exclamó—. Conque era eso, ¿eh? La señora Smiley es una alcahueta, ¿verdad? Siempre lo he sospechado. Sabe Dios las orgías que tendrán lugar en su casa, con todos esos sucios indios entrando y saliendo continuamente. ¡Oh, he oído muchas cosas acerca de los indios y de lo que son capaces de hacer!... ¡Tu madre no es la bobalicona que te imaginas!

La dolorida señora Simón se transformó súbitamente en la señora Simón mujer de acción. Empezó a pasear arriba y abajo de la habitación, envuelta en su camión, y luego, deteniéndose abruptamente, se lo quitó, sacándoselo por la cabeza, quedando por un momento completamente desnuda, sin sentir ningún rubor, mientras cogía arrebatadamente sus medias y su ropa interior.

—Yo sé lo que tengo que hacer. Voy a ver ahora mismo al señor Ransome. Solo hay una forma de arreglarlo todo. Tendrá que casarse contigo.

Fern se levantó de un salto.

—¡No! ¡No! —exclamó—. No me casaré con él. Y él tampoco quiere casarse conmigo. Me lo ha dicho así. No debes ir a verle. ¡No debes ir a verle!

La señora Simón, que ya se había puesto la camisa y una media, dejó de vestirse y se la quedó mirando fijamente.

—¿Que no quieres casarte con él? ¿Dices que no quieres casarte con él? Bueno, eso ya lo veremos. Pero ¿qué clase de hija tengo yo? Una..., una...

—Sí —dijo Fern—; una *hetaira*<sup>[32a]</sup>.

Pronunció la palabra con cierta inseguridad, porque nunca la había oído pronunciar de viva voz y no era muy frecuente escucharla en el cine.

La señora Simón siguió vistiéndose.

—Me voy ahora mismo a ver al señor Ransome —afirmó—. Y en cuanto a los Smiley, ¡ya los arreglare yo!

Su boca se había endurecido y sus ojos azules parecían más marmóreos que nunca ante la idea de que los Smiley hubiesen venido a parar así a sus manos. Fern se puso a llorar.

—¡No vayas, por favor! ¡No vayas! No hay nada de verdad en lo que he dicho. He estado mintiendo.

—¡Oh, no trates de salirte ahora del baile, jovencita! Va a casarse contigo. Eso corre de mi cuenta.

La muchacha cayó de rodillas y se aferró a las piernas de su madre, tratando de

detenerla, pero esta se la quitó de encima rudamente.

—¡No vayas! —clamó Fern—. Haré todo lo que quieras. Te lo prometo.

—No me hables siquiera. Debía echarte de casa. Pero no lo haré. ¡Oh, no! Eso es lo que tú quisieras..., dedicarte a recorrer las calles.

Fern yacía de bruces, gimiendo. La señora Simón, poniéndose furiosamente el vestido por la cabeza, metió un brazo por el forro en lugar de por la manga y quedó atrapada, de modo que las palabras salían a través de la tela, amortiguadas y confusas.

Ya más serena, Fern se sentó en el suelo, observando a su madre mientras esta se arreglaba delante del espejo del tocador con una furia fría y deliberada. Había en la escena algo de una cualidad tan terrible, que Fern se sintió invadida de repente por una gran calma y dignidad, como si aquella mujer que se estaba empolvando la nariz delante del espejo fuese una criatura extraordinariamente distante, una criatura que nada tuviese que ver con ella. Y Fern experimentó una especie de glacial alivio. Ahora todo había concluido; en lo sucesivo no tendrían necesidad de fingir un cariño que no existía en realidad.

Se levantó y dijo tranquilamente:

—Muy bien. Haz lo que te parezca. Pero te arrepentirás. Hemos terminado. ¡Te aborrezco!

Mas en su aterrorizado corazón sabía que nada, ni ruegos ni amenazas, detendría a su madre, y súbitamente comprendió que, sin proponérselo, se había puesto en manos de ella. Su madre pensaba: «Ahora Ransome tendrá que casarse con ella. Al lado de él, Harry Loder no representa absolutamente nada. Su hermano podría morir y él heredaría el título de conde. Y yo pasaría los años de mi vejez en una espléndida posición... ¡Madre de una condesa! Nunca he soñado nada mejor». Fern vio claramente por qué en el furor de su madre no había dejado de vibrar una nota de triunfo.

Sin pronunciar otra palabra, Fern salió de la habitación pensando únicamente que debía ir inmediatamente a casa de Ransome para prevenirle a este de lo que se avecinaba. Llena de amargura, acababa de aprender otra cosa: que el amor maternal podía ser un engaño, que podía servir de capa para ocultar el egoísmo y la maldad. Ahora sabía que había sido víctima de un fraude durante veinte años, desde el día mismo que había venido al mundo.

La señora Simón apenas se percató de la salida de su hija. Antes de ponerse el sombrero, se sentó para escribir una carta a la Junta directiva de la Misión acerca de los Smiley, una carta que seguramente significaría esta vez su ruina definitiva y su llamada a la patria. Cuando terminó de escribir subió al coche e, hinchada por el triunfo y la maldad, se dirigió a la estación para depositar la misiva en el correo, de manera que alcanzase al expreso de Bombay y al vapor que el sábado zarpaba rumbo a Génova, sin sospechar que sería la última vez durante semanas enteras que saliese

ningún correo de Ranchipur.

## LV

Mientras se vestía para acudir a la cena, Ransome se bebió dos copas más. Era muy difícil para los demás, especialmente para quienes no le conocían, saber cuándo estaba embriagado; se precisaba conocerle muy bien para apreciar el momento exacto en que empezaba a mostrarse un poco demasiado cortés, demasiado irónico, un *soufyon*<sup>[33]</sup> demasiado considerado y excesivamente interesado por lo que se le decía. Pero Ransome sí lo sabía. Era el momento en que le abandonaba el eterno sentimiento de depresión y melancolía, el momento en que ya no se sentía paralizado e incapaz de toda acción o decisión, porque en lo más íntimo de su mente palpitaba la conciencia de que ninguna decisión o acción tenía la más leve importancia. No es que en la bebida encontrase fuerza de voluntad o fe, mas le hacía considerar la ausencia de estas cosas como algo trivial y carente de importancia. El beber convertía al mundo en un lugar brillante y despreocupado, en donde nada importaba nada y en donde uno dejaba de torturarse y de inquietarse porque nada importaba nada. La transformación se producía lentamente. La leve aspereza, la ironía, el sarcasmo y la amargura que le dominaban, estando ebrio se desvanecían, para dar paso a una afable despreocupación, que resultaba contagiosa a causa de su atractivo personal y extremadamente peligrosa para los demás. Embriagado era feliz, y esa fue la única razón de que se entregase a la bebida.

Mientras se hacía el nudo de la corbata, pensaba que estaba bebido y se alegraba de ello, porque de esta forma, sucediera lo que quisiera en la cena del señor Bannerjee, no se sentiría aburrido ni inquieto ni resultaría molesto para los demás. En casa del señor Bannerjee se ofrecían cócteles a los invitados, porque era un rasgo europeo y de buen tono; pero el señor Bannerjee no los bebía, a causa de sus escrúpulos religiosos, de modo que nunca se enteraba de que sus cócteles sabían a enjuagues, pese a lo cual tampoco los había en número suficiente. Ransome no se aburría jamás en casa del señor Bannerjee, precisamente porque allí todo era absurdo y en medio de todo ello estaba siempre la señora Bannerjee, con su glacial belleza, dándole interés a la velada. El único temor que sentía ahora era por encontrarse allí con Edwina. «Ella y su hastiado criterio europeo de todas las cosas», pensó Ransome. Edwina sería capaz de contagiar a toda la reunión una especie de parálisis social, en donde el aire mismo pareciese impregnado de cansancio y aburrimiento.

Rehuyéndola, había conseguido no encontrarse con ella durante dos días consecutivos, exceptuando los breves momentos en que se vieron en el vestíbulo del Palacio de verano, antes de su excursión a la ciudad de El-Kautara. Ahora, beodo, comprendía claramente por qué la había rehuido: porque le trastornaba. La detestaba porque su simple proximidad le llenaba de hastío; pero si solamente la hubiese detestado, no le habría inquietado. Lo que le inquietaba era que, al mismo tiempo, la

encontraba atrayente, con aquel frío abandono suyo, sus agradables vicios y su impecable elegancia. Todas estas cosas le atraían con fuerza, porque, en otra época, muchos años atrás, Edwina, con su buen humor, su belleza y su frenesí, le había salvado durante cierto tiempo de su propia naturaleza morbosa. Ahora ya no podría hacer lo mismo, porque para ello tenía menos poder que el coñac que bebía; pero su presencia, su voz, su cansada sonrisa, eran cosas que servían para excitarle todavía. Sabía que la odiaba, porque le hacía sentirse miserablemente sórdido; en cierto modo era como un espejo de sí mismo. Además, le producía un sentimiento de temor. Desde aquellos arrebatados momentos de placer maquinal habidos en el curso de la malhadada aventura de palacio, Ransome se sintió un poco asustado, porque la depresión anímica que siguió a la misma se asomó un instante a semejante abismo de vacío, negación y desesperanza, que la embriaguez, las drogas y hasta la muerte misma parecían infinitamente mejores que la desolación que adivinaba en su fondo. Era mejor cualquier otra cosa que mellase el filo de la conciencia, de modo que no fuese posible contemplar la ruina de sí mismo.

Y ahora, a pesar de estar ya ebrio, lamentaba no haber buscado cualquier pretexto para no asistir a la cena. Juan Bautista daba vueltas a su alrededor, completamente desnudo, a causa del calor, alargándole sus ropas, quitándole invisibles motas de polvo, observándole a hurtadillas, vagamente fascinado, según sabía Ransome, ante el espectáculo que ofrecía su señor embriagándose lentamente.

Juan Bautista era un hábil observador. Ni una sola vez consiguió Ransome sorprenderle mirándole de manera abierta, ni siquiera cuando se volvió bruscamente con este fin, pero sabía que el criado se fijaba cuidadosamente en todo lo que hacía y que no le pasaba inadvertido ni el más leve cambio de expresión en su rostro. Sentía la mirada del muchacho clavada en su espalda y llegó a sentirse subyugado por la idea de qué era lo que Juan Bautista veía y lo que ocurría en el interior de su redonda y negra cabeza. Finalmente, volviéndose de espaldas al espejo, preguntó de sopetón:

—¿Qué es lo que ves? ¿Qué estás mirando?

Pero no era fácil atrapar a Juan Bautista. Su rostro adoptó una expresión glacial y opaca. En su dulce francés de Pondicherry respondió:

—*Je ne comprends pas. Je ne vois que vous, Sahib.*<sup>[34]</sup>

—Pero ¿qué ves? ¿Te parezco diferente? ¿Por qué me miras fijamente?

—*Rien de différent*<sup>[35]</sup> —contestó Juan Bautista, Ransome comprendió que nunca descubriría lo que sucedía en el interior de aquella cabeza. Tal vez Juan Bautista se sintiese exclusivamente interesado por el proceso que seguía un hombre que se embriaga. Acaso se alegrase o quizá lo sintiese. Y bien pudiera ser que Juan Bautista le viese como no se veía él mismo ni siquiera en sus momentos de autocrítica más descarnada; es decir, como un hombre roto, inútil y disipado, al que solo valía la pena servir porque la colocación era buena y cómoda y el dinero abundante. Acaso Juan

Bautista pensase: «Un europeo más que sigue el camino de los otros. Uno más que pronto habrá terminado consigo mismo». Estaban juntos desde hacía cinco años; pero Ransome no tenía la más leve idea de lo que pensaba su criado de él..., y súbitamente se sintió lleno de vergüenza.

Terminó de vestirse, y, al volverse para ponerse la chaqueta, vio a Fern en pie en el umbral. Llevaba el mismo viejo impermeable y el mismo sombrero de fieltro de la vez anterior. Había llegado corriendo; no obstante, no estaba arrebolada, sino pálida y asustada. Ransome se dio cuenta de que le alegraba volver a verla, y por su confuso cerebro cruzó la idea de que sería mucho más agradable quedarse en casa toda la tarde con Fern, pero también sabía que semejante cosa era imposible en Ranchipur.

—¡Hola! —dijo—. Pase usted —y dirigiéndose a Juan Bautista añadió—: Eso es todo.

El criado pasó por delante de Fern, salió a la terraza y atravesó corriendo el jardín en dirección a su pabellón.

—Ha sucedido algo terrible —dijo la muchacha, que no lloraba como en la ocasión anterior.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi madre se ha enterado.

Ransome se echó a reír. En su actual estado de ánimo, aquello carecía de importancia. Era una cuestión divertida y nada más.

—Sabía que se enteraría —dijo—, aunque no suponía que fuese tan pronto.

—Ha sido la señora Hogget-Clapton quien se lo ha dicho. Lo he sabido por los criados.

«¡Ese demonio negro! —pensó Ransome—. ¡No ha perdido el tiempo, no!».

Aun a través de la grata neblina de la embriaguez, Ransome observó que Fern había cambiado. Parecía tener más años. Incluso la leve redondez que le daba aspecto de mujer linda más que hermosa había desaparecido. Además, no estaba históricamente excitada.

—Y no es eso lo peor —continuó diciendo la muchacha—. Tuvimos una disputa terrible; yo perdí la paciencia y le dije a mi madre que era cierto, que había venido aquí muchas veces y vivido con usted.

Nuevamente sintió Ransome deseos de echarse a reír, porque comprendió de inmediato cuál fue el motivo de la disputa y por qué Fern confesó algo que jamás había sucedido. Su mente funcionaba con agilidad.

—¿Tiene su padre una escopeta? —preguntó.

La muchacha le miró desconcertada, y luego repuso:

—Mi padre no es así. Nunca se le ocurriría semejante cosa.

—¡Ah, entonces la de la escopeta es su madre!

Y esta vez Ransome dio rienda suelta a sus carcajadas.

—No le veo la gracia —dijo Fern—. A mí me parece horrible.

—Me río ante la idea de que su madre se presentase aquí con una escopeta. Por otra parte, nosotros sabemos que no es verdad.

—Eso no hace cambiar nada las cosas. ¿No lo comprende? Ella desea que sea verdad.

—¿Por qué?

—Porque *tendría* usted que casarse conmigo. ¿No lo comprende?

Ransome lo comprendía perfectamente. Fern no tuvo que pasar por la humillación de explicar cómo era su madre, a quien nada le agradaría más que su hija se deshonrase, siempre que fuese con el hermano de un conde.

—Se ha olvidado por completo de Harry Loder.

—Naturalmente —dijo sobriamente Ransome—. Comprendo la diferencia existente entre los candidatos y opino que tiene mucha razón.

—Lo mejor que puede usted hacer es marcharse inmediatamente, porque mi madre está en camino.

Ransome se sentó y estalló en estruendosas carcajadas. Estaba bastante embriagado, de modo que le era muy difícil dominarse. Fern le estuvo observando un momento, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—No se ría..., por favor...; no se ría..., se lo ruego —había en su voz un acento de súplica tan claro, que Ransome se serenó inmediatamente—. La situación no tiene nada de divertida —siguió diciendo la muchacha con voz sosegada—. ¿No comprende que no lo es? Y usted lo está poniendo todo peor todavía...

—No —admitió Ransome—, no tiene nada de divertida. Lo siento.

Es que he estado...

—Lo sé. Pero márchese, por favor. Váyase esta misma noche a Bombay.

—¿Y usted?

—No se preocupe. No me importa nada. Puedo cuidar de mí.

Ransome percibió un leve acento de reproche en las palabras de la muchacha.

—Haré frente a lo que venga. No me importa.

Ransome permaneció callado unos instantes, lamentando no estar sobrio. Luego dijo:

—¿Y si nos casásemos?

—No me casaría con usted ni por un millón de dólares.

—¡Vaya, vaya, no está mal la cosa!

Pero Fern comprendió que estaba demasiado bebido para entender lo que había querido decir. Por la expresión ofendida que apareció en el rostro de Ransome, comprendió la muchacha que interpretó que no se casaría con él por considerarle un borracho e inútil. Hubiera deseado explicarle que era su orgullo lo que le impulsó a hablar así, pero ese mismo sentimiento se lo impidió. No podía hacer aquello.



—Escuche —dijo él—, no puede usted volver a su casa. No es posible. No tendría fuerzas para soportar otra disputa semejante.

—Si tuviese un poco de dinero, haría lo que me pluguiese.

—Desde luego. Una lástima. Pero lo que no puede hacer es volver a su casa. Vaya a la de los Smiley.

—Eso tampoco puede ser. Ya les he originado bastantes molestias. Le dije a mi madre que había estado con ellos.

Ransome sonrió y dijo:

—No ha sido muy prudente.

—No sabía lo que decía.

—Me es imposible pedirle que se quede aquí. Eso no haría más que complicar las cosas —en aquel momento se le ocurrió una idea—. Podría ir a casa de Raschid.

—No, no. No le conozco.

—Yo sí. Es el ministro del Interior, está casado y tiene siete hijos. No sería posible hallar una persona más respetable.

—Pero es indio.

—¿Y eso qué tiene que ver? Es una excelente persona.

Fern se acordó de lo que su madre había dicho sobre «los sucios indios» que frecuentaban la casa de los Smiley.

—A mí me da lo mismo, desde luego; pero eso podría darle pretexto a mi madre para embrollar aún más las cosas... Usted no la conoce. Es capaz de llevar el asunto a Delhi, y hasta al mismo virrey. Sería capaz de todo.

Sí, Ransome comprendió lo que Fern quería decir, y nuevamente sintió unos deseos locos de echarse a reír. Era absurdo que la inofensiva escapatoria de una colegiala romántica hubiese adquirido las proporciones de un caso extraordinario, que amenazaba convertirse en un *incidente* susceptible de perturbar la paz de la India, en un escándalo de proporciones internacionales, que podría adquirir caracteres históricos. Y por primera vez, Ransome vio la medula de aquello que se llamaba la cuestión india, las infinitas complicaciones que podían crear las gentes menudas, la inextricable y desesperante maraña de mezquindades, celos, temores, trivialidades y prejuicios de toda índole. Aun en medio de su embriaguez, tuvo conciencia por primera vez de cuáles serían los sentimientos de los indios. Vio claramente el carácter sutil y siniestro de las humillaciones e insultos inferidos por gentes de segunda fila, como la señora Hogget-Clapton y la señora Simón. Una muchacha de origen europeo no podía refugiarse contra las maquinaciones de una madre inmoral en casa del más honorable y recto de los hombres, porque era indio...

—Sí —dijo con aire sombrío—. Es un mundo enfermo..., un mundo miserable.

Pero Fern era un muchacha que iba directamente al grano y que no tenía ningún interés por la política, la filosofía o la Humanidad. Así, pues, dijo:

—No, solo se puede hacer una cosa: que me vuelva a casa ahora mismo. Ya no tengo miedo de mi madre. Incluso creo que es ella quien me tiene miedo a mí. Sí, así es. Pero usted tiene que marcharse. ¡Debe hacerlo! ¿No lo comprende?

Ransome vio que la muchacha había perdido la confianza en él. Acudió a él con la esperanza de encontrar ayuda y se encontró con un hombre embriagado, aturdido e inútil, porque a Ransome, en ese momento, en lo más íntimo de su corazón, le importaba un bledo lo que ocurriese; no estaba dispuesto, como siempre, a echar sobre sus hombros la menor responsabilidad; todo aquello no parecía serio, sino una broma divertida, indeciblemente cómica.

—No sé... —dijo titubeante—. Vuélvase a casa. Mañana..., cuando las cosas se vean desde un aspecto diferente...

—Está bien. No se preocupe por ello demasiado. De todos modos, ha sido culpa mía. No sé cómo ha podido suceder nada de lo que sucedió, salvo que debo de haber estado loca. ¡Lamento mucho haberme portado como una necia!

Ransome estuvo contemplándola largo rato, viendo a través de la neblina de la embriaguez cuan joven, encantadora y apasionada era. Y también vio que ya no esperaba ayuda de él, que más bien era ella quien parecía dispuesta a ayudarle. Al cabo de un rato dijo:

—No, no estaba usted loca. No está loca en absoluto. Pensó: «Ojalá estuvieses a mi lado para siempre, eternamente». Pero era ya demasiado tarde.

Bruscamente, la muchacha le dijo «Adiós», salió de la casa y se alejó bajo la lluvia. Ransome permaneció sentado largo rato en su silla, frente a la puerta, hasta que, por último, se acordó de la cena del señor Bannerjee y, levantándose, se sirvió otra copa para ahogar los sombríos pensamientos que le asaltaban y cobrar ánimos con el fin de ir hasta el pabellón del jardín a despedir a Juan Bautista por su indiscreción y su infidelidad para con su señor. Era una misión desagradable, y aunque no tenía idea de cómo fuera por dentro Juan Bautista, le constaba que el criado se había acostumbrado a él e incluso le tenía afecto. Cuando llegó al pabellón, lo encontró desierto. Pero el criado no se había marchado definitivamente, porque sus escasos efectos personales y el cajoncillo de madera que los contenía se hallaban todavía allí. Ransome pensó: «Me conoce mejor de lo que creía. Ha desaparecido porque sabe que mañana no le despediré; para entonces pensaré que es demasiado molesto ponerse a buscar un nuevo criado, y mañana comprenderé que sus chismorreos, después de todo, carecen de importancia y son muy humanos. Sabe que mañana comprenderé que no ha sido él quien ha causado el mal, sino la señora Simón, Pukka Lily y todos los demás de su especie».

## LVI

La señora Simón llegó cinco minutos después de haberse marchado Ransome y encontró la casa desierta. Toda la virtuosa indignación, cuidadosamente preservada a lo largo del trayecto a la estación y del regreso de casa de Ransome, se desvaneció como por ensalmo para dar paso a la curiosidad. Durante tres años había anhelado ver el interior de esta casa, y ahora se dispuso a satisfacer su deseo, yendo de habitación en habitación, hasta el mismo dormitorio de Ransome, en donde la vista de los pinceles, la pipa y el lecho le produjeron *cierta* excitación voluptuosa, que el señor Simón pagaría más tarde. La casa la defraudó, porque la encontró demasiado sencilla y desnuda, diferente por completo a la idea que ella se había formado de lo que había de ser el hogar de un aristócrata inglés, distinta en absoluto a como las casas de tales personajes aparecen en el cine, nada semejante a la de la señora Hogget-Clapton.

Cuando hubo examinado toda la casa a su gusto, se dirigió al hogar de los Smiley, y allí provocó una escena terrible, con el fin de dar alivio a su chasqueado espíritu. Los Smiley, desconcertados, trataron al principio de explicar lo sucedido en términos de simple humanidad; pero no tardaron en advertir con toda evidencia que la simple humanidad era un concepto inasequible en absoluto a la capacidad de comprensión de la señora Simón, y ambos esposos optaron por guardar silencio. Fue tía Phoebe quien, al fin, le respondió en su mismo lenguaje. Cuando ya no pudo soportar más tiempo sus impertinencias, calificó a la señora Simón de «pobre blanca inmoral», ordenándole que saliese inmediatamente de la casa y no volviese a poner jamás los pies en ella.

## SEGUNDA PARTE

## I

La casa del señor Bannerjee era de lo más insólito que se daba en Ranchipur: una casa construida de madera y estuco. Un edificio rarísimo en todos los sentidos, concebido y construido de manera muy económica, setenta y cinco años antes, bajo la mirada vigilante de lady Streetingham, la excéntrica esposa del residente británico, durante el reinado del perverso maharajá, con el fin de albergar a sus invitados. Mujer extraordinariamente sociable y de considerable riqueza, casada con un hombre aburrido y desterrada en virtud de las obligaciones de su esposo en un Estado bárbaro, había contraído el hábito de invitar a todas las personas con quienes se encontraba, a ir a su casa, estando todo el tiempo que deseasen. Por eso había hecho construir una casa que más parecía un mesón, con grandes y numerosas dependencias para alojar a la servidumbre.

Emanaba de la casa, tal vez a causa de su singular conformación, un extraño embrujo. Era de forma octogonal, con una galería abierta en la planta baja y un balconaje corrido que circundaba enteramente el piso superior. Una escalera daba acceso al tejado plano, en forma de terraza, lo que permitía que los invitados lo utilizasen como es costumbre en Oriente, tumbándose allí en las noches calurosas, al aire libre, bajo un brillante cielo azul tachonado de resplandecientes estrellas. En la parte posterior del edificio, a modo de tosca cola, se alzaba un ala parecida a un cuartel, añadida más tarde, al comprobar que el cuerpo principal del edificio resultaba insuficiente para albergar a todos los perdidos y aventureros que aceptaban las invitaciones de la opulenta y excéntrica esposa del residente. La morada había terminado por convertirse rápidamente en una posada de gentes indeseables, hasta que, finalmente, alcanzó una espectacular notoriedad, provocando la destitución del propio residente. En su día, aquello contribuyó a disminuir el prestigio de los europeos en Ranchipur más que cualquier otro elemento constitutivo de la historia del lugar. El espectáculo que ofrecía la galería de la planta baja, dudosamente adornada por las figuras de lady Streetingham y sus extraños invitados, los rumores de orgías y borracheras que tenían lugar en el interior de sus paredes, el asesinato de un criado y, finalmente, el de un invitado, seguido del suicidio de otro, fueron cosas que, unidas a otras, crearon en torno a la casa una fama y leyenda que la tuvieron desalquilada muchos años después de haber sido abandonada por sus dueños. Ni el más humilde *coolie* pasaba jamás delante de ella sin que en sus labios se dibujase una desdeñosa contracción. He aquí, se decían los moradores de Ranchipur, una muestra de lo que es la civilización europea.

En aquellos días, las noticias tardaban mucho en atravesar toda la India, desde Ranchipur hasta la sede del Gobierno central, en Calcuta. Y aún tardaron más tiempo quienes ostentaban el poder en persuadirse de que las cosas en la casa de huéspedes

de la opulenta y excéntrica esposa del residente estaban realmente tan mal como se decía. Los casos de asesinato y suicidio pusieron fin al mandato del residente, a las extravagancias de su esposa y a cuanto venía sucediendo en la casa, pero el daño ya estaba hecho, y durante treinta años persistió la leyenda de sus orgías y su desenfreno, corrompiendo la opinión de los doce millones de habitantes del extenso y rico estado de Ranchipur, contribuyendo a convertirlo en un país de difícil gobierno, lleno de problemas y complicaciones y amenazado por un estado de rebelión latente. Mas, paradójicamente, la leyenda de aquella casa vino a contribuir poderosamente a favorecer los esfuerzos del viejo maharajá para ilustrar a su pueblo y despertar en él su orgullo de otros tiempos, ya que aquella leyenda había debilitado y corrompido el arma misteriosa que los europeos denominaban «prestigio», dándoles a los nativos de Ranchipur un sentimiento de igualdad. La leyenda debilitó igualmente la autoridad del Gobierno central, que no tardó mucho en descubrir que los invitados de lady Streethingham habían hecho extremadamente difícil la tarea de regir los destinos de Ranchipur, terminando el Gobierno central por dejar libres las manos de aquel pueblo y de su maharajá, haciendo la vista gorda en aras de la paz y permitiendo que Ranchipur siguiera su propio camino.

La casa estaba ya casi en ruinas cuando el maharajá la reclamó para destinarla a residencia de su bibliotecario, el señor Bannerjee. El bibliotecario, como la vieja lady Streethingham, era de un temperamento extremadamente hospitalario y poco inclinado a introducir discriminaciones en su hospitalidad; pero, afortunadamente, su gusto era mucho más convencional. A la esposa del residente no le importaba mucho quiénes eran sus invitados, con tal que tuviesen apariencia humana, fuesen capaces de sostener una conversación y permaneciesen lo bastante sobrios para jugar al *whist*<sup>[36]</sup> con ella. El señor Bannerjee, por el contrario, se conducía como un anfitrión profesional de Mayfair (Barrio elegante de Londres, enclavado entre Park Lane, Oxford Street, Kegent Street y Piccadilly). Era la personalidad más destacada de una sociedad que no resultaba ni india ni europea, sino una mezcla de ambas. El señor Bannerjee resultó un *snob*. Se había educado en Oxford, y allí, más por espíritu de observación y por instinto que por contacto con el ambiente, adquirió un *snobismo* que no era esencialmente británico, sino algo más puro todavía; es decir, inglés. Ese *snobismo* se adhería a su personalidad como una capa de barniz aplicada sobre el aspecto más oscuramente indio de su carácter. El señor Bannerjee era como las reuniones que organizaban en su casa: una extraña mezcla de elementos que nunca conseguía unir en un conjunto armonioso. Como cabeza dirigente del elemento cosmopolita de Ranchipur, todos los invitados importantes del maharajá eran enviados a su casa, por lo menos para asistir a una de sus cenas o de sus partidas de tenis. El elemento suburbano británico, capitaneado por Lily Hogget-Clapton, pretendía despreciarle, aunque en lo más profundo de su corazón se sentía consumido

por la envidia y la rabia al ver que los personajes realmente importantes, como lord y lady Heston, acudían siempre a casa del señor Bannerjee y raras veces a las suyas. Por otra parte, los verdaderos indios desconfiaban del señor Bannerjee y de sus modales oxfordianos, además de despreciarle por su eterna incapacidad para decidir de qué lado de la tapia pensaba dejarse caer. Pero el señor Bannerjee se había creado un mundo y posición propios, un mundo que a veces se semejaba un poco al que utilizó su casa como club en tiempos de lady Streetingham. Se lo denominaba «el círculo del señor Bannerjee», lo cual le llenaba de orgullo y le hacía conducirse en Ranchipur de una manera muy extraña, en la que la arrogancia y la timidez hallábanse en perpetuo conflicto. Era un hombre rico, como necesita serlo un dirigente de la buena sociedad, ya que, cuando el viejo señor Bannerjee, su padre, se retiró de sus extraordinariamente prósperos negocios con una casa de seguros en Calcuta, para dedicarse a una vida de meditación, cedió a su hijo todo cuanto poseía. El señor Bannerjee tenía, además, una mujer hermosa, una posición preeminente, autoridad y hasta poder, pero no era un hombre feliz, porque había muchas cosas que el señor Bannerjee tenía que ocultar a los ojos del mundo.

Entre ellas figuraban su indecisión y la debilidad de un carácter y personalidad hendidos exactamente en dos. Solo una persona dotada de una clarividencia portentosa habría percibido esto, porque solamente una persona así dotada podría creer que el señor Bannerjee, desenvuelto, amable y un tanto arrogante, que pasaba cócteles entre sus invitados durante una partida de tenis y hablaba de las funciones de teatro en Londres y de las carreras de caballos en París, era el mismo hombre que, al rayar el día, salía subrepticamente de la casa octogonal y se perdía en el laberinto de destartaladas dependencias anexas, en el extremo más alejado del jardín, para degollar una cabra ante una pequeña y monstruosa estatua de Kali, embadurnada ya con la sangre de centenares de sacrificios. Y nadie más que él conocía aquellos terribles momentos en que, en medio de una cena mundana y cosmopolita, se sentía invadido por un terror glacial, cuando en unos segundos de horror le parecía ver aparecer por encima de la cabeza de uno de sus invitados la imagen de Kali la Destructor, para acusarle de haber traicionado a su sangre, raza y fe. Solo la misma Kali podía saber que, si no tenía hijos, no era porque su bella esposa fuese estéril, sino porque su silencioso desprecio había sido tan grande desde el primer momento, que nunca consiguió ejercer sus derechos de esposo. Ella no dijo nada jamás. Apenas cruzaba con él más palabras que con los invitados europeos a cuyo lado se encontraba sentada de cuando en cuando, en virtud de las circunstancias. Era el mismo desprecio silencioso y aterrador que Ransome percibió en diversas ocasiones. Un desprecio que en Ransome despertaba el perverso deseo de humillarla; pero que al señor Bannerjee le aterrorizaba hasta la impotencia.

Ransome iba con frecuencia a casa de los Bannerjee, porque, después de palacio,

era aquel el único lugar en donde a veces se encontraba gente que parecía tener cerebro. De cuando en cuando, aparecía por Ranchipur un hombre de ciencia, un escritor, un arquitecto o alguien interesado por la música, la pintura, la escultura o la historia indias. Desde que el señor Bannerjee llegó a Ranchipur, trece años antes, el viejo maharajá acarició la ilusión de que los invitados oficiales encontrasen en casa del señor Bannerjee un auténtico reflejo de la verdadera vida en la India, aunque lo que allí se encontraba no era indio ni europeo, sino simplemente la materialización de la fantástica idea que el señor Bannerjee se había forjado de lo que debería haber sido una fiesta elegante en Park Lane, en tiempos de Eduardo VII.

En cierto modo, Ransome apreciaba al señor Bannerjee y sentía compasión por él, ya que a veces llegaba casi a la conclusión de que la indecisión y las tribulaciones de este hombre no eran tan distintas de las suyas. Y, por otra parte, allí estaba siempre la señora Bannerjee, frígida y hermosa, masticando su *pan*, charlando y riendo en un rincón con alguna amiga, excitándole, solo para dejarle chasqueado e insatisfecho. Pero Ransome no era feliz en casa del señor Bannerjee y no recordaba haberse divertido nunca en ninguna de sus fiestas. No fue capaz de definir exactamente qué era lo que le deprimía, salvo que se trataba de algo siniestro. Desde el momento en que entraba en la casa hasta que la abandonaba, no dejaba de experimentar una leve sensación de malestar e incluso de turbación, como si en lugar de ser un hombre que lo había visto todo en el mundo, que había conocido a toda suerte de personas y era capaz de hacer frente a todas las circunstancias en cualquier parte, fuese un jovencito inexperto que asistía por primera vez a una fiesta. Al principio se sintió meramente desasosegado y fastidiado; pero al sucederle lo mismo una y otra vez, empezó a preguntarse la razón de ello, esforzándose por analizar semejante sensación. En principio se había dicho que, de una manera semimística, pudiera deberse al aura que envolvía la casa, con el recuerdo de los dos asesinatos y un suicidio, de las orgías y el libertinaje a que se habían entregado hacía mucho tiempo gentes que ya habían muerto y reposaban en sus tumbas. Había que tener también en cuenta la personalidad de la señora Bannerjee, la atmósfera de enconada infidelidad conyugal y el saber que en aquella casa, a corta distancia de uno, al otro lado de una pared y hasta quizá detrás de una cortina, acechaba la presencia del padre del señor Bannerjee, a quien ningún habitante de Ranchipur había visto nunca, excepto los esposos Bannerjee, el mayor Safka y uno o dos criados.

En varias ocasiones, Ransome había vislumbrado una figura envuelta en blancos ropajes que desaparecía entre los polvorientos matorrales, en aquella parte privada del jardín, a espaldas de la casa, en donde la señora Bannerjee tenía sus animales favoritos. Pero nunca vio el rostro del anciano señor Bannerjee. De cuando en cuando, su hijo hablaba de él, de modo muy casual, como si no hubiese nada misterioso en torno a su personalidad, mas en el semblante del hijo se reflejaba



siempre una expresión de reverencia y respetuoso temor al mencionar el nombre del anciano. Un día le dijo a Ransome que su padre, al llegar a una edad avanzada, había renunciado a todos los placeres mundanos para buscar la sabiduría en la contemplación y prepararse para la otra vida. La reverencia y el respetuoso temor que se traslucían en la voz del hijo impresionaron profundamente a Ransome, no porque sintiese un respeto especial por la fe hindú, sino por lo extremadamente raro que resultaba que un hombre tan mundano como era el hijo se conmoviese hasta tal punto por el acceso místico del anciano. En una ocasión, en una sola ocasión, había preguntado un poco irreverentemente:

—¿En qué consiste esa contemplación? ¿Qué es lo que su padre contempla que sea inasequible a la comprensión de todos nosotros? ¿Qué contempla que no pudiera contemplar viviendo entre sus semejantes?

Cortésmente, aunque con cierta frialdad, el señor Bannerjee había respondido:

—Es un poco difícil de explicar. Algo que no comprendería usted si no lo viera.

Y cambió rápidamente de tema; pero Ransome vio claramente que había sido objeto de un cortés desaire y que el señor Bannerjee se sintió repentinamente presa del miedo. En la leve contracción de su rostro y en la forma en que sus ojos rehuyeron la mirada de Ransome, el señor Bannerjee recordaba una liebre asustada.

A Ransome no se le ocurría pensar que el aire de siniestro misterio que flotaba en torno a la casa tuviese nada que ver con los secretos sacrificios y ocultas orgías que los periodistas de poca monta atribuyen a los ritos hindúes. Estaba seguro de que aquello no tenía su origen en nada tan evidente y sensacional; no obstante, cada vez percibía con más fuerza que se trataba de algo perfectamente real y casi tangible. Estaba *allí*. Si se poseía una visión penetrante, oído fino y aguda sensibilidad, se percibía cada vez que se entraba en la casa. Se cernía, como una fragancia sutil y un tanto corrupta, en torno a las personalidades del señor Bannerjee y de su esposa. Se encontraba en todos los aposentos. A veces surgía bruscamente a la superficie en una entonación de voz, en una mirada asustada, en la forma en que incluso la personalidad de la señora Bannerjee cambiaba súbitamente en medio de una conversación, convirtiéndose de algo real y hasta familiar, pese a su frialdad y lejanía, en algo semejante a una sombra semisalvaje y aterrorizada. No era esta una experiencia que Ransome hubiese encontrado exclusivamente limitada a los Bannerjee; había comprobado su existencia, en otros indios, en centenares y millares de ocasiones. Incluso a la anciana maharaní, tan altiva, orgullosa e independiente, la vio cambiar súbitamente, de la misma manera misteriosa, mientras hablaba con ella. En casa de los Bannerjee se apreciaba más, porque el señor Bannerjee era bengalí, y sus pretensiones de indio ilustrado y de modelo de conducta europea hacían más penoso el contraste y el misterio doblemente perceptible.

Ransome fue convenciéndose lentamente de que aquello era lo que separaba a la

mayoría de los indios y europeos, alejándolos en los momentos de mayor intimidad, agostando las amistades más estrechas, dejándolas marchitas y vacías. Era aquello que los escritores definían vulgarmente como «el misterio de la India». Pero la inteligencia de Ransome no admitía esto, como tampoco los vulgares trucos de los faquires. No sufría fácilmente los misterios, porque había descubierto que, al final, todos, hasta los más esotéricos del hinduismo, tenían siempre una explicación sencillísima.

Pasado algún tiempo, empezó a hacer preguntas a indios a quienes juzgaba amigos suyos; pero realizó escasos progresos hasta que abordó al mayor Safka. Pronto se dio cuenta de que era perfectamente inútil preguntarle a Raschid Alí Khan. Ningún musulmán comprendía aquello. El cordial y francote Raschid sostenía la opinión de que era este misterio lo que hacía del hindú una criatura cobarde, traidora y poco digna de confianza y lo que se hallaba en las raíces más profundas de las discordias entre musulmanes e hindúes. Aquello parecía irritar y confundir a los musulmanes mucho más de lo que irritaba y confundía al mismo Ransome.

Pero el mayor Safka era hindú, un brahmán «libre», acaso liberado por antepasados que, en lugar de acobardarse ante el misterio y el terror, los habían combatido denodadamente; tal vez liberado también por su fe en la ciencia y en el poder de la inteligencia del hombre contra la maldad de la Naturaleza, salvaguardada en los cuerpos de misteriosas divinidades.

—Esa es la gran enfermedad de la India —había dicho el mayor Safka—. Podría llamársela el mal hindú. Ahoga, sofoca y paraliza. Como el hedor que flota sobre el barrio de los pobres cuando estalla una peste o una epidemia de viruela.

Discutieron la cuestión en repetidas ocasiones, unas veces en la terraza de la casa de Ransome, otras en el despacho del mayor, en el hospital. Cuando lo hacían aquí, la señorita MacDaid entraba un momento para escuchar, hasta que, resoplando despectivamente, declaraba que parecía mentira que perdiesen el tiempo charlando de cosas carentes de sentido común. Todo lo que se necesitaba para salvar a la India, afirmaba ella, era educación, limpieza y alimentos suficientes.

Al mayor le agradaba hablar de ello, como si cada vez que abordaba el tema, el problema se ofreciese con un poco más de claridad a sus propios ojos. Y en cada una de estas ocasiones, la razón y la inteligencia de Ransome parecían penetrar un poco más en el misterio.

—Es algo de origen místico, y creo yo que igualmente místico en sus manifestaciones —decía el mayor—. Para comprenderlo se precisa conocer y comprender toda la historia de la religión hindú: sus orígenes, su desarrollo, su decadencia. No conozco nada semejante en la historia de la Humanidad, salvo tal vez las extrañas e históricas creencias de Europa durante la primera mitad de la Edad Media, cuando los eremitas se metían en cuevas a *contemplar*, como hace ese

misterioso y viejo impostor padre del señor Bannerjee. Hombres de clara inteligencia acudieron a los monasterios porque era el único lugar que quedaba en donde mantener viva la llama de la cultura y la civilización. Es como la nube que se cernió sobre toda Europa en aquellos tiempos..., una nube de que lo que podría llamarse, o, mejor aún, de lo que debería llamarse fe y religión, pese a todas sus bajezas y supersticiones, cuando el cristianismo se convirtió por algún tiempo en un adulterado compuesto de las enseñanzas de Cristo, extrañamente mezcladas con el paganismo druida y con supersticiones nacidas mucho tiempo antes en las tierras pantanosas de Germania, rociado todo ello con un aderezo de ideas y supersticiones griegas y romanas. Penetró en todas las casas y en la existencia de todos los hombres, con la sola excepción de aquellos que se encerraron en los monasterios o vivieron como animales en el interior de las cuevas. Pobló la mente y la existencia, incluso de personas inteligentes, de verdaderas huestes de brujas, demonios e íncubos, haciéndolos vivir en el terror y en la fe del mal antes que en la fe del bien. Ocurrió aquello durante el hundimiento de un gran imperio, de toda una civilización. Ahí tiene usted el caso del viejo señor Bannerjee, un agente de seguros retirado. Tiene miedo y se retira en busca de la santidad, porque en toda su vida anterior no hay nada de santo. Todo el dinero que ha ido amontonando no tiene un origen demasiado santo, y el hombre teme. No sabe muy bien qué es lo que teme, pero teme. Y su hijo también tiene miedo. Pese a sus finos modales y su esmerada conversación, es un cobarde que, de cuando en cuando, se siente invadido por el terror que le causa la vasta e imponderable masa de cosas que rebasan su comprensión. Incluso la vieja maharaní tiene a veces miedo —prosiguió el mayor, echándose a reír de pronto—. La he visto cuando se le olvida que es una mujer ilustrada, que ha fundado un Instituto femenino y ha hecho promulgar una ley que permite a las mujeres hindúes divorciarse honorablemente de sus maridos. Pero es lo mismo. A veces la *cosa* se apodera de ella y la convierte de nuevo en la criatura semisalvaje y supersticiosa que era cuando la trajeron de las montañas, hace tantos años. Se cierne sobre toda la India como una nube..., una religión que no ha conocido jamás una reforma, una religión que, como todas las creencias, nació de la Naturaleza misma y alcanzó una vez grandes cimas, y ahora ha vuelto a descender, corrompida y gastada, hasta el nivel de una religión salvaje de imágenes y tabúes, que venera el principio del mal y la destrucción tanto como el del bien y la creación. Acaso sea más salvaje y terrorífica en sus manifestaciones que el cristianismo pagano de la primera mitad de la Edad Media, Pero eso no ocurre porque la gente sea distinta. Ocurre porque la India misma..., no sus habitantes, sino la tierra, el sol, el cielo, la vida misma de la India, son crueles e implacables. Es un país de sol ardiente, llanuras resacas y lluvias torrenciales, donde nunca es nada completamente apacible, verde y agradable; un país en el que hierve la vida y en donde el principio mismo de la existencia parece a veces

convertirse en un elemento amenazador, maligno y destructivo...; un país en el que pululan las serpientes y las fieras, azotado por inundaciones, sequías y terremotos, en donde incluso la Naturaleza misma se muestra más hostil que en cualquier otra parte. Un continente lleno de vida..., tan superpoblado y superfértil como deshabitada y estéril es África.

Después, el mayor, adoptando un aire tranquilo y grave, proseguía, exhalando un suspiro:

—Así es la India. Por eso ha estado siempre torturada y atormentada... Por eso sus gobernantes han sido siempre increíblemente espléndidos y bárbaros... Por eso su miseria y sus enfermedades sobrepasan la miseria y las enfermedades de las demás naciones. Es un país de salvajes exageraciones, en donde la crueldad resulta más cruel que en ninguna otra parte, y la belleza, más bella, y de ello surgió una fe que lo abarca todo, que se elevó a las más excelsas cimas y que luego decayó hasta hundirse en la adoración del salvaje principio de la destrucción. En cualquier parte del mundo, la Naturaleza es siempre un enemigo hasta que se la somete por la mano y la inteligencia del hombre; pero en la India, la Naturaleza es un monstruo al que nunca hemos conseguido domar ni siquiera un poco. Supongo que no hay más remedio que adorarla bajo la figura de Kali, porque ninguna otra cosa parece lógica. La señorita MacDaid tiene en parte razón. Podemos educar a los indios. Podemos alimentar adecuadamente a los niños. Podemos intentar al menos desarraigar la enfermedad; pero, al final, siempre triunfaría la Naturaleza. Hemos recorrido un largo camino en Ranchipur; mas, a la postre, bien pudiéramos ser derrotados por la India misma, la India, el gran continente, la inconquistable. Lo que el señor Bannerjee teme no son simplemente estos vagos símbolos erigidos en divinidades, sino algo mucho más salvaje y profundo. Está aterrorizado por la India misma. Esas divinidades no son sino sombras. Las raíces de su terror están en las sequías, los monzones, los terremotos, la lepra, la peste, el tifus, el sol ardiente y el cielo estéril. Pero el señor Bannerjee no es muy inteligente y cree temer a Kali. Sabe, y con razón, que, pese a la educación que ha recibido en Oxford y a sus conversaciones sobre Londres y París, es indio y no podrá escapar nunca de la India —el mayor suspiró, y añadió—: Tal vez acabemos siendo derrotados. No considero el problema tan sencillo como cree la señorita MacDaid. De todos modos, podemos probarlo. Pero no es tan fácil cuando todo un pueblo vive en el temor y no en la fe. Ustedes agonizan en Europa porque ya no tienen fe; mas a veces pienso que es preferible no tener ninguna en absoluto a tener la nuestra. Porque es el temor lo que hemos de vencer, el temor, la negación y la anulación. He ahí en lo que nuestros amigos los musulmanes nos llevan ventaja. Ellos no temen a nada ni en la tierra ni en el cielo..., ni siquiera a la India. Estuvieron más cerca de someterla que ningún otro pueblo; pero también ellos fueron derrotados. La India no ha sido nunca conquistada, ni siquiera por los ingleses. Están aquí porque se

los soporta, hasta que un día este país, con todo lo que tiene de bueno y malo, se agite en su sueño, dé una poderosa sacudida y se los quite de encima, como se quitó a Asoka, a Alejandro, a los mogoles, a los tártaros y a los chinos.

En la voz y en la mirada del mayor había tristeza y derrota, la tristeza y la derrota que Ransome vio tantas veces en tantos ojos indios; pero también había una especie de triunfo y de orgullo latentes, acaso nacidos de su conciencia de que él era parte integrante del vasto, inconquistable y trágico continente. El mayor no tenía ni el tenaz optimismo de Raschid Alí Khan, siempre orgullosamente consciente de la sangre de conquistadores que circulaba por sus venas; ni la vivacidad de pájaro del señor Jobnekar, recién liberado de una servidumbre y opresión seculares. El mayor era más inteligente que cualquiera de los dos y, además, tenía el instinto y la sensibilidad de una raza y casta cuya edad apenas podía medirse con el tiempo.

Había momentos en que hasta el mayor se sentía asustado. Para Ransome, aquello formaba parte de la fascinación que sobre él ejercía su amigo; es decir, que fuese, al mismo tiempo, un muchacho y un hombre tan viejo como el tiempo, que encontrase la vida tan dolorosa, que solo se pudiese soportar hundiéndose de lleno en medio de ella, perdiéndose en medio de su horror y confusión. Al mayor le sería eternamente imposible retirarse a la profunda negación de la vida contemplativa.

## II

Ransome se dirigió a pie a casa del señor Bannarjee, porque estaba embriagado y le había invadido la repentina y vehemente convicción de que el contacto con el monzón le liberaría de la deprimente sensación de mezquindad y maldad con que le había contagiado la historia de Fern. Pensaba confusamente que, pese al viejo impermeable y al sombrero de fieltro que se había puesto, la lluvia le purificaría. Casi en voz alta se dijo: «Pureza. Eso es lo que necesito: pureza. Si llueve mucho cuando regrese —siguió pensando—, el mayor me puede traer en su coche».

No quería que le trajese Edwina. No quería recorrer con ella, en el mismo coche, ni siquiera aquel breve trayecto de dos minutos. Sabía que si le acompañaba hasta la puerta de su casa, luego Edwina entraría a charlar un rato y a tomar una copa, porque era hija de la noche y no le gustaba dormir sino de día. Nunca se despertaba realmente hasta después de la puesta del sol. A la luz del día, se descubría a veces en ella algo de marchito y cansado, pero por la noche siempre aparecía lozana, fresca y adorable. Era como si las sombras de la noche le comunicaran vitalidad y encanto. Querría entrar a charlar un rato, y Ransome sabía cómo terminaría aquello. Beberían y hablarían hasta que, por último, la conversación misma se haría fastidiosa, y entonces se repetiría lo que había sucedido en Palacio la noche del banquete, sin ninguna razón en absoluto, salvo que los empujaría a ello la misma atracción hastiada y perversa, como impulsados por un sentimiento nacido de la saciedad y el agotamiento. Y a la mañana siguiente volvería a sentirse asqueado, manchado y degradado. Así fue como Ransome, ebrio, Caminando bajo la lluvia, vio con toda claridad, por primera vez, qué era lo que los atraía y unía. Como si, fatigados y temerosos, se hubiesen abrazado en un hastiado gesto de desafío al resto del mundo. Igual que esos niños mal educados e insoportables que se hurgan la nariz. Ahora lo veía claramente. Era como si aquella noche en Palacio les hubiesen gritado a los demás: «Y a nosotros, ¿qué?», en un gesto de retador exhibicionismo, conscientes de que, hicieran lo que hiciesen y lo hicieran como lo hiciesen, el mundo seguiría aceptándolos, porque los dos eran atractivos y la mayoría de la gente era mezquina e insoportable como la señora Hogget-Clapton y la terrible madre de Fern. En el hastío y en la depravación de Edwina había algo de brillante y deslumbrador..., sí..., algo incluso limpio. Y eso era lo que hacía tan devastador su poder de corrupción. Dios le había dado demasiado desde el principio.

A mitad de camino de la casa del señor Bannerjee la lluvia cesó casi por completo, y por un momento, sobre la misma línea del horizonte, apareció un sol bochornoso, bañando todas las cosas en una luz sulfúrea y maligna. Las casas, los muros y hasta el verdor recién lavado de los árboles parecieron absorber y después reflejar el amarillento y sobrenatural resplandor. Con una luz así iluminaría Dios el

fin del mundo: una luz lívida, amarillenta, leprosa, impregnada de horror y podredumbre. Aquella luz caía ahora de lleno sobre la casa octogonal del señor Bannerjee, tocando incluso las figuras de los invitados, a los que Ransome veía a través de las ventanas abiertas. De su ánimo se apoderó con más fuerza que nunca la impresión de que el lugar se hallaba bajo el dominio de algún poder maléfico. Le parecía que la casa del señor Bannerjee debería estar siempre iluminada por aquella luz.

Y luego, antes que hubiese llegado a la mitad del embarrado sendero que atravesaba el jardín de los Bannerjee, el sol se hundió rápidamente tras el horizonte, dejando de nuevo el sereno ambiente húmedo, denso y verde como antes, lleno de una extraña y ominosa sensación de fertilidad que lo invadía durante la época de las lluvias, cuando el aire mismo parecía tan denso, rico y húmedo, que se tenía la impresión de que plantas y árboles podrían vivir exclusivamente de aire, nutriéndose de él, sin necesidad de raíces ni de tierra. Cuando Ransome llegó a la galería exterior, la amarillenta luz ya se había desvanecido por completo, dejando la vieja y siniestra mansión envuelta en tinieblas. A través de los iluminados cristales de sus ventanas, vio las figuras de los Bannerjee, de Edwina, de la señorita MacDaid, del mayor Safka y de la señorita Murgatroyd, que estaban charlando y bebiendo cócteles.

Al subir los escalones, observó que las estériles aspidistras y los árboles del caucho que adornaban la terraza de la planta baja habían florecido milagrosamente. De entre las sombrías hojas verdes, como por arte de magia, había surgido un colorido tumulto de flores de maravillas, de *zinnias*, de malvas róseas, de begonias, de claveles. Era un espectáculo de locura y decadencia en el reino de las plantas, que ofendió el gusto estético de Ransome. Pero no tardó en comprender de qué se trataba. La extraña floración era obra del viejo señor Bannerjee, que evidentemente consideraba aquella cena como una gran ocasión en la vida social de su hijo. En las noches de gala adornaba los estériles árboles del caucho y las no menos estériles aspidistras con las flores de otras plantas más vistosas y afortunadas, sujetando cada una de aquellas flores con una hebra de hilo. Esta vez, pensó Ransome, la ornamentación debía de ser en honor de Edwina. Hasta el viejo señor Bannerjee, en su retiro y meditación, era un *snob*.

Nunca había necesidad de hacerse anunciar en casa del señor Bannerjee. El rumor de pasos en la galería exterior era suficiente para despertar un coro de chillidos, gruñidos, gritos y ladridos procedentes de los pequinenses de la señora Bannerjee y de las docenas de loros, aracangas y periquitos que poblaban las jaulas y alcándaras colocadas a todo lo largo de la galería; un coro que, como la peste, se extendía a todos los pájaros, animales y niños que vivían en aquel amontonamiento de dependencias al final de la propiedad. La casa y el jardín del señor Bannerjee eran una especie de India *in petto*<sup>[37]</sup>, superpoblados, confusos, pululando en ellos una

vida ruidosa.

En el interior de la casa, el señor Bannerjee, impecable y elegantísimo con su traje blanco, hecho en Savile Row, estaba sirviendo cócteles a Edwina, a la señorita MacDaid y al mayor Safka. En un rincón se hallaban, sentadas en un diván, la señora Bannerjee y su confidente, la señorita Murgatroyd, un poco alejadas del grupo, separadas de los demás no solo por el espacio, sino por una atmósfera de aislamiento psíquico, como si su rincón, oculto tras una barrera invisible, permaneciese olvidado e íntegramente indio.

La señorita Murgatroyd era una soltera delgada y bajita, casi cuarentona, que trabajaba en la biblioteca como auxiliar del señor Bannerjee. No pertenecía al mundo europeo de Ranchipur, ni tampoco al indio, y no se había casado, en parte porque no era rica ni muy atractiva, y en parte porque nadie que no fuera un eurasio como ella misma la hubiera aceptado por esposa, y la señorita Murgatroyd consideraba a todos los eurasis, incluso a veces así misma, con profundo desprecio. Aunque todo el mundo en Ranchipur conocía su secreto, aunque cualquier persona dotada del más débil don de percepción lo podía notar inmediatamente, aunque el extraño color de sus cabellos, el tinte cenagoso de su piel, las pupilas azules rodeadas de un blanco amarillento y las finas y desmayadas manos de india lo delataban claramente, la señorita Murgatroyd iba por la vida acariciando la ilusión de que nadie *lo sabía*. Siempre decía que sus padres habían muerto cuando ella era una niña y que su padre fue magistrado de la presidencia de Madras. Llevaba siempre vestidos europeos, que le sentaban muy mal y la hacían parecer aún más fea de lo que en realidad era. Vestida con un *sari* podría haber pasado por india, conservando cierta autenticidad y hasta cierta dignidad; pero las prendas europeas le daban un aspecto de máscara, llena de falsedad. El efecto era el mismo que produciría una madura solterona anglosajona vestida con un *sari* y adornada con ajorcas para asistir a un baile de disfraces. No era solo que se vistiese como una europea, sino que elegía sus vestidos todo lo mal que podía, escogiendo prendas que únicamente habrían sentado bien a la más pálida y esponjosa de las rubias. En esta ocasión, sentada delicadamente al lado de la hermosa y exótica señora Bannerjee, llevaba un vestido de tafetán azul pálido, adornado con pequeñas guirnaldas, rosetas y florecillas.

Ransome no la veía nunca sino en la biblioteca o en casa de los Bannerjee, estando su vida aparentemente constreñida a estos límites. Había en ella algo tímido, asustado y adulador, que inevitablemente provocaba en Ransome una sensación de malestar, aunque no solo por el espectáculo que ofrecía la señorita Murgatroyd, sino por la crueldad humana y los prejuicios que habían deformado todo su carácter y personalidad, lo mismo que la enfermedad deforma a veces lentamente un cuerpo que podría haber sido sano y vigoroso. Para la hermosa señora Bannerjee, la señorita Murgatroyd era una especie de esclava, que le hacía recados, la halagaba y se reía con



ella en los rincones, como ahora, aplaudiendo con satisfecha amargura la mofa con que la señora Bannerjee trataba a casi todas las personas con quienes se relacionaba. Era como si la señorita Murgatroyd, pensaba Ransome, se sintiese vengada, a través de la señora Bannerjee, de todos aquellos, indios y europeos, que la hacían blanco de sus desaires, como si solamente a través de la señora Bannerjee encontrase el suficiente respeto de sí misma para seguir viviendo.

Ransome estaba seguro de que la relación existente entre ambas mujeres no estaba determinada por ninguna clase de afecto que la señora Bannerjee pudiera sentir por la auxiliar bibliotecaria, sino porque, por un lado, la señora Bannerjee la encontraba útil, y por el otro, la señorita Murgatroyd habría hallado la vida insoportable sin el pequeño estímulo de la confianza que presidía aquellas relaciones. Transcurrido mucho tiempo, después de haberlas observado juntas cena tras cena y partida tras partida de tenis, insinuóse en el ánimo de Ransome la sospecha de que la señora Bannerjee, la orgullosa bengalí, torturaba a la señorita Murgatroyd, la tímida eurasiática. Sospechaba que esta última era una especie de cabeza de turco sobre la que la señora Bannerjee descargaba su odio contra todo lo europeo. Pero la señorita Murgatroyd parecía soportar sus crueldades y hasta aceptarlas con agrado, porque era lo único en su existencia que parecía darle cierta importancia. Su adoración por la señora Bannerjee era como la de la niña más torpe y fea de toda la escuela por la más bella e inteligente.

Cuando Ransome se acercó al diván, la señora Bannerjee se limitó a cambiar lánguidamente de postura; pero la señorita Murgatroyd se levantó vivamente y empezó a hablar con incontenible locuacidad.

—¡Oh, buenas noches, señor Ransome! —dijo—. Hace mucho tiempo que no le veía. Confiaba verle aquí esta noche. Temía que hubiese usted marchado a la montaña.

—No —contestó Ransome—. No suelo salir nunca de la capital.

A pesar de su estado de embriaguez, Ransome volvió a experimentar la antigua sensación de náusea que le atenazaba cada vez que se encontraba con ella. El espectáculo de la señorita Murgatroyd mirándola de soslayo y parloteando inconteniblemente, le hacía despreciar a la especie humana, pues le recordaba a un perrillo maltratado, moviendo el cortado rabo, arrastrándose sobre el vientre, lleno de impulsos amistosos, pero secretamente aterrorizado por el temor a ser apaleado. Ransome sabía que se había atraído las locuaces atenciones de la señorita Murgatroyd por sus deseos de compensarla por los desaires y el ostracismo que padecía, deseos que le habían llevado a mostrarle una especie de atención exagerada, como si realmente tuviese interés por ella. El le hablaba cuando los demás la ignoraban, y se preocupaba de ir a despedirse de ella cuando los otros se marchaban sin mirar siquiera hacia donde estaba. No le importaba en absoluto el que la señorita

Murgatroyd fuese eurasiática, lo que le preocupaba era que le fastidiase.

La señora Bannerjee, después de responder a su saludo, siguió masticando su hoja de betel, como si estuviese impaciente porque la dejase en paz. La señorita Murgatroyd siguió hablando inconteniblemente, hasta que Ransome, desesperado, murmuró algo acerca de tomar un cóctel, y las dejó para acercarse a Edwina, que parecía haberse retirado un poco de los demás invitados con objeto de esperarle.

—¿Crees que te sentará bien otro cóctel? —le preguntó Edwina tan pronto como estuvo a su lado.

—¿Por qué no? —replicó él sonriendo—. Uno más o menos, lo mismo da.

—Cualquier noche vas a tomar exactamente uno más y te caerás de bruces en el suelo. Supongo que, cuando esto suceda, la gente empezará a sospechar que bebes. De todos modos, me gustaría que conservases el sentido común cuando estés hablando conmigo.

—¿Tan mal estoy?

Mientras hablaban así, Ransome se dio cuenta repentinamente de que, a espaldas de Edwina, en el diván del rincón, se renovaban los cuchicheos y las risitas con redoblada intensidad, y de súbito tuvo la convicción de que ambas mujeres conocían lo que había ocurrido en aquella habitación de la planta baja de Palacio. Fue un necio al no suponer que todo Ranchipur conocería la historia dentro de las veinticuatro horas siguientes. Mañana ya estaría en circulación la otra historia, corregida, aumentada y adornada de tal modo, que se habría convertido en un melodrama en el que él mancillaba la inocente pureza de Fern Simón. Y sin dejar de conversar con Edwina, pensó: «Tal vez tuviese razón Fern. Acaso fuese mejor que me marchase de Ranchipur». Y de pronto, por primera vez, Ranchipur, con todas sus intrigas y chismorreos, se le antojó verdaderamente insoportable, peor aún que Grand River cuando su matrimonio con Mary empezó a hacer agua.

En voz alta preguntó a Edwina:

—¿Cómo está tu marido?

—Lo mismo..., delirando. Supongo que mi deber habría sido quedarme en casa, a la cabecera de su lecho; pero el mayor me prohibió que lo hiciese. De todos modos, no puedo ahora empezar a hacer esas cosas, cuando vamos a tener que permanecer aquí semanas enteras.

Repentinamente, Ransome se consideró lo bastante embriagado para arriesgarse a preguntar lo que había estado deseando saber desde el primer momento.

—¿Te importa mucho? —inquirió.

Hábilmente, Edwina eludió la respuesta.

—¿El tener que quedarme aquí? No, porque ya me he hecho a la idea. Será una buena anécdota para referirse en Londres. Y me proporcionará un buen tema de conversación cuando, en alguna cena, fallen todos los demás.

Pero Ransome estaba decidido a que esta vez no se le escurriese entre los dedos, como se escurría siempre en situaciones análogas.

—No, no me refería a eso —dijo abiertamente—. Te preguntaba si te importa mucho tu marido.

—No, no me importa mucho.

—Lo suponía.

—Nunca he pretendido lo contrario, ¿verdad?

Ransome se echó a reír.

—No, podría haberte hecho parecer más humana si lo hubieses pretendido.

—¿Qué te sucede? ¿A qué viene el mal humor? Antes, cuando te embriagabas, solías mostrarte mucho más agradable.

En medio de su conversación, Ransome oía las voces del señor Bannerjee, de la señorita MacDaid y del mayor Safka, que hablaban del cólera, de la terrorífica rapidez con que había crecido el río, y más lejos todavía, las risitas de la señora Bannerjee y de la señorita Murgatroyd, aisladas, lejanas, como si no tuvieran nada que ver con la reunión, y por encima de todo, el sordo rumor de la lluvia, el producido por las aguas del río y el persistente rugir de uno de los leones del parque zoológico, al otro lado del puente.

—Y el doctor... —dijo Ransome.

—Parece conocer su profesión.

Ni sus ojos ni su voz traicionaron a Edwina, y Ransome preguntó:

—¿Estas descubriendo directamente la India, en lugar de documentarte sobre ella a través de la lectura?

Edwina no contestó inmediatamente, y cuando lo hizo, fue mirándole directamente a los ojos.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—Lo haces porque estás borracho. Todo lo que hay de perverso y femenino en ti está saliendo a la superficie.

—Te presento mis excusas.

—Y no adoptes ese aire irónico y ampuloso. Desde luego, no se debe a los celos.

—No..., sí..., acaso sea por eso.

—No..., no estás directamente celoso. Es más complicado.

—Sí, supongo que sí.

—Si entiendo de algo, es de estas cosas precisamente.

La sola respuesta de Ransome fue una sonrisa. Poniéndole una mano en el brazo, Edwina le dijo:

—Escucha, Tom. Nosotros hemos traicionado a casi todo el mundo, pero no debemos volvernos el uno contra el otro.

Aun a través de la neblina de la embriaguez, Ransome se dio cuenta de que Edwina le estaba suplicando, de que en aquel momento había desaparecido de ella toda su trivial dureza, y pensó: «Edwina la resplandeciente, Edwina la afortunada, Edwina la despiadada..., la autosuficiente Edwina está asustada». En voz alta dijo:

—Sí, es mejor que permanezcamos unidos. Ninguno de nosotros tiene a nadie más en el mundo.

—Entonces déjame hacer lo que se me antoje, y no seas desagradable.

—Muy bien. Haz lo que te plazca. A mí me da lo mismo. Pero no eras tú quien me preocupaba. Tú puedes hacer las maletas en cualquier momento, embarcarte y... todo concluido. Estaba pensando en el mal que podrías dejar detrás de ti.

—A veces eres un perfecto cerdo.

—Tal vez sea ese mi verdadero papel.

Edwina empezó a hablar rápidamente, pero se contuvo apenas salidas las primeras palabras de sus labios. Ransome se quedó esperando, y, al ver que Edwina seguía silenciosa, preguntó:

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, no podría decirlo. No me comprenderías. Lo tomarías a broma y pensarías que soy una sentimental. Ni yo misma lo comprendo.

El mayor Safka se unió a ellos en este momento, y Ransome vio inmediatamente que o bien Edwina era incapaz de ocultar la impresión que le producía el cirujano, o bien era una mujer sin ningún recato, aunque también cabía en lo posible que nadie, a excepción de él mismo, fuese capaz de leer los síntomas. Acaso ningún otro fuese capaz de percibir que la sangre circulaba ahora, de pronto, un poco más de prisa bajo la espléndida y satinada piel, que en su voz vibraba una nota más cálida. Nadie sino él habría podido ver la luz que iluminó sus hermosos ojos azules, unos ojos, pensó Ransome amargamente, que, a pesar de todo, parecían llenos de inocencia, como si estuviesen siempre esperando algo que jamás ocurriría, que tal vez no hubiera existido nunca. Y, de pronto, vislumbró vagamente cosas en las que jamás había pensado antes, llenándole de un sentimiento de melancolía. Nunca hasta entonces había visto a Edwina bajo aquella luz, y casi inmediatamente se dijo: «Bueno, a nada conduce ponerse sentimental. Con eso no se remedia nada».

No había posibilidad de evasión. En última instancia, estaban más cerca el uno del otro de lo que él estaría jamás de nadie en Ranchipur y aun en el mundo entero. Estaban irremediadamente unidos el uno al otro. Temía por el mayor, a quien quería y respetaba, y por quien se sentía solícitamente celoso, ya que hasta ahora le parecía el único hombre de cuantos había conocido que no le había decepcionado. No obstante, y pese a todo, él debería estar siempre del lado de Edwina. Pensó: «Si no estuviese embriagado, no habría comprendido nunca esa expresión de sus ojos».

Reparó entonces en la señorita MacDaid. Estaba hablando con el señor Bannerjee,

pero era evidente que no oía nada de lo que este le decía. Por encima de su pequeña y compuesta figura, la señorita MacDaid no perdía de vista a Edwina y al mayor, y cuando Ransome vio aquel rostro ajado y poco atractivo, cubierto de una ridícula capa de colorete, comprendió que la enfermera había adivinado lo que sucedía y estaba sufriendo una verdadera agonía.

### III

La cena le pareció a Ransome interminable. Algo que no era capaz de descubrir, pese a sus amodorrados esfuerzos, había alterado el efecto habitual que la embriaguez ejercía en él. Todavía le hacía creer que no existía nada que tuviese importancia, pero ahora esta convicción no le producía el regocijo usual, sino que le llenaba de una dolorosa desesperación. Era el suyo un estado de ánimo muy próximo al suicidio. Era mucho peor que el dolor y la desesperación que le invadían cuando estaba sobrio. Sentado entre Edwina y la señorita Murgatroyd, no oía ni los agudos comentarios de la una ni la incontenible locuacidad de la otra, pero en sus oídos zumbaban persistentemente el rumor de la lluvia y el rugir del río, como un continuo y terrible martilleo. Pensó: «Será que esta vez he bebido demasiado. Quizá Edwina tenga razón. Acaso sea esto el principio del delirium tremens». En aquel momento, por encima del rumor del río, elevóse el rugir de los leones en el parque zoológico. Esta vez no era uno, sino tres o cuatro o cinco, los leones que le había regalado al maharajá el emperador de Abisinia. Había algo ominoso en aquellos rugidos, algo que le llenó a Ransome de ansiedad y de aflicción. Se había despertado muchas veces en la noche y los había oído rugir, pero siempre se había tratado de un león solitario o de dos como máximo, no ese coro de terribles rugidos, a la par bello y aterrador.

Al cabo de un rato, Edwina dejó de prestar atención a Ransome, entregándose a la conversación con el mayor a través de la mesa o con el señor Bannerjee, cuyo pequeño rostro nepalés resplandecía con la satisfacción que le producía el tener en su casa a una de las aristócratas más elegantes de Inglaterra. Y entonces, de pronto, terminó la cena, la señora Bannerjee se levantó de su silla, y todas las damas abandonaron la estancia. Ransome lo veía todo turbiamente, profundamente disgustado porque le hubiese traicionado su propia embriaguez, consciente de que jamás había experimentado nada semejante.

Al volverse cortésmente en su silla para mirar al señor Bannerjee descubrió una expresión de terror en el semblante del anfitrión. No era una expresión perceptible a todas las miradas, desde luego, y, si Ransome no la hubiera visto antes en muchas ocasiones, jamás habría adivinado su significación. El señor Bannerjee estaba asustado, aunque Ransome no sabía de qué, a menos que fuese del rumor de la lluvia y del río, o del sobrenatural rugir de los leones. El señor Bannerjee ya no era el hombrecillo impecable y mundano, con las elegantes ropas blancas procedentes de Bond Street; era un aterrorizado aldeano de las remotas selvas del norte de Bengala.

Ransome lanzó una significativa mirada al mayor, y este respondió con una sonrisa.

—Tiene una cita con Kali —dijo en voz baja—. Ha de apaciguarla por haber causado la muerte de los esqueléticos pollos que acabamos de comernos.

Ransome hizo un desesperado esfuerzo para recuperar el dominio de sí mismo, pensando: «Esta es la primera vez en mi vida que me avergüenzo de mí mismo. Es la primera vez que me veo a través de los ojos de otro. Me estoy observando con los ojos del mayor Safka, y estoy contemplando un bonito espectáculo».

El mayor se inclinaba en aquel momento hacia él a través de la mesa, sonriendo.

—Tiene usted aspecto de no encontrarse bien —le dijo—. Yo, en su lugar, no bebería más coñac.

—En efecto, no me encuentro bien. Creo que tiene usted razón. Hubo una pequeña pausa, y después el mayor dijo:

—Hay algo que me gustaría decirle a usted, pero la verdad es que no sé cómo hacerlo —Ransome no contestó nada y el mayor prosiguió—: No quisiera que me considerase impertinente o mojigato —su mano se extendió a través de la mesa y tocó la de Ransome; luego, lentamente, cordialmente, se apoderó de ella y añadió—: Bueno, querido amigo, si puedo hacer algo en su ayuda, no deje de decírmelo. Sé que esto suena endiabladamente sentimental. No crea que ha sido fácil soltarlo, pero ya está. Solo quería que lo supiese.

Ransome desvió la mirada, fijándola en la copa de coñac, y murmuró:

—Es usted muy considerado. Comprendo. Pero no puede usted hacer nada. Nadie puede hacer nada.

Y, al mismo tiempo, pensaba: «¡Qué bonito espectáculo sería este para el general y para todos los que hablan tanto de nuestro prestigio! Los he dejado en buen lugar... a todos ellos. ¡Prestigio..., bah!».

El mayor retiró la mano, encendió un cigarro y dijo:

—Tengo que comunicarle un par de malas noticias. ¿Prefiere que se las dé ahora o lo dejamos para mañana?

—Prefiero que me las comunique ahora —respondió Ransome, sombrío—. ¿De qué se trata?

—Una se refiere a nuestra pobre amiga la señorita Dirks.

—Sí, supongo lo que va a decirme.

—Pues suponga usted lo peor y acertará. Si hubiese acudido a mí hace unos meses, habría podido hacer algo. Ahora ya no es posible hacer nada. Es inútil pensar en una operación, a menos que deseásemos matarla. Acaso fuese preferible...

Súbitamente, Ransome se echó a reír, con una risa de beodo, histéricamente, aunque los sonidos que emitía no eran ciertamente los de la risa. Eran peor que un lamento. Mientras reía evocaba la imagen de la señorita Dirks, según había estado aquel día sentada en la terraza, con las manos en el regazo, ocultas bajo su chaquetilla, con el rostro lívido, hincándose desesperadamente los dedos en el estómago cuando el dolor se hacía insoportable. La voz de Ransome retumbaba en su cerebro, gritando: «¡Pobre señorita Dirks! ¡Pobre hija del viejo Dacy Dirks, criatura

que jamás ha tenido una alegría! ¡Pobre señorita Dirks! ¡Y ella sabía que ya estaba condenada a muerte!». Siguió riendo, consciente de que el mayor le estaba observando, no alarmado, sino comprendiendo la razón de su terrible risa de beodo. «¡Oh Dios mío! ¡Pobre señorita Dirks!».

El paroxismo terminó de repente y, ahogándose, Ransome bebió un vaso de agua y dijo:

—Lo siento. No he podido remediarlo. ¿Y sabe usted por qué no ha ido a consultarle antes?

—Creo que sí.

—Pues está en lo cierto. Ha sido porque no podía desnudarse delante de un hombre. La pobre criatura se muere porque Dacy Dirks y todas las hórridas gentes que la precedieron generación tras generación le han transmitido la creencia de que los hombres son lascivos y perversos y el cuerpo algo de lo cual hay que avergonzarse. La pobre criatura agoniza en medio de una lenta tortura por culpa de un millar de malvados pastores no conformistas..., de un millar de falsos cristianos —sintiéndose repentinamente sobrio, preguntó—. ¿Le ha dado algo para aliviar su dolor?

—Sí, no sufrirá más. Le he dado todo lo que necesita..., y más..., para que lo use como crea conveniente.

—Nunca lo utilizará de esa manera. Y hasta pudiera ser que no lo emplee en modo alguno. Es así.

—Lo sé —asintió el mayor—. Es muy inglesa. Tiene que haber sufrido una verdadera agonía día y noche durante semanas enteras.

—¿Cuál es la otra noticia? —preguntó Ransome—. No puede ser tan terrible como esta.

Había vuelto a tener conciencia del incesante rugir de los leones. Los tremendos rugidos parecían ahora extraordinariamente cercanos, como si sonasen al pie de las ventanas.

—No; es bastante mala, aunque no tan terrible como esa. Heston tiene la peste.

Pasados unos momentos, Ransome preguntó:

—¿Está usted seguro?

—No existe ni la más ligera duda. Envié una muestra de sangre a Bombay. He recibido el telegrama de contestación momentos antes de venir a cenar.

—¿Dónde puede haber contraído semejante enfermedad?

El mayor le dio la misma respuesta que le había dado aquella mañana en el vestíbulo del viejo palacio de verano, solo que esta vez no sonrió.

—No es ningún secreto que hasta los más poderosos lores ingleses han sido picados alguna vez por las pulgas —y en seguida añadió—: Debe de haber ocurrido en los caballerizas, cuando fue a ver los corceles de su alteza. Las ratas están



muriendo allí a montones. Y ya han fallecido dos mozos de cuadra.

Por un instante Ransome experimentó algo semejante a lo que debía de ser el terror que atenazaba al señor Bannerjee, el espantoso temor a la monstruosa malignidad de la Naturaleza. Luego preguntó:

—¿Se lo ha comunicado a ella?

—No. He creído que sería preferible lo supiese por boca de un viejo amigo como usted —y, mirando fijamente a Ransome, añadió—: ¿Será un golpe muy duro para ella?

Ransome se hallaba lo bastante sobrio para reflexionar antes de responder. A través de la neblina que envolvía su cerebro, comprendió que podía responder de forma tal, que pusiese fin para siempre a las posibilidades que Edwina pudiera tener con respecto al mayor. No tenía más que decirle la verdad. Pero oyó la voz de Edwina diciéndole: «Déjame hacer lo que se me antoje... No debemos volvernos el uno contra el otro». Vio de nuevo aquella insospechada expresión de inocencia en sus ojos y pensó: «No debo asumir el papel de Jehová». Por eso contestó sobriamente:

—No sé. No es una situación sencilla la suya. Heston ha sido siempre bastante bruto. Y ella le ha soportado mucho más de lo que le habrían aguantado la mayoría de las mujeres. En cierto modo, creo que ha sido muy valerosa, porque...

No pudo terminar la frase, porque, de pronto, la mesa vaciló y los vasos entrechocaron produciendo un sonoro tintineo. Los visillos de la ventana que tenía enfrente se metieron en la estancia como impulsados por el viento, aunque no se movía ni el más leve soplo de aire. El piso de la sala osciló y dos miniaturas persas se desprendieron de la pared, seguidas por trozos de yeso caídos del techo. Ransome pensó: «Debo de esta en las últimas», pero en el mismo instante observó una expresión de profundo asombro en el semblante del mayor. Y entonces se apagaron todas las luces. Por encima del clamor producido por loros, aracangas y pequineses, Ransome oyó los histéricos gritos de la señorita Murgatroyd en la estancia contigua.

Fue el mayor el primero en reaccionar. Dirigiéndose a Ransome a través de la mesa, dijo:

—Vamos. Tenemos que sacar de la casa a las mujeres.

Tropezando en medio de la oscuridad, derribando sillas y vasos, Ransome le siguió hacia el salón. En el camino, rodeado de tinieblas, puso el pie de lleno en un cuadro mogol que se había desprendido de la pared. Al sentir que su talón destrozaba el cristal e incrustaba los fragmentos en la frágil belleza del lienzo, saltó como si hubiera pisado una serpiente.

En la otra pieza, la señorita Murgatroyd estaba de rodillas en medio de la oscuridad, sin cesar de chillar, aunque no ya de una manera histérica, sino eficientemente, a intervalos perfectamente regulares, como si encontrase una especie de íntima satisfacción en el ruido que hacía. La señorita MacDaid estaba tratando de

obligarla a ponerse en pie para sacarla a la relativa seguridad de la galería exterior, pero la señorita Murgatroyd, comportándose como si la enfermera intentase llevársela al potro de la tortura, seguía chillando y resistiéndose. Desde el lugar en que se hallaba, Ransome veía perfilarse sus figuras contra el débil resplandor que entraba por la puerta. De pronto, la señorita MacDaid abofeteó a la eurasia con todas sus fuerzas, exclamando:

—¡Vamos, condenada idiota! ¡Otra sacudida como esa, y se nos viene la casa encima!

La bofetada produjo el efecto apetecido, y la señorita MacDaid pudo hacerle atravesar la puerta y salir a la terraza. Siguió un momento de extraordinaria calma, solo turbada por el rumor del río y de la lluvia incesante. Y en seguida los leones reanudaron sus rugidos. Del laberinto de dependencias enclavadas en el fondo del jardín surgía un vigoroso coro de gritos y lamentaciones, que parecía una sola voz llena de terror y desesperación.

Realizando un violento esfuerzo, Ransome venció la nebulosa tentación de dejar pasivamente que todo se hundiera a su alrededor, de alimentar la esperanza de que llegase rápidamente una segunda sacudida que los destruyese a todos. Fue como si de una manera física agarrase su propio cuerpo y le diese de bofetadas, como había hecho la señorita MacDaid con la señorita Murgatroyd, devolviéndole la serenidad y la capacidad de obrar.

En medio de la oscuridad, llamó a Edwina, y de las tinieblas surgió la voz de esta, no atemorizada, pero sí tensa y extraña.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí —respondió la voz de ella—. Ha sido extraordinario, ¿verdad?

—Tal vez no haya terminado todavía la cosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. Mejor será que lo decida el mayor.

El mayor había estado reuniéndolos a todos, empujándolos hacia la terraza y conduciéndolos al abrigo de la *porte cochère*, el único lugar seguro y protegido, al mismo tiempo, del terrible aguacero que no cesaba de caer. De pronto, preguntó:

—¿Dónde están los Bannerjee?

Nadie parecía saberlo. Si la señorita Murgatroyd lo sabía, era incapaz de responder. Ahora ya no chillaba, pero gemía llena de terror.

—¡Por el amor de Dios, cállese de una vez! —exclamó la señorita MacDaid—. Ya está bien con ese griterío de las dependencias.

El mayor la zarandeó y preguntó:

—¿Dónde está la señora Bannerjee?

Pero todo lo que hizo la mestiza fue responder entre sollozos:

—No lo sé. No lo sé.

Casi en el mismo instante apareció la señora Bannerjee, que descendía la escalera llevando en la mano en antiguo farol de petróleo, rodeada por una algodonosa nubécula de ladradores pequineses. Bajaba lentamente los peldaños, como si no amenazase ningún peligro y no hubiese razón alguna para apresurarse, muy erguida, con una especie de dignidad que Ransome no había percibido nunca en ella. La luz, iluminándola de abajo arriba, ponía de relieve los distintos planos de su bello rostro, modelando de manera inédita sus pómulos, ligeramente salientes; los ojos, levemente oblicuos; la nariz, finamente cincelada. Y, aun en medio de toda aquella caótica confusión, Ransome, observándola, se acordó de lo que la señorita MacDaid había dicho en una ocasión: que, al lado de la belleza de una india, hasta el más hermoso rostro europeo semejaba un budín anémico.

Cuando la señora Bannerjee cruzaba ya el vestíbulo, oyóse un nuevo clamor, procedente esta vez de la galería que circundaba el piso superior..., un solitario clamor de quejumbroso terror: la voz del señor Bannerjee orando a gritos. Pero, casi inmediatamente, fue ahogado por un nuevo rumor, débil al principio, como el distante silbar de un millón de serpientes, haciéndose después más fuerte y distinto, aumentando de volumen. Cuando el grupo de personas refugiadas en la *porte cochère* prestó oído a este nuevo rumor, fue evidente que se trataba del inconfundible ruido producido por las aguas desbordadas, y en medio de la oscuridad se percibió una estrecha y blanquecina banda de espuma, a la altura aproximada de un hombre, que parecía absorber de la densa oscuridad hasta el más débil rayo de luz procedente de una luna completamente oculta por las nubes, luz que no hubiera sido perceptible de otro modo y que ahora se manifestaba con un resplandor fosforescente. Aquella línea espumosa avanzaba rápidamente hacia ellos, derribando el lejano muro de barro del jardín, trocando los silbidos primeros en un bramido que apagó los distantes lamentos, los rugidos de los leones, el ladrar de los pequineses y los aterrorizados gemidos del señor Bannerjee.

Ransome empujó a Edwina hacia el interior de la casa; la señorita MacDaid se ocupó de sí misma, y el mayor, cargándose a las espaldas a la señorita Murgatroyd, como si fuese un saco de harina, gritó:

—¡Suban la escalera! Es la central eléctrica. ¡Se ha hundido la presa!

Ransome fue el último en llegar a la escalera. Puso el pie en el primer escalón en el preciso momento en que el muro de agua se abatía sobre la vieja casa. Por un instante, las paredes del edificio temblaron como sacudidas por un segundo terremoto, y Ransome pensó: «Este es el fin. No podrá resistir la embestida». Pero la resistió. Las aguas desbordadas penetraron por puertas y ventanas, lanzándose hasta la mitad de la escalera, tras los mismos talones de los fugitivos.

Fuera, el muro de agua atravesó el jardín y se engulló las dependencias enclavadas en el extremo del mismo, ahogando los lamentos y los gritos de

desesperación en el nuevo fragor de vigas y ladrillos derrumbados. El bramido de las aguas fue debilitándose lentamente hasta convertirse de nuevo en un lejano silbido, y de la ciudad llegó el griterío de aquellos que habían visto avanzar a la muerte a través de la gran plaza, delante del viejo palacio de madera.

En el rellano más alto de la escalera reinaba un silencio sepulcral. Hasta los perros de la señora Bannerjee, arrebuados a los pies de esta, estaban mudos de terror. Apoyada contra la pared, la señora Bannerjee seguía sosteniendo el farol en la mano. A sus pies, desvanecida de miedo, yacía la señorita Murgatroyd, un montón de tafetán azul, guirnalda y florecillas. El mayor y la señorita MacDaid se miraban el uno al otro, escuchando, con una expresión de horror en sus semblantes. Ransome sabía que no era en ellos mismos en quienes estaban pensando, sino en su hospital y en los desamparados enfermos que allí había, en la destrucción que había alcanzado de repente a todo aquello a lo que habían consagrado su existencia. Enfrente de la señora Bannerjee, Edwina estaba de pie, apoyada en la pared. No miraba a ninguno de los presentes, su mirada parecía perderse a lo lejos, atravesando incluso los muros de la casa. En sus ojos azules brillaba una extraña luz y en las comisuras de sus labios había una leve contracción, como de una sonrisa involuntaria.

Ransome estaba ya totalmente sereno, disipada por completo la neblina de su cerebro, y, en medio del desastre, captó la belleza melodramática de la escena que se desarrollaba en el rellano de aquella escalera: la señora Bannerjee y Edwina, frente a frente, una tan morena, otra tan rubia y frágil; los perros, acurrucados a los pies de la señora Bannerjee; el patético y arrugado revoltijo del absurdo vestido de tafetán azul pálido de la señorita Murgatroyd; el mayor y la señorita MacDaid, contemplándose fijamente con una expresión de horror, y toda la escena iluminada por el amarillento resplandor del farol.

Fuera de la casa había renacido el silencio nocturnal, solo turbado por algún que otro grito, aislado y distante, elevándose en el corazón de la ciudad, al otro lado del puente, para morir casi inmediatamente, quedando solo el rumor del río y de la lluvia torrencial. Los leones se habían callado definitivamente, y Ransome pensó: «¡Pobres animales! Ahogados en sus jaulas». En aquel repentino silencio latía algo más ominoso que el estruendo y la confusión del terremoto y la inundación.

La señorita MacDaid, con voz extraña y muerta, dijo:

—¡Dios mío! Tenemos que llegar al hospital sea como sea. En la galería superior volvió a oírse la voz del señor Bannerjee, implorando en bengalí a todas las divinidades hindúes.

Mucho tiempo después, siempre que Ransome pensaba en aquella noche, el recuerdo de lo sucedido le parecía carente de realidad, un poco debido a que la catástrofe se había producido en el momento mismo en que, a causa de su embriaguez, el mundo le parecía algo irreal y fantástico, y un poco porque lo

repentino de la misma no había dado tiempo al cuerpo y a la mente para adaptarse. En cierto sentido, el hecho de estar ebrio le había dado una notable ventaja sobre todos los demás, ya que el fragor y las distintas impresiones de la catástrofe no habían afectado directamente sus sentidos, sino que habían llegado a ellos amortiguados y velados, con un acolchado intervalo entre el momento del impacto y el de la comprensión. Esa era la razón de que no se hubiese sentido asustado, esa y el haber sido, de todos los componentes del reducido grupo, el único que no tenía miedo a morir, el único que, por el contrario, había contemplado con indiferencia la perspectiva de la muerte. Y por eso había tomado todo aquello —el terrible choque del terremoto, la inundación, los desesperados gritos procedentes del laberinto de dependencias enclavadas en el extremo del jardín, el distante y quejumbroso clamor de la plaza, la muerte de los leones— con una calma imperturbable, con indiferencia, como si todas aquellas cosas fuesen simples incidencias de un drama al que asistiese en calidad de espectador lejano. Por eso también, en medio de la confusión originada por la sacudida sísmica, había experimentado tan aguda sensación de dolor, casi de angustia, cuando su talón había incrustado los fragmentos del quebrado cristal en la hermosa pintura que representaba a Jehangir y sus cortesanos practicando el arte de la cetrería, y era por eso igualmente por lo que, durante un segundo, había captado la belleza teatral de la escena en lo alto de la escalera. La misma razón había determinado que fuese el mayor, y no él mismo, quien tomase la dirección de la situación, mientras él, cuya mente funcionaba con penosa lentitud, se había limitado a obedecer.

Cuando hubo pasado el primer momento de violencia y la señorita MacDaid se puso a hablar con el mayor, Ransome se volvió de espaldas al grupo, temiendo que, a la luz del farol que sostenía la señora Bannerjee, vieses que se estaba riendo. Era una risa que escapaba a su dominio, como la frenética hilaridad que se había apoderado de él cuando el mayor le comunicó que la pobre señorita Dirks estaba muriéndose. Pero esta risa era de una calidad diferente, una risa que tenía su raíz en el ridículo y repentino recuerdo de la señorita Murgatroyd chillando metódicamente hasta que la señorita MacDaid la redujo al silencio mediante aquella vigorosa bofetada; en la parsimonia con que la señora Bannerjee bajaba la escalera, rodeada de sus pequineses, en medio de un terremoto; en el clamor de las aterrorizadas voces del pobre señor Bannerjee; en la visión de todos ellos —la capaz señorita MacDaid, el inteligente mayor Safka, la señora Bannerjee y sus perros, Edwina, una de «las aristócratas más elegantes de Inglaterra», y la señorita Murgatroyd, la bibliotecaria eurasia, transportada como un saco de harina— corriendo desesperadamente delante de las aguas desbordadas. Cualesquiera que fuesen sus secretos, su desesperanza, sus tribulaciones, todos ellos habían ansiado salvar la vida desesperadamente. Y todo ello resultaba divertido y aun más que divertido. En lo más íntimo de su ser

experimentaba Ransome una profunda satisfacción. ¡Si aquella inundación y aquel terremoto se hubiesen extendido al mundo entero! ¡Si hubiese podido presenciar la estampida de banqueros y estadistas, millonarios y dirigentes obreros, periodistas, dictadores y políticos, huyendo despavoridos en Washington, en Whitehall, en el Quai d'Orsai, en el Quirinal, en la Unter den Linden!... ¡Si le hubiera sido dado presenciar tal espectáculo!... ¿Y si, al final, los profetas del Antiguo Testamento tuviesen razón? Sería una broma magnífica llena de amarga risa.

Sintió la mano del mayor en el hombro al tiempo que le decía:

—La señorita MacDaid y yo vamos a intentar llegar al hospital.

Tendrá usted que cuidarse de los demás. Con Bannerjee no hay que contar para nada.

—Muy bien —asintió Ransome—. Pero están ustedes locos. Es imposible lo que pretenden.

En seguida pensó: «No deben perderse. De todas las gentes de Ranchipur, de todas las gentes de la India, son ellos los más valiosos en estas circunstancias». Y, en voz alta, añadió:

—No tienen derecho a desafiar ningún riesgo.

—No desafiaremos ningún peligro. Ayúdeme a trasladar a la señorita Murgatroyd.

Entre los dos alzarón a la mestiza y la transportaron a una estancia en donde no había otro mobiliario que unos cojines y una cama india. Edwina los siguió, y en pos de todos ellos fue la señora Bannerjee, alumbrando con su farol.

Inesperada y sorprendentemente, Edwina ofreció:

—Yo cuidaré de ella —y dirigiéndose a Ransome, agregó—: Tráeme un poco de agua y un poco de coñac si los encuentras.

La señora Bannerjee, sin soltar el farol de la mano, le alumbró escaleras abajo. En el mismo momento, un criado, tembloroso, gimoteante y semidesnudo, apareció en el vestíbulo, y la señora Bannerjee le ordenó en *gujerati* que cesase de gemir y fuese a buscar velas.

El agua cubría todavía el piso del salón hasta la altura de un pie o más, y mientras estaban en el final de la escalera, contemplando los destrozos producidos, una nueva oleada, aunque esta vez insignificante, de no más de un pie de altura, penetró por la puerta.

—No lo conseguirán ustedes —dijo Ransome.

—Bien, de todos modos, debemos intentarlo —replicó la señorita MacDaid—. Si el nivel del agua no sube más creo que podremos llegar al puente.

La señorita MacDaid se ató la falda de su vestido de noche por encima de las rodillas y siguió al mayor. Acompañados por Ransome, que llevaba ahora el farol, llegaron a la galería exterior. Un ángulo de la *porte cochère* había sido arrebatado por la embestida de las aguas, de modo que el tejado, cediendo, colgaba sobre sus

cabezas. El Ford del mayor estaba volcado de costado, en medio de un revoltijo de hierbas y despojos, en la misma galería. Las alpidistras y los árboles del caucho habían desaparecido, lo mismo que un gran tramo de la balaustrada.

El mayor miró su coche, sonrió y dijo:

—Bien, eso ha concluido.

—Iré con ustedes —anunció Ransome.

—No, sería usted un estorbo, francamente. No nos serviría de nada concreto y acaso no haría sino darnos más trabajo.

La señorita MacDaid dijo ásperamente:

—No sea usted tonto.

Y Ransome comprendió que no deseaba en absoluto su compañía, porque aquella expedición iba a ser exclusivamente suya: de ella y del mayor. Y la presencia de un tercero rompería todo el encanto.

—Tampoco hay ninguna razón especial para que venga usted —le dijo el mayor a ella.

—Nada en el mundo podría retenerme aquí. ¡Bastante iba usted a hacer sin mí! —exclamó la enfermera, en cuyo marchito y pintado rostro apareció una expresión de intensa excitación, mientras en su voz profunda vibraba una nota exultante.

Ransome pensó: «Ahora el mayor va a ser de su exclusiva pertenencia». Nadie más podía ser de alguna utilidad en el hospital. Ella era indispensable.

Y los vio partir, el mayor delante, llevando el farol, la señorita MacDaid detrás, con la falda atada en torno a la cintura y recogida por detrás, como un polisón. En la galería superior seguía retumbando la monótona voz del señor Bannerjee, como una especie de zumbido aflautado, semejante al rumor de las abejas en torno a las grandes arañas de palacio.

Las cenagosas aguas les llegaban a la cintura y Ransome los vio forcejear en su avance, aunque en aquel momento no se registraba apenas corriente alguna, sino un pequeño oleaje que llegaba de cuando en cuando, coronado por una leve línea espumosa, y que los obligaba a retroceder uno o dos pasos cada vez que los alcanzaba. Ransome estuvo observándolos hasta que el farol desapareció al extremo del sendero del jardín, detrás de los restos de la tapia.

Cuando entró de nuevo en la casa, encontró a la señora Bannerjee todavía al pie de la escalera, acompañada del quejumbroso criado, que había encontrado varias velas y otro farol. Al acercarse Ransome, le dijo:

—¿Quiere usted ir a buscar coñac al comedor? Si no se lo han llevado las aguas, lo encontrará en el aparador.

Allí lo encontró Ransome, en efecto, y cuando volvió con ello, la señora Bannerjee, como si no se hubiera producido un terremoto seguido de una inundación y la velada prosiguiese de acuerdo con los planes previamente establecidos, le dijo:

—¿Querría usted traer también las cartas de *bridge*? Están en el cajón superior de la mesa-escritorio.

La mesa-escritorio había sido arrancada de su sitio y zarandeada por la turbulencia de las aguas, pero había quedado de pie, y Ransome encontró las cartas pedidas en el cajón indicado, y no demasiado mojadas. Pensó: «Seguramente estoy loco. Seguramente estamos todos locos».

Entregó la baraja a la señora Bannerjee, cogió el farol de manos del criado y dijo:

—Voy a ir al extremo del jardín. Acaso haya alguien allí que necesite ayuda.

Mientras chapoteaba en el agua que invadía la galería exterior, su mundo mental empezó a ensancharse, dejando de estar confinado a las personas que se hallaban en la casa y a lo que les había sucedido a ellos, abarcando a todo Ranchipur. En quien primero pensó fue en Fern, dando gracias al cielo porque se hubiera ido a su casa en vez de a la de Raschid. La Misión estaba a cerca de tres millas de distancia y se alzaba en un terreno elevado. La inundación, en su opinión, debía de haber seguido el curso del río. Seguramente estaría en seguridad si el terremoto no había hecho que se desplomasen las viejas piedras del cuartel transformado en morada, sepultándolos a todos. Ahora se daba cuenta de que la casa del señor Bannerjee había resistido el terremoto porque era un edificio de madera y de construcción ligera, es decir, flexible. Una casa de piedra se habría hundido ineluctablemente. Y, de pronto, se dio cuenta de que, por primera vez, estaba asustado, no por él mismo, sino por Fern. No tenía que sucederle nada a la muchacha. La idea de que acaso no volviese a verla más se le hacía insufrible, y, de pronto, la vida en Ranchipur sin ella le pareció desprovista de sentido.

Tras grandes esfuerzos, llegó al fin al lugar en donde habían estado enclavadas las dependencias anexas. Sosteniendo el farol por encima de su cabeza, trató de descubrir alguna señal que le guiase, ya que, no viendo allí absolutamente nada, creyó haber tomado una dirección equivocada. El enorme baniano que crecía en el centro mismo de lo que había sido aquel confuso conglomerado de edificaciones anexas, estaba todavía allí, pero no se veía ni el menor vestigio de una sola casa, ni un pilote ni una viga que emergiesen de las cenagosas aguas. Y comprendió que era cierto lo que se resistía a creer. Las casas, con todos sus moradores, hombres y mujeres, niños y ancianos, todo un pequeño pueblo, habían sido arrastradas hacia la salvaje corriente del rugiente río por la primera oleada de la inundación.

Estaba solo, horrible y terroríficamente solo, con el agua hasta la cintura, sosteniendo el farol por encima de su cabeza en presencia de la muerte, con la particularidad de que de la muerte no se veía signo alguno, salvo un mar de agua fangosa, azotada por la lluvia y cubierto de flotantes despojos y ramas de árboles. Observó que por encima de la ciudad las nubes se estaban coloreando de un rosa amarillento, reflejando el resplandor de un incendio, cuyas llamas no tardaron en



hacerse visibles a través de los mangos, en dirección de la plaza.

Pensó inmediatamente en los Smiley y en Raschid, en los Jobnekar y su frágil, coquetona y rosada casita enclavada en la parte baja de la ciudad, cerca de los pozos de los *intocables*; en la señorita Dirks y en Heston, una muriendo de cáncer en el pequeño *bungalow*, y el otro de peste en el viejo palacio de verano, y en el maharajá y en la maharaní, encerrados en el nuevo y vasto palacio, con sus docenas de frágiles torres, cúpulas y minaretes.

Ransome pensó: «Tengo que salir de aquí. Tengo que averiguar lo que ha sido de ellos», y, poniendo a contribución todas sus energías, regresó a la casa venciendo la resistencia de las aguas. Al subir a la galería exterior, le pareció notar, al resplandor de los incendios que habían estallado en la ciudad, que el nivel del agua empezaba a subir de nuevo. Y una vez en el salón confirmó esta sospecha. En la escalera, el agua cubría un escalón más que en el momento de su partida. Saliendo a la puerta de la casa, agitó el farol y gritó los nombres del mayor y de la señorita MacDaid, pero no recibió respuesta. A través de aquella densa barrera formada por la lluvia, su voz solo llegaba a unos pies de distancia.

## IV

En la caseta situada al borde de la presa, próxima a las compuertas de seguridad, no había habido nunca más de dos vigilantes, y en la noche del desastre, no había allí más que uno, ya que el jefe *Jobedar* se había ido a la ciudad a pasar la noche junto a su esposa, una excursión que no le salvó la vida, ya que se ahogó con toda su familia cuando la gran oleada aplastó su casa. El vigilante que se había quedado de guardia era un hombrecillo tímido y muy moreno, que, al producirse la primera sacudida sísmica, salió de la caseta y echó a correr bajo la lluvia a lo largo del muro de la presa. Pero allí no encontró ninguna seguridad, porque, casi inmediatamente, dominando el rumor de la lluvia, oyó ante él el rugir del agua al precipitarse por las brechas abiertas en el dique, y cuando se volvió y echó a correr en dirección opuesta, le salió al encuentro, surgiendo de las tinieblas, el mismo fragor. Cogido en una trampa, lleno de terror, el vigilante se arrojó de bruces en el suelo, bajo la lluvia, impetrando la protección de Siva, Krishna, Rama y hasta de Kali la Destructor. Pero, en medio de sus oraciones, el piso que le sostenía cedió y terminó por desplomarse, precipitando al hombrecillo, perdido en una masa de piedras y agua, sobre la techumbre de la central eléctrica, situada cien pies más abajo. Las compuertas de seguridad se tambalearon, rechinaron y, finalmente, se hundieron. Y, de repente, toda la masa líquida de aquel lago artificial, de siete millas de longitud y tres de anchura, se precipitó con un fragor salvaje sobre el valle que se extendía abajo.

La central eléctrica, con los treinta y un hombres que trabajaban allí, fue arrancada de cuajo por las aguas, de tal modo que, después, no se encontró en el lugar que había ocupado sino un enorme agujero.

Aquel terrible muro de agua se precipitó por el ancho valle abajo, arrasando dos aldeas y un centenar de granjas, arrebatando hombres, mujeres y niños, asnos, bueyes y vacas, cabras y monos sagrados, siguiendo el cauce del ya excesivamente hinchado río, invadiendo las zonas bajas y ciñendo ferozmente las partes más elevadas. En el límite de la ciudad el torrente se lanzó contra el cuartel de los arrogantes *sikhs* a quienes tanto admiraba la señorita Hodge, ahogando a de los que no habían resultado ya muertos o heridos en el terremoto; lamió como un hambriento la destilería y la fábrica de productos químicos, destrozando los costosos aparatos que el maharajá había traído de Alemania; atravesó superficialmente, pues ahora corría por una zona elevada, las pistas de tenis de los Simón y el jardín de los Smiley, llevándose consigo a la hiena, los jabalís y otros animales que estaban encerrados en la parte trasera de la casa. Cruzó luego la carretera de la Escuela de Ingenieros, bordeando la eminencia en que se hallaba situado el gran palacio, lamiendo las paredes del *bungalow* de las señoritas Dirks y Hodge; se precipitó a través del depósito sobre la gran plaza situada ante el viejo palacio de madera, llena ahora de hombres, mujeres y niños

aterrorizados, que habían buscado refugio junto al depósito, huyendo de las casas y del cine que amenazaban desplomarse; a través del *bazar*, en donde, una tras otra, las pequeñas construcciones de madera fueron hundiéndose como si se tratase de casitas de papel; a través del primer piso del viejo palacio de verano, en donde el primer lord Heston yacía postrado en una de las habitaciones del piso alto, torturado e hinchado por la peste; a través del barrio de los *intocables*, situado en zona baja, en donde las casas de barro se fundieron como si hubieran sido de arena; a través del parque zoológico, en donde los animales murieron ahogados en sus jaulas; a través de la zona en que ardían las piras funerarias, para salir, finalmente, una vez más, a campo abierto, convertido en una fragorosa tempestad de hirvientes aguas, restos de casas, cadáveres y árboles arrancados de cuajo.

A lo largo de la llanura, la inundación siguió el curso del río en dirección al monte Abana, siendo detenida durante unos segundos por los dos puentes de arcadas excesivamente bajas, hasta alcanzar, por último, la angosta garganta por donde el río corría cercado de colinas, quedando aquí represadas las aguas por un dique que ellas mismas formaron con una horrible acumulación de despojos de toda especie, de árboles, de cadáveres de hombres, mujeres y niños, y de animales muertos, que el torrente había llevado en su seno durante un trayecto de veinte millas. Detenido por aquella enorme barrera de despojos, el torrente fue creciendo de nivel, aquietándose la turbulencia de las aguas, que no tardaron en retroceder lentamente hacia la ciudad en ruinas, continuamente engrosadas por la terrible lluvia y por el rugiente caudal del río, hasta que sobre la enorme extensión del anegado valle y de la devastada ciudad cernióse un silencio sepulcral.

## V

En el momento del desastre, la maharaní, aburrida y desazonada a causa del calor, jugaba a las cartas con María Lishinskaia. La partida transcurría de mala manera, porque la maharaní vencía a su adversaria con demasiada facilidad para hallar ningún placer en el juego. Estaba aburrida de la partida, de Ranchipur y de María Lishinskaia. Y esta, a su vez, estaba igualmente hastiada del monzón. Pálida y con aspecto de enferma, parecía profundamente desanimada.

«Acaso no marchen las cosas demasiado bien con el señor Bauer —pensó la anciana—, o tal vez esté sencillamente cansada». Después de todo, María ya no era joven. La maharaní se preguntaba qué edad tendría, pero no se le ocurrió preguntarle para averiguarlo: «¿Cuántos años tiene usted, María?», ya que estaba convencida de que la rusa habría contestado con una mentira a una pregunta tan directa. Por eso inquirió:

—¿Qué edad tenía usted cuando terminó la guerra, María?

Y la rusa, cogida por sorpresa, respondió rápida y verazmente:

—Veintiuno.

Así, pues, tenía ahora treinta y nueve, calculó rápidamente la maharaní. Y a los treinta y nueve años ya no se era joven ni se estaba lozana, especialmente si se había llevado una vida como la de María. Había veces en que la rusa parecía más joven de lo que era, y otras en que parecía mucho más vieja. Era una mujer sujeta a grandes cambios, como ya había observado la anciana. En aquellos momentos en que era más asiática que europea, se volvía vieja como el tiempo mismo, vieja y asustada y desesperanzada.

—¿Desea su alteza que le lea algo? —preguntó María.

—No, creo que voy a acostarme.

María encendió un cigarrillo y se puso a hacer solitarios. Mientras iba colocando las cartas, una extraordinaria transformación se operó en todo el palacio. La atmósfera se hizo insoportablemente densa y sofocante, y todo quedó envuelto en un repentino silencio, como si la tierra misma hubiese dejado de girar. María iba colocando los naipes sobre la mesa cada vez más lentamente, hasta que, de pronto, como si presintiese algún peligro, se quedó inmóvil, escuchando, expectante, con una expresión de horror en la mirada. Su pálido semblante se puso blanco como la cera y enfrente de ella, la maharaní, inconscientemente, se aferró a su asiento.

La anciana sabía lo que iba a suceder y se sintió repentinamente transportada a una época muy remota, más de cincuenta años atrás, a la polvorienta aldea del Deccán, de donde había venido para convertirse en la maharaní de Ranchipur. Ella conocía aquella sensación que vibraba en la atmósfera. Una sensación que le hizo ver de nuevo a la aldea entera desplomándose sobre las calles entre nubes de polvo y

escombros. Volvió a oír los gritos de los sepultados en vida bajo las ruinas de las casas hundidas...

El suelo pareció alzarse bajo sus pies, como si se hallasen sobre un enorme monstruo. Trozos de yeso cayeron del techo y las redes que protegían las ventanas contra las incursiones de los gigantescos murciélagos oscilaron violentamente. Y entonces, una a una, empezaron a desplomarse las torres y pináculos del vasto palacio, al mismo tiempo que se apagaban las luces. Sentadas en medio de la oscuridad las dos mujeres oyeron hundirse las torres a través del tejado, una tras otra, con un horrible y lento intervalo entre cada uno de los colapsos. María Lishinskaia rompió a gritar de una manera salvaje y horrorosa, ahogando con sus gritos el quejumbroso y aterrorizado clamor que se había levantado en todo el palacio.

Con acento salvaje, la anciana gritó:

—¡Termine con ese maldito escándalo! ¡Deje de gritar! ¡Eso no remediará nada!

La voz de la anciana vibraba con el timbre de una autoridad y de un desprecio aterradores, llena de soberano desdén por una mujer que se asustaba históricamente en presencia de la muerte, renunciando a esa dignidad sin la cual el ser humano se convierte en algo más bajo que un perro.

Cesó, por fin, el débil balanceo del suelo y dejó de oírse el estrépito de las torres derrumbándose, y, al cabo de unos momentos, la maharaní dijo:

—Ya pasó. El palacio resistirá. Tráigame la linterna eléctrica y no haga más tonterías.

María no contestó, pero en medio de la oscuridad la soberana sabía que la rusa había obedecido. En efecto, instantes después regresaba María Lishinskaia, precedida por un pequeño círculo luminoso. Los lamentos que se oían por todo palacio parecían haberse adaptado ahora a una especie de ritmo, subiendo y bajando, pero lo bastante fuerte para ahogar el bramar de las aguas que descendían sobre la ciudad desde la destruida presa.

La anciana cogió la linterna de manos de la rusa y ordenó:

—¡Vamos! Hemos de ir a las habitaciones de su alteza.

Y María, dejando de temer por sí misma, impetró para sus adentros: «¡Oh, Dios mío, no permitas que le suceda nada! ¡Consérvame a Harry sano y salvo!».

El feroz timbre de la voz de la maharaní, la autoridad y dominio implacables que vibraban en sus palabras, surtieron en María el mismo efecto que una vigorosa bofetada, disipando el terror que la dominaba. De pronto se sintió tranquila y resignada y perfectamente asiática. Y mientras avanzaban a lo largo del vestíbulo, pisando cristales rotos y fragmentos de yeso, dejando atrás los amplios ventanales de medio punto, María Lishinskaia se vio de pronto a sí misma con absoluta objetividad, quizá por primera vez en su complicada existencia. Pensó: «¿Cómo he llegado hasta aquí... yo, María Lishinskaia, nacida en Kiev? ¿Qué hago yo en pos de una maharaní,

en el vestíbulo de un palacio indio, en medio de un terremoto?». Y supo que ya no tenía miedo, no porque fuese una mujer valerosa, sino porque estaba cansada, tan hastiada de todo, que ya no sentía deseos de seguir viviendo. Estaba cansada de todo lo que le había sucedido, cansada de los estragos de su pasión por Harry Bauer, tan profundamente cansada, que ahora lo veía todo con claridad meridiana, como si ya estuviese muerta. Solo le quedaba el cuerpo, y ahora también su cuerpo, lo mismo que su espíritu, estaba fatigado y gastado.

¿Y quién era este Harry Bauer para que ella se le hubiese entregado jamás? Ella..., María Lishinskaia..., dotada de ingenio e inteligencia, con una infancia llena de personajes importantes e interesantísimos, ninguno de los cuales hubiese aceptado la presencia de Harry Bauer, excepto en calidad de criado. ¿Quién era Harry Bauer? Un hermoso animal con un cuerpo espléndido, sin ingenio, sensibilidad, inteligencia ni cultura. Y sobre el fondo de lamentaciones que la rodeaban, María Lishinskaia se vio a sí misma, casi como si estuviese asistiendo a una proyección cinematográfica, sentada, muchos años atrás, en el piso que su padre tenía en Moscú, junto a una mesa redonda cubierta con un tapete de felpa color ciruela, cuyos bordes llegaban hasta el suelo. Encima de la mesa había una lámpara con pantalla verde, como esas que usan los estudiantes, y al otro lado estaba sentado su padre, con su redonda cabeza de tártaro inclinada sobre un libro. Nicholas Michailovitch Lishinsky, un hombre que sabía de química orgánica más que ningún otro en toda Rusia, un dirigente de los liberales, demasiado débil y demasiado inteligente, que había creído demasiado en la bondad del género humano y en que bastaban la libertad y la educación para convertir en ángeles a los hombres. Y dentro de un ratito se abriría la puerta y entraría su madre de regreso del teatro, acaso sin haberse quitado todavía el maquillaje del rostro, para preguntar si Leonid había partido sin novedad de la estación central... Leonid, que había de morir en los Cárpatos, porque los cartuchos que habían entregado a su batallón no se ajustaban al calibre de los fusiles, y porque las bayonetas, aun empujadas por todo el coraje del mundo, de nada sirven contra las granadas de los Skoda y las ametralladoras alemanas... Leonid, destinado a ser el padre de sus hijos y a sentarse al otro lado de la mesa, junto a la lámpara de pantalla verde, como había hecho su padre antes. ¿Y dónde estaba ahora su padre? En alguna fosa de los arrabales de Kiev, mezclándose sus huesos con los de otros intelectuales y otros liberales como él mismo, lo bastante necios para haber creído que el hombre es esencialmente un ser bueno e inteligente... Y su madre, muerta de neumonía, porque no había tenido lo suficiente para comer y no había habido bastante carbón para que se calentase...; su madre, que había sido una mujer tan alegre, bonita, inteligente y despreocupada.

Sí, ya había sufrido bastante. Antes de ahora, cuando alguna vez había amenazado con suicidarse, sabía en lo íntimo de su corazón que no lo haría nunca, porque no

tenía el valor ni la indiferencia suficientes para ello. No, no había tenido valor, ni siquiera aquella vez en Praga, cuando un viajante de comercio, gordo y viejo, le dio de latigazos, ni aquella noche de horror pasada en un dormitorio de un hotel de Leipzig, llena de cristalerías, espejos y tapizados rojos... Pero ahora sí podía hacerlo. Era bastante fácil, cuando una estaba cansada, demasiado cansada para llegar siquiera al final del pasillo. Sería maravilloso no despertar nunca más, no tener que empezar jamás un nuevo día..., sino solo dormir, dormir eternamente, el olvido absoluto, nada más...

La voz de la maharaní, gritando en *gujerati*, la arrancó del nebuloso estado en que había caído. Delante de ellas, en el círculo de luz proyectado por la linterna que llevaba la anciana, dos sirvientas *intocables* gemían de bruces en el suelo. Salvajemente, con profundo desprecio, la maharaní las golpeó con su desnudo pie cubierto de joyas y volvió a gritar en *gujerati*. Una de las mujeres levantó la cabeza y, viéndose en presencia de la soberana, olvidó su terror, le dio a la otra con el codo y, poniéndose de rodillas, se deshizo en repetidas zalemas.

Un poco más adelante, el camino estaba cortado por un enorme montón de piedras y argamasa formado por una de las torres, que al desplomarse había hundido el techo del corredor. Pero no tardó la maharaní en descubrir un paso entre los escombros, y trepando por encima de estos, se hallaron en el pasillo que conducía a las habitaciones del maharajá. Una vez allí, la soberana abrió la puerta de la antecámara y pasó apresuradamente entre los centinelas, rígidos e impasibles en sus uniformes escarlata y oro, como si nada hubiese ocurrido. En su habitación, el viejo maharajá estaba apoyado en el respaldo de una silla, junto a la ventana, contemplando la ciudad. Harry Bauer se hallaba a su lado, sosteniéndole con un brazo que había pasado en torno al cuerpo del anciano. Y cuando el ex profesor de natación se volvió hacia ellas, y María Lishinskaia vio la estúpida belleza de su rostro y la línea de sus hombros, la rusa olvidó sus fúnebres ideas y se dijo fervientemente: «¡Gracias, Dios mío, por haberle conservado la vida! ¡Gracias, Dios mío!».

No veía a nadie más que a él en toda la estancia. No vio el rostro del viejo maharajá cuando este se volvió hacia ellas, ni la mirada de horror y de tragedia que brillaba en sus ojos. Oía distintamente el débil coro de lamentos que se elevó de la plaza cuando la multitud allí congregada vio avanzar la muerte hacia ella. ¿Qué significaban ahora las lamentaciones del género humano ni qué la muerte misma? No oyó el grito del maharajá ni el que lanzó su esposa cuando el anciano, pese a la fuerza de Harry Bauer, se deslizó hacia el suelo. Casi en voz alta, perversamente, la rusa se dijo: «¡Gracias, Dios mío! Envíamele esta noche, en medio de tanto horror y tanto desastre, porque eso es todo lo que me has dejado».

Y entonces comprendió qué era lo que había encontrado en él, no sensualismo, ni siquiera satisfacción física, sino algo más complejo y más simple al mismo tiempo.

Había en él algo vigoroso, incorrupto e incorruptible, tan viejo como el tiempo y, sin embargo, eternamente nuevo. Encerraba en sí la fuerza de la tierra misma, con toda su sencillez y belleza. Procedía de la tierra y a la tierra volvería, sin que le turbasen las dudas, las teorías ni los ideales, incambiado e inmutable. Era la antítesis del temor y el cansancio, porque pertenecía a la tierra eterna. Sin él estaría perdida, como si ya hubiera muerto.



## VI

Cuando hubo pasado el primer embate de la inundación, la señorita Dirks arrastró a la señorita Hodge hasta el sofá y, en medio de la oscuridad, se dirigió al aparador en donde guardaban el coñac. Cinco minutos después, la señorita Hodge, debidamente abofeteada y habiendo ingerido el coñac que su amiga le vertió entre los labios, abrió los ojos y preguntó:

—¿Dónde estoy?

Y casi inmediatamente rompió a llorar. La señorita Dirks, dándole afectuosas palmaditas, dijo:

—Estás perfectamente. Ha habido un terremoto y una inundación debe de haber ocurrido algo en la central eléctrica. Ahora deja de llorar y procura dominarte.

—Estoy haciendo esfuerzos por serenarme —sollozó la señorita Hodge—. Realmente estoy esforzándome. He sido una necia desmayándome de esta manera.

—No tan necia. Ha sido lo bastante fuerte para que se desmayase cualquiera. Todavía hay seis pulgadas de agua en el suelo.

—¿Se ha estropeado algo? ¿Se ha roto el juego de porcelana de la Compañía de las Indias Orientales?

—No lo sé —contestó la señorita Dirks—. Ahora lo que tienes que hacer es tranquilizarte.

Se puso a acariciar la frente de la señorita Hodge, y esta, cerrando los ojos, se sintió primero muy mareada y luego extraordinariamente feliz, porque era esta la primera vez en muchos años que Sarah le acariciaba la frente de esta manera, y volvió a sentirse como una niña mimada y acariciada, cosa que había estado ansiando vehementemente durante mucho tiempo. Y así permanecieron largo rato, alumbradas por la débil luz azulada de la lámpara de alcohol que la señorita Dirks utilizaba ordinariamente para realizar sus experimentos de química. Habían estado tan cerca de la muerte, que surgieron del trance limpias y purificadas, conscientes en aquellos preciosos momentos de silenciosa paz de que, una vez más, estaban muy cerca una de la otra. Todas las quisquillas habían desaparecido, lo mismo que aquellas emotivas oleadas que iban varando cada vez a más altura a la señorita Hodge en la playa del descontento, igual que las pequeñeces y las neurasténicas reacciones que estaban corrompiendo eternamente su amistad.

La señorita Hodge dijo al cabo de un rato:

—¿Qué es ese rumor tan extraño?

—Son los lamentos de los nativos. Ya sabes cómo se ponen de histéricos al menor pretexto —contestó la señorita Dirks, quien, tras una breve pausa, como si hubiese estado considerando la cuestión añadió—: No tienen dominio de sí mismos. Son incapaces de soportar nada. Eso es lo que les sucede. Que son blandos. ¿Te

encuentras mejor?

—Sí..., mucho mejor. ¡Qué tonta soy! No valgo para nada en un momento de crisis. Siempre soy un estorbo. Toda mi vida he sido un estorbo para alguien.

Y empezó a llorar de nuevo.

La señorita Dirks se disponía a responder cuando fue acometida por un terrible dolor, que le privó del habla, y antes que se hubiera recuperado, la señorita Hodge dijo:

—Quiero decirte una cosa, Sarah. He estado deseando decírtela todo el día. Estoy avergonzada de mi comportamiento por lo de la invitación a tomar el té. Esta misma noche escribiré una nota a lady Heston y la dejaré en el palacio de verano cuando pase por allí para ir a la escuela.

—No creo que eso importe mucho ahora. Supongo que, después de esto, la gente no tendría muchas ganas de tes ni reuniones. Y no creo que mañana podamos abrir la escuela. Tal vez no la podamos abrir nunca.

—¿Por qué? ¿Tan grave ha sido?

—Aquí estamos en una zona elevada y nos hallamos medio sumergidos..., sin contar el terremoto.

—¿Ha habido un terremoto?

—Fue entonces cuando te desmayaste.

—¿Qué habrá sucedido?

—Voy a salir a verlo.

La señorita Hodge le cogió histéricamente la mano.

—¡No! ¡No! No hagas eso. No me dejes sola.

La señorita Dirks no contestó. Se limitó a decir:

—Escucha, Elizabeth...

—Dime.

—No te has arrepentido nunca, ¿verdad? Me refiero a haber venido conmigo a este país.

—No, Sarah, no. Creo que hemos disfrutado de una vida más interesante de lo que razonablemente podía esperar. Estoy segura de que ha sido mucho más interesante de lo que habría sido en Birmingham.

—Elizabeth, en el fondo no creía ninguna de esas horribles cosas que te dije antes.

—Me consta, querida.

—Fue culpa de los nervios. De algún tiempo a esta parte tengo los nervios muy alterados. Quería decírtelo, eso es todo.

—Ya lo sabía —contestó la señorita Hodge.

La señorita Dirks guardó silencio, un tanto preocupada, y al cabo de un largo rato, anunció sencillamente:

—Ahora voy a salir.

—No..., no. No me dejes sola, Sarah.

—No seas tonta, Elizabeth. Tú te quedarás aquí. No estaría tranquila sin saber qué ha sido de la escuela y de todos esos libros nuevos tan hermosos que hemos recibido de Inglaterra. Sería terrible que se echasen a perder porque nadie se preocupase de transportarlos al piso superior.

—Tengo miedo. Tengo miedo.

—No hay nada que temer. Tú te quedas aquí, y yo volveré dentro de media hora.

—Estará todo muy oscuro en la escuela.

—Llevo las llaves y conozco bien el camino.

—Tengo miedo —murmuró la señorita Hodge.

—Si quieres ayudarme, lo mejor que puedes hacer es portarte bien y estarte aquí hasta que yo regrese. Ahora ya no hay ningún peligro. La inundación ha pasado —se levantó con una decisión que recordaba en parte la que siempre había demostrado, y añadió con su acostumbrado espíritu práctico—: Si tienes miedo, toma un poco más de coñac. Bebe cuanto quieras. No creo que importase nada que te embriagases esta noche.

—Iré contigo —declaró la señorita Hodge, levantándose del sofá—. No podría soportar la idea de que vas sola hasta allí.

La señorita Dirks ya se estaba poniendo el gastado impermeable.

—No, querida —se opuso con firmeza—. No serías más que una preocupación para mí. Podrías desmayarte otra vez, y entonces ¿qué haría contigo?

La señorita Hodge se sintió nuevamente presa del mareo y volvió a echarse en el sofá, ya que no era capaz de sostenerse en pie.

—No te vayas. No te vayas —repetía sin cesar.

La señorita Dirks vertió lentamente entre los labios de su amiga una copa de coñac llena hasta los bordes y volvió a acariciarle la frente, mientras la señorita Hodge, llorando, le dijo:

—Perdóname, Sarah, por haber sido tan mezquina y tan mala.

—No tengo nada que perdonarte, querida. Lo comprendo todo perfectamente. Ahora échate y ponte cómoda. Estaré de regreso antes que te hayas dado cuenta de mi salida. Procura dormir un poco.

Y antes que la señorita Hodge, en medio de su mareo, se diese cuenta de ello, Sarah Dirks salió del *bungalow*. Al cabo de un rato, aquella trató de incorporarse; pero volvió a desplomarse sobre el sofá, exclamando débilmente:

—¡Sarah! ¡Sarah! ¡Espérame! ¡Espérame!

Hizo un segundo esfuerzo para levantarse, y esta vez lo consiguió. Tambaleándose un poco, llegó al pequeño vestíbulo de la entrada, y descolgando el impermeable del perchero, se lo puso, salió a la puerta y descendió los peldaños que la separaban del suelo. El agua fue subiéndole lentamente hasta las rodillas.

Habitualmente tenía un miedo terrible a salir por la noche, a causa de las serpientes; pero ahora, en su precipitación, las olvidó por completo.

—¡Sarah! —gritó hacia las tinieblas—. ¡Sarah! ¡Espérame! ¡Espérame, Sarah!

Se detuvo en la puerta del jardín, con el agua hasta la cintura, escuchando, pero no oyó otra respuesta que el distante y fantasmal clamor procedente de palacio. Volvió a gritar, esta vez salvajemente:

—¡Sarah! ¿Dónde estás? ¡Espérame! ¡Soy Elizabeth! ¡Sarah! ¡Espérame!

Ninguna respuesta llegó del seno de aquellas tinieblas. Volvió a escuchar, llenándose de improperios por su debilidad, su necedad y su incompetencia; pero no le respondió más que el rumor gorgoteante de las tenebrosas aguas, que, represadas al este del monte Abana, habían comenzado a subir de nivel. Las nubes que se cernían sobre su cabeza se iluminaban con el resplandor de un incendio que había estallado en alguna parte cerca del centro de la ciudad.

## VII

En la escuela nocturna, al otro lado del bazar, los Smiley reunieron a los veintisiete muchachos de la clase y los llevaron a la azotea del edificio, que tenía un solo piso de altura. El edificio era nuevo y había sido construido con armazón de acero y hormigón armado, y aunque se cimbreado, sus muros se cuartearon, se mantuvo firmemente en pie. En el tejado no había ningún peligro, aun en el caso de que a la primera sacudida le sucediese otra. Desde allí oyeron el rugir del agua que se precipitaba sobre ellos y los gritos de terror procedentes de la plaza situada ante el viejo palacio de madera. Oyeron el fragor del agua que se acercaba a lo largo de la calle del bazar, derribando a su paso las antiguas casas de madera, y la señora Smiley, postrándose de hinojos, cerró los ojos y se puso a orar. Hacía meses que no rezaba, por falta de tiempo y porque estaba convencida de que Dios la comprendería y la perdonaría. Imploraba no por ella ni por el señor Smiley, sino por los veintisiete niños, apiñados a su alrededor, llenos de terror, y que tenían por delante toda una vida, que sería increíblemente mejor que la de sus padres, porque ella y el señor Smiley le habían dedicado la suya. También oraba porque sabía que solamente Dios, obrando un milagro, podría salvarlos, y ella creía realmente en Dios, o, al menos, en el vago principio de que, al final, el bien vencería al mal.

Cuando la oleada se estrelló contra la escuela nocturna, el pesado edificio se estremeció y nuevas grietas aparecieron en la azotea, bajo los pies de los refugiados. En torno a ellos, en medio de la densa oscuridad, elevóse el fragor que producían los muros y las vigas que se desplomaban a medida que las hirvientes aguas abatían y arrastraban las pequeñas casas del bazar. Pero la escuela resistió como una roca en medio de tanta desolación, refugio incommovible para los veintisiete muchachos indios de casta inferior, Homer Smiley y su esposa, de Cedar Falls, Iowa.

Cuando el rugir del torrente se extinguió en la lejanía, el señor Smiley se asomó por el borde de la azotea, cautelosamente, tratando de descubrir lo que quedase de la familiar calle después del paso de la inundación, mientras la señora Smiley, consciente de que el milagro se había producido ya, abrió los ojos, se puso en pie y preguntó:

—Y ahora, ¿qué hacemos, Homer?

En el interior del señor Smiley se agitó y cobró vida cierto impulso, cierto instinto, cierta energía, que habían permanecido dormidos desde que vino al mundo. Era casi una sensación física, como la que se experimenta al despertar, pero no soñolienta y malhumoradamente, sino con placer y confianza, con una sensación de fuerza y vigor. En la sangre del humilde y tranquilo señor Smiley despertó a la vida toda una procesión de antecesores, cuya presencia allí había pasado totalmente inadvertida para él hasta este mismo momento... Jed Smiley, el esforzado luchador

contra los pieles rojas; el abuelo Smiley, que había levantado una rica granja en la selvática soledad del Oeste; Morgan Downs, que había sido compañero de Daniel Boone durante sus aventuras en Kentucky; todos ellos, junto con sus heroicas compañeras femeninas y su dura y vigorosa descendencia, capaces todos de soportar fatigas sobrehumanas, dotados de verdadero genio para sobrevivir en medio de los mayores desastres, llenos de recursos y audaces hasta la temeridad, estaban allí, en su sangre, y ahora cobraban repentinamente vida. En el liviano y vulgar cuerpo de un Homer Smiley, ya maduro, se afincaron inesperadamente el heroísmo y la sed de aventuras.

Heroísmo siempre lo había tenido. Ese heroísmo, aliado tenaz, no espectacular, que hace falta para combatir la suciedad, la ignorancia y las enfermedades. Pero este nuevo peligro exigía una nueva clase de heroísmo, y ahora, sin buscarlo, el señor Smiley, con una repentina y agradable sensación de excitación, comprendió que aquel heroísmo estaba allí, en su interior: el heroísmo espectacular que exigía una cabeza firme, arrojo y espíritu de iniciativa para vencer obstáculos en apariencia insuperables.

La sangre circulaba más de prisa, por su pequeño y nervudo cuerpo, y el señor Smiley se sintió joven y fuerte, más joven y fuerte que a los dieciocho años. Y cuando, a través de la oscuridad y de la cortina de agua, oyó la voz de su mujer dirigiéndose a él, comprendió que no estaba solo. El timbre de aquella voz le dijo claramente que en el delgado y fatigado cuerpo de su esposa se había encendido la misma capacidad de heroísmo. Juntos serían capaces de enfrentarse con todo, con inundaciones y terremotos y todas las embestidas de una Naturaleza maligna. Supo entonces que ni siquiera tenía importancia el que, perdiendo, fuesen destruidos, ya que caerían uno al lado del otro, luchando, llenos de mutua confianza. Y por primera vez en el curso de su apacible existencia, el señor Smiley entrevió lo que podría ser la pasión, su gloria pletórica, su excitación, la catarsis que implicaba..., no el sosegado cariño que siempre había sentido por Bertha Smiley, sino algo magnífico y esplendente; no lírico, sino salvaje. Rodeado de tinieblas y desastres, el señor Smiley adquirió plena conciencia de su virilidad, de una virilidad como la del ruidoso y violento Raschid o como la del apuesto mayor Safka. Sin saberlo, había estado esperando aquel momento toda su vida.

Contestó a su esposa con una voz que a Bertha Smiley le sonó de manera muy distinta a la habitual, una voz que le reveló claramente que podía contar con él para todo como guía y protector.

—Lo mejor sería salir de aquí y buscar un terreno más elevado. Voy a bajar a dar un vistazo. Tú quédate aquí con los muchachos para impedir que hagan cualquier tontería.

Separándose de ellos, volvió a entrar en el edificio principal de la escuela y bajó

la escalera. Había todavía un metro o más de agua en los aposentos de la planta baja, pero de momento no existía peligro. Regresó a la azotea y anunció:

—Voy a salir a practicar un pequeño reconocimiento. Exactamente igual que si estuviese preparando una salida de un fortín situado en un territorio infestado de pieles rojas.

Pero la señora Smiley (exactamente como si hubiese sido la esposa de uno de aquellos primeros colonos del Lejano Oeste) objetó:

—No; podrías extraviarte o quedar separado de nosotros. El mismo peligro correremos yendo contigo que permaneciendo aquí, y de la primera forma, al menos estaremos juntos. Creo que es mejor así. Tuvo que decir esto a gritos, para hacerse oír por encima del rumor de la lluvia y de los aterrorizados gimoteos de sus protegidos. Resultó difícil incluso poner en marcha a los veintisiete muchachos, porque seis o siete de ellos estaban paralizados de terror y no quisieron moverse del sitio, hasta que la señora Smiley les dijo en *gujerati* que los dejarían allí, llegando incluso a simular que, en efecto, se marchaban. El simulacro los obligó a actuar, porque todos ellos tenían ahora un miedo espantoso a que estos europeos de edad mediana, que no parecían espantarse por nada, los abandonasen, efectivamente, a su suerte. Con el señor Smiley abriendo la marcha y la señora Smiley cubriendo la retaguardia como un fiel perro mastín, el grupo bajó la escalera y, con agua por encima de las rodillas, se lanzó a lo que quedaba de la calle. En aquella oscuridad era imposible ver nada a tres o cuatro pie de distancia; pero el avance resultó menos penoso de lo que el señor Smiley había temido, ya que la mayoría de las casas y de los restos habían sido arrastrados por las aguas. Era inútil tratar de seguir lo que había sido una calle hasta pocos momentos antes. No existía ningún punto de referencia, y aun cuando hubiese existido, habría sido imposible distinguirlos con aquella oscuridad. Así, pues, el señor Smiley tuvo que confiar en su sentido de orientación, algo a lo cual no había tenido nunca necesidad de apelar hasta ese momento. Sabía perfectamente lo que convenía hacer. Evitando el lugar en que se había alzado el bazar, se proponía describir un círculo en torno al palacio de verano y al Instituto femenino, para cruzar luego la carretera de la Escuela de Ingenieros y ganar la zona alta, sobre la cual se levantaba el gran palacio del maharajá.

La pequeña procesión avanzaba con abominable lentitud, no solo porque continuamente tropezaban con escombros y caían en agujeros llenos de agua, sino porque los muchachos, aterrorizados, resultaban ingobernables. En una ocasión, la señora Smiley, extendiendo la mano para no caerse, se agarró a una cosa blanca que flotaba a su alcance, e instantáneamente se dio cuenta de que había aferrado el muslo de un cadáver. Otra vez, el señor Smiley estuvo a punto de cogerse a una pequeña serpiente pitón que se había enroscado firmemente en una viga flotante. Con intervalos de breves minutos, la señora Smiley gritaba los nombres de todos sus

alumnos para cerciorarse de que no se había extraviado alguno. No tenía ninguna fe en ellos, porque conocía la flaqueza del espíritu hindú, y temía que, al modo de los camellos machos, se dejasen caer de pronto en el suelo, llenos de terror y desesperación, para morir simplemente, por haber perdido el deseo de seguir viviendo. Ahora, invadidos por el terror, la mayoría de ellos eran como irresponsables niños de corta edad y no muchachos que dentro de uno o dos años serían hombres. Sabían bien que ninguno de ellos tenía el menor concepto de su responsabilidad con respecto a los demás, ni siquiera con respecto a sí mismo, y comprendía que, a los ojos de Dios, eran ella y el señor Smiley los únicos responsables de aquellas veintisiete vidas. Así, pues, tropezando y cayendo, empapada y sin aliento, con las manos sangrando, la señora Smiley siguió aguijoneándolos, ladrando a sus talones, gritando los nombres de todos con breves intervalos, amenazándolos cuando los veía desfallecer de horror ante las serpientes y los cadáveres humanos.

De pronto, desde la vanguardia de la pequeña columna, llegó hasta ella la voz de su marido, que gritaba:

—Todo va bien. No he dado con el palacio de verano, pero aquí está el Instituto. Todavía se tiene en pie.

En efecto, surgiendo de la oscuridad, a veinte pies de distancia, a su izquierda, distinguieron la masa del edificio, parcialmente derruido.

Mientras el pequeño cortejo pasaba ante ella, la señorita Dirks, en pie en los escalones de la escuela, oyó la voz de la señora Smiley, profiriendo en *gujerati* amenazas y frases de aliento y repitiendo por décima vez los nombres de todos los alumnos. Durante un instante, la señorita Dirks, con la mano ya puesta en la puerta de su preciosa escuela, experimentó, como un viejo mastín rezagado, el repentino deseo de unirse a ellos para colaborar en el pastoreo. Por encima de su agudo dolor físico, experimentó vagamente una repentina envidia de la señora Smiley, deseando ardientemente que todas sus alumnas, la mitad de las cuales estarían ya probablemente ahogadas, pudiesen haber sido reunidas como los muchachos de casta inferior de la señora Smiley y conducidas a un lugar seguro, mientras ella misma ladraba a sus talones como un fiel mastín. Cuando pasaron frente al edificio, sintió por un instante el impulso de llamarlos para unirse a la pequeña procesión en el camino de la salvación, para incorporarse de nuevo a la corriente de la vida, para construir, como lo había hecho antes, todo lo que había quedado destruido en un momento. Pero casi inmediatamente se sintió vieja y cansada, falta ya de energía, de aquella terrible energía y aquella terrible paciencia que eran necesarias para enfrentarse con semejante tarea, y se dijo: «¿En qué estoy pensando? Yo, que ya soy un cadáver...».

Y se quedó callada, aplastada contra la puerta, como para ocultarse de la pequeña procesión, a la que oía, aunque ya no la veía, pensando: «No, es preferible esto. Será



mucho más fácil para Elizabeth. Resulta la forma más rápida y sencilla». Todavía escuchando, deseando en el fondo de su alma unirse a la pequeña comitiva, estuvo esperando en medio de las tinieblas, mientras la voz de la señora Smiley, animando y amenazando al pequeño rebaño, se fue debilitando más y más, hasta perderse en la distancia y no oírse sino el rumor de la lluvia y del agua, que seguía creciendo de nivel, lamiendo sus pies.

Más allá del Instituto, el señor Smiley, describiendo todavía un amplio círculo, llegó a la carretera de la Escuela de Ingenieros e hizo el descubrimiento de que el agua había empezado a subir de nuevo y que escaparon escasamente a tiempo. Avanzando penosamente en medio de la oscuridad, se encontró de pronto con el muro del parque, exactamente en el lugar preciso en que había pensado lo encontraría, y experimentó una intensa y exultante satisfacción por su pericia. No sabía en qué punto exacto del muro se hallaba; pero, tras breves momentos de reflexión, decidió que, torciendo a la derecha, no tardarían en llegar a la gran puerta de entrada, en donde la banda del maharajá tocaba todas las tardes a la puesta del sol. Nuevamente acertó su instinto de *pioneer*<sup>[38]</sup>, ya que, después de una presurosa marcha a lo largo del muro, llegó a la gran puerta principal, que le dio la impresión de elevarse hasta un infinito de tinieblas. Llamó en hindustaní a los centinelas, sin obtener respuesta. No tardó en descubrir que los nichos en donde usualmente montaban la guardia los jinetes *sikhs* estaban vacíos. Luego, deteniendo la marcha de la pequeña columna por un momento, recitó una vez más los nombres de los alumnos, para asegurarse de que no se había extraviado ninguno, y estaba a punto de dar la orden de marcha, cuando la señora Smiley le gritó:

—¡Escucha! ¡Alguien está llamando!

Surgiendo de la oscuridad y de la lluvia, dominando el distante coro de lamentaciones, se oyó la voz de una mujer, que gritaba desde alguna parte al otro lado de la carretera.

—¡Sarah! ¡Espérame! ¡Sarah! ¡Sarah!

Y el señor Smiley reconoció la voz de la señorita Hodge.

—¿Retrocedemos a buscarla? —preguntó a su mujer.

En un instante, el señor Smiley se vio obligado a tomar una terrible resolución. El agua, incluso en aquella zona, que era terreno relativamente elevado, le llegaba ya casi a la cintura. Cinco minutos más y cubriría la cabeza de los muchachos más bajitos. Tras unos momentos de rapidísima reflexión, contestó gritando:

—No. Primero llevaremos a los muchachos hasta palacio, y luego volveré a buscarla.

En la balanza estaba la vida de una solterona madura contra la de veintisiete muchachos de casta inferior que apenas habían empezado a vivir.

—¡De prisa! —exclamó en *gujerati*, apremiando a los muchachos para que

cruzasen la gran puerta silenciosa y avanzasen por el sinuoso paseo, pues todavía había que recorrer sus buenas quinientas yardas antes de poder considerarse a salvo.

Mientras avanzaban penosamente por el inundado paseo, uno de los muchachos más pequeños se dejó caer en el agua con un gemido, resuelto a morir. La señora Smiley no se hubiera dado cuenta de ello a no ser por los gritos del alumno más próximo al caído, cuya mano llevaba cogida. A tientas, la señora Smiley le encontró y le obligó a ponerse en pie. Luego le propinó unos cachetes para reanimarle, y ella misma le cogió de la mano, conduciéndole, gimoteante y lloroso, a través del agua.

El terreno empezaba a elevarse bajo sus pies, y el nivel del agua a decrecer cada vez más, hasta que, finalmente, se encontraron sobre tierra empapada, pero libre de la inundación. Ahora era muy fácil seguir los contornos del paseo asfaltado, y unos momentos después la enorme masa del palacio semiderruido, desnudo de pináculos, torres y torreones, se alzó ante ellos, solamente visible por ser más opaco que la oscuridad circundante. En seguida se hallaron a salvo, bajo el dudoso cobijo de la ruinosa *porte cochère*. El señor Smiley, subiendo la escalinata, los condujo a todos hasta el vestíbulo de honor. Apenas había avanzado unos pasos cuando encontró obstruido el camino por una enorme masa de piedras y yeso, que era todo lo que quedaba de la torre principal. Comprendió lo que había sucedido: la gran torre principal se había desplomado, bloqueando el vestíbulo de honor y destrozando los panes de oro, los mosaicos y la madera de sándalo del salón del Durbar. En el húmedo ambiente flotaba el suave perfume de la destrozada madera de sándalo, y desde una parte lejana del palacio llegaba el rumor de gemidos y lamentaciones. De pronto, muy cerca de allí, se alzó un confuso rumor de pisadas y excitado parloteo, y un tropel de monos sagrados pasó corriendo delante de ellos para desaparecer en una de las antecámaras.

El señor Smiley se cercioró por última vez de que no faltaba ninguno de los muchachos y le dijo a su esposa:

—Ahora voy a ver lo que puede hacerse por las maestras.

La señora Smiley exclamó involuntariamente:

—¡No! ¡No vayas! ¡No vayas! Ya no es posible hacer nada.

Y de pronto se calló, avergonzada, pues sabía que su marido *tenía* que ir, que nada podría detenerle, y que ella no tenía derecho a impedirselo. En el fondo de su corazón comprendía que no deseaba detenerle, porque si ahora se hubiese quedado allí, habría perdido algo de la gloriosa aureola con que la escapada y salvación de todos ellos le había revestido a sus ojos. Fue su cuerpo el que había gritado, aquel cuerpo que hasta ahora había sido siempre dócil e indiferente, una simple máquina al servicio del espíritu. Su espíritu había amado siempre a su marido; pero ahora era su cuerpo el que también estaba enamorado de él, de su espíritu de iniciativa, de su valor, de su resolución. Era un hombre nuevo, y ella, una nueva mujer. Aquella

sensación la exaltaba gloriosamente y, al mismo tiempo, la confundía. En medio de las tinieblas y de la confusión remanentes, sintió en su interior algo que cantaba, una especie de exaltación por haber vencido, juntos, el terremoto, la inundación, todos los horrores de la oscuridad y la tremenda lluvia. Oyó decir a su marido con su acostumbrada afabilidad:

—Pero tengo que ir, querida.

Inmediatamente, ella respondió:

—Naturalmente que debes ir. ¡Mas ten cuidado!

Al mismo tiempo advirtió que sus palabras y su voz eran lamentablemente inadecuadas y triviales para expresar lo que sentía en el fondo de su corazón.

Adivinó que su marido estaba tratando de encontrarla en medio de la oscuridad, y extendiendo la mano, tropezó con la suya y le atrajo hacia sí. Se estrecharon en un rápido abrazo, y en seguida él desapareció tras la cortina de lluvia. Pero la señora Smiley sabía ahora, por la forma en que la había besado su marido, que también él sentía lo mismo por ella, y de nuevo invadió su espíritu aquel sentimiento de exaltación, más maravilloso que nada de lo que experimentó hasta ahora en toda su vida. De pronto empezó a llorar, maravillada de ser una mujer y no simplemente un instrumento de Dios. Al cabo de un rato cesaron de fluir sus lágrimas, y nuevamente cayó de rodillas para orar, esta vez impetrando solamente la salvación de su esposo.

Esperó dos horas, ora rezando, ora vigilando a los muchachos, que estaban arrebujados cerca de ella, dormidos algunos, gimoteando y todavía temblorosos los demás. Con intervalos de breves minutos se acercaba la ruinosa *porte cochère* para gritar: «¡Homer! ¡Homer!», una y otra vez, en medio de las tinieblas, aterrorizada por el solitario clamor de su voz, que tan rápidamente se extinguía en medio de la lluvia.

Al cabo de un rato dejaron de oírse los lamentos que sonaban en las partes alejadas del Palacio, y la noche quedó sumida en un silencio sólo turbado por el gorgoteante rumor del agua, cuyo nivel seguía subiendo, ya que cada vez que se acercaba la señora Smiley a la *porte cochère*, comprobaba que había ascendido un poco más en la escalinata. Flotaba aún en el ambiente el perfume de la madera de sándalo destrozada, y al cabo de cierto tiempo, pese a sus esperanzas, a sus deseos y a su fe, empezó a dudar de que su marido volviese jamás, y vagamente, su cerebro se puso a considerar cómo sería su existencia sin él, especialmente ahora, después de lo que había sentido en lo más íntimo de su ser. En aquel preciso momento, surgiendo de la oscuridad, oyó su voz, que llamaba:

—¡Bertha! ¡Bertha!

Era una voz debilitada y enronquecida por el agotamiento, pero la señora Smiley se sintió desfallecer de alegría al oírla.

Un momento después, el señor Smiley se dejaba caer en el suelo de mármol, diciendo:

—No he podido acercarme a ellas. He tenido que avanzar a nado. Es repugnante. El agua se ha llenado de serpientes.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras se hundió en la inconsciencia, con la cabeza descansando en el regazo de su esposa. En el mismo instante, surgiendo de la oscuridad, apareció en el derruido vestíbulo la vacilante figura de un hombre blanco, un europeo a quien Bertha no había visto nunca hasta ahora. A la luz de un relámpago vio un rostro lívido y angosto, una larga nariz y unos ojos pequeños. Vio también que llevaba un extraño chaqué, como el que los oficiales británicos lucían en los *durbars*<sup>[39]</sup> del maharajá. El hombre tropezó con uno de los muchachos *intocables* y cayó, sin que hiciese ningún esfuerzo para volver a levantarse. Era Bates.

## VIII

Al salir de casa de Ransome, la señora Simón, agitada por un extraño cúmulo de emociones, entre las que se mezclaban la rabia, un exultante entusiasmo, la sensación de triunfo, una contenida lascivia y una tremenda confusión, guió su viejo Ford hacia el *bungalow* de la señora Hogget-Clapton, que se alzaba en el límite del campo de maniobras, a cierta distancia de la ciudad. Cuando llegó allí, la señora Simón encontró sola a su amiga, hundida con abandono en un amplio sillón, sin corsé y envuelta en un flotante *peignoir* rosa pálido, con profusión de encajes. Estaba pensando, meditabunda, en la ausencia y en el abandono en que la tenía su marido, quien se había marchado solo, como de costumbre, a Delhi, dejándola entregada al pegajoso calor de Ranchipur. No estaba bebiendo, porque había alcanzado el punto de saturación poco después de regresar de la visita a la señora Simón para comunicarle la *noticia*, y una vez alcanzado el punto de saturación, el seguir bebiendo coñac sólo servía para producirle malestar y mal humor. La mayoría de los moradores de Ranchipur sabían cuando la señora Hogget-Clapton había alcanzado el punto de saturación, porque entonces se volvía petulante y quisquillosa y, además, porque el curioso acento que había inventado para su uso personal desaparecía irremediabilmente para dar paso a su nativo *cockney*<sup>[40]</sup>. Cesaba asimismo de hablar *pukka*<sup>[41]</sup>, y hasta se sabía que, en ocasiones, estando saturada de alcohol, había utilizado expresiones como «¡Rayos y centellas!» y «¡Al diablo con eso!».

A pesar de su saturación alcohólica, su semblante se iluminó un poco al ver descender del viejo Ford a Mary Lou Simón. Inmediatamente, haciendo un mohín como si todavía fuese una cursi y linda jovencita de diecinueve años, dijo:

—Tiene que quedarse a cenar conmigo y a hacerme un poco de compañía. Sufro una terrible *migraine*<sup>[42]</sup>.

La señora Simón aceptó en seguida y envió a un criado para que avisase que el reverendo señor Simón no debía esperar a su esposa para cenar. Siempre le había lisonjeado mucho que Lily Hogget-Clapton deseara su compañía y, además, en esta ocasión iba pletórica de noticias interesantísimas: la revelación de la depravación de los Smiley, la ultrajante conducta de Fern, la descripción del interior de la casa de Ransome, que durante tanto tiempo venía intrigando a la señora Hogget-Clapton, y, sobre todo, la perspectiva —que sabía deslumbraría a su amiga— del matrimonio de Fern con Ransome. La verdad era que rebosaba de novedades capaces de hacer trepidar a la esposa del banquero, saturada o no.

La señora Hogget-Clapton había estado esperando con impaciencia una información semejante desde las cinco de la tarde, tal vez con demasiada impaciencia, y con una botella de coñac al lado. La señora Simón propuso inmediatamente trasladarse a la sala de estar, en donde sería menos probable que lo

que tenía que decirle fuese oído por algún criado descalzo.

Este aposento estaba tan abarrotado de objetos como desnudos estaban los aposentos de la casa habitada por Ransome. Se veían aquí apiñadas masas de *bric-à-brac*, bronce de Benarés, fotografías, cojines, dudosos *objets d'art*, incluyendo una ampliación fotográfica, en colores, de tamaño natural, de la señora Hogget-Clapton en la primera época de su juventud, cuando había hecho su primera aparición en escena representando *El gato con botas*. Todas estas cosas estaban esparcidas sin orden ni concierto, de modo que la sala se semejaba extraordinariamente al cerebro de la señora Hogget-Clapton en el momento en que su amiga la había visto sentada en la terraza.

Entre la revuelta colección de recuerdos, las cabezas de ambas mujeres se aproximaron y la señora Simón, sin aliento, refirió las terribles cosas que había descubierto desde que se habían visto dos horas antes. Allí las encontró poco después Harry Loder, en el momento preciso en que la señora Simón llegaba en su relato al punto en que había escrito una carta a la Junta directiva de la Misión, en Iowa, para *arreglar* definitivamente a los Smiley.

Era Harry Loder un corpulento individuo de treinta y un años, más bien bovino que musculoso, de cabellos negros y ojos oscuros. Tenía una tez magnífica, que, pese a lo mucho que bebía, había conservado su espléndido aspecto y subido color, en lugar de palidecer y adquirir una apariencia pastosa, como le sucedía a la piel de la inmensa mayoría de los europeos residentes en la India. Había sobrevivido al calor, al clima y a la bebida merced a su maciza vitalidad animal. Era un hombre sano, bastante estúpido, viril, sanguíneo y grosero. Poseía una belleza animal que impresionaba profundamente a ambas damas siempre que le veían. Entró en la estancia a paso de carga, e inmediatamente las maneras de las dos mujeres se impregnaron de cierta vivacidad. Ya entradas en la cuarentena, las dos se hallaban en estado de apreciar a un hombre como Harry Loder, que esta noche parecía más impresionante que nunca, más agitado y más encendido, más pletórico de exuberante promesa masculina.

Una vez que hubo dominado el ímpetu de toro con que había penetrado en la estancia, dijo:

—Discúlpenme por entrar de esta manera, pero ardía en deseos de ver a la señora Simón —y dirigiéndose a la señora Hogget-Clapton, añadió—: Lo siento, pero es un asunto muy importante.

Comprendieron ambas mujeres que también él se había *enterado*.

—Hable usted —invitó la señora Simón—. La señora Hogget-Clapton está al corriente de todo.

Viendo a Harry Loder, su determinación de casar a Fern con Ransome flaqueó un poco. Después de todo, aunque no fuese tan rico como Ransome ni de tan buena

familia, tenía otras cosas nada desdeñables... Y era mucho más fácil de atrapar. Le hubiera preferido para sí misma (casi llegó a admitirlo), pero no siendo posible eso..., entonces Fern...

—Se trata de Fern —dijo Harry, mientras se le dilataban las alas de la nariz y respiraba con fuerza.

—Sí, sí, lo supongo —dijo la señora Simón, quien, en voz baja, como correspondía en tales circunstancias, añadió—: Ha sido la señora Hogget-Clapton quien me lo ha dicho.

Sacó el pañuelo y, aunque sus ojos estaban perfectamente secos, hizo la pantomima de que se enjugaba unas lágrimas. Su corazón empezó a latir con singular excitación cuando Harry Loder, casi con el acento de un antiguo hidalgo meridional, gritó:

—¡Le pegaré un tiro a ese miserable! ¡Esas cosas no se hacen!

—No —intervino la señora Hogget-Clapton, con prudencia de beodo—. No puede usted hacer eso.

—¿Por qué no? —rugió Loder.

—En consideración a quien es —continuó diciendo la señora Hogget-Clapton, cuyas ideas se aclararon un poco—. No se trata de un vulgar soldado ni siquiera de un oficial subalterno.

—Supongo que se refiere usted a que es hermano de un maldito conde, ¿verdad?

—¡Capitán Loder!

Le ruego me perdone. Me he dejado llevar de mis impulsos.

La excitación de la señora Simón creció de punto ante el hermoso espectáculo que ofrecía aquel ejemplar masculino consumo de iracundos celos, y olvidándose incluso de Fern, exclamó:

—En mi región natal, a hombres así los llaman conquistadores de negras.

Y entonces, como una venganza divina, se produjo el terremoto, fragorosamente, con tremendo estrépito, causado por la caída de tantos bronces y tanto *bric-á-brac* como tenían alrededor. Ambas mujeres empezaron a chillar, y, sin dejar de gritar, fueron empujadas a la terraza, en donde la señora Hogget-Clapton se desmayó prontamente. Mientras su amiga y Harry Loder se esforzaban por reanimarla, la inundación se precipitó por el valle que se extendía a sus pies, ahogando con su bramido el distante y plañidero clamor que se había levantando en la ciudad, y cuando la señora Hogget-Clapton alzó la cabeza por primera vez y gimió débilmente, Harry Loder pensó que su puesto estaba en el cuartel, en donde acaso hubiesen ocurrido toda suerte de horrores, y no aquí en esta terraza, junto a dos cuarentonas histéricas. Así, pues, le dijo a la señora Simón:

—Ahora que ya se ha recobrado, yo me vuelvo al cuartel.

Pero la señora Simón gritó:

—¡No, no! ¡No puede dejarnos así!

—Mi deber está allí. Quédense ustedes aquí y volveré a buscarlas tan pronto como me sea posible.

La señora Hogget-Clapton clamó que no la dejase; pero ahora la señora Simón, un tanto embriagada por el espectáculo de Harry Loder en plena acción varonil, dijo:

—No, Lily, déjele ir.

Y, dirigiéndose a Loder, añadió:

—¡Váyase! ¡Váyase a cumplir con su deber!

El capitán partió apresuradamente, y hasta los oídos de la señora Hogget-Clapton llegaron los extraños y horribles rumores procedentes de la ciudad que se extendía a sus pies.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es la gente que grita —contestó la señora Simón, y, volviéndose hacia el lugar en donde había estado Harry Loder, exclamó—: ¡Váyase! Su puesto está en el cuartel.

Pero el capitán ya se había marchado.



## IX

Bordeando los límites de la inundación, Harry Loder condujo su viejo y asmático Morris a través de la lluvia, unas veces siguiendo la carretera y otras cruzando los encharcados campos, pues conocía perfectamente cada pulgada de terreno, lo conocía hasta la saciedad, hasta sentirse enfermo ante aquella monotonía, incluso ahora, que estaba bastante excitado. Mientras avanzaba, se sintió presa del terror, no del temor a la muerte, que no lo había experimentado nunca, sino de una especie de temor vago e indescriptible, como el pánico de un ciervo asustado en la selva, el miedo a algo que no comprendía. Era el horror a aquella maldita e incesante lluvia, a la lujuriente vegetación, a las fiebres, a las serpientes, al odio que a veces percibía por todas partes en torno a él, horror a la húmeda calma que precedió al terremoto, y temor incluso a sus tropas indias, tan suaves y obedientes bajo su mano de hierro; pero, al mismo tiempo, de uno u otro modo, tan evasivas e insolentes y tan desleales en espíritu. Era temor al paisaje mismo, al que ya no podía ver tras aquella cortina de lluvia, y a los árboles, cuyas ramas parecían inclinarse hacia el amarillento círculo luminoso proyectado por los faros para arrancarle del coche.

Comprendía ahora que era víctima de una profunda excitación nerviosa desde hacía mucho tiempo. Recordaba que tal estado se había apoderado de él de una manera definida por primera vez tres años atrás, aunque estaba convencido de que se había insinuado bajo la superficie de su saludable piel mucho tiempo antes, desde el momento mismo en que había llegado a la India y había empezado a odiar sus olores, incluso el agradable perfume del jazmín y de las especias, que otros hombres, cuya salud estaba quebrantada hacía largo tiempo, encontraban nostálgico y agradable. Desde el primer momento había odiado todo aquello, y, sobre todo, detestaba con todas sus fuerzas a los indios mismos. Cuando pensaba en ello, no encontraba ni uno solo en quien confiar. No era capaz de comprenderlos. Hindúes o musulmanes, eran lo mismo para él. Si se los trataba como debía tratarlos un soldado, aquellos astutos demonios encontraban modo de hacerle a uno sentirse inferior, como si uno fuese una especie de animal semisalvaje. Llevaba soportando todo aquello diez años, odiando al país y al paisaje y a sus moradores, enfermo de nostalgia por Devonshire y suspirando continuamente por encontrarse en Birmania, que, al menos, era verde o lozana, o en Shangai, o en cualquier maldito lugar, menos en la India. Aquella India que ni siquiera había quebrantado su salud, el punto vulnerable de la mayoría de los hombres, pero que le había apuñalado por la espalda, sutilmente, minando el sistema nervioso de un hombre que nunca había tenido nervios. Ni siquiera la caza de jabalíes y panteras, ni siquiera el placer de matar, que hervía constantemente en su sangre, ese placer que se experimenta al dar una hábil lanzada o hacer un blanco perfecto con un rifle poderoso, era capaz de compensar lo otro: aquel horrible terror innominado que

le había venido devorando desde hacía tanto tiempo. En cierta ocasión en que había estado cazando panteras en las colinas situadas más allá del monte Abana, había, sufrido un leve acceso de fiebre y había tenido una espantosa pesadilla. Soñó que mataba infinidad de panteras, una tras otra, hasta que tuvo delante de sí un enorme montón de cadáveres y sus brazos doloridos y fatigados no podían seguir sosteniendo el rifle. Las fieras continuaron saltando sobre él desde lo alto del montón de cadáveres, hasta que, por último, cuando le faltaron fuerzas para disparar, una pantera saltó sobre él y le derribó al suelo. En su pesadilla, cada una de aquellas panteras era la India.

Conduciendo el coche cada vez a mayor velocidad por la carretera, su terror dominaba incluso a la rabia que sentía porque Ransome hubiese conseguido a Fern antes que él, rabia que se las había arreglado para convertir de un sentimiento de celos y vanidad ofendida que en realidad era, en otro de virtud y honor ultrajados, con la peculiar hipocresía de quienes viven según lo que se ha dado en llamar un «código». Olvidó incluso que él había planeado hacer lo mismo y que, si no lo había hecho, había sido simplemente porque la muchacha le había rechazado. Su vanidad experimentaba una especie de dolor físico ante la idea de que semejante muchacha, hija de unos vulgares misioneros, hubiese preferido un maldito borracho como Ransome a un hombre como él, a quien se le rendían inmediatamente la inmensa mayoría de las mujeres. Mas, a pesar de su furia y del temor que le atenazaba, comprendió que la señora Hogget-Clapton tenía razón. No podía matar a Ransome. No era digno de ello, ni tampoco aquella casquivana. Después de todo, tenía que pensar en su porvenir, y lo que le hubiese ocurrido a Fern carecía de importancia. Ahora ya no le interesaba, pero su vanidad necesitaba un bálsamo. No, no mataría a Ransome, pero le daría su merecido en la primera oportunidad que se presentase.

A la luz de los faros vio el poste blanco que señalaba la bifurcación de la carretera con el camino del hipódromo. Ya faltaba poco para llegar al cuartel. En el mismo instante oyó gritos y salvajes lamentaciones, y de nuevo se apoderó por completo de él aquel terror innominado que le llenaba de profundo malestar. «Tal vez se hayan sublevado —pensó—. ¡Quizá estén asesinando a los muchachos!». Un instante después, las luces del coche, proyectándose en la nueva dirección, iluminaron el lugar donde debía alzarse el cuartel, pero allí no había más que un inmenso montón de escombros entre los que sobresalían, aquí y allí, trozos de vigas rotas y astilladas. Oyó los frenéticos gritos de los soldados indios, yendo de un lado para otro como hormigas, bajo la lluvia torrencial, tratando de retirar los escombros de piedras y argamasa, y, al mismo tiempo, pensó: «Ahí estaba el alojamiento de los oficiales. Seguramente se encontrarían todos en él y habrán quedado sepultados... Cruikshank, Culbertson, Bailey, Sampson...». Los soldados corrieron hacia él, bañados por la luz de los faros, y empezaron a decirle cosas en un lenguaje incomprensible. Harry Loder

exclamó para sus adentros: «¡Maldito país! ¡Condenado y maldito país!», y estalló en sollozos.

Sin parar el motor, saltó a tierra y gritó en indostaní:

—¿Dónde está el teniente Bailey? ¿Dónde están los oficiales?

Los tres hombres que se habían acercado a él corriendo ya no gritaban, estaban paralizados y mudos, iluminados a medias por el círculo de luz que proyectaban los faros. Al fin, uno de ellos, el sargento Pashat Singh, ahogándose, balbució en indostaní:

—Está ahí debajo. Todos los *shahibs* están ahí debajo. La casa se desplomó sobre ellos.

Los hombres empezaron a emitir unos sonidos incomprensibles y a hacer repetidas zalemas de la manera menos militar del mundo, como si, de algún modo, se sintiesen responsables del desastre.

—¡A trabajar, cerdos malditos! —gritó Loder—. ¡A trabajar! ¡Sacadlos de ahí!

Gritaba y juraba para disimular sus sollozos, porque sus hombres no debían darse cuenta de que él, un soldado británico, estaba sollozando; pero era incapaz de contenerse, ni siquiera poniendo en tensión todos los músculos de su cuerpo. Aquellos sollozos eran un verdadero paroxismo físico que le sacudía de pies a cabeza, espasmódicamente, y, entre paroxismo y paroxismo, tiritaba bajo sus ropas empapadas. Rogó mentalmente: «¡Dios mío, ayúdame a dominarme! ¡Ayúdame, Dios mío!». Nunca había experimentado un terror semejante desde que, siendo un niño de cuatro años, aquel perrazo había saltado a su cuna en medio de la noche, en casa de su tío, en Surrey.

Al llegar corriendo junto a la enorme masa de piedras, comprendió que era inútil apresurarse en sacarlos de allí... Era imposible que hubiese nadie con vida bajo aquella masa de piedras, vigas y argamasa... Cruikshank, Bailey, Culbertson, Sampson... No volvería a verlos vivos.

Teniendo a su lado a Pashat Singh, empezó a arrancar piedras del montón, extraídas mucho tiempo atrás de las entrañas de aquel eterno monte Abana. Trabajaba ferozmente, sin seguir un plan, sollozando y maldiciendo, y, de pronto, tropezó con el piano, aquel pobre, lastimoso y endeble piano, arruinado por el calor y la humedad, que Cruikshank solía tocar al anochecer, después de la cena. «Quizá estuviese tocando —pensó Loder—. Tal vez le encontremos aquí». Y súbitamente hallaron el cuerpo del pobre Cruikshank, debajo del destrozado piano, un cuerpo aplastado, mutilado, ensangrentado, sin el más leve vestigio de vida. Apretando convulsivamente ambos puños, Loder los alzó contra el cielo lluvioso, agitándolos frenéticamente y gritando:

—¡Maldito país! ¡Condenado y horrible país!

## X

Durante largo tiempo después de la partida de Loder, las dos cuarentonas permanecieron juntas, arrebujadas en el suelo de la terraza. La señora Hogget-Clapton sollozaba histéricamente y la señora Simón se esforzaba por reconfortarla. Finalmente, agotada por tantas emociones, se quedaron silenciosas, escuchando, aguzando el oído ante los distantes rumores que llegaban hasta ellas desde la ciudad asolada, amortiguados y espantables a través de la lluvia, como si pudieran leer en ellos y adivinar lo que había sucedido. La señora Simón, en voz baja, dijo:

—¿Qué les habrá pasado a los muchachos..., y a Hazel y a mi esposo?

La señora Hogget-Clapton, a su vez, comentó:

—¡Gracias a Dios que Herbert no está aquí! Sus nervios no hubieran aguantado esto.

—Tengo que volver a casa. Creo que podré conducir el coche. La señora Hogget-Clapton estalló de nuevo en un llanto alcohólico.

—¡No me deje! ¡No puede abandonarme!

—Déjeme a su chofer.

—No puedo moverme. No puedo levantarme. Llámeme usted. Llame al criado.

La señora Simón dio unas palmadas, pero nadie respondió. Después se esforzó por gritar el nombre del muchacho, débilmente al principio, después con más fuerza cada vez, a medida que su terror aumentaba.

—¡Dalji! —gritó una y otra vez—. ¡Dalji! ¡Dalji! Al no obtener respuesta, se quedó callada, paralizada por un terror peor aún que el que había experimentado en el momento de producirse el terremoto. A su lado, la «duquesa», la esposa del director del Banco de Ranchipur, emparentada con una familia condal de Shropshire, con un acento que había inventado para su uso personal, empezó a chillar de nuevo, esta vez en *cockney*. Ya no era la «duquesa», sino la vulgar beldad de hacía muchos años, cuando Herbert Hogget-Clapton se casó con ella cegado por la pasión, la debilidad y la inocencia, arruinando así su carrera; una mujer a la que dejaba en Ranchipur porque le avergonzaba presentarse con ella en Delhi, ahora que la belleza de ella había desaparecido y su propia pasión había muerto. Las dos cuarentonas, una de Unity Point, Mississippí, y la otra de Putney, permanecieron allí estrechamente unidas, abandonadas, aterrorizadas, olvidadas.

## XI

Los sólidos y antiguos muros del Palacio de verano se resquebrajaron al primer choque del terremoto, sosteniéndose un momento en pie en virtud del enorme peso de su masa, para vacilar en seguida y desplomarse, irremediablemente: la parte oriental del edificio hacia dentro y la parte occidental hacia afuera, sobre la ornamentada *porte cochère*, encima de los macizos de cañacoros y geranios. El muro oriental sepultó a la señorita De Souza, la enfermera, a las dos aterrorizadas doncellas de lady Heston y a los cuatro criados indios, mientras el occidental ponía fin a la existencia de los dos *sikhs* y del portero que custodiaban la entrada. Los criados que escaparon con vida huyeron de la casa y atravesaron el parque en dirección al bazar, en donde los sorprendió la inundación, arrastrándolos a la muerte en medio de una enorme masa de agua, cadáveres y restos de casas destrozadas. Solamente quedó con vida lord Heston, en su lecho de madera de teca con incrustaciones de nácar, en la parte de Palacio que se sostuvo en pie. Una pared y parte del techo se habían hundido y la lluvia del monzón penetraba implacable en la habitación, azotándole el rostro, empapando las ropas de la cama, arrancándole por un momento a la inconsciencia del delirio en que había estado sumido durante catorce horas, retorciéndose en el lecho, aullando a los fantasmas que le atormentaban, ora encogiéndose temeroso, ora tratando de arrojarse al suelo de la habitación, pues la fiebre y los dolores que sufría eran tan violentos que le hacían conducirse como un loco. Dos horas antes del terremoto habían empezado a hinchársele las glándulas de la ingle, mientras los terribles bubones hacían su aparición en las axilas y en la garganta. Con ellos se presentaron los lancinantes dolores que, rompiendo incluso la barrera de morfina que el mayor Safka había levantado entre él y el tormento, le habían devuelto, en virtud de su espantosa violencia, una especie de consciencia de la realidad, lo que le permitió darse clara idea de su propia miseria y agonía.

Despertándose ahora lentamente en breves intervalos de consciencia, bajo la acción de la lluvia torrencial, creyó al principio hallarse de regreso en su lujosa mansión de Hill Street y que se habría roto una tubería en la habitación de encima. Intentó llamar a Bates, pero el delirio se apoderó nuevamente de él, lanzándole a un mundo horroroso, poblado de espantables figuras. Sin embargo, cada vez que recobraba por un instante el conocimiento, su cerebro iba comprendiendo las cosas con un poco más de claridad, y, siendo los intervalos conscientes cada vez más prolongados, llegó un momento en que comprendió claramente, al percibir el resplandor de la incendiada ciudad, que se hallaba en un lugar extraño, en una habitación derruida y desconocida y que el agua que azotaba su rostro no provenía de una tubería rota, sino del mismo cielo, de un cielo cubierto de densas nubes que reflejaban el resplandor de la ciudad en llamas. Las ardientes nubes parecían

aplastarle contra el lecho, mientras en las axilas y la ingle sentía un dolor desgarrador, como si le triturasen, y oía en la distancia un clamor quejumbroso, como de almas atormentadas.

Intentó otra vez gritar el nombre de Bates, pero descubrió que de su boca no salía ningún sonido. Se la notaba repleta de alguna sustancia que, cuando trataba de hablar, parecía ahogarle. Lentamente fue comprendiendo que no podía hablar porque aquella curiosa sustancia era su misma lengua, tan inflamada ahora, que le llenaba por completo la boca. Frenético, casi delirando, pensó: «Estoy muerto. Y ya me encuentro en el infierno». Y un horror inmenso se apoderó de todo su ser.

Compasivamente, el delirio se posesionó de él durante algún tiempo, un delirio poblado de horrores menos crueles que el horror del dolor consciente y de aquella lengua monstruosamente hinchada. Estuvo agitándose y debatiéndose en el lecho hasta que la morfina, cesando nuevamente de producir efecto, retirándose como en oleadas, liberó una vez más su conciencia, y lord Heston trató de llamar a Bates, sin que de su boca brotase sonido alguno. Finalmente, un poco antes de la medianoche, desaparecieron por completo los efectos de la morfina, dejando perfectamente despejado el cerebro del enfermo, aunque presa de unos dolores tan espantosos que se clavaba las uñas en el cuerpo, como si desgarrándolo con sus propias manos encontrase un poco de paz en su agonía. A cada latido de su vigoroso corazón, el dolor le asaltaba y se desvanecía espasmódicamente, y, en los intervalos entre espasmo y espasmo, lord Heston fue adquiriendo, poco a poco, plena conciencia del lugar en que se hallaba y de cómo había llegado allí. Deseaba gritar: «¿Dónde estáis? ¿Por qué me habéis abandonado todos en este infierno?». Y entonces recordó la conversación con el maharajá acerca de los caballos y la conversación con el *dewan* acerca de las fábricas. Con más claridad aún, recordó la disputa con Edwina, y esta vez quiso gritar no el nombre de Bates, sino el de su mujer, pensando: «No puede dejarme aquí de esta manera. No me odia hasta ese extremo. No la creo capaz de hacer semejante cosa». Pero de nuevo se contrajo su garganta y los músculos de su mandíbula se endurecieron desesperadamente, sin que de su lengua inflamada surgiera ningún sonido. Después, semidelirante, semiinconsciente, empezó a revivir episodios de su vida: los tiempos en que, siendo todavía un muchacho, salía de Liverpool en su bicicleta los días festivos para ver cómo los miembros de la alta burguesía inglesa, vestidos con sus rojas casacas, salvaban a caballo setos y zanjas; el día del altercado definitivo con sus padres, cuando se había marchado a Londres para no volver a verlos nunca más; los tiempos de su estancia en Macassar y Borneo, y después en los estados malayos, cuando, siendo ya un joven que hacía proyectos para el futuro, había vendido cuchillería y relojes baratos, sin dejar de observar a la gente y de estudiarla astutamente. Entre cuchilladas de torturante dolor y momentos de delirio, volvió a experimentar aquella sensación de triunfo, mezclado de amargura y

desprecio hacia sus semejantes, que le invadía cada vez que embaucaba a uno de ellos o daba un golpe brillante. Llegó, por último, en sus recuerdos, a este viaje final, a esta India a la que tanto odiaba; esta India que estaba siendo arruinada como magnífico mercado solo porque en el Departamento para la India había hombres lo bastante estúpidos para rehusar tratar al pueblo indio con aspereza, como es preciso tratar siempre a aquellos de quienes se quiere obtener algún provecho; esta India detestable, en donde había hombres como el maharajá y aquel ladino *dewan*. Todo esto pasó vertiginosamente por su cerebro, aturdido y confuso, atormentado por el dolor y la miseria adicional de los escalofríos que le producía la lluvia que le empapaba. En un momento de visión más clara, pensó: «No debo morir todavía. No debo morir hasta que haya hecho todo lo que me propongo hacer..., hasta que le haya arrancado a este maldito mundo todo lo que me debe». No, no quería morir hasta que hubiese acumulado más riquezas y más poder y hubiese escrito todos aquellos artículos de fondo con los que sus periódicos aplastarían a aquellos malditos bolcheviques y a aquellos pobres diablos que tanto clamaban por la paz. ¿Quién quería la paz? ¿Quién había sacado nunca provecho alguno de la paz? Aquella maldita Liga de Naciones... Frenéticamente, pensó: «Tengo que salir de aquí... Tengo que marcharme de aquí».

Incorporándose en la cama merced a un desesperado esfuerzo, trató nuevamente de que su lengua, horriblemente hinchada, articulase el nombre de Bates. Luchando ferozmente con su propio cuerpo, consiguió trasladarse hasta el borde del lecho, en donde volvió a clavársele en la ingle aquel horrible cuchillo dentado, revolviéndose en su interior en todos sentidos, mientras terminaba de deslizarse hasta el suelo, con todos los músculos de su organismo contraídos por el lancinante dolor. Cuando este se amortiguó un poco y solo quedaron los violentos latidos de su corazón de toro, que no quería dejarle morir, volvió a apoderarse de él la misma obsesión: «Tengo que salir de aquí... Tengo que marcharme de este maldito lugar y de este condenado país». Y, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, luchó penosamente por llegar a la puerta.

Avanzó, pulgada a pulgada, bajo la lluvia torrencial, sobre la roja alfombra turca. Por dos veces se desplomó, apuñalado de nuevo en la ingle, las axilas y la garganta por aquel espantoso cuchillo, por aquellas bacterias, aquellos horribles seres microscópicos que le estaban devorando en vida. Alcanzó, por último, la puerta y, con un momentáneo resurgir de su monstruosa vitalidad, se fue levantando lentamente hasta quedar, finalmente, en pie, sacudiendo el dorado picaporte. Pero la puerta no se movió, porque detrás de ella se amontonaban toneladas de piedras y vigas, entre las que yacían los cuerpos destrozados de la señorita De Souza y de las dos doncellas de Edwina. Frenéticamente, trató de violentar la puerta, ahogándose al mismo tiempo por los desesperados esfuerzos que realizaba para conseguir que su inflamada lengua gritase: «¡Socorro! ¡Salvadme! Soy lord Heston..., el grande y

poderoso lord Heston. Os pagaré lo que queráis. Os daré cuanto poseo, pero sacadme de aquí. ¡Socorro! ¡Salvadme!».

Pero la lengua seguía muda, tan borrosamente hinchada ya, que había empezado a producirle la asfixia. Entonces, en medio de su feroz delirio, tuvo una repentina visión del rostro de Bates, frío, lívido, húmedo, lleno de odio y desprecio. El picaporte se desprendió súbitamente, y, en un paroxismo final de indescriptible dolor, el pesado cuerpo de lord Heston se desplomó, perdido el equilibrio, yendo a chocar violentamente su dolorida y ardiente cabeza contra el mármol del lavabo Victoriano. Y entonces, más allá del dolor, más allá del delirio, piadosamente, quedó tendido, definitivamente inmóvil, bajo los resplandores de la ciudad en llamas, sobre la empapada y roja alfombra turca, azotado por la lluvia torrencial del monzón.



## XII

Fue el barrio de los *intocables* el que más sufrió a causa de la catástrofe, ya que se extendía en la zona más baja de la ciudad, al lado del río, frente a las piras funerarias, y sobre él se abatió no solo la enorme masa de agua, sino todo el alud de árboles destrozados, casas destruidas y cadáveres que el torrente llevaba en su iracundo seno.

Cuando se produjo el terremoto, el señor Jobnekar, llevándose consigo a su esposa y a sus tres lindos hijos, había bajado a la pequeña plazoleta para unirse a la multitud que se había congregado inmediatamente allí; pero, antes que hubiese podido empezar a hablar ni siquiera a los más cercanos, con el fin de tranquilizarlos, se oyó el distante rugir de las aguas y, por encima de él, aquel curioso y ahogado clamor de terror que descendía de la ciudad; no el clamor de mil voces separadas aullando de espanto, sino el grito de una sola voz, como si la ciudad entera hubiera visto avanzar hacia ella la destrucción y hubiese clamado al unísono en su agonía.

El señor Jobnekar, de percepción más rápida, más inteligente y educado que los demás, comprendió el significado de aquel clamor y gritó:

—¡Una inundación! ¡Una inundación! ¡A los tejados!

El grito corrió de boca en boca, extendiéndose en todas direcciones, hasta que las voces de la multitud congregada en la plaza de los *intocables* se unió al espantado clamor que se elevaba en la parte alta de la ciudad. Cogiendo en sus brazos a dos de sus hijos, mientras su mujer llevaba al más pequeño, el señor Jobnekar y los suyos se precipitaron de nuevo en la casita rosada, con los visillos de encaje de Nottingham, subieron apresuradamente un tramo de la escalera, luego el otro, y llegaron finalmente a la pequeña azotea. Numerosos vecinos subieron igualmente la escalera en pos de ellos, lanzando gritos de terror. Una multitud de personas enloquecidas por el pánico los imitó, apretujándose en la azotea hasta la sofocación. Varios niños desaparecieron, pisoteados por la enloquecida multitud. El señor Jobnekar apenas tuvo tiempo para atraer cerca de sí a su esposa y proteger entre los dos a los tres llorosos niños, cuando el desbordado torrente, con un horrísono tronar, irrumpió en la plaza, barriendo una casa tras otra, aplastando con su masa de despojos y cadáveres, a los escasos desgraciados, hombres, mujeres y niños, que habían quedado allí. El señor Jobnekar comprendió instantáneamente que no había ninguna esperanza y trató desesperadamente de rodear con sus brazos a su mujer y a sus tres llorosos hijos, ofreciendo la espalda al torrente en un último gesto de protección. Cuando la inundación chocó contra la casa, esta se bamboleó, crujiendo y resquebrajándose, y casi instantáneamente el extremo del edificio se desplomó con toda su carga de aterrorizada humanidad, en seguida, el resto de la casa cedió lentamente, como un animal herido que cayese de rodillas, y el señor Jobnekar, su mujer y los tres aterrorizados y llorosos niños se hundieron lentamente con ella en el torrente. En el

momento en que las aguas se cerraban sobre su cabeza, estrechó contra su pecho a los niños que tenía más próximos, como si quisiese confortarlos y tranquilizarlos, mientras pensaba: «No debo morir todavía, cuando hay tanto por hacer...».

Cuando el impetuoso torrente se alejó por la llanura, en dirección al monte Abana, no quedaba en pie ni una sola casa en todo el barrio de los *intocables*.

## XIII

Durante los veintitrés años transcurridos desde el día en que fue terminada la presa, quedando como una de las maravillas de la India, la falta había permanecido oculta. Durante veintitrés años, el maharajá en su orgullo, el *dewan* con su sagacidad, Raschid, ministro del Interior, el señor Jobnekar, los consejeros de Estado y la gente humilde de Ranchipur habían creído en la gran presa con una fe semejante a la que tenían en las colinas circundantes y en el inmutable desierto que se extendía al otro lado de las mismas, como la fe que tenían en el sagrado monte Abana, elevándose, eterno, hacia el cielo, coronado de blancos templos que se destacaban contra el ardiente cielo indio. Porque en el corazón de todos ellos, con la sola excepción, quizá, del anciano *dewan*, tan viejo como el tiempo, latía una especie de fe mística y pueril en los milagros que eran capaces de obrar los ingenieros de Occidente..., cosas que ningún indio podría concebir ni ejecutar jamás. ¿No eran ellos quienes habían construido los enormes diques del Norte y los gigantescos puentes sobre el Ganges y el Brahmaputra? ¿Y en quién de ellos se hubiera podido confiar más que en el suave y persuasivo Aristide de Groot, el hombre que, según él mismo, había construido tantos diques, puentes y fábricas en Suiza, Austria, Italia, Suecia, Brasil y China?

Después que nueve mil personas perdieron la vida en la gran inundación, hubo en Ranchipur quienes se acordaron de Aristide de Groot y hasta de las sospechas, parcialmente imaginarias, que habían abrigado contra él, en el sentido de que no debía de ser lo que él afirmaba, es decir, suizo, ni ninguna otra cosa muy definida, sino sencillamente un hombre sin patria, un aventurero y un embaucador. Le recordaban como un hombre rechoncho y atezado, que ya hablaba media docena de idiomas cuando llegó a Ranchipur y que aprendió el hindustani y el *gujerati* con sorprendente rapidez. Su compañía resultaba plausible y hasta atrayente. No tenía prejuicios de raza, credo o color, y poseía una lengua agilísima, como la de la víbora de Russell. Una o dos personas inteligentes, como el *dewan* y la maharaní, a veintitrés años de distancia, se acordaba de Aristide de Groot como si solo hubiera sido un par de ojos, unos ojos fríos como los de la mortífera *krait*, unos ojos que, como los de esta, contemplaban a todos los hombres como víctimas en potencia. Pero su lengua viperina había sido lo bastante untuosa para persuadir no solo a las gentes, humildes y a personas buenas y sencillas como el maharajá, sino a hombres de tanto mundo como el propio virrey, de su calidad de gran ingeniero.

Después del desastre, cuando las primeras noticias de sus horrores llegaron a conocimiento del *dewan*, rodeado de su innumerable familia en Poona, el anciano, acariciándose con sus delgados dedos la luenga barba blanca, pensó tristemente: «La presa debía de tener algún defecto. Apenas puedo recordar a ese De Groot sino por los ojos. En aquellos ojos se escondía toda la tragedia de la codicia europea».

Sentado en el fresco jardín, comprendió que debía haber confiado en un instinto que no le había fallado nunca, pero de poco servían ahora estas reflexiones. Después de una mañana de meditación, el recuerdo de aquellos ojos de *krait* le hizo pensar: «Hombres así deberían ser aplastados como serpientes. Y si no se los aplasta, Occidente ha concluido. Se destruirá a sí mismo». Allí sentado, inmensamente sabio e inmensamente viejo, este pensamiento no desagradó al *dewan*. Pero los recuerdos de antiguas sospechas no sirvieron para devolver la vida a los nueve mil hombres, mujeres y niños que habían perecido en la catástrofe, ni para salvar de la destrucción todo lo que le había costado al maharajá más de cincuenta años de lucha y de permanente desvelo.

Las deficiencias de la presa eran cosa que nadie podía demostrar, y menos aún en un tribunal, ante el cual Aristide de Groot se presentaría rodeado de ricos y corrompidos abogados. Y siempre estaría el hecho del terremoto que había acompañado a la inundación como una excusa para justificar el hundimiento de la presa. Sin embargo, cuando, pasada la inundación, el gran embalse quedó vacío, fue fácil comprobar que la construcción de la destruida presa había sido deficiente, que los refuerzos y la armazón de acero habían sido insuficientes y que se había utilizado en la obra arena del mar, impura y saturada de sal, porque estaba más a mano y resultaba más barata. Era imposible probar que alguna de estas cosas hubiera sido responsable de la catástrofe. El veredicto más desfavorable que hubiera cabido esperar no iría más allá de la afirmación de que Aristide de Groot había demostrado ser un mal constructor, y semejante veredicto habría dejado indiferente a De Groot, porque este tenía otros hierros en el fuego y hacía ya mucho tiempo que había olvidado el hecho de que hubiese sido alguna vez ingeniero contratista.

Fue el Gobierno británico el que descubrió en todos sus detalles la carrera del célebre Aristide de Groot, desde los días relativamente magros en que había construido la gran presa de Ranchipur. Quienes habían recibido el encargo de llevar a cabo la investigación descubrieron que ya no era un ingeniero propiamente dicho, cosa que en realidad no había sido nunca, y que hacía mucho tiempo que había abandonado toda pretensión en ese sentido. Ahora tenía grandes intereses en empresas petrolíferas, moneda extranjera, municiones y negocios aún más turbios. Sobre la miseria de naciones en bancarrota y la muerte de muchos hombres, había levantado una fabulosa fortuna, cuyos hilos eran muy vagos y difíciles de seguir. Parte de ella la tenía en Nueva York, parte en Londres, un poco en París, algo en Ámsterdam y parte en Suecia. El Gobierno británico descubrió que detrás de una docena de pequeñas guerras y revoluciones y de diversos desórdenes, se había cernido siempre la siniestra presencia del hombre con ojos de *krait* y lengua de víbora de Russell, un hombre dotado de un genio extraordinario para crear mercados donde colocar fusiles, granadas, cañones y ametralladoras. También descubrió el Gobierno

británico que aquel hombre había estafado a un Gobierno chino *de facto*<sup>[43]</sup> la suma de dos millones de libras en un contrato para suministrar municiones, que había introducido armas de contrabando en Afganistán, que había sostenido misteriosas relaciones con el Hitler de los primeros tiempos y que poseía intereses en una poderosa organización clandestina dedicada al tráfico de estupefacientes.

Casi inmediatamente, Aristide de Groot se convirtió en el «hombre misterioso», tan grato a los periodistas, siempre a la caza de alguno, y el personaje no tardó en desaparecer de su *château*<sup>[44]</sup>, situado en las proximidades de Compiégne, disimulada la fisonomía tras unas gafas oscuras, para ir a pasar unas vacaciones en Perú. De todos modos, no hubiese tenido necesidad de tomarse la molestia de huir, ya que el Gobierno británico descubrió en seguida que no había mucho que hacer contra Aristide de Groot, puesto que contaba entre sus amigos más íntimos a demasiados *estadistas*, senadores y banqueros de los países continentales. Se hallaba tan perfectamente protegido como es posible estarlo. No sin cierta sorpresa, el Gobierno británico supo que cuatro o cinco personajes importantes de Londres, incluyendo a lord Heston y a su rival periodístico, lord Skillington, habían pasado muchos fines de semana con Aristide de Groot en su yate, en su *château* de Compiégne y en su casa de Biarritz. El Gobierno británico llegó a la conclusión de que la tragedia de Ranchipur se podía considerar incluso como uno de los crímenes menores de Aristide de Groot; pero ni siquiera en este caso era posible hacer nada, a menos que, como escribió lord Skillington (que sobrevivió a lord Heston) en uno de sus famosos artículos de fondo, «estemos dispuestos a desencadenar el espíritu de bolchevismo para que realice su acción demoníaca sobre las desamparadas mujeres y las campiñas de Inglaterra». De pronto, todo el mundo comprendió que, cuanto menos se hablase de Aristide de Groot, mejor sería. Y, al poco tiempo, este regresó de Perú para reunirse con la esposa, a quien, muchos años atrás, había encontrado en un burdel de Trieste, e instalarse en su espléndido *château* Luis XIII, no lejos de la puerta donde había sido capturada Juana de Arco.

Y, de todas formas, no era cuestión que importase grandemente a una cristiandad atormentada por sus propias y enconadas heridas el que nueve mil paganos hubiesen quedado destrozados y ahogados en pocos minutos, ni que Ranchipur, el Estado mejor regido de Oriente, hubiese quedado quebrantado por el desastre para toda una generación. Todo aquello estaba muy lejos, aunque alarmanamente más próximo que medio siglo antes. No obstante, sí estaba lo bastante lejano para que el cataclismo no viniera a sumar su angustia a la carga de amenazas y conferencias, guerras civiles, alianzas secretas, intrigas, codicia, fanatismo, amargura y odio que envenenaban el depósito de la civilización occidental.

La presa, en cierto modo, había sido una especie de símbolo: el símbolo de la fe oriental en las realizaciones prácticas y la honestidad de Occidente, en su

organización y su superioridad, una fe que, como la presa misma, hacía largo tiempo que se había resquebrajado y hundido.

## **TERCERA PARTE**

## I

En el frágil balconaje de madera que rodeaba el segundo piso de la casa del señor Bannerjee, Edwina y Ransome esperaban la rápida aurora india. Desde allí, a través de los claros en la masa de *pipales*<sup>[45]</sup> y banianos, se divisaba la parte de la ciudad, inundada y en llamas, que se extendía sobre la depresión de terreno situada entre ellos y el gran Palacio. La mayoría de los incendios habían sido rápidamente sofocados por la lluvia torrencial o por la misma inundación, pero tres o cuatro de los edificios más importantes —a Ransome le pareció que se trataba del mercado Central, el Tribunal de Justicia y las oficinas de la Administración Central— seguían ardiendo inconteniblemente, proyectando hacia lo alto repentinas llamaradas, cuyos siniestros y amenazadores resplandores se reflejaban en las densas nubes que encapotaban el cielo. El extraño clamor de toda una ciudad gimiendo al unísono fue apagándose gradualmente, hasta que reinó un profundo silencio sólo turbado, de cuando en cuando, por un distante y solitario grito de angustia y frío terror, semejante al aullido de los chacales cuando salían de la selva por las noches en busca de presas.

—Voy a buscarte un chal —dijo Ransome—. Es una locura que permanezcas aquí con solo ese vestido. Te calarás hasta los huesos. No puedes figurarte lo que son estas lluvias del monzón. El estar bajo techado no significa nada. La humedad lo penetra todo.

Hablaba con toda naturalidad, como si, en lugar de estar presenciando la agonía de una gran ciudad, se hallasen en una sala cinematográfica; pero el sonido de su voz le sobresaltó un poco, como si el hecho mismo de hablar le pareciese de mal gusto en tales circunstancias.

Encontró un chal de casimir que servía de colcha en uno de los lechos indios, y, cuando se lo ciñó a Edwina en torno a los hombros, cubriendo el blanco vestido de noche y todas sus joyas, volvieron a quedar silenciosos y expectantes. A veces, cuando las llamas de uno u otro edificio se elevaban a gran altura, el resplandor del incendio, reflejándose en las nubes, iluminaba las aguas y revelaba toda suerte de formas horribles que flotaban en la superficie.

Tom pensó: «Mañana todo eso empezará a heder. Mañana será horrible..., y al día siguiente, y al otro..., con este calor y esta lluvia». Pero los chacales y los buitres se darían su festín, lo mismo que los cocodrilos, sacados por la inundación del espeso y fétido cieno del río. Ahora podían nadar por todas partes, hasta el mismo corazón de la ciudad.

Se levantó el viento y disipó momentáneamente las nubes. En la aterciopelada negrura del cielo despejado, volvieron a brillar las estrellas, aquellas estrellas indias, diferentes a todas las demás estrellas, más resplandecientes que nunca en una límpida atmósfera. Pero no tardaron en desaparecer de nuevo, ocultas tras un manto de nubes



bajas, teñidas de un rojo sangriento. En el interior de la casa reanudáronse las lamentaciones del señor Bannerjee, unos lamentos en los que vibraba el terror de un animal herido. Edwina comentó:

—No sé qué daría para que ese repugnante hombrecillo se callara de una vez. Eso es peor aún que todo lo demás.

Había venido a la India con la esperanza de que le ocurriese algo que rompiese la monotonía de su existencia, y ahora, en esta frágil galería de madera, pensaba que ya se estaban cumpliendo sus deseos, aunque de manera vengativa, que estaba ocurriendo algo que rebasaba todos los límites de su imaginación. No había muerto, cierto, pero podía morir antes que transcurriesen muchos días, u horas, o incluso minutos. Nunca las casas habían ocupado mucho su pensamiento; pero ahora la del señor Bannerjee, pese a haber resistido el doble embate de la inundación y el terremoto, le parecía una cosa frágil y minúscula, ridícula incluso, en presencia de la catástrofe que los rodeaba. Y sus reflexiones acerca de la casa la llevaron de la mano a pensar en sí misma, en su inmensa fragilidad y en su absoluta inutilidad. Había algo de ridículo en presenciar semejante convulsión de la Naturaleza vistiendo un traje de noche de *crepé*<sup>[46]</sup> blanco y luciendo la mitad de las joyas que poseía. Un tanto divertida, su mente empezó a divagar, pensando en cuál hubiera sido el atuendo más adecuado para esta ocasión. «Supongo que pantalón corto y una camisa de seda —se dijo—. Resultaría tan elegante como práctico».

Muchas veces, en Hill Street, en Cannes, en esta o aquella casa de campo, echada en la cama, cansada de leer y medio dormida, Edwina había especulado, perezosa y voluptuosamente, sobre los sentimientos que experimentaría un ser humano enfrentado de pronto con la muerte, seguro de que solamente le quedaban unas horas de vida. Llevando más lejos la idea, se había preguntado qué haría ella, hastiada y fría, si se hallase frente a la muerte a solas con un hombre atractivo. Y había pensado entonces: «En tales circunstancias, solamente habría una cosa que hacer para matar el tiempo. Todo lo demás sería terriblemente aburrido».

Había pensado también que, en tan extraordinarias circunstancias, el amor ofrecería un deleite más intenso, al brotar de alguna primitiva y atávica necesidad profundamente arraigada en la naturaleza del ser humano. Ahora, ladinamente, miró a hurtadillas a Tom, que estaba acodado sobre la endeble barandilla de madera, recortándose su perfil contra la masa de nubes enrojecidas, y, como en muchas ocasiones anteriores, pensó: «Es un hombre atractivo. Y, en este sentido, uno de los hombres más atractivos que he conocido». Pero ahora, de modo extraño, la vista de Tom no le producía ninguna emoción. No existía nada en toda la redondez de la tierra que les impidiese hacerse el amor. Tres noches antes, en Palacio, nada más verse, no habían vacilado en hacerlo; pero ahora semejante idea ni siquiera despertaba su interés. Las cosas no sucedían, en absoluto, como ella se había imaginado.

De una manera lógica, pensó: «¿Y si hubiese sido alguno de los otros?». Pero no pudo evocar ni uno solo de los hombres que poblaban su pasado que hubiera sido capaz de despertar su interés en tales circunstancias. De todos modos, ya no le interesaba ninguno de ellos. Se sentía más cerca de Tom que de todos los demás, y su afecto por él persistía por encima del hastío, la saciedad, el lujo, la indolencia; por encima de todo... Y se dijo: «Quizá debiera desembarazarme de Albert para casarme con él. Tal vez eso diese estabilidad y equilibrio a nuestra existencia». Pero casi inmediatamente reconoció que no estaba dispuesta a casarse todavía, por lo menos en el sentido de llevar una vida tranquila y ordenada. Todavía había aventuras que vivir. Y, además, no amaba a Tom. Sentía por él mucho afecto, sencillamente.

Se dio cuenta de pronto de que estaba deseando que hubiera sido Tom quien hubiese partido hacia la inundación y las tinieblas con la señorita MacDaid, dejando atrás al mayor Safka. Ligeramente sobresaltada, pensó: «Así es como están las cosas. Eso es lo que me ha ocurrido». Y, sumida en una especie de voluptuosidad decadente, se puso a pensar en el joven doctor, viéndole de nuevo, vorazmente, como le había visto durante aquellas horas de inquieto y desazonado fastidio anteriores a la visita de la fantástica señorita Hodge. ¡Sí, él era el hombre anhelado! «Si salgo de todo esto con vida —pensó—, seré libre por algún tiempo. Reinará una confusión tan espantosa, que nadie se fijará en mí ni en lo que yo haga. Dejaré de ser la esposa de lord Heston para convertirme en un ser anónimo. Por algún tiempo seré igual que la mujer de cualquiera de esos modestos empleados».

Veía claramente al mayor, transportando a la regordeta, histérica y aulladora señorita Murgatroyd escaleras arriba, como si fuese un saco de harina. Veía sus amplios hombros, su hermoso rostro atezado, sus ojos azules y aquella curiosa y casi imperceptible sonrisa, nacida —Edwina lo adivinó súbitamente— de una extraña mezcla de vitalidad animal, ánimo alegre y profundo sentimiento de melancolía y tragedia. Mientras Tom, en su embriaguez, se había mostrado totalmente inútil.

El mayor no podía estar muerto, arrebatado por la inundación como toda aquella gente aterrorizada y clamorosa que había desaparecido al desplomarse las dependencias traseras de la finca. No podía estar muerto, porque el episodio estaba sin concluir. Había sido por eso, se decía con un misticismo semihistérico, por lo que ella había venido a la India contra su propia voluntad, contra los consejos de todo el mundo. Había sido por eso por lo que había venido aquí en la peor estación del año, atraída por lo que había de ocurrir. Dos días antes, incluso una hora antes, le habría dado lo mismo vivir que morir; pero ahora ansiaba desesperadamente vivir, porque aquello tenía que consumarse plenamente, aquello que había estado buscando toda su vida, con lo cual había soñado unas noches antes en medio de una angustiosa pesadilla. No, no podía haber muerto, porque era él quien había de salvarla. En él encontraría aquello que tanto había buscado. Y, de pronto, comprendió que no era

simplemente su apostura física lo que la *atraía*, sino algo más: su serenidad, su audacia, su intrepidez al lanzarse en medio de la inundación con aquella adusta solterona, la señorita MacDaid, y algo que resplandecía en su semblante como una luz, algo que hablaba de bondad y de piedad y de comprensión y de fuerza; algo que ella no había encontrado en ninguno de los hombres a quienes había conocido hasta ahora.

Edwina se dijo: «Jamás he conocido a ningún hombre decente, con la sola excepción tal vez de Tom. Y Tom está devorado por la amargura y la derrota. Todos los hombres que he conocido han sido vulgares, advenedizos, mal criados, cobardes o semejantes a Albert». Y tuvo conciencia de todo un mundo que existía —que siempre había existido— fuera del mundo de su experiencia y de su comprensión: Esta convicción fue como un deslumbrante resplandor que le impidiese ver momentáneamente a Tom, la inundación, el desastre y todos los horrores que la circundaban. Pero la revelación se desvaneció tan repentinamente como había surgido; tan de súbito, que no tuvo tiempo para retenerla y asimilarla, y volvió a ser sencillamente Edwina Heston, hastiada, inteligente, fría, cínica y sensual... Edwina Heston, una *hetaira* rica y elegante.

Cuando fue incapaz de soportar por más tiempo aquel silencio antinatural, le dijo a Tom en un susurro:

—¿Crees que habrán conseguido llegar?

Ransome estuvo unos momentos sin contestar, y Edwina pensó: «Me desprecia y está escandalizado. Cree que soy una desvergonzada, pero se equivoca. Esto es diferente, aunque me sería imposible convencerle de que no se trata otra vez de lo mismo».

—Si han conseguido llegar al hospital y este se halla todavía en pie, están salvados —respondió, al fin, Ransome, quien, tras una breve pausa, añadió—: Pero existe una sola probabilidad entre mil de que eso haya ocurrido así.

Un poco antes del alba, después de haberse reanudado la lluvia, la señora Bannerjee, tranquila y bella, apareció silenciosamente a sus espaldas y anunció:

—Mi suegro ha sufrido un ataque. Creo que está moribundo. Cuando Ransome ofreció su ayuda, ella la rehusó, diciendo:

—No, no puede usted hacer nada. La emoción ha sido demasiado fuerte para él. Es un anciano. No tiene nada de particular. Si el mayor Safka estuviese aquí, tal vez pudiera hacer algo, pero tenía que suceder así. En su horóscopo está escrito que moriría en medio de un desastre.

Se calló un instante, y, en la oscuridad, Ransome adivinó que estaba sonriendo. Luego, agregó:

—Mi esposo está lamentándose. No deben tomarle ustedes demasiado en serio. Eso le consuela.

Y se marchó. Después de su partida, Ransome pensó que en su voz había vibrado una nota de orgullo y de triunfo, como si hubiese querido decir: «¡No habéis conquistado a la India! Jamás la ha conquistado nadie..., y vosotros, pálidos e insignificantes europeos, menos que nadie». Y Ransome pensó en los largos discursos del mayor sobre la crueldad de la India.

Cuando la línea del horizonte, envuelta en nubes, empezó a teñirse de gris y rosa en la parte oriental, Ransome se volvió y le dijo a Edwina:

—Tal vez lo mejor sería que trataras de dormir un poco. Creo que durante mucho tiempo no va a haber muchas oportunidades para descansar y estar a gusto.

—No, no podría dormir ahora... Quiero ver el aspecto que presentan las cosas cuando se haga de día. Quiero comprobar si el Palacio de verano sigue todavía en pie.

Edwina dijo esto sin mirar a su compañero, temerosa de que adivinase su doblez y le hiciese sentirse avergonzada de sí misma, porque, en el fondo de su corazón, le importaba un ardite lo que hubiera sido del Palacio de verano. Lo que ella ansiaba saber era la suerte que había corrido el hospital.

Nuevamente volvió a experimentar una íntima sensación de libertad, la misma impresión extraordinaria de haber llegado al final de algo, nítida y limpiamente, y pensó: «¡Si esto quedase aislado del mundo para siempre...! ¡Si no tuviese que regresar jamás a Europa...!».

Volvió a mirar a Ransome, y esta vez, a la naciente luz del día, vio claramente aquel semblante sin dicha. Le pareció descubrir en él una especie de amargura y de tragedia que con tanta frecuencia le hacía temblar con mofa y desdén, sino algo más profundo, como si un hermoso espíritu y una gran inteligencia se hubiesen perdido y él tuviese plena conciencia de la pérdida sufrida y de la locura cometida. Acaso estuviese sufriendo no por sí mismo, sino por las gentes de la ciudad inundada, a quienes no conocía y tal vez no hubiera visto nunca. Y Edwina pensó que quizá aquella nueva expresión solo fuese nueva para ella, porque hasta ahora hubiese sido incapaz de verla. «Ha sido el mayor, a quienes apenas conozco, quien me ha hecho verlo», pensó Edwina. Llena de vergüenza, recordó que Tom no había hablado nunca con ella sino de una manera trivial, como si la considerase indigna de algo mejor. No le había conocido nunca. No sabía absolutamente nada de él. Y sintió que la invadía una repentina oleada de afecto hacia él, una emoción pura y limpia, sin complicaciones, distinta por completo de todos los sentimientos anteriores. Al mismo tiempo, sintióse abrumada por una impresión de aplastante soledad, como si Ransome y el mayor Safka viviesen en un plano muy por encima de ella, un plano al que no podría llegar, al que ninguno de los dos le permitiría llegar nunca, como si entre ambos existiese una especie de inteligencia para excluirla a ella eternamente. Por primera vez en su vida estaba libre de toda arrogancia, solo sentía humildad y miedo, un miedo inmenso, infinitamente mayor que todos los terrores que había

experimentado durante el terremoto y la inundación, porque era el miedo a algo desconocido, algo vago y difuso que se alzaba en su camino.

Volviéndose hacia ella, Ransome dijo:

—Mira, las torres del gran Palacio han desaparecido. Había ya la suficiente luz para distinguir la silueta del enorme edificio en las alturas del otro lado del río. La luz era grisácea y lóbrega, porque densos y oscuros nubarrones volvían a encapotar el cielo, interceptando los rayos del sol naciente. No obstante, a medida que la claridad iba en aumento, pudo apreciarse que de la ciudad no quedaba absolutamente nada, salvo aquí y allí la masa semiderruida de algún edificio importante. Desde aquella galería de la mansión del señor Bannerjee, distinguieron las distantes ruinas de la Escuela de Música, la masa desplomada del Instituto femenino de la maharaní, la Escuela de Ingenieros. Cuando la luz fue más intensa, Edwina, señalando con el dedo hacia la grisácea cortina de la lluvia, preguntó:

—¿Es aquel el Palacio de verano?

—Sí.

—Se ha desplomado.

—No del todo. Acaso tu marido se encuentre todavía con vida.

Al mismo tiempo, recordó lo que ya había olvidado: que lord Heston estaba atacado de peste, según había dicho el mayor. Y pensó: «Más valdría que todo el palacio se hubiera desplomado sobre él». Se acordó luego de la pobre señorita Dirks, la hija del viejo Dacy Dirks, y, por un momento, dudó si todo esto no habría sido una especie de pesadilla. Entre brumas, iba recobrando la memoria, y se dijo: «Todo esto es producto de mi embriaguez». No era posible que un hombre como Heston enfermase de peste. No era posible que existiese una crueldad como la que sufría la solitaria señorita Dirks, tan fiel cumplidora de su deber.

Oyó que Edwina decía:

—El hospital... ¿Dónde está el hospital?

—No se le puede ver desde aquí —contestó él—. Lo ocultan aquellos árboles.

Y, cuando la miró, vio que había vuelto la cabeza para que no pudiera verle el rostro.

## II

Durante largo tiempo estuvieron contemplando en silencio la desolación que los rodeaba, fascinados por el espectáculo de los cadáveres, los árboles y las serpientes que flotaban en la superficie del agua. Bajo la impresión del tremendo choque sufrido y sin comprender plenamente la realidad de lo que había sucedido, insensibles a todo el horror de lo que veían, Tom pensó: «Lo mismo ocurría en la guerra. Cuando se produce una catástrofe, algo debe de ocurrirle al individuo normal que adormece su sensibilidad». Pero la guerra nunca le había trastornado de aquella forma. Había experimentado, simplemente, un horrible malestar ante la interminable y estúpida matanza.

A su espalda, alguien estaba diciendo:

—¡Dios mío! Pero ¡si no ha quedado nada en pie!

Se volvió y vio a la señorita Murgatroyd, con el cetrino y redondo rostro hinchado de tanto dormir. Su vestido de tafetán azul, adornado con guirnaldas de capullos de rosa azul celeste, aparecía manchado y salpicado de agua cenagosa hasta las rodillas. Le pareció extraño no observar en su semblante ningún síntoma de terror.

—¿No tiene miedo ya? —preguntó.

—¡Oh, no, por Dios! Estoy segura de que nos rescatarán.

Y le sonrió con aquella amplia y estúpida sonrisa de admiración que siempre provocaba una contracción del estómago de Ransome, una especie de náusea. Ahora estaba representando un papel, como una actriz, delante de ellos dos, mostrándose muy inglesa, como cumplía a la hija de aquel mítico magistrado de Madras. Observándola, Ransome comprendió toda la profundidad de la soledad y del morboso egoísmo de aquella mujer. Ahora ya no estaba asustada, era incluso insensible a la gran tragedia, porque se consideraba en seguridad a sí misma y a la señora Bannerjee, que tan cruel se mostraba con ella, y acaso a él mismo, que siempre la había tratado con amabilidad. Era esto todo lo que tenía en el mundo, los únicos amigos que había tenido en muchos años, y allí estaban los tres, aislados juntos por la inundación en casa del señor Bannerjee.

—El anciano señor Bannerjee se está muriendo —dijo animadamente, como si la noticia la hiciese, en cierto modo, una mujer más interesante.

—Ya lo sé —dijo Ransome—. Tal vez podamos hacer algo para ayudar a la señora Bannerjee.

—¡Oh, no! —repuso la señorita Murgatroyd—. Me ha dicho que me marchase, porque solo serviría de estorbo.

Lo más probable era que la señora Bannerjee no se hubiese expresado de una manera tan suave. Ransome pensó: «¡Oh Señor! Eso quiere decir que va a quedarse con nosotros».

¿Cree usted que habrá manera de hacer una taza de té? —intervino Edwina de pronto—. Nos animaría un poco a todos.

Ransome miró a la señorita Murgatroyd, quien, como íntima de la casa, debía conocer las posibilidades que hubiese para ello.

—Creo que sí —respondió esta—. La señora Bannerjee tiene un infiernillo en su habitación precisamente para hacer té por la noche. Voy a ver.

Sintiéndose repentinamente importante y útil, volvió a entrar en la casa.

—Espero que el viejo no se muera —dijo Ransome.

—Sí, supongo que eso vendría a complicar más las cosas.

—Peor aún. Bannerjee querría quemar el cadáver antes de la puesta del sol, para arrojar las cenizas al río. El viejo deseaba morir en Benarés. Pensaba marcharse allí el mes próximo, a esperar la muerte sentado en la orilla del río. La inundación ha sido para él un golpe desgraciado...

Edwina sonrió.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Ransome.

—Comprendo que no es de muy buen gusto, pero no he podido remediarlo al vernos tú y yo, en esta galería, preocupándonos por la suerte del cadáver del anciano señor Bannerjee.

Los lamentos del señor Bannerjee hijo eran menos violentos ahora, como si los esfuerzos realizados durante la noche le hubiesen extenuado. Emitía ahora una especie de murmullo sordo y monótono, que se convertía ora en un gemido más audible, ora en un distante rumor, como el zumbido de las abejas por la noche en torno a las grandes arañas de Palacio.

—Me gustaría hacer una fotografía de Bannerjee en este momento para ponerla en un marco y enviarla a la Oxford Unión.

Mientras pronunciaba estas palabras, Ransome comprendió que la sonrisa y el comentario de Edwina eran hijos del cansancio y el histerismo que habían seguido a la excitación de la noche anterior, excitación a la que ninguno de los dos había sucumbido en aquel momento. El mismo experimentaba ahora el irresistible deseo de reír a carcajadas y de hacer comentarios impertinentes y ligeros en presencia de la muerte y de tanta tragedia. Disipados los efectos del coñac y de los cócteles ingeridos, notaba que le dolía terriblemente la cabeza y empezó a pensar, anhelante, en la botella de coñac que había rescatado del inundado comedor. En aquel momento regresó la señorita Murgatroyd.

—El infiernillo está allí, y también hay té, pero lo que falta es el agua.

Frívolamente, Ransome dijo:

—¿Cómo? ¿No hay agua?

—Ya sabe lo que quiero decir: agua potable —contestó la señorita Murgatroyd, quien, señalando la inundación, añadió—: Si utilizásemos esa agua, podríamos

contraer el cólera, el tifus o cualquier enfermedad semejante.

—Tráigame la tetera —rogó Ransome.

Y cuando la señorita Murgatroyd volvió con ella, Ransome se acercó a la cañería que conducía el agua desde la azotea al piso bajo, y a patadas rompió una sección de la misma. El agua pura de lluvia brotó de la rota cañería, y la tetera se llenó en un momento.

—Ahí tiene agua —dijo—. ¿Cree usted que habrá algo para comer?

—La cocina ha quedado sumergida. Pero queda parte de una lata de bizcochos en la habitación de la señora Bannerjee.

—Muy bien, pues tráigalos cuando esté preparado el té y dígaselo a la señora Bannerjee. Acaso al viejo le gustase tomar una taza.

—Ya no está para esas cosas —repuso la señorita Murgatroyd. Y se alejó dichosa, con aire de atareada importancia y satisfacción, por estar sirviendo a estos dos miembros de una raza de conquistadores, cuya sangre, diluida, se mezclaba en sus venas con la de una india de casta inferior. Edwina preguntó de repente:

—¿Es metálica la techumbre de la casa?

—No, es de baldosas de piedra.

—Entonces vale. El señor Bannerjee podría quemar allí el cadáver de su padre.

—Desde luego; pero aunque no fuese así, eso no le detendría. Está ya tan espantado, que sería capaz de prender fuego a la casa con todos nosotros dentro, si no hubiese otra solución.

En el interior de la casa resonaron de nuevos los clamorosos lamentos del señor Bannerjee, con redoblada energía, histéricos, más fuertes aún que en el momento de producirse la embestida del desbordado torrente. Ransome escuchó atentamente durante unos momentos y luego dijo:

—El viejo debe de haber muerto.

La señorita Murgatroyd apareció en el umbral de la puerta. Tenía una triste figura de camarera vestida para un baile de máscaras y traía una bandeja con la tetera, dos tazas y un platito con bizcochos.

—¿Tendría la amabilidad de sostener esto un momento, mientras voy a buscar una mesa? —preguntó, dirigiéndose a Ransome.

Y este, obedientemente, cogió la bandeja de sus manos, pensando: «Acaso, después de todo, la pobre criatura valga para algo».

La señorita Murgatroyd no tardó en volver con una mesita de bambú, y colocando en ella la bandeja, como si no hubiese nada de insólito en el escenario que los rodeaba, preguntó:

—¿Cómo le gusta a su señoría?

—Según está —respondió Edwina.

—El padre del señor Bannerjee ha muerto —anunció la mestiza con animación.



### III

Durante todo aquel día no vieron al señor ni a la señora Bannerjee, pero la señorita Murgatroyd, encantada de tener alguien a quien adorar, iba y venía, informándolos del desarrollo de las ceremonias funerarias. Hacia mediodía, lady Heston se retiró a una de las alcobas para dormir un rato, y Ransome, después de apurar lo que había quedado de la botella de coñac, se fue a otra para hacer lo mismo. Era inútil pensar en la comida, porque no había nada que comer. Cuando se despertó, salió de nuevo a la galería. Nada había cambiado en aquella escena de desolación, salvo que dos o tres de los incendios se habían extinguido. Las aguas seguían moviéndose perezosamente, flotando en su superficie numerosos despojos. En todo el vasto paisaje no se veía una sola figura humana, no se percibía ni un solo signo de vida, salvo el paso, de cuando en cuando, de una serpiente pitón enroscada en una viga flotante o en una rama de árbol y el distante parloteo de los monos sagrados entre los árboles, en las proximidades de la casa de Ransome.

Poco después, Edwina iba a reunirse con él y preguntó:

—¿No hay ninguna barca en Ranchipur?

—Muy pocas, desde luego. Las pocas que había estaban amarradas a lo largo del río, de modo que deben de haber sido arrastradas por la inundación.

—No parece preocuparte mucho.

—No podemos hacer absolutamente nada para remediarlo. No olvides que ahora no estás en Europa.

—¿No habrá nadie que haga algo para remediarlo?

—Lo considero poco probable. Depende de quién haya quedado con vida. Me figuro que todo estará manga por hombro. Con Raschid podríamos contar, con los oficiales del regimiento indio y con algunos de los *máratas*. En situaciones como esta no hay que confiar en los *gujeratis*. Probablemente están todos conduciéndose como Bannerjee o esforzándose por salvar sus propios bienes.

—Estaba pensando únicamente en que esto se pone aburrido.

Ransome, que empezaba a sentirse presa de la inquietud, se acordó de los naipes que la señora Bannerjee había rescatado antes que las aguas lo cubriesen todo.

—Podríamos matar el tiempo haciendo solitarios —propuso, sonriendo.

—Me parece una broma un poco pesada.

—No, no, nada de broma. Lo digo en serio.

Se fue en busca de los naipes, y cuando volvió con ellos, estuvieron durante algún tiempo tratando de hacer solitarios en la mesita de bambú que la señorita Murgatroyd había llevado para que tomasen el té. Era demasiado pequeña para que pudiesen disponer un juego doble, demasiado pequeña incluso para colocar un solo juego con comodidad. Además, tenían que permanecer en pie, porque no había sillas. Al cabo

de un rato de estar repitiendo: «Sota encarnada sobre reina negra» y «ocho negro sobre nueve encarnado», Edwina, apartando repentinamente las cartas de encima de la mesa, exclamó:

—¡Estoy cansada de ser tan inglesa!

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estoy cansada de tomarlo todo de esta forma, tan fríamente, como si no hubiese ocurrido nada. Quisiera saber qué les ha sucedido a las doncellas, a Albert e incluso a Bates, lo mismo que al mayor Safka y a esa enfermera suya.

—Desde luego, podría ir a nado hasta el Palacio de verano y dar un vistazo al hospital a mi regreso.

—¡No seas idiota!

—La paciencia (Juego de palabras intraducible, basado en el doble significado del vocablo inglés *patience*: paciencia y solitario (juego de naipes)), mi querida jovencita, es un gran juego en más de un aspecto.

—Me gustaría que las casas indias tuviesen un poco más de mobiliario. Es inaguantable esto de tener que estar siempre en pie o echada en la cama. ¿Es que nunca hacen otra cosa?

—Se sientan en el suelo. Abajo tienen muchas sillas a disposición de gentes como nosotros.

A medida que avanzaba la tarde, el humor de Edwina iba empeorando. En cierto momento preguntó:

—¿Es que no tienes sentimientos humanos? ¿Es que no te importa lo que haya sido de tus amigos?

Ransome se puso mortalmente pálido y gritó:

—¡No hables como una condenada imbécil!

Edwina se sintió avergonzada de sí misma.

En aquel momento reapareció la señorita Murgatroyd, cargada con un nuevo servicio de té, y comprendieron que debían de ser cerca de las cuatro de la tarde. En la bandeja no había más que cuatro bizcochos humedecidos.

—Esto es todo lo que hay —dijo la señorita Murgatroyd.

—Tal vez conviniera que los racionásemos —comentó Ransome.

—¡Oh, ya bajará el agua o aparecerá alguien! —dijo la señorita Murgatroyd.

Ransome comprendió la razón de que no estuviera asustada ni aburrida. Era que le estaba sucediendo algo. Por primera vez en su triste vida de bibliotecaria le estaba ocurriendo algo.

—¿Quiere tomar el té con nosotros? —invitó Ransome cortésmente.

—¡Oh, no, muchas gracias! Ya lo he tomado con la señora Bannerjee —le sirvió una taza, y en seguida añadió—: Van a quemar el cadáver del viejo señor Bannerjee en la azotea —en su voz vibraba una risa contenida—. Estos hindúes hacen las cosas

más extraordinarias.

Ransome sintió que volvía a contraérsele desagradablemente el estómago. Al mismo tiempo, en el interior de la casa oyóse el ruido que produce la madera al ser partida, y Ransome se volvió hacia la puerta, escuchando.

—Son el señor Bannerjee y el criado, que están arrancando el tillado para hacer leña.

—¿El criado? —preguntó Ransome—. ¿Tenía familia ese hombre?

—Sí, esposa y cuatro hijos.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Estaban en las dependencias del extremo del jardín.

Después que la señorita Murgatroyd se hubo retirado siguió oyéndose durante largo rato el ruido producido por la madera al ser arrancada y cortada. Cuando empezó a cerrar la noche cesó el ruido, que fue sustituido por un espectral y apagado rumor de pies descalzos subiendo y bajando la escalera que conducía a la azotea. El rumor prosiguió hasta que fue noche cerrada, y entonces, por encima de sus cabezas, oyeron de nuevo los clamorosos lamentos del señor Bannerjee, más fuertes ahora, pues su voz había descansado, y al cabo de un rato apareció en la azotea un resplandor que iluminó el follaje de los árboles que los circundaban. El resplandor fue aumentando de intensidad, acompañado por el crepitar de la leña que se quemaba. «Supongo que debería preparar agua por si se prende fuego la casa», pensó Ransome. Pero no hizo nada. Sentíase presa de una especie de apatía que lo transformaba todo por completo, cambiaba todos los valores, hacía pensar que nada valía realmente la pena... Edwina desapareció otra vez para tratar de dormir un poco, y Ransome se quedó solo en la galería, como si esperase algo.

Desde allí observó que el cadáver del viejo señor Bannerjee no era el único que estaban incinerando. Aquí y allí, a todo lo largo del borde de la inundación, habían surgido pequeñas hogueras que elevaban sus llamas hacia el cielo tempestuoso; minúsculas y débiles llamas de superstición, tal vez de fe, dondequiera que se hubiesen encontrado los cadáveres de amigos, madres, hijos, esposas y esposos. El mayor Safka y la señora Bannerjee tenían razón. Nadie conquistaría jamás a la India.

Mientras escuchaba los rumores que provenían de la azotea percibió que, en lo alto del semiderruido Palacio, se encendía una llama, diminuta al principio, no más grande que la punta de un alfiler, que fue rápidamente aumentando de tamaño, hasta que Ransome comprendió que también allí estaban quemando un cadáver. El viento, que soplaba hacia la casa del señor Bannerjee, empujó al humo sobre la superficie de las aguas, y Ransome creyó percibir un vago perfume de madera de sándalo en el ambiente: «Tal vez se trate del anciano caballero —pensó—. Acaso haya perecido bajo una de las torres desplomadas. Esa sería la peor calamidad de todas». Ahora más que nunca, Ransome necesitaría de toda la sencillez y de todo el valor del anciano

maharajá.

A eso de las diez —Ransome no sabía exactamente la hora, porque, en la excitación de la catástrofe, se le había parado el reloj—, el resplandor que brillaba en la azotea empezó a debilitarse. La casa no se había incendiado, quizá debido a alguna mágica cualidad de las baldosas de piedra traídas muchos años atrás desde el monte sagrado de Abana para cubrir la mansión construida por la disoluta lady Streetingham a fin de albergar en ella a sus disipados invitados. Los lamentos del señor Bannerjee habían cesado, tal vez porque, al fin, le fallase la voz. Cuando todo quedó envuelto en tinieblas, Ransome penetró en la casa y pronunció suavemente el nombre de Edwina. Esta se hallaba despierta y le contestó desde una de las habitaciones que daban al pasillo.

—Pasa —dijo—. No estoy, dormida. Es que ya no podía tenerme en pie. Una luz y un poco de té no nos vendrían mal, ¿verdad?

Desde el umbral de la habitación, Ransome llamó tan suavemente como le fue posible a la señorita Murgatroyd, y un instante después acudía esta, tanteando el camino a lo largo de la pared, en medio de la densa oscuridad.

—¿Cree usted que podría prepararse un poco de té?

—Ya no queda alcohol.

—¿Y encender alguna luz?

—Tampoco queda una gota de petróleo. El señor Bannerjee ha consumido los dos combustibles para encender la pira.

—¡Maldita sea! —rezongó Ransome.

A su espalda, en el lecho que ocupaba Edwina, sonó una risa ahogada.

Pasaron la noche durmiendo, charlando y vigilando. Fuera se extinguió el último de los grandes incendios, y al trágico pero magnífico espectáculo que habían contemplado sus ojos sucedieron una aterciopelada oscuridad y el rumor de la horrible y monótona lluvia. Cuando llegó la aurora, el paisaje no ofrecía ninguna novedad; era el mismo panorama de agua, despojos, cadáveres y edificios derruidos e incendiados. Hacia las ocho de la mañana, Edwina exclamó:

—¡Mira! ¡Mira! ¿Qué es eso?

Ransome miró en la dirección que le indicaba y vio uno de los frágiles botes de recreo de la maharaní, todo dorado, surgiendo de entre las ramas bajas de un corpulento baniano. Lo ocupaba alguien cuya figura no era todavía visible, ya que el dosel de la pequeña embarcación se había enredado en las ramas del árbol, y el tripulante estaba esforzándose, semioculto por el follaje, por desenredarlo.

Al fin, bruscamente, la barca quedó libre de las ramas que la aprisionaban, y vieron la figura de un muchacho blanco, vestido con camisa y pantalón corto. Durante unos momentos pareció que el muchacho iba a perder el equilibrio y caer en las cenagosas aguas; pero cuando se afirmó de nuevo sobre los pies y volvió a

empuñar los remos, vieron que no se trataba de un muchacho.

—¡Dios mío! ¡Si es Fern! —dijo Ransome.

—¿Quién es Fern?

La pregunta dejó perplejo por un segundo a Ransome. Sin reflexionar en ello, le parecía que Edwina llevaba en Ranchipur varias semanas, incluso meses, y que, por consiguiente, debía saber perfectamente quién era Fern. Luego, sorprendido, recordó que solo habían transcurrido cinco días desde el momento de su llegada, y dijo:

—Es la hija de los misioneros americanos.

El bote se hallaba ahora muy cerca de ellos, lo bastante para que viesen que si bien uno de los remos, pintado de escarlata y oro, pertenecía evidentemente a la embarcación, el otro era un remo improvisado, construido con una pértiga y un trozo de madera. Ransome reconoció las ropas que le había dejado a la muchacha para que regresase a su casa la noche de su escapada. Fern no los llamó. Ni siquiera dejó de remar para saludarlos con la mano. Siguió bogando firme y torpemente, obstaculizado su avance por el remo improvisado, impulsando el frágil y frívolo bote contra la perezosa corriente, acercándose a la casa más y más.

—Es muy bonita —comentó Edwina— y muy joven.

Ransome no contestó.

## IV

Fern había salido de casa de Ransome con el propósito de regresar directamente a la suya. Cruzó airadamente el espacio que la separaba de la *porte cochère*, en donde había dejado su bicicleta, y al ir a montar en ella, descubrió que hasta la máquina la abandonaba. Uno de los neumáticos estaba desinflado, y la comprobación de este hecho la hizo estallar en llanto. Aquello significaba que tenía por delante dos millas de camino a pie, bajo la lluvia, al menos que volviese sobre sus pasos para rogar al criado de Ransome que reparase la avería, cosa que no estaba dispuesta a hacer por temor a encontrarse de nuevo con Ransome. Cuando se alejaba de la casa iba diciéndose que no volvería a verle nunca más, pasara lo que pasase. Caminando al lado de su bicicleta, empujándola, llegó al extremo del paseo, y allí descubrió que ya no estaba enfadada, pero sí cansada y abrumada por una sensación de derrota. Sentíase más cansada que nunca, no solo de Ranchipur, de su madre, de su padre, de Hazel, de todo el mundo, sino también del mismo Ransome. Como era muy joven, pensó: «Ojalá me muriese ahora mismo. Sería muy fácil. No hay nada que me retenga en este mundo. ¡Si pudiera tenderme aquí, en este camino del Hipódromo, a esperar la muerte!». Pero le constaba que, en el ambiente cálido y denso de la época del monzón, podía estar perfectamente a la intemperie durante días enteros sin sufrir ningún daño. Además, por la noche y en esta época del año, había que tener en cuenta la cuestión de las serpientes, y las serpientes le causaban un terror indescriptible. Pululaban ahora por todas partes. Por la noche se tropezaba uno con ellas en cualquier lugar, cruzando las carreteras y caminos. Pitones, víboras de Russell, *kraits*, cobras...

El contratiempo del neumático desinflado había cambiado repentinamente su estado de ánimo. Ya no estaba enfadada con Ransome, ahora experimentaba lástima de sí misma. Mientras avanzaba hundiéndose en el barro pegajoso, le parecía que Ransome no había hecho nunca otra cosa que dejarla desamparada. Jamás la había tomado en serio, y esta noche menos que nunca, precisamente cuando había ido corriendo a advertirle. Estaba ebrio y la había tratado como si fuese una niña o una idiota. Fern no había visto nunca a un hombre verdaderamente embriagado (en una o dos ocasiones había visto a alguno de «los muchachos» un tanto bebido, pero aquello solo parecía ponerlos un poco alegres y algo *gansos*), y por esa razón el espectáculo de la embriaguez de Ransome la asustó y la llenó de un profundo malestar. Le parecía, sin embargo, que acaso tuviese menos de ebrio que de loco al reírse como lo había hecho de las cosas que a ella la atemorizaban y afligían, riéndose incluso ante la perspectiva de un escándalo y de escenas y complicaciones en las que indudablemente él mismo se vería envuelto.

¿Por qué habría dicho aquella horrible mentira? ¿Por qué se le habría ocurrido

afirmar que se había entregado a él? No solo se había puesto directamente en manos de su madre, sino que, al tratar de desmentirlo, había dado la impresión de ser una pobre estúpida.

Al pasar ante el jardín de Raschid Alí Khan se dijo, frenética: «Voy a entrar en esa casa para quedarme en ella. Así aprenderán todos. Entonces se lamentarán de lo que han hecho». En seguida comprendió que semejante paso era totalmente impracticable, porque, con toda seguridad, el más perjudicado sería Raschid Alí Khan, quien nunca le había causado el menor daño. Apenas le conocía de vista e ignoraba si sería persona de su agrado o no. En realidad, no sabía si le agradarían o no los indios, porque verdaderamente no había conocido nunca a ninguno, salvo a los *bhils* conversos y semisalvajes que trabajaban en la Misión. Y estos eran aborígenes, no verdaderamente indios. Luego pensó que los indios debían de ser dignos de aprecio cuando Ransome les testimoniaba tanto afecto, ya que, pese a su ira y a su decepción, Fern no le acusaba a Ransome de ser un necio. Para ella, a pesar de su embriaguez, a pesar de todo, Ransome seguía siendo el más sabio de cuantos hombres había conocido en su vida. La idea de que no le volvería a ver nunca más hizo acudir de nuevo las lágrimas a sus ojos, de modo que ahora no solo la cegaba la lluvia torrencial, sino su propio llanto. Al mismo tiempo, no obstante, volvió a experimentar aquel curioso y cálido sentimiento que la había invadido en medio de la oscuridad cuando se había acostado en casa de los Smiley, y pese a su juventud e inexperiencia, en el fondo de su corazón comprendía que le amaba, que le recordaría toda su vida y que pensaría en él con el corazón oprimido, aun cuando fuese una anciana decrepita.

Chapoteando a lo largo del embarrado camino llegó a la esquina de la destilería, y al torcer hacia la Misión vio las luces de un coche que avanzaba por la carretera que acababa de abandonar. Inmediatamente pensó: «Es mamá que vuelve a casa desde la ciudad», y sin vacilar apagó el farolillo de la bicicleta y se metió apresuradamente en el *nullah*<sup>[47]</sup> que bordeaba la carretera. Se dio cuenta de que temía menos un encuentro con las serpientes que con su madre... Lo más probable era que su madre regresase de casa de Ransome. Probablemente le habría visto y le habría dicho que tenía que casarse con Fern. Llena de terror esperó en el *nullah* hasta que hubo pasado el coche, salpicándola abundantemente de barro. Identificó el viejo Ford, y llena de espanto, de angustia y de desolación, se sintió presa de un repentino e intenso malestar físico.

Reanudando la interrumpida marcha, pensaba que cada paso que daba la acercaba más y más a su madre, quien seguramente le habría contado toda la historia a su padre y a Hazel. Siguió andando, empero, en la misma dirección, automáticamente, casi sin esfuerzo consciente, porque no parecía existir otro camino que seguir. Sollozando, avanzó tropezando a cada paso, hasta que, a través de la cortina de lluvia,

aparecieron las luces de la Misión. Al verlas se le ocurrió una idea. No iría a su casa. Iría a casa de los Smiley y les pediría que la amparasen. El daño que les había causado ya no tenía remedio. La odiosa carta de su madre, llena de repugnantes acusaciones, había sido enviada a su destino. No podía suceder nada peor. Y esta resolución llevó la paz a su espíritu. Los Smiley lo comprenderían todo. Al menos, le darían cobijo por algún tiempo, hasta que se repusiese del choque sufrido en esta visita suya a Ransome.



## V

Pero los Smiley no estaban en casa. Al llegar a la puerta, Fern vio a tía Phoebe, sola, en la sala de estar, y recordó que a aquella hora los Smiley estaban siempre en la escuela nocturna. Titubeó un momento, pues tía Phoebe la asustaba un poco, no porque fuese dura o mostrase poca simpatía, sino porque, con la sabiduría que le daba su avanzada edad, parecía conocerlo todo. Tenía una mirada demasiado penetrante, y su sentido común intimidaba a la muchacha y avergonzaba a lo poco que en ella quedaba de Blythe Summerfield, la *Perla de Oriente*.

Nuevamente, como poco antes en el *nullah*, pensó que era preferible afrontar a cualquiera y cualquier cosa antes que a su madre. Y, por otra parte, comprendió que era imposible permanecer toda la noche dando vueltas por Ranchipur bajo la lluvia. Así, pues, apoyando la bicicleta contra la barandilla de la terraza, llamó a la puerta. Tía Phoebe, levantando la vista de la labor de *frivolité* que estaba haciendo, invitó:

—Adelante.

Al ver a Fern, una velada expresión de sorpresa apareció en los brillantes ojos de la anciana, pero la dominó inmediatamente, tal vez conmovida por los ojos hinchados y la desesperación que reflejaba el semblante de la muchacha.

Fern se sentía muy confusa, tan confusa que, sin ningún preámbulo, preguntó de sopetón:

—No puedo volver a casa. ¿Me permite quedarme aquí un rato?

Y abrumada de piedad por sí misma y viéndose como una huérfana sin hogar, rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Santo cielo! —exclamó tía Phoebe, apresurándose a levantarse de la mecedora en que estaba sentada—. ¿Qué sucede? —pasando un brazo en torno a los hombros de la muchacha, dijo—: Pero ¡si está empapada! Voy a traerle algunas prendas secas y luego me contará lo que le ha sucedido.

Al quedarse sola unos momentos, Fern se arrojó sobre un canapé y sollozó ruidosamente, sin tratar de reprimir sus lágrimas.

Tía Phoebe regresó trayendo un vestido completo de la señora Smiley y una toalla de baño. Tocó suavemente el hombro de Fern y dijo:

—Vamos. Séquese bien y póngase estas cosas de Bertha, y luego me contará lo que pasa.

Fern no tenía ningún deseo de secarse ni de cambiarse de ropa. Lo único que deseaba era llorar y conservar puestas aquellas ropas empapadas hasta que cogiese una pulmonía y se muriese; pero había algo en las bruscas maneras de la anciana que le hizo comprender lo insensato de tales pensamientos, obligándola a obedecer.

Cuando terminó de cambiarse de ropa, ya habían cesado sus histéricos sollozos y había adoptado una actitud defensiva, aunque no le sirvió de mucho ante la

determinación de tía Phoebe, que le dijo:

—Ahora escúcheme, niña. A usted le pasa algo y va a contármelo en seguida. Creo adivinar parte de lo que es, pero usted puede contarme el resto. No sé si podrá serle de alguna utilidad; pero, al menos, servirá para que se desahogue.

Y Fern oyó su propia voz, que decía:

—¿Puedo decírselo? ¿Me permite que se lo cuente?

Acababa de comprender que en todo Ranchipur solamente los Smiley serían capaces de comprender por qué se había conducido como una insensata, que únicamente ellos no la juzgarían mal, ni le darían consejos, ni se burlarían de ella. No le gustaba el vestido de la zaraza de la señora Smiley, porque era feo y le estaba demasiado largo; pero le comunicaba una especie de confianza en sí misma, como si estuviese impregnado de las cualidades de la misma Bertha Smiley. Y de pronto se encontró con que estaba contándose todo a tía Phoebe, tal y como le había sucedido: por qué había hecho esto y lo otro, por qué odiaba a su madre (incluso esto confesó), por qué había ido a ver a Ransome por segunda vez. Durante todo el relato, tía Phoebe guardó silencio, limitándose, de cuando en cuando, a emitir una especie de cloqueo para subrayar su interés o su desaprobación con respecto a ciertas incidencias absurdas.

Cuando Fern hubo concluido el relato de su segunda visita al Ransome, tía Phoebe comentó:

—Hay que reconocer que no se ha comportado como un caballero. No parece propio de él. Acaso fuese porque estaba ebrio.

—Sí, eso es —asintió Fern, apresurándose a buscar excusas que justificasen su conducta—. Estoy segura de que es eso. No tenía que haber venido a su casa... después de todas las molestias que les he causado la última vez y después de haber escrito mi madre esa carta a la Junta directiva de la Misión.

—No se preocupe por eso —la tranquilizó tía Phoebe—. No es la primera carta de esa índole que ha enviado su madre. De todos modos, el mal nunca triunfa sobre el bien. Soy ya muy vieja y sé que, a la larga, eso es verdad. El problema radica en que su madre no ha sido debidamente educada, como sucede con todas las mujeres del Sur. Todo lo que les enseñan es a buscar marido. No son capaces de pensar en otra cosa.

—No sé qué hacer ahora —confesó Fern—. No sé adonde ir.

Tía Phoebe se levantó.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es comer algo —dijo—. Nosotros ya hemos cenado, y seguramente el cocinero se habrá marchado, pero ya encontraremos algo. Yo también comeré. Siempre rebaño alguna cosilla por ahí cuando tengo apetito. Nos haremos una buena taza de café, unos huevos y unos ñames fritos.

Cogió a Fern de la mano y la llevó a la cocina. La mano de tía Phoebe era una

mano vieja, flaca, nudosa y gastada por el duro trabajo de casi setenta años; pero a Fern le pareció suave y reconfortante. Percibió una sensación que no había experimentado jamás en el curso de sus diecinueve años de existencia y sintió deseos de volver a llorar.

La anciana no dejaba de hablar, acaso para evitarle a la amedrentada muchacha el esfuerzo de tener que decir algo.

—El caso es que usted no encaja en un lugar como Ranchipur. Ya es bastante malo para una persona madura, con este calor y tanta suciedad, tanto barro y tanto polvo. A mí me gusta; pero, a veces, me altera los nervios y me pongo pendenciera, de modo que me muestro áspera e insoportable incluso con Bertha y Homer. Este clima no es natural, pero resulta extraordinariamente interesante.

Mientras tía Phoebe se movía atareada de una parte a otra, hizo que Fern la ayudase, sabiendo que lo mejor para la muchacha era tener algo en que ocupar sus manos. Y mientras trabajaba, Fern notó que la sensación de tensión histérica que sufría iba desapareciendo gradualmente y que todavía había algo que deseaba confiar a la anciana, lo único que se había reservado, lo más importante de todo: que estaba enamorada por primera vez en su vida. Al pensar en alguien a quien pudiera confiarle su secreto, llegó a la conclusión de que solamente podría comunicárselo a tía Phoebe y tal vez a Bertha Smiley, entre todos los habitantes de Ranchipur, y aun así, no estaba completamente segura de que Bertha Smiley lo comprendiese bien. En tía Phoebe, tan vieja, tenía más confianza. Era como si la anciana hubiese vivido tanto, que ya hubiera completado su ciclo y volviese a ser joven otra vez.

Necesitaba desesperadamente hablar de Ransome con alguien. Su intento de confiarse por carta a su prima había fracasado, porque con cada palabra que estampaba en el papel aumentaba su convicción de que no lo entendería y de que, aun cuando llegase a tener un atisbo de comprensión por sus sentimientos, les daría a estos una interpretación vulgar y trivial. Recordó las despectivas palabras de tía Phoebe con respecto a su madre, asegurando que a las mujeres meridionales no se les enseñaba otra cosa que a conseguir marido, y pensó: «Cuando nos sentemos a comer le hablaré de él». Nuevamente experimentó una sensación cálida y agradable y sintió que el corazón se le esponjaba, lleno de bondad y del deseo de salvar a Ransome de la embriaguez y la desesperación.

Cuando, por fin, se sentaron a la mesa para tomar un refrigerio de huevos, ñames, té con tostadas y pan de jengibre, tía Phoebe, como si estuviese al cabo de la calle, dijo:

—Es una lástima lo que sucede con el señor Ransome. Un hombre tan agradable. Es terrible cuando la bebida se apodera de un hombre como ese. No vale la pena preocuparse por la mayoría de los borrachos, porque nunca han servido para nada. Yo tuve un hermano así..., quiero decir como Ransome. Murió, alcoholizado, a la edad

de cincuenta años.

El corazón de Fern volvió a llenarse de ternura, y estaba a punto de decírselo todo a la anciana cuando su lengua se paralizó repentinamente, petrificándose las palabras en sus labios, como si algo de carácter físico y ajeno a ella la hubiera hecho enmudecer: una especie de calma amenazadora en el ambiente cálido y húmedo. Era como si hubiese empezado a hablar para detenerse inmediatamente, consciente de que interrumpía un discurso mucho más importante, una comunicación dirigida a ella y a tía Phoebe por la misma naturaleza. Observó que la anciana había percibido también aquella especie de intrusión. Dijérase que un fantasma acababa de penetrar en la estancia, recabando la atención de ambas mujeres. La anciana la miró y abrió la boca para hablar, cuando pareció llegar el fin del mundo. Las baldosas se quebraron bajo sus pies. La mesa osciló violentamente, y el té se derramó sobre el mantel limpio. Oyóse un fragor de piedras y argamasa hendiéndose y desplomándose, y las luces se apagaron cuando la distante central eléctrica quedó sepultada bajo el alud de agua y piedras del destruido dique.

En medio de la oscuridad, Fern oyó decir a tía Phoebe con voz curiosamente desentonada:

—Me parece que ha sido un terremoto.

Fern, paralizada, no osaba moverse ni hablar.

—No se mueva de donde está —continuó la anciana—. Creo que hay una linterna en el aparador.

Fern la oyó andar como si fuera un ratón sobre las destrozadas baldosas, en medio de las tinieblas. Oyó luego abrir una puerta del aparador, y en seguida hubo de nuevo luz en la estancia, la mortecina luz de una linterna eléctrica, cuya pila estaba casi agotada. Después, la anciana sacó unas velas, de las cuales había abundante provisión en casa, ya que tía Phoebe jamás había tenido confianza en aquellas luces que podían encenderse y apagarse sin previo aviso, al contacto de la mano de algún indio impulsado por la curiosidad, en una central eléctrica situada a diez millas de distancia.

—Creo que lo que tenemos que hacer es salir de aquí inmediatamente —dijo tía Phoebe—. Eso era lo que mi hermana Doris hacía en Long Beach siempre que se producía un terremoto. Pero la verdad es que no me seduce la idea de exponerme a ese aguacero. Me parece que lo mejor será ver qué le ha ocurrido a la casa. A juzgar por el polvo y el olor, diríase que toda la casa se ha venido abajo.

La calma de la anciana, que acaso tuviese más de indiferencia que de calma, devolvió a Fern el dominio de sí misma y pensó: «¿Qué le habrá sucedido a nuestra casa? ¿Y Ransome? ¿En dónde estaría en ese momento?». Se acordó entonces de que iba a cenar en casa de los Bannerjee y se dijo rápidamente: «Esa casa no es de piedra. Quizá sea mejor una casa de madera en caso de terremoto».

La mitad de la morada de los Smiley —la mitad frontal, la que daba a la carretera de la destilería— se había hundido por completo. Pero quedaban intactos tres dormitorios y un vasto cuarto destinado a almacén y a la sazón vacío, que no había sido tocado cuando el resto del edificio había sido convertido de cuartel en sede de una Misión. El terremoto, como por capricho, había demolido la mitad del edificio, dejando la otra mitad severamente sacudida, pero en pie. Seguida de Fern, la anciana salió a contemplar las ruinas, emitiendo una especie de cloqueo al ver en lo que había quedado una casa que ella había tenido siempre tan ordenada.

—Ha sido una suerte que nos hallásemos en la cocina, en vez de en el cuarto de estar —dijo tía Phoebe.

En el mismo instante oyeron un extraño rumor que llegaba a sus oídos desde algún lejano punto de la ciudad, un rumor vago y distante, compuesto por un sordo fragor de agua y un clamoroso lamento, que llenó el vacío del silencio que siguió al temblor de tierra. La anciana y la muchacha, cada una con una vela en la mano, estuvieron escuchando, asustadas por estos nuevos rumores, que, aunque menos repentinos que el estrépito del terremoto, por distantes y misteriosos, resultaban más aterradores.

Tía Phoebe fue la primera en rehacerse de la impresión y en decir:

—¿Qué diablos cree usted que puede ser eso?

En seguida añadió:

—Supongo que a Bertha y a Homer no les habrá pasado nada. La escuela nocturna es un buen edificio, moderno y sólido.

—Parecen gritos —dijo Fern—. Voy a ver lo que ha pasado en mi casa.

Estaba asustada, profundamente asustada, con un temor que le hacía sentirse enferma, porque de la casa situada al otro lado del camino no llegaba ningún ruido. Si su madre o Hazel estuviesen allí, habrían empezado a gritar, porque eso era consustancial con ellas. Cualquiera de las dos habría cruzado el camino en dirección a la casa de los Smiley, independientemente de lo mucho que odiasen a estos. Desde la ventana, Fern no distinguía absolutamente nada en aquellas densas tinieblas... Solo llegaba a percibir la cortina de lluvia y las grandes ramas de los banianos elevándose hacia el cielo" tenebroso.

La casa de los Simón se había desplomado, como el cuartel del regimiento, en un confuso montón de vigas rotas, argamasa y piedras destrozadas. Cuando Fern y tía Phoebe llegaron a ella, la nube de polvo que se había levantado en el momento del hundimiento se había disipado ya bajo el torrencial aguacero, y desmayadamente, en silencio, a la moribunda luz de la linterna, la joven y la anciana dieron la vuelta en torno al montón de ruinas, llamando con voz débil y temblorosa, buscando algún

indicio de vida. Fern notó que de su espíritu se enseñoreaba una calma repentina y terrible, esa calma que sigue a una impresión demasiado violenta y horrible, dejando su cerebro antinaturalmente despejado y frío. Aquella escena no podía ser real. Su conciencia la rechazaba como si fuese una pesadilla, un imposible. No podía ser verdad que tía Phoebe y ella estuviesen aquí, bajo la lluvia, escudriñando las ruinas de su propia casa en busca de un signo que le indicase que su padre, su madre y su hermana seguían con vida. El spectral coro de lamentos que llegaba a sus oídos desde la lejana ciudad no tenía nada que ver con la vida: pertenecía igualmente al reino de la pesadilla.

Le pareció de improviso que, si se ponía a gritar sus nombres con la fuerza suficiente, acaso apareciesen, sanos y salvos, surgiendo de la densa oscuridad empapada en lluvia, viniendo tal vez de las pistas de tenis o a lo largo de la carretera, y empezó a gritar con voz histérica y temblorosa:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Hazel!

Pero su voz quedó ahogada por la lluvia, y a sus oídos no llegó otra respuesta que los lamentos procedentes de la ciudad asolada.

Oyó decir a tía Phoebe:

—Tal vez no estuviesen en casa. Podrían encontrarse a salvo en alguna parte.

Un terrible pensamiento cruzó por su cerebro: «¡Quizá hayan muerto todos! ¡Quizá sea ya libre!», e instantáneamente sintió una inmensa vergüenza. De nuevo, por última vez, gritó en la oscuridad:

—¡Hazel! ¡Hazel!

Porque Hazel, la vulgar y estúpida Hazel, no podía haber muerto. Y de pronto, la tierra pareció elevarse bajo sus pies, y las tinieblas cerrarse sobre su cabeza, engulléndola, mientras el quejumbroso clamor se debilitaba más y más, hasta extinguirse por completo.

Cuando recobró el sentido encontróse tendida en el destrozado suelo de la cocina, envuelta en una manta. En la boca tenía sabor a coñac, lo cual la hizo pensar inmediatamente en Ransome y en aquella primera visita a su casa. Inclineda sobre ella vio a tía Phoebe, que dijo:

—Todo va bien, hija mía. Se desmayó y tuve que traerla hasta aquí como buenamente pude. Eso es todo. Tome otro sorbo de esto. Siempre procuro tenerlo a mano para ocasiones como esta.

Fern bebió un poco de aquel coñac fuerte y barato, atragantándose ligeramente, y poco a poco fue recuperando la memoria de lo sucedido, que ahora se le ofrecía como una espantosa y sombría realidad. Desaparecía la impresión de pesadilla, y ahora tenía plena conciencia de la veracidad del terremoto y de que probablemente su madre, su padre y Hazel habían muerto. Sus ojos se inundaron de lágrimas, que corrieron con abundancia por sus mejillas, y pese a sus esfuerzos, empezó a gemir.

—No llore —le dijo la anciana, cogiéndole una mano—. No sirve de nada. Lo que debe hacer es ponerse ropas secas. Me fue imposible vestirla. Todo lo que fui capaz de hacer fue traerla hasta aquí y quitarle la ropa empapada.

—No volverá a sucederme eso. Se lo prometo. No sé lo que ha podido pasarme.

En aquel momento llegó a sus oídos el debilitado sonido de una voz que gritaba en la oscuridad. Por unos instantes, la densa cortina de lluvia absorbió la voz, amortiguándola. Incorporándose, Fern escuchó atentamente. Por segunda vez llegó la voz a ellas, aguda, temblorosa, histérica, pero en esta ocasión más clara, tan clara que Fern reconoció en ella la de su madre, y sujetando la manta en torno a su cuerpo, se puso en pie. La tercera vez la voz llegó claramente hasta ellas. En medio de las tinieblas y de la lluvia, su madre clamaba:

—¡Burgess! ¡Burgess! ¡Hazel! ¡Hazel!

—Voy a salir a buscarla —dijo tía Phoebe.

—Yo la acompañaré. ¡Voy en seguida! ¡Voy!

Y envuelta en la manta, siguió a la anciana bajo la lluvia.

Al débil resplandor de la linterna avanzaron hacia el lugar de donde partía la voz de la señora Simón. La descubrieron en medio del camino, no lejos de la casa, y cuando se acercaron a ella, vieron que no estaba sola. Apoyándose en su amiga, avanzando penosamente, divisaron la corpulenta y marchita figura de la señora Hogget-Clapton.

Al descubrir la luz, la señora Simón gritó histéricamente:

—¿Quién es? ¿Eres tú, Burgess?

—Soy yo, mamá —respondió Fern.

—¿Dónde están? ¿Dónde está tu padre? ¿Dónde está Hazel? ¡Oh Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Y poco después, la señora Simón abrazaba a su hija sollozando.

—¡Ay, querida! —exclamó—. ¡Están muertos! ¡Lo sé! ¡Sé que están muertos! ¡Sé que están muertos!

La señora Hogget-Clapton, falta de apoyo, se deslizó hasta el embarrado suelo de la carretera y allí se quedó sentada, muy tiesa, farfullando y lamentándose en el empapado *peignoir* de satén azul celeste, adornado de encajes.

## VI

Al quedarse sola con la señora Hogget-Clapton en la terraza del abandonado *bungalow*, la señora Simón había estado esperando largo tiempo, escuchando los gemidos de su fulminada amiga y los clamores de la ciudad. Al principio no tenía idea clara de qué era lo que esperaba, pero no tardó en comprender que bien podrían estar allí hasta el día del juicio final sin que nadie acudiese a socorrerlas. Lentamente fue dándose cuenta también de que su amiga estaba embriagada y que, por tanto, no sería de ninguna utilidad. Rara vez había visto a la señora Hogget-Clapton a una hora tan avanzada del atardecer, y, por consiguiente, nunca la había visto en aquel estado de desamparo. La señora Hogget-Clapton, que siempre se había mantenido lo bastante serena para dar una impresión de dignidad, había sucumbido ahora a la adicional intoxicación del terror. Por un instante, la señora Simón experimentó un odio feroz contra su amiga, porque en semejante crisis no era más que una criatura necia e inútil, porque no era sino una carga, porque se había convertido en un ser estúpido, fofo e idiota. Su instinto le decía que se marchase inmediatamente, dejando a su amiga abandonada en el suelo de la terraza, pero la experiencia le decía que eso era imposible. Por dos veces la abofeteó para ver si reaccionaba, sin otro resultado que provocar un incremento en el volumen de los gemidos. Cogiéndole, al fin, un brazo y pasándoselo en torno a sus hombros, como si estuviese salvando a una mujer en trance de perecer ahogada, consiguió ponerla en pie.

—Vamos, Lily, ánimo. Tenemos que salir de aquí inmediatamente.

Pero la señora Hogget-Clapton no hacía más que gemir, dejándose caer, pesada e inerte, sobre su amiga. En medio de la catástrofe, esta ni se sentía ya impresionada por la personalidad de aquella. De una manera misteriosa, la importancia de la señora Hogget-Clapton se había diluido por completo. Ya no temía llamarla Lily en su cara, como antes a su espalda. La llamó incluso cosas peores. No hacía el menor esfuerzo para disimular su dureza.

—¡Vamos, maldita y estúpida borracha! —gritaba—. ¡Que yo tengo que volver a mi casa!

Mientras la señora Hogget-Clapton parecía desplomarse, aniquilada, la pequeña y femenina figura de la señora Simón parecía agigantarse. Había desaparecido por completo su coquetería y su exagerada feminidad, convirtiéndose de pronto en una mujer de hierro. Medio sosteniéndola, medio arrastrándola, la señora Simón consiguió hacer salvar a su amiga los escalones y llevarla hasta el viejo Ford, en donde la arrojó, todavía gimiendo, en el interior de la parte trasera del vehículo. La señora Hogget-Clapton quedó tendida en el suelo del coche, con una de sus rollizas piernas colgando fuera de la portezuela, pero la señora Simón empujó salvajemente el miembro al interior del automóvil y cerró dando un violento portazo. Después, sin



mirar hacia atrás, se acomodó en el asiento delantero, empuñó el volante y partieron.

Los incendios habían empezado en la ciudad, y el reflejado resplandor de los mismos iluminaba todo el camino hasta la destilería. Al llegar a la esquina de este edificio, que se asentaba sobre un terreno más bajo, el Ford se hundió en un pie o más de agua, proyectando a ambos lados una masa líquida. La carretera era invisible; Pero la señora Simón podía seguirla guiada por la doble hilera de higueras de Java que la bordeaban. Orientada por los árboles consiguió avanzar otra media milla, unas veces sobre la calzada descubierta y otras a través de una sábana de agua que casi cubría las ruedas por completo. Su idea fija era: «Si consigo llegar hasta el mojón de la carretera del Hipódromo, ya estaremos en terreno alto». Y cuando estaba a punto de alcanzarlo, el agua penetró en el carburador, y el viejo Ford murió.

Una y otra vez trató de volver a poner en marcha el motor, jurando, utilizando palabras que había oído hacía mucho tiempo, cuando era todavía una niña, en las noches cálidas, en boca de los viajeros de comercio, mientras estos charlaban en la terraza del hotel que tenía su padre en Unity Point, Mississippi, palabrotas que ella misma ignoraba saber. Al mismo tiempo empezó a llorar, más a causa de su exasperación que de miedo. «No podemos quedarnos aquí toda la noche —pensó—. El nivel del agua podría subir. Tengo que llegar a la Misión y llevarme a esa estúpida borracha. Después de esto no volverá a darse aires de grandeza conmigo».

Cuando, al fin, abandonó toda esperanza de poner en marcha el Ford, descendió del vehículo, pensando, llena de horror, en las serpientes, hundiéndose en el agua tibia, que le subió por encima de las rodillas. Un agua cenagosa, hedionda, desagradable. Abriendo la portezuela trasera, gritó:

—¡Salga de ahí, idiota!

Al resplandor de los incendios vio que la señora Hogget-Clapton estaba en la misma postura que había caído, y en seguida intuyó que no había otro medio de sacarla de allí que tirándole de las piernas. Afianzándose en el estribo, consiguió sacarla de esta manera, merced a una serie de tirones y sacudidas, hasta que la esposa del director del Banco pudo sentarse en el suelo del coche con las piernas colgando hacia afuera. Esta posición ya era otra cosa. La señora Simón, realizando un esfuerzo más, como si se dirigiese a una niña, dijo con voz acariciadora:

—Vamos, Lily, haga un pequeño esfuerzo. Apoye los pies en el suelo y póngase en pie.

La señora Hogget-Clapton, gimiendo, obedeció lánguidamente; pero el tacón de una de sus chinelas adornadas con plumas de avestruz tropezó en el estribo del coche, y la dama cayó de bruces en el agua.

El contacto con el líquido elemento y tal vez el miedo a morir ahogada la serenaron un poco y le devolvieron en parte la voluntad, a la que había renunciado poco antes, en una especie de ebria y femenina voluptuosidad. Tras un breve forcejeo,

consiguió ponerse en pie, exclamando vagamente.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—En el camino de la destilería, ¡idiota! Y tenemos que echar a andar. El Ford se ha parado.

Ayudada, por la señora Simón, empezó a andar vacilantemente, sin dejar de gemir, hasta que llegaron a terreno más elevado y se vieron libres de la inundación. Casi inmediatamente después empezó a gemir con más fuerza y a desplomarse cada treinta o cuarenta pies. Al fin dejaron atrás el mojón de la carretera del Hipódromo y no tardaron en llegar al camino que conducía a la Misión. Y allí, exhausta y desesperada, la señora Simón había lanzado los gritos que Fern y tía Phoebe habían oído desde la cocina de la semiderruida casa de los Smiley.

## VII

Durante todo el trayecto que separaba aquel baniano de la mansión de los Bannerjee, Fern siguió remando por encima de los sumergidos jardines sin levantar una sola vez la cabeza. Cuando había estado a punto de zozobrar al tratar de librar al bote de las ramas del árbol, vio a Ransome en la galería, al lado de aquella desconocida, y ahora remaba llena de timidez, no solo a cuenta de Ransome, sino de aquella mujer. «Debe de parecerle que no hago más que correr detrás de él», pensó. Y acaso él no desease ser rescatado. Quizá desease continuar allí. Aquella sola mirada que había lanzado a la desconocida le bastó para comprobar que era muy bonita. A Fern no le importaba el rescate de aquella mujer ni el de toda la familia de Bannerjee. Solo en Ransome había pensado al ver el bote flotando a la deriva cerca de la destilería. Solo en él había pensado al meterse en el agua hasta la cintura para recuperar la frágil embarcación. Solo en él pensaba cuando había improvisado aquel absurdo remo con dos trozos de madera que tía Phoebe le había buscado. Su madre se había puesto frenética al conocer su propósito; gritando, llorando y retorciéndose las manos, exclamando:

—¡Te prohíbo embarcar en ese absurdo bote! ¿Es que no he sufrido ya bastante? ¿Es que he perdido poco para que también te pierda a ti?

Sin hacer caso de sus lamentaciones, Fern había seguido martillando, y cuando terminó de unir los dos trozos de madera, salió de la casa, vestida con la ropa de Ransome, que había dejado allí la noche que había pasado con los Smiley.

Después de todo, no había quedado libre. Su madre vivía aún, y en el fondo de su corazón, la muchacha reconocía que hubiese preferido perderla a ella que a su padre y a Hazel. Pero algo había ocurrido en su interior aquella noche de horror y de tragedia. Ahora sabía que, aunque su madre estuviese viva, no por eso había dejado de librarse de ella para siempre. Lentamente, un nuevo descubrimiento acerca de la vida fue iluminando su espíritu: que ni la distancia ni la huida tenían nada que ver con la libertad. La libertad era algo que existía dentro de uno mismo, no importaba dónde se encontrase la persona. Ella no había huido, se hallaba todavía en Ranchipur; sin embargo, era libre, más libre tal vez que si hubiera conseguido escapar a Hollywood, sin haber vivido la tragedia de aquellas últimas horas. Había demostrado ser más fuerte que su madre, pues, aun cuando afligida, desalentada y asustada, no perdió la cabeza en ningún momento. Había hallado una nueva dignidad allí donde su madre, en el momento de la crisis, perdió la poca que hubiese podido tener tras aquella estúpida fachada pintada y empolvada de eterna ingenua.

Ni siquiera se sintió impresionada cuando apareció vestida con el pantalón corto y la camisa de tenis de Ransome, y su madre, al verla, lanzó una ahogada exclamación, como si acabasen de herirla de muerte. Para semejante expedición, Fern sabía que

hubiera sido absurdo ponerse otras ropas. Incluso en medio de aquella tragedia, su madre había exclamado:

—¿Qué dirá la gente cuando te vea vestida de esa manera? ¿Qué dirán los nativos? Nos perderán el respeto.

Fern observó que su madre no había exclamado: «¿Qué dirá la señora Hogget-Clapton?».

La señora Hogget-Clapton seguía tendida de espalda, voluminosa, inerte y desnuda bajo las sábanas de la cama de matrimonio de los Smiley. El *peignoir* de seda azul celeste, adornado de encajes y cubierto de barro, estaba secándose al fuego, en el respaldo de una silla, mientras la señora Hogget-Clapton, aplanada y ridícula, roncaba sonoramente. Era evidente que la señora Hogget-Clapton y la amenaza de lo que pudiera decir habían terminado para siempre.

En el preciso momento en que se disponía a partir, aparecieron de improviso Raschid Alí Khan y Harry Loder. El corpulento musulmán se cubría con unas prendas militares que había encontrado mientras buscaba entre las ruinas del cuartel los cadáveres de «los muchachos». Los *jodhpurs*<sup>[48]</sup> que llevaba eran demasiado estrechos para él, mientras las poderosas y musculosas muñecas sobresalían de las mangas de una guerrera que había pertenecido a un hombre la mitad de corpulento que él. Por su parte, Harry Loder no era ya el relamido jugador de polo del Ejército de la India. Había desaparecido el vivo color de sus mejillas y temblaba un poco, como si tuviese frío. Al verle, la señora Simón, asustada, empezó a llorar otra vez, mientras tía Phoebe decía:

—Voy a darle un poco de coñac.

—No me vendría mal un trago —admitió él con una voz que no parecía la suya.

Mientras tía Phoebe iba en busca de la bebida, Harry Loder comunicó a los demás que todos «los muchachos», excepto él, habían muerto y ya fueron enterrados por los soldados del regimiento. Al oírle, la señora Simón prorrumpió en histéricos gritos, pidiendo que la ayudasen a buscar los cadáveres de su esposo y de Hazel, y Raschid Alí Khan, con tono brusco (un tono que, según pensó después la señora Simón, no debería haberse atrevido a usar tratándose de una europea como ella), le replicó que no podían dedicar el tiempo a los muertos cuando había seres vivos que salvar. Tía Phoebe, que había descubierto la botella de coñac completamente vacía entre las sábanas de la cama en que yacía la señora Hogget-Clapton, regresó diciendo que se había equivocado y que en realidad no quedaba ni una gota. Con vehemencia, aunque con una curiosa frialdad, empezaron todos a comunicarse las siniestras noticias que conocían. Ni siquiera el histerismo de la señora Simón fue bastante a contenerlos. La esposa y los siete hijos de Raschid se habían salvado gracias a que la casa fue construida según métodos americanos y resistió el terremoto, pero se hallaban aislados por la inundación y disponían de muy pocos alimentos. Tan pronto como

había apuntado la primera luz del día, Raschid, desnudo, se había lanzado al agua y había atravesado a nado las aguas desbordadas hasta llegar a tierra. Más tarde, dijo, salvaría a su familia. Había llegado al cuartel tan desnudo como un barrendero, pero revestido de la infinita dignidad de un verdadero creyente.

Dijo que era preciso encontrar barcas o construir almadías. También tenían que averiguar qué era lo que bloqueaba la garganta próxima al monte Abana, reteniendo las aguas.

A los ojos de Fern, Harry Loder no parecía la misma persona que había conocido hasta ahora. Ya no era el individuo jactancioso y bovino que estaba continuamente tratando de sorprenderla a solas por los rincones para intentar besarla y pellizcarla, sino un hombre enfermo y asustado. Fern escuchaba a todos en silencio, y no dijo nada del frágil botecillo que tenía oculto en el semianegado huerto de guayabos próximo a la destilería, por miedo a que se lo arrebatasen. Aquel bote lo necesita ella para descubrir si Tom Ransome vivía todavía. Después podían quedarse con él. Después les daría todo lo que quisieran. Ahora no sentía miedo de Harry, ni siquiera le disgustaba. Por su parte, él no parecía apercebirse siquiera de su presencia. Fern estaba sobre ascuas, temiendo que cualquiera de las mujeres descubriese a los demás su secreto. Pero tía Phoebe estaba ocupada con el cocinero, un muchacho intocable, que había regresado al rayar el día, preparando huevos y tostadas para los dos hombres. Y la señora Simón no hacía más que gemir históricamente hipnotizada por su propia desventura.

Raschid anunció que pensaba ir al Philkana para sacar los elefantes. El automóvil de Harry se había quedado sin gasolina a mitad de camino del cuartel. Se acercó al viejo Ford de la señora Simón, detenido cerca de la destilería, pero no valía la pena extraer la poca esencia que contenía el depósito. Los depósitos del Cuartel se habían hundido, y los grandes tanques de gasolina de la ciudad, aun cuando se conservasen intactos, se hallaban sumergidos por la inundación. Les fallaba la civilización mecanizada. No les quedaba más recurso que el de los elefantes, balanceándose suavemente a aquellas horas bajo el dudoso cobijo del Philkana. Los animales podían ir a cualquier parte, aun atravesando a nado la inundación si fuese preciso. Solo que alguien —Raschid pensaba hacerlo él mismo— tendría que salvar a nado la milla y pico que los separaba de allí, para ordenar al *jobedar* que sacase los elefantes. Con los animales podrían descender por el inundado valle en dirección del monte Abana para descubrir qué era lo que retenía a las aguas. Harry opinaba que sería una barrera formada por los restos y los cadáveres arrastrados por el torrente. Mientras el ministro del Interior nadase hacia el Philkana, Harry iría a buscar dinamita al arsenal militar.

Servidos los huevos, Raschid y Harry Loder se sentaron a la mesa, sin apenas hablar, respondiendo tan solo a alguna que otra pregunta de tía Phoebe acerca del

hospital y del Instituto Femenino de la maharaní. Pero de la parte de la ciudad que se extendía al otro lado del río sabían muy poco más que ella misma.

Fern, constantemente asustada por la posibilidad de que su madre se serenase y descubriese la existencia del bote de recreo, observaba la escena y escuchaba a todos atentamente, cada vez más impresionada por el espectáculo que ofrecía Harry Loder, pálido y fatigado, con el uniforme todo manchado de barro y de yeso. El oficial no la miraba directamente, y, observándola, parecióle a la muchacha que, aunque había en él algo de muerto, cobraba vida en su persona algo que hasta ahora no había visto nunca en él. No era capaz de definir qué era aquello, porque nada le habían enseñado; su experiencia era muy escasa y conocía muy pocas cosas de la vida; mas parecióle que aquella expresión nueva en el rostro del capitán se semejaba un poco a la que había visto, de cuando en cuando, en el semblante de la señorita Dirks, aquella extraña mujer, cuando, por casualidad, se había encontrado con ella en el bazar o en la gran plaza, aquella hosca señorita Dirks, que siempre parecía ir a cumplir algún encargo urgente y que pasaba junto a ella como hubiera podido pasar junto a un árbol o una roca.

Terminaron rápidamente de comerse los huevos y de tomarse el café, y Raschid se levantó de la mesa, absurdo y magnífico al mismo tiempo, con su guerrera y sus *jodhpurs* cortos y estrechos. «¡Raschid!, precisamente Raschid —pensó tía Phoebe—, vistiendo el uniforme de los conquistadores».

—Volveré a traer noticias tan pronto como las tenga —dijo Harry; y después, dirigiéndose a tía Phoebe, preguntó—: ¿Cómo está de víveres?

—Tenemos para dos o tres días. Siempre me ha gustado tener reservas en casa. Cuando vuelvan les prepararé una comida en regla. Luego, Harry Loder miró a Fern por primera vez, con una extraña mirada, como si no la viese.

—Sería preferible que no saliese usted por ahí —dijo—. Ahora no hay policías y nadie sabe lo que puede ocurrir. Incluso podrían descender los *bhils* de sus montañas para entregarse al saqueo —y volviéndose a tía Phoebe, como persona de más autoridad, inquirió—: ¿Tiene usted algún arma?

—No. ¿Para qué hace falta un arma?

—No hay nada que comer en todo Ranchipur. Nadie sabe lo que puede pasar —sacó el revólver que llevaba debajo de la guerrera y dijo—: Tenga esto. Tan pronto como pueda les enviaré una guardia. Se quedó callado unos instantes, mirándose las manos, grandes y musculosas, desolladas y ensangrentadas por sus frenéticos esfuerzos para apartar las piedras y las destrozadas vigas del cuartel. Luego añadió:

—Aunque ni siquiera puedo estar seguro de mis tropas..., de lo que ha quedado de ellas.

Al oír estas palabras, la señora Simón rompió a llorar ruidosamente, exclamando:

—¿Qué piensan hacer? ¡No se marchen! ¡No nos dejen solas! ¡Podrían matarnos,

podría ocurrirnos cualquier cosa!...

No fue Harry, sino Raschid quien replicó bruscamente, con profundo desdén:

—No le pasará nada, señora. Puede dar gracias a Dios si no tenemos que habérmolas con nadie peor que los *gujeratis*.

Los dos hombres se marcharon, y cuando hubieron partido, tía Phoebe se ciñó el revólver a la cintura, encima del delantal, y se puso a recoger los platos y a hacer inventario de los víveres. Ya había conocido situaciones semejantes en el curso de su vida, presenciando dos grandes incendios de la pradera cuando todavía era una chiquilla, además de haber oído incontables relatos de las incursiones y matanzas realizadas por los pieles rojas en tiempos de su padre. Tía Phoebe no esperaba tener un momento de paz con Fern, la señora Simón y la pobre ebria de la señora Hogget-Clapton en casa. Su viejo y esforzado corazón sufría por lo que hubiera podido sucederles a Bertha y a Homer Smiley, pero era inútil hablar de ello con la histérica e inútil señora Simón, o con la señora Hogget-Clapton, embriagada en el lecho de los Smiley, o con aquella pobrecilla de Fern, con el corazón devorado de ansiedad por un hombre al que nada salvaría del alcoholismo. Así, pues, lo mejor que podía hacer era trabajar sin descanso, estar ocupada en algo el mayor tiempo posible.

\* \* \*

Cuando el frágil botecillo maniobró para situarse de costado bajo la galería en que se hallaba Ransome, Fern había dejado de pensar en Harry Loder, para reflexionar que acaso se estuviese poniendo en ridículo por segunda vez. No se atrevía a levantar la vista para mirarle mientras Ransome, inclinado sobre la barandilla y tendiéndole el cordón de una de las botas del señor Bannerjee, hechas en Jermyn Street, le daba instrucciones. Ahora que estaba aquí, ahora que había realizado su labor de salvamento, Fern no sabía qué hacer. Su único deseo hubiera sido dejar allí el bote y marcharse. Cogió el cordón y lo sujetó a una de las doradas columnas estriadas que sostenían el dosel del bote, sintiéndose profundamente desgraciada, no tanto a causa de Ransome como de la mujer que le acompañaba...: aquella hermosa mujer, toda vestida de blanco y cubierta de diamantes y esmeraldas, que venía de un mundo acerca del cual Fern no conocía nada, salvo la especiosa sombra de realidad tal y como la entendía Hollywood.

Aquella mujer pertenecía al mundo de Ransome. Cuando hablaban entre sí, cada uno de ellos entendía al otro casi sin necesidad de palabras. Entre ellos no se producirían aquellas pausas embarazosas ni aquellos equívocos que le hacían sonreír de pronto de una forma que la llenaba de rubor y aumentaba su amor por él al mismo tiempo, viendo cómo se esforzaba, con genuina amabilidad, por adoptar una actitud de hombre juicioso y maduro que le sirviese a ella de ayuda. Era aquella mujer la

causa de toda su turbación..., aquella mujer, cuyos vestidos y joyas eran como una afirmación insolente y confiada; aquella mujer, que, a los ojos de Fern, no parecía hastiada y al borde de la edad madura, sino incomparablemente perfecta y hermosa. No veía ni siquiera sospechaba que ella misma, vestida con el viejo pantalón corto y la camisa de tenis de Ransome, tenía una lozanía y un encanto a cambio de los cuales aquella mujer hubiera dado todos sus ricos vestidos, todas sus joyas, todo cuanto poseía. Fern hubo de alzar, al fin, la cabeza por primera vez, ya que Ransome, una vez que el bote quedó amarrado junto a la galería, estaba diciéndole que se asiese a su mano para ayudarla a salvar la barandilla. Al contemplar su semblante, el corazón le dio un gozoso vuelco a la muchacha, porque en su expresión leyó que estaba contento de que hubiese venido, que se alegraba de verla y que incluso se sentía orgulloso de ella, sin dejar de mostrarse divertido por lo absurdo de la escena. Y, por primera vez, Fern, que nunca había analizado una emoción ni un pensamiento, advirtió qué era lo que le hacía amarle tanto. Eran su amabilidad y su sonrisa, aquella sonrisa que aparecía y desaparecía de su semblante con tanta facilidad y rapidez, como una luz que se encendiese y se apagase, una luz que iluminaba profundidades que ella misma podía adivinar, aunque no comprender todavía.

La mano y el brazo de Ransome eran fuertes, más fuertes de lo que ella había juzgado posible en un hombre tan delgado. Aquella mano la levantó hasta la altura de la galería, y, una vez allí, la muchacha se apresuró a soltársela y a salvar la barandilla, sintiéndose torpe y desamparada.

—Es usted una muchacha muy inteligente —dijo Ransome. A Fern le dolió que volviese a tratarla como si fuese una niña, y se sintió humillada por la presencia de aquella mujer, que los observaba. Las lágrimas afluyeron a sus ojos, pugnando por desbordarse; pero con un violento esfuerzo, un esfuerzo digno del férreo dominio de sí misma que poseía la pobre señorita Dirks, consiguió retenerlas. Repentinamente compadecida de sí misma, la muerte de su padre y de Hazel se le ofreció por primera vez como una dolorosa realidad. Hasta este momento le había parecido un hecho presenciado en una pantalla cinematográfica, pero ahora actuaba en su ánimo como una terrible realidad. Ahora sabía que, sucediera lo que sucediese, no los volvería a ver nunca más. Y Ransome se había atrevido a sonreír y a decirle que era «una muchacha muy inteligente»...

—Le presento a lady Heston —añadió Ransome en seguida. Y Edwina, de la manera más encantadora posible, dijo:

—Le debemos mucho a usted. Ha sido un rasgo de verdadero valor. Sin su ayuda, acaso hubiéramos muerto de hambre y de fastidio.

—¿Cómo se las ha arreglado para hacerse con ese bote? —preguntó Ransome.

—Lo encontré cerca de la destilería. Tía Phoebe me ayudó a improvisar ese remo, porque solamente había uno en el bote —contestó, sintiéndose orgullosa de pronto y



casi feliz.

La pobre señorita Murgatroyd se presentó en aquel momento en el umbral de la puerta, vistiendo su encenagada *robe del style*<sup>[49]</sup> de tafetán azul, y, al verla, Fern sintió renacer su confianza y seguridad, ya que el aspecto de la señorita Murgatroyd era para inspirar confianza a cualquier mujer.

—¡Santo cielo! ¿Cómo ha llegado usted aquí? —exclamó ardientemente la señorita Murgatroyd.

—En un bote —respondió Fern.

La mestiza, al oír esta respuesta, giró sobre sus talones y entró corriendo en la casa, al tiempo que gritaba:

—¡Señora Bannerjee! ¡Señora Bannerjee! ¡Estamos salvadas!

Mientras la señorita Murgatroyd iba a comunicarles la buena nueva a los Bannerjee, Ransome y lady Heston pidieron noticias de lo sucedido a la muchacha. Fern les comunicó la muerte de su padre y de Hazel, así como la destrucción de «los muchachos» bajo las ruinas del cuartel. La sonrisa desapareció del semblante de Ransome, quien, cogiéndole afectuosamente la mano, dijo:

—Lo siento en el alma, querida.

Una cálida oleada invadió el corazón de la muchacha, quien volvió a sentir una punzada de vergüenza por sentirse tan dichosa en aquellos momentos, cuando su padre y su hermana yacían sin vida bajo los escombros de la Misión.

—¿Y el Palacio de verano? —preguntó lady Heston—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé —respondió Fern.

—¿Y el hospital?

—El hospital está en pie. Así lo ha afirmado Raschid Alí Khan.

Ransome preguntó, a su vez:

—¿En dónde está Raschid?

—Salió a nado de su casa. Ha ido en busca de los elefantes.

—¿Y su familia?

—Está sin novedad. Todos se han quedado aislados en su casa.

—¿Y los Smiley?

—No sé. Tía Phoebe se halla a salvo.

—¿Viven todos los que se encontraban en el hospital? —inquirió de repente lady Heston.

—Lo ignoro.

Adivinando Ransome la verdadera razón de la pregunta de Edwina, indagó:

—¿Y el doctor Safka y la señorita MacDaid? ¿Sabe qué ha sido de ellos?

—No.

—Trataron de llegar al hospital desde aquí cuando comenzó la inundación.

Siguió un extraño silencio. La excitación de los primeros momentos había

desaparecido. Fern, cohibida y torpe, volvió a sentir por un momento toda la horrible realidad de la tragedia. «Mañana será real —pensó—, y al día siguiente y al otro y al otro, pero hoy no lo es. No ha podido suceder. No ha sucedido».

—Debemos marcharnos de aquí cuanto antes —dijo Ransome—. Si se produjese otro temblor de tierra, quizá se viniese abajo toda la casa.

Se volvió hacia Fern y preguntó:

—¿Y mi casa? Tiene que haber pasado cerca de ella.

—La terraza y la cocina se han desplomado. Se halla medio inundada, como esta, pero se mantiene en pie. Su criado estaba sentado en el tejado. (Así, pues, Juan Bautista no se había marchado. Había permanecido oculto en la casa todo el tiempo). Lo mejor será que vayan a casa de los Smiley —siguió diciendo Fern—. Tía Phoebe me encargó que se lo dijera así. Es una mujer con una capacidad extraordinaria para cuidar a los demás. Mi madre está allí y la señora Hogget-Clapton también.

—Yo llevaré el bote —dijo Ransome—. Solamente podré transportar una persona en cada viaje. No hay sitio para más. ¿Ha dormido usted algo?

—No mucho —respondió la muchacha.

—Pues debe echarse un rato. Volveré por usted cuando haya llevado a las demás mujeres.

—No podría dormir.

—Pero, si se echa, al menos descansará —cogiéndole de la mano, Ransome añadió—: Vamos. Haga lo que le digo. Esto no ha concluido... En realidad, no ha hecho sino empezar.

Fern no deseaba acostarse. No estaba cansada ya. Solo se sentía desconcertada y tan excitada, que creía no podría volver a dormir nunca. Pero era muy dulce que él se preocupase por su descanso. Resultaba agradable tener ocasión de quedarse a solas con él, aunque solo fuese un momento. Fue muy grato alejarle de lady Heston y de sus aires de superioridad, pues la muchacha, a pesar de su inexperiencia, había intuido que las palabras y los modales de lady Heston no eran sinceros, sino el producto accidental de una larga costumbre y esmerada educación. A la aristócrata parecía no preocuparle nada que no se refiriese al hospital. Y Fern no pudo menos de sentir curiosidad acerca de cuál sería la razón de aquella preocupación por lo que hubiese podido suceder en el hospital.

Se tendió en el duro lecho indio de una de las habitaciones, y Ransome dijo:

—Tiene que cambiarse de ropa. Está calada.

—No, no mucho. El dosel de la barca me ha preservado de la lluvia.

—Voy a buscar un par de chales.

Salió de la alcoba, dejando a la muchacha feliz y tranquila, llena de paz interior. No tardó en reaparecer trayendo dos chales de casimir, en los cuales la envolvió cuidadosa y solícitamente. Luego le tocó la frente con la mano de una manera casual

y dijo:

—Ha pasado usted mucho, querida. Procure dormir un poco.

Sin saber exactamente lo que hacía, sin que mediase en ello su voluntad, la muchacha tendió la mano y tocó con suavidad la de él; pero Ransome la retiró en seguida, como si el contacto le hubiese lastimado, diciéndole, como si fuese una niña:

—Ahora sea buena chica y duérmase.

## VIII

Edwina esperaba en la galería. Cuando Ransome volvió a su lado le dijo:

—Desearía obtener más noticias.

Estas palabras irritaron a Ransome, porque le pareció que iluminaban desvergonzadamente toda la profundidad de su implacable egoísmo. Por eso replicó con acritud:

—Sabremos más noticias tan pronto como hayamos salido de aquí, pero no creo que podamos descubrir lo que haya sido del mayor Safka.

—No estaba pensando en eso. Y es una indecencia que se te haya ocurrido semejante cosa.

—Estabas pensando en eso y deberías avergonzarte, si no por pensarlo, sí por revelarlo tan claramente. ¿Quieres salir de aquí la primera?

—Me tiene sin cuidado ser la primera o la última..., a menos que lo que desees sea quedarte atrás con tu bocadito.

—¿Qué pretendes insinuar?

Edwina se echó a reír.

—No irás a decirme que no hay nada entre vosotros, ¿verdad?

—No voy a decirte ni eso ni ninguna otra cosa. Porque tú te conduzcas como una perdida de Piccadilly, no creas que todas las mujeres hacen lo mismo.

—Muy bien. Haz lo que te parezca. Pero si alguna vez he visto a una muchacha enamorada como una boba, es esa. Cuando tú hablas, se le ilumina el rostro igual que si en él encendiesen fuegos artificiales. Supongo que te agrada ser tratado como si fueses un dios.

Apoyó la mano en el brazo de Ransome con un ademán tan suave y gentil que le desarmó y le hizo pensar nuevamente que Edwina tenía el prurito de parecer a sus ojos, y quizá a los de todo el mundo, como una mujer mucho peor de lo que en realidad era.

—Si no lo has olvidado, recordarás que eso fue lo que nos separó a nosotros hace tanto tiempo... Porque nunca te traté como si fueses un dios, sino como un ser tan malo como yo misma.

—¡Dios mío! ¡Qué cosas se te ocurren!

Pero Ransome se sentía ahora avergonzado, y este sentimiento de vergüenza se proyectó hacia el pensamiento que había abrigado dos días antes de cuan divertido encontraría Edwina el relato de la decisión de Fern de seducirle, de cuan divertida le parecería la idea de haber sido ella quien había salvado la virtud de Fern, solo porque un poco antes ellos, hastiados y desapasionados, se habían abandonado al impulso de sus sentidos en aquella habitación olvidada de Palacio. Aquello no le parecía nada divertido ahora. La idea de contarle lo sucedido a Edwina le llenaba de disgusto y

repugnancia. «Debo de ser peor de lo que creía», pensó. Se dijo que aquellas reflexiones no estaban determinadas porque estuviese enamorado de Fern. Semejante idea era absurda y descabellada. Y si ella estuviese enamorada de él, habría que hacer algo para poner término a aquello. En cualquier caso, Fern merecía alguien mejor que él, un hombre más joven, lozano, puro. Por primera vez sentíase conturbado, porque en realidad no sabía qué le ocurría.

Luego pensó que era él a quien Fern había venido a salvar. Fue por él por quien la muchacha y tía Phoebe habían improvisado aquel remo imprescindible y tosco. No podía haber sido por los otros, a quienes Fern apenas conocía. Y Ransome pensó: «¡Eso es! ¡Soy un maldito idiota! ¡He sido un condenado imbécil!».

## IX

El resto del día transcurrió entre viajes de ida y vuelta desde la casa del señor Bannerjee y la esquina de la destilería. No era tarea sencilla gobernar la frágil barquilla en medio de aquellas perezosas corrientes, que cambiaban a cada instante de dirección. Además, Ransome tenía que dar un rodeo para evitar los grupos de árboles en el parque del maharajá y la larga hilera de higueras de Java que bordeaban la carretera de la destilería. Desde el lugar elegido para desembarcadero, la derruida Misión era indistintamente visible en medio de la oscura masa de banianos que la rodeaba. Uno tras otro, a medida que los refugiados iban desembarcando del pequeño bote, emprendían la marcha a lo largo del camino y a través de los campos embarrados hacia el puerto de refugio presidido por tía Phoebe. Primero partió la señorita Murgatroyd; luego, la señora Bannerjee, que llevó consigo sus tres pequineses, algunas alhajas y su inevitable cajita de oro en donde guardaba su *pan*, y después, lady Heston, con su blanco vestido de París, envueltos los hombros en un chal de casimir.

Las bajas y saturadas nubes descargaban de cuando en cuando verdaderos torrentes de agua, que después cesaban durante algún tiempo, y momentos hubo en que la frágil barquichuela amenazaba zozobrar, tanto por la violencia del viento como por el abrumador aguacero que le caía encima. Construida mucho tiempo antes para deslizarse plácidamente, en los días de fiesta, sobre la superficie de un pequeño estanque cubierto de pétalos de flores e iluminado por luces de Bengala, cada cambio en la dirección de las corrientes acuáticas, cada rama que se enganchaba en el dorado dosel, amenazaban con provocar un desastre.

En el curso de la travesía, la señorita Murgatroyd chilló desesperadamente y luego rio con risa nerviosa y estúpida cuando Ransome, experimentando en el estómago la antigua sensación de malestar, le dijo torvamente que se callara y se estuviese quieta, a menos que deseara ir a reunirse con los cadáveres que pasaban flotando a su lado. La señora Bannerjee se mantuvo quieta, digna y silenciosa, masticando sus marchitas hojas de betel con la calma y la indiferencia de una vaca sagrada, tan confiada y segura como si esta India desgarrada, rota y moribunda fuese la verdadera India, la India a la cual pertenecía ella; como si solamente ahora, cuando estaba destruida la famosa modernidad de Ranchipur, ella hubiese recuperado su personalidad. Solo los pequineses alborotaron un poco, gruñendo y ladrando a los cadáveres, a los restos de la catástrofe y a las serpientes que se deslizaban lentamente junto al bote.

Sentado frente a ella, Ransome no experimentaba ya ningún deseo de conquistarla o de humillarla. Mientras la observaba masticar con indiferencia, le parecía extraño haberla considerado alguna vez una mujer excitante. Ahora la admiraba de una

manera un tanto abstracta por su calma, su indiferencia y hasta por el rasgo de humor que había tenido al aludir a los lamentos de su marido, pero ya no la consideraba una mujer deseable. En cierto modo, habíase convertido en una especie de objeto curioso, asexual e inhumano. Ni la peculiar belleza de sus finas facciones, ni los grandes ojos ardientes, ni la exquisitez de sus pálidas manos, con las uñas pintadas de laca, habían cambiado en absoluto, salvo para aumentar quizá su cualidad en virtud de la excitación del momento. Y hasta el día anterior, Ransome, acaso por hastío y perversidad, había deseado ardientemente a aquella mujer. Hoy, en cambio, le parecía un ser extraño e incluso un poco repulsivo a fuerza de inhumano.

En el punto elegido como desembarcadero, próximo a la destilería, hallaron todavía a la fiel señorita Murgatroyd, con su vestido de tafetán azul celeste completamente empapado y el bajo de la falda manchado por el rojizo barro de los campos. Cubríase la cabeza con un chal. Cuando Ransome la dejó en tierra firme, había echado a andar en dirección a la Misión; pero tan pronto como aquel hubo desaparecido de su vista, bogando nuevamente hacia la casa anegada, la mestiza había dado media vuelta para esperar allí a su amada y preciosa señora Bannerjee.

En la travesía, Edwina se mostró malhumorada. Ahora que había desaparecido la excitación, sentíase hastiada, lúgubre y profundamente hastiada, víctima de una especie de impaciencia devoradora. Mientras el pequeño bote se deslizaba entre los chorreantes árboles, hizo algún que otro irritado comentario. No veía ahora más que fango por todas partes, que estaba calada hasta los huesos, que no había manera de saber lo que había ocurrido en el hospital y que este era un tema acerca del cual ya no podía hablar con Ransome, porque, incomprensiblemente, se le había escurrido entre los dedos de la noche a la mañana. El Tom que había encontrado la noche de su llegada a Ranchipur había desaparecido por entero. Parecíale, mientras le observaba a hurtadillas (porque no quería encontrarse con su mirada), que hasta su semblante había cambiado de expresión, que el rostro se le había afilado misteriosamente y que se había acentuado un poco más el ángulo de su voluntariosa mandíbula. Aquella transformación la irritó, y sombríamente se dijo para sus adentros: «Si el mayor vive aún, ha de ser mío, pese a quien pese. A nadie puede importarle realmente eso. Será mío, y después ya veremos. Luego tendré que volver a esa maldita existencia que me espera en Inglaterra». No tenía más remedio que ser suyo, después de aquellas interminables horas de estar pensando continuamente en él, esforzándose por imaginar cómo sería. Aunque luego resultase un pobre diablo, un indio más, intrigante y mutable; un amante semejante al largo cortejo de los que le habían precedido, tenía que ser suyo, porque era aquel el único remedio para la enfermedad que ella misma, perversamente, había provocado. Era preciso que él la aplastase, la humillase, la dominase. Aquello sería, pensó cínicamente, como una purga, y después quedaría libre. De pronto se sintió profundamente avergonzada, diciéndose: «Jamás

hubiera creído que pudiera ocurrirme una cosa así».

—Debías haber aceptado uno de los saris de la señora Bannerjee —estaba diciendo Ransome.

—No. Prefiero incluso este vestido a un *sari*. ¿Qué haría yo con toda esa tela colgando a mi alrededor? Lo que necesito es un baño y ropas prácticas..., una camisa y un pantalón corto como los que lleva esa muchacha.

—¡Ah, quieres decir Fern Simón! —dijo Ransome con calma.

—Sí, si ese es su nombre.

—Sabes que lo es.

—No volvamos a empezar.

Sonriendo, Ransome comentó:

—No es posible que estés celosa. No tienes derecho a estarlo. Nunca he pretendido nada..., ni siquiera aquella noche en Palacio.

—Ni yo tampoco.

—Todo esto parece bastante trivial y estúpido, dadas las circunstancias —soltó uno de los remos y señaló con el índice a un cadáver completamente desnudo, que estaba incrustado de cabeza entre las ramas sumergidas de un árbol—. ¿Qué importancia crees que pueden tener estas cosas para ese?

Apenas pronunciadas estas palabras, comprendió que eran estúpidas, melodramáticas y afectadas. Dada la educación de Edwina y teniendo en cuenta todo lo que había experimentado en su vida, el cadáver de un hindú de casta inferior no podía significar para ella más que el de una cabra o una vaca. Con todos los prejuicios ingleses de casta a sus espaldas, no se sentiría más impresionada por el espectáculo que un brahmán ortodoxo. En otros tiempos, tampoco él se habría conmovido, porque estaba fuera de su comprensión. En ciertos aspectos, todavía lo estaba. Ni siquiera ahora, en lo más profundo de su corazón, podía aceptar que aquel hombre, quienquiera que fuese, no estuviese mejor muerto que vivo. Su muerte no habría importado mucho a nadie, y menos que a nadie, a él mismo.

—El problema contigo radica en que eres un condenado sentimental —dijo Edwina, quien, tras un momento de vaga reflexión, añadió—: Uno de esos sentimentales que se preocupan de las ciudades, los ejércitos, la historia... Si fueses un poco más personal, no te debatirías continuamente en un mar de confusiones.

Ransome sabía que Edwina había dicho todo aquello por puro instinto, pues, aunque inteligente, el análisis intelectual era una cualidad desconocida para ella. No obstante, lo que había dicho resultaba verdad, tan grande, que de pronto proyectó una intensa luz sobre él y su existencia toda. Tenía razón Edwina. Había sido siempre un universalista. Había caído desde el principio en el error de Descartes. Había separado a la Humanidad del individuo, y eso le convertía a uno inmediatamente en un sentimental y en un ser poco menos que humano.



Transpusieron la blanca pared de la destilería, y el pequeño bote metió la proa en el barro rojizo de la orilla. Ransome saltó de la barca, le ofreció la mano a Edwina y se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—El cuadro que ofrecemos los dos. El mundo es un lugar más maravilloso de lo que yo creía.

—Sí, bastante divertido. Pero no estoy segura de que sea este el papel más adecuado para nosotros.

—¿Por qué?

—Porque no creo que fuésemos capaces de vivir de acuerdo con él.

Ransome se volvió para indicarle el sitio en donde se alzaba lo que aún quedaba de la Misión.

—Allí es. Dile a tía Phoebe que te recomiendo a su cuidado. Yo iré cuando haya traído a los demás a tierra.

Saltó de nuevo al bote y partió; cuando hubo recorrido una corta distancia, dejó descansar los remos y se volvió para mirarla. Edwina había tirado los zapatos y caminaba descalza por el barro, con la larga falda de su manchado vestido de *crépe-de-Chine* recogida en torno al talle, sujeta con un cinturón de diamantes de imitación, y con las piernas desnudas hasta la altura de los muslos. Se había cubierto la cabeza con el chal de casimir.

Sonriendo, pensó: «Tal vez no fuese necesario recomendarla a tía Phoebe. Seguramente la anciana percibirá la cualidad de mujer infatigable que hay en ella». Tras unos instantes de reflexión, se dijo para sus adentros: «Resulta personalísima. Solo Dios sabe lo personal que es».

## X

Cuando avistó de nuevo la casa, Ransome descubrió la figura del señor Bannerjee, que le estaba esperando en la galería. Era evidente que había dado un salto atrás, vehemente y colérico. Había desaparecido de su persona todo vestigio de Bond Street. Llevaba un *dhoti*<sup>[50]</sup> blanco al modo bengalí, recogido sobre un hombro, y los negros cabellos, usualmente lustrosos de brillantina, aparecían cubiertos por una capa de ceniza. Debajo de uno de sus rollizos brazos llevaba una gran caja de laca, que Ransome supuso contendría lo que quedaba en la tierra del anciano señor Bannerjee. «Después de todo —pensó Ransome—, el viejo va a reposar en el Ganges».

El inundado Ranchipur no era lugar bastante sagrado para recibir las cenizas del antiguo agente de seguros.

Cuando el bote estuvo más cerca de la casa, el señor Bannerjee lo vio e inmediatamente empezó a gemir y a golpearse el pecho con la mano libre. Aquellas ropas no le sentaban bien, y entre Calcuta y Oxford había perdido la habilidad de llevarlas adecuadamente, y el *dhoti* se le deslizaba continuamente del grueso hombro, de modo que, de cuando en cuando, tenía que interrumpir sus golpes de pecho para volverlo a colocar con apresuramiento en su sitio. Bond Street había tenido más éxito que el bazar de Hawrah en la tarea de ocultar la fofa rotundidad de la figura del señor Bannerjee, y Ransome descubrió ahora que el indio tenía unos brazos de *prima donna* excesivamente madura.

En el momento en que el dosel de la barquichuela tocó la galería, cesaron las lamentaciones y los golpes de pecho del señor Bannerjee, quien, como si todavía le persiguiese la venganza de Kali, saltó precipitadamente a bordo, sin soltar la caja de laca.

—¡Cuidado! —gritó Ransome—. Hará zozobrar la barca.

Se sintió dominado por una cólera tan ardiente que, de no haber sido por el temor a hacer zozobrar el bote, le habría propinado al señor Bannerjee un buen puntapié en salva sea la parte. Su ira iluminó el disgusto con que siempre le había mirado. Le disgustaba aquel hombre porque era un necio carente de dignidad y, al mismo tiempo, un cobarde y un farsante. También le sacaba de quicio la evidente y arrogante convicción del señor Bannerjee de que él, Ransome, carecía en absoluto de importancia para el mundo, salvo como barquero del señor Bannerjee y de las cenizas de su padre. Bajo sus ropas de Bond Street, el señor Bannerjee se había mostrado obsequioso y en ocasiones adulator. Ahora, en cambio, parecía haber leído en el mismo libro que su esposa. Todavía estaba asustado; tanto, que el blanco amarillento de sus ojos se destacaba intensamente en el rostro ceniciento. Un individuo tan aterrorizado no podía permitirse el lujo de mostrarse al mismo tiempo arrogante.

—Siéntese y estese quieto —ordenó Ransome—. Si hace zozobrar el bote, no

haré el menor esfuerzo para salvarle. Hay otras muchas cosas a las cuales atender.

El señor Bannerjee no le respondió. Parecíale a Ransome que el terror debía de haberle privado de la facultad de hablar. Con una mano aferraba la borda de la embarcación y con la otra sujetaba fuertemente la caja de laca que contenía las cenizas de su padre. Tan pronto como se alejaron de la galería cerró los ojos y pareció entrar en trance. Observándole, Ransome se acordó de lo que el mayor Safka había dicho en una ocasión: que los bengalíes eran los irlandeses de la India. Era un fenómeno singular que la misma raza pudiera producir dos personas tan desemejantes como el señor y la señora Bannerjee.

Al pasar por delante de la casa de Raschid Alí Khan, la figura de la señora Raschid, rodeada de niños de todas las edades, apareció en una de las amplias ventanas del piso superior. Se dirigió a él en lenguaje *urdu*<sup>[51]</sup> para decirle que estaban todos bien y que podrían resistir un día más. Ransome contestó en hindustani que volvería a buscarlos aquella misma noche o a primera hora de la mañana siguiente. Después, al pasar ante el anegado mundo de su propia casa, vio a Juan Bautista, desnudo, encaramado en lo alto del resquebrajado tejado, bajo la lluvia. A través de la cortina que tendía el aguacero, Juan Bautista le gritó en su dulce francés:

—¡Toda la plata se halla a salvo! ¡Está en el primer piso, con toda la ropa del *Sabih!*

—Está bien. Pero entra en la casa. Vendré a buscarte más tarde.

—*Tres bien, sahib.*

Y el muchacho, deslizándose canalón abajo como un mono, se introdujo en el edificio por una de las ventanas del piso superior. Al llegar a la destilería, el señor Bannerjee, todavía sumido en hondas meditaciones, abrió los ojos el tiempo necesario para saltar a tierra, sin pronunciar una sola palabra de gratitud o de reconocimiento. Ransome metió los remos en la embarcación y se quedó sentado, contemplándole mientras se alejaba penosamente, pisando el barro con sus pies descalzos, con las cenizas bajo el brazo, en dirección a la distante Misión, al amparo de tía Phoebe.

Cuando regresó una vez más a la anegada mansión, el criado, al que no había vuelto a ver desde que apareció llevando el farol, se hallaba esperando en la galería. En pie, mirando hacia la ciudad inundada, estaba ligeramente vuelto de costado, de modo que no vio acercarse al bote. Era un hombre delgado, feo y extremadamente negro. En medio del desolado paisaje, el único ser viviente, ya que hasta los pájaros y los monos sagrados habían abandonado la zona inundada, como si adivinasen que estaba maldita por la Naturaleza. El criado no se movía, y en aquella extática inmovilidad de la figura, Ransome percibió algo vagamente inquietante. He aquí un hombre que lo había perdido todo: esposa, hijos, quizá padre y madre, acaso abuelos (porque las dependencias anexas a la casa habían sido un verdadero pueblo, en el que se alzaban altares a Kali, Siva y Rama). De este hombre emanaba una especie de

temor reverencial. Hubiérase dicho que era un frágil monumento a la paciencia y el estoicismo, pequeño, feo e infantil, frente a la amenaza del tenebroso cielo del monzón. Este hombre, más que cualquier otro, era la India, Más que el señor Bannerjee, que el mayor Safka o que Raschid Alí Khan, incluso que el propio maharajá. Era la India eterna, indestructible, reproduciéndose perennemente, como aquellos enjambres de abejas que se adherían a los aleros de mármol del gran Palacio. Era la vida, un principio, evolucionando desde una infancia famélica hasta una madurez en la que no había sino placeres animales y supersticiones, escasamente diferentes de los de los monos sagrados, ruidosos y gregarios.

Durante algún tiempo, como si estuviese embrujado, Ransome permaneció inmóvil en el bote a la deriva, tratando de descubrir lo que *era* aquel hombre, cuáles eran sus necesidades, su alma, su espíritu, su esencia. ¿Qué significación tendría él mismo a los ojos de aquella figura inmóvil, macilenta y sombría de la galería? La figura de aquel ser humano, para quien el Imperio británico no significaba nada, cuya imaginación no iba más allá de los límites de la ciudad destruida, que ni siquiera llegaba a la soledad de la ciudad muerta de El-Kautara o al sagrado monte Abana. No era en rigor un animal, puesto que tenía figura humana. ¿Qué significaría para él haberse quedado en un instante completamente solo en un mundo que hasta unos momentos antes había sido sólido y seguro? ¿En qué pensaba ahora, en pie en la galería, tan inmóvil como la rolliza estatua de la bondadosa y vieja soberana, contemplando la ciudad muerta? ¿Qué era para él la realidad y el espíritu? ¿Cómo sería posible llegar al espíritu de aquella imagen oscura y casi irreal?

Cansadamente, Ransome fue experimentando un lento impulso de abnegación, que se alzaba en su interior como aquel extraño sentimiento que años atrás había invadido su ánimo cuando estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared salpicada de barro de una casa de Bélgica. Era un extraño deseo, vagamente sensual, de disolverse y desaparecer, de hundir en la nada a aquel ser que llamaban el honorable Thomas Ransome, desgraciado, a veces ebrio, egoísta, inteligente, desilusionado, neurótico, desesperado. Era un deseo de fundirse —de fundir lo que hubiese de alma, inteligencia y personalidad en el ente llamado Thomas Ransome— en el heterogéneo conjunto que recibía el nombre de Humanidad; era un deseo tan acuciante como el que despierta la sed, de conocer a aquel hombre, cuya figura se recortaba contra el cielo tormentoso, y de conocer a sus hermanos, negros o blancos, amarillos o cobrizos; era el deseo de sondear la paciencia y la resignación, inexplicables e infinitas, de todos sus semejantes. Y por un instante tuvo la impresión —como si los bajos y densos nubarrones se hubiesen despejado repentinamente para revelar el ardiente sol que ocultaban— de haber vislumbrado la salvación y la paz.

Luego, súbitamente, rehuyéndole, aquella sensación y visión desaparecieron por completo.

En el instante mismo en que se desvanecía la visión, la negra figura de la galería se volvió y miró en la dirección en que se hallaba Ransome, hacia la luz que se filtraba por los bordes de las nubes. A los ojos de Ransome, los árboles que veía en torno a sí habían dejado de ser luminosos y aureolados; no eran más que los familiares banianos y *pipales*, bajo cuyo follaje había estado sentado muchas veces, bebiendo los pésimos cócteles del señor Bannerjee mientras presenciaba algún partido de volante. Y aquel hombre negro y feo ya no era alguien que había estado muy cerca de él; tanto, que Ransome estuvo a punto de descubrir su secreto, sino el criado *gujerati* del señor Bannerjee, sucio, ineficiente y tanto más servil cuanto peor le trataba su amo.

Cuando el bote llegó nuevamente al pie de la galería, Ransome preguntó al criado en hindustani:

—¿Dónde está la *memsahib*?

El hombre respondió en *gujerati*:

—*Memsahib*, durmiendo.

Y, con un repentino ademán de singular belleza, hizo la pantomima del sueño.

«Dejemos dormir a la chiquilla —pensó Ransome—. Probablemente no ha dormido nada desde hace dos días». Y haciendo uso de una expresiva mímica, le invitó a bajar al bote.

El hombre rehusó al principio, y solo cuando Ransome se lo ordenó ásperamente se decidió a obedecer de mala gana.

Mezclando varias lenguas, preguntó a aquel hombre si no tenía nada que llevar consigo, y el criado respondió:

—No, *sahib*, nada...

No tenía más que el harapiento trozo de tela que le ceñía la frágil cintura y pasaba entre sus muslos esqueléticos.

Durante la travesía, Ransome, echando mano de todo el *gujerati* que conocía, trató de entablar conversación con el hombre, pero este parecía aturdido o estúpido. No pudo sacarle nada, salvo algún que otro gesto mímico puramente animal, que nada significaba para Ransome.

Al llegar a la destilería, el hombre saltó a la orilla y, postrándose de hinojos, hundió la frente en el barro rojizo, en una exagerada zalema.

—¿Adonde piensa ir? —preguntó Ransome.

Pero el hombre no le comprendió, y Ransome, advirtiendo que el sol se hundía en el ocaso, se volvió y empuñó los remos. El hombre aguardó, como en señal de respeto, hasta que el bote se hubo alejado cien yardas de la orilla, y entonces, dando media vuelta, emprendió la marcha a través de la vasta llanura embarrada, en dirección al resplandor amarillento y sulfúreo que iluminaba la línea del horizonte. Hasta que la barca se internó entre los árboles semisumergidos, fue visible la negra y

encorvada figurilla, más pequeña cada vez en la aterradora vastedad del paisaje indio.

## XI

Ya había rebasado su casa y la de Raschid Alí Khan, cuando las tinieblas, lo envolvieron todo repentinamente. En unos instantes, los árboles, las casas, los accidentes familiares parecieron fundirse en la oscuridad, o bien que las aguas hubiesen crecido repentinamente de nivel, sumergiendo todas las cosas. Por un momento, Ransome, alarmado, dejó de remar y pensó: «No tengo que extraviarme. Si se despertase y encontrase sola en la casa, se asustaría terriblemente». Como había hecho muchas veces durante la guerra, trató de dominarse de una forma especial, esforzándose por despertar en él un sexto sentido que le guiase derechamente a la casa. No lucían estrellas para orientarse; de repente habían desaparecido los árboles y los edificios, y aun cuando hubiese podido distinguir aquellos, le hubiese sido de escasa utilidad, ya que los *neems*<sup>[52]</sup>, los *pipales* y los banianos habían sido plantados, mucho tiempo atrás, sin orden ni concierto. Calculando que la menor fuerza del toco y no muy firme remo improvisado por Fern le haría derivar un poco hacia la izquierda, se puso a remar otra vez, mirando por encima de su hombro, en un vano esfuerzo por descubrir algún indicio que le indicase que no se había extraviado.

La lluvia, que había cesado a la puesta del sol, volvió a caer en densas masas, con una violencia tal, que levantó una especie de fina neblina sobre la superficie de las aguas. Ransome remó durante diez minutos, bajo la terrible sensación de un ciego desamparado, pues el conjuro de aquel sexto sentido, que había sido un hecho real muchos años atrás, había fallado ahora por completo. Una y otra vez impulsó la pequeña embarcación ciegamente entre las ramas de los árboles semisumergidos, hasta que de pronto se dio cuenta de que, pese a sus esfuerzos, el bote seguía una dirección propia y que los remos no influían para nada en sus movimientos. Se había desviado, y ahora ya no se encontraba en la periferia de la inundación, sino en una zona en donde la poderosa corriente del río se dejaba sentir con fuerza. Por un instante pensó: «Estoy perdido. Seré arrastrado por la corriente, como los demás». No quería morir y estuvo luchando desesperadamente contra la fuerza de las aguas, hasta que se convenció de que era inútil, sobre todo cuando no sabía hacia dónde remar y si cada golpe de remo le acercaba más a la muerte. Así, pues, cesó en sus esfuerzos y se dejó ir a la deriva, pensando tranquilamente: «Bien, si todo ha concluido, no hay nada que hacer. Tal vez sea mejor así».

En medio de las tinieblas que le rodeaban no podía decir si el bote avanzaba velozmente en el sentido de la corriente o si se limitaba a girar en torno a los remolinos que se formaban fuera de la corriente principal. De pronto, una masa de hojas le rozó el rostro, y extendiendo rápidamente la mano, Ransome se aferró a una rama y se mantuvo firme. Había pasado lo peor. Al menos, podría pasar la noche allí, calado y miserable, y al rayar el día descubriría dónde estaba. Se acordó del cordón

de la bata que Bannerjee había comprado en Bond Street, y tanteando en la oscuridad, lo encontró en el fondo del bote. Sin pérdida de tiempo, lo amarró a una robusta rama del árbol. Ahora podría incluso dormir tranquilamente, en medio de la oscuridad murmurante y amenazadora.

Estuvo largo tiempo en actitud expectante, despierto, a pesar del cansancio de dos días sin dormir. Tenía hambre; a despecho del húmedo calor reinante, había empezado a tiritar. «Tengo que llegar hasta ella, de una u otra forma», volvió a decirse, preocupado. Si se despertase, podía asustarse en aquella casa extraña, llena de siniestras leyendas y todavía rondando por los oscuros corredores el espíritu del anciano señor Bannerjee. Lentamente empezó a invadirle una sensación que no había experimentado desde la guerra. Era la impresión de estar rodeado por todos los muertos en la catástrofe, presentes en la oscuridad, entre las susurrantes hojas de los árboles. Años atrás, aquella impresión le había causado más pavor que todas las granadas y las balas juntas. Años atrás, aquella misma impresión había ido apoderándose lentamente de su ánimo, como una creciente inundación de agua helada, contra su voluntad, venciendo a su inteligencia y a su razón. Años atrás había percibido la presencia invisible e intangible de los millares de hombres cuyos cadáveres yacían esparcidos y desgarrados encima y debajo del fértil barro de Flandes, rodeándole por todas partes. Y el pavor le helaba la sangre en las venas y le erizaba los cabellos. Años atrás, aquel terror había sido tanto más espantoso cuanto que escapaba a su razón y destruía su pueril negación de la inmortalidad. Era como si aquellos espíritus invisibles y no vistos se hubiesen levantado en la niebla gris que flotaba sobre el fango para acusarle, diciendo: «No estamos muertos. La muerte no existe».

Ahora no experimentaba ningún terror. Solitario, sentado en la leve barquilla, en medio de aquella negrura, Ransome sabía que los espíritus estaban allí, no eran un producto de su imaginación, como había tratado de creer mucho tiempo atrás, sino algo real, que tal vez incluso poseyera sustancia, imposible de verse y percibirse con sus mezquinos sentidos corporales. No era terror lo que ahora experimentaba, sino una sensación de paz y de comprensión.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, tiritando y exhausto, en el bote retenido por aquel leve cordón, porque en aquella oscuridad parecía desvanecerse todo concepto de tiempo. De pronto apercibióse de que una especie de luminosidad se había insinuado en las tinieblas, haciéndose gradualmente más perceptible, difundiéndose débilmente por todo el espacio y dotando de una forma vaga e imprecisa a la negra masa de los árboles que le circundaban. Era una luz que procedía de las nubes, el reflejo de algún incendio que había estallado en la ciudad. Poco a poco fue creciendo la intensidad del resplandor, hasta que, por fin, a corta distancia de donde se hallaba, pudo distinguir la complicada y ricamente esculpida cúpula fálica del templo de Siva,



y más cerca todavía, la parte visible de la rolliza estatua de hierro fundido de la reina Victoria. Solamente la cabeza emergía del agua, y en torno al corto y robusto cuello se había formado una guirnalda de hierbas y flores putrefactas depositadas allí por la corriente del río. Aunque sumergida casi por completo, la efigie, obstinada e invencible, seguía en pie sobre la pilastra central del derruido puente.

Al aumentar la intensidad de la rosácea claridad, Ransome distinguió no lejos de allí, recortándose contra el cielo como una sombría filigrana, el gran abanico de la añosa higuera de Java que se alzaba cerca de la pista para jugar al volante. Ransome pensó que, si conseguía llegar hasta aquel árbol, lo demás sería sencillo. Era inútil tratar de impulsar el bote valiéndose de los remos. Desató el cordón, y agarrándose firmemente a las ramas, cubiertas de restos de la catástrofe, fue pasando de una a otra arrastrando consigo la pequeña embarcación y deslizándose así a lo largo de la doble hilera de banianos que bordeaban la carretera del Hipódromo. Fue una labor lenta y agotadora, porque el dorado dosel se enredaba continuamente en las ramas. Después de lo que a Ransome le parecieron horas, llegó, al fin, al árbol, bajo cuyo follaje, chorreando sudor, se detuvo unos momentos para descansar. Habían desaparecido los escalofríos de hacía un rato. Remando durante las últimas cien yardas, alcanzó rápidamente la galería de la casa abandonada, y saltando por encima de la barandilla, amarró una vez más el bote con el cordón de la bata del señor Bannerjee.

## XII

La casa estaba silenciosa, más silenciosa que la desolación que la rodeaba, y por un momento Ransome pensó: «Acaso se haya marchado. Tal vez habrá venido alguien a buscarla». Y experimentó una repentina decepción. Alumbrado por el débil resplandor de fuera, avanzó lentamente a lo largo del pasillo hasta que llegó a la habitación en donde había dejado a la muchacha.

No se había marchado. Estaba dormida bajo el mosquitero, tendida como una niña, con un brazo sobre la cabeza, los cortos y rubios rizos adheridos a la frente por efecto de la humedad.

Exhausto y desconcertado, Ransome estuvo contemplándola largo rato a la turbia claridad que entraba por la ventana. Por alguna razón desconocida, de improviso, le parecía muy lejos de él y ya no se le antojaba una niña. En su misma juventud había algo que estaba al margen de toda edad, que le conmovía profundamente, y hambriento, sediento y exhausto como estaba, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Aquella juventud, auténtica juventud que rodeaba a la muchacha como una aureola, le hizo experimentar vergüenza y envidia. Le envidiaba el espíritu de romance que intuía en ella, y que él no había conocido jamás. Durante un fugaz instante adivinó lo maravilloso que habría sido ser joven alguna vez, como ella, y haber creído en el mundo, como ella creía. Era eso algo que él no había conocido nunca y que jamás conocería, porque ya resultaba demasiado tarde. También veía la tragedia implícita en aquella misma juventud, en lo que le reservaba el futuro, pensando en lo poco que ella sabía del mundo, en cuan escasa verdad había entre la realidad y el tejido de aquel mundo ficticio que ella había creado en su imaginación. ¿Qué le sucedería cuando pasase de uno al otro?

Le acometieron de nuevo los escalofríos, y dirigiéndose a la habitación del señor Bannerjee, anduvo rebuscando por allí, a la débil claridad que penetraba por la ventana, hasta que encontró un *dhoti*. Después de despojarse de las ropas y de frotarse vigorosamente todo el cuerpo con una colcha, se puso el *dhoti* y volvió a la habitación en donde Fern dormía. En el mismo instante, a gran distancia, se oyó una explosión que hizo vibrar todo el inseguro maderamen de la casa. Luego se oyó otra, y otra más. Del cielo raso se desprendieron fragmentos de yeso, por todas partes, y Ransome pensó: «Seguramente, Raschid y Loder están volando el embotellamiento producido por los restos de la catástrofe». Por la mañana habría desaparecido la inundación.

En el duro lecho, bajo el mosquitero, la muchacha se agitó levemente, pero no se despertó. «¡Qué cansada debía de estar!», pensó Ransome.

El incendio en la ciudad se estaba extinguendo, y la difusa claridad que penetraba por la ventana iba desvaneciéndose lentamente. Ransome se improvisó un

lecho utilizando varios cojines, y envolviéndose la cabeza en el *dhoti*, como hacen los millones de seres que duermen todas las noches en las calles de la India, se tendió en el suelo, junto al lecho de la muchacha, para que no tuviese miedo si se despertaba.

No se le ocurrió pensar un solo momento que aquello que hacía; es decir, permanecer allí toda la noche con ella, podía dar origen a un nuevo escándalo. Aquel viejo mundo, aquel de habladurías, celos mezquinos y no menos mezquinas ambiciones, el de club y de «los muchachos», de Pukka Lil y de las partidas de tenis de la señora Simón, había desaparecido por completo, dejando en su lugar, al menos por algún tiempo, un mundo salvaje, primitivo y desesperado.

## XIII

En la Misión, tía Phoebe seguía entregada a sus quehaceres.

No había nadie que la ayudase, porque por la mañana temprano envió a buscar noticias de los Smiley al único muchacho que había aparecido por allí, y este había partido de mala gana y todavía no había regresado. Entre las refugiadas no encontró la menor ayuda. Considerando desapasionadamente a sus huéspedes ahora, en medio del desastre, veía que la señora Hogget-Clapton era una mujer no solo entregada a la bebida, sino una necia, y que la señora Simón no era más que otra clase de necia, totalmente inútil en momentos de crisis, gimoteando y retorciéndose las manos sin cesar (cuando no estaba dormida) y hablando por los codos de «su pérdida». La pérdida, pensaba agriamente tía Phoebe, de un marido y de una hija a quienes tiranizaba y hacía desgraciados, para los cuales la muerte misma tenía que haber supuesto una liberación. La señora Bannerjee no había trabajado en su vida, y no sabiendo hacer nada, se limitaba a estar sentada, masticando su *pan* con la calma y la indiferencia de un *yogi*<sup>[53]</sup>. A los ojos de tía Phoebe, la señora Bannerjee no era una belleza, sino simplemente una holgazana sin sentimientos.

La señorita Murgatroyd, cuando no estaba buscando los desaires y las pequeñas crueldades de que la hacía objeto la señora Bannerjee, zascandileaba de un lado para otro, esforzándose por ser útil; pero era igualmente una necia, tal vez la más necia del grupo.

Así, pues, tía Phoebe pensó: «Lo mejor que puedo hacer es evitar que estorben». Pero la estorbaban, tanto en el espacioso cuarto-almacén como en las habitaciones. Cual si presintiesen que no existía seguridad más que al lado de la anciana, no hacían más que entrar y salir de la cocina. La señora Hogget-Clapton necesitaba aspirina, y la señora Simón, algo para conciliar el sueño.

Sin embargo, a despecho de todas las irritaciones, la anciana estaba disfrutando como no había disfrutado desde los tiempos de los incendios y los tornados en las praderas. La carencia de noticias acerca de los Smiley la tenía inquieta, aunque no en demasía, porque conservaba la fe, una fe singularmente potente, que le hacía pensar no solo que Dios protegería a su sobrina y a su esposo, sino que, en el caso de que no los protegiese, sería porque tuviese sus razones para ello. Como era vieja y había vivido siempre con sencillez, muy cerca de la tierra, poseía a los ochenta y dos años una sabiduría y un conocimiento que ninguno de los otros, ni siquiera los hindúes, eran capaces de compartir con ella. Sabía que, en el curso general de la Naturaleza, era de poca monta lo que les sucediese a los Smiley o a ella misma. Lo que verdaderamente importaba era que hubiesen vivido honorablemente y que a la hora de la muerte no pudiese haber reproches. Semejante convicción era de un valor inestimable para llevar el sosiego y la paz a su espíritu. Eso sí, le parecía una lástima

que, si la gente había de morir, el Señor no se llevase a los necios y a los inútiles, como los Bannerjee, la señora Hogget-Clapton y la señora Simón.

Además, estaba en paz consigo misma, porque su atención era solicitada de continuo por mil detalles y porque sus manos no dejaban de ocuparse en algo. Nadie sabía mejor que ella la satisfacción que podía procurar el trabajo. Jamás había tenido tiempo, en el curso de su existencia, para pensar en sí misma o para *saborear* sus penas. Desde su venida a Ranchipur había habido momentos en los que había estado ociosa, momentos en los cuales había cedido a la tentación de jugarle una mala pasada a alguien, como el día en que había soltado a la pacífica hiena, o como aquellos otros en que se presentaba en la terraza con su mecedora, su limonada y su abanico de hoja de palma, con el deliberado propósito de atormentar a la señora Simón. El único punto flaco que encontraba a la vida en Ranchipur consistía en que, en algunos momentos, no había bastante que hacer. Ahora estaba constantemente ocupada, haciendo inventario de las provisiones que guardaba en el cuarto-almacén, para calcular lo que durarían, preparando las comidas y atendiendo a que ninguno de los refugiados recibiese más de su ración, buscando aspirina para la señora Hogget-Clapton y preparando una infusión de hojas de *neem* para calmar los nervios de la señora Simón.

Realizaba todas las faenas con el revólver de Harry Loder colgando de su cintura, sobre el delantal, en parte porque no sabía qué hacer con él, en parte también porque resultaba muy excitante la idea de que podría ser necesario. La verdad era que no había tenido mucha fe en la necesidad de aquella arma hasta que, a la caída de la tarde, vio dirigirse a la casa, cruzando los campos embarrados, las negras figuras de tres *bhils* altos y delgados. Tía Phoebe observó en silencio su avance, como podría haber observado la aproximación de tres pieles rojas a través de las praderas de su infancia. No consideró necesario alarmar a los demás y decidió enterarse antes qué era lo que querían aquellos hombres.

Los *bhils* habían bajado de las montañas para entregarse al saqueo, y parecieron sorprenderse cuando vieron la puerta de una casa que ellos habían supuesto abandonada obstruida por la figura de una anciana que tenía un revólver en la mano (pues tía Phoebe había extraído el arma de su funda al acercarse los merodeadores). No conocía su lengua; pero al hacerle ellos señas de que deseaban entrar en la casa para comer algo, la anciana, a su vez, se entregó a una enérgica pantomima para darles a entender que no podían entrar y que no había nada para comer. Eran los *bhils* unos individuos negros y de aspecto amenazador, cubiertos de andrajos pieles de cabra, con unos cabellos largos, negros y grasientos, que les caían sobre los hombros. No llevaban armas de fuego, pero cada uno de ellos empuñaba una larga lanza.

Los hombres se detuvieron un momento, charlando entre sí en una jerga incomprensible, y acaso hubiesen tratado de penetrar en la casa a viva fuerza si en

aquel momento la señora Hogget-Clapton no hubiese entrado en la cocina y, al verlos, no hubiese lanzado un estridente chillido, que atrajo la atención de los demás refugiados. La vista de aquella mujer, envuelta en sábanas como una momia (pues siendo tía Phoebe y la señora Smiley mujeres de corta talla y delgadas, sus ropas no le servían a la señora Hogget-Clapton), puso en derrota a los *bhils*. Volviendo las espaldas, sombríos, se alejaron sobre el barro rojizo, en dirección a la ciudad.

La señora Hogget-Clapton, a punto de desmayarse nuevamente, pedía coñac a gritos, pero no quedaba ni una gota. La señorita Murgatroyd y la señora Simón empezaron a hablar inmediatamente con extraordinaria volubilidad. Mientras la señorita Murgatroyd predecía las más espantosas escenas de estupro y de tortura, la señora Simón exclamaba:

—¿Qué va a ser de nosotras ahora? Conozco bien a esos *bhils*. Sé lo que buscan merodeando en torno a la Misión. Han estado esperando años enteros para cortarnos el cuello a todos —se acordó de Fern y clamó—: ¿Dónde está Fern? ¿Qué han hecho con ella? ¿Por qué no ha regresado?

Tía Phoebe la miró con acritud y dijo:

—Fern está perfectamente. No se preocupe. Por lo que he podido comprobar personalmente, esa muchacha tiene la cabeza sobre los hombros.

Apareció entonces en el umbral de la puerta una nueva visión, más extraña y exótica que la de los *bhils*. Era lady Heston, con el blanco vestido de noche sujeto en torno a la cintura, los brazos cubiertos de alhajas y las piernas cubiertas de rojizo barro hasta las rodillas. Con una dignidad que resultaba cómica en semejantes circunstancias dijo:

—Soy lady Heston.

A continuación, dirigiéndose a tía Phoebe, añadió:

—Supongo que es usted tía Phoebe. Tom Ransome me ha dicho que me presentase a usted.

—Sí —respondió la anciana, llena de repentina timidez—. Perfectamente. Está bien. Pase usted, por favor —y luego, recordando su buena educación, añadió—: Le presento a la señora Simón y a la señora Hogget-Clapton.

—Mucho gusto —dijo lady Heston, al tiempo que se desabrochaba el cinturón de diamantes de imitación y dejaba caer la aprisionada falda de su vestido.

El efecto de esta presentación en el ánimo de la señora Hogget-Clapton fue mucho más fuerte que el de cualquier cantidad de coñac que hubiese podido ingerir. Al fin, y pese a todo, se hallaba en presencia de lady Heston. Recuperando inmediatamente el dominio de sí misma, se levantó como si se hallase delante de una persona de la realeza. Fue la primera en recobrar el uso del habla. Abriendo desmesuradamente sus azules ojos de porcelana, preguntó:

—¿No los ha visto usted? ¿No la han atacado?

—¿Quiénes? —preguntó lady Heston.

—Los *bhils*.

—¿Quiénes son los *bhils*?

—Unos salvajes, unos hombres negros con lanzas.

—¡Ah, esos! Sí, los he visto.

La señora Simón, casi sin aliento, preguntó:

—¿Y no la han atacado... con todas esas alhajas encima?

—No. Ellos no me han visto.

—¿Qué ha hecho su..., quiero decir, qué ha hecho usted?

La señora Hogget-Clapton había estado a punto de tropezar. Bajo la emoción del momento, olvidando todos aquellos años de ocupar una posición oficial, había tenido en la punta de la lengua el decir «su señoría».

—No me gustó su aspecto y me oculté en una zanja hasta que hubieron pasado.

—¡Ah! —exclamó la señora Hogget-Clapton—, en un *mullah*<sup>[54]</sup>. ¡Qué inteligentemente ha obrado usted!

Tía Phoebe comprendió en seguida que la recién llegada iba a serle simpática. Carecía de paciencia para soportar a los necios y le asombraba el crecido número de gentes que alcanzaban una edad madura sin dejar de ser necias. Pero era evidente que lady Heston no era ninguna necia.

—Lo mejor será que se ponga ropa seca —dijo tía Phoebe.

—Sí, muchas gracias, Y si pudiera darme una especie de baño...

—Hay un *chatte*... —empezó a decir la señora Hogget-Clapton.

—Hay una pila de piedra llena de agua —interrumpió tía Phoebe— y un cazo grande. Venga conmigo.

La señora Hogget-Clapton, advirtiendo de pronto el atavío de momia que llevaba, soltó una risita nerviosa y bobalicona y comentó:

—No tenemos ropa ninguna de nosotras. El terremoto me sorprendió en *néglige*<sup>[55]</sup>. Ahora se está secando, pero es muy difícil secar nada en esta época del monzón.

En cuanto a la señora Simón, parecía haberse quedado muda. Permanecía inmóvil y silenciosa, contemplando fijamente la fortuna en alhajas que Edwina llevaba en una sola muñeca. Así había soñado ella que debía ser una duquesa. Olvidó incluso los cadáveres del señor Simón y de la pobre estúpida de Hazel, aplastados bajo toneladas de piedra y argamasa. Mientras tanto, lady Heston había empezado a quitarse las pulseras y preguntaba:

—¿Dónde podría dejar esto?

—Démelas —dijo tía Phoebe—. Las guardaré en una de mis medias —y luego, con una expresión de travesura en la mirada, la misma expresión que Ransome había visto en su arrugado semblante el día en que la hiena había obligado a la señora

Hogget-Clapton a encaramarse en la pérgola, añadió—: Supongo que, pase lo que pase, nadie vendrá a mirar debajo de *mis* faldas.

Cuando hubo salido de la estancia llevándose consigo a lady Heston, la señora Simón comentó:

—¡Qué manera de hablar! ¡Ya lo ve usted! ¡Y delante de lady Heston!

—¿Cómo podrá hablar así... cuando estamos expuestas a cualquier cosa?

En aquel momento se presentó en la puerta el señor Bannerjee, con la cabeza cubierta de ceniza, llevando debajo del brazo la gran caja de laca. Al verle, ambas mujeres se pusieron a gritar, hasta que, reconociéndole bajo la capa de ceniza, le volvieron la espalda y centraron toda su atención en el *peignoir* de la señora Hogget-Clapton, casi seco ya. Con un traje europeo, el señor Bannerjee ofrecía un aspecto poco atrayente; con un *dhoti* y cubierta la cabeza de ceniza, el elegante y cosmopolita señor Bannerjee parecía un sucio y repelente *sadhu*.<sup>[56]</sup>

Desde el primer instante se convirtió en un estorbo, porque, en un acceso de ortodoxia, pidió que se le reservase un rincón de la cocina y se le facilitasen los utensilios culinarios necesarios, con el fin de preparar para él y para su esposa alimentos que no se hubiesen contaminado al pasar por las manos de la intocable tía Phoebe.



## XIV

En el cuarto de baño, junto al *chattee*, tía Phoebe y lady Heston empezaron a comprenderse mutuamente. La anciana llevó unas prendas interiores de algodón (que lady Heston no había vuelto a ver desde los lejanos y penosos días pasados en compañía de su padre arruinado en una pensión florentina) y un vestido de tela de indiana como no había visto en toda su vida. Componíase el tal vestido de dos sencillas piezas de tela, que alguna costurera *gujerati*, en cuclillas sobre el piso de la terraza, había unido cosiéndolas y pegándole después unas mangas.

Tía Phoebe sentíase repentinamente cohibida, no porque lady Heston fuese elegante o riquísima, ni porque fuese la ahijada de una reina, sino porque se llamaba «lady». Heston. Tía Phoebe no había llamado «lady» a nadie en toda su vida, y pese a un vago y remoto conocimiento de que en el mundo existían unas cosas denominadas títulos nobiliarios, le parecía una estupidez llamar a nadie lady Heston, o lady Smith, o lady Jones. Su timidez nacía de la resistencia de su lengua a pronunciar la palabra «lady», de modo que, en el curso de la conversación, se dirigió a lady Heston tratándola simplemente de «usted».

—¿Quiénes son esas dos mujeres que están en la cocina? —preguntó Edwina tan pronto como se quedaron solas.

Y tía Phoebe respondió:

—La de las sábanas es la señora Hogget-Clapton, esposa del director del Banco. La otra es la señora Simón, esposa del otro misionero.

—¿Que tiene una hija llamada Fern?

—Sí. La pobre mujer ha perdido a su otra hija y a su marido, que han perecido durante el terremoto.

—¡Oh! Lo siento.

Por un momento permanecieron mudas ante el irreal horror de aquella realidad.

Siguió un prolongado silencio, al cabo del cual lady Heston, que se había despojado de todas sus ropas con toda naturalidad y estaba totalmente desnuda al lado del *chattee*, preguntó:

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido en el hospital?

—No. Nadie sabe nada. He enviado a uno de los muchachos a buscar noticias, pero no ha vuelto.

—Yo no sé si mi esposo está vivo o muerto —dijo Edwina a su vez—. Se hallaba enfermo... en el viejo Palacio de verano.

Tía Phoebe pensó: «Pobrecilla», pero inmediatamente comprendió que su conmiseración era puramente convencional. Pasara lo que pasase a aquella extraña mujer que estaba allí desnuda, lavándose con el agua fría del *chattee*, no sería nunca una pobrecilla. De modo que tía Phoebe se limitó a decir:

—Espero que mañana las cosas presentarán mejor aspecto.

Luego, tía Phoebe se marchó, dejando las ropas que había llevado a lady Heston, y poco después, vestida con aquel trajecito de indiana, esta se presentó en la cocina. La anciana, al verla, pensó: «Es maravillosa la diferencia que hay en el modo con que la gente lleva la ropa». Con aquel vestido de indiana, que no se le adaptaba mejor que a la señora Smiley, para quien había sido confeccionado, lady Heston tenía un aspecto elegante o, al menos, un aspecto que a tía Phoebe le parecía elegantísimo, ya que la elegancia no era asunto en el que hubiese puesto nunca demasiado interés.

—Si puedo hacer algo útil, debe usted decírmelo —pidió Edwina—. No sé hacer muchas cosas, pero me gustaría ayudar en lo que fuese.

Ya estaba tía Phoebe a punto de contestar que podía hacerlo todo ella y que no había razón para que se estropeasen aquellas lindas y blancas manos, con las uñas pintadas de laca, cuando lady Heston añadió:

—Lo digo de corazón. Créame: necesito ser útil, necesito hacer algo.

En su voz y en sus ojos azules había la sombra de algo que tía Phoebe, en su sabiduría, comprendió perfectamente, algo que la llenó de asombro. Permaneció callada unos instantes y luego dijo:

—Está bien. Podría usted pelar los ñames.

Pero, al poner delante de Edwina una cazuela, los ñames y un cuchillo, comprendió que lady Heston no tenía ni la más leve idea de cómo se pelaban los ñames, y cogiendo el cuchillo con sus manos estropeadas por el trabajo, la instruyó:

—Mire, así.

—Lo siento —dijo Edwina—, soy muy torpe para estas cosas. Y su semblante adquirió una expresión infantil, casi inocente, la misma que Ransome, en medio de su embriaguez, había descubierto en ella durante la cena en casa del señor Bannerjee, momentos antes de producirse el terremoto.

Acercándose al fogón, tía Phoebe pensó: «Eso es. Eso es precisamente lo que le hace falta». Los ñames decolorarían sus blancas manos y el agua agrietaría las lindas uñas pintadas; pero era eso lo que más necesitaba en este mundo.

Prepararon entre las dos la cena para la señora Hogget-Clapton, la señora Simón y la señorita Murgatroyd. En un rincón del fogón, el señor Bannerjee preparaba un plato de arroz con azafrán. Al fin, había dejado a un lado la caja de laca.

## XV

Lady Heston y la señora Simón montaron la guardia por la noche, armadas con el revólver de tía Phoebe. Poco después de medianoche, la onda expansiva de unas distantes explosiones en dirección del monte Abana hizo retemblar la casa, atrayendo a todos los refugiados a la cocina, iluminada con una vela, en donde las dos mujeres velaban con la puerta asegurada por una barricada de sillas y mesas. Fue tía Phoebe quien adivinó la causa de aquellas explosiones. Nada importante ocurrió en el transcurso de la noche. Los *bhils* no hicieron acto de presencia, y los únicos ruidos que se oyeron procedentes de la embarrada llanura fueron el poderoso rumor de la lluvia incesante, el aullido de los chacales y la risa maníaca de algunas hienas. Al avanzar la noche, las dos mujeres entraron en conversación. Al principio se habían limitado a un ocasional intercambio de observaciones, corteses pero carentes de todo interés, ya que la señora Simón todavía estaba deslumbrada y lady Heston se sentía aburrida y desgraciada. La señorita Hodge había sido una cosa, pero la señora Simón era otra completamente distinta, pensó Edwina. A la señorita Hodge, aduladora y snob, la comprendía bastante bien. Después de tantos años de experiencia asistiendo a fiestas benéficas y a exposiciones de horticultura, conocía todas las respuestas oportunas, las pocas palabras formularias que hacían felices a mujeres vulgares y anodinas como la señorita Hodge y la señora Hogget-Clapton, llenándolas de íntima y cálida satisfacción. Pero la señora Simón era diferente. En su *snobismo* americano, descubría lady Heston algo que carecía de forma, algo que era la manifestación de una individualidad más que la de toda una casta, y eso la desconcertaba. Las manidas respuestas que habían satisfecho a la señorita Hodge no parecían satisfacer a la señora Simón. Encontraba a ambas mujeres vulgares y aburridas, pero descubría en seguida que su cualidad era distinta. La señora Simón tenía un espíritu pendenciero; la pobre señorita Hodge se mostraba profundamente agradecida por cada palabra amable que se le decía. La señora Simón necesitaba algo más que fórmulas. Exigía la intimidad sobre un pie de igualdad, como precio de unas relaciones tolerables.

Por primera vez en su vida, lady Heston se sentía violenta, pensando: «Quizá, después de todo, valga más nuestra manera de ser. Al menos, una sabe dónde está». La señora Simón osó dirigirle preguntas concretas acerca de su marido, de la enfermedad de este, de lo que le parecían Ranchipur y la maharaní, acerca de Ransome... Y no era solo que esperase una respuesta; esperaba también revelaciones íntimas, como las que ella misma hacía con una franqueza y una naturalidad impresionantes.

Al mencionar el nombre de Ransome en el curso de su incoherente cháchara, al modo de un cangrejo arrastrando su presa de costado, oblicuamente, insinuó la existencia de una tal intimidad entre él y Fern, que Edwina pensó haber sido

deliberadamente engañada por Ransome en cuanto al carácter de sus relaciones con la muchacha. Con curioso despego habló de su marido y de su hija aplastados por los escombros, diciendo:

—Mañana tendremos que darles sepultura, sea como sea.

Sentada al otro lado de la mesa, con una vela entre ambas, lady Heston se dio cuenta de que estaba escandalizándose, cosa que hasta entonces había juzgado imposible. Poco a poco, aquella mujer le fue pareciendo un tanto inhumana. Parecía como si nada en el mundo —ni su esposo y su hija muertos, ni su hija viva— tuviese existencia, salvo en relación con su propio yo. Escuchándola, le parecía a Edwina que aquella mujer casi tenía la convicción de que la pobre Hazel y el reverendo señor Simón se las habían arreglado para morir con el solo objeto de mortificarla a ella. Sentada allí, contestando con desgana «Sí» o «No» o «¡Es terrible!», Edwina pensaba lo poco que, pese a su experiencia, conocía realmente el mundo, lo poco que sabía de sus mezquindades, de su crudeza, de sus bajas ambiciones y de sus envidias. Nunca había conocido nada de esto, porque, cuando estas cosas se habían acercado a ella, siempre les había vuelto la espalda. Ahora, quieras que no, se veía obligada a mirarlas de cerca, porque aquella mujer madura, de rostro endurecido, que estaba sentada al otro lado de la mesa, se las presentaba implacablemente al desnudo. Observando a la esposa del misionero, experimentó resentimiento y lástima al mismo tiempo. Resentimiento por la vulgaridad de la señora Simón, y lástima por su mezquindad y por todas las asperezas que adivinaba en el pasado de aquella mujer, desde los días de su infancia, asperezas de cuya existencia ella no sabía nada en absoluto.

Escuchándola a medias, acudió a su mente el recuerdo de Albert, y, por un instante, pensó que había sido menos odioso de lo que había creído. Sus defectos y sus vicios tenían al menos el sello de la grandeza. El mal que había causado era inmenso y trascendental. En su egoísmo y en su ambición latía una especie de grandeza maligna. Olvidando por completo a la señora Simón, pensó: «Lo más probable es que haya muerto...; si no a consecuencia del terremoto, sí como resultado de la enfermedad. No volveré a verle nunca más. Soy libre». Y, tras breves momentos de reflexión, se dijo: «Pero ¿qué haré con mi libertad? ¿Adonde iré? ¿Qué razón de ser tiene mi existencia?».

Los chacales aullaban de nuevo, muy cerca, en el límite del jardín, y por la mente de Edwina cruzó el absurdo pensamiento de que esta aventura debía ser de un carácter romántico y excitante; pero que, por alguna razón desconocida, no lo era.

Todo aquello resultaba, por el contrario, sucio, mezquino y huero: la casa derruida, el extraño grupo de gente vulgar allí reunida y hasta sus sentimientos con respecto a Tom. No había tenido miedo ni un solo instante. Durante algún tiempo, se había sentido invadida por la excitación y el interés, pero ahora la aventura toda le parecía insípida y anodina. Las incomodidades, el tedio y la monotonía habían

destruido el interés del principio. De todo ello, no quedaba más que el mayor Safka, y probablemente habría muerto.

Se dio cuenta de que la vulgar y extraña mujer que tenía enfrente estaba llorando, no de manera ruidosa e histérica, sino silenciosamente, rodándole las lágrimas por las mejillas burdamente acicaladas. Hablaba dulcemente, sin saber siquiera si lady Heston la escuchaba o no.

—Debía haber sido mejor para él..., más cariñosa con él. Ahora ya no podré serlo nunca..., nunca más..., porque ha muerto.

Lady Heston observó que había desaparecido la dureza de aquel rostro, ahora lacio y manchado por las lágrimas, que habían abierto surcos en la capa de polvos de arroz que le cubría.

—Le he mortificado muchas veces —siguió diciendo la señora Simon con voz curiosamente velada—. También he mortificado a Hazel, pero no de la misma manera. Siempre estaba pensando en congraciarme con él, olvidando lo pasado..., y ahora es demasiado tarde. Le obligué a hacer cosas que no eran de su agrado, y algunas veces parecía cansado de todo. Pero yo no obraba con mala intención. No era eso lo que me proponía. Lo que deseaba era ayudarlo. Porque no era hombre capaz de ayudarse a sí mismo —se frotó el manchado rostro con un pañuelo y añadió—: Era un hombre débil, pero bueno. Me gustaría que le hubiese conocido.

Escuchando a aquella mujer, lady Heston experimentó una especie de frío horror ante sus penas y pesares, ante el carácter lastimosamente egoísta de su confesión. Sentía la imperiosa necesidad de marcharse, de volverle la espalda, de hablar con alguna otra persona. Sintió incluso miedo, porque percibió una nota de locura en el histerismo de la señora Simón. Pero no había sitio adonde ir ni nadie con quien hablar. Con un leve deseo de echarse a reír, recordó que tenía un deber que cumplir: estaba allí de centinela, con un revólver en el regazo y vestida con un traje de indiana. Fuera no había otra cosa que una infinita llanura de barro rojizo, por la que merodeaban chacales, hienas y acaso grupos errantes de aquellos salvajes que había visto cuando se aproximaba a la casa. Sintió una repentina cólera contra Ransome por haberla enviado en vanguardia, en lugar de haberla dejado quedarse allí con él. «Pero no deseaba semejante cosa. Lo que él quería era quedarse solo con la muchacha. Probablemente sea esta su primera oportunidad. El ha conseguido a la chica. ¿Por qué no puedo conseguir yo a mi apuesto doctor?». ».

La terrible mujer que tenía enfrente, aquella mujer vulgar, extraña y desolada, seguía hablando, contándole cosas que ella no quería oír, cosas que nada tenían que ver con ella y que, de manera singular, la hacían avergonzarse de sí misma.

—A menudo no he sido buena con él... —decía ahora—. Nunca me pedía nada abiertamente, pero yo sabía lo que deseaba, y, a veces, no le complacía.

Lady Heston experimentaba vehementes deseos de gritar: «¿Y a mí qué me

importa? ¿Por qué me cuenta todo eso? Me importa un bledo su marido, a quien ni siquiera he conocido». Pero guardó silencio, contemplando aquel rostro pintarrajeado, que ya no denotaba coquetería ni dureza, que no era sino un rostro pintarrajeado, envejecido y flácido.

—He sufrido mucho. Usted no sabe lo que es vivir aquí, en Ranchipur, siempre..., siempre..., siempre. Le hace a una mezquina, extravagante, horrible...

Acaso viese entonces la señora Simón, a través de sus lágrimas, la sombra en el semblante de lady Heston, una expresión dura e inflexible, de profundo disgusto, y se apresuró a decir:

—¡Oh, por favor, permítame que siga hablándole! Con nadie más podría hacerlo aquí.

Lady Heston pensó: «Supongo que en Inglaterra le habría dicho que no estaba dando muestras de mucho recato..., pero no estamos en Inglaterra». No; estaba aquí sentada, en medio de la India, en un mundo destruido y aterrador.

—Solamente ahora empiezo a darme cuenta cabal de lo sucedido, ¿sabe? —prosiguió la señora Simón—. Hasta ahora no me ha sido posible. No parecía real. En lo más profundo de mi corazón, no lo creía. Es solo ahora cuando sé que está muerto bajo todas esas piedras. Solamente ahora, por primera vez, sé que no le volveré a ver nunca más.

Los chacales reanudaron sus lúgubres aullidos, y, por encima de aquel coro, se alzó la salvaje risa de una hiena. «Muertos —pensó lady Heston—. Todo está lleno de muertos. Y los chacales y las hienas arrastran los cadáveres de una parte a otra». Recordó las bandadas de buitres y de milanos que había visto en la distancia desde la galería del señor Bannerjee, describiendo círculos cada vez más bajos, no lanzándose vertical y limpiamente, como las águilas y los halcones, sino planeando perezosamente, porque la presa estaba muerta y no había necesidad de apresurarse. «Voy a despertarme —pensó Edwina—, y entonces se terminará todo esto y descubriré que jamás he estado en la India». Pero sabía que los aullidos de los chacales eran auténticos y reales, tan reales como la vulgar y amarga aflicción que se reflejaba en el rostro de aquella terrible mujer que montaba la guardia con ella.

## XVI

Era cierto lo que había dicho la señora Simón. Ni la catástrofe, ni la muerte de su marido y de su hija habían tenido realidad para ella hasta que, de repente, en el silencio de la cocina medio en ruinas, se le habían ofrecido con el mismo realismo que si ambos hubiesen muerto lentamente en sus lechos, ante sus propios ojos. Antes, la impresión sufrida, su sentido de lo dramático, la confusión, el terror y la excitación habían embotado su consciencia, deformando todas las cosas del mundo que la rodeaba de tal modo, que la tenacidad y el heroísmo que había derrochado para salvar a Lily Hogget-Clapton habían oscurecido todo lo demás. Y luego, los ojos de aquella inglesa que se sentaba al otro lado de la mesa lo habían cambiado todo. Qué era lo que había determinado aquel repentino cambio, era algo que la señora Simón no podía explicarse; pero en aquellos brillaban una frialdad y una honestidad tales, que habían terminado por disolver, una tras otra, todas las capas superpuestas de simulación e histerismo, hasta que, al fin, había empezado á verter las primeras lágrimas sinceras que había derramado en el transcurso de veinte años. Por primera vez en ese espacio de tiempo experimentó, como experimentara de muchacha, una agradable sensación de dulzura, de calor y de paz. No lloraba por el hombre maduro y rollizo que yacía aplastado bajo aquel montón de escombros al otro lado del camino, sino por un muchacho de veintiún años y por ella misma, tal y como había sido muchos años atrás. Lloraba también por lo que nunca había existido entre ellos y podía haber existido, por algo que ahora, cansada y aterrorizada, rodeada por un mundo demolido y siniestramente silencioso, entreveía confusamente por primera vez. Lloraba también compadecida de sí misma, de su propia existencia sin rumbo, y porque había comprendido repentinamente que, a despecho de todo, era vieja, más vieja de lo que debiera ser a los cuarenta y tres años de edad, consumida por la ansiedad, la envidia y los mezquinos celos del prójimo, cien años más vieja que esta fría y bella mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa y que no podía ser muchos años más joven que ella. Y, bajo sus lágrimas y remordimientos, no dejaba de pensar: «No es justo. No es justo que ella lo haya tenido todo y yo nada».

Oyó su propia voz que decía:

—No puedo menos de hablarle de estas cosas. En todo Ranchipur, no hay nadie con quien pudiera desahogarme.

Ni siquiera le quedaba Lily, porque había llegado hasta el fondo de su personalidad y ya nunca más podría envidiarla ni siquiera respetarla. Y por eso también vertía lágrimas. Ocultando el rostro entre las manos, se inclinó sobre la mesa y, por un instante, creyó que iba a desmayarse o a morir, pero lo que hizo fue quedarse dormida a la luz de la vela.

Enfrente de ella, lady Heston exclamó para sus adentros: «¡Gracias a Dios!».

Pero, en el mismo momento, se sintió avergonzada de su dureza.

Avanzaba la noche. Durante largo rato, Edwina permaneció erguida en la dura silla de madera, con el revólver de Harry Loder sobre la mesa. Enfrente de ella, la señora Simón dormía de bruces en la mesa de cocina, con la cabeza hundida entre sus rollizos brazos. Era un sueño semejante a la muerte, producto del terror, el histerismo y el agotamiento de las últimas cuarenta y ocho horas. Edwina no tenía deseos de dormir. Le parecía que no volvería a dormir nunca más. Al cabo de un rato, se levantó y se puso a pasear por la cocina de tía Phoebe, limpia e imaculada, como siempre la conservaba la anciana. Abrió las puertas de la alacena, examinó los utensilios, contempló atentamente el curioso fogón indio, con su serie de minúsculos hornillos, y, poco a poco, el lugar fue revistiéndose a sus ojos de una especie de aureola maravillosa. Todo era pequeño, limpio, nítido, con una especie de encanto similar al de una casa de muñecas a los ojos de una niña. Era este un reino diminuto en el que imperaba aquella anciana singular, prosaica y llena de franqueza. Dentro de sus límites, reinaba un orden escrupuloso y una organización a todas luces eficacísima. «Sería divertido poseer una cocina como esta —pensó Edwina—. Una cocina que fuese mía, en la cual yo gobernase como una reina, y de la que, tres veces al día, saliesen en perfecto orden las tres comidas para toda la familia». Y nuevamente entrevió algo de aquella paz que formaba parte de todas las vidas modestas, una paz deseable y hasta maravillosa, pese a su monotonía. Vio con claridad que jamás en el curso de su existencia, ni siquiera durante aquellos penosos días de la pensión florentina, había conocido ella una vida ordenada, segura y agradable; porque, incluso entonces, en las tres pequeñas habitaciones que daban al Arno, ella y su padre, en cierto sentido, habían acampado como gitanos, esperando siempre un quiebro de la rueda de la fortuna que los lanzase de nuevo al seno de un mundo de deudas y de lujo impersonal, en el cual había cierto esplendor, desde luego, y hasta hechizo, pero en el que no existía seguridad, orden ni paz. «Eso es —pensó mientras inspeccionaba la ordenada cocina de tía Phoebe—; siempre he llevado una vida desordenada hasta donde me alcanza la memoria».

En cierto modo, sin que nadie la hubiese instruido en tal sentido, había crecido en la creencia —una creencia incrustada en la medula de los huesos— de que existía para ella un privilegio especial, un privilegio que la situaba aparte de los demás, según el cual el mundo tenía la obligación de atender a cuanto apeteciese. Por eso no había conocido nunca la seguridad y las satisfacciones que había conocido aquella anciana, semejante a un pájaro, a quien había acudido en el momento de la catástrofe toda mezcolanza de fantásticos refugiados: hindúes, europeos y americanos por igual. De pronto comprendió la intensidad de la satisfacción que debía de experimentar tía Phoebe, una sensación de plenitud, de deber cumplido, algo tan profundo y tan hermoso que aniquilaría el temor, el hastío, el desorden y hasta el terror a la muerte.



No, ella no había conocido jamás nada semejante. Y pensó: «Soy inteligente. Soy fuerte como un roble. Jamás he sido útil a nadie. Todavía es tiempo de intentarlo. Tal vez encontrase en ello algo más maravilloso que cuanto he conocido hasta ahora. Acaso algún día luciese en mis ojos esa mirada de paz que brilla en los de esta anciana y en los de esa ridícula y desagradable escocesa que dirige el hospital del mayor Safka».

Como una colegiala, en el silencio de la cocina de tía Phoebe, empezó a forjarse ilusiones y a elaborar planes acerca de una existencia nueva. La catástrofe había quebrado la línea de su vida. Ahora, sola, tenía plena conciencia de que las circunstancias la habían liberado, proporcionándole una oportunidad más, quizá la última. Probablemente, Albert hubiese muerto, tal y como ella había predicho aquella mañana —años atrás le parecía ahora—, cuando, sentada al otro extremo de la habitación del enfermo, se había dado cuenta por primera vez de cuán profundo eran el odio y el desprecio que le inspiraba. Sí, probablemente hubiese muerto ya (hecho que la dejaba fría, indiferente, sin despertar ningún sentimiento en su corazón), en cuyo caso se habría liberado, y no solo de él, sino de aquella existencia de la cual había formado parte hasta ahora. Ni siquiera tendría necesidad de volver nunca más a la casa de Hill Street, ni a Inglaterra tampoco. Se convertiría en otra persona. Se dirigiría a la maharaní, a tía Phoebe, a la madura señorita MacDaid o al mayor Safka, para decirles: «Aquí estoy, fuerte y sana. En medio de tanta muerte y miseria, tiene que haber algo para lo que yo sea útil. Díganmelo y lo haré».

Súbitamente sintióse presa de una gran excitación, una excitación como no había experimentado nunca. ¡Eso era! Trabajaría en los hospitales. Trabajaría con el mayor Safka. Se aferraría con todas sus fuerzas a este sentimiento, a esta emoción, que Tom le había dicho que despertaba la India en el ánimo de todos, aquella India que algún día se sacudiría la modorra que la paralizaba para recuperar su antigua dignidad y grandeza. Y ella, que siempre había sido una criatura mimada, lasciva e inútil, aún podría salvarse. La cocina se le antojó de repente una estancia minúscula y sofocante, y acercándose a la puerta retiró la silla y la mesa que la obstruían, la abrió y salió a sumergirse en la noche india.

Momentáneamente, el cielo aparecía despejado en varios lugares, y entre las nubes desgarradas veíanse espacios celestes de un intenso color de zafiro, cuajados de resplandecientes estrellas. Reinaba un profundo silencio, solo turbado, de cuando en cuando, por el aullido de algún chacal y por un distante y sordo rugir que la turbaba hondamente, como si fuese el presagio de una nueva catástrofe. Ante ella, más allá de la barrera formada por las higueras chumbas y el derruido muro de barro, se extendía la llanura india, aquella vasta planicie que se dilataba hasta el golfo de Bengala, una llanura capaz de engullirse fácilmente a Inglaterra, Francia y Alemania juntas, más de la mitad de Europa, y quedarse todavía como desierta. Lejos de allí, a varias millas de

distancia, cerca de la barrera de cadáveres y restos que Harry Loder y Raschid habían ido a destruir, alzábase la sombría masa del monte Abana, con sus blancos templos jaínas brillando vagamente bajo la luz del cielo indio. Por primera vez en el curso de su vertiginosa y confusa existencia sintióse invadida por una sensación de soledad e insignificancia, que, para su espíritu febril, fue como un baño de agua límpida y fría. Y aquella soledad llevó a su ánimo una especie de paz dulce y profunda. Luego, de improviso, se sintió aterrada, sin saber por qué, como no fuese por la revelación de su propia insignificancia.

El silencio que reinaba a sus espaldas fue desgarrado por algo parecido al aullido de un chacal: era la voz de la señora Simón, sobrecogida de terror.

—¡Lady Heston! ¡Lady Heston! ¿Dónde está usted? ¿Dónde está usted?

Desvaneciéronse todos los sueños, la paz y la soledad, y Edwina sintióse presa de la ira y la desesperación. Volviéndose hacia la regordeta figura que se perfilaba a la vaga claridad de la bujía en el vano de la puerta, exclamó con voz irritada y susurrante:

—¡Estoy aquí! ¡Cállese! ¡Va a despertar a los demás!

—¡Oh, qué susto me ha dado! Creí que la habían secuestrado esos horribles *bhils*. Empezó a llover de nuevo, y las nubes cubrieron todo el cielo.

La débil y fosforescente blancura de los distantes templos se fundió en la oscuridad, y Edwina entró en la casa medio derruida para seguir escuchando las vergonzosas confidencias de la señora Simón.

## XVII

Comenzaba a brillar sobre la desolada ciudad la primera claridad del amanecer, cuando Fern se despertó en la habitación de la señora Bannerjee. Había dormido mucho y muy profundamente. Abrió los ojos y estiró perezosamente uno de sus brazos, sin tener conciencia del lugar en que se hallaba. Durante largo rato, medio dormida, medio despierta, sintióse invadida por una lenta sensación de horror, sin saber por qué. Era como el espanto de una pesadilla de la que no podía despertar. Luego, a la turbia y grisácea claridad, distinguió el mosquitero que la envolvía y notó la dureza del lecho en donde reposaba, tejido de cuerda. Incorporándose, apartó el mosquitero, y en el mismo instante recordó todo lo que había sucedido: el horror del terremoto, la travesía en el pequeño bote, pintado de oro y púrpura; la terrible escena con su madre, la escena con Ransome, ebrio, mofándose de ella y de él mismo.

A la lechosa claridad del alba percibió la figura envuelta en un *dhoti* que yacía en el suelo, a sus pies, y con repentino terror creyó que se trataría del cadáver de un desconocido. Fascinada, estuvo contemplándole fijamente largo rato, hasta que, observando que el cuerpo envuelto en el *dhoti* respiraba y se movía, inclinóse sobre él y vio surgir una mano de entre las ropas, una mano que conocía muy bien, una de aquellas manos que tan hermosas le parecían. Por un momento creyó que iba a desmayarse. Pero se dijo: «No, no debe ocurrir eso. Ahora, no. No tengo que desmayarme». Haciendo un poderoso esfuerzo, consiguió dominarse, y arrodillándose junto al dormido, levantó suavemente la tela que le cubría, para verle el rostro. No pudo vérselo, porque estaba oculto bajo el brazo doblado; pero conocía muy bien aquella cabeza, sobre un cuello fuerte y delgado, cubierta de rizados cabellos, negros y crespos; aquella cabeza que tan bien conocía, sin haber tenido nunca conciencia de ello. Al verla, sintió deseos de llorar. Se deslizó suavemente a su lado y se quedó inmóvil, con la mejilla apoyada en la rizada cabeza.

Ransome se despertó, volvió la cabeza y contempló a la muchacha con una expresión de maravillado asombro en sus negros ojos. Luego, lentamente, se dibujó en sus labios aquella singular sonrisa que tenía la virtud de dejar sin fuerzas a la muchacha, extendió un brazo y la estrechó contra su pecho. Al ponerse en contacto sus mejillas, Fern notó que él estaba llorando.

Fuera, a la creciente luz del día, el obstaculizado río empezaba a rugir de nuevo, porque Harry Loder había cumplido bien su misión, y la barrera de restos y cadáveres había desaparecido.

## XVIII

Cuando dejaron la habitación y salieron a la frágil galería ya era día claro y las aguas habían desaparecido. Colgando de la balaustrada, sujeta por el cordón de la bata del señor Bannerjee, adquirida en Bond Street, la pequeña y dorada embarcación de recreo se balanceaba como un borracho después de una noche de orgía. Por primera vez pudieron apreciar la devastación producida por la inundación. De la especie de poblado que se alzaba antes en el extremo del jardín, no quedaba en pie ni una de sus amontonadas casuchas ni uno solo de sus altares. Pegados al destruido muro del jardín, veíanse tres cadáveres: el de un hombre, el de una anciana y el de un niño. Entre las ramas bajas del gran baniano había otro cuerpo, prendido y retenido allí por el *dhoti* de algodón barato que el hombre había usado en vida. De otro árbol pendía, grotescamente suspendido, un asno muerto. En el paisaje inmediato, solamente dos construcciones se mantenían en pie: el templo fálico de Siva y la poderosa estatua de hierro fundido de la reina Victoria. La mitad del puente se había derrumbado, pero la pilastra que soportaba la efigie de la buena reina seguía firme, y sobre ella se erguía la soberana, sosteniendo firmemente entre sus manos el paraguas y el bolso. Hierbas y ramitas envolvían su robusto cuello como en una especie de boa, cuyos extremos colgaban hacia atrás, en la dirección en que habían sido arrastradas por la corriente.

—Podemos ir andando —dijo Ransome—. Creo que lo mejor será que vayamos a casa de los Smiley. No podemos cruzar el río.

Descendieron, pues, la escalera de aquella casa en ruinas y abandonada, y emprendieron la marcha, dejando atrás el volcado coche del mayor Safka, hacia la carretera del Hipódromo. Por todas partes no había más que restos, ruinas y barro, un barro tan espeso y pegajoso, que se agarraba a sus pies como si quisiera succionarlos, atraerlos al seno de la tierra, junto a los muertos. Pasaron por delante de la casa de Raschid y vieron a la esposa de este y a sus siete hijos ocupados en sacar a la terraza sus enlodados enseres. Luego cruzaron ante la casa de Ransome, que todavía se conservaba en pie, aunque con medio tejado derrumbado y presentando en la belgraviana fachada una gigantesca grieta que la desfiguraba por completo. Al fin, llegaron a campo abierto, y allí la marcha se hizo más fácil, ya que la inundación había dejado la macadamizada carretera limpia y resplandeciente.

Caminaban en silencio, todavía deslumbrados y un tanto incrédulos respecto a que fuese verdad lo que les había sucedido. Ransome apenas veía el desolado panorama que los circundaba. Parecía moverse sin esfuerzo, como si no tuviese conciencia de la realidad del momento, del grotesco cuadro que ambos ofrecían: Fern vestida con su pantalón corto y su camisa de tenis, y él mismo cubierto con el *dhoti* bengalí del señor Bannerjee. Pero lo grotesco, que tan poco contaba en la India ni

siquiera en circunstancias ordinarias, había dejado de existir por completo. Ahora ya sabía lo que los poetas querían decir cuando hablaban de «la canción del corazón». Algo le había ocurrido; algo que, aun sin saberlo, había buscado toda su vida. Momentáneamente, había conseguido librarse de sí mismo, de aquel yo terrible, introspectivo, autoconmiserativo y fastidioso que siempre estaba destruyendo todo motivo de satisfacción. Y todo había sucedido felizmente, sin previa preparación, sin tener verdadera conciencia de ello, bella y espontáneamente, con sencilla naturalidad, como el brotar de las verdes yemas después de los primeros aguaceros del monzón. Durante un segundo, volvió a salir a la superficie su antiguo yo. Sabía Ransome que no dejaría de surgir una y otra vez tan pronto hubiesen pasado estos primeros momentos de embriaguez. No obstante, pensaba: «Al fin, soy un hombre, un ser humano semejante a esos a quienes Dios ha concedido la gracia de la sencillez». Ni el libertinaje ni todas sus corrompidas y deleznable experiencias habían hecho de él un hombre. Háblele convertido en tal aquello tan sencillo, hermoso y exquisito que había ocurrido en casa del señor Bannerjee, semiderruida y envuelta en una aureola de maldad, cuando todavía estaba en la frontera entre el sueño y la vigilia. Era un sentimiento nuevo, pleno de una especie de gloria que parecía cegarle y dotarle de una confianza y de un vigor extraordinarios, de carácter verdaderamente físico.

Fern estaba allí, caminando a su lado, con los dedos entrelazados con los suyos, y no se atrevía a mirarla, temeroso de que todo aquello, aquel sentimiento de exaltación, la sencilla belleza de lo que había sucedido, y hasta la misma Fern, se desvaneciese sencillamente como una ilusión, como se había desvanecido siempre todo lo demás. Caminaba lleno de gratitud y repetía una y otra vez, no con los labios, sino con el corazón: «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!». Porque sabía que, independientemente de lo que pudiera sucederle durante el resto de su existencia, había conocido por un instante lo que muy pocos hombres conocen jamás. Era una sensación de plenitud, de realización. Al fin, era un hombre. La mayoría de los hombres morían sin saber lo que eso significaba. Y ello había ocurrido en medio de la desolación y la muerte.

Caminando a su lado, Fern se decía una y otra vez: «¡Soy feliz! ¡Soy feliz! ¡Le amo!». Y, sin poseer la hastiada experiencia de Ransome, también ella sabía que se contaba entre las benditas del Señor. Ni siquiera pensaba que debía mostrarse triste por la muerte de su padre y de su hermana y por la que reinaba a todo su alrededor. En aquel mundo en ruinas, solo dos seres seguían existiendo: ella y Tom Ransome.

Al avistar la casa de los Smiley distinguieron entre los árboles las sucias y grises figuras de los elefantes, y Ransome pensó: «Raschid y Harry Loder deben de estar ahí». Pero, al llegar a la casa, vieron que Harry Loder no estaba allí, que solamente estaba Raschid Alí Khan, todavía vestido con aquel uniforme que le estaba pequeño, rodeado por Edwina tía Phoebe, la señora Simón, la señora Hogget-Clapton, los

Bannerjee y media docena de hindúes de casta inferior, que habían aparecido por allí. Parecía triste y cansado, mientras les relataba la muerte de Harry Loder.

Harry había logrado volar la barrera con dinamita. Pero algo había debido de fallar —Raschid no sabía el qué— en aquella oscuridad, y, en el momento culminante de la operación, Harry había encontrado cortada la retirada de aquella inmensa barrera. Al producirse la explosión la enorme masa de restos de todas clases y de cadáveres se elevó un momento antes de romperse, y Harry Loder se precipitó envuelto en el torrente por el angosto cañón abajo.

El corpulento musulmán hizo el relato con sencillez y, cuando terminó, dijo:

—Ha sacrificado su vida por salvar muchas más. No era ingeniero. No sabía nada de esas cosas. Ha procedido como un soldado y como un héroe.

Reinó un silencio absoluto, y luego Raschid, el guerrero, el musulmán, el enemigo del Imperio británico, agregó con toda sencillez:

—Ha sido un inglés que ha cumplido con su deber.

Observando a Raschid, escuchando sus palabras, Fern comprendió de pronto lo que encerraba aquella expresión que había visto en el rostro de Harry Loder cuando el día anterior el capitán había estado en este mismo aposento, sin reparar en ella, como si la muchacha hubiera dejado de existir. Era la misma expresión que tenía el rostro de la señorita Dirks cuando estuvo sentada en la terraza en casa de Ransome, tomando el té y charlando nostálgicamente de Nolham: la expresión de alguien que ya había muerto. Lo que Fern ignoraba era la historia de aquella pesadilla que había sufrido Harry hallándose en las montañas, cuando había matado en sueños una pantera tras otra a medida que iban saltando sobre él, hasta que, al fin, sus brazos, fatigados, habían sido incapaces de sostener el rifle, y la última —que él vio era la India— le había derribado en tierra.

La señora Hogget-Clapton, vistiendo nuevamente su *peignoir* ya seco, aunque manchado de barro, empezó a llorar, y la señora Simón se la llevó de la estancia. Ambas habían conocido muy bien a Harry Loder, cuya presencia en una habitación, con su sanguínea humanidad de toro, no había dejado jamás de excitar dulcemente a las dos mujeres. Y ahora había muerto como un héroe. Ahora, aquietados sus turbadores deseos, podían llorar juntas por lo que jamás habían conocido.

Cuando ambas mujeres hubieron salido de la estancia, Raschid dijo:

—Tengo que volver al otro lado del río —y dirigiéndose a Ransome, agregó—: Debería usted acompañarme. Me figuro que su alteza querrá verle.

Pero tía Phoebe no le dejó partir hasta que se tomó una taza de café con tostadas y el último par de huevos que había en la casa.

—Es inútil pedirle que trabaje a un hombre con el estómago vacío —comentó.

Mientras esperaban estos alimentos, Ransome escribió una nota en francés a Juan Bautista, y envió a su casa a uno de los *intocables*, en la bicicleta de tía Phoebe, con

el encargo de traerle ropas más adecuadas que las que llevaba puestas. Viendo al señor Bannerjee en la misma habitación, comprendió que, a pesar de todo, debía de parecer ridículo con su *dhoti* bengalí, además de resultarle inmanejable. Continuamente estaba escurriéndosele del hombro y haciéndole tropezar. Luego, por primera vez desde su llegada, reparó en la presencia de Edwina, sentada en un rincón, vestida con el traje de indiana de la señora Smiley. Ella le miró y le sonrió cansadamente. «Desde luego, sabe lo que ha ocurrido —pensó Ransome—; y es natural que lo sepa».

Lo sabía ella y lo sabía tía Phoebe. Lo supieron desde el instante mismo en que Fern y él habían entrado en aquella estancia, se dijo Ransome. Trató de encontrarse con la mirada de la anciana, y, cuando lo consiguió, halló en ella una expresión vacua, demasiado vacua para ser convincente.

El relato que estaba haciendo Raschid de la muerte de Harry Loder en el momento de su llegada había evitado a Fern y a él mismo el desconcierto y la turbación de entrar en la casa para encontrarse con las miradas combinadas del extraño grupo que constituían los huéspedes de tía Phoebe. Todos ellos hubiesen tal vez pensado lo peor, pero ninguno habría adivinado la verdad, como Edwina y tía Phoebe. Viniendo de casa del señor Bannerjee, en aquel estado de exaltación y liberación, había considerado destruido y liquidado el viejo mundo de habladurías y mezquindades, pero ahora comprendía que seguía existiendo. Y que le rodearía por todas partes en tanto existiesen seres como la madre de Fern, la señora Hogget-Clapton y la señorita Murgatroyd. Poseían estas la virtud, una poderosa y enloquecedora virtud, de tergiversar la cualidad de cuanto sucedía en torno a ellas. Una vez que hubiese desaparecido la conmoción causada por la noticia de la muerte de Harry Loder, se pondrían a charlar, y, al charlar de lo que no podían comprender, lo mancillarían, lo complicarían y lo mancharían todo con su hipocresía y su falso concepto de lo respetable. Recordó la visita de Fern poco antes de acudir a la cena en casa de los Bannerjee, de la aflicción de la muchacha y de su propia embriaguez, así como de la imposibilidad de haber recurrido a la ayuda de Raschid Alí Khan y su esposa.

Pero todo aquello le parecía ahora muy lejano, como si se hubiese tratado de otro hombre que ya hubiera muerto.

El agotamiento, ese agotamiento que sigue a las grandes convulsiones y a un tenso período de trabajo y responsabilidad, parecía haberse apoderado de todos. El señor y la señora Bannerjee se retiraron silenciosamente, seguidos por la señorita Murgatroyd, subyugada y cansada. Solamente quedaron en la cocina el corpulento Raschid, Edwina, Fern, tía Phoebe, inclinada sobre el fogón, y el propio Ransome. Incluso la magra e infatigable figura de la anciana parecía un poco más encorvada. Estuvieron un rato en silencio, hasta que Edwina dijo:

—Y a ustedes, ¿qué les ha ocurrido? Todavía no nos lo han contado.

Ransome permaneció unos instantes sin responder. No quería hacerlo hasta estar seguro de la intención que llevaba la pregunta, hasta haber dilucidado si la había hecho impulsada por la simple curiosidad, si encerraba algo de su antigua malicia, o si la había formulado con el propósito de ponerlos en un aprieto a él y a Fern. Una rápida y penetrante mirada le bastó para ver la inocencia en los azules ojos de ella. Lo *sabía* todo, pero no había hecho la pregunta para turbarle.

—En realidad, no hay mucho que contar. Al volver a la casa, me sorprendió la oscuridad y me extravié. He pasado la mayor parte de la noche en el bote, amarrado a un baniano.

Ransome observaba la espalda de tía Phoebe, que ni siquiera se volvió del fogón sobre el que estaba inclinada. Con un leve movimiento de sorpresa, Ransome comprendió que la anciana aprobaba lo que había ocurrido y a su mente acudió el recuerdo de su abuela y de aquella historia según la cual, sin esperar la llegada de un sacerdote, había cabalgado a lomos de una mula durante trescientas millas, a través de las montañas de Nevada, encinta, para legitimar al hijo que esperaba. Parecía a Ransome que había en ambas ancianas algo extraordinario, una fuerza y una grandeza que ya no se encontraban en el mundo, algo perteneciente verdaderamente al mundo, real y auténtico, no *moderno* y transitorio como la moralidad de gentes como Edwina y él mismo, sino indestructible y eterno. El espectáculo de tía Phoebe, inclinada sobre el fogón, tan vieja, tan sabia y tan digna de confianza, le hizo sentirse repentinamente joven, como un muchacho en un aprieto.

Fern, Raschid y Ransome sentáronse a comer, y el último vio con asombro que Edwina se levantaba de la dura silla de madera en que estaba sentada para ayudar a tía Phoebe a servir los huevos y el café... Edwina, que durante años no había levantado un dedo ni siquiera para vestirse. La miró y en los azules ojos de ella vio la sombra de una sonrisa. Estaba demasiado cansada y abrumada por el fardo de tanta miseria para sonreír, pero la luz de la comprensión brillaba en sus ojos. Ella sabía que aquello le parecía muy singular a él. Pero en aquella mirada había también una especie de súplica, como si le hubiese dicho: «Mira, yo también puedo ser útil. No soy una necia enteramente inútil». Y Ransome recordó el espectáculo que ofrecía el día anterior, con el blanco vestido de noche recogido y sujeto en torno de la cintura, marchando decididamente a través de la embarrada y rojiza llanura. Sintióse invadido por una repentina sensación de delicia al pensar que, en los momentos de crisis, la gente demostraba ser mejor de lo que uno creía, incluso gentes como Edwina y como él mismo.

De pronto, Raschid, que estaba sentado enfrente de él, exclamó:

—¡Miren! ¡Ahí vienen Homer y Bertha!

Y, en efecto, a través de la puerta abierta, vieron avanzar una pequeña procesión



hacia la casa, por la amplia llanura, viniendo del punto en que se alzaban las ruinas del cuartel de los *sikhs*. En cabeza marchaban Homer Smiley, detrás de él se desgranaban los veintisiete muchachos *intocables* de la escuela nocturna, y cubriendo la retaguardia, como un fiel mastín, venía Bertha Smiley.

Traían la buena noticia de que aún quedaba un puente en pie: el puente de acero que cruzaba el río dos millas más arriba de la ciudad y por el cual pasaba el ferrocarril de vía estrecha que salvaba el río Ranchipur. El ímpetu de la inundación y el choque de los despojos que arrastraba habían conmovido sus cimientos, pero todavía ofrecía la solidez suficiente para permitir el tránsito de una a otra parte de la ciudad.

La alegría de ver vivos a los Smiley hizo olvidar por un instante al pequeño grupo la magnitud de la catástrofe. Los Bannerjee y la señorita Murgatroyd, la señora Simón y la señora Hogget-Clapton acudieron presurosos, atraídos por las exclamaciones de bienvenida, y Ransome asistió al sabroso y extraordinario espectáculo de la señora Simón besando al señor Smiley, mientras las lágrimas rodaban por sus rollizas mejillas. Hasta la señora Simón era más humana de lo que él había juzgado posible.

Cuando todos hubieron oído el relato de los Smiley, Raschid preguntó:

—¿Qué noticias hay del otro lado del río?

—El maharajá ha muerto —anunció Homer Smiley—. El hospital continúa en pie. El Palacio de verano se ha desplomado. La Escuela de Ingenieros y el Tribunal de Justicia han quedado destruidos por sendos incendios. Su alteza vive en una tienda de campaña en pleno parque. Ha dicho que deseaba ver a Raschid y a Ransome si todavía estaban con vida.

—¿Y el mayor Safka? —preguntó Ransome, sin mirar a Edwina.

—El mayor y la señorita MacDaid viven. El mayor estuvo a punto de perecer ahogado, pero Dios le ha salvado obrando un milagro. Ha tenido que ser Dios quien ha salvado al hombre más necesario en estos momentos.

Ransome seguía sin mirar a Edwina.

El muchacho *intocables* enviado por Ransome en busca de sus ropas se presentó con el mensaje de que Juan Bautista se quedaría custodiando la casa. Los salvajes *bhils*, dijo el muchacho, habían bajado de las colinas y habían comenzado a saquear las casas abandonadas.

—No tenía necesidad de quedarse allí —dijo Ransome—. No hay nada que guardar. Pueden llevarse cuanto quieran por lo que a mí respecta.

Se cambió de ropa y, en compañía de Raschid, montados en los elefantes, partieron hacia el otro lado del río. Los acompañó un pequeño grupo durante parte del camino y, en el momento de separarse, a Ransome se le ocurrió una idea. Llamando a Homer, le dijo:

—¿Qué le parecería si los muchachos se pusiesen a buscar los cadáveres del señor Simón y de su hija? Con este calor, cuanto antes se los encuentre, menos horrible será el espectáculo.

## XIX

Durante cerca de tres millas, Ransome y Raschid avanzaron a lomos de los elefantes, bajo la lluvia, a través de las devastadas llanuras. Iban muy erguidos, cada uno detrás de un *mahout*<sup>[57]</sup>, sobre sendos paquidermos. Era una marcha lenta y pesada, obstaculizada por el barro rojizo que succionaba las patas de los enormes animales. Los *mahouts*, todos musulmanes, parecían imperturbables e indiferentes ante el desastre. Cabalgaban muy erguidos, gritando de cuando en cuando una orden a sus bestias.

Al pasar ante la casa de la señora Hogget-Clapton, vieron a cuatro salvajes *bhils* que salían de ella, llevándose diversos objetos curiosos y bronce de Benarés. Tan pronto como los descubrieron, Raschid ordenó que la columna de elefantes se lanzase sobre ellos, pero los sucios aborígenes escaparon, corriendo velozmente hacia el río. Uno de ellos llevaba una estatuilla de Psique hecha con mármol de Nápoles; otro transportaba dos bordados cojines del sofá, y un tercero cargaba con la fotografía, ampliada y en colores, de la señora Hogget-Clapton en lo mejor de su vida.

Al fin, llegaron al puente. Parecía flotar sobre el río mismo, pues la superficie del agua tocaba los rieles de la línea férrea. Era evidente que los elefantes tendrían que cruzar el río a nado, ya que no podían caminar sobre las desnudas traviesas. Raschid y Ransome se deslizaron por el costado de los corpulentos animales a tierra y atravesaron el puente a pie. Al otro lado del río encontraron lo que quedaba de un pequeño poblado. Solamente un par de muros derruidos un rústico templo desplomado marcaban el lugar en donde habían vivido un centenar de almas.

Avanzaron a lo largo de la carretera que había conducido desde la ciudad hasta el derrumbado depósito, andando entre escombros y restos depositados allí por el descenso de las aguas. Aquí y allí, entre las destrozadas higueras chumbas que bordeaban el camino, veíanse cadáveres dispersos, crispados y grotescos, que ya empezaban a hincharse bajo la acción del húmedo calor. Caminaban apresuradamente, en silencio, y, al acercarse a la ciudad, percibieron, a través de la cortina de lluvia, un débil y nauseabundo olor dulzón, que despertó en Ransome viejos recuerdos de fango, de cuerpos destrozados, de carne humana en descomposición, en otra parte del mundo. Ahora comprendía por qué Raschid tenía tanta prisa, por qué caminaba como un loco. La ciudad entera iba a convertirse en un lazareto, llena de gentes quejumbrosas y paralizadas por tanta calamidad. La mitad de las personas con autoridad, experiencia y dotes de organización seguramente habían muerto. Harry Loder y todos «los muchachos» habían perecido. El *dewan* se hallaba en Pooona. El maharajá había fallecido. Urgía, como fuese, destruir aquella multitud de cadáveres que no habían sido arrastrados por la inundación, porque, de lo contrario, no tardarían en declararse epidemias de cólera, de tifus y hasta de peste,

más horrible aún que el terremoto y la inundación. Y entre los escombros del Palacio de verano estaría el cadáver del grande y poderoso lord Heston, hinchado y descompuesto por el húmedo calor reinante. Ransome sabía que era preciso rescatar aquel cadáver para enterrarlo decorosa y respetuosamente antes que fuera descubierto por los buitres.

Volaban sobre su cabeza en numerosas bandadas, descendiendo lentamente sobre la llanura y la periferia de la ciudad arrasada, y aquí y allí, a ambos lados de la carretera, veíanse negros racimos de aquellas aves, forcejeando sobre los cadáveres, destrozándolos a picotazos, devorándolos hasta ahitarse. Jamás había visto Ransome tantos buitres. Debían de haber venido de los pueblos circundantes, de las montañas, de la ciudad muerta de El-Kautara. Pero el espectáculo no le parecía ahora repugnante; deseaba que hubiese más buitres, millones de buitres, que se abatiesen sobre la tierra y destruyesen todos los cadáveres que los rodeaban.

En las afueras de la ciudad se tropezaron con el primer grupo de personas: media docena de mujeres, tres hombres y un niño, que recogían trozos de madera de las casas destrozadas para las piras funerarias. Al niño le habían entregado un palo para que alejase a los buitres que se cernían sobre tres cadáveres cuidadosamente alineados a lo largo de la derruida pared de una casa. El reducido grupo dejó de recoger madera y se quedó mirando a los recién llegados, hasta que uno de los hombres reconoció al ministro del Interior, grotescamente vestido con el uniforme de los conquistadores. Y entonces todos se prosternaron en profundas zalemas, hundiendo la frente en el barro.

Un poco más adelante, al pasar ante una casa derruida, una mujer, gimiendo y lamentándose, salió corriendo a la calle y se abrazó a las rodillas de Raschid, clamando en *gujerati*. El corpulento musulmán trató de apartarla, pero la mujer se aferró desesperadamente a él, sin dejar de lamentarse.

—Su marido y su hijo están enfermos —explicó Raschid—. Quiere que los salvemos.

Se dirigió en *gujerati* a la mujer, quien, sin dejar de hacer zalemas, los condujo hasta la puerta de la casa destruida. En el interior de esta, en el suelo, en medio de la suciedad, yacían un hombre y un niño. Raschid los contempló unos instantes y luego se inclinó sobre el niño. Después se volvió y habló con la mujer en *gujerati*. Arrojándose al suelo, la desgraciada empezó a lamentarse con más fuerza que nunca.

Raschid se alejó rápidamente de ella, y en sus ojos azules se reflejó una expresión que Ransome no había visto nunca en el hermoso y ardiente semblante del guerrero, una expresión de terror, de horror y de compasión.

—Es cólera —dijo—. El cólera ya. El niño está muerto. Y es demasiado tarde para hacer nada por el hombre.

Y mientras reanudaban la marcha en dirección al gran Palacio, Ransome sintió

miedo, un miedo que no había experimentado desde los lejanos días de la guerra. Ahora tenía miedo a la muerte. Se sentía invadido por un repentino horror físico, por el terror de hallarse cogido en esta ciudad desolada, como en una trampa, rodeado de muertos y agonizantes. Había desaparecido su fría indiferencia con respecto a la vida y a la muerte. Por un instante, cuando se hubo desvanecido la primera impresión de terror, fue presa de maravillado asombro, y su antiguo yo exclamó: «Pero, ¡cómo!, ¿ahora tienes miedo a la muerte?». Luego, la luz se hizo en su cerebro, y, sintiéndose extrañadamente joven, como si hubiese vuelto a nacer, se dijo: «¡Fern! Es preciso que salga de aquí si hay algún medio para ello. ¡Ahora mismo, hoy, mañana!».

Un perro sarnoso, sentado sobre sus patas traseras, aullaba en el camino. Al verlos pasar, cesó en sus aullidos y, olfateándoles los talones, siguió en pos de ellos. A continuación se le unió otro animal hambriento, y luego otro y otro, hasta que llevaron a sus espaldas una comitiva de canes famélicos. El nauseabundo y dulzón hedor de la muerte se hizo más intenso. Al pasar por delante de la derruida Escuela de Música, divisaron en la lejanía el hospital, que no parecía haber sufrido daños de consideración, y más allá, la puerta principal del gran Palacio, con sus torres y pináculos desmochados y un enorme agujero allí donde había estado el salón del *durbar*.

## XX

En el parque, flores y arbustos, árboles y enredaderas, crecían arrolladoramente en el renacimiento del monzón. Ya las plantas trepadoras habían lanzado sus tentáculos a través del paseo central, como con intención de ocultarlo y de tomar nuevamente posesión de una tierra arrebatada millares de años atrás a la selva. El pequeño lago estaba rebosante de agua, pero los botes de recreo habían desaparecido, arrastrados por el primer embate de la inundación. Junto al lago se alzaba el pabellón en donde la maharaní había establecido su corte. Era una inmensa tienda de campaña de tela listada, dividida en numerosos departamentos, que la anciana maharaní había utilizado cuando la corte había ido a cazar leones, tigres y panteras en las colinas de Kathiawar. Alzábase el pabellón sobre los emplazamientos de piedra permanentes que habían sido construidos para montar las tiendas de campaña necesarias para alojar el exceso de invitados a los jubileos, los *durbars* y otras grandes solemnidades.

En la puerta montaban la guardia dos *sikhs*, con sus uniformes oro y escarlata, con sus varoniles semblantes tan impasibles como si nada hubiera sucedido, como si la mitad de ellos no hubieran perecido en el desastre. Al ver al ministro del Interior, presentaron armas y permitieron que Raschid y Ransome pasaran a una de las estancias exteriores de la tienda regia. Un ayudante de campo que estaba sentado allí se levantó y salió a su encuentro. Tenía el rostro grisáceo y la mirada mortecina.

—Su alteza los espera desde el alba —dijo—. El mayor Safka está con ella y también el señor Gupta, el ingeniero de la ciudad.

Atravesaron otra estancia y llegaron al más espacioso de todos los compartimientos. Uno de los bordes del pabellón había sido alzado unos cuantos pies, lo bastante para admitir la luz impidiendo que entrase la lluvia. Y entonces por primera vez Ransome entrevió la transformación que se había operado en el ánimo de la maharaní. Era como si, al transponer el umbral cubierto por una cortina, Raschid y él hubiesen retrocedido a través de los siglos a los tiempos de Akbar o Asoka.

Todo lo que hubiese podido haber de europeo en la anciana maharaní había desaparecido por completo. En el fondo de la estancia, sobre un estrado, hallábase sentada la maharaní en un enorme cojín de brocado de Benarés, con las piernas cruzadas, y en torno a ella, en el suelo y en las paredes, veíase profusión de alfombrillas para orar, mongolas y persas. Vestía toda de gris, el luto de Ranchipur, y no llevaba ninguna alhaja; pero a Ransome, a la débil claridad que penetraba por debajo del levantado borde de la tienda, le pareció que jamás había estado más bella. Emanaba de su persona un aire de autoridad, de dignidad y de tragedia enteramente nuevo, y había en toda la escena una belleza arcaica, como la delicada y vigorosa belleza de una miniatura mongola. Ransome pensó: «He aquí una reina márata, viviendo en su tienda de campaña, haciendo la guerra, regia e indómita».

Y, al acercarse al estrado, Ransome se sorprendió saludando no con una inclinación de cabeza a la europea, como siempre había hecho, sino uniendo las manos y haciendo una profunda reverencia, lo mismo que Raschid. Luego vio que estaba allí el mayor Safka, el señor Gupta y Nil Kant Rao, senescal de Palacio, un recio *márata* de fieros mostachos. Al verle, Ransome pensó: «¡Gracias a Dios que está vivo! Es un hombre capaz». Detrás de la soberana, en la sombra, se hallaba sentada una de las viejas princesas de Bewanagar, y, en postura forzada e incómoda, con las piernas cruzadas, también la rusa.

La maharaní dijo:

—Me satisface verlos aquí. Tenemos mucho que hacer. Ya están aquí cuantos quedan de ustedes. Los demás, los que podrían ser útiles, se hallan fuera o han muerto... Todos, excepto el coronel Ranjit Singh, que está expulsando a los *bhils*.

Al entrar Raschid y Ransome, los hombres se habían levantado de sus asientos, y cuando la maharaní terminó de hablar, Ransome se dio cuenta de que el mayor se había acercado a él y de pronto notó que la mano del médico estrechaba fuertemente la suya. Era como si le hubiera dicho: «Estamos aquí todos juntos para ayudarnos unos a otros y para salvar a nuestro pueblo. Tenemos confianza en usted. Tenemos fe en usted». Durante un segundo, Ransome quedóse paralizado de asombro, luego devolvió el apretón de manos, sintiendo al mismo tiempo una especie de nudo en la garganta. Porque no era solo que el repentino apretón de aquella mano grande y delicada hubiese dicho en su mudo lenguaje: «Aquí tiene un amigo», sino que también significaba: «Es usted uno de los nuestros. Tenemos confianza en usted. Por eso le ha mandado llamar su alteza de una manera especial». Era la primera vez en todos aquellos años de soledad en Ranchipur que le decían aquello. Y ahora ya sabía a ciencia cierta lo que en ocasiones había sospechado: que amaba a esta gente, a la anciana maharaní, al mayor, al rudo Raschid, como nunca había amado a nadie en este mundo.

La anciana soberana ordenó a uno de los criados que fuese a buscar una silla para Raschid; pero, cuando se la trajeron, este la rehusó, diciendo:

—No; me he sentado muchas veces en el suelo. Puedo hacerlo igual que los demás.

La maharaní pasó a exponer sus planes. El reducido grupo allí reunido constituiría una especie de Consejo de guerra. Dijo que lo componían aquellos a quienes había elegido tras madura reflexión. Ellos, junto con el coronel Ranjit Singh, eran los únicos capaces de hacer frente a la catástrofe. Ellos, más los Smiley y la señorita MacDaid; pero esta no podía dejar el hospital, tendría que dedicar todo su tiempo a la organización y al cuidado de los enfermos y heridos. Cuando la soberana concluyó de pronunciar aquellas breves palabras, Raschid dijo:

—Alteza, opino que antes que nada debemos conocer la situación, saber hasta

dónde llega el mal. Tenemos poco tiempo. Ya se ha presentado el cólera en la ciudad y no tardarán en aparecer el tifus y las fiebres tifoideas.

Así, pues, uno tras otro, los componentes del pequeño grupo dieron a conocer lo que sabían, lo que habían visto, lo que habían oído. Por primera vez, al conjuro de sus palabras, fue precisándose todo el cuadro de la catástrofe, un cuadro mucho más terrible en la realidad de lo que ninguno de ellos había imaginado.

Ya no había teléfono ni telégrafo ni electricidad, Los pocos, automóviles que quedaban serían inútiles dentro de un par de días, porque la única gasolina existente era la escasa que guardaban los depósitos de la caballeriza de Palacio. La vía férrea, que, siguiendo el curso del valle, unía a la ciudad con el mundo exterior, había sido barrida de la superficie de la tierra. Más allá de la ciudad muerta de El-Kautara no existían carreteras, sino simplemente senderos que cruzaban las distantes colinas en dirección al desierto y a las salinas, senderos por los que solo podían transitar, lenta y penosamente, carretas de bueyes y elefantes. Los graneros del centro de la ciudad estaban semidestruidos, y el arroz, el mijo y otros cereales allí almacenados habrían fermentado y serían inútiles dentro de un par de días. Los pozos sobre los que había pasado la inundación no eran sino focos de infección y enfermedades, y había que impedir a la gente que los utilizase. Por todas partes había cadáveres en descomposición, que era preciso recoger y quemar a montones, haciendo caso omiso de los prejuicios religiosos. En caso necesario, se recurriría a la fuerza.

Durante dos horas estuvo reunido el pequeño Consejo —mahometanos y *máratas*, hindúes y europeos—, esforzándose por introducir algún orden en aquel terrible caos. Solo se resolvieron unas pocas cosas, la iniciación de una gran labor. El señor Gupta, el ingeniero, se ocuparía en reparar los puentes, abrir carreteras, demoler las ruinas, recoger madera para formar las grandes piras destinadas a quemar los cadáveres. El coronel Ranjit Singh emplearía a los *sikhs* supervivientes y a lo que quedaba de la desorganizada policía de Raschid para detener el saqueo y sellar los pozos, dejando un centinela en cada uno de ellos para impedir que la gente utilizase un agua que la envenenaría. A los Smiley y a tía Phoebe se les encomendaría la misión de dar cobijo y alimento a los huérfanos y a los niños de casta inferior. El mayor Safka y la señorita MacDaid tendrían a su cargo el hospital y se enfrentarían con los horrores de las epidemias que cada uno, en lo más profundo de su corazón, sabía que ya habían estallado. En la persona de Raschid recayó la labor del comandante en jefe, teniendo la obligación de estar en todas partes al mismo tiempo, de velar por el estricto cumplimiento de todas las órdenes, de procurarse alimentos en los pueblos y distritos rurales y de intentar lo que a la sazón parecía un imposible, es decir, el restablecimiento de las comunicaciones con el mundo exterior. Se acordó que Ransome le ayudaría en el cumplimiento de su misión, estableciendo en alguna parte una especie de cuartel general en donde se pudiese obtener información, cursar



órdenes y centralizar las demandas de alimentos y cobijo por parte de los centenares y centenares de desvalidos y desorientados. Tendría a su lado, como intérprete, al sobrino de Nil Kant Rao, senescal de Palacio, además de media docena de muchachos *intocables* como mensajeros. A Nil Kant Rao, el de los fieros mostachos *máratas*, le correspondió la tarea de repartir entre los hambrientos las escasas provisiones de arroz y otros cereales. Y sobre todos ellos imperaría la anciana maharaní, soberana absoluta, detentadora de un poder dictatorial, dueña de la vida y de la muerte.

Antes que concluyeran las deliberaciones del Consejo, separáronse las cortinas en el otro extremo de la estancia y apareció el coronel Ranjit Singh. Su informe fue breve. Había arrojado a los *bhils* de la parte oriental del río. Había alineado a veintitrés de ellos contra la pared de la derruida Escuela de Ingenieros y los había fusilado, como escarmiento para los demás. «Veintitrés pobres y semidesnudos aborígenes de las colinas», pensó Ransome. Oyó que Ranjit Singh decía en *gujerati*:

—Lamento haber tenido que hacerlo, alteza, pero era necesario. Fueron sorprendidos en el Instituto femenino con dos muchachas *parsis*<sup>[58]</sup> a las que habían llevado allí. Las muchachas están ahora en el hospital. Son hijas de un *parsi* llamado Ginwallah, que posee un restaurante en la carretera de la Escuela de Ingenieros.

Súbitamente, Ransome comprendió lo que estaba sucediendo. El Estado se hallaba aislado. Toda su cacareada modernidad se había desvanecido de la noche a la mañana como si jamás hubiera existido. La anciana maharaní, viviendo en aquel pabellón adornado con restos del antiguo Imperio mongol, era de nuevo una soberana despótica, gobernadora de un Estado semisalvaje. Mientras, en Eton, su nieto, el heredero del trono, aprendía a ser un *gentleman*.

## XXI

Cuando los demás hubieron salido, la anciana maharaní le hizo una señal a Ransome y, cuando este se acercó, le dijo:

—Queda por resolver la cuestión de sus amigos, los Heston.

—Ella está a salvo —dijo Ransome—. Ignoro lo que haya sido de él.

—Ha muerto —le informó la maharaní—. Hay que comunicárselo a su mujer. Tenemos que resolver el problema de qué hacer con sus restos. Era un personaje importante. Incluso una cosa así podría dar lugar a complicaciones ulteriores.

—Sí, alteza.

La anciana le miró penetrantemente y dijo:

—Lady Heston tiene que salir de Ranchipur cuanto antes.

—Sí, alteza. Creo que se marchará gustosa si se le proporcionar los medios para ello.

—No me agrada su presencia aquí.

—Comprendo, alteza.

La anciana se quedó pensativa unos momentos, y Ransome vio en su semblante una repentina y fugaz expresión de tristeza. Su cuerpo parecía fatigado y abrumado por los años, pero en sus negros ojos brillaba un espíritu enhiesto e infatigable. «Ha estado esperando esto toda su vida —pensó Ransome—. Ahora es la reina. Ahora es la soberana absoluta». Durante algún tiempo, ni siquiera el poder del Imperio británico la afectaría. Ransome se sentía satisfecho porque la anciana hubiese confiado en él, porque le hubiera considerado digno de ser llamado al lado de Raschid y de Nil Kant Rao y del mayor Safka. ¿Por qué confiaba en él la anciana? ¿Por qué creía ella que era algo más que un perdido, un desecho humano? A la maharaní le agradaban los hombres bien parecidos. Siempre había procurado rodearse de ellos. Ransome sabía que era tolerablemente apuesto, más que Homer Smiley o que el reverendo señor Simón o que la mayoría de los europeos residentes en Ranchipur, pero eso no era una razón para creer que fuese digno de la confianza que la soberana estaba depositando en él.

—Los demás europeos también deben marcharse —continuó la maharaní—. No me refiero a los que son como la señorita MacDaid, señorita Dirks y los Smiley..., sino a los otros, a los que no pertenecen aquí.

—El problema radica exclusivamente en hallar los medios para que se marchen —dijo Ransome.

Era extraordinario el conocimiento que tenía la anciana de las cosas del Estado, se dijo Ransome, incluso del carácter de los europeos allí residentes, a los cuales veía en raras ocasiones.

—Tendremos que encontrar esos medios —dijo la soberana—. Aquí no serían

más que un estorbo y fuente de complicaciones.

La mirada de Ransome se posó en el rostro cetrino de la rusa, sentada detrás de la maharaní. No le agradaba María Lishinskaia, aun cuando apenas la conocía, y no le agradaba verla ahora aquí, escuchando, fiseando con sus ojos de un verde desvaído y su boca lasciva y desesperada. Había en su persona algo de hambriento, casi de voraz, algo que siempre desazonaba a Ransome.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, la anciana reina, hablando por encima del hombro, le dijo a la rusa:

—Vaya a buscar mi cofrecillo de oro..., el de los rubíes. Cuando María Lishinskaia se hubo alejado para cumplir esta orden, los negros ojos de la maharaní se contrajeron ligeramente y dijo de pronto.

—Es usted mejor de lo que cree.

Ransome no sabía qué responder a tan extraordinaria observación, pero consiguió decir:

—Quizá.

—Usted puede ayudarnos ahora.

—Eso es lo que deseo, alteza.

—Está bien. Quería que supiese por qué he solicitado su colaboración.

Ransome seguía sin saber por qué le había elegido, pero no se atrevió a preguntarlo. Sabía que la maharaní le distinguía con su amistad, pero no osaba mostrarse presuntuoso ni hablarle con familiaridad, como había hecho en algunas ocasiones, durante aquellas partidas de póquer en el Palacio ahora en ruinas. Algo había cambiado de manera sutil e indefinible. Algo que estaba relacionado con esta lujosa tienda de campaña y con la nueva autoridad que percibía en ella. Era como si de pronto hubiera sido transportado centenares de años atrás, a la época de los emperadores mongoles. Repentinamente, se dio cuenta del absurdo que representaba él mismo, vestido con pantalón corto y camisa de tenis, en presencia de la magnífica y anciana reina márata.

—Supongo que considerará el fusilamiento de los *bhils* como un acto de barbarie —dijo la anciana.

—No...

Pero esta respuesta era más cortés y dubitativa que sincera y la soberana captó inmediatamente la reticencia.

—Esta es la India —dijo—. Y podemos dar gracias porque las gentes de aquí sean *gujeratis*..., gentes dulces y sencillas. Especialmente los europeos pueden dar gracias al Cielo.

María Lishinskaia regresó con el cofrecillo de oro. La maharaní lo abrió, y extrayendo un puñado de semillas de cardamomo, se puso a masticarlas.

—Me gustaría que buscara a la señorita Dirks —dijo—. Ha desaparecido.

—¿Y la otra? —preguntó Ransome.

—¿La señorita Hodge? Los *sikhs* la han salvado. Estaba encaramada en el tejado de su *bungalow*. Pero es una necia que no nos será de ninguna utilidad. La cabeza es la señorita Dirks.

## XXII

Pusieron a disposición de Ransome, para que instalase allí su oficina, el alojamiento del *jobedar*, en la entrada principal de Palacio, enfrente del *bungalow* de las señoritas Hodge y Dirks. En los grandes nichos no había ningún *sikh* de centinela, con el vistoso uniforme escarlata y oro, montado sobre negro corcel. Hacían falta en otras partes, para custodiar los pozos contaminados, disparar contra los *bhils* merodeadores y velar por el cumplimiento de las órdenes del mayor Safka respecto a la cremación de cadáveres. Ransome estuvo tentado de cruzar la carretera para tratar de descubrir lo que había sido de las señoritas Dirks y Hodge, pero una ojeada más atenta le convenció de que el lugar estaba abandonado. Sobre la pequeña terraza había una espesa capa de lodo, y los empapados visillos oscilaban lúgubrememente en los huecos de las ventanas.

No tardó en presentarse el sobrino de Nil Kant Rao, un *márata* fuerte y musculoso, de corta talla y unos veinte años de edad, cuyo aspecto de *terrier* le hacía semejarse a los policías de Bombay. Llevaba su pequeño turbante *márata* ligeramente ladeado y tenía un aire resuelto y despreocupado. Era un muchacho inteligente, educado en Bombay. Hablaba inglés y gujerati lo mismo que hindustani y *márata*. Para desenvolverse en la India era necesario dominar muchos idiomas.

Con una sonrisa que descubrió sus dientes blanquísimos, dijo que se llamaba Copal Rao y que estaba dispuesto a hacer cuanto se le indicase. El desastre no parecía haberle conmovido demasiado, más bien parecía encontrarlo excitante, y aquella actitud le hizo sentirse a Ransome mucho más animado. Observando al muchacho, pensó: «Los *máratas* son el pueblo más resistente del mundo, acostumbrado al sol abrasador del desierto, a las penalidades, a las catástrofes y a toda suerte de desastres». Y Copal Rao era joven, de modo que el horror de la tragedia era menos horrible a sus ojos.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. La noticia de la instalación de la oficina en la entrada principal de Palacio se había difundido de esa forma misteriosa con que se propagan las noticias en la India, y no tardó en formarse a lo largo de la carretera de la Escuela de Ingenieros una pequeña fila de los que habían sobrevivido al terremoto y a la inundación. Unos buscaban a sus parientes y amigos desaparecidos; otros solicitaban alimentos y cobijo; un platero fue a quejarse de que su tienda había sido saqueada por un policía, relatando una interminable historia acerca de una prostituta y de su pasión por las chucherías de plata, y, mientras la contaba, los que esperaban en la fila empezaron a impacientarse y a quejarse. Un rico *parsi* fue a ofrecer el depósito de grano que siempre conservaba en su casa. El grano estaba seco y en excelentes condiciones, y contribuiría a alimentar a la población hasta que se trajese grano de los distritos rurales, pero quería tener la seguridad de que su grano no

se distribuiría sino entre los paras de la población. Acababa de hablar cuando, a través de la enrejada ventana, llegó a ellos el rumor de una disputa. Ransome y Copal Rao salieron para averiguar la causa del alboroto y se encontraron con que dos *bunyas*<sup>[59]</sup>, volviendo a los tiempos anteriores al buen maharajá, habían sacado rudamente de la fila a un albañil y a un alfarero. Y todo el grupo estaba enzarzado en una disputa sobre los antiguos privilegios de casta. Repartiéronse unos golpes y uno de los *bunyas* empezó a lamentarse de que tendría que someterse a los ritos purificadores, porque le había golpeado un ladrillero.

Fue Copal Rao, el márata, quien, con su desprecio por el resto de las razas y sus heterodoxos sentimientos con respecto al problema de las castas, impuso un respetuoso silencio en la fila, golpeando a los más pendencieros y maldiciéndolos en tres idiomas. Cuando reinó el silencio y el orden quedó restablecido, el muchacho les dijo a todos que la muerte del maharajá no cambiaba nada las cosas y que la maharaní estaba todavía viva para hacer cumplir sus órdenes, y que en Ranchipur todos los súbditos eran iguales y tenían el mismo derecho a un lugar en la fila. Después de lo cual, Ransome y él volvieron a entrar en su oficina. Pero el *bunya* que tenía que purificarse no dejó de lamentarse amargamente por el gasto que representaba el rito de la purificación.

Al filo de mediodía, Ransome levantó la cabeza y vio en el umbral una figura extraordinaria, enfundada en el impecable atuendo de un mayordomo londinense. El hombre tenía un rostro alargado y cetrino, una nariz descomunal, desvaídos ojos azules y cabellos color de paja. Vestía un chaqué y unos pantalones arrugados y manchados de lodo. En la mano llevaba una pequeña caja de metal.

Al dirigirse Ransome a él, observó que estaba temblando.

—Pase usted —le dijo—. ¿En qué puedo servirle?

—Soy el criado de lord Heston. Me llamo Bates. Me han enviado a usted, señor. He estado en todas partes, pero no he visto más que indios, y ninguno de ellos parecía saber nada. Traigo los papeles de lord Heston y las joyas de lady Heston. ¿Querría hacerse cargo de todo ello, señor?

Ransome vio que aquel hombre estaba asustado y que probablemente llevaría dos días sin comer y a la intemperie. El espectáculo que ofrecía era a la par lastimoso y cómico. Ransome le dijo a Copal Rao que siguiese con el trabajo y se llevó a Bates a un rincón de la estancia.

Inmediatamente el criado empezó a relatar su historia. En la noche del terremoto había salido a tomar un poco el aire, y se hallaba a la altura de la Escuela de Ingenieros cuando el mundo pareció llegar a su fin. La sacudida sísmica le derribó por tierra, y cuando, sobrecogido de espanto, se puso en pie, echó a correr sin saber hacia dónde, aunque, afortunadamente, alejándose del cauce de la inundación. Muchas cosas de las que le habían sucedido no las recordaba en absoluto.

—Fue una sacudida terrible —repetía una y otra vez.

Y las aterrorizadas gentes con quienes se tropezaba no entendían nada de lo que él decía, ni él comprendía su lenguaje. Había errado a la ventura durante varias horas, hasta que, al fin, llegó tambaleándose bajo una gran arcada que luego descubrió era el gran pórtico de Palacio. Allí encontró a un grupo de muchachos indios y a dos misioneros americanos. Al menos tendría con quien hablar, pensó, pero aquella gente no se había mostrado muy locuaz.

A la mañana siguiente había partido en busca de su señoría, pero la inundación le había impedido acercarse al Palacio de verano y se había refugiado en la derruida Escuela de Ingenieros, en donde, al menos, estaría a cubierto de la lluvia tremenda e incesante. Al tercer día, cuando las aguas se retiraron de las zonas inundadas, había emprendido el camino del palacio de verano y, una vez allí, trepando por los escombros, había conseguido llegar al segundo piso, en donde había encontrado a su señoría.

—Estaba muerto —dijo sordamente—. Caído en el suelo de la habitación. Debí de fallecer a causa de la fiebre que padecía. No se le veía ninguna señal, aparte de una herida en la sien. Ignoro lo que haya sido de la enfermera y de las doncellas de la señora. Tal vez se hayan salvado, tal vez estén debajo de aquellos escombros. Su señoría presenta un aspecto horrible, señor. Creo que sería conveniente enterrarle cuanto antes, pero pensé que debía ver primero a la señora, si todavía vive.

Indicando la negra caja metálica que llevaba bajo el brazo, añadió:

—No sé qué hacer con estas cosas. ¿Podría tomarlas el señor bajo su custodia?

—No. Creo que lo mejor será que se las lleve a lady Heston, pues, afortunadamente, vive —se quedó unos momentos pensativo, y luego dijo—: Supongo que deseará comer algo.

—Hace dos días que no tomo ningún alimento, señor.

—Lo mejor que puede hacer es ir al lado de lady Heston. Ransome le dijo que su señoría se encontraba en la Misión americana, le dio instrucciones respecto al camino que debía seguir y hasta le hizo un croquis indicándole por dónde había de alcanzar el único puente que seguía en pie. Bates le dio las gracias y, contemplándose desolado, añadió:

—Me temo, señor, que no tengo un aspecto muy presentable.

—No se preocupe por eso. Lady Heston se hará cargo de la situación.

Ya estaba Bates a punto de marcharse, cuando Ransome le dijo:

—Espere un momento. Desearía que llevase una nota a lady Heston.

Escribió rápidamente una docena de líneas en un papel, lo dobló y se lo entregó al criado. En seguida volvió a decir:

—Espere.

Y escribiendo otra nota, dirigida esta a Fern, añadió:

—Entregue esto a la joven que encontrará en la Misión. Eso es todo.

Acompañando a Bates hasta la arcada de la gran puerta principal, le mostró desde allí la dirección que debía seguir y, durante un rato, siguió con la mirada aquella lastimosa figura de hombros caídos y chaqué enlodado que se alejaba poco a poco. «¿Qué significará todo esto para él?», se preguntó Ransome. Y, por un instante, estuvo tentado de echarse a reír.

Al entrar de nuevo en la oficina, encontró a su joven ayudante entregado de lleno a su labor, despachando rápidamente, uno tras otro, a los componentes de aquella fila que, pese a los esfuerzos de ambos, se hacía cada vez más larga. Trabajaba con energía y decisión no exentas de brusquedad, y Ransome pensó: «Lo hace mejor que yo. Se han acordado de mí porque soy europeo y creen que todos los europeos somos muy eficientes en el trabajo». Así, pues, sentándose al lado del márata, dijo:

—Continúe usted. Yo tomaré nota.



## XXIII

Fue después de cruzar el puente del ferrocarril cuando Bates se sumió en una especie de delirio. Avanzó a lo largo de la lisa carretera de macadam, a través de una pesadilla de miserables canes, buitres, cadáveres, moribundos y desolación. Media docena de veces, la gente, al verle vestido con el traje de los funcionarios europeos se ponían para asistir al *darbar*, se precipitó fuera de las derruidas casas o de las zanjas que bordeaban la carretera para postrarse ante él, con el rostro en el barro, en demanda de alimentos y protección; pero Bates, que no comprendía una sola palabra de aquella jerga, prosiguió obstinadamente su camino, librándose de un puntapié cuando alguna mujer se abrazaba a sus rodillas en histérica súplica.

El hambre y las penalidades le habían debilitado, y el chaqué, empapado por la lluvia, pesaba de manera intolerable sobre sus espaldas, pero no se decidía a despojarse de él. El criado de lord Heston no podía caminar por la calle en mangas de camisa, con pantalones y tirantes, ni aun en medio de una ciudad en ruinas, asolada por la catástrofe. De modo que Bates siguió con aquel peso auestas, tambaleándose y tropezando, espantando a las bandadas de buitres, que levantaban perezosamente el vuelo y se posaban a corta distancia, para volver a su festín tan pronto como el criado había pasado.

Caminaba en medio de una especie de bruma, con pasos inseguros, yendo de uno a otro lado de la carretera, más allá de todo horror, en un reino fronterizo con el delirio. Momentos hubo en que experimentó el vehemente deseo de dejarse caer a un lado del camino y quedarse allí tendido, pero siguió andando, impulsado por el hábito y el instinto, más fuerte que su cuerpo. Tenía que encontrar a lady Heston para hacerle entrega de la cajita metálica. Entonces y solamente entonces podría acostarse, descansar, dormir, dormir eternamente. Y, cuando despertase, acaso todo esto no fuese más que una pesadilla y lord Heston no fuese un hinchado cadáver, sino un hombre vivo, rubicundo e irritable. Entonces su señoría le llevaría nuevamente a Inglaterra y él dejaría su servicio y se iría a Manchester, a pasar el resto de sus días en una pequeña villa de los alrededores, en compañía de su hermana. Y nunca más volvería a salir de Manchester, ni siquiera para ir a Londres. Mientras avanzaba dando tumbos, vio su villa tal como había de ser, y para él, en aquellos momentos, era tan magnífica como el Paraíso de la Revelación.

Debía haber dejado el servicio de su señoría antes de emprender este viaje, antes de venir a este horrible país. Ahora comprendía que había cometido un grave error, seducido por las descripciones leídas en los periódicos acerca de la magnificencia, el romanticismo y el color de la India, la «perla más preciada de la corona imperial». Y no había habido nada de aquello. Bates solo había visto un país caluroso, polvoriento y miserable, que había vuelto a su señor más irritable que nunca y más hastiada e

inquieta a su señora. En los edificios del Gobierno y en los hoteles, las cosas no habían presentado mejor cariz, carentes de habitaciones dignas de un criado que se respetase, y con unas duchas y unos excusados que nunca funcionaban debidamente.

Ya en el puente del ferrocarril, con las aguas del hinchado río deslizándose rápidamente bajo sus pies, Bates había estado a punto de precipitarse en la corriente. Dejándose caer de rodillas, permaneció largo tiempo en aquella postura, presa del vértigo, dándole vueltas la cabeza, aferrándose con una mano a los carriles y sujetando con la otra la cajita metálica. Al cabo de un rato recuperó el dominio de sí mismo, pero tuvo que recorrer a gatas el trayecto que le separaba de la otra orilla. Tenía que entregar la caja y tenía que llegar a la pequeña villa en los alrededores de Manchester.

Cuando se hallaba entre la destilería y el cuartel de los *sikhs* le fue imposible seguir adelante. Resbalando en el lodo, cayó de costado y se desmayó. Allí le encontró el señor Smiley, privado de conocimiento, pero sujetando fuertemente en su mano la caja metálica. Sobre una contraventana, el señor Smiley y dos de los muchachos *intocables* le transportaron a la Misión. No tenían coñac para reanimarle, pero el señor Smiley le quitó las empapadas ropas y tía Phoebe envolvió el macilento cuerpo en sábanas calientes. No tardó el criado en abrir los ojos y entonces se tomó un vaso de leche de cabras caliente que le dieron. Cuando estuvo en condiciones de hablar, pidió sus ropas y, extrayendo de uno de los bolsillos del pantalón unas llaves y las dos notas mojadas, rogó al señor Smiley que hiciese entrega de una a Fern y pidió hablar a solas con lady Heston. Antes que el señor Smiley saliese de la estancia, le rogó que colocase la caja metálica en la cama, a su lado.

Al entrar lady Heston en el aposento, todavía vestida con el traje de indiana de la señora Smiley, vio en seguida que su aspecto escandalizaba un tanto al criado. De haber estado en posesión de sus fuerzas físicas, Bates hubiera reprimido aquella expresión que ahora se reflejaba en su semblante; pero, en su actual estado de debilidad, su desaprobación era tan evidente como si la hubiera expresado con palabras. «Preferiría verme llevando el vestido de noche y todas mis joyas en plena tarde», pensó Edwina. A su vez, ella se sintió profundamente impresionada por el abatido aspecto del criado. Al verla entrar, Bates se incorporó en el lecho de campaña, tapándose hasta el cuello con las sábanas de algodón y dejando al descubierto un brazo esquelético, de músculos nudosos, herencia de muchas generaciones de antecesores mal alimentados. La lívida fealdad del criado y, sobre todo, el desagradable aspecto de aquel brazo agotado y esquelético impresionaron penosamente a Edwina. Esforzándose por sonreír, dijo:

—¿Qué hay, Bates?

—Ha sido horrible, señora..., horrible.

—Lo sé, Bates. Debemos dar gracias al Cielo por habernos salvado.

—Su señoría ha muerto, milady.

—Sí, ya lo sé.

—Encontré las joyas de la señora. Creo que están todas. Le agradecería mucho a la señora que lo comprobase.

Había colocado la llave en la caja metálica y Edwina no tuvo más que darle vuelta y levantar la tapa.

Estaban todas en sus pequeños estuches. Todos los diamantes, las esmeraldas y los rubíes que había traído consigo. Estaban todas, salvo las que tía Phoebe guardaba cosidas debajo de sus enaguas. Al abrir la caja y ver todas aquellas alhajas, Edwina había vislumbrado la resplandeciente inutilidad y la irrealidad de aquellas gemas. ¿De qué le servían ahora, en este mundo desquiciado? Eran buenas para lucirlas en los bailes de Londres y en las casinos de Cannes y Le Touquet, lugares remotos que apenas parecían existir en realidad.

—Sí —dijo— están todas.

—También han perecido la enfermera y las dos doncellas —prosiguió informando Bates—. Supongo que no llegarían a darse cuenta de nada.

Por un instante, ofrecióse al recuerdo de Edwina la visión de aquel Bates, correcto y ligeramente pomposo, de la noche de su disputa con Albert; aquel Bates astuto e insinuante que, con una mirada, había dado a entender que ambos se alegrarían de la muerte de Albert.

—Traigo una nota del señor Ransome —dijo Bates, entregándosela. La debilidad que sentía le obligó de pronto a tenderse de nuevo en la cama, cubriéndose cuidadosamente hasta la barbilla y ocultando esta vez el brazo nudoso y esquelético.

—Bueno, me marchó para dejarle dormir —dijo Edwina—. Aquí estará bien atendido. La anciana señora Smiley se cuidará de usted.

—Gracias —murmuró Bates con voz débil—. Lamento infinito, milady, no poder serle útil.

—No se preocupe por eso, Bates. Tan pronto como recupere las fuerzas, le enviaremos a casa.

—¿A casa?

—Sí..., a Inglaterra.

—¿Y su señoría?

—No lo sé, Bates. No piense en eso ahora. Haciendo un nuevo esfuerzo, el criado añadió:

—Los papeles del señor están también en la caja. Es todo lo que pude encontrar. Espero que estén todos —durante un segundo la contempló con aquella antigua mirada llena de astucia y concluyó—: Los he traído todos, tal y como los encontré en uno de los cajones. No sabía cuáles podían ser de importancia y cuáles no.

—Gracias, Bates.

Edwina le dejó y se llevó la nota y la caja a la estancia contigua, en donde los Smiley dormían por la noche en la vieja y maltratada cama de matrimonio. La nota de Ransome era muy concisa. Informaba a Edwina de la tarea que le habían encomendado y preguntaba lo que debía hacerse con el cadáver de Albert. Había que deshacerse de él antes de aquella misma noche. ¿Deseaba que se le diese sepultura o que se le incinerase? Ransome se pronunciaba contra la inhumación, pues no existía lugar adecuado para ello. En cambio, si Edwina optaba por la cremación, podrían llevarse a Inglaterra las cenizas que se recogiesen.

Procedió luego a abrir nuevamente la caja metálica y, extrayendo los estuches que guardaban las joyas, encontró debajo los papeles de su marido, cuidadosamente atados en un paquete. Al deshacer el nudo del cordón que los sujetaba, su mirada se fijó en un nombre familiar, escrito de puño y letra de Albert. «Henri de Rochefort», leyó, y en seguida pensó: «¿Cómo es posible que Albert supiera nada de él?».

Examinando los papeles, vio que aquel nombre formaba parte de la siguiente lista:

*Henri de Rochefort.*

*Perry Maltón.*

*El boxeador francés (?).*

*El austríaco de Montecarlo.*

*Tom Blashford.*

*El hermano de Nolham (?).*

Edwina comprendió claramente lo que aquella lista significaba. Todos ellos, menos uno, habían sido amantes suyos; pero ¿cómo había llegado a saberlo Albert? Durante largo rato estuvo contemplando la lista en una especie de voluptuoso ensueño.

Rochefort, el de la Embajada, había sido muy satisfactorio. Fue aquel un asunto suave y decadente, de características muy latinas, y había durado más que ningún otro, hasta que él empezó a mostrarse molesto, celoso y complicado. Rochefort amenazó con suicidarse cuando rompió con él; pero, desesperadamente, Edwina puso fin a aquellas relaciones y a tales amenazas diciéndole brutalmente que, aunque como amante le parecía satisfactorio, jamás le había amado. Cosa que no era enteramente cierta, pero que sirvió para que él se considerase puesto en ridículo, ya que ello ofendía su creencia puramente latina de que solamente en alas del romanticismo podía compartirse el lecho con alguien. La había calificado de fría y depravada *hetaira* inglesa, pero semejante acusación no había herido a Edwina en absoluto, ya que, al menos en este sentido, era bastante realista y no tenía pretensiones. Y, además, aquello sirvió para liquidar el asunto sin promover un escándalo.

Perry Molton no contaba. Había entrado dos veces en su habitación simplemente porque se dio la circunstancia de que la suya se hallaba al otro lado del descansillo en Barbury House. Era apuesto, a la manera inglesa, y tenía un cuerpo de atleta. Pero en ninguna de aquellas dos ocasiones había experimentado Edwina ninguna emoción. A la mañana siguiente le había costado mucho trabajo convencerse de que aquello había realmente sucedido. No, aquel asunto había sido puro accidente, sin más significación que un apretón de manos. Perry era un individuo torpe y estúpido.

Albert no tenía necesidad de colocar un signo de interrogación detrás del boxeador francés. Aquello había sucedido realmente, una y otra vez, en la pequeña y fea villa de Eze. Y había sido satisfactorio. Aun ahora, años después, el recuerdo hacía latir más de prisa su corazón y subir la fiebre a sus mejillas. Ella podía haberle dicho a Albert que aquel boxeador francés se llamaba Louis Simón. Tenía un cuerpo que parecía una hermosa máquina y era incansable y brutal. Había en él algo primitivo, terreno y vigoroso, algo que Edwina no había encontrado nunca en ningún otro hombre, algo que hizo de ella una mujer semejante a las campesinas que arrastraban las gradas por los campos. Sentada ahora en la alcoba de los Smiley, Edwina pensaba que lo que había experimentado con Louis Simón no había sido fruto de la depravación, sino algo que era la vida misma, la generación misma, algo que era lo que el amor y la creación y el yacer juntos debía de ser, algo a la vez brutal y tierno, satisfactorio en ocasiones, cruel a veces. Una sonrisa inconsciente se dibujó en sus labios al recuerdo de aquellas otras mujeres que habían tratado de una u otra forma de cogerle en sus redes amorosas, porque Louis Simón era un hombre bien parecido y de buenos modales, que paseaba su apostura por la Costa Azul y conocía a toda clase de mujeres. De cuantos había conocido, era el único de quien se acordaba con nostalgia, pero esta nostalgia se había difuminado con el tiempo, y Edwina se estremeció ligeramente al pensar que entonces, por única vez en su vida, había estado a punto de perder la cabeza, pensando en abandonarlo todo, fugándose con él. «Acaso, si lo hubiera hecho así, la vida hubiese sido más satisfactoria —pensó—. Quizá hubiera tenido un mordiente sabor terreno y una realidad que jamás he conocido». Pero también sabía que aquel hombre no le habría sido fiel, como no se lo había sido en aquellas seis semanas de encontrarse secretamente en la pequeña y fea villa. Y algún día, cansado de ella, la habría abandonado, y entonces... No, ella no debía dejarse dominar nunca por la situación. Al final fue ella quien le abandonó, porque tenía miedo..., miedo al chantaje, a la violencia, a algo que no podía precisar. Y el miedo había hecho más fácil la separación. Le hizo obsequio de doscientas libras en billetes de Banco, diciéndole que se comprase un automóvil que ambos podrían utilizar cuando ella regresase de Londres. Pero no había regresado ni le había vuelto a ver nunca más. El recuerdo de ahora resultaba más doloroso que la separación de entonces, porque al producirse esta, Edwina ignoraba que perdía una fuente de

satisfacciones como ya no volvería a encontrar en su desazonada búsqueda. Ni siquiera sabía lo que había sido de él. Acaso fuese ahora dueño de un *bistro*<sup>[60]</sup> en Marsella o Tolón. Quizá no fuese ya un hombre de varonil belleza y cuerpo de mármol, sino un individuo gordo, de edad mediana, casado con una mujer rolliza, de ojos negros, y rodeado por media docena de vástagos de ojos igualmente negros. Aquel era su destino: engendrar muchos y hermosos animales como él mismo, que crecerían para procurar intensa y sazónada satisfacción a gentes como ella misma, nacidas demasiado viejas y demasiado lascivas.

Seguía el austriaco de Montecarlo. Albert no había puesto detrás ningún signo de interrogación. Estaba seguro, y, sin embargo, se equivocaba. Edwina se acordaba de su rostro y de su figura, aunque no conseguía recordar su nombre. Había hecho todo lo posible por seducirle, pues poseía una belleza curiosa y decadente; pero, aunque había conseguido atraerle a una cita, no había sucedido absolutamente nada. El austriaco ni la amaba ni la deseaba, y un buen día oyó decir que no deseaba a ninguna mujer. Edwina sintióse humillada, resentida y furiosa por haberse puesto en ridículo.

Tom Blashford... No era nada. Otro asunto de fin de semana, como Perry Molton.

Y el hermano de Nolham... Tom Ransome. Albert no tenía que haber puesto un signo de interrogación detrás de su nombre. Había vivido con Tom antes incluso de oír hablar de Albert. Y Tom, ahora lo comprendía, había sido el único hombre que había estado a punto de hacerla conocer lo que podría ser el amor. No era brutal y satisfactorio como Louis. Se parecía demasiado a ella misma, un poco corrompido de corazón, pero amable y simpático y dotado de una desesperada sabiduría que ninguno de los otros había tenido.

La lista estaba incompleta. Había habido otros muchos: unos, semiolvidados; otros, como Louis, todavía vividos en su recuerdo, aunque ninguno tanto como él. ¡Qué cosa tan extraña era la vida! ¡Ir a encontrarse de nuevo con Tom Ransome, después de tantos años, y en un lugar como Ranchipur! Y acaso ahora todo aquello hubiese terminado y ante ella no se extendiese más que un futuro terrible y monótono.

Suspiró y pensó llena de maravillado asombro en lo mucho que Albert sabía de sus intimidades sin que jamás lo hubiera dado a entender. Conociéndole como le conocía, Edwina no podía creer que se tratase simplemente del caso de un marido complaciente. Tenía que ser entonces que su *snobismo* era mucho más fuerte de lo que ella había creído en aquella mañana en que había estado sentada en la habitación del enfermo, contemplando llena de odio el cuerpo hinchado y desvalido que ocupaba el lecho de madera de teca con incrustaciones de nácar. O acaso la hubiese conocido mejor de lo que ella sospechaba, mejor incluso que se conocía ella misma, y hubiese comprendido que su esposa era un caso perdido, y que cuanto menos se hablase, mejor. Quizá Albert hubiese recorrido su propio camino; tal vez hubiese tenido

amantes. Aunque esto lo dudaba mucho Edwina, sabiendo que nunca se hubiera avenido a dedicarles el tiempo que necesitarían. En cambio, había sido muy exigente con ella. Tal vez hubiese visitado los burdeles o se hubiese entretenido con mujeres de Jermyn Street, o acaso hubiese tenido bastante con ella misma. Quizá, después de todo, no hubiese sido para él sino un objeto cómodo, una necesidad al mismo nivel que los alimentos y la bebida. Edwina sabía que, como buen inglés, de mentalidad pequeño-burguesa, Albert había sido un materialista, y que las mujeres para él habían constituido una necesidad, pero jamás una gloria. Lo sabía perfectamente, por su forma de hacer el amor. Había habido ocasiones en que Edwina había sospechado que, mientras su esposo se entregaba al amor, su mente se hallaba ocupada con otras cosas: columnas de cifras o proyectos para dar un gran golpe.

Sentada en la maltratada y vieja cama de matrimonio de los Smiley, Edwina pensó amargamente: «Acaso, después de todo, haya sido yo la burlada. Tal vez no me tuviese más que para exhibirme fuera de las horas de trabajo y llevarme luego a casa para utilizarme como medio de satisfacer sus deseos, aquietar sus nervios y liberar su mente».

Sintióse invadida por repentina y frenética rabia al pensar que hubiese sido así burlada y que, incluso al final, en aquella última noche en que habían disputado por vez postrera, él se había reído de ella, sabiendo que, en definitiva, la victoria era suya. Y ahora estaba muerto y ella no sabría jamás la verdad ni aliviar el dolor de su orgullo herido y humillado.

«Sin embargo —se dijo Edwina—, no he recibido sino lo que merecía. Solo podía hacer una de estas dos cosas: divorciarse o tratarme como me ha tratado». Y no había querido afrontar el divorcio ni ningún escándalo que pudiera poner en peligro su preciosa posición social, aquella posición a la que había llegado desde los suburbios de Liverpool, luchando desesperadamente. Había que tener en cuenta también su vanidad, que no le habría permitido anunciar a la faz del mundo, ante un tribunal de divorcio, que la mujer que había comprado no le encontraba satisfactorio o suficiente como marido. Acaso sus sospechas con respecto a Ransome hubiesen constituido la última gota que colmó el vaso, y que, en aquella última noche, después de su disputa, hubiese considerado por primera vez la cuestión de divorciarse de ella y hubiese escrito aquella lista. Probablemente, al concluir la lista, Albert hubiese decidido que la humillación de comparecer ante un tribunal de divorcio no era peor que la convicción de que medio mundo, de una u otra forma, conocería ya las infidelidades de su mujer, y de que los seis hombres de aquella lista se habrían mofado despectivamente de él. Y seguramente sospecharía que había otros de quienes él no había tenido conocimiento.

Bates debía de habérselo dicho, pensó Edwina, porque Bates la conocía mejor y sabía más cosas acerca de ella que su marido había sabido en toda su vida. Acaso

Albert le hubiese acorralado aquella última noche, amedrentándole o sobornándole para que le contase lo que supiese. Tal vez fue por eso por lo que Bates se mostró tan ladino e insinuante cuando entró en su habitación para decirle que Albert estaba enfermo. De vivir su marido, Edwina habría acusado a Bates y descubierto la verdad; pero ahora, nada de aquello importaba, ni siquiera valía la pena de una escena desagradable. Bates regresaría muy pronto a Inglaterra, desapareciendo para siempre de su existencia. Y comprendió que Bates, la hubiese o no traicionado, conocía la existencia de aquella lista, pues él mismo la había colocado encima de los demás papeles al hacer un paquete con estos. Albert había sido un estúpido y un grosero al dejar semejante lista al alcance de cualquiera.

De pronto se sintió cansada y hastiada de todo aquello, y rompiendo el papel en menudos fragmentos, los metió en el bolsillo del vestido de indiana de la señora Smiley y se puso a examinar el resto de los documentos. La mayoría de ellos carecían de interés para ella, pues se trataba de apuntes para un artículo de fondo especial destinado a los periódicos de Heston. Ni siquiera se molestó en leerlos, pasando a examinar los restantes, hasta que encontró el testamento de su esposo.

Le pareció muy extraño que Albert llevase consigo semejante documento a todas partes. Tal vez, a despecho de sus baladronadas, se supiese un hombre enfermo, que bien pudiera no volver vivo a Inglaterra. Acaso hubiese abrigado el propósito de alterarlo, desheredándola a ella. Se había mostrado muy astuto a la hora de redactar el contrato matrimonial, de modo que, aparte los derechos de Edwina a la dote, siempre pudiera dejarla sin un céntimo, si esa era su voluntad. Eso era: en aquella última noche había resuelto divorciarse y desheredarla en su testamento. Le habría bastado añadir un par de líneas, con las firmas de Bates y de una de las mismas doncellas de Edwina como testigos del acto. Se daba por supuesto que los testigos no tenían por qué conocer el contenido del testamento ni saber si se hallaban incluidos en el mismo. Con el documento en la mano, Edwina pensó: «Tal vez sea eso lo que ha hecho»; pero al echar una apresurada ojeada al final del testamento, no vio codicilo alguno. A continuación se puso a leerlo rápidamente.

Era un documento extenso, que contenía cierto número de ostentosos legados a instituciones benéficas, escuelas y hospitales. En vida se había mostrado muy parco en donativos para tales instituciones, a menos que hubiese deseado comprar el respeto del público por ese medio. Ahora, como no podía llevarse el dinero consigo, se mostraba pródigamente generoso. Había una provisión para sus periódicos que Edwina no se molestó en leer. Luego llegó a la enumeración de legados personales: cinco mil libras esterlinas para aquel hermano de la baja clase media del cual Albert se había mostrado siempre tan avergonzado, hasta el punto de no haberle permitido a ella conocerle; mil libras para dos solteronas cuya existencia había ignorado hasta ahora, tal vez tías o primas de su marido, y quinientas libras para Bates, aquel Bates



que le había traicionado, se había burlado de él y le odiaba con toda su alma.

El resto, todos sus bienes, se los dejaba a ella. Nunca había creído Edwina que pudiera ocurrir semejante cosa. Pensaba que le dejaría algo; pero no todo, no los centenares de miles de libras, acaso un par de millones, tal vez más, a que ascendía su fortuna. Allí estaba el testamento, sobre su regazo, y durante un instante aquel documento la llenó de un horror extraño e indescriptible. Aquel papel la convertía en una de las mujeres más ricas del mundo, y tal idea no le proporcionó el menor placer, ni siquiera una emoción excesiva. «Tenía bastante con la dote —pensó Edwina—. ¿Qué voy a hacer con todo esto?».

Aquella fortuna caía en sus manos por puro azar. Se puso a pensar en los días de la pensión florentina, cuando no podía ir al peluquero más de una vez al mes, cuando había usado los vestidos que sus elegantes amigas desechaban por defectuosos o porque no les sentaban bien. En aquellos tiempos, una fortuna como la que ahora se le venía a las manos hubiera sido el sueño de la más desenfrenada fantasía. Y habría cambiado el curso de su existencia y el de la de su padre. Nunca se habría casado con Albert. Acaso hubiera sido más honesta, menos *hetaira*.

Trató de imaginarse los sentimientos que entonces hubiera experimentado, pero el intento terminó diluyéndose en una sensación de embotamiento. Ahora, nada de lo que deseaba en el mundo podía comprarse con dinero. Era demasiado tarde. «Supongo que tenía que merecérme lo —pensó—. Ahora he de pensar en lo que debo hacer con todo esto».

Albert había adoptado la resolución de divorciarse y desheredarla, Pero esta decisión había llegado demasiado tarde. Este horrible país, este monstruo, con sus plagas y sus terrores, sus esplendores y sus miserias, su hospitalidad y su crueldad, le había matado demasiado pronto. Comprendió toda la amargura que encerraba aquel testamento: en todo el mundo no había nadie a quien Albert pudiera legar su inmensa fortuna, amasada a fuerza de ambición, engaños e implacable crueldad, a nadie sino a ella, que siempre le había despreciado, que le había traicionado una y otra vez desde el primer momento. Durante unos instantes se esforzó por descubrir mentalmente si habría alguien a quien Albert hubiera podido dejar con legalidad sus riquezas, pero no había nadie. Comprendió que había estado en lo cierto al suponer que su marido no había tenido nunca amigos. Se sorprendió hablando casi en voz alta, como si Albert estuviese todavía vivo y se hallase en aquella estancia con ella, en vez de tener que ser sepultado antes de la puesta del sol por razones sanitarias. «Pero yo no quiero ese dinero —pensó Edwina—. ¿Qué voy a hacer con ello? Incluso podría suceder que no volviese jamás a Inglaterra». Porque ahora sabía que solo anhelaba una cosa en este mundo, algo que no podía comprar con dinero, como había comprado a Louis Simón, el boxeador, muchos años atrás.

Volvió a guardar en la caja el documento y las joyas, bajó la tapa y la cerró con

llave. Luego metió esta en el bolsillo de su vestido, junto con los pedazos de lista de nombres, y cruzó la estancia para mirarse en el desconchado espejo ante el cual se peinaba todas las mañanas Bertha Smiley.

No se parecía al espejo que ella tenía en su mesita de tocador, en Hill Street, un espejo preparado con una tonalidad rosada y aduladora. El azogue parecía sufrir una erupción y se había desprendido en algunos puntos a causa del calor y la humedad, reflejando una imagen de un tinte amarillento y bilioso. Edwina experimentó una penosa impresión al contemplarse en aquel espejo, porque vio una mujer cansada y pálida, que aparentaba más edad de la que tenía, con los lacios y húmedos cabellos pegados al rostro. «Dentro de un par de días, la raya empezará a perder el color — pensó—. Creo que esta mañana he llegado al fondo de algo». Pero no habría sabido decir qué era ese algo.

Entonces, a través del sentimiento de derrota que la abrumaba, llegó a sus oídos el rumor de una especie de música, una música increíble, pues era el canto de un himno. Muy cerca, alguien cantaba en el jardín *Now the day is over*, tal y como lo cantaban en la iglesia próxima a su casa de Inglaterra cuando ella era una niña. Eran cuatro o cinco voces, acompañadas por un pequeño órgano. Por un instante pensó: «A lo mejor me he vuelto loca. Tal vez oiga y vea visiones». Se acercó a la ventana para asegurarse de que no sufría alucinaciones.

Debajo de los árboles, soportando el aguacero, hallábanse el señor y la señora Smiley, tía Phoebe y Fern en pie, alrededor de un montoncillo de tierra recién removida. Cantaban con voz trémula, acompañados por un melodión que tocaba uno de los cristianos *intocables*. Edwina comprendió entonces que habían dado sepultura a los restos del misionero y de su hija.

## XIV

Al otro lado del camino, en la pista de tenis en donde «los muchachos» habían disputado sus partidas, el señor Smiley y los muchachos *intocables* habían levantado una gran pira con trozos de vigas y muebles despedazados extraídos de las ruinas del que fue hogar de los Simón. Encontraron los cuerpos de Hazel y del reverendo señor Simón en lo que había sido el comedor, pues el terremoto los sorprendió cuando cenaban, mientras la señora Simón se hallaba en compañía de la señora Hogget-Clapton y Fern empujaba su bicicleta bajo la lluvia, de regreso de casa de Ransome. Cuando le llevaron la noticia a la señora Simón, fue presa de un acceso de histerismo, y solo la firme persuasión de la señora Smiley y las agrias palabras de tía Phoebe le impidieron lanzarse a través de la carretera para arrojarse sobre los cadáveres de su esposo y de su hija. Cuando se hubo calmado un poco, el señor Smiley dijo que procederían a incinerar los cuerpos y que él leería el oficio fúnebre. Estas palabras provocaron un nuevo acceso de histerismo en la señora Simón, quien se puso a clamar contra la cremación, tildándola de *pagana*. Cuando el señor Smiley explicó que no había ataúdes en Ranchipur, ni madera para hacerlos, ni quien los hiciese, y que urgía deshacerse de los cadáveres cuanto antes, la señora Simón volvió a ceder, entregándose a un sordo gemir que continuó durante todo el resto del día.

Al fin, envueltos en sábanas, los despojos del señor Simón y de la pobre Hazel fueron colocados en lo alto de la pira, y el señor Smiley, exhausto y conmovido, leyó el oficio fúnebre. Cuando concluyó, prendió fuego al montón de madera impregnada de petróleo, y los cuerpos del misionero baptista y de su hija fueron incinerados como si hubiesen sido simples hindúes. La lluvia caía de manera intermitente, a ráfagas, a chaparrones, a torrentes; pero la madera era vieja y estaba perfectamente seca, y el petróleo la hacía arder impetuosamente, hasta que, al fin, de todo ello no quedó sino un montón de cenizas empapadas por la lluvia. El señor Smiley, respetuosamente, llenó con ellas dos de los tarros de cristal que tía Phoebe utilizaba para sus conservas de *chutney*. Tras un segundo y breve oficio fúnebre, las dos improvisadas urnas fueron enterradas en el jardín de los Smiley, debajo de los árboles adornados con orquídeas, petunias y pelargonios.

La señora Simón, tendida en el catre del cuarto-almacén, gimiendo sin cesar, no tomó parte en ninguno de los servicios fúnebres; pero Fern estuvo presente en todas las ceremonias hasta el final, uniendo incluso su voz temblorosa a la de los demás para cantar *Now the day is over*.

El señor Smiley no le permitió presenciar la cremación de los cadáveres, y ella se lo agradeció en el fondo de su corazón. En principio había pensado asistir a aquel acto, no sabía exactamente por qué razón, salvo que tenía la confusa impresión de que la pobre Hazel y su padre estarían menos solos si ella se encontraba allí. El señor

Smiley, con su bondad característica, debió de adivinar sus pensamientos, porque dijo:

—No hay ninguna razón para que esté usted presente, Fern. De lo que fueron Hazel y su padre no queda nada. Solo un poco de barro. Los hindúes también saben esto, incluso mejor que nosotros.

Así, con ayuda de un puñado de muchachos *intocables*, el señor Smiley había realizado la triste tarea, dejando que ella consolara a su madre. Fern no tenía grandes deseos de quedarse a solas con su madre, a quien realmente no sabía qué decir. Le parecía extraño que la señora Hogget-Clapton, la entrañable amiga y compañera de su madre, no se hubiera quedado allí para confortarla en aquel trance. Era la única persona a quien la señora Simón había recibido cuando sufría de jaqueca, y ahora la señora Hogget-Clapton se había marchado, envuelta en su sucio *peignoir*, contoneándose ligeramente sobre sus zapatos de tacón alto, en compañía de dos alumnos del señor Smiley, para ver lo que había sucedido en su casa.

Así, pues, no había más remedio que entrar en aquel espacioso cuarto-almacén, en donde su madre yacía acostada en el catre, gimiendo y con un trapo humedecido sobre la frente.

Fern abrió la puerta suavemente, con la esperanza de encontrar a su madre dormida y evitar así la disensión. Pero la puerta rechinó, y la señora Simón, quitándose el trapo de la cabeza, cesó en sus gemidos para incorporarse un poco y ver quién entraba en la estancia. Cuando vio que era Fern, dijo:

—Ven aquí hija mía, siéntate a mi lado.

Y Fern, torpemente, a regañadientes, obedeció.

Se sentó en el borde mismo de la cama, tan lejos de su madre como le fue posible. En cierto modo, sintióse repentinamente apiadada de ella, al ver cuánto había envejecido en los últimos dos días. Había desaparecido aquella lozana apariencia que siempre hacía exclamar a la gente: «Pero ¡si no es posible que sea usted madre de una hija de veinte años!». Ahora estaba hundida, arrugada, aterrorizada y exhausta. Fern pensó: «Ahora es ella la que está sola. Muerto papá, ya no es nada..., ni siquiera la mujer de un misionero. ¿Qué va a ser de ella?». Por un instante casi la asustó el cuadro de su madre sola, deshecha, sin nadie a quien dominar, salvo a ella misma, a Fern, que ya no se dejaría dominar más, sin un esposo junto al cual descansar, cosa esta que, en su nueva sabiduría, Fern intuyó había sido siempre muy importante para su madre, aunque esas cosas no se mencionaban nunca entre gentes como ellos. ¿Qué haría ahora su madre? En cierto modo, todavía era joven, pues solo tenía cuarenta y dos años, y sentada allí, al borde de la cama, Fern recordó fragmentos de una conversación sostenida mucho tiempo atrás entre su madre y la señora Hogget-Clapton. Encontrábase ella en el vestíbulo superior, y la puerta de la habitación de su madre estaba abierta; había oído las dos voces, y no teniendo más que catorce o

quince años de edad, Fern había aplicado el oído y oído decir a la señora Hogget-Clapton: «No; Herbert duerme en su propia habitación. Hace casi tres años que no se acerca a mí. Me inclino a pensar en su incapacidad, porque no creo que haya ninguna mujer en su vida, aquí en Ranchipur. Si la hubiese, los criados lo sabrían». Había seguido una pausa, y luego oyó la voz de su madre, que decía: «Nuestros esposos son muy distintos, naturalmente; pero no puedo imaginarme a Elmer deseando una habitación para él solo. Por mi parte, no sé lo que haría. Me sentiría tan sola...».

A la sazón, y debido a su inexperiencia, Fern no comprendió el sentido de aquellas palabras; sin saber por qué, pensó que encerraban algo vergonzoso y hasta vulgar. Ahora, mucho tiempo después, Fern comprendió el sentido de aquella conversación y se preguntó, llena de lástima, si su madre habría experimentado alguna vez por su marido lo que ella experimentaba por Ransome. Sería terrible que le sucediese algo. No pensaba en él como «Tom», sino siempre como «Ransome», y, a veces, incluso como «el señor Ransome». En las varias ocasiones en que habían estado juntos, nunca se había dirigido a él utilizando su nombre. En realidad, jamás le había llamado de ningún modo. Aquella misma mañana, tendida a su lado en el suelo de la habitación de la señora Bannerjee, le había llamado «querido mío y cariño mío».

Su madre se volvió hacia ella, y abriendo nuevamente los ojos, miró a Fern y dijo:

—A partir de ahora y pase lo que pase, debemos mantenernos siempre unidas. Eres todo lo que me queda en el mundo.

Fern sintióse invadida por una sensación de horror. Juzgándose libre, no se había detenido a considerar las consecuencias personales del terremoto. Oyó su voz, que decía:

—Tienes a la señora Hogget-Clapton. Creí que estaría contigo en estos momentos.

—No —replicó la señora Simón—. Eso ha concluido.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—La noche de la inundación la encontré completamente embriagada en su casa.

Así, pues, era eso lo que ocurría con la señora Hogget-Clapton... Era esa la razón de que a veces pareciese tan extraña y confusa. La señora Hogget-Clapton bebía en secreto. Parecióle increíble a Fern lo inocente que había sido hasta aquella noche en que fue a casa de Ransome a esperarle. Había sido una idiota. No era extraño que él la hubiera considerado siempre como una niña. La entrega de la señora Hogget-Clapton a la bebida no era sino un simple detalle en un mundo —ahora lo comprendía— fantástico en su irrealidad. Seguramente su madre lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero simulaba ignorarlo porque era un *snob*.

—Nunca sabrás todo lo que ha pasado en la noche de la inundación —estaba diciendo la señora Simón—. Lo hice por ella. Le salvé la vida y ni siquiera ha dado

muestras de gratitud.

Llamaron a la puerta, y cuando Fern abrió, se encontró con tía Phoebe, que venía a entregarle la nota de Ransome. Después de volver a cerrar la puerta, desplegó la nota y la leyó en el lado de la estancia más alejado de su madre; pero de nada le sirvió la treta, porque la muchacha sabía que un marmóreo ojo azul la observaba por debajo de aquel paño humedecido que cubría la frente de su madre.

Era una nota muy concisa. Ransome le decía simplemente lo que estaba haciendo y que no podría regresar a casa de los Smiley en todo el día ni tal vez en los días sucesivos. Ella debía permanecer en la Misión. Por toda la ciudad había ya cólera y fiebres tifoideas, y el hedor era horrible. «No debes pensar en venir por aquí — escribía Ransome—. De momento, es imposible, querida. No quiero que te ocurra nada». Al leer aquellas líneas, Fern sintióse invadida por una oleada de felicidad, que disipó todas sus ansiedades, aflicciones miserias.

Desde el otro lado de la habitación, la señora Simón dijo:

—¿De qué se trata, Fern? No estés ahí sin decir nada.

—Es una nota para mí —respondió la muchacha.

—¿Sobre qué? ¿De quién es?

Fern pensó rápidamente: «Se lo diré. Se lo voy a decir todo. Ahora soy libre. Mi vida me pertenece». En voz alta contestó:

—Es del señor Ransome.

—¡Ah! —exclamó la señora Simón—. ¿Y qué dice?

—Quiere que permanezca aquí en la Misión y que no vaya a la ciudad.

—Y tiene mucha razón.

Fern pensó: «Es desconcertante. Ya le ha aceptado como yerno». Acercándose a la cama, manifestó:

—No voy a quedarme aquí. Voy a ir a la ciudad.

—Estás loca, hija mía. No puedes dejarme aquí sola con los Smiley. No debes arriesgarte a que te suceda cualquier cosa. Eres todo cuanto me queda en este mundo. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea?

Con entera calma, Fern replicó:

—Voy a ir porque puedo ser útil en el hospital o en alguna otra parte. También para estar cerca de él.

Por primera vez, la señora Simón se incorporó decididamente en el catre y exclamó:

—¿Es que no significo nada para ti? ¿Es que ni siquiera piensas en tu madre?

Con una repentina sensación de triunfo, Fern pensó: «Soy invulnerable. Ya no tengo miedo de ella ni de sus escenas. Estoy fuera de su alcance. Soy invulnerable». Y era cierto. Era libre. En voz alta dijo:

—Claro que pienso en ti; de todos modos, iré. Allí está mi puesto. Suceda lo que

quiera, he de estar a su lado. El no sabe cuidar de sí mismo.

—¿Te das cuenta de lo que haces, Fern? ¿Es que quieres que todo el mundo piense que no eres mejor que una mujer del arroyo?

—Nada importa lo que la gente piense..., los pocos que han quedado. Lo que ha sucedido ha cambiado todo eso por completo. Ahora carecen de importancia las licencias matrimoniales y todo lo demás. Tal vez vuelvan a tenerla algún día, pero hoy no.

La señora Simón se disponía a responder a estas palabras; pero Fern, arrastrada por el ímpetu de esta nueva confianza en sí misma, prosiguió:

—Mentí cuando te dije que había sido suya. Mentí porque era desgraciada y estaba asustada. Ahora no es mentira. Ha sucedido. Ha sucedido esta mañana. Le amo más que a nada y que a nadie en este mundo. Haría cualquier cosa por él..., ¡lo que se dice cualquier cosa!

La señora Simón se cubrió el rostro con las manos. Se encontraba demasiado cansada, demasiado vieja, para hacer una de sus melodramáticas escenas. Se limitó, pues, a taparse la cara con las manos y exclamar:

—¡Fern, hija mía! ¡Mi pequeña!

Fern no comprendió claramente el sentido de aquel ademán y de aquellas palabras. No sabía si se trataba de un gesto de trágico reproche o de satisfacción. Pero, conociendo a su madre, entendió que esta consideraba lo sucedido como un preludio para el matrimonio. Matrimonio que, naturalmente, vendría a resolver los problemas de su madre. Dispondría de recursos y ante ella se abriría un porvenir más brillante que cuanto había conocido hasta entonces.

—Ven aquí, hija mía —dijo—. Siéntate a mi lado —y cuando, a regañadientes, Fern se sentó en el borde del catre, su madre, cogiéndole una mano, añadió—: No es así como yo hubiera deseado que sucediese, pero confío en que serás muy feliz.

Y Fern comprendió que nunca más volvería a ser importunada por su madre. Como desde una gran altura, vio que era una criatura fútil y pueril. A partir de ahora habría que cuidar de ella, decirle lo que debía hacer. La capitulación y el colapso fueron tan repentinos, que dejaron a Fern indecisa y un tanto asustada. De pronto, la señora Simón rompió a llorar. Fern no fue capaz de discernir si aquellas lágrimas eran de alivio, de tristeza o de satisfacción.

En aquellos momentos, la señora Simón no pensaba en Fern ni en Ransome ni en nada que tuviese relación con ellos. Veía de nuevo un roble seco cubierto de barba española, y más allá, a la luz de la luna, la argentada reverberación del Mississippi. La reunión había terminado, y de vuelta a casa, ella y Elmer habían saltado una cerca y se habían echado bajo aquel árbol. Todo sucedió en silencio, sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra. Se habían apartado del camino y salvado la cerca como si fuesen una sola persona. Todo sucedió con rapidez vertiginosa, en un vehemente

estallido de pasión adolescente, estimulada por los cánticos y el histerismo de la reunión. Habían sido arrastrados por algo más fuerte que ellos mismos, más fuerte aún que la Iglesia baptista y que las enseñanzas recibidas en la escuela. Después de sucedido no había sido fulminada por la cólera divina. Había seguido viviendo, aunque aterrorizada ante la idea de que pudiera venir un hijo. Así se casaron, sin ruido, mucho antes de lo previsto. Fuera de ellos dos, nadie supo jamás lo ocurrido, y nunca había vuelto a ser como aquello.

De pronto, separando las manos del rostro, miró a Fern y preguntó:

—¿Y si viniese un niño?

—No he pensado en ello. Aunque pudiera ocurrir.

—Lo mejor sería que te casases en seguida. Fern no respondió a esto, comprendiendo que era inútil esperar que su madre viese las cosas como las veía ella. Pasara lo que pasase, aunque llegara a tener un niño, nunca le pediría a Ransome que se casara con ella. No quería que las cosas llevasen ese camino. No quería estropearlo. Por eso se limitó a contestar a su madre:

—Lo mejor será que procures dormir un poco.

—No puedo conciliar el sueño. No puedo cerrar un ojo. No obstante, volvió a tenderse en el lecho y empezó a gemir. Al cabo de un rato cesaron sus gemidos, y Fern comprobó que se había dormido. De una manera extraña y misteriosa, Fern se sentía más vieja y experimentada que su madre. Permaneció inmóvil unos momentos, y luego se levantó del borde de la cama sin hacer ruido y fue a echarse en una mecedora. A poco, agotada como estaba, cerró los ojos y se quedó dormida.

Mucho tiempo después se despertó, al sentir un suave golpecito en el hombro, y al abrir los ojos, vio al señor Smiley en pie ante ella.

—Siento mucho tener que despertarla, hija mía, pero tenemos que leer ahora el oficio de difuntos. He de ir a la escuela, y acaso no me sea posible regresar esta noche, ni mañana, ni pasado mañana. ¿Desearía estar presente su madre?

—No —respondió Fern—. Dejémosla dormir.

Acompañados de Bertha Smiley y de tía Phoebe, que llevaban los tarros de cristal con las cenizas de la incineración, fueron a enterrarlas debajo del baniano. La ceremonia se efectuó rápidamente. Fern pensó que no era más que un acto simbólico y que el señor Smiley lo había ejecutado con una gentileza y una sencillez llenas de belleza. «Hace solo tres días, los dos estaban vivos —meditó la muchacha—. Hace sólo tres días, yo estaba charlando con ellos».



## XXV

Fue Homer Smiley quien guió a las dos mujeres hasta la ciudad, atravesando la llanura, pasando junto al cuartel de los *sikhs* y cruzando el puente semiderruido. Porque Fern Simón y lady Heston habían partido juntas, obstinadamente, frente a las protestas de todos, incluso del amable señor Smiley, que no podía ver en ambas mujeres sino sendos estorbos en el estado de desolación en que se hallaba la ciudad. Conocía Smiley la fuerza de voluntad de tía Phoebe y la firmeza de su propia esposa, aunque en raras ocasiones veíase obligado a enfrentarse con ellas; pero jamás se había encontrado con nadie semejante a la obstinación de estas dos mujeres, y había tenido que ceder.

A la señora Simón, que dormía el sueño del agotamiento y de la aflicción, no le dijeron nada. Tía Phoebe se ofreció espontáneamente para habérselas con su histerismo cuando despertase y descubriese que Fern se había ido a la ciudad apestada.

El señor Smiley caminaba delante, a través del barro rojizo, seguido de cerca por las dos mujeres, que avanzaban en silencio. Antes de llegar al puente tuvieron el primer encuentro en la persona de la: señora Hogget-Clapton, que surgió repentinamente por detrás de las ruinas del cuartel de los *sikhs*. Andaba con paso inseguro, escoltada por su guardia de alumnos *intocables*. Se había cambiado de ropa, y ahora llevaba un vestido corto de cretona floreada. Sus manos empuñaban un paraguas de seda color púrpura y un bolso de labor. Tenía todo el aire de haber inaugurado una exposición de horticultura del condado, bajo una lluvia torrencial. El paraguas no le servía de mucho, porque se inclinaba, ora a un lado, ora a otro, dejando que la lluvia del monzón empapase el floreado vestido. Del bolso de labor emergía el gollete de una botella de coñac.

Al verla, el señor Smiley frunció el ceño; con la firmeza de un mártir, siguió adelante su camino. La señora Hogget-Clapton no los vio al principio; luego, cuando los reconoció, empezó a dar gritos.

—¡Me han robado todo! —vociferó cuando los tuvo cerca—. ¡Me han robado hasta la máquina de coser, los sombreros y mi ampliación fotográfica!

Los tres se detuvieron bajo la lluvia, corteses, simulando una simpatía que no sentían, mientras ella hacía el recuento de todos los bronces de Benarés, el *bric-á-brac* y los bordados cojines del sofá que se habían llevado los *bhils*.

—¡Presentaré una reclamación contra el Estado! —gritó con ademanes de ebria—. Todo lo que he reunido durante muchos años... No existe protección... ¡Es un ultraje! Un ultraje. ¡Mi fotografía ampliada! Ya verán cuando Herbert se entere...

El pequeño grupo de muchachos *intocables* la contemplaba fascinado. Uno de ellos se reía de cuando en cuando con risa inocente. En medio de aquel torrente de

lamentaciones, el señor Smiley susurró vehementemente en *gujerati*, en el oído del mayor:

—Si se cayese al suelo, la transportaréis hasta casa. Es preciso que llegue sana y salva a la Misión.

El señor Smiley trató de tranquilizarla; pero lady Heston, impacientándose, dijo en voz baja y cortante:

—Tenemos muchas cosas que hacer. No podemos estarnos aquí todo el día charlando con esta imbécil.

Así, pues, reanudaron la marcha, dejando atrás a la señora Hogget-Clapton, que los contemplaba un tanto perpleja y sobresaltada al reconocer a la elegante lady Heston, de cuya presencia no se había dado cuenta hasta entonces. Para subsanar su error hizo un terrible esfuerzo y saludó con la mano al pequeño grupo que se alejaba dándole la espalda.

El segundo encuentro tuvo lugar en el preciso momento en que acababan de dar cima a la peligrosa hazaña de cruzar el puente del ferrocarril. Lo habían atravesado cogidos de las manos, formando un cadena para sostenerse mutuamente, en el caso de que el vértigo se apoderase de cualquiera de ellos al pasar sobre la rugiente y rápida corriente. Una vez en la otra orilla, al pisar tierra firme y levantar la cabeza, lo primero que vieron fue a la señorita Hodge, rodeada por un grupo de aldeanos que le hablaban todos al mismo tiempo.

En su confusión y perplejidad, la señorita Hodge ni oía ni entendía nada de lo que le decían. Aquellas gentes le pedían alimentos, noticias de sus hijos, seguridad. Eran gentes de castas inferiores, con quienes ella había tenido poco contacto, y que, además, hablaban una verdadera mezcla de jergas. Aunque hubiesen hablado en *gujerati* o en *hindustaní*, no les habría entendido, porque estaba paralizada por el miedo y el horror, por todo lo que había visto desde su fuga del hospital, y ahora por el espectáculo de aquel puente angosto y vacilante que se tendía sobre la vertiginosa corriente, y que ella tenía que cruzar para llegar hasta su idolatrada lady Heston. No comprendía que aquella sucia turba de casta inferior que se apiñaba en torno a ella había confundido su carácter y personalidad con los de la señorita Dirks. Sabían ellos que la señorita Dirks no les negaría nunca su ayuda. Ambas señoritas habían vivido tanto tiempo juntas, que aquellas criaturas habían venido a considerarlas como una sola manifestación humana, como un solo fenómeno. Así, pues, seguían suplicando, tocando el suelo con sus frentes, aferrándose a sus rodillas tantas veces cuantas ella trataba de librarse de su cerco. Para ellos, la señorita Hodge era el único vestigio visible del gran Imperio británico. Pero la señorita Hodge, sin la señorita Dirks, se sentía tan confusa y era tan inútil como un gorrión encerrado en una habitación.

Apenas había dormido desde hacía cuarenta y ocho horas, y de estas cuarenta y ocho horas, veinte las había pasado encaramada en el tejado del *bungalow*, viendo

subir las aguas que arrastraban toda clase de despojos, ganado muerto, serpientes y cadáveres. De cuando en cuando había gritado en medio de las tinieblas, con voz cada vez más ronca y débil, llamando a Sarah, pero ninguna respuesta había llegado hasta ella a través de la cortina de lluvia. Al fin, en la primera claridad del alba, había visto acercarse uno de los botes de recreo del lago de Palacio, conducido por uno de aquellos arrogantes *sikhs*, al que no consiguió identificar, debido al extraordinario parecido que tenían todos entre sí. Pese a que el guerrero bogaba directamente hacia ella, la señorita Hodge trató de gritar llamándole, pero de su boca abierta no salió el más leve sonido. Aun en medio de su debilidad y de su terror, sintióse invadida por una oleada de excitación, una de aquellas oleadas que la convertían en otra criatura, conmoviendo la monótona paz de su existencia con Sarah.

El *sikh* le habló en hindustaní, y al tratar ella de levantarse, le faltaron las fuerzas y volvió a sentarse de golpe en el tejado de suave pendiente. De manera que el alto *sikh* se había inclinado sobre ella, y tomándola fácilmente en sus brazos, la había depositado en el gayo botecillo. Por un instante, la señorita Hodge estuvo a punto de desmayarse de debilidad y emoción. Al sentir sobre su cuerpo fofo y maduro el contacto del amplio pecho del *sikh* y de los poderosos bíceps de aquellos brazos que la sostenían, se sintió arrebatada a otro mundo. Su corazón cesó de latir. Cerró los ojos, y la inundación, la ciudad en ruinas y el mundo entero empezaron a dar vueltas en torno a ella. Cuando volvió a abrirlos, se encontró en el fondo de la pequeña embarcación, mientras el *sikh*, con los negros ojos clavados en la lejanía, remaba hacia el gran Palacio en ruinas.

Sucedióle entonces una cosa extraordinaria. Repentinamente se sintió presa de todas las artes de seducción de una ramera. Consciente de lo que hacía, fingió seguir desmayada y le estuvo contemplando a través de sus párpados entornados. Le veía como no había visto jamás a ningún hombre; contemplaba vorazmente la brillante y negra barba, los ardientes y negros ojos, los fuertes hombros, el pecho y los brazos poderosos, que se dibujaban, como si hubiese estado desnudo, bajo la empapada guerrera de algodón. La mirada de la señorita Hodge, presa de una especie de frenética demencia, recorría el cuerpo del *sikh*, desde el airoso turbante hasta los pies descalzos y vigorosos, y lo que no alcanzaba a ver, se lo imaginaba en un acceso de aterradora lascivia. Por un instante experimentó un ligero ramalazo de vergüenza, que se desvaneció en seguida, barrido por una poderosa oleada de voluptuoso abandono. Era como si todo su cuerpo, rechoncho y fofo, hubiese cambiado radicalmente, como si se hubiese convertido en algo extraño para ella, glorioso y aterrador al mismo tiempo. En medio de aquella emoción que la hacía desfallecer, una idea vehemente y maligna cruzó por su mente: «La culpa la tiene Sarah —se dijo amargamente—. Ella tiene la culpa de que yo no haya conocido nada de la vida. Nunca me lo ha permitido».

Hubiera deseado que el salvamento continuara eternamente, para gustar esta orgía de frenéticas emociones. El *sikh* no la miró ni una sola vez; seguía con la vista fija en la lejanía, salvo en las ocasiones en que volvía la cabeza para asegurarse de que bogaba en buena dirección. Cuando la señorita Hodge contempló los músculos del poderoso cuello, sintió que iba a desmayarse otra vez. Por lo que al *sikh* concernía, lo mismo le hubiese dado llevar en el bote un saco de harina. Oleada tras oleada de profunda emoción conturbaban el espíritu de la señorita Hodge, borrando a sus ojos el mundo exterior en un éxtasis ardiente y deslumbrante. De pronto, la pequeña embarcación sufrió una leve sacudida y se quedó inmóvil. El *sikh* le dijo que habían llegado al gran Palacio. La señorita Hodge trató de levantarse, pero no pudo, y una vez más, el guerrero la tomó en sus poderosos brazos para sacarla del bote. De nuevo, aquel mundo en ruinas giró vertiginosamente en torno a la señorita Hodge, en un caos que era como el principio de la creación.

## XXVI

Cuando el mundo que la rodeaba volvió a adquirir el aspecto de la realidad, la señorita Hodge abrió los ojos al oír la voz del señor Smiley y vio a este inclinado sobre ella, en medio de una nube de rostros morenos. Se sintió un tanto defraudada al ver que no era el *sikh* o, por lo menos, lady Heston, sino el flaco señor Smiley quien estaba inclinado sobre ella. El misionero le dio a beber un poco de *toddy*<sup>[61]</sup> con agua (que había encontrado entre las ruinas de la cocina de Palacio) y luego dijo:

—Las aguas están bajando ya. Dentro de un rato podrá ir al hospital.

El trago de *toddy* le había aclarado un poco las ideas, y la señorita Hodge dijo:

—No quiero ir al hospital ¿Dónde está Sarah Dirks? Quiero volver al *bungalow*.

El señor Smiley no sabía dónde estaba la señorita Dirks. Entonces la señorita Hodge, despacio, intermitentemente, realizando un gran esfuerzo, contó cómo la señorita Dirks había salido del *bungalow* Para lanzarse como una loca en medio de la inundación, bajo la lluvia, con el fin de salvar unos libros escolares recién llegados de Inglaterra. En su pobre y confuso cerebro reinaba la idea de que la huida de la señorita Dirks había tenido lugar años antes, tantos como hacía de su partida de Inglaterra, aunque el señor Smiley le aseguraba repetidamente que el terremoto se había producido solo dos días antes.

Por su parte, el misionero la escuchaba y procuraba explicarle, con infinita paciencia, lo que había ocurrido. Mientras lo hacía no dejaba de pensar, lamentándolo y sintiéndose avergonzado por ello, que era una lástima no haber salvado a la señorita Dirks en lugar de a esta pobre criatura de cara de torta y cabeza sin seso. Porque ahora ya no tenía duda de que la señorita Dirks había muerto. Calculaba que la maestra había salido del *bungalow* para dirigirse a la escuela femenina en el mismo momento, poco más o menos, en que Bertha, los muchachos y él alcanzaban el muro que rodeaba el parque del gran Palacio. Ellos mismos habían escapado al crecimiento de las aguas por un verdadero milagro, en el último segundo. No era posible que la señorita Dirks, avanzando hacia el centro mismo de la ciudad, hubiera escapado con vida.

Pero no dijo nada de esto a la señorita Hodge. Se limitó a decirse en su fuero interno que siempre eran los débiles y los inútiles los que se salvaban, porque, de una u otra forma, siempre había quien se cuidase de ellos. Eran las gentes como la señorita Dirks, las que cumplían con su deber aceptando todos los riesgos, las que perecían.

Cuando las aguas se retiraron, el misionero le dijo a su esposa que iba a llevar a la señorita Hodge al hospital, recogería las noticias que hubiese y regresaría tan rápidamente como le fuese posible.

Entonces, la señorita Hodge, incorporándose, preguntó:

—¿Dónde está lady Heston?

—Lo ignoro. Fue a cenar a casa del señor Bannerjee.

La señorita Hodge empezó a llorar, diciendo:

—Estaba invitada a tomar el té con nosotras. Ahora, seguramente, no podrá acudir.

Esto le hizo recordar la disputa con Sarah respecto al conflicto que planteaba la doble invitación para tomar el té, y su cerebro volvió a llenarse de confusión. Apoderóse de ella la obsesionante idea de que tenía que regresar al *bungalow* inmediatamente, porque lady Heston estaba allí esperándola.

Esto le dio al señor Smiley la clave de cómo debía tratarla. Volvió a explicarle pacientemente las circunstancias de la inundación y cómo era imposible que lady Heston hubiese llegado al *bungalow*. Lo más probable era que la encontrasen en el hospital, junto con la señorita Dirks.

No era que el señor Smiley tratase de sacudirse la responsabilidad de cuidar de la pobre señorita Hodge. Sabía que le esperaba una ardua labor y que no podía llevar consigo a todas partes a la señorita Hodge. Y en el hospital, al menos, podrían atenderla.

Le hizo beber otro trago de *toddy*, y cuando la solterona pudo tenerse en pie, consintió en acompañarle al hospital. Emprendieron, pues, el camino a lo largo del paseo del parque, entre arbustos y flores que, de la noche a la mañana, habían convertido el lugar en una verdadera selva.

Encontraron en el hospital a la señorita MacDaid, limpia y fresca, con su uniforme de enfermera, y al mayor Safka, con la cabeza vendada y una triste sonrisa en los labios. Aunque el agua apenas se había retirado del primer piso del cuerpo principal del edificio, ya estaban entregados a la labor de poner orden en las cosas, secundados por los sirvientes del hospital que no habían perecido en la catástrofe. En el centro de la ciudad, lo único que quedaba en pie era el hospital, conmovido, pero constituyendo, al menos, un cobijo y un refugio. En torno a él no había más que desolación, la tierra no presentaba ningún vestigio de la vida que poco antes pululaba sobre ella.

En el hospital, las cosas no fueron mejor con respecto a la señorita Hodge. Cuando esta supo que allí no tenían noticias de lady Heston ni de la señorita Dirks, quiso marcharse para buscarlas. Empezó a gritar, repitiendo incesantemente:

—Lady Heston iba a venir a tomar el té con nosotras. De pronto cambió de estribillo y dijo:

—No, no; éramos nosotras quienes estábamos invitadas a casa del señor Ransome. Eso es, íbamos a tomar el té a casa del señor Ransome. ¡Qué lástima! Precisamente ahora, cuando ya había convencido a Sarah para que nos relacionásemos con la gente...

La señorita MacDaid perdió la paciencia, y cogiendo a la señorita Hodge de los rollizos hombros, la sacudió violentamente en un esfuerzo por hacerle recobrar el buen sentido. La enfermera no llevaba cosmético ahora. Su rostro era gris, formidable, imponente. Parecía envejecida, aunque llena de fuego y de vigor.

—¡Idiota! —gritó—. ¡Tenemos que pensar en algo más que en invitaciones para tomar el té! —y volviéndose al mayor, añadió—: Dele algún calmante y me la llevaré a mi cuarto.

Así lo hizo el cirujano, y al cabo de un rato consiguieron hacerle subir la escalera para llevarla a la habitación que ocupaba la señorita MacDaid las noches en que su presencia era requerida en el hospital, y allí le prepararon un lecho en el suelo de la estancia. En la cama de la señorita MacDaid yacía una mujer de casta inferior, a la que habían conseguido sacar de la sala de maternidad con el tiempo justo para salvarla de las aguas invasoras. Con el niño nacido en medio del desastre descansando a su lado, la mujer contemplaba la escena con mirada imperturbable. Su hijo era un varón fuerte y sano, y eso le bastaba.

La señorita Hodge estuvo durmiendo un rato, pero a eso de las doce se despertó con la cabeza más confusa que nunca por efecto de la droga. No sabía dónde estaba, ni cómo había llegado hasta aquí, ni lo que había ocurrido, y cuando se dirigió a la mujer que estaba en el lecho, en hindustaní y en *gujerati*, esta se limitó a mirarla con ojos asustados, porque no hablaba más que su propio dialecto y no entendía nada de cuanto decía la señorita Hodge.

Poco a poco fueron aclarándose un tanto las cosas en su turbado cerebro y llegó a la conclusión de que debía hacer inmediatamente dos cosas: escapar de este lugar y buscar a lady Heston. Era seguro que lady Heston necesitaba su ayuda, pues no sabría adonde ir en todo Ranchipur y no hablaba sino inglés. Así, pues, al cabo de un rato, se levantó del improvisado lecho, abriendo la puerta, y se aventuró por el pasillo. Estaba desierto, la escalera estaba igualmente desierta, y no tardó en encontrarse en el jardín. En seguida llegó a las casas y a las tiendas derruidas del bazar, y a poco alcanzó el puente de la carretera del Hipódromo, con su estatua de la reina Victoria y el templo de Siva. El puente estaba destruido, y las hinchadas aguas del río se precipitaban por las brechas; pero la efigie de la reina y el templo, semejante a un delicado joyero, se mantenían en pie.

Se dirigió al puente que unía el gran Palacio con el cuartel de los *sikhs*, pero también estaba destruido, y siguió avanzando, sin saber exactamente lo que pensaba hacer, a lo largo de la margen del río. Nadie reparó en ella en la ciudad, adonde empezaba a afluir gente procedente de las aldeas y de los distritos rurales; pero ella no conocía a nadie, y ellos se limitaron a mirarla con curiosidad. Solo cuando llegó a las afueras de la ciudad, sobre terreno más elevado, las gentes la reconocieron y se abrazaron a sus rodillas, lamentándose y suplicando. Se libró de ellas una y otra vez,

prosiguiendo su camino. Apenas veía los cuerpos postrados a sus pies ni oía sus gritos de miseria y desesperación. Tenía que encontrar a lady Heston, y si seguía tenazmente adelante, hallaría algún sitio por donde poder cruzar aquel temeroso y rugiente río. Sus ropas estaban empapadas, manchadas de barro rojizo y de inmundicias hasta la cintura, pero ella seguía adelante. Tras una hora de penosa marcha, llegó al puente del ferrocarril, pero no tuvo valor para cruzarlo. Se quedó inmóvil, rodeada inmediatamente por una veintena de desgraciadas criaturas que imploraban a gritos su ayuda, y de pronto se dio cuenta de que lady Heston estaba a su lado, dirigiéndole la palabra. Solo que no era la misma lady Heston a quien ella había visto en el Palacio de verano, elegante y mundana, tal y como aparecía en las fotografías de los semanarios ilustrados, sino una extraña mujer, vestida con un traje de indiana, mucho más vieja, cansada y desaseada. La señorita Hodge la contempló fijamente por un instante, y en su turbado cerebro surgió este pensamiento: «Es la misma mujer, pero no es la misma. Algo le ha sucedido». Luego se sintió presa de una gran timidez, de aquella terrible timidez que se había apoderado de ella en el Palacio de verano, cuando había cogido el cigarrillo que le ofrecía lady Heston y no había sabido qué hacer con él.

Observó que el señor Smiley le decía algo a lady Heston, y diluida su timidez, en un acceso de ira, exclamó:

—¡No crea nada de lo que le está diciendo! Sé muy bien lo que le está contando. Le está diciendo que no podíamos invitarla a tomar el té porque teníamos que ir a casa del señor Ransome. No es cierto. Está mintiendo. No es más que un misionero. De todos modos, Sarah ha muerto y ya no puede amedrentarme.

Poniéndole una mano en el hombro, lady Heston dijo:

—Sé que el señor Smiley miente. Venga conmigo. Voy al hospital. Yo me ocuparé de usted. No se preocupe.

Los morenos componentes del apiñado grupo que los rodeaba, que se habían quedado momentáneamente silenciosos ante el espectáculo de la señorita Hodge enfurecida, reanudaron sus lamentaciones, ahogando incluso las manifestaciones del señor Smiley en el sentido de que recibirían ayuda, y la pequeña comitiva emprendió de nuevo la marcha a lo largo de la carretera, a través del barro y de la suciedad, entre casas desplomadas, canes hambrientos y buitres.



## XXVII

En el alojamiento del *jobedar*, Ransome y el joven Copal Rao trabajaban sin descanso, haciendo solo las pausas necesarias para comer el arroz aderezado con *cari* que les enviaban desde el pabellón de la maharaní. Aun así, tenían que comer turnándose en el trabajo, aparte, porque la creciente fila de los sin hogar y los hambrientos que se formaban ante la entrada principal de Palacio no parecía tener fin. El yantar de Gopal Rao era interrumpido con frecuencia, cada vez que Ransome, que solo sabía hindustaní y un poco de *gujerati*, se veía obligado a llamarle para que actuase de intérprete. Comían en un pequeño y oscuro aposento del alojamiento, porque Ransome no quería atormentar a la larga fila de hambrientos con la vista de los alimentos. Sin embargo, era preciso que Gopal Rao y él comiesen, como lo era que lo hiciesen la señorita MacDaid y el mayor Safka, y la maharaní, y Raschid, y el coronel Ranjit Singh, y los Smiley... Porque este mundo en ruinas dependía de ellos.

Los refugiados desfilaban ante aquella mesita en una sucesión inacabable, eternamente, según le parecía a Ransome. Había entre ellos *kathis* y *kolas*, *nagas* y *modhs*, *machis* y *pomlas*, *dhodhias*, *vasawas*, *naikas* y hasta tres o cuatro *bhils*, que se habían introducido ladinamente en la fila con la esperanza de conseguir arroz gratis. Copal Rao les preguntaba el nombre y la casta a que pertenecían, y Ransome anotaba las respuestas en un librito, aunque sin saber para qué, salvo que aquello daba impresión de cierto orden en medio del caos, aparte de que, le constaba, daría satisfacción al doctor Mukda, el registrador, con su pasión por la estadística. Por otra parte, estaba aprendiendo cosas que siempre había ignorado, pequeños detalles de aquellas gentes que pululaban como inúmeros gusanos: las diferencias de casta que existían entre ellos, la increíble variedad de castas y subcastas y de singulares creencias religiosas, que iban desde un hinduismo degenerado hasta la brujería de los *bhils*. Poco a poco, a medida que avanzaba el día, Ransome comprendía cada vez con más claridad el carácter increíblemente complicado y desesperadamente confuso de los problemas a que habían debido atender personas como el anciano maharajá, el mayor Safka y la señorita MacDaid, empeñados en dura lucha por llevar alguna luz a aquellas gentes.

En su mayoría eran gentes enfermas y raquíticas, poseídas por una especie de muda desesperación y resignación animal. Poco a poco, escuchando las preguntas y respuestas que se cruzaban entre ellos y Gopal Rao, Ransome descubrió que no habían acudido a la gran puerta de entrada de Palacio impulsados por una esperanza o un plan definidos, sino porque la gran puerta sarracena representaba para ellos todo lo que era el maharajá. Se había difundido la noticia de que el padre de todos ellos había enviado a la gran puerta a unos hombres con la misión de velar por los desamparados, y habían acudido en tropel de todos los puntos de la devastada ciudad, e incluso de

las aldeas más próximas, como niños asustados. No sabían lo que querían, pero todos clamaban por alimentos. Muy pocos estaban enterados de la muerte del anciano y buen maharajá.

A medida que el día se acercaba a las primeras horas de la tarde, en medio de un calor húmedo, como de baño turco, Ransome sentíase cada vez más fascinado por el espectáculo, olvidando durante largos períodos de tiempo a Edwina, al mayor Safka, a la señorita MacDaid e incluso a Fern. Había vivido en Ranchipur desde hacía cinco años, y durante este espacio de tiempo tales gentes no habían existido para él, o, a lo sumo, habían existido como figuras extrañas que se apartaban apresuradamente cuando él pasaba en su automóvil, mirándole a través de la nube de polvo rojizo con sus ardientes ojos negros, en los que brillaban el hambre y las privaciones. Empezaba a comprender que su Ranchipur había sido increíblemente minúsculo y limitado: el Palacio, el círculo del señor Bannerjee y el reducido grupo de aquellas personas que habían consagrado su existencia al renacimiento de la India. Poco a poco, su mirada empezó a penetrar en lo que había bajo la superficie de las cosas, adivinando la miseria existente bajo capas sucesivas de ignorancia, hambre y superstición. Los miserables seres que iban desfilando ante aquella mesita, uno a uno, disputando y vilipendiándose, espoleados por la prisa y el miedo, fueron cobrando a sus ojos un relieve profundamente humano.

A su lado, Gopal Rao, el joven *márata*, desarrollaba su labor con eficacia y cierto desdén, que se reflejaba en sus negros ojos y en las comisuras de sus labios rojos y carnosos. Gopal Rao era un guerrero. Cien años antes hubiera guiado una banda de jinetes *máratas*, descendiendo de sus áridas montañas en vertiginosa carga para saquear las riquezas de la India.

«Tengo que aprender mejor el *gujerati* —pensó Ransome—, y tengo que aprender el *márata* y varias lenguas más». Pero ¿qué eran una o dos lenguas más, o cuatro o cinco, o media docena, en la pululante y desconcertante complejidad de la India? El mismo Gopal Rao, a pesar de su inteligencia y de dominar media docena de idiomas, se veía frecuentemente perplejo, ante algún oscuro dialecto. Luz era lo que necesitaban aquellas miserables criaturas, luz y varios idiomas comunes. Pensó en los muchachos de uno u otro sexo educados por los Smiley y en la transformación que operaba en ellos la instrucción. ¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Cómo crecían sus cuerpos, fuertes y erguidos! ¡Cómo el mundo entero se transformaba para ellos! Pero ¿qué era aquello? ¿Qué era la labor de los Smiley, del mayor Safka y de la señorita MacDaid, de Raschid y del cansado y difunto maharajá? En la inmensidad de la India pululante, no más que una gota en el mar.

De pronto vio claramente algo en lo que nunca había pensado; es decir, que en el fondo de su cerebro, en lo más profundo de su alma, había existido siempre la serena convicción de que se quedaría en la India hasta el final de sus días, de que estaba

apresado por Oriente, como había sido apresada, desde su infancia, la señorita MacDaid. Europa parecía algo remoto, casi muerto, o, al menos, lentamente agonizante. Tal vez no volviese a ver ni a sentir a Europa nunca más. En su corazón no había dolor por ello.

Seguía anotando mecánicamente en el librito la larga lista de nombres de personas pertenecientes a castas inferiores, guiándose por la fonética, ya que no tenía la menor idea de cómo podrían escribirse en caracteres europeos. De cuando en cuando, Copal Rao volvía hacia él sus penetrantes ojos negros para hacerle alguna consulta en inglés. Al día siguiente, Ransome podría confiar esta labor al joven *márata* y buscar para él algo en lo que fuese más útil. Al día siguiente, el inteligente Copal Rao conocería todas las respuestas. Al día siguiente, la situación, lejos de mejorar, podría haber empeorado, y habría más hambrientos y menos víveres, a menos que fuesen capaces de abrir un camino a través de las montañas por el que pudieran pasar los camiones. Ya habían partido un centenar de carretas de bueyes, y algunos de los elefantes estaban en camino; pero las carretas y los elefantes eran medios de transporte muy lentos. Centenares de personas podrían morir de hambre y del cólera antes de su regreso.

Poco a poco, Ransome se dio cuenta de que incluso su cuerpo fuerte y delgado, que tantas disipaciones había resistido, empezaba a acusar las miserias y las penalidades sufridas en los tres días últimos, la falta de alimentos y de descanso, el horror y la tensión nerviosa. Le dolía la cabeza, tenía la boca reseca y sentía el invencible deseo de tenderse en el suelo del alojamiento del *jobedar*, para dormir indefinidamente. Jamás había experimentado un cansancio semejante, que parecía penetrarle hasta la medula de los huesos.

«Acaso tenga el cólera, el tifus o la peste —pensó vagamente—. Quizá vaya a morir». Comprendía que no deseaba morir, y la idea de la muerte le hizo pensar nuevamente en Fern. Ahora, abrumado de fatiga, disipada la exaltación que se había apoderado de él en los primeros momentos, sentíase avergonzado de lo ocurrido. ¿Qué iba a hacer con la muchacha? ¿Qué derecho tenía él para torcer el curso de su existencia? ¿Y si tenía un hijo? Ninguno de los dos había pensado en ello un solo instante.

—Es *pomla*<sup>[62]</sup> —decía Copal Rao—. Hacen escobas y cestas.

A través del umbral, Ransome vio un extraño grupo que *avanzaba*. bajo la gran arcada con su enorme farol de cobre calado. Componíanlo Smiley, Fern, Edwina y la señorita Hodge. Presentaban un aspecto tan sucio como cualquiera de las personas de casta inferior que aguardaban en la fila. ¿Dónde estaban ahora sus hermosos vestidos, sus alhajas, el ambiente en que habían crecido, su superioridad? ¡El prestigio! ¿Dónde estaba? El prestigio nacía del corazón y no podía imponerse. El señor Smiley lo había conquistado con sus buenas obras, y quizá también la señorita Hodge; pero

Fern y Edwina... Edwina parecía macilenta, cansada y llena de inquietud.

Reparó luego en el más extraño de los fenómenos: Edwina llevaba de la mano a la señorita Hodge, como si fuese una niña. ¡Edwina y la señorita Hodge!

Se levantó para salir a la puerta, diciéndole a Copal Rao:

—Siga usted. Yo atenderé a ese grupo.

El joven *márata* le miró. Fue cuestión de un segundo; pero en aquellos ojos negros Ransome vislumbró una extraña expresión de hostilidad, como si el muchacho dijese: «Sí, esos son los suyos, los europeos. Esos no tienen que esperar en la fila como los demás». Aquella expresión llenó de asombro a Ransome. Consideraba a Copal Rao como un amigo, lo mismo que tenía por amigos a todos los indios que se parecían al muchacho. Hubiera deseado decirle: «¡No es eso! Créame, ¡no es eso!», pero no tuvo tiempo. En la fila había vuelto a estallar otra pendencia; pero ahora había allí un policía *márata*, encargado de mantener el orden. Recorriendo la fila arriba y abajo, daba sus órdenes como un *terrier* agresivo. Era aquello precisamente lo que le gustaba.

## XXVIII

Los recién llegados le dijeron que iban camino del hospital y que habían entrado a verle para darle a conocer sus noticias y enterarse de las que él pudiera comunicarles. Dirigiéndose a Fern y a Edwina, Ransome les dijo:

—No debíais haber venido. Debisteis quedaros en la Misión.

—Hemos venido a trabajar —respondió Fern—. Allí no tenemos nada que hacer.

Sorprendióle a Ransome que la muchacha hablase en plural, porque entre ella y Edwina nunca había existido sino una sorda hostilidad. Pero no hizo ningún comentario, limitándose a contestar:

—Pero es que aquí no hay seguridad. Hubierais estado más seguras en la Misión.

De pronto sintióse preocupado por el mayor Safka y por la señorita MacDaid. Acaso al mayor no le importase que estuviesen en el hospital; pero a la señorita MacDaid no le haría ninguna gracia la presencia de Edwina. Lo sabía por haberlo leído en los ojos de la enfermera en casa del señor Bannerjee.

Miró a Edwina. Esta seguía reteniendo en la suya la mano de la señorita Hodge, y la mirada con que replicó a la de Ransome tenía algo de reto. Nunca había visto él aquella expresión en sus ojos y se sobresaltó. Lo mismo que la señorita Hodge un rato antes, pensó: «Algo le ha sucedido». No obstante, aquella expresión no alteró sus sospechas de que Edwina iba al hospital a causa del mayor Safka.

—¿Tiene usted noticias de la señorita Dirks? —preguntó Ransome a la señorita Hodge.

Pero la maestra se le quedó mirando con expresión vacua y en seguida se volvió hacia Edwina, con una mirada de adoración.

—Seguramente ha perecido —contestó el señor Smiley—. Se dirigía a la escuela femenina en el momento en que las aguas empezaron a subir de nivel, por segunda vez.

Edwina, indicando a la señorita Hodge con un movimiento de cabeza, le dijo en un susurro:

—Está trastornada.

Así, pues, era eso... La señorita Dirks había ido al encuentro de la inundación, pensando tal vez en la muerte, sabiendo que la señorita Hodge perdería el juicio. Ahora él tenía que cuidarse de esta mujer...

—¿Quieres ocuparte de ella hasta que tenga tiempo de hacerlo yo? —le preguntó a Edwina.

—Supongo que no me queda otro remedio. No quiere separarse de mí.

Volvieron a ponerse en camino; antes de marcharse, Edwina le dijo que sería preferible incinerar a enterrar el cadáver de Heston. Al partir, Fern se apoderó de su mano y se la oprimió fuertemente. No había vuelto a pronunciar palabra. Fue aquella

una visita extraña y estéril, que no dio cima a nada. Lo mismo podía no haber tenido lugar. Estuvo unos momentos en la puerta, contemplando a la pequeña y enlodada procesión que se alejaba. Cuando se disponía a entrar de nuevo en la estancia, vio un elefante que avanzaba cuidadosamente entre los escombros que obstruían la carretera de la Escuela de Ingenieros. Era el gran paquidermo del difunto maharajá. Llevaba un enlutado *howdah*<sup>[63]</sup>, y en él iba la maharaní, balanceándose a cada paso que daba el animal. La soberana regresaba de una visita a la desolada ciudad.

Más que ninguna otra cosa en el mundo, lo que Ransome deseaba en aquellos momentos era un buen trago de coñac. Una buena copa de coñac fuerte pondría todas las cosas en su lugar y disiparía su cansancio y su dolor de cabeza. Pero no había ni una gota. Probablemente no habría coñac en todo Ranchipur, excepto en su propia casa, y acaso aquellas botellas también hubiesen desaparecido.

## XXIX

Cuando el mayor Safka y la señorita MacDaid abandonaron la casa del señor Bannerjee, avanzaron penosamente a través de la inundación, hacia el puente del Hipódromo. El mayor sostenía con una mano el farol, mientras con la otra sujetaba fuertemente la de la señorita MacDaid. A medida que se iban acercando al puente, la corriente se hacía más y más fuerte, y al llegar a aquel, el mayor se vio obligado a soltar la mano de su compañera con el fin de que ambos pudieran aferrarse al pretil del puente. Para hacerse oír por encima del rugir del agua y de los lamentos que se elevaron en la ciudad asolada tuvieron que gritar a pleno pulmón. Paso a paso fueron avanzando por el puente, dejaron atrás la estatua de la reina Victoria y se acercaron al templo de Siva. Cuando estaban a punto de llegar al extremo opuesto, el mayor Safka metió el pie en un hoyo, perdió el equilibrio, y saltando hacia adelante, no encontró más que agua bajo sus pies. El farol se apagó, y la señorita MacDaid se quedó sola en medio de la oscuridad, sumergida en la corriente hasta la cintura.

—¡Mayor! —gritó—. ¡Mayor! ¿Dónde está usted?

La única respuesta que llegó a sus oídos fue el rugir de las aguas y el distante coro de lamentos. Volvió a llamar y volvió a quedarse sin respuesta. Dijérase que, en medio de las tinieblas y de la lluvia torrencial, el mayor hubiera caído en el vacío, más allá del límite de la tierra, precipitándose en el infinito.

Por un instante fue presa del terror, de un terror tan grande, que se sintió desfallecer. Inmediatamente recuperó la sangre fría y la claridad de ideas. Aferrada a la balaustrada del puente, se dijo fríamente: «¿Por qué no ir a reunirme con él?». Lo que no era posible en vida, sería posible en la muerte. Era vieja y estaba cansada, terriblemente cansada, no por los esfuerzos realizados hasta efectuar el peligroso cruce del puente, sino de los largos años de incesante trabajo, de los ataques de malaria, de la desesperación que la había invadido en el momento del terremoto, cuando comprendió que todo aquello por lo que habían luchado tantos años había sido destruido en un solo espasmo de la Naturaleza. En pie en el puente, con los ojos cerrados y el agua rugiendo a su alrededor, pensó: «¿Por qué no ir a reunirme con él? ¿Por qué no descansar en paz?». De cara a la muerte, comprendió en un instante muchas cosas en las que había tenido tiempo de pensar: que estaba cansada y que era demasiado vieja para empezar de nuevo la lucha de aquellos veinticinco años. Pero, por encima de todo, comprendió, sin darse punto de reposo, no ya impulsada por aquel sueño que había nacido en su corazón el día en que el viejo maharajá había ido a verla a Bombay, sino a causa del mayor, para estar a su lado, para ver aquel rostro y aquella sonrisa que comenzaba en los ojos y parecía extenderse desde allí hasta que todo su cuerpo, sus amplios hombros, sus hermosas manos, sus piernas perfectamente derechas, se transformaban en una ancha sonrisa. Era por él por lo que había seguido

adelante, hasta el límite de sus fuerzas, adelgazando cada vez más, cubriéndosele el rostro de nuevas arrugas de cansancio. Y ahora todo cuanto había realizado estaba destruido, y el mayor había perecido.

«¿Por qué no morir de una vez? ¿Por qué no hundirme en la paz y el descanso definitivos?». Todo esto cruzó por su mente en el espacio de un segundo. Si hubiera sido una sentimental, habría soltado la balaustrada y se habría dejado llevar por la impetuosa corriente. Pero la señorita MacDaid no era una sentimental. Siempre había tenido conciencia de su fealdad y de su fuerza; siempre había sabido que, aunque su amor por el mayor Safka era un sentimiento delicado y puro, su manifestación habría resultado ridícula a los ojos de los demás. Y ahora, una vez pasada la tentación de aquel instante, comprendió claramente que una muerte fácil y sencilla (pues fácil era el morir ahogada) no era su destino. Su destino era el trabajo, un trabajo eterno, infinito. En su mente surgió la visión de lo que sería la ciudad una vez que cediese la inundación, una visión de miserias, enfermedades y muerte. Desaparecido el mayor Safka, entre el pueblo de Ranchipur y la crueldad de la India no quedaría otra barrera que ella misma. Y para esa lucha era incluso más fuerte que el propio mayor. Ella conocía todos los trucos de aquel juego, porque lo había estado practicando toda su vida.

Así, pues, al cabo de un rato, soltó la balaustrada y forcejeó vigorosamente contra la corriente hasta llegar a la calle que conducía al hospital; Al alejarse del puente, la corriente se fue debilitando, pero aun así la señorita MacDaid fue arrastrada en repetidas ocasiones a través de la carretera y lanzada contra el muro de piedra del parque zoológico. Avanzaba pulgada a pulgada, debatiéndose tenazmente, consciente de que las aguas estaban subiendo otra vez de nivel y que era preciso apresurarse. No había tiempo ahora para pensar en el mayor. Al fin, notó que el suelo se iba elevando bajo sus pies, mientras el agua era cada vez menos profunda. Conocía el terreno palmo a palmo, cada uno de los árboles, cada una de las piedras. En medio de la oscuridad y de la lluvia, avanzó de hito en hito, hasta que la opaca masa del hospital se destacó vagamente en las tinieblas. La mayor parte del edificio se conservaba en pie.

—¡Gracias a Dios! —exclamó en voz alta, y en seguida subió las gradas de la entrada y penetró en el familiar vestíbulo.

Se dejó caer en una silla, mientras el agua lamía sus pies. Cuando recuperó un poco el aliento, llamó a la señora Gupta, y no tardó en percibir la débil luz de una vela en la escalera, al tiempo que oía su voz.

Su ayudante bajó rápidamente los escalones y, al llegar al vestíbulo, le dijo a la señorita MacDaid que el hospital había escapado a la destrucción por un verdadero milagro. La mayor parte del edificio estaba en pie, pero no había luz. Los enfermos habían sido trasladados al piso de arriba. Una de las pacientes estaba dando a luz en



aquellos momentos.

—¿Dónde está el mayor? —preguntó luego la señora Gupta.

La señorita MacDaid hubiera deseado responder: «La corriente le ha desviado un poco. Pero no tardará en venir». No obstante, su honestidad le impidió responder así y contestó:

—Desapareció en el puente del Hipódromo. Ha muerto —y rápidamente añadió—. ¿En dónde ha instalado usted a esa mujer?

No había tiempo ahora para nada, ni siquiera para pensar en el mayor. Porque de nuevo la aprisionaban los arneses y ella sabía que el trabajo amortiguaría un tanto sus penas. Rápidamente, aunque rendida de fatiga, se levantó y siguió a la señora Gupta por la amplia escalera de bajos peldaños.

## XXX

Fue un parto laborioso y esta vez no podía contar con los consejos y la pericia del mayor. Auxiliada por la señora Gupta, la señorita MacDaid se afanó hasta que, con la primera claridad lechosa de la aurora iluminando la ciudad, el niño vino finalmente al mundo. Pero, casi en el mismo momento, la madre empezó a sufrir hemorragias, de modo que, lejos de terminar su labor, esta se hizo más desesperada. Y había que atender a los demás pacientes, en número de más de cincuenta, que clamaban por alimentos, aguas, vendas y, sobre todo, por la presencia de la señorita MacDaid, simplemente verla, para calmarse. No parecía tener confianza ni fe en su propia gente. La presencia de las muchachas que allí recibían instrucción no silenciaba sus lamentaciones y su terror, ni tampoco la de la señora Gupta conseguía tranquilizarlos. Y la señorita MacDaid tuvo que dejar por dos veces a su paciente, que se desangraba, para cruzar las salas y mostrarse a los aterrorizados enfermos.

Al atravesar ella las salas, se iba creando a su alrededor una zona de silencio, que se extendía hasta donde llegaba el resplandor de la bujía que llevaba en la mano. Al pasar por delante de los ardientes y revueltos lechos, los pacientes se callaban y la seguían con la mirada de sus grandes ojos negros, limitándose a sollozar o a susurrar débilmente. Pero, tan pronto como desaparecía y la luz de su bujía se extinguía en el pasillo, se reanudaban las lamentaciones y los clamores de espanto.

Moviéndose entre ellos, conmovida por la sencilla fe que ponían en su presencia, la señorita MacDaid se sintió avergonzada hasta el desfallecimiento por haber alimentado, en aquel momento de flaqueza en el puente, la idea de abandonarlos para sumirse en una paz ininterrumpida y eterna. Sentíase avergonzada ante la memoria del mayor, y temía que este o su espíritu o lo que de él quedase pudiera conocer la debilidad que se había apoderado de ella y la considerase indigna de su aprecio. Semejante flaqueza hubiera resultado enteramente incomprensible para él. No, pasara lo que pasase, ella seguiría adelante hasta exhalar el último suspiro.

Cuando regresó al lado de la parturienta, las hemorragias habían cesado al fin, pero la mujer, ya anémica por desnutrición, tenía un amarillento color de cadáver. Comprendió que en aquel pobre cuerpo quedaba muy poca vida. Envío a la señora Gupta a buscar coñac y una inyección, se sentó al lado de la enferma y, tomando entre las suyas una de las húmedas y frías manos de la mujer, empezó a frotársela suave y cariñosamente. La india temblaba con tal violencia, que toda la cama se estremecía y crujía.

Con aquella pobre mano entre las suyas, la señorita MacDaid empezó a hablar a la mujer en voz baja y dulce, expresándose en *gujerati* lenta y cuidadosamente, con el fin de que la parturienta, que solamente hablaba su propio dialecto, la comprendiera. Siempre sostenía esta lucha con la muerte, incluso en el caso de enfermos

desahuciados, como los de cólera y de peste. Pero ahora se sentía impulsada por una fuerza interna especial. Esta mujer tenía que vivir. Con su fuerza de voluntad y su vitalidad, tenía que vencer la apatía de esta mujer, su absoluta indiferencia ante la muerte. Esta mujer tenía que vivir, para borrar con ello de su conciencia aquel instante de flaqueza en el puente, junto a la estatua de la vieja reina. Si conseguía volver a la vida a esta mujer, que ya estaba muerta, nunca más volvería a sentirse avergonzada.

Inclinándose hasta casi tocar a la paciente, dijo en *gujerati*:

—Tienes un hijo hermosísimo, bello como la luna, fuerte como las panteras de las colinas que hay más allá del monte Abana, ágil y rápido como los leopardos y tan inteligente como el gran elefante del maharajá. Piensa en el gozo de tu esposo cuando vea que le has dado un hijo tan hermoso, piensa en lo mucho que te honrará, y, cuando haya concluido el período de la purificación, pondrá guirnaldas sobre tus hombros e incrustará las flores escarlata de la ceiba en la negrura de tus cabellos. Y, entre todos los *gandhis*, serás la más honrada y honorable de las esposas. Vamos, abre los ojos y contempla a tu hijo, que ha de darte honor, gloria y riqueza.

Nada importaba que el niño fuese una criatura macilenta, más fea que un mono sagrado, ni que el marido tal vez desconfiase de ella y la injuriase dentro de uno o dos meses. Nada importaba que la fiesta se redujese al arroz sazonado con azafrán y a unos pocos bollos de arroz dulce, salpicados de moscas. Nada importaba que las guirnaldas fuesen de maravillas y de jazmines marchitos, ni que las flores de ceiba colgasen lacias por efecto del húmedo calor. Nada importaba tampoco que este niño flacucho, una vez hecho hombre, la obligase, como hacían los demás, a afeitarse su cabeza de viuda, a cubrírsele de ceniza y a trabajar como una esclava para su nuera. Aquella mujer tenía que vivir. Era por esto por lo que la señorita MacDaid había renunciado a las alegrías, los placeres y los horrores que otras mujeres conocían. Era por esto por lo que había vuelto al inmenso y pululante Oriente. ¡Aquella mujer tenía que vivir!

—¿Sabes tú lo que significa tener un hijo hermoso? Tu gente se inclinará ante ti cuando pases por la calle y el padre de tu esposo te honrará. Batirán los tambores y sonarán las cítaras, y en la aldea todo será baile y regocijo.

Cada vez se inclinaba más cerca de la moribunda, transmitiéndole su voluntad de vivir, instilando en aquel cuerpo agotado y desnutrido algo de aquella terrible vitalidad suya, que la había impulsado a seguir adelante sin desmayos, a través del calor y las intrigas, de los desastres, las rivalidades y las enfermedades.

Al fin, la mujer abrió lentamente los inmensos ojos hundidos y miró a la señorita MacDaid como desde una gran distancia. Sus labios se contrajeron un instante y la señorita MacDaid comprendió que se estaba esforzando por sonreír, acaso por primera vez en una vida en la que solo había habido para ella miseria, hambre y

penalidades. Los fatigados labios de la mujer se movieron, y, aunque de ellos no salió ningún sonido, la señorita MacDaid sabía que estaba diciendo en su horrible dialecto: «Mi hijo». Soltó suavemente la mano de la mujer y, cogiendo al niño, lo acercó al flácido y moreno seno de su madre, que volvió a cerrar los ojos, fatigada; pero, en torno a los labios amoratados, aleteaba la sombra de una leve sonrisa, y la señorita MacDaid pensó, triunfante: «He vencido. Ahora lucharé por vivir».

Se volvió para coger de manos de la señora Gupta la jeringa y el coñac, y entonces descubrió que no era su ayudante quien estaba a su lado, sino el mayor Safka, sin otras prendas sobre su desnudo cuerpo que un taparrabo y un vendaje mal hecho en torno a la cabeza. Estaba allí desde hacía largo rato, escuchando, mientras la enfermera, inclinada sobre la parturienta de raza inferior, le infundía la voluntad de vivir, habiéndole en el tono poético que ella entendería. En los ojos azules del mayor había una maravillada expresión de asombro, como si ahora, por primera vez, adivinase realmente toda la grandeza de la pobre señorita MacDaid.

Nunca le había visto ella así, desnudo, y el espectáculo la sobresaltó al principio y luego le puso un nudo en la garganta. Al débil resplandor de la bujía, el pulido cuerpo, los músculos del pecho y de los hombros, finamente cincelados, el abdomen, los brazos, todo brillaba como si fuese de oro. Ahora comprendía cuán bello podía ser un cuerpo humano, aquel cuerpo que hasta ahora no había sido a sus ojos más que algo susceptible de auscultar, operar y medicinar. El que tenía ante la vista era de una belleza como jamás había conocido. No podía haber nada de malo ni de ridículo en amar una cosa tan bella. Pero era demasiado tarde para el amor, porque lo que ella veía estaba convencida de que era no la carne, sino el espíritu del mayor Safka, pues este había muerto, arrebatado por la inundación, en el puente del Hipódromo.

Ni siquiera cuando él tocó suavemente su hombro con la mano, pudo creer la señorita MacDaid que fuese realidad lo que veía, y, por un instante, ella, el fuerte corcel de batalla, temió desmayarse.

El mayor empezó a hablar, contando lo que había sucedido, y, al escucharle, la enfermera fue persuadiéndose lentamente de que, en efecto, estaba vivo. Entonces, por primera vez en su atareada existencia, experimentó una mística sensación de fe, porque lo ocurrido era realmente un milagro.

—La corriente debió de arrastrarme contra el muro del parque zoológico —estaba diciendo el mayor—. No recuerdo nada, salvo que, al recuperar el sentido, me hallaba en la rama de un árbol.

Se había vendado la herida de la cabeza con la camisa, y, una vez que hubo recuperado un poco las fuerzas, se había lanzado en dirección al hospital, desnudo, ora nadando, ora luchando contra las aguas, sumergido hasta el pecho, entre serpientes, cadáveres y restos de todas clases, hasta que llegó a las ruinas de la Escuela de Música, junto al gran depósito, y pudo orientarse.

—Encontré en el vestíbulo a la señora Gupta y subí directamente aquí. Temía que le hubiese ocurrido algo a usted. Sabía que, si vivía, la encontraría aquí —y luego, sosegadamente, añadió—: Lo mejor será que vaya a dar una vuelta por las salas. Su presencia los tranquilizará. Yo me ocuparé de esta mujer.

—Pero antes debería dejarme vendarle la cabeza como es debido.

—Cuando haya terminado aquí. La señorita MacDaid volvió a las salas, pero esta vez se detuvo ante los lechos de donde partía un gemido o un lamento, calmando el terror y aliviando los dolores de los pacientes, aunque sin darse clara cuenta de nada de lo que hacía. Le parecía moverse en un nimbo de gloria. Sí, eso era, en un nimbo de gloria. Se habían producido dos milagros: el que había salvado su vida y el de su cuerpo joven y áureo. Ahora ya sabía lo que significaba la belleza. Y ese conocimiento lo transformaba todo. Experimentaba un sentimiento loco, frenético, lleno de adoración, pero exento de todo deseo. Y ello la compensaba de todo lo que no había conocido en la vida, de la conciencia de sí misma y de sus humillaciones. Ahora ya no importaba que fuese vieja, porque ya no era ridícula. Ahora tenía algo definido que adorar; aquel amor suyo, vago, anhelante y absurdo, habíase transmutado en algo firme y definido, como si aquel cuerpo maravilloso fuese de oro y no de carne y hueso. Inclinandose sobre los lechos de los enfermos, calmando su terror, la señorita MacDaid le veía como le había visto al volverse, esperando encontrar a su lado a la poco agraciada, granujenta y fiel señora Gupta. Le veía desnudo y resplandeciente a la luz de la bujía, contemplándola con una dulce y singular expresión en sus azules ojos de brahmán. Aquella mirada le dijo lo que durante tanto tiempo había ansiado oír: que la honraba y tenía fe en ella, que aunque los años y su falta de atractivos hiciesen ridículo el amor entre ellos, él no sentía por ella menos reverencia y amor. Y, envuelta en aquel nimbo de gloria, sintió en su alma la profunda paz de la mujer que se separa del ser amado satisfecha y sosegada, con una sensación de renacimiento físico.

## XXXI

Aúltima hora de la tarde, desde una de las ventanas del piso alto, el mayor Safka vio la pequeña procesión que se acercaba por el paseo central, entre hileras de embarrados hibiscos. Venían delante Fern y Smiley, seguidos por la señorita Hodge, cogida como una niña a la mano de una mujer a quien no reconoció al pronto. Todo el interés del mayor se concentró en la figura con el vestido de indiana, y, cuando estuvieron más cerca, vio que se trataba de lady Heston, a quien nunca había visto sino tersa e inmaculada como una porcelana y cubierta de alhajas. Experimentó una momentánea contrariedad al verlos venir al hospital, para añadir una carga más a las complicaciones que se acumulaban incesantemente con la llegada de cada nuevo paciente y el registro de nuevos casos de tifus y cólera en la ciudad. Los enfermos yacían por todas partes, incluso en el vestíbulo y en la sala de rayos x, gentes con la cabeza rota, los miembros quebrados y el cuerpo desgarrado. La mayoría de ellos morirían, porque habían estado abandonados demasiado tiempo: pero, mientras tuviesen vida, había que cuidarlos. Y ninguna de las personas que llegaban sería de ninguna utilidad, ni aquella estúpida hija del misionero, ni la pobre señorita Hodge, con el seno trastornado, ni lady Heston, mimada y acostumbrada al lujo. Únicamente Smiley podría ser de alguna utilidad, y él también tendría sus problemas seguramente, infinitos problemas.

Pensó que sería preferible que fuese él quien recibiese a los recién llegados y no la señorita MacDaid, y, dando media vuelta, bajó la escalera y llegó al vestíbulo en el momento en que el grupo cruzaba la puerta de entrada.

Fue un singular encuentro. El pequeño señor Smiley, de manera totalmente inesperada, rodeó con sus brazos al corpulento mayor Safka, estrechándole cordialmente, como si hubiese encontrado a un niño muy querido después de darle por muerto. El mayor, a su vez, le abrazó fuertemente, levantándole del suelo. Smiley carecía de peso. Levantarlo era como levantar una nube: tan escasa era la carne que cubría sus huesos.

—Lady Heston ha venido para ocuparse de la inhumación de su fallecido esposo —dijo Smiley—. Y Fern cree que puede ser de alguna utilidad.

—Yo también puedo trabajar —dijo Edwina—. Soy muy fuerte.

—Y yo también —repitió como un eco la señorita Hodge, sin soltar la mano de lady Heston—. Soy fuerte como un buey.

El mayor lanzó una rápida y penetrante mirada a lady Heston, y vio que esta, a su vez, le miraba con una expresión retadora y audaz, como diciéndole: «Crees que soy una necia. Me tienes por una criatura mimada, por una pollina habituada al lujo y la molicie. Pues bien: te equivocas. Tengo un cuerpo tan fuerte y tan hermoso como el tuyo. Y, si me lo propongo, puedo ser tan inteligente como tú».

Aquella mirada, de tan clara significación, le dejó unos momentos asombrado, sin habla. Era ella la última persona en quien hubiera esperado encontrar tan audaz confianza en sí misma. Bien estaba que se considerase bella, elegante y lasciva, porque todo eso era verdad; pero que también se tuviese por inteligente, fuerte y capaz... El color tiñó sus mejillas antes de responder:

—Voy a buscar a la señorita MacDaid. Es la persona más indicada para este caso. No les ofrezco sillas porque no las hay. Han sido retiradas para hacer sitio a los pacientes.

Los dejó allí, entre los enfermos, y fue en busca de la señorita MacDaid, a la que, al fin, encontró en el fondo de la sala de maternidad, adonde había ido un momento para dar instrucciones a dos mujeres *intocables*, que estaban sacando el lodo de la sala con el fin de hacerla habitable de nuevo. Sin apartar la vista de las dos mujeres, escuchó al doctor y, cuando este concluyó de comunicarle lo que había, se volvió hacia él —como el mayor había supuesto que haría— y dijo bruscamente:

—Darán más guerra que valen. ¿Qué saben ellas de nada? Es preferible que se vuelvan a la Misión.

Lo mismo había pensado el mayor al divisar por primera vez aquel grupo, pero ahora no estaba tan seguro.

—No saben absolutamente nada... ninguna de ellas —continuó la señorita MacDaid—. Ninguna de ellas habla hindustani, salvo la señorita Hodge, y, una vez desaparecida la señorita Dirks, no será más que un estorbo.

El mayor no cedió por completo.

—Podríamos hacer la prueba —dijo—. Si son capaces de hacer algo, aunque solo sea fregar el suelo y llevar agua a las salas... Necesitamos ayuda desesperadamente.

La enfermera se suavizó un poco.

—Tal vez tenga usted razón. Voy en seguida. Se dirigió en *gujerati* a las dos mujeres y luego, volviéndose, salió de la sala en compañía del doctor.

—Pero no me gusta esa inglesa —dijo—. Esa clase de mujeres es la más inútil que hay bajo la capa del cielo.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, lanzó una ladina mirada, a hurtadillas, al rostro del doctor. Pero este no expresaba absolutamente nada.

## XXXII

Ala puesta del sol, Ransome y Smiley, que, entre tanto, habían ido a contemplar la horrible desolación que ofrecía el barrio de los *intocables*, se presentaron en el hospital para buscar a lady Heston, con el fin de que asistiese a los funerales del gran lord Heston. La encontraron bañando a un niño *bunya* de diez años de edad, a quien el mayor había operado de un tumor dos días antes del terremoto. Al verlos llegar, levantó la cabeza y dijo:

—Ya estoy acabando. Esperen dos minutos, por favor.

Viéndola de aquella guisa y escuchando el sonido de su voz, Ransome sintió un frenético e ilógico deseo de echarse a reír. Sin volverse, Edwina preguntó:

—¿Es absolutamente necesario que yo vaya?

—Es cuestión de un minuto —explicó el señor Smiley—. Lo preciso para leer el oficio fúnebre.

—Muy bien.

Apartó los negros cabellos que caían sobre los ojos del niño y le pasó por la cara un paño húmedo. Entonces se incorporó y, recogiendo la palangana y las toallas, dijo:

—¿Vamos ya?

Pasaron junto al gran depósito y atravesaron las destruidas calles del bazar, hasta que llegaron al parque del desplomado Palacio de verano. La ciudad aparecía desierta ahora. Aquí y allí, veíanse hombres que hurgaban entre los escombros de sus tiendas buscando las baratijas, las campanillas de plata y las piezas de tela que no se habían llevado los *bhils*. Ya no había enfermos y moribundos que se dirigiesen a ellos, suplicantes y gemebundos, desde las derruidas puertas de las casas en ruinas. Aquí y allí, entre los escombros, se elevaban columnas de humo y llamas, procedentes de grandes piras funerarias, en donde se quemaban montones de doce, veinte y cincuenta cadáveres a la vez. En torno a cada pira funeraria había una pequeña guardia de *sikhs*, puesta allí para impedir que los doloridos parientes de los muertos se arrojasen a las llamas. Había algo de infernal en aquellas escenas, pensó Ransome, con los cadáveres, las llamas de las piras, los cuerpos gemebundos y contorsionados por el dolor. Eran como un cuadro extraído del infierno de Doré. El olor que llenaba ahora el ambiente no era el de cuerpos en estado de descomposición, sino el de carne quemada.

Raschid y Ranjit Singh habían actuado con rapidez. Habían surgido dificultades con los propios correligionarios de Raschid, los musulmanes que consideraban la incineración de los cadáveres como atentatoria contra su fe. En consideración a lo reducido de su número, la maharaní concedió autorización para que los musulmanes muertos recibiesen sepultura en un espacio de terreno próximo a la Torre del Silencio *parsi*. La torre parecía una masa negra bajo los innumerables y ahítos buitres que en



ella se agitaban y se arreglaban las sucias plumas con sus curvados picos. También se les había concedido permiso a los *parsis* para que enterrasen a sus muertos de acuerdo con sus creencias, siempre que los cuerpos fuesen transportados inmediatamente a la torre.

Bajo lo que quedaba en pie de la *porte cochere* en el Palacio de verano, habían erigido una pira funeraria para lord Heston, formada con vigas rotas extraídas de las ruinas. Al avanzar por el paseo central, vieron a los *coolíes* que esperaban a lady Heston para que prendiese fuego a la pira. En lo alto de esta habían colocado el cadáver, envuelto en un sudario, como era costumbre en el acto de la incineración. Ransome se había ocupado de ello, pues lo que restaba de lord Heston no constituía un espectáculo agradable. Al acercarse más, Edwina vio que para amortajar el cuerpo habían empleado las rosadas sábanas de *crepé de Chine* que llevaba siempre consigo en sus viajes. A ambos lados se veía claramente el gran monograma bordado: *E. H.* «Le hubiera gustado saber que iban a envolverle en las rosadas sábanas de mi lecho...», se dijo Edwina, sombría.

Todo aquello tenía un aire de cosa ficticia, hecha para cubrir el expediente, sin más dolientes que los *coolíes*, que observaban a la viuda con curiosidad animal. Edwina pensó que en Londres se hubiera celebrado un pomposo funeral, con servicio religioso en la iglesia de Santa Margarita o de San Jorge, con asistencia de todos aquellos que se habían aprovechado de su contacto con el difunto mientras estuvo en vida, de todos los que, por amor de una sociedad carcomida e hipócrita, habrían ido para mantener la ficción de que el difunto lord Heston, aun muerto, era un honorable e importante personaje, uno de los pilares del sistema británico. Todos ellos habrían ocupado su sitio en los bancos de la iglesia, sabiendo en lo más profundo de su corazón que lord Heston había sido un loco y un criminal, pero sin dar a entender lo que pensaban a sus vecinos ni con una mirada ni con un ademán, porque cada uno de ellos estaba metido, a su modo, en el mismo juego que en vida había practicado lord Heston, aunque con más fortuna y astucia que ellos mismos. Edwina vio de pronto que aquella gigantesca hipocresía era una especie de sistema, una excepcional contribución de la sociedad anglosajona a la civilización occidental, una contribución peculiarmente inglesa. Todos simulaban no ver los vicios, abusos y defectos de los demás, para que los demás no pusieran los suyos al descubierto. En tanto que uno se prestase al juego, podría hacer lo que se le antojase sin que nadie le estorbase. Incluso a Albert no le había importado el número de amantes que ella tuviese en tanto que el mundo lo ignorase. Bajo la superficie había una capa tras otra de hedionda corrupción, y se hacía la vista gorda o se volvía la cabeza con disgusto. Si uno no participaba en el juego y era honesto, le destrozaban implacablemente, como habían destrozado a Byron y a Oscar Wilde, a Shelley y a Hastings, y a tantos otros.

«Por eso he podido vivir como he vivido hasta ahora —pensó Edwina. En ningún

otro sitio podría haberlo hecho, en ningún otro país».

Era una fuerza nacida de un cinismo mucho más profundo que todo lo que hubieran podido concebir o ingeniar los lúcidos y cínicos franceses. Todos los periódicos de Inglaterra publicarían elogios y fantásticas necrologías del difunto, incluso aquellos que le habían combatido en vida con odio mortal. Y los periódicos de Heston saldrían orlados de negro e insertarían columnas, fotografías y tributos de admiración rendidos por hombres a quienes él había explotado y ofendido en vida, que le odiaban tan profundamente como le odiaban Bates y ella misma. Solo que todavía ignoraban que hubiese muerto. La Prensa publicaría grandes titulares anunciando: «Lord y lady Heston, desaparecidos», «La catástrofe de Ranchipur», y otros semejantes. Pero todavía no lo sabían. Los hombres y mujeres que trabajaban para él no podían aún regocijarse en el fondo de su corazón por su muerte. Solo podían alimentar la esperanza de que se hubiese producido.

Durante un segundo sus labios se crisparon en una vaga sonrisa, al pensar: «¡Qué biografía podríamos escribir entre Bates y yo!». Y en seguida se dijo: «Incluso ahora, no he venido aquí más que para salvar las apariencias, para evitar que se hunda la fachada». Porque, en el fondo de su corazón, le tenía sin cuidado lo que hiciesen con aquella masa putrefacta envuelta en sus lujosas sábanas rosadas. El polvo volvía al polvo. Perfectamente. Cuando la pira se hubiera consumido, recogerían lo que hubiese quedado, lo meterían en una caja de galletas Huntley & Palmes y se lo enviarían a aquel hermano suyo a quien ella no había conocido, porque su marido no había querido que la elegante Edwina Heston sospechase siquiera la sórdida vulgaridad de su origen pequeño-burgués.

Mientras el señor Smiley leía el oficio fúnebre, Edwina notó que la mano de Ransome se apoderaba de la suya. «Es un gesto amable y delicado —pensó—, un símbolo de aquel singular y amargo entendimiento que siempre había existido entre ellos». Trataba así de transmitirle su simpatía y de darle ánimos, no porque lord Heston hubiera muerto y ella se hubiera quedado viuda (ella sabía que Ransome tenía ideas claras al respecto), sino por todos los años perdidos a su lado, por todas las locuras que había cometido, por toda la hipocresía y toda la despreocupación de su existencia. Y Edwina comprendió en aquel instante que Tom había huido de aquella vida muchos años atrás porque no encajaba en aquella sociedad, porque no quiso participar en aquel juego hipócrita. Podía ser débil y neurótico, un beodo y un derrotista, pero tenía honradez y clara visión de las cosas. Y había rehusado participar en aquel sucio juego. El señor Smiley terminó de leer el oficio fúnebre y Tom dijo:

—¿Quieres prender fuego a la pira? Es costumbre que lo haga el deudo más cercano.

—Sí —respondió Edwina sordamente.

Uno de los *coolíes* que la rodeaban en actitud expectante le entregó un ejemplar

del *Times of India*, retorcido en forma de antorcha. Tom le prendió fuego con su *briquet*<sup>[64]</sup> y Edwina lo lanzó a la pira. Las llamas vacilaron un instante y luego se elevaron cada vez más altas y voraces hacia el cadáver envuelto en las rosadas sábanas de *crepé de Chine*.

Estuvo contemplando el espectáculo unos momentos, fascinada, y después, volviéndose hacia Tom, preguntó, como una niña:

—¿Puedo irme ya?

—Nada ganará quedándose aquí —contestó el señor Smiley.

Le agradaba el señor Smiley. Le dirigió una rápida mirada de simpatía, sonriendo levemente. Había en aquel hombre algo sencillo y sin complicaciones, algo que inspiraba una profunda confianza.

—Uno de mis alumnos cuidará de las cenizas —dijo el señor Smiley.

Y el gran lord Heston se quedó solo con los *coolíes* y con el fuego, que todo lo devora y purifica.

## XXXIII

A mitad de camino del bazar se encontraron con la señorita Hodge, que venía corriendo hacia ellos con una expresión de infantil terror en su redondo rostro.

—¿Por qué me ha abandonado usted? —exclamó desolada; luego, apoderándose nuevamente de la mano de lady Heston, añadió, plañidera—: La he buscado por todas partes.

Ransome vio que Edwina pasaba su brazo por el de la señorita Hodge, al tiempo que le decía con dulzura:

—No pensábamos abandonarla. Creímos que no desearía venir con nosotros.

Los labios de la pobre señorita Hodge temblaban como si fuese a llorar. Pero luego sonrió, feliz, porque iba cogida del brazo con su amiga lady Heston, como si fuesen dos colegialas.

Cuando llegaron al hospital, Ransome y el señor Smiley las dejaron para dirigirse a la tienda de campaña de la maharaní. La señorita MacDaid la esperaba, hosca, para encomendarle nuevas tareas: bañar pacientes, tomar temperaturas, retirar cuñas...

—Les he destinado una habitación para usted, la señorita Hodge y Fern Simón en la sala de pacientes externos. No es muy grande y solo tiene camas indias. Será mejor que la limpien bien antes de pretender dormir en ella.

## XXXIV

Fue aquel aeroplano el que precipitó la crisis. Llegó a la mañana siguiente desde más allá del monte Abana, apareciendo súbitamente, brillando durante un instante en que lo hirieron los rayos del sol sobre los blancos templos que coronaban la cima del monte sagrado. En las calles de la ciudad, la gente —*coolíes*, barrenderos, mujeres, soldados y policías, los hambrientos, los enfermos y los moribundos— miraba hacia el cielo y observaba la llegada del avión. Unos gritaban, otros permanecían callados, pero en la mente de todos latía el mismo pensamiento: «El mundo no nos ha olvidado».

El aparato llegó rápidamente a la ciudad en ruinas y describió dos círculos sobre ella antes que el piloto eligiese un campo de mijo, más allá de la Torre del Silencio, para aterrizar. El avión fue descendiendo cada vez más y más, en medio del rugido de sus motores, hasta que al fin las ruedas tocaron el barro rojizo y fueron abriendo un surco cada vez más profundo en el suelo. Por unos momentos, el aeroplano, bruscamente frenado en su carrera, amenazó hundirse de morro, pero rápidamente recobró la estabilidad y se detuvo sin percance en el momento en que la multitud, corriendo penosamente a través del campo embarrado, llegaba a su lado. El piloto era musulmán. Cuando saltó de la carlinga, preguntó en hindustaní por lord y lady Heston. Dijo que le enviaban de Delhi para rescatarlos.

Fue un empleado de la Fiscalía quien le contestó. Los demás eran gentes humildes y oscuras, *intocables* y miembros de castas inferiores, que nada sabían de tan grandes personajes. El empleado era un hombre bajito y cetrino, locuaz y pagado de su persona, que estaba al corriente de cuanto sucedía en Ranchipur.

—El gran *sahib* ha muerto —dijo—. La *memsahib* está en el hospital. Pero a quien usted debe ver es al *sahib* Ransome.

Y condujo al piloto al alojamiento del *jobedar* en la gran puerta principal de Palacio.

Desde el momento en que Copal Rao, muy excitado, había entrado para decirle que se había avistado un aeroplano, Ransome supo a lo que venía. Tal vez en busca de noticias; pero, desde luego, para llevarse a Edwina. Había pensado Ransome en la llegada de jinetes, carretas de bueyes y hasta de mensajeros sobre elefantes, pero no se le había ocurrido pensar en la llegada de un aeroplano. Aun ahora mismo la idea parecía carente de realidad; era como si, de pronto, sobre la tienda de una antigua reina márata, hubiese aparecido en el cielo una monstruosa invención a lo Wells. En la casa del *jobedar* y en el lujoso pabellón listado de la maharaní, Ransome —según comprendió repentinamente— había estado viviendo en el siglo xv y no en el xx. Y cuando el impecable y correcto piloto musulmán se presentó a él y le dijo que había venido a buscar a lady Heston, se le ocurrió la sospecha de que Edwina no quería

marcharse, al mismo tiempo que recordaba la hostilidad y el desprecio que la maharaní sentía contra ella y su orden de que lady Heston saliese de Ranchipur tan pronto como fuese posible, porque la anciana soberana no deseaba su presencia en Ranchipur. Si la vieja maharaní lo quería, Edwina tendría que marcharse. Como regente, poseía un poder absoluto y despótico. En caso necesario, podía ordenar que atasen a Edwina como una perdiz y la transportasen a bordo del aeroplano. Ransome no sabía por qué se figuraba que Edwina optaría por quedarse en este agujero apestado que era Ranchipur; no era más que una corazonada, una impresión intuitiva. Desde su regreso de la Misión, la encontraba un poco extraña, retraída y casi hostil. Solo en el momento en que había oprimido su mano ante la pira funeraria había surgido un relámpago de su antigua simpatía y mutua comprensión. Por eso, cuando le dijo al aviador que iba a buscar inmediatamente a lady Heston, su frente estaba surcada por una profunda arruga en el entrecejo. Ordenando que le diesen de comer y de beber al piloto, partió para el hospital.

Encontró a Edwina vestida con el uniforme azul de las enfermeras alumnas, poniendo en orden la habitación que compartía con la señorita Hodge y con Fern. Y, al verla barrer debajo de la rústica cama india, hecha con cuerdas entrelazadas, Ransome sintió de nuevo unos deseos locos de echarse a reír. La señorita Hodge estaba también allí, ocupada en nimiedades.

Considerando que, si se lanzaba a un inesperado ataque, podría alcanzar la victoria, dijo sin más preámbulos:

—Han enviado un aeroplano para buscarte. Puedes marcharte en cuanto recojas las cosas que quieras llevarte.

Edwina se incorporó y dejó la escoba contra la pared.

—¿Quién lo ha mandado? —preguntó.

—Supongo que el virrey. No se puede perder tan fácilmente una persona de tu importancia.

—Ya. Pero la verdad es que no sé si quiero irme o no.

—Lo mejor que puedes hacer es marcharte. Es absurdo que pienses quedarte aquí.

—¡No se marche! —gritó histéricamente la señorita Hodge—. ¡No me deje sola aquí!

Ransome miró a la maestra y vio que había estado llorando. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y parecía más rechoncha, perturbada y fea que nunca.

Edwina se volvió hacia ella y, hablándole como si fuese una niña, dijo:

—No, no la abandonaré. Yo misma me ocuparé de usted —y dirigiéndose de nuevo a Ransome, añadió—: Tengo que tomarme algún tiempo para pensarlo.

—Si te quedas, demostrarás estar loca de remate. Ya tienes aspecto de diablo.

—Gracias. Sé perfectamente el aspecto que tengo. Esta mañana me he mirado en el espejo. ¿Por qué tienes tanto empeño en deshacerte de mí?

—Porque originas más complicaciones que vales.

—Eso no está muy claro. ¿Te refieres... a él?

—Y tal vez a otras cosas.

—No le he importunado en absoluto. Apenas le he visto. Y seguramente no me encontrará muy atractiva ahora.

—Hay otras cosas.

—¿Cuáles?

—La maharaní desea desembarazarse de ti tan pronto como sea posible.

—¿Por qué?

Ransome sonrió débilmente y contestó:

—Porque no eres de su agrado.

—Eso ya lo sabía.

—La maharaní lo sabe todo. Siempre lo sabe todo. Probablemente conoce incluso la razón que te impulsa a quedarte aquí.

—El no tiene nada que ver con ello... Al menos, no tiene que ver mucho.

—Sabes muy bien que puede obligarte a marchar.

Durante un instante, Edwina pensó en esta posibilidad. Luego dijo:

—Si rehusase obedecer, podría mandar que me atasen y me llevasen al avión. Está bien. Pero no va a meterme en la cárcel por eso.

—Yo no estaría tan seguro. Disfruta ahora de un poder absoluto. Lo ha deseado desde hace años. Odia a los europeos..., y en especial a las mujeres europeas. Podría decir que obraba así por tu propia seguridad. Es una anciana extraordinaria.

Ransome comprendió en seguida que había tomado un camino equivocado, pues el semblante de Edwina había adoptado una expresión de obstinación, casi de dureza.

—Supongo que tú también opinas que soy un trasto inútil.

—No. Opino que sería mucho mejor que volvieses a tu antiguo modo de vivir. Eso es lo que te corresponde. Es demasiado tarde para cambiar, aun cuando lo deseases sinceramente.

—Eres un cerdo.

—Puedes contraer el cólera, o el tifus, y morirte. Esas enfermedades son más mortíferas con los europeos.

—Si me quedase, sería impulsada por motivos que tú no comprenderías.

—Quizá.

Habían olvidado por completo la presencia de la señorita Hodge, que asistía a la escena fascinada, toda oídos. En medio de su locura, se daba cuenta de que jamás había oído hablar a nadie de una manera tan cruda y amarga. Aquello no se parecía en nada a las conversaciones que ella se había imaginado entre gentes de la alta sociedad. Ninguna de sus heroínas había utilizado jamás la palabra «cerdo». Su pobre y rollizo rostro era la imagen del desconcierto.

—¿No puedes interceder por mí ante la maharaní?

—Podría.

—Ve a verla entonces. Cuando regreses, ya habré tomado una decisión. Si no me autoriza a quedarme, me iré —poniéndole una mano en el brazo, añadió—: Pero sé justo conmigo, Tom. No quiero irme... Tengo miedo de irme. Quiero quedarme aquí.

En sus ojos azules apareció aquella expresión infantil, casi de inocencia, que Ransome, a través de su embriaguez, había visto en ellos la noche de la cena en casa del señor Bannerjee.

—Lucha por mí, Tom..., esta vez sólo —concluyó. Ransome sabía lo que debería haber respondido: que no ignoraba por qué quería quedarse, que sus razones eran de un carácter confuso y sentimental, que se estaba conduciendo como la heroína de una novela barata y que iba a ocuparse de mandarla inmediatamente a aquel maldito y vulgar ambiente social al cual pertenecía. Pero también sabía que no tenía corazón ni derecho para decirle eso. De modo que, dulcemente, contestó:

—Lo intentaré. Lo juro. Pero está en contra de todo sentido común.

—Gracias —dijo Edwina, y le besó de pronto en la mejilla.

En el momento en que Ransome se volvía para marcharse, la señorita Hodge recuperó el habla.

—Dígaselo —suplicó con súbita excitación—, dígaselo ahora...

—¿El qué?

—Lo del soldado *sikh*.

—¿Qué es eso del soldado *sikh*? —preguntó Ransome.

—Nada —respondió Edwina—. Ya te lo diré cuando vuelvas. Ahora vete. Y haz lo que has prometido.

—No prometo nada. Y recuerda que el ser la viuda del gran lord Heston no representa maldita la cosa en estas circunstancias, y menos aún con la anciana soberana.



## XXXV

Halló a la maharaní en su tienda de campaña, y la anciana le recibió no en la cámara de audiencias, con sus alfombras y pinturas, sino en su habitación particular, sentada en el suelo, sin más compañía que la de la anciana princesa de Bewanagar. Tenía aspecto de cansancio, y en torno a sus ojos resplandecientes veíanse grandes círculos oscuros. No llevaba alhajas, salvo unos pendientes de diamantes en las orejas. Había una sombra de ferocidad en su aspecto, una sombría crueldad que solamente había visto en ella dos o tres veces en todos los años que la conocía, en ocasiones en que, perdido el dominio de sí misma, se convertía de pronto en una tigresa.

—¿Y bien? —preguntó, mirándole a la cara.

—Se trata de lady Heston, alteza.

No era necesario informar a la anciana de la llegada del aeroplano. Como siempre, estaba al corriente de todo, casi en el momento mismo en que sucedía. Conocía la llegada del avión, de dónde venía, quién lo había enviado y hasta que el piloto era un musulmán, un capitán llamado Yussef Baig. Con cierta amargura, comentó:

—Ha venido vacío. No ha traído alimentos, ni vendas, ni anestésicos, nada más que dos asientos vacíos para ese inglés y su mujer.

—Volverá con todas esas cosas, alteza. El mayor y la señorita MacDaid están haciendo una lista para entregársela al piloto.

—¿Qué sucede con lady Heston?

—Que no desea marcharse. Prefiere quedarse aquí.

Los ojos negros de la soberana se contrajeron ligeramente, de modo que parecían dos puntos de fuego.

—¿Y por qué no desea irse? —preguntó.

Ransome se encogió de hombros. Una leve sonrisa iluminó el hermoso y cansado rostro de la anciana, y Ransome comprendió que también estaba enterada de cómo Edwina había mirado al mayor aquella noche en casa del señor Bannerjee. O acaso lo hubiese notado durante aquel primer banquete de gala en palacio. ¡Había tan pocas cosas que escapasen a su penetración!

—De modo que se trata de eso... —comentó la soberana.

—No creo que sea eso exactamente —replicó Ransome.

Comprendía que sus posibilidades de victoria habían aumentado. Aquella sonrisa, aquel repentino y humano rasgo de humor... Ransome sabía que, por encima de todo, era profundamente humana.

—No me gusta que esa mujer ande por aquí. Es una... —titubeó un instante y luego concluyó—: ...una ramera.

Ransome no negó esta afirmación. Sabiendo lo que sabía, comprendió que era inútil tratar de hacerle modificar su criterio.

—Está trabajando en el hospital —dijo—. Y es muy útil.

—¿Qué clase de trabajo hace?

—Los más duros..., los más repugnantes.

De nuevo, en los ojos de la maharaní se encendió una chispa de humor y comprensión.

—Sí, supongo que la señorita MacDaid se ocupará de eso. De todos modos, cualquier muchacha del Instituto femenino podría ser tan útil como ella.

Ransome comprendió que la soberana no pensaba ceder ni un palmo; pero, viendo que la expresión de los negros ojos se suavizaba un tanto, tuvo una súbita inspiración. Sabía cuánto había luchado la anciana por las mujeres de la India, por educarlas, por liberarlas, por levantarlas del polvo. Si consiguiera que viese a Edwina como una semejante a quien ayudar...

—Está realizando la labor de un hombre —dijo, y en seguida añadió—: Odiaba a su marido. Se ha alegrado de su muerte. Ha sufrido mucho desde que ha llegado aquí.

Ransome observó que la anciana estaba reflexionando sobre estas cosas, pero que no quería que él se diese cuenta de que era así.

—¿Por qué desea usted que se quede?

Ransome pensó: «También sabe todo eso, naturalmente». En voz alta respondió:

—Yo no deseo que se quede. He hecho cuanto he podido para convencerla de que se debe marchar.

—Entonces, ¿por qué me está pidiendo que ceda?

Era una pregunta de difícil respuesta, y Ransome lo sabía. Por un instante se quedó mudo. Luego dijo:

—Es una historia muy larga de contar, alteza. Empezó hace mucho tiempo. Ahora no hay nada entre nosotros..., absolutamente nada, salvo una vieja amistad. Supongo que estoy intercediendo por ella debido a eso y a que tiene mucho carácter.

—¡Carácter! ¡Bah! —resopló la anciana.

Pero Ransome no se amilanó.

—Sí, alteza, carácter. A veces mal empleado, pero carácter al fin y al cabo.

A la maharaní le agradó esta respuesta, y Ransome vio que, debido a algún milagro, acaso llegase a conseguir que Edwina incluso agradase a la soberana. Esta preguntó:

—¿Qué opina el mayor de todo esto?

—Lo ignoro. Sólo le vi un momento y hablamos de lo que necesita con más urgencia.

La maharaní desvió la mirada, pensativa, y luego dijo:

—Está bien. Consulte con el mayor. Si está de acuerdo, esa mujer puede

quedarse. Pero no respondo de lo que pueda ocurrirle. Escribiré una carta al virrey, diciéndole que no he podido obligarla a marcharse.

—Entonces, ¿cuento con ello?

—¿No acabo de decírselo?

—Gracias, alteza.

Ransome se inclinó, dispuesto a partir, pero la anciana le retuvo, diciéndole:

—Deseo darle las gracias, Ransome, por todo lo que está haciendo. Raschid y el coronel Singh me han dicho que ha estado trabajando toda la noche. ¿Cuánto tiempo hace que no duerme?

—Dos días, alteza.

—Resuelva esta cuestión y vaya a dormir. Le necesitamos, y parece usted muy fatigado.

—Gracias, alteza.

—Diga al mayor que voy a enviarle al señor Bauer para que le ayude. Es enfermero y le será útil.

—Muy bien, alteza.

Ransome se inclinó a la manera india, uniendo las yemas de los dedos, y salió de la estancia lleno de excitación, pese a su cansancio, al pensar que había ganado la mitad de la batalla. En la antecámara se cruzó con la rusa, a quien saludó inclinándose y diciendo: «*Bonjour*». Nunca habían sido presentados, pero aquellas formalidades parecían fútiles en tales circunstancias. La rusa parecía muy agitada, dedicándole una débil sonrisa y lanzándole una penetrante mirada de sus verdes ojos de gata, siguió adelante y entró en la cámara de la maharaní.

## XXXVI

María Lishinskaia estaba iracunda y defraudada por no haberse hallado presente en el coloquio sostenido entre su soberana y Ransome. Ahora tendría que enterarse de lo que habían hablado a través de la misma maharaní, extrayéndoselo poco a poco, mediante sutiles preguntas e insinuaciones, lenta y penosamente, porque la astuta anciana adivinaría sus intenciones y pondría en su camino cuantos obstáculos pudiera y acaso nunca le permitiría saber de qué habían tratado.

Todo se había puesto en contra de María Lishinskaia desde el momento en que había visto al anciano maharajá caer muerto en brazos de Harry. A partir de entonces, solo había visto una vez al enfermero y por espacio de un segundo. Ahora ya no podía decirle que fuese a su habitación, y había veces en que su deseo era tan intenso y vehemente, que su cuerpo se llenaba de fiebre y su cabeza era presa del vértigo, y veces en que todo rumor y todo olor sacudían dolorosamente sus nervios sobreexcitados: el batir de la lluvia en el triple techo de la tienda, el horrible y débil olor a muerte que llegaba a través del parque desde la ciudad, los gritos de los chacales y de las hienas, y el distante y aislado coro de lamentos que no cesaban de día ni de noche. Y todos estos rumores se fundían hasta formar parte de su deseo.

Jamás había sufrido como ahora, ni en Rusia antes de su huida, ni después en Alemania, cuando, errabunda, se había vendido aquí y allí para dar a su cuerpo alimento y vestido. La culpa era de este maldito país, se decía ella, de este clima infernal, de este mundo de loca voluptuosidad y de frenéticas crueldades, con el símbolo fálico de Siva alzándose por doquier, en los templos, en las cabañas de las aldeas, en los palacios, en las polvorientas cunetas de los caminos. Dondequiera que se volviese la mirada, siempre se tropezaba con el *Lingam*<sup>[65]</sup>, el símbolo de la creación, de la *volupté*<sup>[66]</sup> y de singulares deseos y placeres. Siva, siempre Siva, y Kali, la Destructor.

Cuando, apartando los cortinajes, llegó a presencia de la soberana, esta preguntó:

—¿Hay noticias?

—Ninguna.

La anciana abrió su cajita de bayas de betel y dijo de manera casual:

—Voy a enviar a Harry Bauer al hospital.

El corazón de María Lishinskaia cesó de latir.

—Allí puede ser útil —continuó la anciana—. Están abrumados de trabajo.

María Lishinskaia pensó: «Ahora no le veré nunca. O quién sabe si será más fácil. Tal vez pueda reunirme allí con él».

La maharaní, que la observaba atentamente, prosiguió:

—El antiguo cuartel y lo que queda de la Escuela de Música están llenos de enfermos del cólera. El mayor Safka puede dejarle al frente de uno de ellos. Harry

Bauer es experto en materia de desinfectantes y sabe protegerse. Será de mucha utilidad.

El rostro cetrino de María Lishinskaia tornóse de un blanco verdoso. Con los ojos de la imaginación y del recuerdo, volvió a ver el cuadro de su ciudad natal, en Ucrania, cuando, muchos años antes, las gentes se morían del cólera como moscas, desplomándose en las calles, en las tiendas, retorciéndose convulsas, con el rostro ennegrecido. «Nunca he tenido suerte —pensó—. Por mucho que me esfuerce, es inútil. No hay nada..., nada». Y, en voz alta, dijo:

—Si le sucediese algo, me mataría.

Era la primera vez que confesaba su amor por Harry Bauer ante la maharaní.

—No le sucederá nada. Es joven, fuerte, vigoroso —dijo la anciana, escogiendo y pronunciando lentamente cada una de las palabras, sabiendo las imágenes que suscitarían en la atormentada mente de María Lishinskaia, sabiendo también que, con excesiva frecuencia, eran los jóvenes y los fuertes las primeras víctimas del cólera.

La rusa sintió que se ahogaba. Las paredes de la tienda giraron vertiginosamente a su alrededor. A duras penas consiguió decir:

—¿Puedo ir a echarme un poco, alteza? Me encuentro muy débil.

—Naturalmente.

Y la rusa salió de la estancia, ciega de miedo y de deseo, sin saber que la maharaní la había torturado nuevamente porque estaba de mal humor. La anciana estaba furiosa consigo misma por haber cedido en el asunto de lady Heston, porque la vista de Ransome había debilitado su decisión. Le agradaba la presencia de los hombres a su alrededor y le agradaba Ransome. En el fondo de su corazón, aborrecía a todas las mujeres, incluso a aquellas a quienes había luchado por ayudar durante toda su vida. Ahora ya era vieja. No podía hacer más que atisbar en los asuntos de mujeres como lady Heston y María Lishinskaia. Y era tanto peor cuanto que, en su cuerpo caduco, ardía un espíritu joven.

## XXXVII

En el hospital, el mayor Safka trataba de conciliar el sueño, tendido en el lecho del cuartito contiguo al vestíbulo que le servía de sancta sanctorum. Le había obligado a ello la señorita MacDaid, quien le había dicho con aspereza:

—Se está conduciendo usted como un insensato. El doctor Pindar y yo podemos atender a todo durante cinco o seis horas. Dios ha salvado su vida una vez, pero acaso no se la salve dos. Es preciso que descanse un poco.

Durante cuarenta y ocho horas, el mayor Safka había trabajado sin descanso. Tenía que atender al hospital, al antiguo cuartel, a la Escuela de Música, con sus enfermos del cólera, a la desinfección y custodia de los pozos, asistir a las conferencias con Raschid, Ranjit Singh y la maharaní, y realizar lo que parecía una interminable serie de intervenciones quirúrgicas a la débil luz de dos bujías. No podían utilizar más de dos, porque solamente había una o dos cajas de ellas, y nadie sabía cuándo podrían disponer de más velas o de un poco de petróleo. A pesar de todo ello, no se había conseguido evitar que la mayoría de los pacientes fuesen víctimas de la infección y la gangrena.

Pero el mayor había rebasado las fronteras del sueño. La cabeza, todavía vendada, le dolía implacablemente, y una preocupación tras otra se sucedían en su fatigado cerebro. De cuando en cuando, la figura de lady Heston se presentaba ante sus cansados y cerrados ojos, no como la había visto aquella noche en Palacio, ni en la cena de los Bannerjee, sino como la había visto avanzar por el camino, en dirección al hospital, con el vestido de indiana de la señora Smiley, cansada, manchada de barro, desaliñada, mirándole luego retadoramente en el vestíbulo. La mujer que había visto en el Palacio del maharajá y en casa de los Bannerjee no le había conmovido en absoluto. El mayor había vivido en Europa. Había estado con mujeres europeas, no solo con ramerías, sino con damas de elevada posición social. Y siempre había resultado fácil, demasiado fácil para su gusto exigente. Ni una sola vez había reposado junto a una mujer europea sin sentir cierto recelo, sin percibir en ella algo duro e insensible, algo que le descomponía y le alteraba los nervios. Porque el amor, e incluso la ficción del amor, no debía ser así, sino algo impregnado de la alegría y de la voluptuosa belleza con que Natara Devi le dotaba.

Era esto algo que las mujeres europeas no comprenderían jamás; que un oriental, por muy masculino que fuese, poseía unos nervios y una sensibilidad dolorosamente agudos. Mientras el varón inglés era estúpido, insensible y a veces bestial. Acaso fuese por eso por lo que las prostitutas inglesas resultaban tan sorprendentes. Por eso y porque la cristiandad occidental había hecho del amor, incluso en el matrimonio, un acto vergonzoso y sucio.

Cuando había tomado aquella taza de té en el Palacio de verano, después de la

apresurada partida de la señorita Hodge, Edwina se había conducido como una ramera. Porque, a despecho de sus finas palabras, el mayor había comprendido qué era lo que pretendía. Había comprendido que podía ser suya allí mismo, mientras su marido se moría en la habitación contigua, y, por un instante, había estado tentado de ceder a la tentación por lo fácil que habría sido. Pero aquella mujer no le atraía grandemente, por una parte, y por otra, hubo dos cosas que le contuvieron: una, que ella era una importante personalidad europea y pudiera tratar de ligarse a él de manera permanente, dando así lugar a un escándalo, pues él no hubiera deseado seguir la aventura, y otra, su convicción de que no valía la pena, de que aquella aventura no resultaría más placentera que otra con cualquier *hetaira* de Jermyn Street que conociese su oficio.

No, aquella mujer del Palacio de verano, con su rostro terso y brillante, su refinado maquillaje y sus vestidos de París, no le había interesado. Era demasiado perfecta, demasiado artificial, para su cálida y franca naturaleza. Sabía que en aquel simulacro de amor no habría nada de risueño ni de juguetero, sino solo la especie de voracidad viciosa que se apodera de las gentes a quienes se enseña que el acto amoroso es pecado, pero que, no obstante, no son capaces de evitarlo. ¡Cuan sutil era aquella extraña mezcla de hipocresía y dureza que había encontrado en Occidente! Dijérase que la aversión de los occidentales por el acto amoroso les hacía encontrar en el mismo un placer invertido y vicioso, que asustaba y repugnaba al mayor. Era aquello algo que él jamás comprendería. Ni siquiera el vicio y la perversión en Oriente tenían aquella aterradora característica de amargura, corrupción y vergüenza.

La mujer de los brillantes cabellos y de las costosas alhajas le había dejado indiferente, mientras que la fatigada mujer cubierta con el viejo vestido de la señora Smiley había despertado profundamente su interés. La del vestido de indiana parecía infinitamente más vieja, pero tenía una calidad humana que estaba ausente en la otra. Cuando le había mirado desdeñosamente por espacio de un segundo en el vestíbulo, el mayor Safka casi había dudado que se tratase de la misma mujer que había visto en casa de los Bannerjee. Por su cansado cerebro cruzó la idea de que acaso hubiese en el ser humano más personalidades de las que sospechaban los psicólogos. Tal vez en Edwina hubiese dos mujeres o tres o más. Quizá la magnitud de la catástrofe y la horrible muerte de su esposo hubiesen liberado una de aquellas personalidades.

Desde su llegada al hospital, su comportamiento había sido el de una mujer extraña por completo a la que en el Palacio de verano había ocultado sus manos a la espalda para que él no se diese cuenta de que estaban temblando. Pero al mayor Safka no le había pasado inadvertido aquel movimiento. Estaba acostumbrado a observar aquellas cosas. Lo llevaba en su naturaleza, y su experiencia de médico y cirujano había agudizado ese don. Y ella debía de haberlo adivinado, pues ni siquiera la mujer del Palacio de verano era una estúpida. Esta otra, desde que había llegado al hospital,

apenas si había reparado en él. Había en ella algo de muerto, salvo en los momentos en que sus ojos azules se iluminaban con cierto fuego, aunque tal vez no fuese exactamente algo muerto, sino algo sumergido y amortiguado momentáneamente. Sentía el deseo, científico en parte, de charlar con ella para descubrir lo que había en las raíces de aquel misterio, pero con esta mujer se sentía presa de la timidez. A la otra no la había temido en absoluto, porque solo le había inspirado desprecio y un poco de piedad. Sabía que la señorita MacDaid le había encomendado los menesteres más duros y repugnantes, con la esperanza de que le faltasen la energía o la fuerza de voluntad necesarias para seguir adelante. Pero ella había aceptado todos los trabajos sin una queja, aunque al mayor le constaba que la noche anterior, cuando la señora MacDaid había entregado a Edwina los vendajes recién quitados de una herida gangrenada, esta había salido un momento de la sala para vomitar. Dijérase que la señorita MacDaid, con su dureza, le hubiera lanzado un reto y que ella lo hubiera aceptado, pese a todas las desventajas, pese a tenerlo todo en contra. Fern Simón, que tampoco gozaba de las simpatías de la enfermera, había salido mejor librada de la prueba.

El mayor Safka volvió a olvidarse de Edwina, agobiado por las preocupaciones, pensando, desesperado, en lo difícil que era ayudar a su propio pueblo en circunstancias como estas, pues no parecía tener voluntad para luchar. Las gentes se abandonaban a la muerte con toda facilidad sin combatir, tal vez porque siempre habían estado desnutridas y la vida significaba muy poco para ellas en cualquiera de los casos. Acaso no fuesen muy distintas de las que la señorita MacDaid y él habían visto en Occidente, en aquellas horribles poblaciones fabriles y mineras. Y, además, el cólera... Ya era bastante difícil combatirlo en condiciones normales, cuanto más ahora, con muertos por todas partes y los pozos contaminados y los mangos maduros, vendiéndose por las calles... La gente tenía que comer mangos, porque apenas había otra cosa que llevarse a la boca. Los mangos crecían por todas partes. Pasaban de mano en mano, la mitad de las cuales pertenecían a hombres y mujeres ya contaminados, que no tardarían en caer fulminados al suelo, donde morirían con el rostro ennegrecido. No era posible hacer que hasta el más ignorante de los barrenderos lavase los mangos en permanganato antes de comerlos. Había, además, fiebres tifoideas, que cada vez serían más peligrosas y peores, pues ya la gente empezaba a hurtar agua de los pozos contaminados a la caída de la noche y a recogerla de los charcos de las calles.

Al fin, sintió que le invadía el sueño, y, en el preciso momento en que iba a quedarse dormido, arrullado por el batir de la lluvia, oyó rumor de voces en el pasillo: la de Ransome y la de la señorita MacDaid. Esta última decía:

—Está durmiendo y no se le puede molestar.

—¿Cuánto tiempo va a estar durmiendo?



—No lo sé. Pero, desde luego, no le molestaré hasta que se despierte.

—Creo que tiene usted razón. Es el hombre más valioso con que contamos.

Medio dormido, el mayor se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, dijo:

—Todavía no me había dormido. ¿Qué sucede?

La señorita MacDaid lanzó a Ransome una furibunda mirada, al mismo tiempo que resoplaba indignada. Empezaban a alterarse los nervios de todos, incluso los de aquel viejo corcel de batalla que era la señorita MacDaid.

Ransome informó al mayor de lo que la maharaní había dicho respecto a la permanencia de lady Heston en Ranchipur.

—A usted le toca decidir —concluyó.

El mayor, luchando con el sueño que le invadía, no respondió en seguida, y la señorita MacDaid se apresuró a manifestar lo que pensaba:

—No se me ocurre nada más insensato que permitir la estancia de esa mujer en Ranchipur —dijo.

El mayor, lanzándole una rápida mirada, dijo a su vez:

—Pero ha trabajado bien, ¿no es cierto? Ha constituido una genuina ayuda.

Honradamente, la señorita MacDaid contestó:

—Sí, en efecto, ha trabajado mucho y bien; pero no se trata de eso.

Las ideas del mayor se enredaban. Comprendió de pronto que iba a dormirse en pie, allí en el umbral. Estaba literalmente muerto de sueño.

—Que se quede —dijo, por fin—. Siempre podrá marcharse cuando se haya cansado.

En aquel momento pensaba en la mujer vestida con el traje de indiana de la señorita Smiley. A la otra la habría despedido inmediatamente.

## XXXVIII

Ransome encontró a Edwina en su habitación. Cuando le comunicó el resultado de sus gestiones, ella comentó:

—Me complace. Deseaba quedarme. En el avión, otra persona podrá ocupar el sitio vacante. Voy a mandar a Bates en mi lugar.

—Eso puede suscitar dificultades... Me refiero a eso de enviar a un criado cuando hay personas de mucha importancia que desean marchar.

—¿Quiénes son esas personas importantes?

—La maharaní deseará enviar un mensajero.

—Aun así, quedaría un sitio libre para Bates —en su rostro apareció su antigua expresión de arrogancia, y añadió—: De todos modos, se trata de mi avión. Lo han enviado por mí. Y mandaré en él a quien me acomode. Bates está enfermo. No es justo dejarle aquí. El no quería venir aquí. Aborrece a la India.

Ransome se encogió de hombros.

—No me importa saber quién va a ir en el asiento libre —concluyó Edwina.

—En ese caso, lo mejor será que le avises inmediatamente. El piloto querrá cruzar los pantanos de Surat antes del oscurecer.

—No sé a quién mandar. No tengo criados.

—Yo enviaré por él. ¿Estás segura de que deseará marcharse?

—Completamente segura.

—¿Dónde está Fern? —preguntó Ransome inopinadamente.

—No lo sé. Ha estado ayudando a la señorita MacDaid a hacer inventario de las existencias y a confeccionar una lista de las cosas que se necesitan —le miró directamente a los ojos y preguntó—: Todo va bien, ¿no? Me refiero entre ella y tú.

—Sí.

—Me lo figuraba. Pareces otro —y bruscamente inquirió—: ¿Por qué no te casas con ella?

—No, no sería bueno. Ni siquiera después de lo ocurrido.

—Pues eso es lo que necesitas..., una muchacha como esa.

—Es demasiado joven. De todos modos, tú no sabes nada acerca de ella.

Edwina no respondió a estas palabras. Se limitó a decir, con una extraña sonrisa:

—Es lamentable que no haya nadie para mí. Es lamentable que una mujer no pueda casarse con un hombre mucho más joven que ella.

Y en seguida le dijo que se fuese, pues tenía que volver a su trabajo, y que no dejase de mandar en busca de Bates.

—Supongo que debo dar las gracias a la vieja, ¿no?

—Sí; es lo menos que puedes hacer, y a ella le agradará.

Ransome se marchó perplejo. Todavía no era capaz de comprender a Edwina. No

podía imaginar por qué deseaba quedarse allí, a menos que fuese una nueva y sutil partida para conquistar al mayor. Sabía que era capaz de cualquier cosa y que su experiencia era enorme.

## XXXIX

Pero la partida del avión fue un asunto mucho menos sencillo de lo que Ransome se había figurado. Primero envió a buscar a Bates, y luego fue a ver a la maharaní, quien eligió a Copal Rao como mensajero, en el preciso momento en que el joven *márata* era más necesario en la organización que Ransome había creado. Y por si faltaba algo, la señorita MacDaid se había opuesto categóricamente a la partida de Bates sin que hubiera sido previamente examinado por el doctor Pindar, el ayudante del mayor.

—Es inútil dejarle partir sin saber que su enfermedad es inofensiva, pues allí no le permitirán bajar a tierra.

Al regresar al alojamiento del *jobedar*, descubrió que la noticia de que lady Heston se quedaba en la ciudad se había extendido rápidamente por toda la ciudad. La primera estancia estaba ocupada por una docena de hombres, todos los cuales gritaban en torno a Copal Rao, clamando por irse a Bombay en el avión. Entre los componentes del grupo se hallaban dos banqueros *parsis*, un prestamista *pathan*<sup>[67]</sup>, el director de la fábrica de algodón y Chandra Lal, el comerciante más rico de Ranchipur. También se encontraba allí el señor Bannerjee, que se había presentado con la caja de laca que contenía las cenizas de su padre bajo el brazo. Con excepción del señor Bannerjee, todos ellos aseguraban tener que partir por razones de negocios. Todos hablaban al mismo tiempo y mencionaban sumas tan exorbitantes, que en el mundo entero no existía oro bastante para cubrir sus míticas transacciones. De manera sucesiva, tres de ellos le llevaron aparte a un rincón, so pretexto de comunicarle razones confidenciales que avalaban su partida; pero en los tres casos, las tales confidencias resultaron exclusivamente otros tantos intentos de sustanciosos sobornos. En el caso del señor Bannerjee, no se trataba de asuntos de negocios; se trataba simplemente de que tenía que arrojar las cenizas de su padre cuanto antes al Ganges. Al ser rechazados sus intentos de soborno, todos ellos parecieron desconcertados y ofendidos.

Era curioso, pensó Ransome, que solamente los mercaderes, los prestamistas y un maníaco religioso mostrasen tan desesperado deseo de partir. El dinero y el fanatismo religioso parecían ir de la mano en la India.

Pero no se trataba solo del dinero. Era también miedo. El terror se reflejaba en todos los semblantes. En el rostro del rechoncho señor Bannerjee, el terror dejaba al descubierto el blanco amarillento de sus ojos. Ransome sentía ahora una profunda aversión contra aquel hombre. Había empezado a aborrecerle desde el momento en que se había dejado caer oficiosamente de la galería exterior de su casa al bote de recreo que conducía él. Sentía un hondo desprecio por el terror supersticioso de aquel hombre. El señor Bannerjee tenía miedo del cólera, de Ranchipur, de las lluvias, de

Kali, de la India misma. De repente, Ransome cedió a sus impulsos de aterrorizarle aún más. Oyó su propia voz, que decía con rudeza:

—Si cree usted escapar al poder de Kali por el solo hecho de abandonar Ranchipur, está usted loco de remate. Kali, la Destructora, está en todas partes.

Y tuvo la satisfacción de ver aumentar el pánico en los ojos del en otro tiempo cabeza visible del círculo cosmopolita de Ranchipur.

Cuando aquellos hombres se enteraron de que Bates ocuparía el asiento libre, empezaron a murmurar acerca del favoritismo, diciendo que estaban en la India y que los indios habían de tener la preferencia. Siempre eran los europeos los que conseguían todas las cosas. A los indios se les empujaba siempre atrás. Hablaron de una revuelta, lanzando feroces miradas de impotente ira a Ransome, hasta que este, agotado y en un acceso de cólera que rozaba el histerismo, gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Fuera de aquí, o haré que los arrojen los *sikhs* a puntapiés! Son ustedes los últimos en desear que nos marchemos. Ustedes han combatido a Gandhi. Ustedes han combatido al pobre Jobnekar. Si nosotros nos marchásemos, habría una revolución, y ustedes perderían algunas de sus cochinas rupias. ¡Fuera! ¡Fuera todos!

Amedrentados, los componentes de aquel grupo salieron de la estancia, pero no se alejaron mucho. Se quedaron murmurando y charlando entre sí bajo el arco de la gran puerta de entrada.

Mientras Ransome gritaba a aquellos hombres, el piloto musulmán, descendiente de Baber, de Genghis Khan y de Akbar, permanecía en un rincón de la estancia, con un cigarrillo colgando de sus labios, bajo el cuidado bigotito. En su rostro brillaba una sonrisa extraordinariamente elocuente. Cuando en la estancia solamente quedaron Copal Rao, Ransome y él mismo, el piloto, sin dejar de sonreír, dijo:

—Cuando un musulmán grita, diez hindúes tiemblan.

Copal Rao se puso en pie inmediatamente, despidiendo llamas por sus negros ojos. El musulmán siguió sonriendo, pero añadió:

—Excepto los *máratas*, y tal vez los *sikhs* y los *rajputs*.

Rao volvió a sentarse, pero respondiendo:

—Ha habido tiempos en que el grito de guerra de un solo *márata* ha bastado para derrumbar todo un imperio.

«Siempre está eso ahí —pensó Ransome—, a flor de piel».

—Además —añadió Copal Rao—, esos perros de ahí fuera no son más que *bunyas*... *Bunyas*, *gujeratis* y *parsis*.

Los negros ojos del piloto musulmán se entornaron hasta formar dos sutiles líneas.

—Sí —contestó—. El futuro es de ustedes y nuestro, amigo mío.

## XL

Pero no eran los *bunyas* los únicos que, aterrorizados, trataban de huir de la ciudad asolada. Mientras esperaban la llegada de Bates, apareció el coronel Ranjit Shing, portador de noticias. Los ciudadanos de Ranchipur habían empezado a huir a las aldeas y a los distritos rurales. Los *sikhs* que quedaban no solo tenían que custodiar los pozos contaminados, sino rodear la ciudad, porque la maharaní no quería que las enfermedades se extendieran a los pueblos y aldeas hasta el mar. Ya era bastante que sufriese la capital. Era preciso impedir que las enfermedades diezmasen todo un estado y que, transponiendo sus fronteras, se extendiesen por el resto de la India. El pánico se había adueñado de toda la ciudad, extendiéndose como un incendio. Familias enteras trataban de emigrar, llevándose todos sus enseres. Habían estallado revueltas, y siete hombres habían caído al tratar de romper el cerco.

—Son órdenes de la maharaní —dijo el coronel, que añadió torvamente—: Todos ellos han muerto. No le darán más trabajo al mayor en el hospital.

Ransome no dijo nada, pero tuvo una repentina y amarga visión de los hombres de Ranjit Singh, cuidándose de que el tiro de gracia dejase definitivamente sin vida a los revoltosos. Pero la vida era barata en la India. De un modo u otro, millones de vivos brotaban de los millones de muertos, como los hongos sobre los troncos podridos.

Estaban llegando alimentos. De los pueblos y de la costa afluían el mijo, el trigo, el arroz. Raschid se había ocupado de ello. Las carretas llegaban hasta cinco millas de la ciudad, por los caminos enfangados. Y allí, en silos improvisados, depositaban el grano, que iban a recoger *coolíes* y carretas procedentes de la ciudad. El mayor Safka había dicho que el foco pestilente debía permanecer aislado, y Raschid, con su Policía *márata*, y Ranjit Singh, con sus *sikhs*, estaban esforzándose por ejecutar sus órdenes. Era la nueva India en lucha contra la vieja, la India que había tomado lo mejor de Occidente combatiendo a la vieja y pululante India que emigraba, presa del pánico, entre el hambre y la peste. Era aquella una nueva idea para la India: el sufrimiento de los menos en beneficio de los más. Era una lección que tendrían que aprender los mercaderes cobardes y murmuradores, el supersticioso señor Bannerjee, los comerciantes y los sacerdotes de toda la India.

El coronel Ranjit Singh se marchó, y en seguida llegó un mensajero con una nota de la señorita MacDaid. En el hospital necesitaban desesperadamente estimulantes. Se dirigía a él, decía, porque probablemente fuese la única persona de Ranchipur que tuviese algo de coñac y de *whisky* en estado potable. ¿Querría enviarle lo que tuviese?

Rápidamente, Ransome escribió una nota en francés para Juan Bautista, ordenándole que enviase todo el licor que hubiese en la bodega a la señorita MacDaid. Tal vez hubiese allí dos docenas de botellas. Luego extrajo una llave del

bolsillo y se la entregó al mensajero, junto con la nota, despidiéndole inmediatamente. Le vio marchar no sin pesar. Desde hacía cuatro días no probaba una gota, y había habido momentos en que todo su cuerpo clamaba por un trago de licor, no más que un traguito de licor. Y ahora se había quedado sin una gota de su buen coñac francés, que iría a remojar las gargantas de barrenderos y *gujeratis* de casta inferior, que nunca conocerían el gozo, la paz, la ciega satisfacción, que aquel licor podía procurar. No harían sino toser y atragantarse cuando les quemase el paladar, y si tenían fuerzas para ello, lo escupirían en señal de protesta.

Ya muy avanzada la tarde, llegó Bates, procedente de la Misión, transportado sobre una contraventana por cuatro *coolíes*. Tenía fiebre y llevaba nuevamente sus ropas de fámulo impecable, que ahora presentaban un aspecto más respetable. Parte del retraso se debía a tía Phoebe, que había insistido en limpiárselas lo mejor posible. Dijo que no podía ir a Bombay con el aspecto de quien acaba de salir de una pocilga. El doctor Pindar le había reconocido detenidamente. Padecía pleuresía y tenía fiebre, pero podía hacer el viaje bien envuelto en mantas. Si le permitían bajar a tierra en Bombay, indudablemente le aislarían en un hospital hasta cerciorarse de que no padecía cólera ni peste. El doctor Pindar había considerado una locura enviarle en tales circunstancias; pero Bates estaba decidido a partir, y lady Heston insistió de manera casi histérica en la necesidad de su marcha, de modo que el doctor Pindar terminó por ceder.

Ya estaban todos dispuestos para la partida y emprendieron inmediatamente la marcha en dirección al aeroplano estacionado en el campo de mijo, más allá de la Torre del Silencio: el piloto, Ransome, Bates y el médico. Cerrando la marcha, seguían los *parsis*, los *bunyas* y el señor Bannerjee con la caja que contenía las cenizas de su padre bajo el brazo, todos con la esperanza tal vez de que Bates falleciese en el camino y quedase un sitio libre en el avión para uno de ellos. Mientras avanzaban por el embarrado terreno no cesaban de refunfuñar y murmurar. Transportado sobre la contraventana, consumido por la fiebre, Bates apenas veía las casas derruidas ni los grandes montones de cenizas que marcaban los lugares en donde habían sido incinerados los cadáveres. Regresaba a casa, a Manchester, a la pequeña villa de los suburbios, en donde su hermana soltera le atendería durante el resto de sus días. Iba a dejar este maldito y terrible país para siempre. Volvía a Inglaterra, al verdor de sus prados, a su carnero cocido, a los programas de las carreras hípicas, a las partidas de críquet, a los ratos en la taberna de la esquina y a la lectura del *Evening News*. No se le ocurrió pensar una sola vez que lady Heston se quedaba en aquella desolada y apestada ciudad. Largos años de experiencia le habían enseñado que su señoría era muy capaz de cuidar de sí misma, más aún que había sido jamás lord Heston. En el hospital, Edwina, inclinándose sobre él, le había dicho en un vehemente susurro: «Todo está arreglado, Bates. Quiero que se vaya. No

permita que le dejen aquí. Quiero que se vaya. De mí cuidará el señor Ransome». No le importaba un bledo a Bates lo que pudiera ser de Edwina, con su dinero y todo lo demás. Pero había que reconocer que, a su manera, era una mujer leal y justa. Probablemente no sospechaba que el viejo bastardo sabía todo lo referente a sus amantes. Pero ahora se enteraría, cuando abriese la caja y viese la lista escrita de puño y letra del viejo bastardo. Lo que no sabría nunca sería lo que su señoría había pagado por cada uno de los nombres, jamás sabría lo que él, Bates, había ganado a costa de ella y de sus aventuras amorosas. Era muy afortunado por el hecho de que lady Heston tuviera tanta prisa para quitársele de en medio, para quedarse con las manos libres respecto a este Ransome que ahora caminaba a su lado. De todos modos, Ransome era mejor que muchos de los hombres que ella había conocido. Podría ser un rufián; pero, al menos, tenía los modales de un perfecto caballero.

Era muy afortunado porque iba camino del paraíso, de regreso a Manchester, a vivir entre gentes decentes y morales, que no eran ricas ni poderosas. Cerró los ojos y apretó fuertemente las mandíbulas para resistir el traqueteo de la contraventana. A cada paso que daban los *coolíes*, se le clavaba un puñal en el pecho.



## XLI

Cuando llegaron al campo de mijo, comprobaron que no existía ninguna esperanza de hacer despegar de allí al aparato. El piloto puso en marcha los motores; pero las ruedas, profundamente hundidas en el barro, no se movieron. Copal Rao, dirigiéndose a la pequeña multitud de curiosos allí congregada, ordenó que saliesen los hombres, y estos arrastraron el avión hasta la carretera de macadam que conducía, recta como una flecha, al lugar en donde se había elevado la gran presa no hacía mucho. Cuando estaban a punto de partir, llegó corriendo un mensajero con una carta que entregó al piloto. Era de lady Heston y estaba dirigida al secretario de lord Heston en Bombay. En la misiva le decía que ella se quedaba en Ranchipur y le recomendaba que cuidase de Bates. Contenía también instrucciones para que cablegrafiasen a los familiares de las dos doncellas muertas: Harris y Elsie. El hermano de Harris vivía en Nottingham, y la hermana de Elsie, en Putney. Sus cuerpos habían sido incinerados, lo mismo que el de lord Heston, y ella se ocuparía de que sus cenizas les fuesen enviadas en el plazo más breve posible, para que los restos de Harris y Elsie reposasen en su patria, entre sus deudos.

Por fin, el aeroplano partió, rugiendo a lo largo de la recta y extensa carretera, y no tardó en desaparecer entre las bajas nubes que se cernían sobre los blancos templos del monte Abana. Los *bunyas*, los *parsis* y el señor Bannerjee, con su caja debajo del brazo, lo siguieron con la vista hasta que desapareció, y entonces regresaron refunfuñando a la capital, dejando atrás el círculo de negros buitres posados en la Torre del Silencio. No quedaba ahora otro medio para emprender la huida que la carreta y el soborno de los centinelas *sikhs*.

Al llegar al bazar, Ransome se separó del pequeño grupo para dirigirse al hospital. Estaba exhausto. El sueño ponía plomo en sus párpados y tropezaba sin que sus pies encontrasen obstáculo alguno, antes de entregarse al sueño tenía que ver a Fern, comprobar si todo iba bien, porque en su fatigado cerebro había nacido la obsesión de que debía cuidar de la muchacha hasta que pudiera salir de esta ciudad moribunda y regresar a América y a la vida cómoda y saludable a que tenía derecho desde la cuna. En los dos días transcurridos desde que ella le había despertado en el suelo de aquella habitación en casa del señor Bannerjee, Ransome había pensado en todo. Ella se iría a América, y él se quedaría en Ranchipur, acaso para morir, al fin, en la vieja y amarillenta casa estilo georgiano, cubierta de enredaderas color escarlata.

En la puerta se encontró con el mayor Safka, reanimado por las pocas horas de descanso que se había tomado, y con el enfermero del fallecido maharajá, que se dirigían a la semiderruida Escuela de Música, en donde Harry Bauer se haría cargo de los enfermos que yacían en el suelo, tendidos en largas hileras. Halló a Edwina en el vestíbulo y le comunicó que el aeroplano ya había partido, llevándose a Bates, para

cubrir la primera etapa de su largo viaje de retorno a la patria.

Edwina parecía excitada. En sus ojos azules brillaba una luz nueva, y le dijo:

—Ahora ya puedo contarte lo de la señorita Hodge.

—¿Qué sucede con la señorita Hodge? —preguntó Ransome con aire de cansancio.

—Lo que ella quería que te comunicase. Se imagina haber sido violada por el *sikh* que la salvó.

La ira despejó el cansancio que le agobiaba, y exclamó con vehemencia:

—Pero ¡eso es ridículo! ¡La vieja estúpida!

—Pues ella teme que va a tener un niño —dijo Edwina con un centelleo de sus ojos azules—. A veces llora como una muchacha por esta causa. Pero la mayor parte del tiempo lo pasa sentada, hablando consigo misma en tono quejumbroso. No obstante, creo que, en conjunto, la idea le agrada extraordinariamente.

—¿En dónde está ahora?

—Ahí dentro. Con un cubo de agua sucia, que le he dejado un momento.

Con ademán de cansancio, Ransome se pasó la mano por los ojos.

—Procura que no vaya contando esa historia por todas partes —dijo—. Podría originar complicaciones.

—Le diré que eso debe constituir un secreto entre nosotras dos.

—Muy bien —tras un momento de silencio, Ransome preguntó—: ¿Qué vamos a hacer con esa mujer?

—Yo me cuidaré de ella. No te preocupes por eso. Hará todo cuanto yo le diga.

—Pero será un estorbo.

—No lo creas. Me ayuda mucho. Y su estómago es mucho más fuerte que el mío. Ella me sostiene el cubo y el jabón cuando tengo que salir a vomitar —y tomándole ambas manos, Edwina agregó—: Es este un país infernal. Todo el mundo aquí está loco, pero empiezo a comprenderlo un poco. Empiezo a comprender lo que representan Siva y sus símbolos. Es algo que se ha apoderado incluso de la señorita Hodge.

Edwina regresó a la sala en donde la señorita Hodge esperaba pacientemente sentada, con una boba sonrisa en los labios, cuidando del cubo, el jabón y las toallas de algodón. Ransome se quedó unos instantes desconcertado, oscilando levemente sobre sus pies. Edwina, la frágil muñeca de porcelana, se estaba convirtiendo en un caballo de batalla, como la señorita MacDaid.

Encontró a Fern en la habitación que compartía con Edwina y con la señorita Hodge. La muchacha acababa de cambiarse el uniforme azul de algodón y estaba pasándose un cepillo por los cortos y rubios cabellos, delante de un trozo de espejo que había encontrado en alguna parte. Al oír los pasos de Ransome en la puerta, se volvió y en seguida se acercó rápidamente a él; pero antes de llegar a su lado se

detuvo llena de timidez, sonrojándose, de modo que Ransome tuvo que extender los brazos y atraerla contra su pecho. Estuvieron así largo rato, en silencio, con la cabeza de ella apoyada en el hombro de él. Al fin, levantando la mirada, la muchacha dijo:

—Pareces rendido de cansancio.

—Y lo estoy. Sentémonos un poco.

Sentáronse juntos en uno de los lechos de cuerda entretejida.

—¿Qué te sucede? —preguntó ella, reteniendo todavía entre las suyas una de las manos de Ransome.

—Nada. ¿Por qué?

Fern se sintió de pronto en la imposibilidad de responder a su pregunta, de decirle que notaba en él cierta diferencia, como si se hubiese alejado, como si una sombra se hubiese interpuesto en su intimidad. En su sencillez, la muchacha percibía toda la complejidad del carácter de Ransome y no encontró palabras que le hiciesen comprender lo que experimentaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, sonriendo.

—Sí, muy bien.

—¿Has dormido algo?

—Sí.

—¿No crees que sería mejor que volvieras a la Misión?

—No... Aquí soy feliz —dijo ella con el rostro iluminado—. Hasta la señorita MacDaid dice que soy una ayuda —le miró a la cara y vio que tenía los ojos cerrados—. Puedes dormir un poco aquí —dijo.

—No; tengo que volver.

Pero todas las cosas que le rodeaban parecían alejarse bamboleándose. Las paredes de la habitación se retiraban, se nublaban y, al fin, se desvanecían. Desde una gran distancia oyó la voz de Fern, que decía:

—Así... Muy bien. Ahora, a dormir.

Y luego la voz dejó de oírse, y la estancia, la ciudad y el mundo entero desaparecieron por completo. Solo hubo silencio, olvido y paz.

Durante largo rato, hasta que comprendió que debía dejarle y regresar al lado de la señorita MacDaid, Fern estuvo sentada a los pies de la cama, contemplándole, un poco asustada por aquel sueño tan profundo, que semejaba a la muerte. En su corazón reinaba la tristeza, porque le parecía que Ransome se había alejado de ella, volviendo a aquel mundo que había existido antes del desastre, el mundo que tanto le había hecho sufrir a ella con sus círculos, su *snobismo*, su mezquindad y las complicaciones que rebasaban su comprensión. Este mundo nuevo, a despecho de sus miserias y horrores, era más de su agrado, porque era más franco y sencillo y le permitía ver, comprender y seguir adelante el camino de la vida.

Sentada allí, meditando, una cosa vio con toda claridad: que, por encima de todo,

tenía que salvarle, no de aquel viejo y miserable mundo que ineluctablemente volvería algún día, ni siquiera de gentes como lady Heston, sino de él mismo. Su peor enemigo era aquel ser perverso y desconcertante que llevaba dentro. Ser al cual ella había conseguido alejar durante algún tiempo después de aquel despertar en casa del señor Bannerjee. Si había de salvarle, tendría que alejarle una y otra vez, tenaz e incansablemente.

Por último, temiendo que la señorita MacDaid la creyese una holgazana y la mandase a la Misión al lado de su madre, se levantó y salió de la habitación.

Encontró a la señorita MacDaid en su oficina. La tirana la miró penetrantemente y preguntó:

—Qué, ¿ha tenido ya bastante?

Pero Fern no estaba dispuesta a dejarse asustar ni amedrentar. Audazmente preguntó:

—¿Bastante de qué?

—Pues de todo esto. Del barrer, de la suciedad, del trabajo duro y desagradable.

—No. Ni siquiera he pensado en ello.

—Entonces, ¿está dispuesta a seguir adelante?

—Sí.

—¿Conoce usted los peligros que corre?

—Sí.

—¿Sabe usted que puede contraer el cólera, el tifus o las fiebres tifoideas?

—Sí.

—Sepa usted que cualquiera de estos días podría irse a Bombay. A tiempo está de regresar a la Misión y de esperar allí, en seguridad, ese momento.

—La Misión es el último lugar del mundo al que iría. Quiero ser útil. Voy a seguir hasta el fin, hasta que las cosas vuelvan a estar en orden.

Dijo esto con tal decisión y tanta fuerza de voluntad, que la señorita MacDaid quedó momentáneamente reducida al silencio, mientras en su ajado y curtido rostro se reflejaba una expresión de profundo asombro. Había considerado a esta muchacha una estúpida adolescente y parecía ser que se había equivocado en su juicio, cosa que la desconcertaba penosamente.

—¿Por qué? —preguntó con brusquedad.

Pero Fern no estaba dispuesta a dejarse sorprender. No iba a responder ingenuamente: «Porque no quiero marcharme mientras Ransome permanezca aquí». En lugar de ello, respondió:

—No sé por qué. Pero siento la necesidad de quedarme. En el cerebro de la señorita MacDaid germinó una esperanzadora idea. Ávidamente pensó: «Tal vez sea una buena adquisición. Acaso se aficiona al trabajo y ya no quiera dejarlo». En voz alta dijo:

—Tengo labor para usted. ¿Ha limpiado alguna vez una casa?

—Sí.

—Quiero decir una limpieza en regla. Fregando bien los rincones, desinfectando, dejándolo todo inmaculadamente limpio.

—Sí —aseguró Fern.

Pero no era verdad. Su madre nunca había sido una buena ama de casa. Con media docena de *bhils* a sus órdenes en la Misión, la limpieza de la casa había sido siempre una promesa y un asunto superficial. Todas sus enseñanzas se habían reducido a inculcarles a sus hijas la idea de que un día deberían casarse con uno de «los muchachos».

La señorita MacDaid, pensando en la señora Simón, dijo en tono dubitativo:

—Me refiero a una limpieza de hospital.

—Sí, podría hacerla.

—He enviado a Harry Bauer a hacerse cargo de lo que queda de la Escuela de Música. Usted puede dirigir la limpieza de todo aquello y ocuparse de que se conserve después en el mismo estado.

Tendrá usted media docena de mujeres a sus órdenes..., si no escapan. ¿Sabe usted *gujerati*?

—Solo unas palabras. Pero puedo aprenderlo. Además, me haré entender por señas, en caso necesario.

—Es una lástima que no lo sepa, después de haber vivido aquí toda su vida.

Fern no respondió, porque, en realidad, aquello no tenía respuesta. Tuvo una rápida visión de cómo había sido ella mucho tiempo antes, siglos antes, la *Perla de Oriente*, leyendo revistas cinematográficas, hastiada y presa de profunda melancolía. El rubor coloreó lentamente sus mejillas, en parte por una ira creciente contra aquella inflexible señorita MacDaid, en parte también avergonzada de sí misma.

—La acompañaré allí para ayudarla a empezar —dijo la enfermera—. Vaya a buscar sus cosas, porque a partir de ahora tendrá que permanecer allí —luego, mirando fijamente a la muchacha, añadió—: ¿Se da cuenta de que estoy depositando en usted una gran confianza?

—Sí, me doy perfecta cuenta de ello.

Pero lo que ella hubiera deseado decir era: «Déjeme estar aquí hasta que él se despierte y pueda hablarle. Tengo que recuperarle. Tengo que salvarle». Pero sabía muy bien que esto hubiera sido a los ojos de la señorita MacDaid la más absurda de las razones.

Dejando a la enfermera, se dirigió rápidamente a la habitación en que dormía Ransome. Seguía en la misma posición en que le había dejado, con un brazo sobre la cabeza. La palidez de su rostro sorprendió y alarmó a la muchacha. «Acaso no vuelva a verle más —pensó con frenesí—. Tal vez muera alguno de los dos». El cólera, en

efecto, podía abatirle a uno repentinamente en medio de la calle. Luego se sintió avergonzada por estas ideas melodramáticas y se puso a recoger las pocas cosas que había de llevar consigo: el pantalón corto y la camisa de tenis, un uniforme de repuesto, un trozo de vela, unas cerillas humedecidas, el cepillo de dientes que le había regalado la señorita MacDaid y el rollo de gasa para lavados y desinfecciones. Por último, del pequeño estante que había junto al lecho de lady Heston, cogió el trozo de espejo que ambas compartían, lo golpeó contra el alféizar de la ventana, partiéndolo en dos, y se reservó el fragmento más pequeño, diciéndose: «Con eso le bastará».

El ruido del cristal al romperse no produjo el menor efecto en Ransome. Maliciosamente, Fern había esperado que el ruido le despertase, dándole así ocasión a despedirse de él; pero Ransome continuó inmóvil como un muerto, respirando lenta y pesadamente. Fern pensó: «Cuando se despierte, la encontrará a ella en mi lugar». A ella, a lady Heston, que le llevaría de nuevo a adoptar su antigua personalidad, a aquel mundo distante que ella no había conocido nunca, del cual estaba excluida, convirtiéndole en un ser remoto, inasequible y extraño.

Sentía deseos de llorar, pero consiguió retener las lágrimas que pugnaban por asomarse a sus ojos, e inclinándose, le besó en la frente. Pero el contacto de sus labios no produjo más efecto que la rotura del espejo. Fern había vuelto a abrigar la esperanza de que aquel beso le despertase.

Recogiendo sus cosas, salió de la habitación, y yendo en busca de la señorita MacDaid, dijo:

—Ya estoy dispuesta.

Salieron juntas y avanzaron a lo largo del gran depósito. Empezaba a anochecer y no tardaría en llegar el momento en que las tinieblas lo envolverían todo repentinamente, sin transición. Parte del muro del antiguo depósito se había derrumbado, y a lo lejos, sobre la amplia escalinata de bajos peldaños, mujeres de casta inferior recogían sus ropas lavadas. Los grandes murciélagos de la ciudad muerta de El-Kautara habían vuelto y pasaban y repasaban incesantemente sobre la superficie del agua. Ya no se oía ruido alguno en la Escuela de Música ni se veían luces en el cine. A aquella hora, en el fugaz crepúsculo, todo estaba en reposado silencio, un silencio de muerte. Ninguna de las dos mujeres pronunciaba palabra. Fern tenía que apretar el paso para que no la dejase atrás la incansable y poderosa zancada de la escocesa. En el preciso momento en que se acercaban al extremo del depósito, un terrible pensamiento cruzó por el cerebro de la muchacha.

Había roto un espejo, y eso traía desgracia. Se dijo en seguida que lo había roto deliberadamente y no por azar, y que, por consiguiente, no obraría el maleficio. Pero, inmediatamente, pensó: «Acaso sea peor haberlo roto a propósito». Y aquel fragmento de espejo convirtiéndose en un objeto horrible e insoportable que parecía

quemarle la mano. Ladinamente, se retrasó un poco y, comprobando que su compañera no miraba hacia atrás, arrojó el trozo de espejo al depósito. En alguna ocasión había oído decir: «Hay que arrojar al agua los fragmentos».

En el silencio del atardecer, el espejo roto, al chocar con el agua, produjo un débil *clop*, y la señorita MacDaid, volviendo rápidamente la cabeza, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—No sé —respondió Fern—. Algún pez tal vez.

## XLII

Durante dos horas, Ransome durmió como un muerto. Luego, turbado por intermitentes y fugaces accesos de conciencia, empezó a soñar, forcejeando en su profundo sueño como si fuese presa del delirio. Una parte de su mente tiraba constantemente de él, gritando: «¡Despierta! ¡Hay mucho que hacer! ¡Hay mucha gente que depende de ti!». Otra le arrastraba hacia el pozo de olvido en donde se había sumido para disfrutar de un poco de paz en el aniquilamiento del yo. En aquel sueño inquieto se mezclaban confusas y extrañas visiones de Siva y de sus atributos, de cosas que pululaban, de cadáveres, pestilencia y muerte. Una vez vio al propio Heston, envuelto en el «sangriento sudario de los muertos», que, en este caso, eran las rosadas sábanas de su mujer, con el monograma de esta entrelazado con el símbolo de Siva, sobre el estómago del muerto.

Por fin, la mente consciente obtuvo la victoria, y Ransome se despertó poco a poco, perplejo y aturdido. Era de noche, y fuera la lluvia caía a torrentes. A la turbia claridad de un cabo de vela distinguió las figuras de la señorita Hodge y de Edwina. Esta había colocado la bujía cerca del trozo de espejo roto y estaba ocupada con sus cabellos. Poco a poco fue dándose cuenta de que estaba arrollando las puntas de sus cortos cabellos rubios en torno a trocitos de papel arrancados de un ejemplar del *Times of India*, que tenía en la cama, al alcance de la mano. Tendido en el duro lecho, empapado de sudor, Ransome la observó, con los párpados entornados, fascinado por la precisión y habilidad con que Edwina realizaba aquella tarea. Arrancaba un trocito de papel, lo retorció dándole la forma deseada, enrollaba los rubios cabellos a su alrededor y lo sujetaba todo con horquillas. «¿Dónde diablos habrá encontrado esas horquillas? —pensó Ransome—. Acaso se las haya dado la señorita MacDaid, lo cual querría decir que sus relaciones han mejorado mucho». Luego se dijo: «No es ciertamente por mí por quien se está tomando tanta molestia». A cada nuevo ricitito que quedaba preparado, la cabeza de Edwina, antes tan pulida, brillante y perfecta, iba adquiriendo un aire cada vez más grotesco y parecido a la de una criada en la noche de un sábado. Probablemente habría adquirido aquella habilidad muchos años atrás, cuando era pobre, cuando hasta el precio de unas tenacillas representaba un capítulo digno de discusión en el presupuesto de su padre. Y entonces, por primera vez, pensó que, con el fallecimiento de Heston, Edwina debía de ser una de las mujeres más ricas del mundo.

A la débil luz del cabo de vela, Ransome pudo distinguir el rostro de Edwina reflejado en el deslustrado espejito. Era un rostro cansado, y en torno a los ojos azules, sobre el delicado cutis, se destacaban profundas ojeras. Estaba extraordinariamente concentrada en su tarea, un poco inclinada hacia adelante, de modo que pudiera verse la cabeza en el espejo.



Enfrente de ella, la señorita Hodge hallábase sentada en el borde de su cama, con las manos cruzadas en el regazo, mirando al vacío, con una vacua expresión de dicha en su redondo semblante. Había en aquella escena algo profundamente tranquilo, casi hogareño. «Ha sido mejor que la pobre señorita Hodge haya perdido el juicio — pensó Ransome—. Ahora es feliz». Era chocante que hubiese olvidado tan rápida y totalmente la existencia de la señorita Dirks, a cuyo lado había pasado toda su vida. Soñoliento, viéndola de una manera difusa en la penumbra, se dijo: «Quizá haya vivido oprimida durante todos esos años. Acaso haya tenido que fingir durante todo ese tiempo ser lo que en realidad no era». No era posible vivir al lado de la pobre señorita Dirks, con la palabra «Deber» escrita en su semblante de granito. Había que optar por anularse o abandonarla. Tal vez, en el curso de aquellos largos años, la pobre señorita Hodge hubiese estado suspirando por otra clase de vida.

Mientras Ransome la observaba, los labios de la maestra se movieron y empezó a hablar.

—Entonces el obispo me dijo: «Mi querida señorita Hodge, ha pasado usted por pruebas extraordinarias y se ha convertido en una mártir. No me cabe duda alguna de que será usted condecorada». Y luego añadió: «Es usted una segunda Florence Nightingale, eso es». Y yo repuse: «Pero lo que yo hice durante la catástrofe no es nada, comparado con lo que hizo mi amiga Edwina Heston. Yo tenía el cubo mientras ella salía a vomitar». Entonces la duquesa intervino para decir: «¡Vomitar! ¡Oh querida! Eso me recuerda cuando yo estuve encinta de Penélope, mi hija menor». Y yo contesté: «Yo también sé lo que es eso. Cuando el *sikh* se lanzó sobre mí..., contra mi voluntad, naturalmente, aunque después no me importó tanto». Y el obispo dijo: «Mi estimada señorita, ¡qué pruebas ha tenido que soportar usted! Desde luego, hablaré con el arzobispo, que, sin duda de ningún género, hablará a su vez con el rey acerca de una condecoración. ¡Atacada por un *sikh*! ¡Imagínese, duquesa!». Y la duquesa dijo: «Bueno; yo siempre le he dicho a mi esposo que soy una mujer muy comprensiva».

La señorita Hodge levantó la cabeza y contempló algo que solamente ella podía ver.

—¿No fue maravilloso, Sarah, que la duquesa hiciese gala de tan exquisito tacto para que yo no me sintiese violenta? —dijo.

Ransome escuchaba fascinado; pero el monólogo concluyó al extinguirse la voz de la señorita Hodge, quien volvió a fijar la mirada en sus manos entrelazadas, con una enajenada sonrisa en los labios, y Ransome pensó: «Quizá no sepa que la señorita Dirks ha muerto. Acaso su mente no acepte ese hecho».

Edwina seguía atendiendo a sus rizos, sin mirar ni una sola vez hacia la señorita Hodge. Por un instante, Ransome pensó: «A lo mejor yo también me he vuelto loco, y la señorita Hodge no ha dicho una sola palabra. A lo mejor todo son imaginaciones

mías. Un trago es lo que me hace falta. Un trago me dejaría nuevo. Por eso he dormido tan mal..., porque me está haciendo mucha falta un buen trago». No se podía prescindir del alcohol de aquella manera, bruscamente, en especial cuando uno estaba habituado a beberse una botella o más todos los días.

Edwina terminó su labor, y en el momento en que se volvía, Ransome se incorporó con un solo movimiento y se quedó sentado en el borde de la cama.

—¿Qué hay? —dijo.

Y Edwina, como si el aspecto de su cabeza no tuviese nada de extraordinario, le preguntó:

—¿Quieres un trago? Sé dónde encontrarlo y podría sustraer un poco para ti.

—No —rechazó Ransome. Durante un instante, todo su cuerpo se rebeló contra su decisión y su voluntad. Empezó a temblar. Pero en seguida, reponiéndose, añadió —: No, un trago no serviría de nada. No haría sino empeorar las cosas.

—Fern se ha llevado la mitad del espejo. Romper un espejo trae mala suerte.

—¿En dónde está?

—Ha ido a la Escuela de Música a ayudar a ese enfermero suizo.

—No han debido mandarla a semejante lugar. Allí están los casos de cólera.

—Ella ha querido ir. Hay que reconocer que tu amiguita tiene mucho valor.

—Es asombrosa la cantidad de gente que lo tiene cuando hay necesidad de ello — luego, indicando a la señorita Hodge con un movimiento de cabeza, agregó—: ¿Oíste lo que dijo?

—Sí. Habla así en muchas ocasiones.

—¿Cree que vive todavía la señorita Dirks?

Edwina asintió con un movimiento de cabeza; pero aquel nombre había atravesado las nubes de ensueño en que se había envuelto la señorita Hodge, quien, levantando la mirada, dijo:

—¡La señorita Dirks! Ha ido al Instituto para cuidarse de unos libros recién llegados de Inglaterra. No tardará en volver —fijándose entonces en Ransome por primera vez, añadió—: Hemos lamentado mucho lo ocurrido con motivo de su invitación para el té del viernes, pero ya habíamos invitado a lady Heston. Se trata de una gran amiga mía, ¿sabe? No podía anular la invitación.

—Está bien. Lo comprendo perfectamente —dijo Ransome—. Ya lo tomaremos en otra ocasión..., la semana próxima tal vez.

Sonriendo, con la expresión de una buena anfitriona que ha arreglado todos sus compromisos, la señorita Hodge volvió a sumirse en sus ensueños.

—¿Tienes un peine? —preguntó Ransome a Edwina—. Me parece que tengo los pelos de punta.

—Y así es —afirmó ella, dándole un trozo de peine que había al lado del espejo.

—El aeroplano volverá mañana o pasado mañana —informó Ransome mientras

se miraba en el espejo—. ¿Has resuelto definitivamente quedarte aquí?

Mientras hablaba, sintióse repentinamente impresionado por su aspecto. Sus negros ojos parecían dos veces mayores que lo normal y tenía el rostro amarillento.

—Me quedo —respondió Edwina, sonriendo—. Estoy teniendo mucho éxito. Incluso con la señorita MacDaid. Ha sido ella quien me ha prestado sus horquillas — tras una breve pausa, preguntó—: ¿Por qué me odiará tanto?

—Una de las razones radica en que odia todo lo que tú representas. La otra puedes suponerla.

—La supongo. Pero no le he molestado en absoluto. Ni siquiera le he visto.

—Mejor es así. Es su niño mimado.

Dejó el peine en su sitio, se estiró cuidadosamente la chaqueta, como si fuese a asistir a alguna cena, y anunció:

—Bueno; ya me voy.

—¿Adonde?

—¿Qué hora es?

—No lo sé con exactitud. Pero serán las nueve, poco más o menos.

—Entonces voy al pabellón de la maharaní, y de paso me detendré un momento en la Escuela de Música.

Edwina permaneció un rato en silencio. Luego dijo:

—Anoche estaba demasiado cansada para conciliar el sueño. Estuve mucho tiempo despierta, pensando, y se me ocurrió una idea.

—¿Cuál?

—Que tú y yo podíamos casarnos.

Ransome sonrió.

—Bueno; no es mala idea —comentó—. A mí se me ha ocurrido en algunas ocasiones.

—Ahora soy muy rica.

—Tu marido puede haber dejado su fortuna a cualquier otra persona.

—No lo ha hecho. Tengo el testamento en mi poder. Está en la Misión. Poseo un par de millones de libras esterlinas, por lo menos.

—¿Y qué?

—¿Y qué? ¡Pues que no sé qué diablos voy a hacer con todo eso!

—Pensaré en esa proposición que me has hecho.

—Cosas más raras se han visto, ¿eh? —Edwina le miró a los ojos y añadió—: Supongo que estarás preguntándote si me portaría bien contigo.

—En efecto, se me ha ocurrido esa pregunta. Espero que lo encuentres muy natural.

—Pues me portaría bien. Al menos, así lo creo.

—Podrías hacer cosas peores que casarte conmigo, desde luego.

—Ya lo sé. Lo he pensado bien.

Ransome se percató de que ella le observaba con excesiva atención. Estaba tratando de llegar al fondo de sus pensamientos. Quería descubrir lo que había con respecto a Fern.

—De todos modos, tendremos tiempo de decidirlo cuando hayamos salido de todo esto. No tenemos ya veinte años ni nos devora el deseo de estar juntos.

—No —convino Edwina, sonriendo con cierta tristeza, según le pareció a él—. Desde luego que no.

Ransome salió de la habitación, prometiendo volver a verla tan pronto como tuviese tiempo para regresar al hospital.

## XLIII

Cuando Ransome se hubo marchado, Edwina tuvo que persuadir a la señorita Hodge para que se quitase la ropa y se metiese en la cama, porque la solterona se había empeñado en esperar a que la señorita Dirks volviese del Instituto.

—La he esperado siempre —dijo—. Siempre nos esperamos la una a la otra.

—Pero ella comprenderá que se haya acostado esta noche, después de todo lo que ha trabajado durante el día. Se enfadará mucho conmigo si ve que le he permitido esperarla levantada.

—Está bien —cedió la señorita Hodge—. Por nada del mundo querría que se enfadase con usted. Sarah es terrible cuando se enfada —empezó a despojarse de su uniforme azul—. Se enfadó mucho conmigo a cuenta de la invitación para el té. ¿Sabe usted lo que me llamó?

—No. ¿Qué la llamó?

—Lavacaras; eso fue lo que me dijo. Y todo fue por la invitación que yo le hice a usted.

Una vez lanzada, la señorita Hodge siguió hablando incontinentemente, contándole a Edwina pasajes de su vida y de la de la señorita Dirks. Después que Edwina apagó el precioso cabo de vela y se hubo acostado, la maestra siguió hablando en la oscuridad. La historia no era muy interesante, un cúmulo de detalles insignificantes, de pendencias e incidentes mezquinos. En la oscuridad, sobre el fondo que la lluvia del monzón ponía a sus palabras, la señorita Hodge relató lo que había ocurrido en la escuela de Heathedge muchos años atrás. Lo contó de una manera simple y sencilla: la envidia de las otras maestras, las habladurías, los chismes, la infelicidad de todo aquello, no comprendiendo ni siquiera ahora, casi treinta años después, lo que realmente había sucedido ni por qué les habían pedido que presentasen la dimisión de sus puestos. Ella se había limitado a seguir a la señorita Dirks a Ranchipur, al fin del mundo.

Y Edwina, demasiado cansada para conciliar el sueño, se sorprendió escuchando, como si quien hablaba no fuese la pobre y trastornada señorita Hodge, sino una niña. Una niña que refería no una historia de perversidad nacida de unos sentimientos raquíticos y antinaturales albergados en el pecho de una docena de maduras solteronas en una escuela no conformista de Inglaterra, sino la historia de alguna bárbara crueldad cometida por chicuelas alocadas en el patio de un colegio de primera enseñanza.

La escuchó con una especie de maravilla, y al cabo de cierto tiempo oyó la voz de la señorita Hodge, que preguntaba con acento infantil:

—¿Comprende usted, lady Heston? ¿Qué hicimos de malo nosotras? ¿Por qué nos expulsaron? Sarah no quiso nunca hablar de ello. Siempre afirmó que no lo

entendería.

Desde el otro lecho, Edwina respondió:

—Sí, lo comprendo. Aquellas mujeres eran perversas y les hacían objeto a ustedes de una persecución maligna. Pero ustedes no tenían la culpa. La culpa era de que ellas habían vivido de una manera mezquina y miserable y habían aprendido el mal de gentes que se decían cristianas sin serlo. No debe usted censurar a la señorita Dirks. Hizo muy bien marchándose de allí y viniéndose a vivir aquí.

—¡Oh, estoy segura de que Sarah tenía razón! Siempre la tiene. Pero es tan terriblemente orgullosa..., yo creo que demasiado orgullosa a veces. Cuando venga, hablaré con ella acerca de esto. Estoy convencida de que ahora ya no le importará.

—Muy bien. Pero ahora procure dormir. Cuando venga, yo la despertaré a usted para que hable con ella.

—¿Lo promete?

—Lo prometo.

La señorita Hodge se calló, y Edwina oyó al poco rato su respiración acompasada y profunda. Pero ella siguió despierta, pensando en la historia y en la personalidad de la señorita Dirks, que había renacido ante sus ojos en virtud del relato un tanto incoherente de la pobre perturbada. Por un instante se había levantado de entre los muertos, y Edwina la veía casi como si estuviese en vida, adusta, fiel cumplidora de su deber y, en el fondo, sentimental, cargando con las miserias y aflicciones de los demás sin ninguna gloria, sin considerarse por ello una mártir, porque había nacido así. Edwina comprendió la razón de aquel destierro y la dolorosa nostalgia con que siempre habría pensado en Inglaterra, así como el orgullo que anidaba en aquel corazón, que le había impedido luchar contra la mezquindad y la perversa malicia de aquel grupo de solteronas no conformistas de la escuela de Heathedge.

Y Edwina sintió un repentino asombro mezclado de piedad por la triste existencia de las dos solteronas, admiración por su abnegación y, sobre todo, maravilla al considerar lo terrible y oprimida que puede ser la existencia de ciertas personas. Ella misma había sido siempre libre, como una hija de la luz a quien todo le había sido concedido, lejos y por encima de las flacas y falsas enseñanzas de sacerdotes y evangelistas. A ella jamás la habían afectado, porque no habían tenido poder para ello, pero habían pervertido la vida de las señoritas Hodge y Dirks, y la de las pobres y estériles vírgenes que habían enseñado en la escuela de Heathedge, rehuyendo a los hombres, no habiendo estado nunca a la sombra de un seto, en una noche de luna, junto a un muchacho del campo o de la ciudad, no habiendo sido jamás aquello para lo que habían sido creadas; es decir, mujeres capaces de amar y de ser amadas. «No —pensó Edwina—; incluso mi vida de *hetaira* es más normal y mejor que eso».

Hasta Siva y sus atributos son preferibles a la casta esterilidad de la Iglesia cristiana."

La narración de la pobre señorita Hodge le había hecho experimentar una ligera sensación de náusea. Pero ahora nada de aquello importaba ya a la pobre loca, que se sentía feliz. Había que procurar que continuara siéndolo, aun cuando ella misma tuviera que ocuparse de ello, llevándola consigo a todas partes por el resto de sus días. El futuro reservaba alguna felicidad a la señorita Hodge, aunque esa felicidad naciese de una locura sin contacto con la realidad.

## XLIV

Al pasar Ransome ante la pequeña oficina del mayor Safka, vio que la puerta estaba abierta y que por ella salía luz. Pensando que debía dar las buenas noches a su amigo, asomó la cabeza al interior con ese objeto. Pero una vez que el mayor le vio, no le quiso dejar marchar sin charlar un rato con él. Teniendo en cuenta que apenas había dormido y que estaba trabajando sin cesar desde hacía varios días, parecía fuerte y en magníficas condiciones e incluso se observaba en su aspecto cierto aire de satisfacción.

—Siéntese y charlaremos un ratito —invitó.

Al tomar asiento Ransome, lo primero que el mayor le preguntó fue lo siguiente:

—¿Quiere usted beber algo? Si lo desea, puedo proporcionárselo. En realidad es suyo.

—No, gracias.

—No debe usted extremar las cosas. Comprendo lo que experimentará al abstenerse de toda bebida de un modo tan repentino y tajante. Está usted temblando.

—No, no lo necesito —rehusó Ransome de nuevo—. No quiero beber.

—Muy bien. Pero si en cualquier momento sintiese la necesidad imperiosa de beber, no deje de decírmelo.

—Así lo haré.

Por primera vez en su vida, Ransome se sentía avergonzado de su inclinación a la bebida, porque solamente ahora, en el curso de las últimas veinticuatro horas, había llegado a comprender lo arraigado que tenía aquel vicio, que había sido un verdadero beodo y que el mayor y la señorita MacDaid lo sabían, y tal vez también lo supiesen Raschid y los Smiley e incluso Fern. Estas consideraciones le llenaron de vergüenza, porque ahora veía claramente que por espacio de muchos meses, tal vez desde que le conocían, le habían estado llevando la corriente y mimándole como a un niño, porque todos le apreciaban. Se habían mostrado con él generosos y amables incluso en ocasiones en que seguramente se había conducido de manera molesta y quisquillosa. Y Ransome se dijo: «El único modo de terminar con ello es suprimiéndolo de una vez, así, tajantemente. La Providencia me ha deparado esta oportunidad y he de aprovecharla».

—Las cosas están mejor —dijo el mayor.

—¿Sí?

—Sí. La labor de organización ha producido los resultados apetecidos. Todos han cumplido su misión. Todos han trabajado hombro con hombro, hasta el último de los *sikhs* y de los policías. Nunca creí que sucediese semejante cosa.

—¿Y el cólera?

—Seguirá extendiéndose hasta, que pierda virulencia y se extinga. Todo lo que



podemos hacer es combatirlo, pero eso es lo de menos. Es lo otro lo que verdaderamente importa: el espíritu —poniendo la mano en una de las temblorosas rodillas de Ransome, añadió—: Es el espíritu, el nuevo espíritu, ¡qué está en marcha! ¿Comprende usted, amigo mío, la importancia de lo que estamos viviendo? ¿Comprende lo que representa que estemos trabajando juntos por el bien común musulmanes e hindúes, europeos, *máratas* y *sikhs*, *gujeratis* y barrenderos?

—Es cierto —contestó Ransome—. No había pensado en ello.

—Porque no es usted indio. Porque no puede comprender lo que significa sentirse vencido. No se puede imaginar lo que una catástrofe como esta hubiera sido en Ranchipur hace veinticinco años. Entonces hubieran sido los Bannerjee, los *bunyas* y los sacerdotes quienes hubiesen vencido, derrotándonos. Y todo ello hemos de agradecerlo en primer lugar al anciano maharajá, que luchó sin descanso durante cincuenta años, hasta su muerte.

El mayor siguió hablando, con cierta vehemente exaltación, debida a la íntima satisfacción que sentía en aquellos momentos. Habían conseguido mantener sellados los pozos. Habían traído alimentos de los distritos rurales. Habían impedido que las gentes presas de pánico huyesen y fueran a esparcir el cólera a lejanas aldeas y tal vez al resto de la India. Había ya hombres trabajando para reparar la destruida vía férrea, bajo la lluvia del monzón, a la luz de grandes hogueras.

Entró la señorita MacDaid, y Ransome vio en su cansado y equino rostro el mismo resplandor de victoria. Profundamente conmovido al verla, pensó: «Justo es que obtenga alguna recompensa».

Este era el Oriente que ella amaba, un Oriente que volvía a renacer. Era cierto. Y ellos habían aportado su esfuerzo para demostrarlo. Nadie podría volver a decir que los indios peleaban entre sí, que habían sido presa del pánico y habían perdido toda esperanza enfrentados con la catástrofe. Ransome tuvo de repente la impresión de que debía marcharse rápidamente, dejando solos a aquellos dos seres, porque en su presencia allí había algo de indecoroso, ya que él no había hecho absolutamente nada. Sin embargo, volvió a acariciarle el mismo gozo íntimo que había experimentado dos días antes, cuando, hallándose en presencia de la maharaní, el mayor se había acercado para estrecharle la mano.

—Pero todavía no hemos terminado —observó la realista escocesa—. La cosa no ha hecho más que empezar.

En el momento en que Ransome se levantaba para marcharse, el mayor le preguntó:

—¿Ha visto a lady Heston?

—Sí.

—¿Sigue decidida a permanecer aquí?

—Sí. Está resuelta a quedarse.

El mayor guardó silencio unos instantes, mirando a Ransome como si deseara decir algo y no estuviese seguro de que la amistad que los unía le autorizase a ello. Fue la señorita MacDaid quien se lanzó resueltamente a inquirir:

—¿Y por qué se queda? Me refiero al verdadero motivo. Por un instante, Ransome titubeó, meditando, y luego respondió:

—Realmente no lo sé.

Podía tener muchas opiniones, entre ellas incluso la de que deseaba quedarse con la loca esperanza de entablar relaciones amorosas con el mayor, pero ya no estaba seguro de que fuese así, aun cuando hubiese tenido valor para decirlo.

—No lo sé —repitió—. Es una mujer extraordinaria. Sinceramente, ¿ha sido de alguna utilidad?

Fue la señorita MacDaid quien le respondió en seguida:

—Sí, lo ha sido. No es ninguna estúpida.

—En efecto, nunca ha tenido nada de estúpida —dijo Ransome.

Salió del hospital y caminó bajo la lluvia, sintiéndose muy solo y extrañamente envidioso de aquellos dos seres que dejaba dentro, en la oficina del mayor, llenos de íntima satisfacción.

Por dos veces antes de llegar a la Escuela de Música le dieron el alto *sikhs* de elevada estatura, que estaban de centinela junto a los pozos contaminados. Y por dos veces, al reconocerle, le presentaron armas, como si fuese un importante funcionario. Cuando se hallaba a mitad del muro del depósito, se levantó una leve y cálida brisa, en el mismo momento en que la lluvia cesaba temporalmente, llevándole un leve olor procedente de la derruida silueta del edificio que había sido la Escuela de Música, un olor suave, dulzón y nauseabundo, no ya el hedor de los muertos, sino el del cólera. Era un olor que no había percibido jamás hasta ahora y que le parecía más horrible aún que el de la carne quemada, porque era el hedor de la vida en la muerte. Cerca ya del extremo del gran depósito se tropezó de pronto con un grupo de porteadores que estaban sacando de la Escuela los cadáveres de los que habían muerto durante el día para amontonarlos, a la tenue claridad de la luna, en una gran pira, junto al templo de Rama. Volviendo la cabeza, cruzó rápidamente el cuarteado arco de la puerta de entrada de la Escuela.

Reinaba la oscuridad en el interior del edificio en ruinas. El vestíbulo en el que en otros tiempos resonara el clamor de un centenar de tambores, cítaras y melodiones estaba ahora silencioso, pero impregnado del horrible hedor del cólera. Al otro lado del umbral, los cadáveres yacían en el suelo, en filas, esperando ser transportados fuera y quemados. Ya no protestaban los sacerdotes, ni los *mullahs*, ni los deudos. La situación había desbordado toda creencia religiosa, y los cadáveres se incineraban ahora, quieras que no, en grandes piras, todos juntos: paras, musulmanes, hindúes...

Mientras avanzaba a lo largo del corredor principal hacia la pequeña sala de

conciertos en donde Jennaz Singh, con su turbante y su *atichan*<sup>[68]</sup> púrpura, rosa y verde, había cantado para él, Ransome se preguntaba cómo era posible que el mayor y la señorita MacDaid experimentasen una sensación de triunfo con tantos muertos y moribundos alrededor. Luego comprendió que, para ellos, estos cadáveres no representaban nada, que era el espíritu de este pueblo lo que ellos estaban tratando de salvar, porque era su espíritu el que componía el espíritu de la India y de todo Oriente.

Vio una tenue claridad que salía de una puerta próxima, y asomándose a ella, vio en el interior de la pieza a Harry Bauer. El ex profesor de natación se había reservado aquella pequeña habitación para su uso personal y se había construido un duro lecho con varios de los bancos de la Escuela. Vestía todo de blanco, y al volverse hacia la puerta, la vista de aquel hombre de pálido cutis, ojos azules y rubios cabellos impresionó profundamente a Ransome. En medio de tanta miseria y suciedad, de todas aquellas gentes morenas y de la confusión y crueldad de la India, a la mortecina luz de una bujía, Harry Bauer parecía increíblemente limpio, joven y puro. Ransome pensó: «Como la víctima dispuesta para el sacrificio».

—*Bonjour* — saludó el enfermero en su francés suizo—. *Entrez*.

Ransome había visto en diversas ocasiones al enfermero, pero desde lejos, y nunca había hablado con él. El suizo extrajo del bolsillo un milagroso paquete de cigarrillos y ofreció:

—¿Quiere uno?

Después de un buen trago, era aquello lo que Ransome había deseado más ardientemente desde hacía días.

—Es usted un hombre afortunado —comentó.

—Tengo muchos. Permítame ofrecerle un paquete.

De debajo de la cama sacó una bonita caja cuadrada, que contenía los chismes para afeitarse, un cepillo de dientes, una toalla, una baraja manoseada, manuales de gimnasia y una docena de paquetes de cigarrillos baratos. Acercó la bujía para que Ransome encendiese el cigarrillo.

—¿Necesita usted algo? —preguntó.

Harry Bauer sonrió.

—Todo —respondió—. No hay absolutamente nada.

—Haremos todo lo que podamos. Suponemos que el avión traerá mañana las cosas más urgentes.

—En realidad, no hacen falta muchas cosas ni se puede hacer mucho para combatir el cólera...

—No —convino Ransome.

De repente sintióse sobrecogido de espanto. Quería preguntar dónde estaba Fern y no se atrevía. Podía haber sido víctima del contagio. Acaso estuviese muerta. Empezó

a temblar, avergonzado de que el suizo pudiera darse cuenta de su estado y abrigando la esperanza de que no lo advirtiese. Pero Harry Bauer preguntó:

—¿Tiene usted fiebre?

—No. No es nada.

—Puedo ofrecerle un trago de ginebra y un tónico. Es muy bueno para eso.

Todo su organismo clamó vorazmente, pero consiguió decir:

—No, gracias; se me pasará en seguida —y rápidamente añadió—: ¿Dónde está la señorita Simón?

—Al final del vestíbulo. En este preciso momento está de guardia.

—Voy a verla —dijo Ransome—. Gracias por los cigarrillos y por ese trago que me ha ofrecido.

—*Rien du tout*<sup>[69]</sup> —replicó Harry Bauer.

Mientras avanzaba por el largo vestíbulo, Ransome iba pensando: «Ese suizo sabe cuidarse». De todos ellos, parecía el mejor organizado, con sus cigarrillos, su ginebra, su tónico, sus libros y su manoseada baraja. Ya no parecía la pobre víctima dispuesta para el sacrificio, con su aspecto inmaculado, antiséptico e inmune, sino un ladino y correoso campesino buscando su comodidad.

Cuando iba por la mitad del vestíbulo se apartó a un lado para dejar paso a unos *coolíes* que sacaban de un aula el cadáver de una mujer. El terrible hedor, traspasando toda resistencia, se había apoderado por entero de él. Pronto se apoyó contra la pared y vomitó. Cuando se hubo recobrado, avanzó hasta el final del vestíbulo, en donde encontró a Fern, rígidamente sentada en un lecho construido con bancos. Estaba lívida y parecía muy cansada, y, al verle, rompió a llorar silenciosamente, resbalando por sus mejillas abundantes lágrimas. Sentándose a su lado, Ransome la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Llora, llora. Luego te sentirás más aliviada.

—No es que tenga miedo —dijo ella—. Es porque todo esto resulta espantoso. Es terrible no poder hacer nada. Mueren y mueren sin cesar. No me importa el trabajo ni el hedor. No me importa nada, excepto eso. De verdad que no. Sinceramente te digo que no tengo miedo.

Ransome apretó su mejilla contra la de la muchacha, diciéndole: «No, no debo dejarla jamás..., jamás». Y en voz alta exclamó:

—Eres magnífica. Pero no debes permanecer aquí. Debes regresar a la Misión.

—No, no me es posible hacer eso. Y no quiero hacerlo tampoco. No podría estar allí sin hacer nada.

Había dejado de llorar y se abandonaba al brazo de Ransome, quieta como una niña.

—¡Ya se me ha pasado! —continuó Fern—. ¡Me siento a veces tan sola! Es muy reconfortante tenerte aquí unos momentos —hizo una breve pausa y luego, en voz

baja, dulcemente, agregó—: No me dejes, Tom. No te vayas y me dejes sola.

—Me quedaré todo lo que pueda, querida.

—No me refiero a eso. Me refiero a que no alejes tu espíritu de mí, como lo hiciste anoche.

Ransome comprendió lo que la muchacha quería decirle, adivinando el esfuerzo que debía de haberle costado pronunciar aquellas palabras, pero permaneció callado.

—Me encuentro con fuerzas para soportarlo todo si tú no me abandonas.

La muchacha buscaba penosamente las palabras que mejor expresasen sus sentimientos, cosa para la cual carecía de dotes. Ransome acudió en seguida en su ayuda, asegurando:

—Sé lo que quieres decir. No te abandonaré nunca más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Y Fern comprendió que volvía a ella, que estaba a su lado, como había estado aquella mañana en casa del señor Bannerjee, y como había vuelto a estarlo en la Misión hasta el momento de la despedida. «Ahora ya puedo hablarle», pensó la muchacha, que se incorporó y preguntó:

—¿Está bien lady Heston?

—Sí. Acabo de dejarla.

—¿Sabes que me agrada? Es curioso, pero me agrada.

—Sabía que Edwina sería de tu agrado.

En el umbral de la puerta apareció la macilenta figura del señor Smiley. A sus espaldas se vislumbraban los oscuros semblantes de media docena de muchachos *intocables*.

—¡Hola, Smiley! —exclamó Ransome—. Pase usted.

—Traigo refuerzos para Fern. Aquí tiene a seis de mis alumnos. Voy a dejárselos. Supongo que podrá emplearlos en algo, ¿no?

Fern se había puesto en pie. En toda su persona se había operado una extraordinaria transformación.

—Gracias, señor Smiley —dijo—. Claro que podemos emplearlos. Usted sabe lo sucio que es el cólera. Acaso no estén dispuestos a hacer todo lo que hay que hacer.

—Lo harán. Pertenecen a familias de las castas más humildes —y, volviéndose a los muchachos, invitó en inglés—: Entrad.

Los muchachos penetraron agrupados, torpemente, en la estancia, y se quedaron mirando fijamente, un poco asustados, con sus grandes ojos negros, mientras el señor Smiley les daba instrucciones en *gujerati*.

—Haréis todo lo que os ordene la *memsahib*, no importa lo que sea —les dijo—. Todos tenemos que trabajar para limpiar la ciudad. La *memsahib* Smiley y yo tenemos confianza en vosotros.

Uno de los muchachos dijo en inglés:

—Sí, señor Smiley.

Y los otros cinco movieron la cabeza en mudo asentimiento.

—Mañana volveré por aquí —dijo el señor Smiley, quien, dirigiéndose a Fern y Ransome, añadió—: Buenas noches. Tengo que ir a pedirle un saco de arroz a Raschild y luego he de regresar al Orfanato.

Se marchó rápidamente, desapareciendo casi como un fantasma, tan pálido y fatigado estaba.

Ransome, a su vez, anunció:

—Bueno, tengo que irme. Mañana buscaré un momento para venir otra vez.

Ardía en deseos de cogerla entre sus brazos para darle un beso de despedida, pero eso era imposible en presencia de los seis muchachos que no apartaban de ellos sus asustados y enormes ojos de gacela. Se limitó, pues, a estrecharle cariñosamente la mano y a decirle en voz baja:

—No volveré a alejarme de ti. Te lo prometo.

## XLV

Fuera habían encendido la pira, y, al resplandor que proyectaban las llamas, Ransome vio la erguida y magra figura y la negra barba del coronel Rangit Singh, hablando con el *sikh* de guardia. Al acercarse a él, Rangit Singh le dijo:

—Lo peor ya ha pasado —levantó la mirada hacia el cielo de cobalto y agregó—: Esta noche hace más fresco. Es posible que esta maldita lluvia cese por algún tiempo.

—Voy a ver a su alteza. ¿Viene usted también?

—Sí. Iremos juntos.

Tan pronto como el coronel se hubo cerciorado de que el fuego había prendido, se volvió y dijo:

—Vamos. A su alteza no le gusta esperar.

Cuando llegaban a la altura del depósito, Ransome observó que una sombra se deslizaba de uno a otro de los *pipales* que crecían junto al agua. No tardó en comprobar que la figura era la de una mujer vestida con ropas europeas.

—Mire —dijo, llamando la atención de su compañero—. ¿Quién será?

Ranjit Singh se detuvo y, volviéndose, miró hacia aquella figura de mujer, que se deslizaba de árbol en árbol y que, al acercarse a la ardiente pira, cruzó rápidamente el espacio descubierto y subió a toda prisa los escalones de la semiderruida Escuela de Música.

—Es la rusa —dijo bruscamente el coronel.

—¿Qué irá a hacer en ese lazareto?

Sonó una nota de hosco regocijo en la voz de Rangit Singh cuando respondió:

—El enfermero está ahí..., el enfermero de su alteza el maharajá..., el suizo.

—¡Ah! —exclamó Ransome, comprendiendo.

«Seguramente no había un solo indio en Ranchipur que ignorase aquel enredo amoroso», se dijo para sus adentros.

Anduvieron un rato en silencio. Luego, Ransome sugirió:

—Lo mejor será no decirle nada a su alteza...

—Sí, mejor será.

Ransome tuvo una fugaz visión de Harry Bauer, inmaculadamente vestido de blanco, en pie en medio de aquella estancia iluminada por la luz de una bujía. Había algo de corrupto en la figura de María Lishinskaia deslizándose de árbol en árbol, de sombra en sombra, y en aquella última y frenética carrera para alcanzar el edificio en ruinas al resplandor de la pira funeraria.

## XLVI

Tan pronto como Ransome se marchó del hospital, la señorita MacDaid y el mayor Safka se pusieron a organizar los suministros y a elaborar listas de lo que necesitaban y que tendrían que pedir a Bombay cuando el aeroplano regresase con Gopal Rao. Y, mientras trabajaban, el sentimiento de victoria fue diluyéndose en su ánimo, amenazado de nuevo por el temor y la desesperación, porque ahora, por primera vez desde la catástrofe, había tiempo para sucumbir a tales sentimientos. Al comprobar el estado de las existencias, descubrieron que había muy pocas de unas y nada de otras. El tratar convenientemente cada uno de los casos de cólera, de fiebres tifoideas, de la eterna viruela, estaba más allá de toda posibilidad humana.

—Es preciso que el doctor Pindar duerma algo —dijo de pronto el mayor—. Esta tarde se ha desmayado en la Escuela de Música.

No tenían bicarbonato sódico, ni cloruro de calcio, y solo disponían de un centenar aproximadamente de pastillas de permanganato —¿qué eran cien pastillas cuando esa cantidad la consumía un solo enfermo en cuarenta y ocho horas?—. No había caolín, ni aspirina, ni siquiera quedaba ya un solo compuesto de cloro para desinfectar los pozos contaminados. El avión traería al día siguiente un suministro de la mayoría de aquellas cosas, pero lo que el aparato pudiera transportar equivaldría a muy poca cosa. Y, aun cuando el suministro resultase suficiente, solamente había tres personas capaces de aplicar los medicamentos: el mayor Safka, la señorita MacDaid y el doctor Pindar.

—Mañana tendremos que enseñar a Fern Simón, a lady Heston, a la señora Gupta y a Bauer a aplicar el tratamiento necesario. Con la señorita Hodge no hay que contar.

Menguados medios para atender a todos los que ya habían sido víctimas del contagio. La única esperanza radicaba en la labor de esterilización y prevención, y de eso habían de encargarse Raschid, el coronel Ranjit Singh y Ransome, porque el mayor y la enfermera no tenían tiempo para atender a ello.

Afortunadamente, no había estallado la peste. Después de los casos de Heston y de los *syces*<sup>[70]</sup> de las caballerizas reales, no se había registrado ningún otro, seguramente, pensaba el mayor, debido a que la inundación había ahogado y arrastrado a las ratas.

Sentados allí, cada uno inclinado sobre sus papeles, sin atreverse a mirarse, el terror fue apoderándose lentamente de su ánimo, no el miedo y el horror que habían experimentado en medio del cataclismo —aquel fue un temor simple, primitivo, natural—, sino un lento horror que la señorita MacDaid no había vuelto a experimentar desde el año del cólera, cuando la pobre señorita Eldridge, que había venido con ella desde Bombay, cayó víctima de la epidemia. Esto, contra lo cual luchaban, era algo insidioso y horrible, más fuerte que ellos mismos y que su en otros



tiempos espléndido hospital y que la organización que ellos habían montado. Atacaba por la espalda, por los costados; se agazapaba en mortales emboscadas, pululaba por todas partes, golpeaba implacablemente.

—Su alteza ha debido de marcharse en el avión —dijo súbitamente la señorita MacDaid.

—No ha querido ni oír hablar de eso. Yo lo sugerí y quedé derrotado en toda la línea. Ha sido la primera vez que la anciana se ha enfadado conmigo. Me dijo: «¡Este es mi pueblo y aquí está mi puesto!».

—Tal vez envíen más aeroplanos con suministros... Me refiero al Gobierno de la India.

—Sí; es probable. Raschid cree que, dentro de dos o tres días, se podrá utilizar nuevamente el ferrocarril.

El mayor abrió un cajón de su mesa de despacho y guardó allí sus papeles. Luego dijo:

—Ahora lo mejor será que se vaya a dormir un rato. ¿A quién le toca de guardia?

—A lady Heston.

La señorita MacDaid desvió la mirada y oyó decir al mayor:

—Voy a dar una vuelta a las salas para cerciorarme de que todo va bien.

La escocesa abrió la boca como si fuese a decir algo; pero en seguida, como si lo pensase mejor, la volvió a cerrar. Recogió sus papeles, se levantó y preguntó:

—¿A qué hora cree usted que llegará el avión?

—Cerca de mediodía. No pueden arriesgarse a volar de noche en la época del monzón.

—¿Ha visto usted a Homer Smiley?

—Estuvo aquí un poco después de anochecer. Todo va bien en la Misión, salvo que la señora Hogget-Clapton sufrió un ataque de histerismo cuando supo que al criado de lady Heston se le había reservado un asiento en el avión, mientras ella, esposa del director de un Banco imperial, se quedaba en tierra. Smiley tiene grandes deseos de enviarla a Bombay, junto con la señora Simón.

—Mejor sería para todos.

El mayor sabía que aquellos instantes de chismorreó habían servido para aliviar un poco el espíritu de la escocesa, alejando por unos instantes aquel terrible sentimiento de horror y de pánico. El también experimentaba el mismo temor que sabía atormentaba a la enfermera: el terror al fracaso. La señora Hogget-Clapton y la señora Simón constituían siempre para ellos un tema regocijante y fuente de buen humor.

—La pobre tía Phoebe es quien tiene que lidiar con ellas.

La señorita MacDaid terminó de recoger sus papeles, y dijo:

—Voy a despertar a lady Heston para que la señora Gupta descanse un poco. Si

algo ocurriese, no dude en llamarme.

## XLVII

La señorita MacDaid se sentía nuevamente feliz, aunque no con la impresión de triunfo que había experimentado por un instante, cuando Ransome se hallaba todavía presente en la oficina del mayor. Ahora se sentía sosegadamente dichosa, porque había mucho que hacer, montañas de trabajo, y porque todo dependía del mayor y de ella misma, y porque se iba de la oficina del mayor sabiendo que compartía con él una clase de intimidad que ninguno de los dos compartía con nadie más. Ni siquiera la pobre y frágil Natara Devi —muerta ahora, calladas para siempre las campanillas de su pequeña *tonga*<sup>[71]</sup> roja— había poseído jamás al mayor como le poseía la señorita MacDaid.

«Natara Devi —pensaba la enfermera con relamida satisfacción— no ha sido nunca más que un cuerpo, un trozo de carne bellamente modelada y coloreada, una simple máquina que daba satisfacción al mayor. Natara Devi —seguía diciéndose a sí misma la señorita MacDaid— jamás le había conocido». A todo lo largo del oscuro pasillo, fue diciéndose que mujeres como Natara Devi y lady Heston no contaban. Eran mera carne sin espíritu. Eran simples prostitutas. Una esposa hubiera sido distinto. Una esposa acaso hubiera conocido la clase de intimidad que ella conocía.

Cuanto más se repetía estas razones, con tanta mayor facilidad ahogaba la terrible envidia que despertaba en su corazón el pensamiento de Natara Devi, y más fácil le era olvidar la amargura que le producía la idea de que no era una mujer joven y bella, como la danzarina y lady Heston.

La señorita MacDaid siguió diciéndose en su fuero interno: «Ahora que ha tenido que salir a cuerpo descubierto, sin sus doncellas, sus cremas de belleza, sus elegantes vestidos y sus costosas joyas, él verá que es una mujer como otra cualquiera. Y podrá comprobar que su hermosura se levantaba sobre los potes y tarros de ungüentos de belleza». Y, con una especie de áspera risita mental, pensó: «Ahora ni siquiera se fija en ella. A lady Heston le ha salido el tiro por la culata».

Pero la pobre señorita MacDaid, pese a su experiencia de los sufrimientos, enfermedades y penalidades que aquejan a la humanidad, sabía muy poco de lo que sucede en la mente y en el corazón de hombres y mujeres. Nunca había tenido tiempo para leer novelas —en toda su vida no había leído más de tres o cuatro—; pero, en cierto modo, era de naturaleza novelesca y romántica, no viendo ni apreciando nunca las más grandes maravillas de la realidad. Y por eso concebía el amor de la misma forma que los productores cinematográficos, es decir, como un sentimiento solamente posible entre criaturas jóvenes y bellas, servidas por hábiles operadores que manejaban diestramente la cámara para captar planos y perfiles impresionantes. Mientras avanzaba por el corredor para ir a despertar a lady Heston, llegó al convencimiento de que la inglesa había dejado de constituir un peligro. Una lady

Heston de rostro lívido y cabellos lacios, dando la impresión de la edad que tenía y aun más, enfundada en un uniforme de auxiliar de enfermera, como una muchacha intocable, era imposible que atrajese a un hombre como el mayor. «No —se repetía mentalmente, relajando la presión de la mandíbula—, no. La *hetaira* ha concluido. Ahora ya no puede destruirle».

Empujó la puerta de la habitación y, a la claridad que entraba por la ventana, procedente de la gran pira que ardía a corta distancia de la semiderruida Escuela de Música, se acercó al lecho de lady Heston e, inclinándose sobre ella, la sacudió con brusquedad. Lady Heston se despertó casi instantáneamente y se sentó en el borde de la cama.

—Es hora de relevar a la señora Gupta —dijo—. Yo la relevaré a usted a las cinco.

Al rojizo resplandor de las llamas vio los retorcidos papelitos que cubrían la cabeza de lady Heston, y aquella visión produjo en su ánimo el mismo efecto que un negro nubarrón apareciendo en el horizonte en un día espléndido y soleado.

—Será mejor que se quite esas cosas de la cabeza —dijo—. Podrían asustarse los enfermos.

—Desde luego —convino lady Heston.

Y se puso a deshacer los rollitos de papel. Llevó bastante tiempo el cumplimiento de aquella tarea, pero la señorita MacDaid permaneció allí impertérrita, observando la operación con semblante hosco, como una directora de escuela, un tanto alarmada al comprobar que los rubios cabellos de lady Heston, al liberarse de aquellos rollitos de papel, aparecían no ya lacios y desgreñados, sino suavemente rizados en ondas encantadoras. El efecto resultó aún más alarmante cuando lady Heston se pasó lentamente los dedos por la cabellera y dejó que esta, como una brillante cascada de oro, cayese en torno a su pálido y gracioso rostro, formando una especie de áureo halo. Parecía haberse quitado diez años de encima en un instante.

En los ángulos de la mandíbula de la señorita MacDaid volvieron a destacarse los músculos violentamente.

—Vamos —dijo secamente—. La pobre señora Gupta tiene que descansar un poco. No es una mujer muy fuerte.

Lady Heston se puso el grosero uniforme azul y siguió a la enfermera abrochándose los botones por el camino.

En la sala principal encontraron de guardia a la señora Gupta, con el rostro amarillento y las fuerzas exhaustas. La señorita MacDaid la envió a la cama y luego guió a lady Heston al resto de las salas, llenas de muertos y moribundos.

Era maravilloso el espectáculo que ofrecía la señorita MacDaid identificando a todos los pacientes a la turbia claridad de un candil, recordando su historial clínico y el curso que seguía su enfermedad. Una y otra vez, lady Heston se sorprendió

contemplando, admirada, aquel rostro poco atractivo, grande y curtido. Aquella escocesa debía de ser una especie de bruja, se decía, para conservar en la memoria todos aquellos datos.

De cuando en cuando, la enfermera se detenía junto a un lecho y tomaba alguna nota en el cuaderno que llevaba consigo. En dos ocasiones se detuvo junto al lecho de otros tantos pacientes que gemían de dolor para ponerles una inyección hipodérmica en el brazo o en el muslo. Las mudas miradas de un centenar de ojos negros las seguían a su paso por las salas. La mayoría de los enfermos padecían fiebres tifoideas; otros sufrían la malaria negra, y cerca de la mitad eran víctimas del terremoto y la inundación, con los miembros rotos, los cráneos fracturados y horribles lesiones internas. Con objeto de poder dejar minuciosas instrucciones a quienes permanecían de guardia en los breves ratos que dedicaba al descanso, la señorita MacDaid había puesto un número a cada uno de los enfermos, grandes números escritos a lápiz en trozos de papel o de cartón, prendidos en los pobres *dhotis* o *saris* de algodón.

Cuando volvieron a la sala principal, la enfermera dijo:

—Procure no dormirse. Debe pasar por las salas cada quince minutos. Es muy importante que la vean los enfermos para que no se crean olvidados y abandonados. Cuando piensan eso, dan media vuelta en la cama, sencillamente, y se mueren.

A continuación entregó a Edwina un papel en el que había anotados cinco números.

—Si cualquiera de estos enfermos se despertase o gritase, me llama usted inmediatamente. No moleste al mayor. No es necesario.

Luego, le entregó otro papel en el que estaban anotados cuatro números, y dijo:

—Todos estos van a morir. Debe usted acercarse a sus camas, porque ninguno de ellos gritará. He procurado que no vuelvan a despertarse. Si alguno de ellos muriese, llame a los portadores para que se lleven el cadáver. Los demás apenas se darán cuenta en la oscuridad —de pronto miró penetrantemente a lady Heston y preguntó—: ¿Ha visto morir alguna vez a una persona? ¿Sabrá cuándo han dejado de existir esos enfermos?

—Nunca lo he visto hasta que he venido aquí. No estoy segura de saber apreciar ese momento.

La señorita MacDaid guardó silencio unos instantes, y luego dijo:

—Lo sabrá usted. Hay algo que se lo hará comprender en seguida. Lo importante es que no se duerma y me llame si sucede algo anormal. Confío en usted. Es una responsabilidad que, en otras circunstancias, no dejaría en manos de una novata, pero no hay más remedio. Tengo que descansar algo si quiero seguir adelante. Y no puedo permitirme el lujo de sucumbir ahora. A las cinco vendré a relevarla —se volvió para marcharse, pero se detuvo un momento para preguntar—: ¿Quiere usted que despierte

a la señorita Hodge para que la ayude?

—No.

—¿Ni siquiera para que le haga compañía?

—No. Dejemos dormir a la pobre criatura.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando la señorita MacDaid se hubo marchado, lady Heston sentóse a la mesa sobre la que ardía el candil y en la que había una jarra de agua hervida tapada con papel de filtro, un vaso, un despertador, un rollo de gasa de algodón, un cuadernillo de notas, un lápiz y las dos listas de números que le había entregado la señorita MacDaid. Edwina estaba completamente despierta, y, sin embargo, tenía el cerebro embotado, como si se moviese en sueños. Leyó los números escritos en el primer trozo de papel: 7, 114, 83, 28 y 51. Correspondían a los enfermos gravísimos, pero que podían salvarse. Si gritaban o se despertaban, tenía que llamar a la señorita MacDaid. En el otro pedazo de papel estaban escritos los números siguientes: 211, 72, 13 y 96. Eran los que iban a morir, aquellos para quienes no había esperanza, sumidos ahora en el profundo sopor producido por la inyección que les había puesto la señorita MacDaid, con el fin de que no alarmasen a los demás con sus gemidos o sus gritos. A estos era a los que tenía que examinar de cerca, esperando que muriesen, para que se los llevasen enseguida a quemar en las grandes piras.

«¡He de procurar no confundir todo esto! —se dijo Edwina—. Tengo que conservar muy claras las ideas. No debo incurrir en ningún error». Para mayor seguridad, cogió el lápiz, y en la parte superior de una de las listas escribió la palabra «muertos», mientras la otra la encabezó con la de «moribundos». Tomando estas precauciones, Edwina pensaba: «Esto es casi como si yo misma fuese la Divina Providencia».

Hasta hacía tres días nunca se había hallado Edwina en presencia de la muerte. Una o dos veces en el curso de su existencia, la muerte se había cruzado en su camino, pero ella la había esquivado en cada uno de los casos. Durante la guerra habían muerto muchos amigos suyos, muchachos y hombres maduros a quienes había conocido, pero aquello había ocurrido hacía muchísimo tiempo, y, además, morían tantos entonces y caían tan lejos, en el fango de Bélgica o ante Amiens o en el *Chemin des Domes*, que, en medio del histerismo y del entumecimiento de la sensibilidad característicos de los tiempos de guerra, todo aquello parecía carente de realidad. Aquellas muertes habían significado poco más que un telegrama: «El Ministerio de la Guerra lamenta...». Algo semejante al declinar de una invitación: «R. S. V. P». *Répondez s'il vous plait. Répondez á la morte. Ecrivez si vous pourrez garder rendez-vous.*<sup>[72]</sup> Luego había sobrevenido el repentino fallecimiento de su padre en Viena, de un ataque de apoplejía. Cuando le preguntaron a Edwina si

deseaba ver el cadáver de su padre, respondió que no. Lo muerto, muerto estaba. Aquello que se amaba había dejado de existir. Lo que quedaba no era sino barro. Y ahora Albert. No le había visto muerto, solo había visto un objeto hinchado, piadosamente oculto bajo sus rosadas sábanas de seda. Si hubiese tenido conciencia de que se moría, Albert se hubiera desesperado. Albert no hubiera querido morir nunca. El animal que había en él hubiera ansiado seguir viviendo eternamente. Y aquella tremenda y dominante vitalidad suya habría estado luchando frenéticamente por arrancar su cuerpo de las garras de la muerte. Aun sumido en la inconsciencia producida por las drogas, su cuerpo habría luchado denodadamente. No habría sido como estos pobres indios, cuyos cuerpos desnutridos no ofrecían ninguna resistencia, que cerraban sencillamente los ojos y se morían, como si se entregasen voluntaria y tranquilamente al sueño.

Y ahora, desde hacía tres días, solo veía muerte a su alrededor. Había visto pasar numerosos cadáveres flotando junto a la galería de la casa de Bannerjee, mientras esperaba allí al lado de Tom el descenso de las aguas; había visto también el cadáver de aquel macilento hindú, colgado de las ramas de un árbol, prendido en su pobre *dhoti* de algodón, y el deforme cadáver de Albert envuelto en sus propias sábanas color de rosa, y los muertos esparcidos por las calles, destrozados unos por efecto de la inundación y retorcidos y amaratados otros, abatidos por el golpe terrible del cólera. Y no había visto solamente los muertos, sino a la muerte misma, deslizándose a lo largo de las desaseadas salas para arrebatarse al mayor Safka y a la señorita MacDaid una criatura tras otra.

El espectáculo de tanta mortandad había embotado su sensibilidad y ahora empezaba a comprender cómo era posible que personas como la señorita MacDaid, que habían visto centenares y quizá millares de moribundos, no tuviesen miedo a nada en este mundo, y cómo era posible que tuviesen una existencia propia, como si una parte de su ser se aislase de la de los demás, como si, en determinadas ocasiones, se encerrasen en compartimientos en donde nadie más que ellas podían penetrar. Y por eso la señorita MacDaid, tan buena y animosa como era, encontraba todavía lugar en su corazón para el desprecio, el desdén y hasta la dureza. Si personas como la señorita MacDaid y el mayor Safka hubieran sido blandas, habrían fracasado y habrían sido barridas como algo roto e inútil desde hacía mucho tiempo. Y Edwina pensó, llena de orgullo: «Yo también debo de tener algo de eso. Lo he soportado todo: la suciedad, el hedor, la miseria y la muerte, y ni siquiera estoy cansada».

Porque, aunque pareciese extraño, ahora que estaba despierta, no notaba ningún cansancio, sino una especie de paz como no había experimentado jamás ni había sospechado que pudiera existir, al mismo tiempo que una curiosa satisfacción, aquella satisfacción —Edwina lo comprendió súbitamente— que había buscado toda su vida. Se había ganado el respeto de los demás. Ya no vomitaba a la vista de un lecho

inmundo o al percibir el terrible hedor de la gangrena. A menos que pensase deliberadamente en ello, ni siquiera notaba el olor de carne quemada ni el dulzón y nauseabundo del cólera, que desde la Escuela de Música transportaba a veces hasta allí la húmeda y suave brisa que penetraba por las ventanas del hospital, protegidas por persianas. En poco más de setenta y dos horas, se había formado en torno a ella una especie de concha que la protegía lo mismo que protegía a la señorita MacDaid y al mayor Safka. Nada podía afectarla ahora, ni siquiera las enfermedades y la corrupción circundantes. La señorita MacDaid y el mayor Safka habían desafiado durante muchos años los mayores peligros sin recibir ningún daño. Acaso hubiera algo, alguna cualidad mística, que protegiese a todos los que eran como ellos, monjas, médicos y enfermeras que luchaban contra las epidemias y vivían entre leprosos y en lugares asolados por el tifus y el cólera.

De pronto recordó que tenía un deber que cumplir, que debía dar una vuelta por todo el hospital cada quince minutos, hasta que la señorita MacDaid viniera a relevarla. Echó una mirada al viejo y maltratado despertador y vio que todavía faltaban cuatro minutos para iniciar su ronda, llevando un esmaltado cantarillo de agua fría de cama en cama. Al mismo tiempo, tuvo la impresión de que alguien la estaba mirando, y, al volverse, a la débil claridad procedente de las hogueras que ardían fuera, su mirada se encontró con la de una enferma de fiebres tifoideas que yacía en el angosto lecho más próximo a la mesa.

Al principio, Edwina creyó que la enferma era una niña: tan menuda y tenue era la figurilla que ocupaba el lecho. Los ojos eran enormes, negros, sin edad; pero estaban hundidos en el cráneo de una mujer que parecía muy vieja y arrugada. La oscura piel, amarillenta a causa de la enfermedad, se adhería como si fuese de papel a los finos huesos del cráneo. Edwina permaneció un instante fascinada por la delicadeza de aquel rostro, y luego, estremeciéndose ligeramente, pensó que aquel rostro y aquel cráneo pertenecían a una mujer muerta. Sin el pelo que le recubría, se le hubiera tomado por una descarnada calavera. Era el rostro de una mujer que, desde su venida al mundo, no había comido nunca lo suficiente. Edwina pensó: «La muerte se acerca por ella. R. S. V. P. *Répondez s'il vous plaît*». ¿Cuántas veces había escrito ella aquellas iniciales, en el remoto inmensamente lejano mundo de Londres?...

Observó que los amoratados labios se movían. No podía oír lo que la mujer estaba tratando de decir, porque de aquellos labios no salía sino un áspero susurro, semejante al crujir de hojas secas. Después, débilmente, una mano esquelética e inmensamente vieja, trémula como la de un parálítico, se levantó hasta tocar los labios amoratados, en un ademán que todos los campesinos y obreros del mundo emplean para indicar que tienen hambre o sed, y Edwina pensó: «La pobre mujer quiere beber». Levantándose rápidamente, quitó el papel de filtro que tapaba la boca de la jarra y llenó hasta el borde el vaso que tenía delante, encima de la mesa.



Acercóse al lecho y con una mano incorporó a la mujer, mientras con la otra sostenía el vaso de agua. Aquella criatura no pesaba nada en absoluto, ni siquiera parecía tener el sólido peso de un niño. A través del blanco *sari* de algodón, empapado en sudor, Edwina notó el ardiente calor de la fiebre. La mujer bebió con avidez, y, cuandoapuró el contenido del vaso, se dejó caer hacia atrás, descansando todo el cuerpo sobre el brazo de lady Heston. Abriendo los ojos, la enferma miró a la inglesa y trató de sonreír. A pesar de su enfermedad, había una expresión tan implorante y humilde en la mirada de aquellos grandes ojos, que lady Heston experimentó el repentino deseo de gritar: «¡No me mires así! Soy hermana tuya. Las dos somos mujeres. Ambas hemos sido creadas por Dios». Pero comprendió que la mujer no la entendería. Así, pues, todo lo que pudo hacer fue sonreír. De los labios de la enferma volvió a brotar aquel rumor de hojas muertas y, cerrando los ojos, se tendió de nuevo sobre la húmeda almohada, en dulce paz.

«Deben de haber pasado ya los cuatro minutos», se dijo Edwina. Y, volviendo a dejar el vaso sobre la mesa, levantó uno de los cántaros de piedra hasta el borde de la misma mesa, y se puso a llenar una de las jarras esmaltadas. El cántaro era muy pesado y tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para manejarlo, inclinándolo suavemente para que no se vertiese el agua. Estaba luchando con el pesado recipiente cuando una voz dijo a su lado:

—Espere. Voy a ayudarla.

Al volverse, Edwina vio la figura del mayor muy cerca de ella. Una de sus manos rozó la de Edwina al coger el cántaro, y esta, por espacio de un segundo, experimentó una vertiginosa sensación de felicidad. Luego, apoyándose en la mesa, se recuperó y dijo:

—Gracias. Pesa mucho.

Por un instante, había temblado como aquel día en que la señorita Hodge se marchó, dejándolos solos en aquel horroroso saloncito del Palacio de verano; pero la impresión se desvaneció rápidamente y, apartándose un poco de él, permaneció muy erguida, como si fuese la pobre y granujienta señora Gupta.

—Ya debe de ser la hora de su primera ronda —dijo el mayor sonriendo—. Iré con usted.

Llenó la otra jarra y cogió las dos en sus manos.

—No —protestó Edwina—. Déjeme llevar una. Me gustará.

El mayor la miró un instante y en sus labios apareció la sombra de una sonrisa. Ella se dio cuenta de que no había mofa en aquella sonrisa, sino algo sencillo y cordial. Daba la impresión de que él la consideraba como una niña que jugara «a los hospitales».

—No tiene por qué mirarme así —dijo irritada.

El mayor debió de comprender, porque no contestó.

—Seguramente necesitará estas listas —añadió Edwina, entregándole los papeles en los que la señorita MacDaid había escrito aquellos números.

Luego cogió una de las jarras de manos del mayor y ambos iniciaron el recorrido.

Habíase desvanecido su momentáneo enfado y le seguía dócilmente, como si hubiera sido la señora Gupta, práctica y experimentada, casi hasta el límite del aburrimiento. Y el mayor, por su parte, no le prestaba más atención que si hubiese sido la poco atractiva y amable señora Gupta. El cirujano iba de cama en cama, deteniéndose delante de cada enfermo, mientras ella llenaba la taza esmaltada que había en el pequeño estante instalado junto al lecho de cada paciente. Algunos de estos se hallaban dormidos y una docena o más eran presas del delirio, pero la mayoría de ellos estaban despiertos, con sus grandes ojos negros muy abiertos, mirándolos resignadamente cuando ella y el mayor pasaban delante de sus camas.

Ante cada una de las camas señaladas en la lista con la palabra «moribundos», el cirujano se detenía un momento para tomar el pulso al paciente o ponerle la mano en la ardorosa frente. En todo el tiempo hizo caso omiso de la presencia de Edwina, salvo en una ocasión en que, como disculpándose, dijo:

—El ponerles la mano en la frente no sirve para nada, salvo para darles ánimo. Ellos saben que soy un brahmán, y durante siglos enteros se les ha obligado a apartarse a nuestro paso por temor a que su sombra cayese sobre nosotros y nos contaminara.

De los enfermos incluidos en la lista de los «muertos», tres vivían todavía, pero el cuarto, cuyas heridas se habían gangrenado, estaba inmóvil y rígido, y Edwina vio inmediatamente que no había necesidad de llenar la taza que había a su cabecera. Era un hombre extremadamente moreno y esquelético. Tenía los ojos entornados, igual que los había tenido durante el coma producido por la piadosa aguja de la señorita MacDaid. Parecía como si un sentido suplementario le advirtiese a uno la presencia de la muerte. Acaso fuese algo en la singular inclinación de la cabeza, como, una flor marchita en el tallo, Y en la rigidez del ángulo que formaban los pies bajo el sucio *dhoti*. Edwina supo en seguida que aquel hombre estaba muerto. Ahora ya siempre lo sabría.

Vio que el mayor colocaba la tosca lamparilla en el pequeño estante y luego inclinaba su alta figura sobre el enfermo. Con un dedo levantó uno de los párpados y golpeó con la uña el amarillento glóbulo del ojo. No se produjo ninguna reacción, y el mayor, volviéndose hacia ella, dijo:

—Vaya a avisar a los porteadores para que se lo lleven.

Cuando regresó, acompañada de dos soñolientos porteadores que transportaban una camilla, Edwina y el mayor reanudaron su ronda, yendo de lecho en lecho, dejando tras sí un par tras otro de negros ojos llenos de cansancio y de una especie de muda confianza, ojos que recordaban los de un animal enfermo. Llegaron al final, y,

en el momento en que se disponían a regresar, el mayor se detuvo de pronto y exclamó:

—¡Escuche!

En el silencio de la noche, sobre los débiles gemidos que surgían de cuando en cuando de esta o aquella cama, Edwina oyó el sutil hilo musical que brotaba de una flauta y el sordo y distante golpear de unos dedos morenos sobre el parche de un tambor.

—Es un buen síntoma —añadió el mayor.

—¿Sí?

—Significa que la vida sigue su curso.

De vuelta en la sala principal, junto a la mesa instalada en un rincón, el mayor dijo:

—¿Me permite sentarme un momento en su compañía?

—Naturalmente, si así lo desea; pero mejor sería que durmiese un poco.

—He dormido un buen rato a primeras horas de la noche. Ahora no podría conciliar el sueño. Lo que necesito no es dormir, sino algo que me haga sentirme normal y humano de nuevo. Desde hace tres días no soy más que una máquina.

Edwina comprendió lo que quería decir, y se sintió singularmente conmovida. Porque, en realidad, lo que el mayor había dicho claramente era: «Lo que necesito es charlar un rato..., o estar sentado sin hablar..., en compañía de una mujer...; pero no una mujer como la señorita MacDaid o la señora Gupta, sino una mujer como usted». Y de nuevo Edwina pensó en los compartimientos en que debía de tener organizada su existencia aquel hombre.

Sentóse el mayor Safka en el extremo de la mesa, cruzando una pierna sobre otra y sonriendo a Edwina. Luego, en voz baja, para no molestar a los enfermos, dijo:

—Debo decirle a usted que se está portando de un modo excelente. Y no es fácil lo que está usted haciendo. No lo es para quien no lo ha hecho nunca hasta ahora.

—No creo que sea tan maravillosa —respondió ella—. En dos o tres ocasiones he estado a punto de sucumbir y abandonar la lucha.

Pero eso ya ha pasado. Ahora ya no me importa nada. Ni siquiera he vuelto a vomitar. Es curioso lo rápidamente que se habitúa uno a todo.

—Dentro de poco nos enviarán enfermeras profesionales de Bombay, además de contar con algunas mujeres de Ranchipur. Entonces podrá usted dejar esto y marcharse.

Edwina pensó: «No, no quiero marcharme... nunca. ¡Quiero quedarme aquí! ¡Quiero quedarme aquí!». En voz alta, respondió:

—Me quedaré mientras me necesiten... Quiero decir mientras sea útil para algo.

El mayor guardó silencio unos instantes. Después, cogiendo el frasco de alcohol, empapó un poco de algodón y se frotó cuidadosamente el dedo con el que había

tocado al muerto. Parecía cansado y mucho más delgado, pero la fatiga le daba una nueva belleza. Poseía una especie de virilidad que ella no había conocido jamás en ningún otro hombre: no era la ruda virilidad de un europeo, ni la cruel masculinidad de aquel boxeador que había conocido mucho tiempo atrás en otra vida, sino una virilidad fina y delicada, como la de un resorte de acero.

Sin levantar la mirada, el mayor siguió frotándose delicada y minuciosamente las manos, con alcohol. Por fin, dijo:

—Es usted una mujer desconcertante. Y como no añadió más, Edwina solo acertó a responder:

—A menudo los ingleses somos muy excéntricos.

—No he querido decir una cosa tan trivial —afirmó el mayor, y, en seguida, levantando la cabeza, agregó—: Le ruego que no piense que mis alusiones personales están motivadas por alguna razón estúpida. ¡Le es tan difícil a la gente acercarse, comprenderse mutuamente! Ni usted ni yo somos unos niños.

—No.

—He llegado a la conclusión de que es usted una persona inteligente.

—Quizá.

—Pero no siempre lo he creído así.

Edwina se vio de pronto a sí misma, tal y como se había manifestado aquella noche en Palacio, bajo las grandes arañas cubiertas de abejas, alejándose apresuradamente, llena de fastidio, para arrojarse en brazos de Tom en aquella sofocante habitación del piso bajo. Sosegadamente, dijo:

—No había ninguna razón para que lo creyese.

El mayor sacudió enérgicamente la cabeza, como para ahuyentar el cansancio que invadía su mente.

—Lo que estoy tratando de decirle es difícil de explicar, especialmente tratándose de usted. Sé que es usted una mujer de gran experiencia.

—Sí, es cierto.

—¿Le parezco un hombre ingenuo?

—No.

Edwina pensó que nunca debía de haber sido ingenuo, ni siquiera de niño. Pero ahora se estaba ofreciendo de manera vulnerable. Porque le estaba brindando a ella, abiertamente, de todo corazón, su amistad y su admiración. Y ella podía herirle pisoteando el ofrecimiento y desilusionándole. La mujer que había sido aquella terrible tarde en el Palacio de verano le habría herido, no en su inteligencia, que era grande, sino en su sensibilidad humana, aquella sensibilidad humana que empezaba a creer formaba parte de los indios en una medida enorme. Se percibía incluso en estas pobres gentes de casta inferior que sufrían y morían a su alrededor. Una sensibilidad que solamente los espíritus europeos más finos poseían también. Edwina se dijo: «Me

parece que empiezo a conocer a la India y a los indios».

El mayor estaba diciendo en aquel momento:

—¿Recuerda usted la tarde en que me ofreció una taza de té en el viejo Palacio de verano?

Ella desvió la mirada, que fue a posarse en las listas marcadas con las palabras «muertos» y «moribundos». El continuó:

—Entonces me pareció usted una mujer atractiva y excitante. Y yo sabía lo que usted deseaba. Sabía que podía conseguirlo fácilmente. Por eso me quedé a tomar una taza de té tibio..., porque la tentación se apoderó de mí. Y durante todo el tiempo, usted estuvo esforzándose por hacerme creer que era usted una mujer inexperimentada y... —el mayor vaciló un instante antes de concluir—: respetable. Porque consideró que era el camino más corto para engañarme y conseguir lo que deseaba.

Edwina levantó bruscamente la mirada de las listas, llena de vergüenza, impulsada por el frenético deseo de gritar que aquello no era verdad, pero casi inmediatamente pensó: «No, eso sería una mentira. Eso lo echaría todo a perder. Eso volvería a resucitar a la mujer que le ofreció la taza de té tibio, trayéndola a este lugar. Y esa mujer no debe entrar aquí. No tiene nada que hacer aquí». Al mismo tiempo, vio que él había levantado la mano como para impedirle hablar.

—Espere un momento —dijo—. He de decir que no me preocupa mucho la respetabilidad de las gentes. Me preocupa mucho más la verdad. Aquella tarde estuve tentado de tomar lo que habría sido muy agradable tomar..., una o dos veces. Pero no lo hice porque vi algo tras aquellas mejillas encendidas y aquellas manos trémulas. Y acerté. Ahora sé que acerté. Fue lo mismo que rechazar una moneda falsa y esperar la buena. ¿Comprende lo que quiero decir? Si yo hubiese tomado lo que me ofrecía usted entonces, no poseeríamos lo que ahora poseemos. Yo la habría considerado una mujer fácil. No le habría dado sino mi cuerpo, lo cual es bastante fácil de dar para un médico y un cirujano, porque solamente es una máquina y no significa nada. Si hubiera hecho eso entonces, no habría ocurrido luego lo mejor. Y jamás nos hubiésemos conocido el uno al otro.

Edwina había fijado de nuevo la mirada en la mesa, mientras en su corazón se agitaba un extraño tumulto, mezcla de vergüenza y de triunfo. Ningún hombre le había hablado nunca de esta manera, y por un instante volvió a experimentar aquella sensación de confusión y terror que había sufrido durante la pesadilla que había tenido después de la disputa con Heston, cuando había ido frenéticamente en pos de algo a través de selvas, de llanuras interminables y de grandes ciudades, aunque sin saber qué era lo que perseguía. Y ahora, por espacio de un segundo, lo había vislumbrado. Pero la visión se desvaneció sin concretarse y nuevamente se sintió perdida, extraviada en una inmensa soledad.

—No me considere un hombre complicado y ladino —dijo el mayor—. Pero las relaciones humanas son cosas muy extrañas y a mí me gustan la claridad y la sinceridad en ellas. La mayoría de la gente pasa por la vida y se va a la tumba sin *saber* jamás lo que la vida puede ser y la gloria que puede haber en las relaciones humanas. Pero esa gloria solo puede alcanzarse cuando uno se eleva sobre las mezquindades de la vida cotidiana. En realidad, ese es el fin de toda religión. Eso es lo que todas ellas tratan de alcanzar. Eso es lo que quise decirle al afirmar que la respetabilidad de la gente carece de importancia. Esa respetabilidad está bien para los estúpidos, los débiles y los hipócritas.

Cambió de postura, deslizándose de la mesa y quedando de espaldas contra ella, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho.

—Quería que conociese usted mis sentimientos —prosiguió diciendo—. Mi estimación por usted es tan sincera, que he juzgado valía la pena correr el riesgo de ponerse en ridículo a sus ojos. Y ahora, siempre que nos encontremos, dondequiera que nos veamos, cuando quiera que pensemos el uno en el otro, lo haremos como amigos, *conociéndonos* el uno al otro. Es algo verdaderamente grande *conocer* a una persona en el curso de una existencia —descruzando los brazos, tomó entre las suyas una de las manos de Edwina y dijo—: Acaso se esté burlando de mí en lo profundo de su corazón...

—No..., no.

—Quizá me considere como uno de esos adivinos de tres al cuarto que llenan los bazares. Pero puedo asegurarle que ha descubierto usted un secreto. Ya sabe cuál —soltó la mano de Edwina y dijo—: Tengo que irme. Ahora ya puedo dormir —rodeando con su brazo los hombros de ella, concluyó—: Ya es hora de hacer la ronda..., con diez minutos de retraso, pero la culpa ha sido mía. Buenas noches.

Ella contestó con un susurro y en seguida el mayor se marchó. Permaneció unos momentos inmóvil, desconcertada y perpleja, y luego, recordando que tenía que hacer la ronda, se levantó de la silla, cogió uno de los cántaros de piedra para llenar de agua hervida las dos jarras e inició su recorrido.

Esta vez apenas vio las figuras de los enfermos. Solo ante los lechos de los moribundos se detuvo unos momentos para comprobar si aún existía algún signo de vida en los agotados cuerpos. El número 72 había muerto. Cuando levantó la lamparilla sobre la cama estuvo segura de ello. Ahora ya sabía cómo era la muerte. Ni siquiera tuvo necesidad de golpear con la uña el globo ocular, como había visto hacer al mayor. Bajó silenciosamente la escalera y despertó a lo porteadores.

Cuando estos se llevaron el cadáver, Edwina se acercó a una ventana para contemplar la ciudad. La enorme pira con su carga de cadáveres se había extinguido casi por completo. Solo quedaba un enorme montón de brasas que esparcían un intenso calor, pero muy escasa claridad. La lluvia había cesado; más allá del gran

depósito había surgido la luna, en cuarto menguante, y entre ella y el viejo Palacio de madera se extendía una faja de luz dorada, incesantemente cruzada por los enormes murciélagos procedentes de la ciudad muerta de los mogoles, al pie del monte sagrado. Desde el otro lado del río llegaban a sus oídos los sones de la flauta y de los tambores que había escuchado hacía un rato en compañía del mayor.

La belleza y la crueldad de la escena toda penetraron profundamente en su alma, como un ardiente puñal que cauterizase una herida. ¡Y él había nacido de todo esto!

Mientras contemplaba la escena, vio las negras figuras de los portadores que llevaban el cadáver de la mujer fallecida poco antes, a través del jardín en ruinas, en dirección de la Escuela de Música, para dejar allí su carga, junto a todos los muertos que serían quemados tan pronto como se hubiese levantado una nueva pira.

Hacía un calor terrible. Al alejarse de la ventana, Edwina se enjugó el sudor que inundaba su rostro con un trozo de gasa, y luego, sentándose a la mesa, llenó un vaso de agua y se lo bebió. Cogió la lista encabezada con la palabra «muertos» y tachó con el lápiz los números 72 y 13, y de nuevo volvió a experimentar la sensación de estar representando el papel de la Divina Providencia.

«Está ocurriendo —pensó—. Está obrando en mí aquello que me ha traído a la India. He de quedarme aquí hasta que termine, aun cuando no vuelva a ver Inglaterra nunca más». Si se fuese ahora, mañana, en uno de aquellos aeroplanos que vendrían del mundo que existía más allá del monte Abana, el resto de su existencia carecería de significado. Ella pertenecía ya aquí, a este país, aquí, en medio de tanta muerte, inmundicia, miseria y belleza. «Acaso haya pertenecido siempre aquí», pensó Edwina.

A sus oídos llegó de nuevo aquel débil murmullo, como el susurrar de hojas muertas agitadas por la brisa, y levantando la cabeza, su mirada se encontró con la resignada mirada de corza de la moribunda tendida en el lecho más próximo a la mesa. Los amoratados labios se movían, tratando de pronunciar en *gujerati* la palabra «agua». De nuevo aparecieron de debajo del *sari* los flacos dedos, y de nuevo se dirigieron temblorosos a la boca abierta.

Edwina se levantó y cogió la jarra para llenar el vaso, pero lo volvió a dejar inmediatamente sobre la mesa, invadida por un repentino sentimiento de horror. Había dado de beber a aquella mujer con aquel vaso, en lugar de hacerlo con la taza que tenía a la cabecera, y después ella misma lo había utilizado para beber.

Continuaba llegando a sus oídos aquel susurrar de hojas muertas, y, cogiendo una de las jarras esmaltadas, Edwina se acercó al lecho de la enferma, llenó la taza de agua y la llevó a los labios de la moribunda, pensando al mismo tiempo: «¡Lo hecho, hecho está!». Mientras daba de beber a la mujer, se preguntaba si no habría medio de desinfectar también las vísceras de un ser humano.

Al separarse del lecho, oyó un gemido procedente de uno de los lechos situados

en el extremo de la sala. Guiándose por sucesivos gemidos, llegó a la cama de un anciano que había despertado del piadoso sueño en que le había sumido la señorita MacDaid. Todo su cuerpo se estremecía de dolor. Rápidamente Edwina fue en busca de la luz para mirar el número. Era el 83 y estaba en la lista de los «moribundos». Se alejó apresuradamente y bajó corriendo la escalera para avisar a la señorita MacDaid.

Cuando ambas regresaron junto al lecho del paciente, la escocesa aplicó una nueva inyección en el flaco y negro muslo del anciano. Y al marcharse, le dijo a Edwina:

—No tiene salvación. Traslade su número a la otra lista.

No le dijo nada a la señorita MacDaid sobre el incidente del vaso, porque no quería que la enfermera la considerase una estúpida alocada. Experimentaba una débil sensación de disgusto, pero ya no tenía miedo, pues le parecía que lo que hubiera de sucederle ya no estaba en sus manos evitarlo.



## XLVIII

En el pabellón de caza, la maharaní estaba sentada sobre un pequeño estrado, con las piernas cruzadas, acompañada de la vieja princesa de Bewanagar, enfrente del círculo que formaban Raschid Alí Khan, el coronel Ranjit Singh, Homer Smiley, Nil Kant Rao y Ransome. Uno tras otro, el musulmán, el *sikh*, el americano, el *márata* y el inglés la habían ido informando de los progresos de la lucha, y lo que cada uno de ellos había dicho había infundido nuevo valor y nueva vida en el corazón de la hermosa anciana, sentada en el cojín de brocado de Henares. Parecía cansada, agotada; pero la antigua e indomable belleza no había desaparecido, estaba allí, acentuada por las densas sombras que proyectaba la llama de la lámpara de aceite. Había luchado toda su vida contra la superstición, la intriga y los prejuicios. Había luchado al lado del fallecido maharajá, sin la fuerza que él hallaba en su sencillez y en su fe. Había luchado también por el placer de luchar, dudando siempre en lo más profundo de su corazón de que llegaran alguna vez a alcanzar la victoria en aquella lucha por la integridad y la gracia, la salvación y el renacimiento de su Estado y de toda la India. A diferencia del anciano maharajá, ella no había creído nunca en la bondad ni en la fortaleza de su pueblo, ni siquiera en la victoria final. Y había combatido, un poco como el inmensamente anciano *dewan*, sin escrúpulos, a veces con crueldad, a menudo con odio, y siempre con la obstinación y la bravura de su pueblo *márata*. Había odiado a los europeos como invasores de su tierra, considerándolos gentes vulgares, estúpidas e insensibles, admitiendo a su pesar cosas tales como la amistad del gran virrey, la sensibilidad e inteligencia de hombres como Ransome y la bondad de personas como los Smiley. Momentos había habido en que se había sentido muy cansada, y otros en los que había estado tentada de abandonarse a la perversidad y la amargura, como tantos otros príncipes de la India. Incluso había habido un momento, un terrible momento, poco antes que penetrasen en la tienda estos hombres que ahora se sentaban en torno a ella, durante el cual había estado tentada de abandonar la lucha y huir, buscando en un cómodo viaje aéreo la seguridad de Bombay, o tal vez de Europa. En su fatiga, le había parecido que todo aquello por lo cual habían luchado tanto su fallecido esposo y ella misma había sido destruido para siempre. Durante unos instantes se había sentido demasiado vieja y demasiado enferma para empezar de nuevo la batalla.

Pero aquel terrible momento de tentación había pasado ya. Observando y escuchando a estos hombres, la maharaní sintióse avergonzada de aquel instante de flaqueza. Todos ellos eran hombres apuestos y de valía, excepto, tal vez, el señor Smiley, que era hombre excelente, pero no muy apuesto. Y la anciana sabía distinguir a los hombres de valía. Por otra parte, no podía dudar de su devoción por ella, una devoción no de amantes, sino de algo mucho más elevado, que tenía menos razón de

ser y podía soportar victoriosamente las pruebas más terribles. Pero la soberana tenía conciencia de que si aquella devoción proviniese de hombres menos fuertes y apuestos, no le habría sido tan grata. La devoción era algo aparte, immaculado, resplandeciente y espléndido, pero le era tanto más grata por proceder de hombres como el robusto Raschid, el delgado y suave Ranjit Singh, el fiero Nil Kant Rao y el mórbido y bien parecido Ransome. Todo ello satisfacía a su salvaje sentido de la belleza y el esplendor. Una reina debía ser servida por hombres así.

Habían trabajado para ella y para la India, sin descanso, sin una queja, en medio de la suciedad, la miseria y el peligro, un peligro peor y más artero que el de la batalla. La tarea había parecido irrealizable, y, sin embargo, ya se entreveía la victoria. Cuando ella hubiera desaparecido, ellos seguirían aquí para proseguir la lucha. Estarían aquí para reconstruir las escuelas, los puentes, el ferrocarril y hasta la misma presa. Vendería todas sus joyas y daría todo su dinero al Estado, porque aquello por lo que ella y el difunto maharajá habían luchado tanto solo estaba empezando a surgir de las entrañas del tiempo indio, y tenía que seguir adelante, cobrando fuerza al contacto con la luz y con la fe de que eran portadores estos hombres. La India, vasta, cruel y rica, estaba agitándose y despertando. Sentada allí, la maharaní vio entre los rostros que la rodeaban el de un hombre que había muerto hacía más de veinte años en la casa en donde ahora vivía Ransome. Le veía como le había visto cuando vino de su aldea, tímida y orgullosa, siendo una simple muchachita de trece años, pero ya mujer, para casarse con el joven maharajá de Ranchipur. Y ahora, ya anciana, recordaba perfectamente aquel rostro inteligente y bondadoso, lleno de una dulzura y de una sabiduría que, por su serenidad y comprensión, más pertenecía a Oriente que a Europa. Sí, él también estaba allí, en aquel Consejo de hombres fuertes que la servían y admiraban. En última instancia, gracias a él se hallaban ahora reunidos todos en la tienda de campaña regia. Gracias a él había luchado el maharajá durante tanto tiempo para liberar y elevar a su pueblo. Gracias a él estaba ella ahora sentada aquí, gobernando con prudencia, comprensión y valor. EJ también había amado a aquella India antiquísima y espléndida que la anciana llevaba en el corazón, y la había amado tanto, que, al final, había venido a morir en Ranchipur, en su jardín, a la caída de la tarde, cuando las vacas regresaban a sus establos, en medio de nubes de polvo rojizo, cuando el aire estaba impregnado de olor a jazmín y a estiércol de vaca, a humo y especias, cuando los chacales salían de sus escondrijos para aullar a la luna que se elevaba en el horizonte, y las flautas y los tam-tam empezaban a sonar en las aldeas. Muchos años atrás había habido numerosos ingleses como él y como John Lawrence, el erudito y preceptor que tan bien *conocía* a la India. Ahora hombres así eran más raros. De cuando en cuando se encontraba alguno...

Los hombres hablaban ahora entre sí y la maharaní no se molestaba en escuchar,

pues sabía que conocían sus respectivas obligaciones mejor que ella las conocería nunca. Su pensamiento voló a Europa, a los casinos, a las grandes joyerías, a los banquetes oficiales, a las exposiciones organizadas para fomentar el comercio, a los grandes hoteles y a los balnearios de moda. De pronto, todo aquello le pareció un mundo distante, más distante que había sido mucho tiempo atrás, cuando, de joven, ella había desafiado la ley védica y había cruzado las Aguas Negras. Entonces Europa la había fascinado como puede fascinar a un niño un brillante desfile, pero ahora la anciana comprendía que Europa la aburría. Hacía mucho tiempo que había visto claramente su codicia, su hipocresía, su trágico materialismo, su desesperado asirse a cualquier esperanza, por pequeña que fuese, sus dictadores y su degeneración. Aquel mundo acabaría por destruirse a sí mismo no tardando mucho. No había sino dejarlo solo. Hombres como lord Heston lo estaban destruyendo concienzudamente. Salvar aquel mundo era tarea más ardua que unir en un solo orgullo y un solo honor a la desventurada India, desgarrada y dividida. Porque Europa estaba fatigada y Oriente se despertaba de un largo sueño, descansado y vigoroso.

No, no volvería jamás a Europa. Moriría sin asistir de nuevo a aquel triste espectáculo. Ni siquiera iría a Poona o a Ootacamund. Se quedaría aquí, soportando los terribles y vivificantes monzones, los duros inviernos, cuando el polvo rojizo se elevaba en grandes nubes de las llanuras que se extendían por un lado hasta el mar y por el otro hasta el monte sagrado de Abana. Había mucho que hacer, mucho que construir, mucho que dejar tras sí cuando le llegase la hora de la muerte, de modo que otros tuviesen un fundamento sobre el cual proseguir la tarea.

A través de las brumas de su ensueño, la anciana vio que las cortinas se apartaban en el extremo de la estancia para dar paso al joven mayor, que entró con aire apresurado. El cirujano avanzó directamente hacia ella e, inclinándose en profunda reverencia, con las yemas de los dedos unidas, se excusó por su retraso, diciendo que no había podido salir antes del hospital.

La soberana le miró ceñuda, en una pantomima de disgusto, como era su deber de reina, pero el ceño desapareció prontamente al ver la sonrisa y la audaz mirada del mayor, que le decía claramente que no creía en su enojo. Jamás podía mostrarse severa con él, porque era joven y apuesto y cariñoso. Sus propios hijos habían muerto trágicamente, destruidos por Occidente, y el mayor, en cierto modo, había ocupado su puesto.

Traía noticias sobre el curso de las epidemias, noticias que suavizó un poco al observar el cansancio de que daba muestras la anciana. Después habló un rato con los presentes, y cuando, al fin, los demás se marcharon, ella le indicó que se quedara, en parte, porque su presencia siempre la animaba y rejuvenecía, y en parte, porque había ciertas cuestiones que deseaba discutir con él y escuchar de sus labios las confidencias que tanto le agradaban.

Cuando todos hubieron salido, la soberana despertó a su amiga, la vieja princesa, que estaba dando cabezadas, completamente dormida, pero muy erecta en su cojín.

—Vaya a acostarse, Sita —le dijo.

Cuando la soñolienta princesa hubo abandonado la estancia, la maharaní y el mayor empezaron a hablar en márata, que era la lengua nativa de ella y la de adopción de él.

—Tenemos muchas cosas de que hablar, aunque no de carácter oficial. En primer lugar, su alteza el maharajá me dijo antes de morir que pensaba usted contraer matrimonio.

—Así es, alteza.

—¿Sigue pensando lo mismo?

—Sí, alteza.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y seis años.

La maharaní refunfuñó pensativa.

—Si quiere tener hijos robustos, no ha de perder el tiempo.

El mayor contestó, sonriendo:

—La edad no importa cuando el hombre es fuerte y todavía puede tener hijos. Cada uno de nosotros no es sino un receptáculo de semillas. Y no hacemos más que transmitir las a otro receptáculo.

—¡Hum! La ciencia de ustedes sustenta muchas teorías que cualquier *ryot*<sup>[73]</sup> podría destruir con ejemplos concretos.

Abrió la cajita de oro adornada con rubíes que tenía al lado, extrajo unas semillas de cardamomo para masticar y prosiguió diciendo:

—Cuando las cosas se hallen más en orden, enviaré a buscar a la muchacha y a los padres —se le quedó mirando unos instantes ladinamente, y luego preguntó—: ¿No le importa que sea solo medio india y que la otra mitad de su persona sea europea... o americana?

—No, alteza. No es el cruce de razas el que origina el problema del eurasio. Es el cruce de malos ejemplares, es decir, de hombres defectuosos con mujeres de casta inferior. Su alteza el maharajá me habló de la muchacha.

—¿No tiene usted ideas especiales acerca del matrimonio por amor? —preguntó la anciana mirándole sagazmente.

—No, alteza...; es decir, dentro de ciertos límites. Me agradecería conocer a la que ha de ser mi esposa antes de casarme con ella. Creo que es lo justo, tanto para ella como para mí.

—En Occidente circulan muchas tonterías acerca del matrimonio por amor. No existe nada más miserable que un matrimonio en el que la pasión, una vez satisfecha, ha muerto. Esa muchacha es muy linda. Si yo tuviera hijos, la hubiera elegido para

esposa de uno de ellos.

—Estoy seguro de que su alteza es un excelente juez en la materia.

—Después tenemos la cuestión de Ransome —siguió diciendo la anciana—. ¿Ha trabajado bien?

—Sí, alteza. No ha podido portarse mejor en el cumplimiento de su misión, que no es nada sencilla. Apenas ha dormido en estos días.

—¿Y de beber?

—Que yo sepa, no prueba una gota desde hace cuatro días.

—Eso no quiere decir nada cuando tan difícil resulta proveerse de licor.

—Para él no era difícil, alteza. Tenía una provisión de botellas de coñac en su bodega y las ha dado todas al hospital. Yo mismo le ofrecí un trago, y lo rehusó. Le dije que estaba a su disposición siempre que lo deseara, y volvió a rehusarlo.

La maharaní estuvo reflexionando sobre este hecho unos momentos, inmóvil y pensativa como un Buda, al amarillento resplandor de la lámpara. Luego, dijo:

—Me agrada mucho ese hombre. De él se puede sacar algo.

—Es un pesimista, alteza, pero una excelente persona. Es un enfermo. Creo que siempre lo ha sido.

—Me gustaría ayudarle si pudiera... A veces me recuerda al antiguo preceptor de su alteza el maharajá. Murió antes que naciera usted, de modo que no puede figurarse cómo era. Vivió en una época distinta. Creo que es la época en que vive lo que ha hecho de Ransome un enfermo —volvió a abrir la caja de oro adornada con rubíes, y añadió—: ¿Cree usted que estaría dispuesto a trabajar para el Estado?

—No lo sé, alteza.

—Le serviría de ayuda. ¿Qué historia es esa de que ha violado a la hija del misionero?

—No sé, alteza. Pero, conociéndole como le conozco, no me avengo a creerla. No encaja en su temperamento ni en su manera de ser.

Los negros ojos de la anciana se contrajeron ligeramente antes de decir:

—En la noche de la cena en Palacio, algo ocurrió entre él y lady Heston.

—Sí, alteza.

—¿Qué significado pudo tener eso?

—Yo diría que ninguno.

—Es una lástima. Placeres de esa índole son completamente estériles.

—Los dos son desdichados. Los dos están enfermos.

—¿Por qué se obstina en quedarse aquí? Es absurdo.

—Lo ignoro, alteza, pero creo que está buscando algo... Y lo que está tratando de encontrar carece de nombre..., a menos que lo llamemos realidad..., y ese es un nombre muy pobre.

—Ha sido usted quien le ha permitido quedarse. ¿Es que la admira?

—Sí, alteza.

—¿Por qué? —preguntó la maharani, frunciendo el ceño con disgusto.

El mayor vaciló un instante, y luego dijo:

—Perdóneme, *masaheb*, pero tiene muchas de las cualidades de su alteza.

El ceño de la soberana se acentuó.

—¿Cómo? —exclamó.

—No conoce el miedo. Hay en ella algo de indestructible. Le agradan los hombres apuestos y bien parecidos. Posee carácter y espíritu de independencia. Durante los últimos dos días, el trabajo del hospital le ha hecho vomitar veinte veces diarias. Y esa es la prueba más fuerte que yo conozco. No se engaña a sí misma y no rehuye las cosas. Creo que hace mucho tiempo emprendió un camino equivocado.

Mientras hablaba, no dejaba de observar a la anciana, no escapando a su sagacidad el hecho de que su ceño se suavizaba y que, en el fondo, sus palabras le agradaban. Sabía, porque la conocía bien, que en su interior resonaba una risita placentera, que estaba satisfecha de que él la comprendiese tan bien, de que hubiese adivinado cualidades que ella se imaginaba haber ocultado a los ojos de la mayoría de los demás, de que se mostrase tan audaz con ella y de que, en ocasiones, incluso se atreviera a reprenderla.

—¿Ha llegado tarde esta noche a causa de ella?

Con humildad que él sabía la anciana comprendería era fingida, reconoció en voz baja:

—Sí, alteza.

—¿Se interpondrá eso en su matrimonio?

—No, alteza. Lady Heston no está hecha para tener hijos. El matrimonio es una cuestión de Estado. Y ha de contraerse pensando en el bien de la comunidad.

—Celebro que no haya perdido el juicio. ¿Cuándo se marchará esa mujer?

—Lo ignoro, alteza.

—Ha de marcharse antes que venga la otra.

—Desde luego.

—Lo dejo a su discreción. De otro modo, podría dar lugar a una situación muy embarazosa para todos.

—Comprendo, alteza.

—Una cosa más. He oído hablar de una anciana que vive con los Smiley.

—Sí, es tía de la señora Smiley.

—Parece ser que ha realizado una gran labor a pesar de su edad. Ha guisado para el Orfanato y ha atendido a cierto número de refugiados.

—Es una mujer extraordinaria.

—Me gustaría conocerla.

—Si su alteza fija hora, yo me encargo de enviársela.

—Mañana, a las tres de la tarde. ¿Cómo se llama?

—Señora Bascomb..., Phoebe Bascomb.

—Anóteme el nombre en un papel. No me es posible record esos nombres.

El mayor sacó un trozo de papel, escribió el nombre y se entregó a la maharaní.

—¿Se puede cruzar ya el puente del ferrocarril? —preguntó ésta.

—Sí. Han colocado tabloncillos sobre los raíles.

—Cuando salga de aquí, dígame al ayudante de campo que envíe a esa anciana el coche de bueyes de su alteza el maharajá.

—Podría venir perfectamente a pie, alteza. Está muy fuerte y ágil.

—No, no. Prefiero enviar el coche. A partir de ahora pienso utilizarlo yo misma. El movimiento de los elefantes me trastorna la digestión. Y con respecto a la señorita Dirks..., ¿no han encontrado su cadáver?

—No, alteza.

—¿Es cierto que se hallaba mortalmente enferma?

—Sí, alteza.

La maharaní guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Era una excelente mujer. Nunca llegué a entenderla, pero era una excelente persona. Debemos erigir un monumento a su memoria tan pronto como las cosas se hallen en orden. ¿Y la otra..., la señorita Hodge?

—Ha enloquecido, alteza.

—¿En dónde está? ¿Quién cuida de ella?

—Lady Heston.

—¡Lady Heston!

—Sí. La pobre loca no quiere separarse de ella.

La maharaní movió la cabeza, al mismo tiempo que emitía una especie de cloqueo, un sonido muy parecido al que emitía tía Phoebe cuando estaba conmovida o asombrada.

—Los ingleses son gentes muy singulares... —comentó—; muy desconcertantes.

—Son un pueblo sentimental, alteza, que se avergüenza de serlo.

—Hemos de arreglar una pensión para la señorita Hodge.

Recogió las cajas y chucherías que tenía a su alrededor.

—Ahora ya se puede marchar. Necesita descansar.

—Gracias.

La anciana se levantó y salió lentamente de la estancia, dirigiéndose a otro aposento de la tienda de campaña.

Mientras las doncellas la desvestían, le daban masaje y frotaban su rostro y sus cabellos con perfumados aceites, la maharaní preguntó a la camarera mayor:

—¿Dónde está la rusa? ¿No ha vuelto todavía?

—No, *masaheb*.

La maharaní montó repentinamente en cólera. Deseaba que le leyese algo para olvidar por un rato las miserias que afligían a la ciudad. Necesitaba incluso torturar un poco a María Lishinskaia para poder conciliar el sueño. «Despediré a María Lishinskaia —pensó—. Le daré una pensión y la enviaré a Europa». La rusa resultaba cada vez más fastidiosa, con su histerismo y sus obsesiones. Ni siquiera encontraba ya satisfacción en atormentarla. Representaba el último lazo que ligaba a la anciana con la Europa de los casinos, las cenas de gala y las joyerías. Enviaría fuera a María Lishinskaia, borrándola de su existencia. Entonces quedaría totalmente libre de Europa. Volvería a ser india, puramente india, como lo había sido mucho tiempo atrás, cuando, en plena juventud, creyó que podía aprender muchas cosas de Europa.



## XLIX

Pero no hubo necesidad de despedir a María Lishinskaia. Se había ido ya por su propia voluntad. A la luz de la luna agonizante, pendía, muerta, de su propio chal, sujeto a uno de los garfios de hierro del gran pórtico en donde los *sikhs* solían colgar sus lanzas. Allí la encontró Ransome cuando volvía del pabellón regio.

## **CUARTA PARTE**

## I

Por la mañana, poco antes de mediodía, no uno, sino tres aeroplanos aparecieron entre la brumosa lluvia, sobre la montaña sagrada envuelta en impenetrables cendales de niebla. Traían paquetes y balas de medicamentos y suministros, y en ellos venían tres enfermeras, una *parsi*, otra angloindia y una tercera inglesa. Gopal Rao venía con ellas, radiantes de contento sus negros ojos, un tanto envanecido por la importancia que le confería el haber hablado con el gobernador de la Presidencia de Bombay, a quien había explicado minuciosamente todos los detalles de la catástrofe. Se dirigió inmediatamente a presencia de la maharaní para informarla de que llegarían más suministros por avión y de que, tan pronto como estuviese reparada la vía férrea, afluirían a la ciudad en grandes cantidades alimentos y más medicinas. El coronel Ranjit Singh y Raschid Alí Khan, flaco y torvo como un halcón y más parecido que nunca a un jinete de Baber, hallábanse presentes. Habían ido hasta el monte Abana, a lomos de elefante, y habían recibido noticias de que, al otro lado de la montaña, más allá del desfiladero, se trabajaba afanosamente para reparar la vía férrea. El restablecimiento del servicio ferroviario era cuestión de horas. Gopal Rao añadió que el Gobierno de Bombay enviaría al día siguiente, en avión, al director del Instituto de Enfermedades Tropicales, acompañado de dos especialistas. Las noticias eran buenas, y por un instante la luz de la victoria iluminó los fatigados semblantes de la maharaní, el coronel y Raschid Alí Khan.

Gopal Rao y el coronel Ranjit Singh salieron de la estancia, pero Raschid Alí Khan, como ministro del Interior, se quedó allí para ocuparse de la desagradable investigación acerca del suicidio de María Lishinskaia. Se presentaron a prestar declaración Ransome, el mayor Safka y, por último, Harry Bauer.

El suizo ya no parecía tan pulcro y radiante como le había visto Ransome la noche anterior. El blanco traje de dril estaba arrugado y manchado, y en toda su persona se advertía un aire de profundo abatimiento, como si se hubiera oscurecido su espléndida salud, como si hubiese caído sobre él una densa y siniestra sombra. En una de sus mejillas se veían dos largos arañazos.

El mayor testificó que era indudable el suicidio de María Lishinskaia. La rusa había anudado uno de los extremos del chal en torno a su garganta y, después de sujetar el otro en el garfio de hierro, había derribado de un puntapié la silla sobre la cual hallábase encaramada. Era indudable que había querido morir, pues el chal se había distendido hasta el punto de que, cuando fue encontrada muerta, sus pies estaban tocando el suelo. El mayor opinaba que hubiera podido salvarse de haberlo deseado. Cuando Ransome la descubrió, su cuerpo estaba todavía caliente. El mayor creía que el fallecimiento se había producido unos minutos antes. El *jobedar*, dormido en su habitación, no había oído nada.

Ransome dijo que la había visto a primeras horas de la noche, cuando el coronel Ranjit Singh y él pasaban junto al gran depósito. Refirió cómo la rusa se había ido deslizando de árbol en árbol, de sombra en sombra, hasta penetrar en el lazareto de la Escuela de Música, tras una loca carrera final por delante de los cadáveres que esperaban la incineración. El coronel Ranjit Singh la había reconocido también, y ambos habían convenido en guardar silencio.

Cuando le llegó el turno de declarar a Harry Bauer, el suizo se mostró reservado y lacónico, refiriendo lo sucedido hoscamente y a regañadientes. Mirando fijamente al suelo, dijo en voz baja:

—Yo no sabía que iba a ir a verme. Pero fue, charlamos un poco y se marchó.

A Raschid no le satisfizo esta declaración y preguntó:

—María Lishinskaia era su amante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hacía unos dos años. La cosa empezó en Carlsbad. No la he querido nunca, pero no dejaba de serme conveniente. De todos modos, traté de terminar aquello. Quería que me casase con ella, pero yo siempre me negué. Voy a casarme con una muchacha de Vevey cuando vuelva a Europa. Así se lo dije muchas veces, pero sin que sirviera de nada. Siempre estaba amenazando con matarse, pero no creí que fuese capaz de hacerlo. Me parece que estaba un poco trastornada. Yo hubiera querido terminar, pero ella me acosaba sin cesar. Estaba continuamente entrando en mi habitación. A veces, incluso se metía en mi cama cuando yo estaba acostado —sin levantar la mirada del suelo, se encogió de hombros y añadió—: ¿Qué podía hacer yo? Soy un hombre lleno de salud, este es un país cálido y uno come muchas especias. Así es que pensé: «Bueno, está bien. ¿Por qué no?».

—¿Eso es todo? ¿Su conversación fue tranquila?

—Sí.

—La señorita Simón ha declarado que fue a buscarle a usted y que les oyó disputar. Según ella, la rusa gritaba: «¡Te mataré y luego me mataré yo!».

—Sí, es cierto.

—Entonces es que estaban ustedes peleando, ¿no es así?

—No. Fue ella quien me atacó.

—¿Y por eso tiene usted la cara arañada?

—Sí.

—¿Por qué disputaron ustedes?

El suizo guardó silencio unos instantes, y luego, en voz baja, dijo:

—Quería dormir allí... conmigo. Hizo cosas terribles y dijo cosas horribles.

—¿Porque usted se negó?

—Sí. Era terrible e indecoroso. No era el lugar adecuado para... eso. ¡Con tantos

muertos y moribundos a nuestro alrededor! No quise. No me hubiera sido posible. Me repugnaba.

Así era, pensó Ransome. Su sentido suizo de la respetabilidad había sido ofendido.

—Me repugnaba ella. Y así se lo dije —continuó declarando el suizo—. Entonces intentó matarme. Se lanzó sobre mí como una pantera... y la golpeé.

—¿Sí?

—Creo que aquello fue la causa de todo. Cuando le pegué, dejó de gritar. Se fue a un rincón y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Dijo algo?

—Estuvo callada mucho tiempo y luego empezó a llorar..., pero no de una manera histérica y salvaje, como solía hacer, sino silenciosamente. Después, cuando se marchó y me quedé solo, eso fue lo único que me alarmó. ¡Estaba tan tranquila!

—¿Qué dijo?

En el terso, hermoso y estúpido semblante del suizo se dibujó una expresión de profunda perplejidad. Al cabo de un momento, dijo:

—Hablaba en voz muy baja. No sé si recordaré exactamente lo que dijo. Se cubrió el rostro con las manos y exclamó: «¿Qué me ha sucedido? ¡Estoy loca!». Luego me dijo: «Siento haberte pegado. Perdóname. No puedo morir si no me perdonas». Y yo contesté: «Está bien. Te perdono. Pero hemos terminado. No quiero volver a verte. Eres una mujer horrible». Entonces ella apartó las manos de la cara y me dijo: «Está bien. No me volverás a ver nunca más. Jamás te volveré a molestar. Jamás volveré a molestar a nadie, ni siquiera a mí misma. Tenía que haberlo hecho hace mucho tiempo..., hace mucho tiempo... Antes de lo de Leipzig y de lo de Dresde». Y concluyó: «Adiós. Espero que algún día ese maravilloso cuerpo, que es lo único que amas en este mundo, sufrirá tanto como sufro yo».

A medida que iba llegando al fin de su relato, su voz se hacía cada vez más tenue.

—Durante todo el tiempo —añadió—, parecía como si estuviese hablando consigo misma. Nunca creí que fuera capaz de hacerlo. Siempre estaba diciendo que iba a matarse, pero nunca lo hacía.

Ni siquiera cuando terminó de hablar levantó Harry Bauer la mirada del suelo.

—Lo único que deseo es marcharme en paz —añadió—. Quiero marcharme de aquí. Quiero volver a Suiza y casarme y vivir en paz. Nunca he debido venir a este país.

Durante unos momentos reinó un silencio absoluto. Luego, Raschid preguntó:

—¿Hay alguna persona a quien notificar el fallecimiento de María Lishinskaia, alteza? ¿Tenía parientes o amigos?

—Ninguno que yo sepa. Mire usted entre sus papeles. Siempre dijo que toda su familia y todos sus amigos habían muerto o desaparecido.

Raschid se volvió hacia el suizo.

—Eso es todo. Puede usted marcharse. Tan pronto como haya medio para ello, le facilitaremos la salida de aquí. Acaso pueda irse en uno de los aviones de regreso.

—Es todo lo que deseo —repitió sombríamente Harry Bauer—. Marcharme de aquí. Irme a casa. Salir de este maldito país.

Estaba asustado, tan asustado como un animal que siente su cuerpo invadido por la enfermedad. Antes de llegar a la puerta de la tienda tropezó y estuvo a punto de caer. Durante un instante, permaneció agarrado a los cortinajes que cubrían la entrada. La mirada de Ransome se encontró con la del mayor y en ambas se retrató una expresión de horror.

El mayor Safka le susurró al oído:

—Mejor será que le acompañe para estar seguros de que llegará a la Escuela de Música.

## II

En el camino desde el pabellón de caza hasta la Escuela de Música, Ransome llevó cogido del brazo al suizo para impedir que cayese al suelo. Al llegar al gran depósito, Harry Bauer se apoyó repentinamente contra el muro y empezó a vomitar. Y Ransome comprendió que el enfermero no tenía salvación. Con la ayuda de un *coolí* que pasaba por allí, le llevó a la Escuela y le condujo hasta aquella habitación que Harry Bauer había preparado con la eficacia de un buen soldado. Era presa de una gran apatía y se sentó en el borde de la cama, con la mirada perdida en el vacío, mientras Ransome le despojaba de la blanca chaqueta y le desabrochaba el cuello de la camisa. Estuvo largo rato sin hablar, y cuando lo hizo fue merced a un poderoso esfuerzo. Levantando la mirada hacia Ransome, con las pupilas dilatadas, sin ver, dijo en un francés entrecortado:

—Quiero irme. Tengo que irme. Sáqueme de este espantoso país.

Y en seguida empezó a vomitar de una manera terrible, estremeciéndose violentamente desde los pies hasta la cabeza.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, Ransome dijo:

—Voy a buscar al doctor.

En el vestíbulo se encontró con el mayor.

—He venido tan pronto como me ha sido posible —dijo el cirujano—. La maharaní quería hablar conmigo.

—¿Cree usted que hay alguna esperanza?

—Yo diría que no. De todos modos, los aviones han traído medicamentos para tratarle.

—¿Quién va a ocupar su puesto?

—No lo sé.

—Yo le sustituiré.

—Usted es necesario en otra parte.

—Pueden pasarse sin mí perfectamente. Copal Rao puede desempeñar mi función —miró escrutadoramente al mayor y añadió—: Quiero hacerlo.

—¿Sabe usted los peligros a que se expone?

—Sí.

—A la maharaní no va a gustarle nada.

—Quiero hacerlo. Debo hacerlo.

—Comprendo. Está bien. Pero ahora vaya a darse un baño, deshágase de esa ropa y lávese las manos con alcohol. El suizo era tan limpio como el que más y ni eso le ha salvado.

### III

La idea se le había ocurrido cuando estaba sosteniendo a Harry Bauer junto al muro del gran depósito. Al verle vomitar había comprendido que el suizo estaba perdido y que al día siguiente habría muerto. Y su espíritu, entumecido como en otras ocasiones, muchos años atrás, por la presencia de la muerte a su alrededor, aceptó el hecho fríamente, sin emoción. Sus brazos sostenían el cuerpo de un hombre ya cadáver, aunque seguiría viviendo todavía unas horas, piadosamente amodorrado y confundido por la misma enfermedad que le quitaba la vida. Era uno más entre millares, una hormiga más de aquel hormiguero que Dios había destruido cuatro días antes, una hormiga cuya muerte pasaría totalmente inadvertida ahora que la rusa se había ahorcado de uno de los garfios del gran pórtico. El hecho de su muerte tendría escasa significación para nadie, excepto para el suizo mismo, con su egoísmo de campesino y su materialismo, con sus proyectos de regresar a su patria para casarse y crear una familia y adquirir unas propiedades y dejar un hijo que perpetuase el vulgar apellido de Bauer, que prolongase la existencia del ser que se había llamado Harry Bauer, un ser que había sido aplastado por la divina planta, muy lejos de los terraplenados viñedos de Vevey. Y si en vez de Harry Bauer hubiera sido Tom Ransome quien, sostenido por un extraño, hubiese vomitado su propia existencia junto al muro del gran depósito..., no hubiera dejado de ser una hormiga más, una hormiga forastera procedente de otra colonia, que había huido de su hormiguero para perderse en este otro infinitamente más vasto de la India. Así era. Hoy, mañana, al día siguiente, podría ser el mismo Ransome quien quedase aplastado y eliminado de la existencia. Y, de pronto, junto al gran depósito, cuando Harry Bauer dejó de vomitar y se apoyó contra él, arqueándose dolorosa y convulsivamente por las contracciones de su estómago, con su traje blanco arrugado y manchado, Ransome se vio claramente, acaso por primera vez en su vida, y su espíritu se alejó de él, asqueado por lo que veía de inutilidad, egotismo, hipocresía y estéril egoísmo. Entonces supo lo que le correspondía hacer. Tenía que destruirse a sí mismo con todo su pasado, con todas sus dudas e interrogantes, con toda la bruma de inútiles pensamientos que le habían paralizado desde el día en que vino al mundo. Tenía que destruir lo que era Tom Ransome; tenía que aniquilarlo, aplastándolo contra el suelo rojizo de Ranchipur. Tenía que destrozar, derribar y humillar a aquel pensador embarullado, a aquel liberal, a aquel egotista quijotesco, en perpetuo y contradictorio debate consigo mismo. Ni en este mundo en donde ahora se hallaba, ni en aquel viejo y fatigado mundo que había abandonado hacía tanto tiempo, había lugar para hombres como Tom Ransome. Una onza de acción valía más que una tonelada de estéril meditar. La filosofía era un lujo para los débiles; el aislamiento, el vicio de los ociosos. Tenía que destruir todo aquello para resurgir, al fin, tan sencillo y desnudo como el criado de



Bannerjee, inmóvil en la galería de madera, en medio de la decreciente luz crepuscular, contemplando la desolada ciudad de Ranchipur.

Esta vez la visión no le abandonó, desvaneciéndose en una oscuridad en donde quedaba perdida para la fe y la comprensión. Le acompañó tenazmente mientras llevaba a la Escuela de Música al suizo moribundo, mientras le despojaba de sus ropas y se iba después en busca del mayor.

Y ahora, en pie en el *chattee*, vertiéndose agua tibia sobre el desnudo cuerpo, frotándose cuidadosamente con el precioso resto de una pastilla de jabón, la visión no le abandonaba. Y cuando pensó en el mayor Safka, se dijo que este debía de haber visto algo, una nueva expresión en sus ojos, y que había comprendido. Y nuevamente le invadió una cálida oleada de amistad hacia el mayor, hacia Raschid, hacia los Smiley e incluso hacia la anciana maharaní. Siempre había sido amigo de ellos, pero siempre se había mantenido alejado de ellos, separado por una vaga barrera que le aislaba y hacía estéril aquella amistad. Ahora era distinto. Ahora los *conocía*. Adivinaba, en su esencia misma, lo que eran aquellas personas. Y tenía que aferrarse a este nuevo entendimiento; no debía dejar escapar esta visión, como en tantas otras ocasiones había hecho. Tenía que levantarse por sus propios medios, tirando desesperadamente de los cordones de sus botas, por así decir, y, una vez a salvo, debía volver la espalda para siempre a su antiguo yo, estéril y quejumbroso.

Cuando se hubo cambiado de ropa fue en busca de Fern, y la encontró en la oficina en donde el tímido señor Das, el director de la Escuela de Música, había tratado en otros tiempos de llevar a la europea sus embarulladas cuentas. Al cruzar el umbral, Ransome vio a la muchacha bajo un nuevo aspecto, como si antes solo hubiera tenido existencia en medio de una sombra, en donde hubiera permanecido indistinta y dotada de unas cualidades y de un carácter nacidos de la imaginación que nutría la personalidad del antiguo Tom Ransome. Veía ahora en ella lo que tía Phoebe, con su sencillez, y dilatada experiencia, había visto la noche en que él había llevado a la muchacha a casa de los Smiley.

—Harry Bauer se está muriendo —dijo él.

—Ya lo sé.

—He venido a sustituirle.

Durante un segundo, Fern le contempló con expresión de desmayo.

—No, no debes hacer eso. Eres demasiado valioso.

—No valgo absolutamente nada. Tengo que hacerlo.

Y Ransome vio, con un latir más fuerte del corazón, que ella estaba complacida.

—Ya está todo arreglado —siguió diciendo—. Ahora tendrás que enseñarme lo que hay que hacer. Pero antes necesito un poco de alcohol para lavarme las manos.

Fern le dio el alcohol y estuvo observándole atentamente.

—Hoy ha habido menos casos —dijo—. El mayor considera que es un buen

síntoma y que acaso signifique que la epidemia está siendo dominada.

—¿Y muertos...?

—Los mismos que siempre. La mayoría de los atacados mueren. De diez, nueve.

En el fatigado rostro de la joven había una especie de gravedad semejante a la que Ransome había visto algunas veces en el semblante de tía Phoebe.

—Afortunadamente —continuó diciendo Fern—, mueren rápidamente y dejan sitio para otros.

De pronto, él la estrechó entre sus brazos y la oprimió apasionadamente contra su pecho. Esta nueva Fern era una mujer distinta y tan preciosa como no lo había sido ninguna otra hasta entonces.

—Trabajando juntos, todo irá mejor —dijo.

En voz tan baja que Ransome apenas pudo oírla, la muchacha dijo:

—Estoy asustada.

—Todo irá bien ahora, no te preocupes. Estoy seguro de que todo irá bien.

Todo iría bien si no dejaba que aquella visión se desvaneciese, si destruía todo lo que había sido antes. Entonces, nunca más volvería a *abandonarla*, dejándola sola y aterrorizada.

—No debes dormir en el cuarto de Harry Bauer —dijo ella.

Ransome la miró un instante en silencio, y luego dijo:

—Me haré una cama en esta oficina.

Fern sonrió por primera vez desde el terremoto y confesó:

—Eso era lo que quería. Necesito tenerte cerca de mí. Así todo será mucho más fácil.

—Nadie murmurará ahora.

—Y si murmurase alguien, no importaría mucho —apretando su mejilla contra la de él, añadió—: Estoy avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque soy muy feliz.

Durante unos instantes, Ransome no respondió. Luego dijo:

—No debes avergonzarte. Estas cosas han de suceder así para que la vida siga adelante.

—Tenemos que hacer la ronda ahora. Te indicaré lo que hay que hacer. Algunos de los enfermos habrán muerto.

## IV

Harry Bauer murió a las cinco. Durante toda la tarde, Ransome había estado entrando y saliendo de la pequeña habitación en donde el suizo se había instalado con tanta comodidad, para aplicarle la solución de colín, el cloruro de sodio y el calcio. Ransome se obsesionó con la idea de que el suizo debía vivir. Harry Bauer tenía que restablecerse para regresar a Suiza y reincorporarse a aquella existencia a la que siempre había pertenecido. Llegó incluso a comprender la voluntad de vivir que la señorita MacDaid insuflaba a los enfermos y a los agonizantes. Cada vez que se inclinaba sobre el cuerpo casi exánime de Bauer y enjugaba la espuma que cubría los amoratados labios, pensaba vehementemente: «¡Tiene que vivir! ¡No debe morir!». Pero Harry Bauer permanecía mudo, inmóvil, excepto cuando, de vez en vez, las terribles contracciones que sufría le hacían tocarse la barbilla con las rodillas. El mayor Safka sabía que no existía ninguna posibilidad de salvación, porque el cólera no pedía nada mejor para prosperar que un cuerpo joven, fresco y saludable procedente de Occidente. Poco antes de las cinco, al entrar Ransome en la habitación, percibió que el suizo había experimentado un cambio. Yacía completamente inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. No percibía su respiración ni notaba su pulso, y se dijo: «Está muerto. Ahora no volverá jamás a su patria».

Fue a buscar a Fern, pues la muchacha conocía mejor que él los síntomas de la muerte por el cólera. Inclinandose sobre el cuerpo de Harry Bauer, la joven afirmó: «Ha concluido». Salieron de la estancia, dejando allí el cuerpo hasta que llegase el mayor, quien se presentó poco después de las seis, dirigiéndose, en compañía de Ransome, a la habitación del enfermero. Tomándole el pulso, Ransome percibió todavía el calor de la fiebre. Pero el mayor tomó el camino más seguro. Echando hacia atrás la sábana, dijo:

—¡Mire!

El musculoso cuerpo —aquel hermoso cuerpo que María Lishinskaia había afirmado era lo único que amaba Harry Bauer en este mundo— ya no era blanco. Los músculos se estaban ennegreciendo, destacándose, como en una lámina de anatomía, sobre el color grisáceo de otros tejidos. Y, de pronto, mientras le contemplaban, una pierna se movió lentamente hacia arriba y después hacia afuera, como la pierna de un bailarín en un paso de *ballet*.

—¡Se ha movido! —exclamó Ransome.

—Es el cólera —explicó el cirujano, volviendo a cubrir el cuerpo con la sábana—. Mire: el cuerpo humano es una simple máquina. El espíritu ha huido, pero los músculos siguen moviéndose, como el volante de una máquina una vez que ha cesado de actuar la fuerza motriz.

## V

A mediodía, el mayor Safka envió un mensaje a tía Phoebe comunicándole que el coche de bueyes iría a buscarla para llevarla a presencia de la maharaní. En su nota, el mayor no solicitaba respuesta, y la idea de que el mensaje supusiese una orden molestó momentáneamente a la anciana. Después, cuando el mensajero se hubo marchado, se sintió contrariada porque semejante visita le robaría cuatro o cinco horas de una jornada en la que cada minuto era preciso. Tan pronto como Bertha Smiley llegó del Orfanato, le comunicó la noticia, preguntando al mismo tiempo:

—¿Qué crees que significará eso?

—Pues que la maharaní ha oído hablar de usted y desea conocerla. Es una mujer muy curiosa.

—Tendré que ponerme un vestido decente, supongo.

—Sí..., claro.

—¿Me pongo el vestido nuevo de seda? —sugirió tía Phoebe—. ¿El del cuello de encaje de Battenberg?

—Sí, y su collar de corales.

—¿Crees que nos entenderemos?

—Yo diría que sí. Ella se mostrará muy solemne y majestuosa o..., —la señora Smiley estuvo buscando un símil hasta que lo encontró—: o como una de sus antiguas amigas de Beaver Falls. No hay que tener miedo.

—No tengo miedo —aseguró tía Phoebe—. Lo único que puede pasar es que no sepa conducirme como es debido.

—Es muy fácil. Verá. Suponga que usted es la maharaní y yo soy usted. Llegó a la puerta con las manos en esta posición, hago una reverencia y digo: «Buenas tardes, alteza». Y en seguida ella hablará. Le gusta charlar, de modo que no la interrumpa. Seguramente le hará multitud de preguntas.

—Me hubiera gustado que me hubiesen dejado más tiempo para prepararme.

—Todo irá bien. A ella no le importa mucho el vestido que una lleve ni si tiene el cabello rizado o no. Todo lo que tiene usted que recordar es que debe tratarla de *alteza*. A ella le gusta eso.

—Lo recordaré —afirmó la anciana.

Y en seguida se dirigió a la cocina. Pero Bertha la detuvo, diciendo:

—Yo puedo preparar la comida de mediodía. Homer está en el Orfanato. Yo puedo quedarme aquí hasta que usted se marche. Vaya a prepararse. Con esta humedad, su vestido necesitará que le pase la plancha.

Tía Phoebe protestó un poco, pero luego cedió y se dirigió a su habitación, refunfuñando dulcemente.

Pasada la primera impresión producida por la invitación, la anciana empezó a

sentirse un tanto excitada, en tal medida, que incluso permitió que Bertha, ayudada por uno de los muchachos, preparase la comida. La señora Simón y la señora Hogget-Clapton seguían con ellos, porque ninguna de las dos quería dormir en el solitario *bungalow* de la señora Hogget-Clapton. Permanecían en este la mayor parte del día, poniendo las cosas en orden, pero regresaban a la Misión a la hora de las comidas y a dormir en el cuarto-almacén. Mientras tía Phoebe sacaba del cofre de madera de eucalipto su vestido de seda, daba gracias al Cielo porque ambas mujeres hubiesen dado fin a su querrela, cualquiera que hubiera sido, y pareciesen ahora uña y carne. No le importaba la indolencia meridional de la señora Simón ni el desgarró de *cockney* de la señora Hogget-Clapton, pero le molestaban su necedad y el hábito de hablar continuamente, tanto si tenían algo que decir como si no. Y sentía un profundo desprecio hacia ellas por su terror, ya que, desde la catástrofe y las epidemias, ninguna de ellas osaba acercarse a un indio, habiendo llegado incluso a proponer a tía Phoebe que despidiese al muchacho *intocables* que la ayudaba en la cocina, so pretexto de que traería el cólera de la ciudad.

Tía Phoebe se había limitado a decir con malicia:

—Eso no serviría de nada, porque los europeos pueden transmitir el cólera lo mismo, y aun mejor, según dice el mayor Safka, ya que al cólera le gusta la sangre fresca de los europeos, que mueren como moscas.

En opinión de tía Phoebe, no había necesidad de tomar más precauciones que la de una esmerada limpieza. Si había de contraerse el cólera, se contraía de todos modos. Acaso fuese porque así lo quería el Señor, o tal vez sucediese por mero accidente; pero, en cualquier caso, nada podía hacerse contra ello.

Al principio, el terror de la señora Hogget-Clapton había sido peor que el de la señora Simón; pero gradualmente se había ido atendiendo el contagio, y ahora ambas vivían en un perpetuo estado de histerismo, agudizado en el caso de la señora Hogget-Clapton por la provisión de coñac que había encontrado en su casa y que los depredadores *bhils* no habían tocado.

Estaba tía Phoebe planchando su vestido de seda cuando, a través de la ventana, vio a las dos mujeres, que acudían a comer a la Misión por la carretera que pasaba por la destilería. Estaba lloviendo de nuevo, y ambas amigas llevaban paraguas y sendos talegos al hombro, talegos que tía Phoebe sabía llenos de la vulgar colección de chucherías de la señora Hogget-Clapton. Desde hacía dos días se hallaban entregadas a la labor de trasladar aquellos objetos del *bungalow* al cuarto-almacén de la Misión. En un rincón del aposento se amontonaban objetos de bronce, chales y *saris* baratos, taburetes con incrustaciones y cojines bordados. La Policía había recuperado la máquina de coser, el despertador y tres bandejas de bronce, y los *bhils* que habían robado todo aquello se hallaban encerrados a la sazón en una vasta y enrejada pieza del *Philkana* de los elefantes. Pero la fotografía ampliada y en colores

de la señora Hogget-Clapton en la flor de la edad seguía sin aparecer.

Mientras tía Phoebe las miraba, vio la figura de un *coolí* que avanzaba por la carretera en dirección a ellas, y dejando la plancha, la anciana se puso a observar atentamente la escena. Cuando el *coolí* llegó a una distancia de veinte yardas de las dos cargadas mujeres, la señora Hogget-Clapton y la señora Simón echaron a correr por los campos enfangados y no se detuvieron hasta hallarse a cincuenta yardas de la carretera. Desde aquella distancia le gritaron al hombre en un hindustaní infame que no se acercara a ellas. El *coolí* las miró una sola vez y prosiguió tranquilamente su camino hacia la ciudad. Solo cuando le vieron alejarse, volvieron ellas a la carretera y reemprendieron la marcha hacia la Misión.

Tía Phoebe soltó una risita y reanudó el planchado de su arrugado y húmedo vestido de seda. «Como un par de brahmanes ortodoxos», pensó la anciana.

Al poco rato las oyó en el cuarto-almacén, charlando y descargando su tesoro. Después, a través de la ventana, vio avanzar por el sendero de la Misión a un policía *márata*.

Le enviaba Copal Rao, con una nota dirigida a la señora Hogget-Clapton. En ella se decía que el señor Hogget-Clapton había arreglado las cosas para que uno de los aeroplanos transportase a su esposa a la seguridad de Bombay. En el avión había dos plazas, además del asiento del piloto, de modo que la señora Hogget-Clapton podía llevar consigo a quien le pareciese oportuno. Cuando terminó de leer la nota, se dejó caer en una silla de la cocina y exclamó:

—¡Gracias a Dios! ¡Estamos salvadas!

—¿Qué? ¿Qué es ello? —preguntó la señora Simón—. ¿Cómo es que estamos salvadas?

—Herbert ha enviado un aeroplano para buscarnos. Sabía que no me abandonaría.

—Usted sí puede irse, pero yo no... No puedo abandonar a Fern.

Pero tía Phoebe, que no estaba dispuesta a dejar nada al azar, entró en el momento oportuno para oír estas palabras, y antes que la señora Hogget-Clapton pudiera replicar nada, dijo:

—Fern no querrá irse. Pero yo cuidaré de ella. No tiene usted por qué preocuparse.

—No puedo hacer eso.

—Pues es lo único y lo mejor que cabe hacer. Suponga que contrae usted el cólera, se muere y deja huérfana a Fern... Estaría eso bonito, ¿no? Sin que nadie mirase por ella...

—Tiene razón, Mary Lou —intervino la señora Hogget-Clapton—. Piénselo bien. Y precisamente ahora, cuando a la muchacha la espera el matrimonio. Tiene que pensar en usted misma tanto como en Fern.

—He de reflexionar sobre todo esto.

Pero tía Phoebe dijo:

—Lo mejor que puede hacer es ir recogiendo las cosas que piense llevarse. Esos aeroplanos tendrán que partir antes que oscurezca. No se preocupe. Yo entiendo perfectamente a su hija. Entre Bertha y yo cuidaremos de ella.

—Quisiera verla antes de marcharme.

Pero la señora Hogget-Clapton, con ademanes de achispada, intervino rápidamente:

—¿Y meterse en aquel lazareto? Se lo prohíbo terminantemente. Podría contagiarse. No la dejarían tomar tierra en Bombay. No puede hacer semejante cosa. Piénselo bien. Y con Fern prometida ya... Un matrimonio tan bueno... Es hora de tener sentido común.

—Lo mejor será que vayan recogiendo sus cosas —repitió tía Phoebe tranquilamente.

—Lo pensaré —dijo la señora Simón, y rompió a llorar súbitamente—. No he volado nunca —añadió en seguida.

—Ni yo tampoco —replicó la señora Hogget-Clapton—. Pero prefiero volar a morir aquí como una rata en un agujero. Los Smiley pueden guardar mis objetos de bronce, ¿verdad? No estorbarán mucho.

—Desde luego —dijo Bherta Smiley.

—Nosotras cuidaremos de ello —aseguró tía Phoebe.

—¡Todo esto es tan horrible! —exclamó la señora Simón sin dejar de sollozar—. No comprendo por qué Fern se empeña en ponerlo todo peor permaneciendo en esta espantosa ciudad. Nunca ha pensado más que en sí misma desde que nació.

—Vamos, vamos —dijo tía Phoebe—. Si están ustedes listas a las tres de la tarde, pueden venir conmigo a la ciudad.

—Pero no podemos recorrer a pie todo ese trayecto —dijo la señora Hogget-Clapton.

—No tendrán que ir a pie —anunció tía Phoebe—. La maharaní me envía su coche de bueyes para que vaya a verla. Ustedes pueden venir conmigo.

Y tía Phoebe, como si lo que acababa de decir no fuese la flecha del parto, sino una simple observación, salió de la estancia, dejando solas a las dos mujeres.

Cuando la anciana se hubo marchado, la señora Hogget-Clapton y la señora Simón, cuyas lágrimas se habían secado repentinamente, volvieron al cuarto-almacén para preparar las cosas del viaje. Tan pronto como la puerta se cerró a su espalda, la señora Simón expresó en voz alta el pensamiento que ocupaba la mente de ambas:

—¿A qué cree usted que obedece esa invitación de la maharaní?

No obtuvo respuesta. La señora Hogget-Clapton hizo girar los ojos en sus órbitas y se volvió para buscar en el montón de objetos de su propiedad las cosas que pensaba llevar consigo.

—He de decir que nada de cuanto aquí sucede tiene sentido. Tan pronto como llegue a Bombay, voy a persuadir a Herbert para que presente la dimisión de su puesto en el Banco y me lleve a Inglaterra. Un hombre de su talento bien puede encontrar allí un empleo excelente. Pero aunque no fuese así, podemos irnos a vivir tranquilamente a Shropshire. Tengo allí muchos parientes..., todos aristócratas, como usted sabe. No estoy dispuesta a seguir consumiendo los mejores años de mi vida en un lugar como Ranchipur —resoplando con indignación de beoda, añadió—: ¡Imagínese! ¡La maharaní invitando a esa vieja trucha!

Los preparativos de la señora Simón fueron bastante sencillos, ya que todo lo que poseía en el mundo estaba sepultado bajo aquel enorme montón de piedras que una vez fuera su hogar. Había llegado a una reconciliación con la señora Hogget-Clapton, y ahora que ya habían pasado el histerismo y el pánico de los primeros momentos, se llevaban un poco mejor, en parte debido a que, en cierto sentido, habíanse visto obligadas a arrojarse en brazos una de la otra, ya que nadie en Ranchipur, salvo los Smiley, que las alimentaban, se ocupaba en absoluto de ellas. Pero la reconciliación no había ido acompañada de la recuperación del anterior prestigio de la señora Hogget-Clapton. Al principio, la señora Simón había mantenido el secreto de su amiga suspendido sobre su cabeza como una maza pronta a caer implacablemente; pero ahora que su afición a la bebida era un secreto a voces, la señora Hogget-Clapton no se limitaba a beber a hurtadillas y a embriagarse por las noches en el refugio de su propia casa. Ahora bebía cuando y donde le venía en gana. Y en cierto modo, ello la compensaba por la pérdida de su prestigio. Ahora la señora Simón la llamaba por su nombre de pila, y ella, a su vez, llamaba a la señora Simón *Mary Lou*. Y como la señora Simón daba por descontado el hecho de que iba a convertirse en la suegra del hermano de un conde, estaba segura de su superioridad. Ambas mujeres se odiaban en el fondo de su corazón, con todo el odio de que son capaces dos seres que siempre se han mirado con antipatía y mutua desconfianza.

Mientras la señora Hogget-Clapton, inseguramente sentada en un escabel, rebuscaba entre sus tesoros de bazar, la señora Simón yacía tendida en el lecho, llorando y repitiendo una y otra vez:

—No puedo irme. No puedo dejar sola a Fern. Es todo lo que me queda en el mundo.

Ahora más que nunca se daba cuenta de la pérdida de su esposo y de su hija Hazel, pues presentía la llegada de una de sus crisis y no tenía auditorio, no había nadie que se preocupase por ella, nadie que la confortase y que le hablase con dulzura.

La señora Hogget-Clapton seguía seleccionando cosas de entre el montón y dejándolas a ambos lados del taburete en que se hallaba sentada. Era aquello un simulacro de orden, pero no una ordenada realidad. Dejaba las cosas que cogía, ora a



la derecha, ora a la izquierda, o bien las volvía a dejar en el montón general, hasta que, por último, desesperadamente confusa, se incorporó, miró en dirección a la cama en donde estaba tendida la señora Simón y exclamó:

—¡Maldita sea! Ayúdeme a ordenar esto, Mary Lou. Pero la señora Simón respondió, gemebunda:

—No me pida que haga nada en estos momentos, por favor.

Al oír esto, la señora Hogget-Clapton se levantó, miró en dirección a la cama, y midiendo sus palabras con la mortífera precisión de los beodos, dijo:

—¡Muy bien, está usted sola! No tiene a nadie. Lo mejor será que haga el equipaje y regrese a Unity Point, con todas sus viejas negras; porque si cree que va a recuperar a Fern, está loca de remate. Esa chica tiene demasiado sentido común para ello.

La señora Simón lanzó un grito ahogado y se cubrió el rostro con las manos, como si le hubieran dado una bofetada. Pero seguía sin auditorio para sus tribulaciones. La señora Hogget-Clapton le había vuelto la espalda y se había absorbido en la confusa e interminable tarea de su *selección*.

## VI

El coche de bueyes llegó con media hora de retraso, y durante todo ese tiempo hasta que hizo su aparición, tía Phoebe, la señora Hogget-Clapton y la señora Simón permanecieron sentadas en sendas sillas de cocina, esperando. La señora Hogget-Clapton hallábase rodeada por todas partes de paquetes y bultos que contenían sus tesoros. Las dos *amigas* permanecían calladas, y tía Phoebe, sentada entre ambas, pensaba con serena malicia que rara vez nos es dado en este mundo asistir a una tan completa confusión de nuestros enemigos. De cuando en cuando, la señora Simón hipaba y se llevaba el pañuelo a los ojos. Llevaba uno de los sombreros de la señora Smiley y uno de los vestidos de seda de la señora Hogget-Clapton, vestido que esta le había dejado antes de los últimos insultos. Le estaba demasiado grande y le daba un aspecto lastimoso y ridículo al mismo tiempo.

Cuando, al fin, llegó el vehículo, tirado por los blancos bueyes de Mysore, con los cuernos dorados, tía Phoebe vio que no era precisamente lo que ella había esperado. No habiendo visto nunca un coche de bueyes regio, se había figurado que se parecería a los coches de caballos que salían a esperar a los trenes en Beaver Dam, con amplio espacio tanto para los viajeros como para los equipajes. En lugar de ello, el carruaje resultó ser una especie de trono, montado sobre cuatro ruedas, con un asiento para el conductor en la parte delantera. Era un trono muy amplio, aunque no lo bastante para dar acomodo a las asentaderas de las tres damas. Si la señora Hogget-Clapton y la señora Simón habían de llegar a tiempo para tomar el avión, no había otra solución que arreglarse las tres como buenamente pudieran en aquel espacio. La cosa terminó sentándose tía Phoebe en medio del trono, con sus estrechas caderas incrustadas entre las más ampulosas de sus acompañantes. Y encima de ellas se amontonaron los paquetes y bultos de la señora Hogget-Clapton.

El conductor contempló todo este tejemaneje con profundo recelo. Jamás hasta ahora había visto utilizar el regio carruaje como si fuese un ómnibus. Y además, como ya era tarde, temía la ira de la maharaní. Otra cosa que también le desconcertaba era la ininteligible jerga en que aquellas damas, una tras otra, y a veces todas al mismo tiempo, se dirigían a él. Entre tanto, la lluvia caía a torrentes, de modo que cuando las tres mujeres quedaron acomodadas bajo la capota plegable del vehículo, todo el esmero que tía Phoebe había puesto para planchar su vestido de seda nuevo había quedado reducido a la nada.

Al fin, las viajeras quedaron instaladas, el conductor trepó a su asiento, aguijoneó a los dos descontentos bueyes, y el grupo partió de la Misión, alejándose por la carretera.

Los bueyes eran animales de lujo, conscientes de que sus antepasados habían sido criados mucho tiempo atrás en Mysore para arrastrar el cañón de Tippoo Sahib.

Estaban bien alimentados y limpios, sus cuernos recibían todas las mañanas una nueva capa de oro y estaban habituados a llevar solamente el peso del anciano maharajá en sus paseos vespertinos. Jamás habían llevado una carga tan vulgar como la compuesta por tía Phoebe, la señora Simón y la señora Hogget-Clapton, además de los paquetes de esta última. Y por si faltaba algo, estaban siendo agujoneados por un conductor temeroso de dejar con retraso ante la tienda de campaña regia a las invitadas de la maharaní. Así, pues, los animales emprendieron el trote que los había hecho famosos, gruñendo y resoplando, a lo largo de la asfaltada carretera. Era el suyo un trotecillo incómodo e irregular, que se traducía en una serie de sacudidas en el ligero carruaje, cada una de las cuales provocaba un nuevo movimiento de pánico por parte de las señoras Simón y Hogget-Clapton. Al fin viajaban en un coche de la maharaní, pero solo por condescendencia de tía Phoebe y para marcharse de Ranchipur, tal vez para siempre.

El trotecillo, acompañado de los vigorosos resoplidos de los bueyes, se sostuvo al mismo paso hasta el puente del ferrocarril. Allí se obligó a los animales a avanzar lentamente, por temor a que alguno de los tablones sueltos se desprendiese e hiciesen volcar al vehículo. El nivel del río había bajado un poco, pero sus aguas todavía se deslizaban rugiendo a uno o dos pies debajo del puente. La vista de la vertiginosa corriente le dio vértigo a la señora Hogget-Clapton, quien cerró los ojos y se recostó en el asiento, pensando perezosamente, con lógica de *cockney*: «Si voy a morir, prefiero no verlo». La señora Simón también cerró los ojos, añadiendo sus gemebundos resoplidos a los de los enfadados animales. Tía Phoebe se mantenía muy erguida en su asiento, agarrando firmemente dos de los paquetes de la señora Hogget-Clapton, sin apartar la mirada de la ciudad. Desde hacía cuatro días la devoraba el deseo de ver lo que le había ocurrido a la capital, y no había tenido ni un solo momento libre para satisfacer su curiosidad. El conductor gritaba imprecaciones, increpando a los bueyes, mientras los sueltos tablones crujían y se molían bajo el peso del carruaje, hasta que, al fin, entraron de nuevo en tierra firme. Abriendo los ojos, la señora Simón exclamó:

—¡Gracias a Dios!

Y en seguida se cubrió el rostro hasta los ojos con un chal indio. La señora Hogget-Clapton imitó inmediatamente su acción.

Ya no se veían cadáveres humanos a ambos lados de la carretera; pero aquí y allí se veían los huesos, perfectamente mondados por los buitres, de un asno, una vaca o un perro. En medio del barrizal, entre las ruinas de las casas, la gente de la ciudad había construido desvencijados cobijos, y al paso del regio carruaje, asomaban de su interior rostros atónitos ante el espectáculo que ofrecían los enfadados bueyes del maharajá, espléndidos animales de cuernos dorados, transportando a tres europeas casi sepultadas bajo un montón de paquetes, dos de las cuales parecían llevar el velo

de las musulmanas. Aquí y allí había cuadrillas de *coolíes* trabajando para librar a la assolada ciudad de los despojos esparcidos por la inundación. La señora Hogget-Clapton, olvidando su pánico, se puso a contemplar el espectáculo con su velada mirada de alcohólica, diciéndose turbiamente que todos estos detalles constituirían un maravilloso relato, una vez que Herbert se hubiese retirado y se hallasen nuevamente en Inglaterra.

Pasaron cerca de la Escuela de Música, en donde los *coolíes* estaban quemando una veintena de cadáveres, y, por último, llegaron al gran pórtico, en donde las tres mujeres, utilizando un hindustaní infame, persuadieron al conductor, que sólo hablaba *márata*, para que se detuviese. Tan pronto como el carruaje dejó de moverse y los bueyes de resoplar y gruñir, la señora Simón empezó a llorar. La vista de la Escuela de Música y el espectáculo de la incineración de los cuerpos la habían conmovido, provocando en ella un nuevo acceso de amor y devoción por Fern. Ahora insistía en que antes de partir tenía que despedirse de ella. Pero esta vez la señora Hogget-Clapton no se anduvo por las ramas.

—Si se acerca usted a esa Escuela de Música —dijo categóricamente—, no vendrá conmigo en el avión.

En aquel momento apareció Copal Rao, con un destello burlón en sus juveniles ojos de *márata*, y empezó a desembarazarlas de los paquetes que tenían encima. La señora Hogget-Clapton y la señora Simón seguían disputando; era una disputa sorda la suya, ya que no osaban apartar de sus rostros los chales con que se habían cubierto.

—Si cree que voy a quedarme aquí respirando los gérmenes del cólera mientras va a ver a Fern a ese lazareto, está usted loca de remate —dijo rotundamente la señora Hogget-Clapton, quien, a renglón seguido, se dirigió a Copal Rao para preguntar con altivez de beoda—: Oye, muchacho: ¿dónde está el avión?

En los negros ojos de Copal Rao brilló un relámpago de ira; pero el joven *márata* se dominó instantáneamente, y respondió con una sonrisa burlona:

—Está en un campo que hay más allá de la Torre de los Parsis.

—Pero ¿cómo vamos a ir hasta allí?

—Mucho me temo, señora, que andando.

Gopal Rao se mostraba ahora cortés, irónica y burlonamente cortés, recuperado el dominio de sí mismo, recobrado su buen humor *márata*. Su intuición de indio le decía que aquellas dos mujeres maduras eran personas ridículas y carentes de importancia en la escala de valores de los europeos. El, en cambio, era un *márata*, descendiente de audaces guerreros. Sus malos modales no podían herirle ni afectarle.

—Yo no puedo ir andando hasta allí —replicó la señora Hogget-Clapton—. Mire mis pies.

Diciendo esto, mostró un diminuto pie, calzado con un zapato provisto del más alto y frívolo de los tacones. Era evidente que se había vestido no pensando en la

partida, sino en la llegada a Bombay.

—Señora —dijo Gopal Rao—, no hay otra solución. No podemos traer el avión hasta aquí. Un aeroplano tiene que disponer de espacio suficiente para elevarse.

—Tenemos el coche de bueyes...

Pero, al volverse, vio que el vehículo se alejaba a toda velocidad, mientras los bueyes resoplaban y gruñían más que nunca, aguijoneados por un conductor que, a su vez, lo era por el temor a la maharaní. Tía Phoebe, a quien aquella escena había hecho disfrutar intensamente, hubiera deseado seguir allí un rato más; pero el conductor, haciendo caso omiso de estos deseos, partió a toda prisa para cumplir el encargo de la maharaní.

En aquel momento se presentaron dos personas en el arco de entrada. Eran lady Heston, vestida con uniforme de enfermera, y la señorita Hodge. Caminaban cogidas de la mano, como dos colegialas. Al verlas, la señora Hogget-Clapton saludó obsequiosamente.

—Buenas tardes, lady Heston.

—Buenas tardes —respondió Edwina.

Y la señora Simón, que todavía no se había repuesto de su acceso de histerismo, dijo a su vez:

—Buenas tardes.

Y entonces la señora Hogget-Clapton vio su gran oportunidad. Dirigiéndose a Edwina, añadió:

—Estamos a punto de partir para Bombay en avión. Tengo una plaza disponible. Si lo desea, puede usted venir conmigo.

La boca de la señora Simón se abrió y volvió a cerrarse detrás de su embozo, pero sin que de ella saliese el menor sonido. Tan asombrada estaba por la traición de su amiga, que no acertó a pronunciar palabra. Aunque no hubo necesidad de que dijera nada, pues lady Heston respondió:

—Gracias por el ofrecimiento, pero voy a quedarme aquí. Les deseo un feliz viaje.

Y acompañada por la señorita Hodge, siguió su camino.

Entre tanto, Copal Rao había cargado a tres *coolíes* con los paquetes. Volviéndose a ellas, dijo:

—Es hora de partir. El avión tiene que salir de aquí con tiempo suficiente para llegar a Bombay antes de anoecer. Yo les indicaré el camino.

Y sin añadir una palabra más, echó a andar, seguido por los tres *coolíes* que llevaban los paquetes. Por un instante, ambas mujeres se quedaron inmóviles, siguiendo con la mirada al pequeño grupo, que empezaba a alejarse; pero luego, sobrecogidas por el terror a Ranchipur, al cólera y a la muerte, echaron a andar en pos de la pequeña procesión, a través del lodo y de la suciedad, en dirección a la Torre del

Silencio. La señora Hogget-Clapton se tambaleaba sobre sus altos tacones, temblándole los pechos y las posaderas a cada paso que daba.

## VII

No pareció sorprenderse la maharaní por la tardanza de tía Phoebe. Entró en la estancia y echó por tierra todas las provisiones de Bertha Smiley al adelantarse para saludar a la anciana estrechándole la mano. Los criados habían traído de alguna parte una mecedora, y la maharaní invitó a tía Phoebe a sentarse en ella. Luego le presentó a la princesa de Bewanagar, quien también estrechó la mano de tía Phoebe. La soberana no se sentó en su cojín, sino en un sillón estilo Imperio, sacado de Palacio. La anciana princesa se sentó en un sillón de campaña plegable.

—Ha sido usted muy amable al aceptar mi invitación —dijo la maharaní—. Hace mucho tiempo que deseaba conocerla, pero mi vida aquí está tan ocupada...

—Alteza —respondió tía Phoebe—, la amabilidad ha sido de vuestra alteza al invitarme.

—Sé que ha hecho usted mucho por mi pueblo durante la catástrofe.

—Hice lo que debía hacer, alteza —respondió tía Phoebe con sencillez—. Lamento haber llegado con retraso; pero es que el conductor fue un poco tarde a buscarme, y luego esas dos mujeres han complicado las cosas. He tenido que traerlas a la ciudad.

—¿Quiénes son esas dos mujeres?

—La señora Hogget-Clapton y la señora Simón.

La maharaní frunció el ceño.

—¿Es que no podían andar? —preguntó.

—Sí, alteza; pero quería estar segura de que se iban.

El ceño de la soberana desapareció, dando paso a una imperceptible sonrisa.

—La señora Hogget-Clapton es la esposa del director del Banco, ¿no?

—Sí, alteza.

—Y la otra es la viuda del misionero, ¿verdad?

—En efecto, alteza.

—Sí, ha estado en Palacio alguna vez. La recuerdo.

Siguió un breve silencio, durante el cual tía Phoebe, esperando nerviosamente, empezó a mecerse con suavidad.

Apareció una doncella con el servicio de té, y la maharaní dijo:

—Les estoy muy agradecida a usted y a los esposos Smiley por todo lo que han hecho.

La anciana princesa empezó a servir el té, y tía Phoebe, con una taza en la mano, comenzó a sentirse más a gusto. Había visto a la maharaní media docena de veces, desde lejos, cuando pasaba en su Rolls-Royce, en el caluroso atardecer, mirando ante sí, sin ver a nadie, mientras el lujoso vehículo pasaba entre las gentes de su pueblo. A tía Phoebe siempre le había parecido un ser remoto, irreal, inhumano, como una diosa

tallada en piedra. Y ahora veía que la maharaní era una criatura real, de carne y hueso. Y a juzgar por el cuidado con que se sentaba en el sillón estilo Imperio, acaso sufriese ligeramente de ciática.

—Son dos estúpidas —dijo de pronto su alteza.

Y sabiendo a quiénes se refería la soberana, tía Phoebe asintió:

—Sí, alteza; mujeres así solo son un estorbo en tiempos como estos.

—Son unas criaturas necias y vulgares —insistió la maharaní, quien, incapaz de contener por más tiempo su curiosidad, preguntó—: ¿Por qué dejó usted América para venir aquí?

—Quería conocer la India, alteza, y una vez aquí, me gustó y me quedé.

—¿Y sigue gustándole... aun ahora?

—Sí, alteza, aun ahora. A mi edad no se teme nada.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Cumpliré ochenta y dos en septiembre.

La cosa empezaba a marchar sobre ruedas. A tía Phoebe le gustaba la franqueza y detestaba la necedad. La maharaní, por su parte, no tenía pelos en la lengua y adoraba la sinceridad. Y hacía sus preguntas de la manera más directa del mundo.

—Hábleme de usted..., de su vida en América.

—Realmente no sé qué contarle, alteza.

—Hábleme de su familia, de la clase de casa en que vivía, de cómo eran las cosas cuando usted era joven.

Y tía Phoebe comprendió lo que deseaba la maharaní. Deseaba saber cosas de América y de gente como ella misma, exactamente igual que ella había deseado conocer la India y a gentes como la maharaní. De modo que se puso a hablar de Iowa, de su infancia, de sus padres y de sus abuelos, y a describir la granja, los duros inviernos y los terribles veranos, que eran tan calurosos en la temporada del maíz como Ranchipur durante las lluvias del monzón. Y su nerviosismo fue desapareciendo a medida que hablaba, y la maharaní, sin dejar de hacer preguntas, comprendió que en aquella anciana que hablaba con timidez mientras se mecía suavemente había sabiduría, sencillez, dignidad, sentido del humor, bondad y comprensión, y que también había impaciencia y hasta un poco de malicia cuando de los vanos y necios de este mundo se trataba. Sí, las dos mujeres empezaban a comprenderse y a estimarse, y tía Phoebe no tardó en olvidar las instrucciones de Bertha Smiley respecto a introducir el tratamiento de *alteza* en todas las frases, empleando alguna que otra vez el sencillo *usted*.

Al cabo de un rato de conversación, la maharaní empezó a hablar de su propia infancia y juventud, y de la dureza de la existencia en aquella distante y salvaje meseta, cubierta de polvo rojizo, en donde había nacido ella y a la que no había vuelto a ver desde que tenía trece años. Se sentía a gusto con aquella anciana del



Medio Oeste americano. No era ni obsequiosa ni presuntuosa, y era evidente que había venido sencillamente a tomar una taza de té y a charlar un rato, no esperando favores, sin ningún fin interesado. Era una mujer con la que se estaba a gusto y que, por su misma edad, resultaba reconfortante. Mientras tía Phoebe hablaba y se mecía dulcemente, la maharaní experimentaba hacia ella los mismos sentimientos que experimentaban Raschid y Ransome, el mayor Safka y el pobre señor Jobnekar, desaparecido en la catástrofe. A veces, la anciana princesa, sonriendo, interrumpía a su amiga la maharaní para decir: «No, no fue así», o bien: «Se engaña, *masehab*; eso ocurrió durante el año de la gran sequía».

Y tía Phoebe, meciéndose y escuchando, decía de cuando en cuando: «Esa es una historia muy interesante», o bien: «Verdaderamente, parece imposible». No obstante, empezó a pensar si no estaría abusando de la buena acogida que le dispensaban, al mismo tiempo que a preocuparse, pues tenía que volver al Orfanato para que Bertha descansase un poco. Pero se repetía lo que Bertha le había dicho varias veces: que debía permanecer allí hasta que la maharaní diese la entrevista por terminada.

Eran cerca de las seis cuando, por fin, se levantó la soberana, y estrechándole la mano, dijo:

—Tiene usted que volver pronto por aquí. Enviaré el coche de bueyes a buscarla.

—Muchas gracias —dijo tía Phoebe—. Será un placer para mí. He pasado una tarde deliciosa.

Cambió un apretón de manos con la anciana y gruesa princesa, y cuando las dos damas hubieron salido de la estancia, un ayudante de campo de la maharaní condujo a tía Phoebe hasta el coche. Encaramóse la anciana en el trono, y mientras los bueyes de dorados cuernos la llevaban de nuevo a casa, se puso a pensar en la interesantísima carta que escribiría a sus hijos acerca de esta visita. No podía comprender lo que la gente quería decir cuando afirmaba que los indios eran diferentes. Sentía un dulce calorillo en el corazón al pensar que, pese a ser ya tan vieja, acababa de descubrir dos nuevas amigas. Últimamente había sido muy afortunada en cuestión de amistades, pues no había que olvidar a lady Heston y a Fern. «La próxima vez que venga —se dijo—, me acercaré a verlas al hospital».

## VIII

Desde su llegada al hospital, era aquella la primera vez que se le ofrecía a lady Heston la oportunidad de salir a dar una vuelta. Cuando llegaron las nuevas enfermeras, la señora MacDaid, encontrándose con Edwina en el pasillo, le dijo:

—Parece usted muy cansada. Vaya a tomar un poco el aire.

Y Edwina había salido del hospital, contenta por sustraerse unos momentos a su ambiente, aunque fuese para sumergirse en la desolación de la ciudad. Había pensado salir sola, porque había muchas cosas acerca de las cuales deseaba reflexionar con tranquilidad; pero cuando se disponía a marcharse, se le acercó corriendo la señorita Hodge, presa de pánico, exclamando:

—¿Adonde va usted? ¿No pensará abandonarme?

Y Edwina no tuvo más remedio que llevarse a la señorita Hodge, cogida de la mano, como si fuese una niña.

No era que la pobre maestra constituyese un estorbo, pues se sentía perfectamente feliz caminando en silencio a su lado; pero Edwina hubiera deseado estar sola algún tiempo. Desde hacía cuatro días no había estado sola ni un instante, salvo en las silenciosas horas de la madrugada, cuando velaba a más de doscientos enfermos y moribundos. Por primera vez en su vida comprendía que la aislada intimidad de uno consigo mismo, cosa en la que nunca había pensado a fuerza de considerarla natural, constituía un lujo inapreciable. El poder estar sola en su propia habitación le parecía ahora una especie de paraíso. En el fondo de su corazón, le disgustaban las mujeres, y el verse obligada a compartir una habitación con una mujer, aunque esta fuese la trastornada e inofensiva señorita Hodge, constituía para ella una prueba contra la cual se rebelaban su instinto, sus nervios y todo su ser. En otros momentos de más sereno razonar, mientras permanecía de guardia en la sala, se decía: «Seguramente hay personas en el mundo que no han dispuesto de una habitación para ellas solas en toda su vida. Supongo que la mayoría de la gente tiene que vivir así». Sin embargo, estos razonamientos no la ayudaban a soportar mejor la situación. De todos modos, había sabido dominarse cuando Fern Simón se llevó la mitad de aquel precioso trozo de espejo, y no perdía la paciencia ni siquiera cuando la señorita Hodge se ponía molesta, mirándola fijamente mientras se hacía las uñas o se peinaba, siguiéndola a todas partes, incluso cuando salía un momento al excusado provisional, esperando pacientemente a la puerta, como un perro fiel a su amo. Se dominaba y no perdía los estribos por temor a darle a la señorita MacDaid ocasión para despedirla. Pero ello no contribuía a hacer más llevadera la pérdida de su independencia; al contrario, la agudizaba. Ahora que habían llegado las tres nuevas enfermeras, tenía más miedo que nunca a ser despedida. No podía marcharse ahora. No podría vivir sin verle, aunque fuese de manera casual, de cuando en cuando, durante el día y la noche. A veces

pasaba él a su lado en la escalera o en la sala, sin prestarle más atención que si hubiera sido una silla o una mesa; pero en dos ocasiones desde que había hablado con ella aquella noche a la luz que proyectaban las piras funerarias que ardían fuera, la había mirado un instante, y al encontrarse con su mirada, Edwina comprendió que no había olvidado nada de cuanto le había dicho entonces. Y en cada una de aquellas ocasiones, Edwina había sentido que la invadía una dulce sensación de calor y se había alejado llena de confusión, mientras las paredes parecían girar en torno a ella. Durante el resto del día había cumplido los menesteres más repugnantes sin darse cuenta de lo que la rodeaba, moviéndose en medio de una especie de niebla.

Ahora, mientras caminaba por las desoladas calles hacia el parque del maharajá, con la señorita Hodge trotando feliz a su lado, pensaba maravillada en lo que le había sucedido: que a los treinta y siete años se hubiese enamorado por primera vez en su vida. Que ello hubiera ocurrido después de tantas experiencias, no hacía sino aumentar la sensación de maravilla. A veces había desesperado de encontrar nunca aquello que buscaba con tanto afán, sin saber lo que era. Y ahora ya lo sabía.

Era un sentimiento completamente distinto de cuanto había experimentado o imaginado jamás. Era, pensaba ella, como una manifestación de la Naturaleza, como el brote de una flor, pétalo a pétalo, bajo los cálidos rayos del sol. Era como si, en su interior, su espíritu estuviese creciendo, esponjándose, como si toda su sensibilidad percibiese intensamente el proceso. Mientras avanzaba, parecía que su cuerpo carecía de peso y que flotaba sobre la tierra enfangada. «Soy joven —pensó—. Es la primera vez que soy verdaderamente joven». Porque mucho antes, cuando tenía diecisiete años, se había visto lanzada a un mundo ásperamente realista, lleno de muerte, desesperación y prisas, un mundo en el cual la juventud no tenía tiempo ni lugar sino para dejarse degollar.

Era extraordinario lo distinto que era este sentimiento que experimentaba ahora, cuan poco intervenía en él el factor físico, cuan poco había en él de curiosidad y hasta de deseo, cuan poco de aquel terrible hastío y de aquella sed de satisfacciones que había experimentado en todas sus otras aventuras, incluyendo aquella primera, largo tiempo atrás, con Tom Ransome. Por primera vez sentía el imperioso afán de disciplinarse, de dominarse y hasta de humillar a su cuerpo. El deseo parecía haber perdido ya toda importancia; ahora era suficiente ser útil, poder estar eternamente a su lado, como estaba ahora, trabajando, satisfecha, feliz con una sola mirada o una palabra cariñosa. Recordaba perfectamente lo que él había dicho: que para un médico y un cirujano, el cuerpo era una máquina, ni más ni menos. Los sentidos procuraban placer y dolor, pero eso carecía de importancia. Lo importante era lo que estaba por encima y más allá del cuerpo, sin lo cual no era posible un éxtasis perfecto.

En medio de la enfadosa cháchara de la señorita Hodge, que tiraba de su mano como un peso muerto, ocurriósele a Edwina una extraña idea; que este nuevo

conocimiento, este nuevo éxtasis, era posible porque, en el curso de todas sus experiencias, de todas sus aventuras, su cuerpo no había sido sino una máquina que ella había utilizado fríamente, y por eso se había salvado su verdadera personalidad. Jamás había mantenido relaciones íntimas con un hombre por el que no hubiera sentido desprecio. En el caso de Ransome, por su debilidad y su eterno y paralizador debate íntimo; en el de Heston, porque había sido un bruto; en el de Louis Simón, el boxeador, porque, pese al placer que su animalidad le procuraba, le aborrecía por su estupidez. En este nuevo mundo en que había entrado ahora los demás apenas existían ya, le era sumamente difícil recordarlos, acordarse de sus voces, de la forma en que hacían el amor y hasta de su aspecto físico. El mayor era el primer hombre que le inspiraba respeto. Quería ser como él, fundir en él su propia identidad, trabajar como trabajaba él, hacerse digna de respeto. Habían desaparecido el cansancio y el hastío, y habían desaparecido, pensaba ella, para no volver más. Se había librado, al fin, de aquel terror que durante los últimos años la había obsesionado, aquel miedo a envejecer y a volverse fea y lasciva, como las viejas de la lejana Europa que frecuentaban balnearios y clubs nocturnos y mantenían a hombres jóvenes. Ahora era libre y no pedía más que el privilegio de estar junto a él, de trabajar para él, de cruzar unas palabras con él de cuando en cuando.

Y caminando al lado de la señorita Hodge, no veía la desolación de la ciudad en ruinas, ni sentía el terrible calor que emanaba del torrencial aguacero, que seguía cayendo en repentinos chaparrones. Solo percibía una especie de rosado resplandor que parecía cubrir todo el cielo.

Edwina se dijo: «Sí, se está produciendo lo que esperaba. Por eso vine a la India... Porque aquí había de ocurrirme algo».

Entonces vio el coche de bueyes y el ajetreo que había a su alrededor, y distinguió las figuras de Copal Rao, de la señora Hogget-Clapton, de la señora Simón, de tía Phoebe, de los *coolíes*, de la multitud de paquetes y de los gruñones bueyes. Lo veía todo como si estuviese envuelto en brumas. Oyó que la señora Hogget-Clapton se dirigía a ella y tuvo conciencia de que respondía; pero en aquel momento lo que percibía con más fuerza que cualquier otra cosa era el repentino sentido de la riqueza de la vida, la cómica cualidad de la escena que tenía lugar bajo el arco del gran pórtico. Todo era sumamente excitante ahora, como si fuese una niña que viese el ancho mundo por primera vez.

Cuando se alejaban rápidamente del pequeño grupo, sintió que la señorita Hodge le tiraba de la mano y decía:

—Mire, allí está nuestro *bungalow*. Vamos a pasar a ver si ha vuelto Sarah.

Movida un poco por la curiosidad y otro poco por la indiferencia respecto al lugar adonde pudiera dirigirse, Edwina abrió la puerta del jardín. Mientras avanzaban por el sendero, la señorita Hodge dijo:

—Tenía muchos deseos de que viese usted lo bien que hemos arreglado el *bungalow*. Nadie creería que está en plena India. Es lo mismo que una casa en Inglaterra.

La puerta se hallaba entreabierta, y cuando Edwina la empujó, la señorita Hodge llamó:

—¡Sarah! ¡Sarah!

Al no obtener respuesta, dijo:

—No lo comprendo. Nunca se ha marchado sin dejar cerrada la puerta.

Edwina comprendió que en la trastornada mente de la señorita Hodge la inundación no había tocado jamás a su *bungalow*, y que volvía a él esperando encontrarlo exactamente igual que estaba antes del desastre, con sus cojines, sus tapetitos y sus nostálgicas fotografías en sus respectivos lugares.

Pero la sala de estar se hallaba cubierta de fango. Algunas de las fotografías se habían desprendido de la pared y yacían destrozadas en el suelo. Se percibía un nauseabundo olor a moho y a lodo en proceso de secarse. La señorita Hodge volvió a llamar:

—¡Sarah! ¡Sarah!

Y de pronto, de las profundidades de su perturbado cerebro, surgieron por un instante la conciencia de lo ocurrido, la verdad y la razón. Soltando la mano de Edwina, se apoyó contra la pared, con una expresión de horror en los ojos.

—No se preocupe —dijo Edwina—. Volveremos otro día a poner todo esto en orden.

La señorita Hodge no respondió. En voz baja, como si hablase consigo misma, dijo:

—Ahora ya sé lo que ha pasado. Sarah ha muerto. No regresará jamás. Ahora ya lo sé. Salió en medio de la inundación para salvar los libros de la escuela. ¡Pobre Sarah! ¿Por qué no me ha dicho usted que había muerto?

Y diciendo esto, cayó desvanecida al suelo, en el umbral de la puerta.

Como el *bungalow* se hallaba situado frente a la entrada principal de Palacio, donde siempre había centinelas, no había sido saqueado. Todo estaba igual que cuando la señorita Hodge se había refugiado en el tejado, incluso la botella de coñac que Sarah Dirks había dejado en la mesa, después de intentar que su amiga bebiese unos sorbos, para luego escapar en busca de la muerte. Edwina olió el contenido de la botella y vertió una copa del licor entre los labios de la señorita Hodge. Cuando, al fin, esta abrió los ojos, aquel momento de lucidez se había disipado, por fortuna.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil.

—Está en su propio *bungalow*. Hemos venido para ver el estado en que se hallaba.

La señorita Hodge se incorporó y dijo:

—Lo siento mucho. Solían acometerme estos desmayos cuando era niña —la sombra de una sonrisa singular apareció en sus labios carnosos, una sombra de satisfacción, incluso de complacencia, y añadió—: Supongo que es mi estado la causa de este desmayo. Acaso sería mejor que hablase con el mayor —su rostro se ensombreció al concluir—: ¿Cree usted que Sarah comprenderá que no ha sido culpa mía?

—Naturalmente que lo comprenderá. Ahora tenemos que regresar al hospital.

Edwina deseaba llevarse de allí cuanto antes a la pobre loca, pues temía que volviera a sufrir otro terrible momento de lucidez. Y sería una lástima, pues la señorita Hodge era feliz en su estado.

Al pasar ante la Escuela de Música, Edwina dijo:

—Voy a entrar aquí un momento. Espéreme debajo de este árbol.

—Déjeme acompañarla. Me gustaría mucho.

—Eso es un lazareto, y está lleno de enfermos del cólera.

—No me importa. No tengo miedo. Y siempre me ha acompañado la suerte.

—Haga lo que le digo, aunque solo sea para complacerme.

—Está bien. Pidiéndomelo usted, no puedo negarme.

La señorita Hodge se sentó junto al muro que rodeaba al gran depósito, bajo un *pipal*, mirándose las manos y sonriendo beatíficamente.

En el desconocido vestíbulo, Edwina hallóse sola, sin otra compañía que la de los cadáveres de tres hombres, víctimas del cólera, envueltos en sus *dhotis*, con las piernas encogidas a medio camino de la barbilla. Junto a ellos había un gran charco de agua, formado por la lluvia que penetraba por el destrozado tejado. Durante unos instantes, percibiendo agudamente toda la desolación de aquella escena, Edwina permaneció inmóvil, pensando casi con envidia: «Esto es más horrible aún que el hospital. Y han mandado a Fern aquí. Seguramente porque tienen más confianza en ella que en mí».

Había entrado con el propósito de hablar con Fern, de saludarla amistosamente, pero no sabía cómo iba a encontrarla en este lugar extraño y desolado. Pasó un barrendero, llevando una escoba y un cubo de hierro. La miró con curiosidad, y, cuando ella trató de hablarle en inglés, el hombre se limitó a sacudir la cabeza y a seguir adelante como si fuese sordomudo, sin que se alterase la expresión de su rostro.

El hedor lo invadía todo, el terrible hedor de los atacados por el cólera. «Acaso esté Fern en esa habitación», se dijo Edwina al ver una puerta. Pero, cuando la abrió, no vio a la turbia claridad del lluvioso día más que dos hileras de enfermos del cólera, tendidos en el suelo de una larga estancia. El horroroso hedor la envolvió inmediatamente y se extendió por todo el vestíbulo, y Edwina sintióse presa de la náusea y del temor. Cerró la puerta y luego percibió vagamente la figura de Ransome,

que se acercaba por el pasillo, desde más allá del charco de agua.

Cuando estuvo más cerca, reconoció a Edwina y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Me han concedido una hora de permiso y he pasado para saludar a Fern.

—Está durmiendo. Desde que ha venido la nueva enfermera, dispone de más tiempo para descansar. El suizo ha muerto.

—¿Del cólera?

—Sí.

—¿Estás aquí por eso?

—No. He venido para quedarme. Estoy al frente de todo esto, junto con Fern y con la nueva enfermera.

—No te envidio la suerte.

—No es muy agradable, desde luego. Y tú no debías haber venido ni permanecer aquí más tiempo. Hay muchas maneras misteriosas de atrapar el cólera.

—¿Y tú?

—Siempre he tenido suerte con estas cosas. Y, además, confío en los desinfectantes —cogiéndola del brazo, añadió—: Vamos. Si deseas charlar un rato, es mejor hacerlo al aire libre.

Salió con él, pensando que había cambiado, que no era el mismo, aunque no habría sido capaz de precisar en qué consistía aquel cambio. Pero, evidentemente, era distinto, menos cínico, menos negativo. «Tal vez se deba a que ahora está sobrio», se dijo.

Una vez fuera, Ransome le dijo que había solicitado aquel puesto voluntariamente. Pero suponía que no lo conservaría ahora mucho tiempo, ni tampoco ella el que tenía en el hospital.

—Dentro de uno o dos días empezará a funcionar el ferrocarril y llegarán profesionales. Entonces ya no tendrán necesidad de nuestros servicios de aficionados.

—Es una lástima... Quiero decir por lo que a nosotros respecta. Es muy satisfactorio saberse útil para algo. Ransome no respondió, y ella agregó:

—Dentro de diez minutos he de estar en el hospital. Ve a verme cuando tengas un rato libre.

—El mayor no quiere que nos acerquemos al hospital. Y tú debieras tener más sentido común y no venir por aquí.

—Me daré un baño de alcohol tan pronto como llegue.

Fue a recoger a la señorita Hodge, que seguía sentada bajo el *pipal*, mientras Ransome volvía al hediondo edificio. Los *coolíes* empezaban a transportar los cadáveres y a colocarlos en una pira recién construida.

—¿Ha visto usted a Fern? —preguntó la señorita Hodge.

—No. Estaba durmiendo.

—Siempre me ha agradado mucho el señor Ransome. Es tan amable, tan cortés... Nos ha invitado a Sarah y a mí a tomar el té en casa el viernes.

Al acercarse al hospital vieron dos figuras que avanzaban por el sendero, en dirección al mismo, un poco delante de ellas. Una de ellas era la señora Bannerjee, y la otra, la señorita Murgatroyd, que ya no llevaba el vestido azul celeste, adornado con florecillas, sino un traje de tenis. Desaparecieron en la oficina de la señorita MacDaid, cerrando la puerta tras sí.

En su pequeña habitación, lady Heston y la señorita Hodge se tendieron en sus lechos indios. En la época del monzón, cualquier esfuerzo resultaba agotador, y aquel paseo a través de la lluvia las había dejado desmadejadas y privadas de toda energía. A Edwina le dolía la cabeza. Era un dolor sordo y lento, como si en el interior del cráneo tuviese un peso que presionase los globos de sus ojos. Permanecieron echadas en silencio, pues la señorita Hodge se sentía tan exhausta que, durante algún tiempo, no tuvo fuerzas ni para charlar.

Cuando la señorita MacDaid vino a llamar a Edwina, anunció:

—El señor Bannerjee ha contraído el cólera. Había pensado marcharse en uno de los aviones para llevar a Benarés las cenizas de su padre, pero cayó al suelo en el momento mismo en que dejaba su casa. Ya ha entrado en coma. Probablemente no se salvará.

Edwina se levantó, se lavó la cara con agua templada y se apretó la dolorida cabeza con las manos, pensando: «La señorita MacDaid ha vivido año tras año en este clima impuro. Debe de ser fuerte como un buey». Y luego se dijo: «¡Pobre necio del señor Bannerjee!». Parecíale que, uno tras otro, estaban muriendo todos los habitantes de Ranchipur.



## IX

Aquello era peor de lo que Ransome había creído posible. No era el trabajo lo que le importaba, sino el hedor y la espantosa suciedad de los vómitos y los excrementos que acompañaban al cólera, así como lo grotesco de aquella horrible muerte que parecía prolongarse mucho después que el espíritu había abandonado al cuerpo. Para un hombre menos quisquilloso, la tarea hubiera resultado menos penosa.

La nueva enfermera sabía lo que se hacía. Era una flaca mujer de Ulster, apellidada Cameron, muy parecida a la señorita MacDaid. Se instaló rápida y eficazmente en la habitación en donde había muerto Harry Bauer, media hora después que se hubieron llevado el cadáver del suizo, y empezó a cumplir su misión con la misma naturalidad que si hubiese nacido y se hubiera pasado toda la vida en medio de terribles epidemias. Con ella llegó al ruinoso edificio una curiosa sensación de confianza. Allí donde Fern y Harry Bauer habían trabajado valientemente, pero sin experiencia, ella organizó y proyectó la labor sin pérdida de tiempo ni de energías.

Ransome la acompañó durante las primeras tres horas después de su llegada, mientras Fern dormía. Luego, la señorita Cameron le dijo que se fuese a descansar, mientras ella iba a hacer la terrible ronda en compañía de Fern. Hasta que ella había venido, la Escuela de Música había sido solamente un lugar en donde los atacados por el cólera eran aislados hasta que morían, una especie de antesala de la pira funeraria que ardía día y noche cerca de la escalinata occidental del gran depósito. Pero ahora era distinto. Ahora había medicamentos y una enfermera que sabía administrarlos, de modo que, para algunos de los seres que yacían en el suelo, en miserables hileras, existía una esperanza de salvación. También se disponía de velas, y los aposentos de la Escuela de Música ya no estaban sumidos en la oscuridad. Ransome pensaba en la extraña diferencia que la presencia de la luz introducía en la situación. El anciano maharajá solía decir que la luz y el fuego eran los descubrimientos más civilizadores realizados por el hombre. Pensando en llevar la luz hasta las más remotas aldeas de su estado, había construido mucho tiempo atrás la trágica presa ahora destruida.

Después de comer un poco de arroz frío adobado con *cari*, Ransome tendióse en el lecho, construido con bancos de la Escuela de Música, y casi inmediatamente cayó en un sueño que más parecía un estado comatoso, en el cual desapareció por completo toda sensibilidad.

Y mientras él dormía, Fern recorría el edificio en compañía de la señorita Cameron, aprendiendo a administrar las soluciones de caolín y los salvadores cloruros de calcio y de sodio. Las existencias de tales medicamentos no eran muy considerables, pero durarían hasta que los aviones trajesen más y hasta que la vía férrea quedase de nuevo abierta al tráfico.

Fern estaba cansada, con ese cansancio que proviene del poco dormir y del poco comer. En cambio, el hedor había dejado de molestarla y apenas oía los lamentos. En cierto modo parecía haberse convertido en una máquina, impulsada por una fuerza interior y una vitalidad que no había conocido hasta ahora. La conciencia de poseer tal fuerza de reserva le producía una sensación regocijante, casi de triunfo. «Soy fuerte y resistente —pensaba—. No hay nada que no sea capaz de hacer». Y ya no pensaba con vergüenza en Blythe Summerfield, la *Perla de Oriente*. Todo aquello parecía ahora infinitamente lejano, como si la muchacha que había descendido lánguida y melancólicamente la escalera para mezclarse con los invitados en la última reunión organizada por su madre hubiese existido muchos años atrás y no menos de una semana antes. Y nuevamente pensó en lo extraño que resultaba el hecho de que el movimiento de la vida no pudiera medirse por el avance de las manecillas de un reloj, sino por lo que a uno le sucedía. Estos últimos días habían sido más largos, más plenos, más importantes, que todo el resto de su existencia en conjunto.

Una vez que hubieron recorrido todas las salas, la alta enfermera de Ulster dijo:

—Ahora será mejor que vaya a descansar. Yo puedo hacer una guardia muy larga, porque estoy descansada. Despertaré a su esposo a medianoche.

Fern sintió el impulso de exclamar: «Pero ¡si no es mi marido!». Mas se contuvo, pensando: «Es muy difícil de explicar. Y yo estoy muy cansada». Además, no había explicación posible. La enfermera había recorrido todo lo que restaba del dañado edificio y ahora ya sabía que compartía aquella habitación con Tom. Y, de todos modos, aquello no importaba mucho.

Volvió a la estancia que el señor Das había utilizado en tiempos pasados como despacho, y cerrando la puerta tras sí acercóse al lecho en donde dormía Tom. Suavemente, para no despertarle, se sentó en el borde del mismo, y se puso a contemplarle. Ahora ya sabía lo que deseaba. Quería quedarse en Ranchipur, tal vez para siempre. La señorita MacDaid podía enseñarle todo lo que hubiera que aprender. Trabajaría en las aldeas y cultivaría la amistad de los Smiley, de la señorita MacDaid, del mayor Safka y de Raschid Alí Khan. Entonces sería alguien en un mundo real, tan real como el mundo de la señorita MacDaid y de la señorita Cameron. Tendría a Tom a su lado, y le cuidaría siempre. Y en el fondo de su corazón, perversamente, se sintió agradecida a Dios por el desastre, porque este había modificado su vida por completo. Suavemente, casi con timidez, extendió la mano para tocar la de él, y por un instante experimentó aquel mismo sentimiento de éxtasis que recientemente había experimentado lady Heston.

Estuvo sentada así largo rato, feliz e insensible al olor a muerte que impregnaba todo el edificio, recordando las palabras de Tom: «Estas cosas han de suceder así para que la vida siga adelante». Y en seguida se dijo: «Tengo que dormir un poco, porque, de lo contrario, no podré trabajar». Y echándose en el suelo, al lado de los bancos, se

durmió pensando: «En realidad, soy más vieja que él. En cierto modo, siempre he sido más vieja, al modo que lo es tía Phoebe. Tal vez las mujeres seamos siempre más viejas».

## X

Durante los escasos momentos en que podía permanecer a solas, el mayor Safka empezó a sentirse turbado por el recuerdo de lady Heston. Le turbaba más de lo que hubiera deseado y de lo que hubiera juzgado posible, y sus sentimientos con respecto a ella eran bastante desconcertantes, pues en ellos había curiosidad, piedad y atracción física. Era la primera vez que una mujer constituía para él algo más que una agradable comodidad, sin que acertara a explicarse la causa, como no fuera que nunca hasta ahora se había encontrado con una mujer tan experimentada, honesta y contradictoria. Edwina dejaba perpleja e insatisfecha la mente realista del mayor, quien se sorprendía pensando en ella una y otra vez, cuando se estaba quedando dormido, cuando iba y venía de ver a la maharaní, en la Escuela de Música y en la ciudad. En cierto modo, era como si Edwina constituyera una especie de monstruosidad, cuya disección tuviese que efectuar para dejar satisfecha y tranquila su mente inquisitiva.

El mayor no se engañaba a sí mismo. Encontraba sumamente atractiva a aquella mujer, con un atractivo que no había hallado en ninguna otra. Pero había momentos en que un gesto, un movimiento de cabeza o una expresión de los ojos de Edwina provocaban en su ánimo cierto temor. Temor a ella, a su seguridad, a la educación y a la clase que revelaban. La admiraba por su honestidad y por la desilusión que se retrataba permanentemente en sus ojos azules, como una sombra de desesperación. Le agradaba porque había momentos en que parecía totalmente escéptica, no creyendo en nada, ni siquiera en los placeres que debía de haberle procurado su propio cuerpo. No muchas mujeres y muy escasos hombres podían parangonarse con ella. Sabía el cirujano que a causa de sus cualidades había podido hablar con ella de la forma en que lo había hecho en aquella sala, poco antes de rayar el día. No hubiera podido hablar así ni siquiera con la señorita MacDaid, porque, en el fondo de su alma, la señorita MacDaid ocultaba el punto flaco de un tierno sentimentalismo. Sabía igualmente, porque era hombre experimentado, que Edwina podía ser suya con la misma facilidad que pudo haberlo sido aquel atardecer en el Palacio de verano, solo que la posesión sería ahora una experiencia infinitamente más rica. Se mostraba siempre inclinado a considerar el amor desde un punto de vista científico, anatómico, y estaba íntimamente convencido de que aquella podría ser una experiencia mucho más rica que cuantas había conocido hasta entonces. Pero era precisamente aquel elemento —aquella cualidad de superior riqueza— lo que le alarmaba. Era allí donde hacía su aparición el elemento imprevisible, imposible de disecar. En Occidente lo denominaban amor y en él se inspiraban novelas, comedias, poemas y películas cinematográficas, aunque muy pocos comprendían que, una vez practicada la disección de tal elemento, este no era más que una mezcla de elementos químicos,

glándulas, instinto, temor del hombre a la soledad y el impulso que le empujaba a procrear, de la misma forma que le empujaba a comer, a dormir y a respirar. Era todo esto y algo más, puesto que existía el elemento imprevisible, que bien podría llamarse la incógnita del problema, y que no era posible capturar y analizar científicamente, aquel elemento que había hecho su aparición en el momento en que había levantado la cabeza y la había visto venir por el sendero del hospital, vestida con uno de los trajes de indiana de la señora Smiley.

Era este elemento imprevisible y desconocido el que le ponía en guardia. Podría conducirlo a cometer los más absurdos actos de locura; podría cegarle hasta hacerle olvidar que ella tenía demasiados años y demasiada experiencia, que la posición misma que ocupaba en el mundo occidental hacía imposible cualquier clase de relaciones íntimas perdurables entre ellos. Podría cegarle incluso hasta el extremo de olvidar lo que era él y lo que debía seguir siendo hasta su muerte: un trabajador, un hombre de ciencia, un ser sin emociones, que debía proteger su cuerpo y conservarlo libre, como una máquina perfecta, para realizar el trabajo que le esperaba en Ranchipur, en la India y acaso algún día en todo el Oriente. Por eso le había retenido la maharaní en su tienda de campaña, para hablarle apremiantemente del matrimonio. Su experiencia había sentido el peligro y estaba dispuesta a luchar para salvarle de la locura si no era capaz de salvarse por sí mismo. De un modo singular, resultaba que su vida le pertenecía tan poco como la de la maharaní había pertenecido jamás a la soberana misma. Había en aquella entrega algo de la entrega de la danzarina. Pero ella había sabido ser siempre reina, por encima de toda locura, durante toda su vida.

Pero el cirujano se preguntaba lo que tan fácil resultaba preguntarse, lo que adivinaba se había preguntado Edwina muchas veces: «Se trata de mi propia vida. Solo se vive una vez. ¿Por qué no hacer con ella lo que me plazca? ¿Por qué renunciar a las satisfacciones que el Destino coloca en mi camino? ¿Por qué volverles la espalda y rechazarlas?». Pero otra voz interior respondía: «Porque te destruirías a ti mismo». A despecho del valor, de la honestidad y de aquella curiosa e infantil cualidad que él, lo mismo que Ransome, había percibido en ella, había en torno a Edwina algo de corrupto, de extraviado, de caduco, algo que nacía más bien de la sangre, demasiado vieja, que de su experiencia personal.

La resistencia se hacía tanto más difícil cuanto que el mayor tenía conciencia de que estaba en su mano preservar para ella el descubrimiento por ella realizado y que, en última instancia, podría salvarla y hasta redimirla. Si la rechazaba, si la enviaba de nuevo a aquel mundo del cual procedía, se perdería para siempre.

Luego, en medio de sus reflexiones, sentíase repentinamente tentado de echarse a reír, y examinándose desde fuera, como si fuese un extraño, se decía: «¡Eres un condenado idiota! ¡Un sentimental! ¡Un imbécil! ¿Qué tiene ella que ver contigo ni tú con ella? ¡Olvídalo! Tienes cosas más importantes que hacer. Eres un hombre y no un

novillo con ojos de becerro».

Era extraordinaria la forma en que aquel elemento imprevisible podía destruir su razón y su sentido común. Había sido aquello lo que se había apoderado de él poco antes de medianoche, aquello y no su propia inteligencia lo que le había empujado a preparar el despertador de forma que sonase un poco antes de las cuatro de la mañana, con el fin de ir a charlar un rato con ella, junto a aquella mesa en que velaba a los muertos y a los moribundos. Solamente con ella podía hablar como no había hablado nunca con nadie, sabiendo que comprendería todo cuanto dijese y mucho de lo que callase. La sala de los enfermos de fiebres tifoideas era el único lugar en donde podían estar solos, lejos de la señorita MacDaid, de la perturbada señorita Hodge, de la señora Gupta, del doctor Pindar y de todos los demás, de aquellos centenares y de millares de personas que estaban yendo continuamente a él, en busca de su ayuda y de su consejo. Aquella hora que habían pasado juntos en la sala había sido la hora más preciosa de toda su existencia, y no porque fuese una mujer bella y deseable, sino porque se habían entendido mutuamente, porque durante unos instantes la soledad humana había dejado de existir. Ni ella le había pedido nada a él ni él a ella.

## XI

Alas tres de la mañana, el pequeño doctor Pindar fue a despertar a Edwina. Había cesado de llover, la noche era serena y la atmósfera aparecía limpia y transparente después de la lluvia. Ni el más leve soplo de brisa agitaba las hojas de los árboles, cuyas ramas aparecían cuajadas de brotes. Edwina fue despertándose lentamente. Le parecía tener la cabeza llena de algodón, a causa del medicamento que había tomado para combatir el dolor que experimentaba en la parte posterior de los ojos. Pero el dolor seguía y su cuerpo ardía, no a causa del húmedo calor del monzón, sino con un calor seco y ardiente que provenía de su interior mismo. Durante unos momentos no supo dónde se hallaba, y solo cuando su mente se concentró en la absurda figura del pequeño médico sosteniendo en la mano un cabo de vela fue capaz de recordar.

Se levantó abrumada de fatiga y encendió su bujía en la llama de la que llevaba el médico.

—Váyase a acostar, doctor. Estaré en la sala dentro de un momento.

El doctor Pindar le entregó las listas, y, al echarles una ojeada, Edwina pensó: «Esta noche hay menos». En efecto, no había más que dos en la lista de los que no tenían esperanza y tres en la lista peligrosa. Casi todos los enfermos que padecían gangrena habían muerto ya.

—La señorita MacDaid la relevará a las seis —dijo el médico al retirarse.

La sala seguía igual, salvo que aquí y allí, a lo largo de las paredes, ardían algunas bujías para dar a los pacientes ánimo y valor. El aire estaba tan inmóvil, que las diminutas llamas ardían sin una oscilación, como en el interior de una campana neumática. Cogiendo un lapicero, escribió nuevamente en la parte superior de una de las listas la palabra «muertos» y en la otra «moribundos». Esta noche era más necesario que nunca que no cometiese ningún error. Levantando la vista de la mesa, la fijó en el lecho más próximo. La mujer que le había pedido agua por señas ya no se encontraba allí. El lecho estaba vacío. «Es la primera cama que se queda sin ocupar —pensó—. Las cosas deben de ir mejor ya». Pero en seguida se dijo que aquel lecho estaba desocupado únicamente porque habían muerto muchísimos pacientes y se los habían llevado de allí.

Al levantar el cántaro de piedra para llenar las jarras de agua fresca, se tambaleó y dejó caer el pesado recipiente. Por fortuna, cayó sobre su base, de modo que solamente una pequeña cantidad de la preciosa agua hervida se derramó sobre sus pies. Se asustó infantilmente por su torpeza, temerosa de que la señorita MacDaid apareciese de pronto y descubriese el accidente.

Al segundo intento consiguió levantar el cántaro hasta el borde de la mesa y, apoyándolo en esta, llenó una de las jarras. Después empezó su recorrido por las salas, llenando de nuevo las tazas esmaltadas que estaban colocadas en los pequeños

estantes. Mientras avanzaba se daba cuenta de que el dolor invadía todo su cuerpo, la jarra tiraba de su brazo poderosamente, pareciéndole que se le iba a desprender la articulación del codo, la del hombro, la de la muñeca. El terror se apoderó repentinamente de ella, no el terror a la muerte o a la enfermedad, sino el temor a no poder seguir realizando su trabajo, a fallarle a él y a dar ocasión a la señorita MacDaid para despedirla.

«¡No caeré enferma! —se dijo frenéticamente—. Me sobrepondré a fuerza de voluntad. No admitiré semejante cosa». Y recordó la locura que había cometido dos noches atrás, cuando había bebido en el mismo vaso que la moribunda. «Pero no puede ser eso —pensó—. Las fiebres tifoideas no se habrían presentado tan pronto». Debía de ser el cansancio, que se apoderaba ahora de ella, una vez pasados los primeros momentos de excitación. «Durante varios días he estado viviendo a costa de mis nervios y de una falsa energía», se dijo.

Hizo el recorrido, arrastrando un pie tras otro, y, al regresar a la mesa, el terrible calor reinante le pareció insoportable. Su cuerpo le daba la sensación de un horno; tenía la piel seca y pensó desesperadamente: «Tomaré aspirina. Eso me hará sudar». Y se tomó tres de las preciosas tabletas que guardaban en el cajón de la mesa. «No me pondré enferma —se dijo otra vez—. No he estado enferma en toda mi vida. No estoy enferma. Todo es imaginación». Y durante un rato se sintió milagrosamente mejor.

Las agujas del despertador captaron su atención, fascinándola. Observó su lento e inexorable movimiento, y el saltito que daba la mayor cada vez que transcurría un minuto, acercándola al momento en que nuevamente tendría que transportar el espantoso peso de la jarra de cama en cama. «Acaso venga otra vez y me ayude —pensó—. ¡Si viniese esta noche! Si le viese sentado ahí en la mesa, recobraría toda mi energía. Entonces olvidaría este maldito dolor». Y de pronto empezó a llorar, no por compasión de sí misma, sino de ira porque este cuerpo suyo, esta máquina, le hubiese hecho traición. Apartó la mirada del terrible e hipnotizador despertador, con sus manecillas metálicas moviéndose lentamente alrededor de la fea y manchada esfera. No había medio de detener su marcha. La ventana servía de marco a una distante perspectiva del gran depósito, sobre el cual descendía una dorada senda desde la luna menguante. La vista del agua alivió su ahogo, y de pronto se sorprendió repitiendo una y otra vez: «¡Dios mío, hazle venir esta noche! ¡Haz que venga a mí, Dios mío!». Porque le parecía que, si no le veía, estaba perdida. Era extraño lo débil y lo poco enérgica que se sentía. Por primera vez en su vida tenía conciencia de cuan profunda y devastadora puede ser la soledad.

Vagamente oyó un débil gemido, y levantándose fue de cama en cama, hasta que llegó a la en que yacía una muchacha demasiado débil para alcanzar su taza de agua. Inclínándose sobre la enferma, Edwina la ayudó a incorporarse y le llevó la taza a los



labios. Cuando la muchacha hubo bebido, volvió a tenderse en la cama y se quedó inmóvil, y al dar Edwina media vuelta para marcharse vio que el mayor Safka estaba al pie de la cama, sonriéndole a la suave luz de la bujía.

—No podía dormir —dijo—. Y he pensado que lo mejor era venir a charlar un rato con usted.

A pesar de su cansancio, Edwina comprendió que mentía. Sintiendo en todo su ser una oleada de renovada vitalidad, comprendió que había venido porque necesitaba verla, lo mismo que ella necesitaba verle a él, y pensó: «No debo dejar que se dé cuenta de que estoy enferma». Así, pues, sonrió y dijo sencillamente:

—Me alegro mucho de verle.

Se dirigieron al extremo de la sala y el mayor se sentó en la mesa, como había hecho dos noches antes.

—¿No está cansada? —preguntó.

—No.

—Es esta la única hora en que podemos estar solos. No era verdad lo que le he dicho hace un momento. Puse el despertador para que me despertase a esta hora.

—No ha debido hacer eso. Descansa usted muy poco.

—Existen muchas clases de descanso. Este es mejor que dormir... Lo que dije la otra noche era verdad.

—Desde entonces he sido muy feliz.

Ya no se sentía mal. El terrible calor pareció haber disminuido milagrosamente. Los huesos habían dejado de dolerle. Era cierto lo que se había dicho: que, si venía él, dejaría de sentirse enferma. Le miró sin timidez ni rubor, contemplando aquel rostro que ahora le parecía resumía toda la belleza de la tierra. Era un rostro fatigado y mucho más delgado que el que había visto aquella primera noche en Palacio, pero su delgadez le prestaba una nueva belleza. Los ojos grises sonreían, mientras los labios sensuales y carnosos se curvaban ligeramente en las comisuras de la boca. «Soy feliz —se dijo Edwina—. Hasta ahora nunca he sabido lo que era la felicidad. Jamás necesitaré más que esto».

—Ahora podrá descansar un poco más —dijo él—. Mañana llegarán dos médicos y otras tres enfermeras. Lo mejor sería que volviese a la Misión.

—Pero yo quiero seguir aquí —replicó ella desesperadamente—. Tengo que trabajar. He de seguir trabajando.

—De esa forma también podría seguir trabajando. Podría venir por las mañanas. Estaría allí más cómoda. Tendría una habitación para usted sola.

—No me serviría de nada. No podría desprenderme de la señorita Hodge.

A la llama de la bujía, el mayor encendió uno de los preciosos cigarrillos procedentes de la caja que Harry Bauer había guardado debajo de su cama. Durante un instante se quedó mirando a la llama. Luego le dio el cigarrillo a Edwina y

encendió otro para él.

—Mire, no quiero que le ocurra nada. Soy muy egoísta. Quiero saber que está usted en seguridad.

Había hecho acto de presencia el elemento imprevisible. En lo más profundo de su complejo cerebro, una vocecita decía: «No has debido venir, no has debido venir nunca». Pero la vocecita quedó ahogada por otras voces que le decían: «Toma el placer que se te ofrece. El arrojar lo que los dioses han puesto en tus manos solamente males puede originar». Esta mujer era la otra mitad de sí mismo.

Edwina sostenía el cigarrillo entre los dedos, sin acercarlo a sus labios, porque no podía soportar su sabor, «No debe darse cuenta —se decía—. Dejaré que se vaya consumiendo por sí solo». Y, en voz alta, dijo:

—¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué hemos de hacer?

—No debemos preocuparnos por eso. Tenía que ser así. No está en nuestras manos evitarlo.

Edwina sentía deseos de gritar: «¡Es demasiado tarde!». Pero guardó silencio, concentrando todas sus energías en contener las lágrimas de dicha y debilidad que pugnaban por brotar de sus ojos.

«No importa —se dijo—. Nada importa ya».

En la distancia, más allá del gran depósito, elevóse un rumor de tambores y tamboras, tocados por manos devotas, y luego, suave y lentamente, el sonar de una flauta fue uniéndose al de los tambores. Apartando la mirada del rostro del cirujano. Edwina vio que la senda trazada por los rayos de la luna sobre la superficie del depósito se difuminaba a la primera claridad de la aurora.

El mayor también escuchaba. Al cabo de un momento, dijo:

—Es el templo de Visnú, que da la bienvenida a una nueva aurora.

Luego extendió la mano y tomó una de las de ella. Y el corazón de Edwina clamó lleno de gozo: «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por la belleza de la aurora, de la vida, de todo!». Y por un instante creyó que iba a desmayarse. Cuando volvió a mirarle, vio que se había desvanecido la sonrisa de sus ojos azules grisáceos y que el temor se reflejaba en aquel rostro al que tanto amaba.

—Estás enferma —dijo él—. Tienes fiebre.

—No.

—No debías estar aquí.

—Estoy cansada, eso es todo.

—El cansancio no produce una fiebre así. Yo haré la guardia. Tienes que acostarte en seguida.

—No. No es nada. De verdad que no es nada.

Se había apoderado de él una extraña excitación. Estaba en pie, reteniendo entre las suyas la mano de Edwina.

—Debes hacer lo que te digo. Ahora no debe ocurrirte nada...

—Nada me ocurrirá. Soy fuerte como un roble y siempre he tenido suerte.

El no respondió a esto. Inclinando su elevada estatura, la tomó en sus brazos y la levantó de la silla.

—Voy a llevarte a tu habitación —dijo.

Edwina no ofreció ninguna resistencia. Ya no luchó más. Sentía la presión de aquellos brazos que la ceñían y apoyó la cabeza en su hombro. Oyó el palpitar de aquel fuerte corazón y la presión de aquellos labios sobre sus cabellos. La transportó fuera de la sala, escaleras abajo y a lo largo del pasillo, hasta llegar a la pequeña habitación que Edwina compartía con la señorita Hodge. Edwina hubiera deseado que aquel corto trayecto hubiese durado eternamente, acurrucada entre sus brazos, escuchando el latir de su corazón. El espíritu y el fatigado cerebro de Edwina clamaban: «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío! Ahora no me importa nada. Ya lo he encontrado. Ya sé lo que es».

Una vez en la pequeña habitación, el mayor la dejó suavemente en el duro lecho y empezó a desabrochar los botones del burdo uniforme azul de enfermera. Luego dijo:

—Voy a despertar a la señorita MacDaid. Esto solo significará una hora de guardia para ella.

—Pero vuelve después. No te marches.

—Sí, volveré en seguida.

El mayor salió de la estancia, y Edwina, tendida en la cama, empezó a temblar. Todo su cuerpo se estremecía con tal violencia, que el lecho trepidaba y las cuerdas trenzadas crujían. La señorita Hodge se agitó en la cama del otro lado de la estancia, gimiendo en sueños, pero afortunadamente no se despertó.

## XII

La señorita MacDaid, consciente de que la sacudían suavemente de un hombro, abrió los ojos y, a la débil claridad del amanecer, vio al mayor Safka, en pie junto a su lecho.

—Voy en seguida —dijo la enfermera, obedeciendo a una dilatada costumbre—. ¿Qué ocurre?

—Lady Heston está enferma. La he mandado acostarse.

La señorita MacDaid se incorporó en la cama, subiéndose pudorosamente la sábana de algodón hasta la garganta. Nunca había sido una mujer bella; pero ahora, a la primera luz del alba, con los ojos hinchados por el sueño, con las poderosas facciones de su fatigado rostro tirante por el insuficiente descanso, había algo de aterrador en su fealdad. Sintióse obligada a preguntar:

—¿Qué tiene?

—Todavía no lo sé. Fiebre..., fiebre muy alta. Malaria tal vez, o acaso fiebres tifoideas.

La vanidad se sobrepuso al sentido del deber en el ánimo de la señorita MacDaid.

—Vuelva a su lado —dijo—. Iré tan pronto como me vista.

No se molestó en encender una bujía. A la creciente luz del alba, se vistió y se lavó la cara con agua templada, alisándose después los escasos cabellos. Experimentaba un vago sentimiento de satisfacción al pensar que lady Heston había sucumbido. Era cierto que había resistido las faenas más penosas, la suciedad y toda clase de menesteres repugnantes; pero, al final, no había sido lo bastante dura. Millones de minúsculos microbios la habían abatido. La señorita MacDaid pensó: «Ahora puede perder toda esperanza de victoria. Cuando se restablezca, habrá un magnífico pretexto para enviarla a Bombay, y una vez allí estará nuevamente cerca de Occidente y olvidará esas locas ideas de quedarse aquí para siempre». Desde un punto de vista abstracto, la admiraba por la forma en que había aceptado el desafío del trabajo; pero, de manera menos objetiva, la odiaba como no había odiado a nadie en toda su vida, ni siquiera a la pobre Natara Devi, a la que nunca había visto, salvo desde lejos, cuando la joven salía en su pequeña *tonga* roja. Porque Natara Devi no había sido jamás una amenaza. Natara Devi no había sido nunca sino un hermoso cuerpo.

En cambio, volvía a tener miedo de lady Heston. Por dos veces en el curso de los dos últimos días había sorprendido una mirada entre ella y el mayor, una mirada que no había durado más que la fracción de un segundo, pero terrible a sus ojos, porque en ella había adivinado una intimidación que ni siquiera ella había compartido nunca con el mayor. En aquella mirada había percibido la sombra de algo que ella misma había estado buscando toda su vida, y, durante un instante, se había sentido transformada de

una mujer buena y trabajadora, de enérgico carácter y sólidos principios, en un demonio, en una bruja, en una asesina potencial. Y, en cada una de aquellas ocasiones, la experiencia la había dejado profundamente conmovida, presa de un extraño malestar y bastante asustada. «¿Por qué ha de conseguirle? —clamaba amargamente su virginal corazón—. ¿Por qué ha de arruinarle y perderle... precisamente ella, entre todas las mujeres a quienes Dios les ha dado todo?». Durante un segundo, pensó: «¡No, antes la mataré! Eso no ocurrirá jamás. Aunque la matase, quedaría justificada ante los ojos de Dios».

Y luego, recuperando el buen sentido, comprendió cuan cerca había estado de la locura, cuan terribles podían ser la revuelta y la violencia animal de aquel organismo en donde moraba el ser llamado señorita MacDaid. Sumergiéndose en el trabajo, había tratado de olvidar a lady Heston y al mayor Safka, pensando: «Ninguno de ellos tiene importancia, ninguno de ellos importa nada en absoluto». Pero inmediatamente la voz de su experiencia la desmentía, afirmando: «Ambos son importantes, porque ambos se hallan entre los bienaventurados. Adondequiera que vayan, hagan lo que hagan, tendrán importancia para ti y para cuantos los rodeen. Siempre habrá gente para amarlos y admirarlos. Todo tu trabajo y toda tu abnegación no te han dado a ti ese derecho, ese poder. Ellos lo tienen porque han nacido con él». Pero aquello era injusto, clamaba su corazón. Y luego, en momentos de mayor serenidad, pensaba: «Acaso haya algo en esa tontería de la reencarnación; porque, de otro modo, ¿por qué unos tienen tanto desde la cuna y otros tan poco?». De pronto, en medio de su trabajo, se sorprendía pensando en ellos de una manera diferente, viéndolos como si fuesen un dios y una diosa y ella misma una simple salvaje que contemplaba el espectáculo con respetuoso temor, mientras, invadida por una extraña humildad, experimentaba un sentimiento de admiración hacia lady Heston, mezclado con una especie de envidia maternal. Y tenía momentos en los cuales, a punto ya de dormirse, parecía identificarse con lady Heston y experimentar las delicias de hallarse entre los bienaventurados.

Pero ahora, a la grisácea claridad del amanecer, se sentía malhumorada, llena de rebeldía y de desprecio, pensando: «No estará tan enferma como para no haber podido terminar la guardia. Si hubiese sido yo, hubiera permanecido en mi puesto hasta el final. Lo he hecho muchas veces. Esa mujer es floja». O acaso hubiese sido el mayor quien le había ordenado que se fuese a la cama. ¿Quién sabía lo que pasaba entre ellos cuando se encontraban solos? ¿Cómo había sabido el mayor que estaba enferma? ¿Cómo era que se hallaba en la sala a una hora en que se le presumía descansando un poco?

Dio unas palmadas para llamar a un mozo, y, cuando este acudió, le ordenó que le llevara un poco de té. Luego se acercó a la mesa de la sala en donde habían estado unos momentos antes Edwina y el mayor. Allí encontró las dos listas de números y su

mirada se fijó en las palabras «muertos» y «moribundos», que Edwina había escrito para no confundirse. El mozo se presentó en seguida con el té, y, mientras la señorita MacDaid se lo tomaba sentada a la mesa, su mirada seguía fija en los dos papeles. Al terminar de beberse el té y antes de iniciar su ronda, extrajo un lápiz del bolsillo de su blusa inmaculada y, al final de la lista encabezada con la palabra «moribundos», escribió: «Lady Heston, esposa del primer barón Heston». Después acercó el papel a la llama del cabo de vela hasta que quedó reducido a cenizas. Y entonces se extinguió el resplandor de brujería que brillaba en sus ojos. Levantando el pesado cántaro de piedra con sus manos fuertes, capaces y bondadosas, llenó de agua las dos jarras e inició la ronda al hospital. Al llegar a la cama número 74, se detuvo un poco sorprendida al ver que el anciano que yacía en ella, y que no estaba inscrito en la lista de los muertos, sino en la de los moribundos, había dejado este mundo silenciosamente. Yacía con la cabeza ladeada, lleno de paz, con la boca entreabierta, como si estuviese roncando. La escocesa conocía la presencia de la muerte. Nadie la conocía mejor que ella. La muerte de aquel hombre no significaba nada para ella, era simplemente uno más entre los pululantes millones de seres que —en el fondo de su corazón estaba convencida de ello— se hallaban mucho mejor muertos que vivos. Pero el hecho de hallarse en la lista que acababa de quemar lo consideró la señorita MacDaid como un presagio.

## XIII

Tres aeroplanos llegaron aquel día desde más allá del monte Abana, trayendo a bordo al coronel Moti, del Instituto de Enfermedades Tropicales, y a dos expertos, además de nuevos suministros de permanganato, cloruros y los demás medicamentos de tan apremiante necesidad. El coronel era un hombre delgado y nervudo, de unos cuarenta años de edad, de ardientes ojos negros, enérgico, capaz, vehemente y radical, un *sikh* que había sido acusado de comunista y hasta de anarquista; pero ni la India ni el Oriente entero podían prescindir de él, porque sabía más que ningún otro hombre de la tierra acerca de las enfermedades tropicales y de su profilaxis. Era también un cínico que se pasaba la vida luchando contra las enfermedades y buscando sueros para impedir la muerte, pero sin dejar de preguntar continuamente si no sería mejor dejar morir a los hombres. Era viejo amigo del mayor Safka y ambos se dirigieron juntos a la tienda de campaña de la maharaní, para celebrar una conferencia con Raschid Alí Khan y con el coronel Ranjit Singh, cuyos *sikhs* serían necesarios para hacer respetar las medidas que se iban a adoptar con el fin de terminar con el cólera y las fiebres tifoideas.

Poco después de las dos, sin haber comido, el coronel Moti y sus ayudantes, un joven bengalí y un malabar de Trivandrum, pusieron manos a la obra, cada uno de ellos en una parte distinta de la devastada ciudad. Cada uno llevaba un pequeño destacamento de *sikhs* y un grupo de barrenderos. Se abrieron inmediatamente zanjas para facilitar el desagüe de las aguas estancadas, prendióse fuego a las casas en ruinas y, durante algún tiempo, pareció como si el incendio se hubiera vuelto a apoderar de la ciudad. En el incendiado mercado central, adonde habían vuelto los hortelanos para levantar sus puestos de mangos, melones, limas, guayabas y rábanos, todo fue rociado o sumergido en permanganato. Se desinfectó un pozo tras otro con cloruro. Dondequiera que hacían su aparición los pequeños grupos de trabajadores sanitarios, elevábase un coro de lamentaciones y gritos entre las gentes que veían sus propiedades destruidas y las supersticiones ignoradas o violadas. Por todas partes había grupos de hindúes murmurando y amenazando con la revuelta, pero ni el coronel Moti ni sus ayudantes les hacían el menor caso. Tenía orden de la maharaní de hacer lo que considerase oportuno, y los delgados *sikhs* que le rodeaban con la bayoneta calada no deseaban nada mejor que la perspectiva de poder entregarse a la violencia y acaso a la matanza.

Habíase apoderado del coronel una especie de divino frenesí. Por primera vez tenía las manos libres para destruir, para aniquilar refugios de ratas, mosquitos y pulgas, para derribar e incendiar sucias casuchas, para destruir los microbios que se cobijaban en frutas, hortalizas y dulces de todas clases. Detrás de aquel frenesí, palpitaba en el ánimo del coronel la vaga idea de estar destruyendo simbólicamente la

ignorancia, las supersticiones, la fe decadente, que, durante tantos milenios, habían rodeado a su pueblo. Lo que más odiaba en este mundo, más que a las ratas, las pulgas y los microbios, era a los sacerdotes brahmanes, y siempre que uno de ellos se acercaba a él o a sus colaboradores para protestar, escupía despectivamente en el suelo y le ordenaba que se marchase en un hindustani feroz. Durante treinta años había acariciado el reprimido deseo de destruir un viejo mundo para que naciese uno nuevo. Y ahora que tenía la ocasión de satisfacer aquel deseo, estaba disfrutando salvajemente.

Y así empezó el segundo incendio que asoló la ciudad de Ranchipur. El coronel Moti prendió fuego al bazar en un docena de sitios, y, poco después, toda aquella zona era un ardiente horno. Desde allí, las llamas, imposibles de dominar, se propagaron a las ruinas del viejo Palacio de verano y al derruido cinematógrafo. Impulsadas por el viento del monzón, las llamas consumieron el viejo palacio de madera, con toda su negra historia de tiranía, envenenamientos y estrangulamientos. Después se extendieron hasta la orilla misma del río, no respetando más que el hospital, que se alzaba en medio de un espacio despejado, y la Escuela de Música, que se elevaba más allá del gran depósito.

A las seis de la tarde, poco quedaba de la asolada ciudad que no fuesen montones de ardientes cenizas, mientras aquí y allí, en los arrabales, donde todavía quedaban en pie algunas casuchas y cobertizos medio derruidos, el coronel, empapado de lluvia y de sudor, seguía trabajando furiosamente, rociando cosas con petróleo y prendiéndoles fuego. El Instituto femenino, con los preciosos libros que la señorita Dirks había ido a salvar, y el *bungalow* de las dos maestras, con todos sus cojines, fotografías, encajes y preciosa porcelana de las Indias orientales, fueron pasto de las llamas.

Desde el umbral de la listada tienda de campaña que se alzaba en la colina, junto al gran Palacio, la anciana maharaní contemplaba la destrucción, un poco asustada al principio; pero, a medida que iba adivinando el propósito de aquellos incendios, satisfecha y agradecida al fanático coronel Moti. Comprendió que la entera destrucción de la ciudad era una bendición y que ella nunca hubiera tenido el valor suficiente para ordenarla, contenida por las viejas tradiciones, las antiguas costumbres y hasta las ancestrales supersticiones que todavía perduraban en su sangre. Sentada al lado de la anciana princesa de Bewanagar, fue comprendiendo lentamente que, en cierto modo, incluso el terremoto y la inundación habían sido una bendición. El viejo maharajá había luchado gradualmente, empujado por la necesidad de entrar continuamente en compromisos con el vasto e imponderable pasado. Todo aquello había quedado barrido ahora, y de la tierra surgiría una ciudad nueva, purgada y limpia, una nueva ciudad en la cual se alzarían templos construidos de cemento y acero, en donde no habría un barrio de *intocables* ni existiría ninguna de las lóbregas



casuchas en donde el cólera, la peste y el tifus acechaban eternamente, esperando la ocasión de herir con la venenosa rapidez de la víbora de Russell. Y, cuando se construyera una nueva presa, los pozos de la ciudad, verdaderos focos de infección, serían cegados para siempre y no habría más agua que la fresca y pura de las montañas.

El espectáculo de la destrucción llevó al corazón de la maharaní una sensación de satisfacción pura y salvaje. Era así como su pueblo *márata* había destruido aldeas y ciudades en sus salvajes incursiones. Y por eso los bengalíes asustaban a sus hijos diciéndoles: «Si no eres bueno, te llevarán los *máratas*».

Poco después que la noche dejó caer rápidamente su manto de tinieblas sobre la ciudad, el coronel Moti llegó a la tienda regia para presentar sus excusas —de manera formularia e insincera— por haber incendiado la ciudad en virtud de un error. La soberana le recibió con aire severo; pero, al cabo de un rato, le dio a entender que comprendía la falsedad de su apología y que estaba satisfecha porque hubiera destruido lo que quedaba de la ciudad «por error». Le agradaba aquel hombre por su implacable rudeza y por la magnificencia de la idea que latía en el fondo de la misma. A su vez, al coronel le agradaba la maharaní por la luz que veía en sus negros ojos y que se hacía cada vez más intensa a medida que él hablaba.

Cuando, poco después de las nueve, llegó el mayor Safka, encontró a los dos sentados en el suelo de la tienda, inclinados sobre una hoja de inmaculado papel de arroz, en la cual el coronel estaba trazando el plano de una nueva ciudad, que habría de construirse con ladrillos, cemento y acero, a la manera americana, como la casa de Raschid y la escuela nocturna para muchachos de castas inferiores, que habían resistido el terremoto, la inundación y el incendio. Se organizaría un sistema de drenaje que no dejaría ningún refugio a los insidiosos *anofeles*<sup>[74]</sup>, el peor de todos los enemigos, afirmó el coronel, porque la malaria, aunque matando en raras ocasiones, permanecía indestructible, minando la vitalidad de todo un gran pueblo.

Sus negras pupilas brillaban de entusiasmo al exponer sus proyectos.

—Construiremos una ciudad nueva, como ninguna de las que actualmente existen o hayan existido jamás en la India, una ciudad capaz de vencer el cerco de las enfermedades. Y pasadas una o dos generaciones, las gentes que la habiten serán un pueblo nuevo, una nueva clase de indios. Los americanos lo han hecho en zonas tan terribles como las de Cuba, Panamá y Filipinas. ¡Ya verán ustedes!

Mientras la ciudad ardía a lo lejos, en la regia tienda de campaña la maharaní fue contagiándose lentamente de aquel entusiasmo, todo su cansancio y toda su desilusión desaparecieron como por ensalmo, y deseó ardientemente seguir viviendo muchos años más para llevar a efecto los sueños de este loco destructor. Haría falta mucho dinero y tendría que enfrentarse con los hindúes ortodoxos e incluso con el viejo *dewan*, cargado de ideas tradicionales y anticuadas. Pero tendría a su lado a

Raschid y al mayor Safka y a los pequeños Smiley, laborando incansablemente, en silencio.

Mientras observaba y escuchaba, el mayor quedó también prendido en aquel entusiasmo, olvidando momentáneamente la desesperación que se había abatido sobre su corazón cuando se dirigía a la tienda de la soberana. Durante cierto tiempo lo olvidó todo, incluso que Edwina estaba probablemente agonizando. En aquellos momentos volvió a ser el ente fanático, impersonal e inhumano que había sido antes del terremoto y la inundación, solo preocupado por la política y la ciencia.

## XIV

Porque, mientras pedaleaba lentamente en su bicicleta, en medio de la oscuridad, siguiendo con cuidado la cinta de la carretera de macadam, alejándose de la Misión al resplandor de los incendios que consumían la ciudad, comprendió súbitamente que no había esperanza de salvación para Edwina. No habría podido decir en qué basaba esta convicción y no realizó ningún esfuerzo para analizar este sentimiento. Simplemente lo sabía, como si los árboles que bordeaban la carretera se lo hubieran susurrado, como si hubieran hablado las casas derruidas y los espíritus de los muertos. Durante todo el día había estado luchando con los ángeles del espíritu, unas veces venciendo y otras siendo derrotado, pero siempre con las ideas divididas y confusas. Durante la mayor parte del día, Edwina había estado durmiendo sosegadamente, como una niña, mientras la fiebre la devoraba. El mayor había entrado una docena de veces en la pequeña habitación, en donde la rolliza señorita Hodge estaba sentada en una dura e incómoda silla, contemplando fijamente, durante horas enteras, la figura que yacía en la cama.

En una ocasión, cuando la perturbada solterona levantó la cabeza al oírle entrar, el cirujano pensó perversamente: «¿Por qué no la habrán atacado a ella? Sería preferible que esta mujer muriese». Parecía que la divina Providencia estaba siempre haciendo chapuzas. Una chapuza era salvar a la señorita Hodge, a los mercaderes y a los sacerdotes brahmanes, mientras perecían seres como el pobre señor Jobnekar y la señorita Dirks, y Edwina estaba a punto de morir precisamente ahora. Si él o Moti pudieran ocupar el lugar de la divina Providencia por algún tiempo, seguramente lo harían mejor.

Cuando había vuelto a verla a las cuatro, Edwina se hallaba despierta, con la mirada cargada de fiebre y las mejillas ardiendo. Habían empezado a hacer su aparición las delatoras manchas sonrosadas, de modo que el mayor ya sabía a qué atenerse. Al verlas, se había dicho: «Debe de estar enferma desde hace dos o tres días. Debe de haberse contagiado aun antes de producirse el terremoto». Acaso hubiese traído la infección desde el Norte, a través de las ardientes y polvorientas llanuras. Al verle entrar, Edwina sonrió y, tendiéndole la mano, dijo:

—Te estaba esperando.

El se la tomó y se sentó en el borde del lecho. Ninguno de los dos prestó la menor atención a la presencia de la señorita Hodge, quien, levantándose de la silla, empezó a revolotear por la habitación, cambiando de posición el cántaro del agua, dando un tironcito de la colcha... El mayor ni siquiera la veía. La pobre demente no importaba nada. Nadie ni nada tenían ahora la menor importancia. Lo único que importaba era que ella se salvase.

—Ahora ya sé de dónde viene esto —dijo Edwina—. Del vaso.

—¿Qué vaso?

Entonces ella le contó cómo, sin darse cuenta de lo que hacía, había dado de beber a la moribunda de las fiebres tifoideas en el vaso que estaba encima de la mesa, y cómo después ella había bebido en el mismo vaso.

—Fue aquella primera noche en que fuiste a ayudarme. Lo que me dijiste me hizo tan feliz, que luego se me olvidó absolutamente todo.

El trató de tranquilizarla, diciéndole que la infección debía de haberse producido mucho antes, pero ella se aferró tenazmente a su idea, diciéndose para sí: «Es justo. Tenía que suceder así..., que, al fin, fuese traicionada por mi propia dicha».

—¿No te inyectaste contra las fiebres tifoideas antes de venir aquí? —preguntó él.

—No. Para tranquilizar a mi marido, le dije que sí, pero no me tomé semejante molestia. Y, además, nunca he creído realmente en esas cosas.

La mentalidad científica del mayor sintióse escandalizada.

—Fue una perversidad... y una gran tontería —dijo.

—Siempre he considerado que, si escapa uno de una cosa, es para caer víctima de otra al final.

El no respondió. Se limitó a oprimirle la mano un poco más fuertemente. Era estúpido que creyese en aquellas tonterías fatalistas. Y, sin embargo, la amaba por ser así, por su despreocupación, por su sangre fría de buen jugador, que no se altera cuando pierde. Aquello era lo extraño: que, al final, se hubiera enamorado de una mujer que era precisamente todo aquello que él desaprobaba.

—Debiste decírselo inmediatamente a la señorita MacDaid. Pero no te has contagiado del vaso, aunque eso haya agudizado el proceso.

—No se lo dije porque estaba avergonzada de haber cometido semejante torpeza. Y tenía miedo de que me despidiese. Después de hablarme como me hablaste, no podía marcharme y no verte más.

Volviéndose después hacia la angosta ventana, preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué se ha incendiado?

—Toda la ciudad. Está ardiendo por entero nuevamente.

—Esto se parece a un rincón del infierno, ¿verdad?

—El incendio de la ciudad es probablemente una buena cosa —afirmó el mayor.

Transcurrió largo rato en silencio, y luego Edwina, volviéndose hacia él, preguntó:

—¿Cuánto tiempo estaré enferma?

—No lo sé. Depende de la resistencia que ofrezcas al mal, de tu voluntad de luchar. Las fiebres tifoideas son muy tenaces.

Durante unos instantes, Edwina permaneció callada. Después dijo:

—Estoy siendo un estorbo aquí.

—No.

—¿No sería mejor que me llevarsen a la Misión?

—Quizá... Solo que allí no hay nadie que pueda atenderte como es debido.

De nuevo guardó silencio Edwina, reflexionando. Al cabo de un rato, dijo:

—La señorita Hodge podría venir conmigo y se encargaría de los menesteres menos agradables. A ella no parece importarle.

Y la señorita Hodge, que había estado escuchando, dijo:

—Sí. Déjeme acompañarla. Me gustaría mucho.

—Este lugar es muy triste —dijo Edwina—. Y ahora que ya no puedo ser útil, no me gustaría quedarme.

—Tendré que consultar con tía Phoebe. Todo el peso recaerá sobre ella.

—No daré mucha guerra. Seré una buena enferma. Con que le expliques a la señorita Hodge lo que tiene que hacer, será suficiente.

Era una idea absurda. Aun con todo el trabajo que allí había, era más fácil atenderla en el hospital. En la Misión le sería más difícil al mayor ir a verla. Tendría que robar tiempo a su descanso para recorrer aquellas tres millas en bicicleta. Mas, por otro lado, deseaba verla feliz. Deseaba que se restableciese lo antes posible. Sería una lástima que muriese ahora, precisamente cuando había empezado a vivir.

—Estaré mucho más a gusto allí —insistió Edwina.

—¡Iré a ver a tía Phoebe para planteárselo! —dijo el mayor, tomando entre las suyas una de las pequeñas y perfectas manos de Edwina—. Iré ahora mismo. Procura dormir un rato. Conviene que duermas. Cuanto más, mejor.

—Gracias, querido.

Edwina cerró los ojos y se quedó inmóvil. Al cabo de un rato, cuando el mayor creyó que ya estaba dormida, soltó suavemente su mano y se levantó para marcharse. Entonces ella, abriendo los ojos, dijo:

—Me gustaría ver a Tom Ransome.

—No, Es preferible que no le veas. No debe venir aquí estando en la Escuela de Música. Es demasiado peligroso.

—Está bien.

—Bueno, me voy.

Edwina volvió a cerrar los ojos, y, cuando el mayor se hubo marchado, la señorita Hodge se acercó a la enferma y se sentó a la cabecera de la cama.

Era la primera vez en su vida que estaba verdaderamente enferma, y, aun en medio de su agotamiento, todo su cuerpo y todo su espíritu se rebelaban contra ello. El inmutable calor envolvía como una pesada manta el hospital, mientras lentamente las llamas de las ardientes ruinas llenaban el aire de humo. La fiebre subía y bajaba en violentas oleadas. No había hielo, ni siquiera agua que estuviese un poco fresca. A veces Edwina se sumía en un confuso estado de miserable y entumecida insensibilidad, y, cuando su mente volvía a recuperar la lucidez, se decía: «El

purgatorio debe de ser algo parecido a esto». Calor, calor, calor por doquier, pero nunca lo bastante para matar. Luego, las drogas la hicieron sudar copiosamente, empapando la cama y el burdo camisón de dormir. La señorita Hodge fue a buscar ropas limpias para mudarla, y, cuando regresó, se apoderó de Edwina un violento temblor que le sacudía todo el cuerpo con terrorífica violencia. Una vez pasado aquel acceso, se quedó profundamente postrada, mientras la fiebre empezaba a subir lentamente de nuevo.

No se le ocurrió pensar que pudiera morir, pues la idea de la muerte jamás había existido en su cerebro en relación con ella misma. La muerte podría llevarse a cuantos la rodeaban, pero a ella no la tocaría. Vagamente, presentía que su enfermedad sería de larga duración, que podría prolongarse durante semanas y hasta durante meses enteros, pero eso no parecía tener ya ninguna importancia. Solo una idea perduraba tenazmente en su confuso cerebro: la de no dormirse, por temor a que él volviese cuando estuviese dormida y se sentase a su lado sin que ella le viese. No se atrevía a dormir por temor a perder unos minutos de felicidad.

## XV

El mayor había tenido que dar un largo rodeo debido a los incendios, que habían hecho intransitables las calles de más allá del depósito, y al llegar al extremo del mercado central, había tenido que desmontar de la bicicleta del portero y caminar a través del rojizo barro de los campos hasta llegar al puente del ferrocarril.

Mientras avanzaba de esta guisa, comprendió que el segundo incendio de la ciudad no había sido un mero accidente. Estaba convencido de que el coronel Moti lo había dispuesto así deliberadamente, y le sorprendió que un hombre capaz de la más férrea autodisciplina en el terreno de la ciencia fuese al mismo tiempo tan despreocupado en relación con las leyes de la sociedad. Hacía más de dos años que no veía al fogoso médico *sikh*, y ahora percibía en él algo peligroso y excitante al mismo tiempo. En los pocos momentos que habían estado juntos después de la llegada de Moti, había tenido ocasión de percibir el fuego que ardía en el fondo de los negros ojos de su colega. En aquella breve entrevista, que apenas fue algo más que un saludo y unas cuantas preguntas acerca de la epidemia y de las maneras de combatirla, el mayor Safka había experimentado una vaga sensación de vergüenza, como si hubiese sido un holgazán y hubiera defraudado a Moti en relación a la última vez que se habían visto. Examinándose críticamente a sí mismo, veía claramente que compartía la pasión de Moti por la India, pero su mente era menos política y, sobre todo, menos implacable. En Moti latía una especie de desesperada necesidad de actuar, la sensación de que la vida era demasiado corta para lo mucho que había que hacer. Palpitaba en él la calidad del fanático.

Mientras corría en la bicicleta del portero por la carretera de la destilería, en medio de la lluvia, veía el rostro de su amigo: la boca enérgica, la frente huesuda, su característica barba de *sikh*, que se marcaba a pesar de afeitarse tres veces al día, y, sobre todo, los negros ojos, ardiendo de impaciencia e intolerancia por las locuras y las flaquezas de sus semejantes. Moti no habría caído jamás en la debilidad de la que él mismo se sentía ahora culpable. Para Moti, las mujeres no existían en absoluto, ni siquiera como simples máquinas de un placer sensual. Toda su energía, toda su fuerza creadora, se concentraban y convergían en una intensa llama azul, semejante al deber de la sanguinaria Kali: la necesidad de destruir lo viejo para crear en su lugar algo más hermoso y mejor. En Moti no existía ningún elemento imprevisible. Moti no cometería jamás la locura de la que él se sentía culpable.

Sin embargo, en lo más hondo de su corazón, no tenía envidia de su amigo. Y pensando en los breves momentos de satisfacción que él mismo había conocido en los últimos dos o tres días, momentos en los cuales la soledad había dejado de existir, cuando el *yo* se desvanecía en la nada y con él desaparecían las pasiones y el fanatismo, el mayor Safka sintió una especie de piedad porque la vida de Moti fuese

tan estrecha.

Encontró a tía Phoebe y a Homer Smiley en la cocina, dando de comer a una niña menudita y negra a quien Smiley había encontrado vagando por los alrededores de las humeantes ruinas, medio muerta de hambre y aterrorizada, una niña de la casta de los *daji*, cuyos padres, hermanos y hermanas habían desaparecido todos. La niña comía como un animalejo, sin levantar la mirada más que de soslayo, come si esperase recibir algún golpe.

Los Smiley se asombraron de verle por allí, y él los informó de la enfermedad de Edwina, pasando después, casi tímidamente, a repetirles el deseo que había expresado ella de venir a la Misión.

—Pero seguramente estará mejor en el hospital —dijo Homer Smiley—. Aquí disfrutará de muy pocas comodidades. Y no estará tan bien atendida como allí.

—La señorita Hodge vendría con ella. Está completamente loca, pero es inofensiva y puede ser muy útil por el cariño que siente hacia lady Heston.

Mientras ponía más arroz en el plato de la hambrienta niña, tía Phoebe dijo:

—A mí no me importaría que viniese. Acaso no sea esto muy cómodo para ella; pero, si desea venir, lo arreglaremos lo mejor posible. Podría ocupar mi habitación y yo dormiría en el cuarto-almacén, ahora que se han ido las otras.

—No es que no queramos tenerla aquí —aclaró Homer Smiley—. Al hablar como lo he hecho, estaba pensando en qué sería más conveniente para ella. ¿Comprende lo que quiero decir?

El mayor permaneció en silencio unos instantes. Después dijo:

—Naturalmente que lo comprendo. Al principio, yo pensé lo mismo y así se lo dije a ella, pero no estoy seguro de que tuviese razón. No se trata de una enferma corriente. No es exclusivamente una cuestión de tratamiento médico. Quiere venir aquí porque se sentirá más a gusto y, en su caso, ese aspecto es de importancia capital.

—Entonces a usted le corresponde decidir, mayor.

—Bien, la enviaré tan pronto como sea posible. Muchas gracias. Sé que les he pedido mucho, pero estaba seguro de que comprenderían.

La niña dejó de comer de pronto, como si ya no pudiese meter ni un solo grano más de arroz en su boca, grande y fea. Ante la sorpresa de todos, unió sus flacas manitas e hizo una profunda zalema.

—Tengo que dejarle, mayor —dijo Homer Smiley—. He de regresar al Orfanato. Después de este incendio, tendremos que dar cobijo a más gente.

Se marchó llevándose a la niña y empujando su bicicleta, mientras la criatura caminaba a su lado. El mayor los siguió con la mirada hasta que desaparecieron tras la cortina de lluvia, más allá de la mancha débilmente luminosa del umbral. Cuando se volvió hacia el interior de la casa, tía Phoebe le dijo:



—Yo misma cuidaré de ella. Ahora ya marchan mejor las cosas en el Orfanato y no hay tanto trabajo. Además, me es simpática.

Tomaron una taza de té, charlando en buena compañía, por primera vez desde la catástrofe, de las pequeñas cosas caseras. Al cabo de un rato, el mayor se levantó de mala gana y se despidió de ella hasta el día siguiente. En el momento en que se marchaba, tía Phoebe dijo de pronto:

—No se preocupe. Cuidaré bien de ella. Las fiebres tifoideas no me son desconocidas. Sufrimos una epidemia en Beaver Dam en el noventa y ocho. Dos hermanos míos y un sobrino enfermaron al mismo tiempo.

Se alejó en su bicicleta, calmado y reconfortado por aquellos minutos pasados en compañía de tía Phoebe. La serenidad de la anciana le cautivaba porque no nacía de la resignación oriental, sino de la acción occidental. Había llegado a aquella cima de serenidad, no como el padre de Bannerjee, es decir, a través de la negación y de la contemplación, sino a través de una actividad objetiva y abnegada. Era extraño, pero cierto, que no podían existir la paz ni la sabiduría en tanto que existiese el *ego*. Había que vivir como tía Phoebe, en el pleno ejercicio de todas sus facultades durante largas horas de vigilia, o negar, como el anciano señor Bannerjee, la existencia de todo lo físico y material. De los dos caminos para conquistar la paz, le parecía al mayor que el de tía Phoebe era el mejor. Desde luego, era el más humano.

«Podríamos irnos a cualquier otro lugar —pensó el cirujano—, a Malaya o a Indochina, o incluso a China, y emprender una nueva existencia. Yo podría ser útil en cualquiera de esos sitios. Seguiría trabajando y ella conocería, al fin, la paz del espíritu». Pero inmediatamente se dijo que todo esto era absurdo, tan absurdo como las novelas y películas cinematográficas de Occidente. Jamás podría huir sin destruirse a sí mismo y a ella también. Nunca podría abandonar esta India cruel y magnífica, porque era parte de su misma sangre. Ni Cambridge, ni la Facultad de Medicina, ni el cúmulo de ideas nuevas, ni siquiera las mujeres de Occidente con quienes había mantenido relaciones íntimas, habían sido lo bastante para cambiarle. No pertenecía a Occidente. Pertenecía a este vasto país de ardientes sequías y repentinas y terribles inundaciones, de hambres y terremotos, de templos y selvas que se apretaban contra las puertas de las grandes ciudades. Y recordando la nostalgia que le había devorado durante los años pasados en Occidente, no era capaz de verse a sí mismo abandonando de nuevo el país.

Al resplandor de la ciudad en llamas, vio a un chacal que cruzaba rápida y silenciosamente la carretera delante de él, y luego, las hojas de las higueras de Java, susurrando bajo la lluvia, empezaron a decir: «Morirá. Ella morirá». Con repentino temor, comprendió que aquel susurro no era sino la manifestación de alguna voz que hablaba en su propio interior, de una experiencia tan vieja como la India, que le decía que ella había de morir, porque así estaba dispuesto, porque ese era el destino de

ambos. Desde el principio mismo, desde el momento en que la había visto por primera vez bajo la resplandeciente araña de Palacio, cubierta por zumbadoras abejas, había presentido que aquello era un error. Comprendía ahora por qué después de la primera mirada que le había revelado una mujer excitante, serena y un tanto viciosa, le había vuelto la espalda rápidamente y había evitado el mirarla nuevamente durante el resto de la noche. Era un error. Jamás debía haber ocurrido. Pero esta convicción no aminoraba el dolor ni el deseo, que volvía a ser de carácter físico.

Sobre su cabeza, los árboles seguían susurrando: «Morirá. Ella morirá. ¡Morirá!».

Mientras se acercaba al puente del ferrocarril, de lo más profundo de su alma surgían nuevas evidencias. Sabía que moriría porque estaba demasiado cansada para realizar el esfuerzo de seguir viviendo. Lo había percibido mientras estaba sentado al borde de su cama hablando con ella. Y por eso había pedido ver a Ransome. Era como aquellos pobres indios de castas inferiores, agotados por el hambre, que no hacían el menor esfuerzo para vivir porque era más sencillo morir.

## XVI

Por la mañana llegó el primer tren a través de la garganta de la montaña, avanzando bamboleante y cautelosamente sobre la vía apresuradamente reparada. El convoy traía víveres y medicamentos y más médicos y enfermeras. En él venía también el viejo *dewan*, immaculado, con su blanca barba y sus ropas de puro lino bengalí. Le acompañaban a la sazón solamente uno de sus hijos, un sobrino y un nieto, y fue recibido por su eterno adversario en el Consejo, Raschid Alí Khan, macilento y enflaquecido por setenta y dos horas de duro trabajo. Los dos se dirigieron inmediatamente a la tienda de la maharaní.

La anciana le acogió con un sentimiento mezcla de placer y de aprensión. Se alegraba de que hubiese bajado de la montaña en medio del terrible calor del monzón, porque la sagacidad y la prudencia del *dewan* eran de un valor inmenso; pero, al mismo tiempo, lo lamentaba porque sabía que en seguida empezaría a hablar de dinero y del coste de las cosas, así como a refrenar su impaciencia por reconstruir la ciudad antes que le llegase la hora de la muerte. Porque la soberana había quedado totalmente seducida por la inflexibilidad y el entusiasmo del coronel Moti, mientras, sentados ambos en la regia tienda, trazaban proyectos, a grandes rasgos, acerca de la ciudad del futuro. El *dewan* era un indio viejo, el más espléndido representante de la vieja India, que no perdía nunca de vista los orígenes de la fe y de la cultura indias. Vestido con sus blancas ropas de lino, immaculado, asistía obstinado y astuto a todos los Consejos, obstruyendo todo intento de innovación procedente de Occidente. Quería que la India se perteneciese a sí misma, que volviese, como él mismo había hecho, a las fuentes de su gran poderío. El coronel Moti, en cambio, era el indio nuevo, ávido por tomar cuanto de bueno pudiera ofrecer Occidente, ardiendo en deseos por destruir lo viejo radicalmente, quieras que no, lo bueno y lo malo por igual, para empezarlo todo de nuevo. El sentimiento de la anciana era más sencillo que el de cualquiera de los dos, porque era femenino, intuitivo e impaciente. Ansiaba ver surgir un nuevo Ranchipur al día siguiente, una ciudad que fuese un espléndido modelo para toda la India y, sobre todo, para los europeos, que afirmaban que los indios no eran capaces de resolver sus propios problemas. La anciana tenía un orgullo inmenso, que esperaba ser vindicado, y una inconsideración que había heredado con la sangre.

Al barbudo anciano le sorprendió vivamente el espectáculo de la ciudad, reducida ahora, después del segundo incendio, a un enorme montón de humeantes cenizas. Los templos estaban ennegrecidos, destruido el escalofriante Palacio de madera, desaparecidos para siempre los antiguos hitos que tanto significaban para su espíritu. Todo lo que subsistía en pie eran aquellos horribles edificios modernos, contruidos de acuerdo con las ideas occidentales, elevando triunfalmente su estructura sobre las

ardientes ruinas de la antigua India: la escuela nocturna para muchachos *intocables*, la casa de su adversario, Raschid Alí Khan, la Escuela de Ingenieros y el sencillo y práctico hospital, libre de todo adorno. El resto había desaparecido.

Cuando el *dewan* preguntó cómo era posible que la destrucción hubiese sido tan completa, la maharaní le habló del segundo incendio, el cual, dijo, se había producido por accidente y se había propagado al resto de la ciudad empujado por el viento del monzón. Pero comprendió inmediatamente que no había engañado al anciano, cuyos negros ojos, penetrantes como una barrena, se contrajeron ligeramente al oír el nombre del coronel Moti. La maharaní percibió incluso un leve estremecimiento en el cuerpo del anciano, a los ojos del cual el coronel era más enemigo suyo y de la India que los propios ingleses. El siempre había sabido manejar a los ingleses, valiéndose de la lisonja y la astucia; siempre los había considerado gentes estúpidas, obstinadas y tenaces, pero fáciles de engañar si se iba despacio y con la debida cautela.

Desde hacía más de sesenta años, el *dewan* había laborado a su manera, a la manera de la antigua India, para llevarlos suavemente —como había llevado a lord Heston hasta la trampa que le había preparado aquella noche en Palacio—, sin que se diesen cuenta de ello, paso a paso, a su completa ruina, salvando todo lo que amaba de la India. Y sus planes habían tenido éxito. Si pudiera vivir un siglo más, vería a la India libre e intacta, una India con tradición, dignidad y honor. Los ingleses se destruirían a sí mismos. Al final, serían absorbidos, como la India había absorbido siempre a todos sus invasores. Y ahora Moti y otros como él, exaltados y necios, se habían propuesto destruir todo lo que él y los verdaderos indios como él habían erigido con tanta paciencia y lentitud. Moti y los radicales eran sus enemigos y los de la India en mayor medida aún que los ingleses. Estos se habían contentado con considerar a la India como un magnífico campo de inversiones, el más rico que hubiese conocido jamás el mundo, pero dejando intactos el espíritu y el alma de la India, sin preocuparse de esto. Pero Moti y los exaltados se proponían destruir el alma de la India del mismo modo que el coronel había destruido las ruinas de la ciudad de Ranchipur.

La maharaní, observando atentamente al anciano, adivinaba sus pensamientos. Hacía años que había llegado al fondo de sus astutos planes y de sus éxitos, e incluso, en ocasiones, le había ayudado; pero jamás ninguno de ellos había dado a entender, ni por el más leve signo, que conocía lo que bullía en el cerebro del otro. «Es muy viejo —pensaba la maharaní—. Tal vez tenga noventa años. Lo cual, para un indio, es ser más viejo que Brahma. No puede vivir mucho tiempo más. Este regreso suyo, en medio del calor, para combatir con Raschid, con Moti y conmigo, le matará. Y es lástima. Ha sido un buen luchador, pero está ciego».

Ahora lo comprendía claramente. Lo comprendió desde el momento mismo en que había hablado con Moti. En última instancia, el poder absoluto era de ella.

Incluso podía prescindir de sus servicios si se ponía demasiado molesto. Al fin era lo que había deseado ser toda su vida: una reina *márata* todopoderosa. «Pero morirá — pensó la anciana—. No tendré necesidad de prescindir de él». El calor y la impresión de ver destruida la ciudad le evitaría esa molestia a ella. No ignoraba tampoco que, en definitiva, Moti y sus exaltados se proponían destruirla a ella y al resto de los príncipes, desde el poderoso Nizam y el opulento Baroda hasta los más insignificantes principillos. Pero, antes que eso ocurriese, ella podría realizar muchas cosas que a los exaltados les sería difícil llevar a cabo, aun después de conquistar el poder; porque ella tenía un poder absoluto dentro de las fronteras de Ranchipur, un poder que ellos no tendrían jamás. Y, de pronto, recordó el nombre con que, según el mayor, la había bautizado Ransome: «La última reina».

El anciano *dewan* no exteriorizó ninguna protesta contra lo hecho por Moti. Salvo en aquel breve instante en que su cuerpo se había estremecido y sus negros ojos se habían contraído, no había dado la menor muestra de desaprobación con respecto a lo que se había hecho ni siquiera con relación al fantástico plan para edificar una nueva ciudad. No era luchando abiertamente como él alcanzaba sus propósitos. Laboraría en silencio, con una suavidad de seda, obstaculizando todos los proyectos, todos los cambios, todos los programas, hasta aniquilarlos, como tantas cosas eran aniquiladas en la India a través del cansancio y de la inercia.

Se marchó para hurgar en las cenizas de su propia casa, diciendo que volvería cuando refrescase, a última hora de la tarde. La maharaní ordenó que montasen una tienda de campaña para él próxima a la suya, con el fin de estar perfectamente informada por sus espías de las idas y venidas del *dewan*, de lo que decía y acaso hasta de lo que pensaba. Sabía igualmente que, pese a cuantas precauciones pudiera adoptar, el *dewan* estaría informado de cuando veía ella a Moti y a Raschid Alí Khan y de lo que hablaban. Pero le necesitaba para una cosa: para vender las joyas. Ninguna otra persona en el mundo entero sería capaz de obtener tan buen precio por ellas en los mercados de Occidente. Allí las comprarían las *cocottes*<sup>[75]</sup> y las opulentas y vulgares esposas de los arribistas y especuladores que se enriquecían con la decadencia de la civilización occidental. Las joyas volverían a los establecimientos de la plaza Vendôme, de Bond Street y de la Quinta Avenida. Pero la maharaní era ya una anciana y su pasión por las joyas había muerto. Ni siquiera le importaba lo que fuese de ellas. Lo que verdaderamente importaba era que hubiese millones de rupias para reconstruir Ranchipur, para edificar una nueva ciudad, que fuese, junto con las aldeas y los distritos rurales, una especie de laboratorio modelo para el resto de la India y de todo el Oriente.

Para dar cima a semejante obra, necesitaba hombres jóvenes, fuertes e inteligentes, como Raschid, el mayor Safka y el coronel Moti. Y no olvidaba lo que Homer Smiley había hecho y lo que todavía podía hacer, ni tampoco que en aquellos

proyectos había un puesto para Ransome. Cuando el *dewan* se marchó, la maharaní hizo llamar a estos últimos, haciendo caso omiso de las advertencias del mayor en el sentido de que Ransome no debía acudir directamente a su presencia desde la Escuela de Música, convertida en infecto lazareto. Cuando los dos hombres llegaron, la soberana propuso que el señor Smiley dejase la Misión y aceptase el puesto de ministro de Asistencia Pública, y que Ransome colaborase con él. Era aquel un puesto que no había existido nunca y cuya creación había sugerido el coronel Moti, considerándolo muy necesario e importante. El coronel conocía las virtudes y la labor realizada por Smiley y había propuesto su nombre como el de la persona más idónea de Ranchipur y acaso de toda la India para el cumplimiento de aquella tarea. La maharaní debía encontrar también un nuevo dirigente que ocupase el lugar del pobre señor Jobnekar, aunque eso no era difícil ahora, al menos no lo era tanto como años atrás, cuando los *intocables* y otros miembros de castas inferiores vivían confinados en sus propios barrios, al mismo nivel que los animales. Eran inteligentes y aprovechaban rápidamente las ventajas de la educación. Y también tenía que encontrar una mujer que reemplazase a la pobre señorita Dirks en la labor de educar a las mujeres; pero esto era más fácil que veinticinco años antes, infinitamente más fácil. Existían indias educadas, capaces y enérgicas, mujeres como la señora Naidu, amiga del exaltado coronel Moti.

Cuando estuvo nuevamente a solas, la anciana hizo llamar a Gopal Rao y le comunicó que en adelante sería su secretario y trabajaría a su lado. El muchacho poseía cualidades sumamente gratas a la soberana: era apuesto, bien parecido, joven e inteligente, y poseía la misma tenacidad y el mismo humor que bullía en la sangre *márata* de la maharaní. Copal Rao tenía que buscar inmediatamente, en el mismo día, alguien que pudiera ocupar su puesto, de modo que fuese en seguida a trabajar a su lado. Una vez que le hubo despedido, la soberana se dirigió a su aposento, sintiéndose nuevamente joven y fuerte como una tigresa. El anciano *dewan* no la preocupaba ya. Rodeada por su falange de hombres jóvenes, le derrotaría en toda la línea. Detrás de sí tendría toda aquella fuerza, y, en cuanto a sagacidad y astucia, pensaba la maharaní sonriendo, el *dewan* hallaría en ella una digna rival. Si había de ser «la última reina», lo sería con grandeza, y su nombre perduraría eternamente en la historia de Ranchipur y de la India.

## XVII

Al salir de la tienda de la maharaní, el señor Smiley apretó el paso en dirección a la Misión, cargado con los medicamentos y los víveres que le había entregado uno de los ayudantes del coronel Moti. En el camino, alcanzó a un grupo formado por lady Heston, transportada en una camilla por cuatro *coolíes*, y la señorita Hodge, que caminaba a su lado, sosteniendo un paraguas sobre la enferma para preservarla de la lluvia. Al ser saludadas por Smiley, Edwina abrió los ojos y dijo:

—Ha sido usted muy amable al permitirme venir a la Misión.

El señor Smiley afirmó que no era ninguna molestia para ellos y que estaría allí mucho más a gusto que en el hospital. Edwina cerró nuevamente los ojos y se abandonó al movimiento de la camilla. Le dolían todos los huesos y sus sienes latían violentamente por efecto de la fiebre. Poco a poco fue sumiéndose en una inconsciencia más semejante a la muerte que al sueño.

Mientras el señor Smiley caminaba detrás de la pequeña procesión, su corazón cantaba en su agotado cuerpo. Al fin se veía libre de todas las mezquindades, de las estrecheces económicas, de las solapadas calumnias de la Junta directiva de la Misión y de gentes como la señora Simón. Ahora ya nada importaban las fastidiosas cartas de esta ni sus continuas intrigas. Ahora podría realizar su trabajo ayudado y no obstaculizado en el cumplimiento de su misión. Tendría detrás de sí toda la riqueza de Ranchipur. Era aquel el único don que hubiera pedido nunca al cielo.

Era feliz, además, por otras razones: por la satisfacción que este hecho produciría a su esposa y a tía Phoebe y porque tendría a Ransome de colaborador. Ahora podría ayudar a Ransome como, durante años, había ayudado a aquellos indios de casta inferior. Cuando ambos escuchaban sentados las proposiciones de la maharaní, creyó que Ransome rehusaría aceptar aquella tarea, como siempre lo había rehusado todo. Pero había aceptado inmediatamente, con una decisión que sorprendió grandemente al señor Smiley.

Y cuando salieron juntos de la tienda regia y enderezaron sus pasos hacia la Escuela de Música, Ransome le había dicho:

—Espero que no le haya contrariado mi aceptación.

—¿Por qué había de contrariarme, mi querido amigo?

—Porque nunca he hecho nada para merecer su confianza. Probablemente habrá una docena de personas con las cuales preferiría trabajar usted.

—No. No creo que exista nadie más indicado. Después de esto, habían caminado largo rato en silencio, y, al llegar al gran depósito, en donde tenían que separarse para seguir cada uno su camino, Ransome había dicho de repente:

—Fern Simón va a quedarse en Ranchipur. Quiere hacerse enfermera. Creo que abriga el propósito de trabajar en los distritos.

—Me alegro —había respondido el señor Smiley—. Es una excelente muchacha.

—Quisiera hablarle de algunas cosas ahora para no volver a mencionarlas nunca más.

Se detuvieron en lo alto de la amplia escalinata, cuyos bajos peldaños descendían hasta la superficie del agua. Por un instante, la mirada de Ransome se desvió y fue a posarse en una mujer que lavaba ropa sucia en una piedra allá abajo. El señor Smiley comprendió que estaba realizando un gran esfuerzo, porque le vio tragar saliva dos veces antes de empezar a hablar. Al fin, dijo:

—Creo que ahora es cuando he llegado a comprender lo que persiguen usted, el mayor Safka, Raschid y la señorita MacDaid. Hasta ahora no lo he comprendido...; por lo menos, no del todo. Y deseo contribuir con mi ayuda.

—Perfectamente —respondió el señor Smiley, un tanto contagiado por la turbación de Ransome—. Eso es magnífico.

—También quiero decirle otra cosa.

—Dígame, dígame.

—Fern y yo deseamos casarnos.

—Muy bien. He de confesar que es una verdadera sorpresa para mí. Aunque una sorpresa magnífica. Me alegro mucho. Mi enhorabuena. ¡Caramba, qué sorpresa se van a llevar mi esposa y tía Phoebe!

Ransome no le dijo que, en su opinión, la noticia no sería una sorpresa para tía Phoebe. Se limitó a manifestar:

—Aunque no estoy seguro de que sea esto lo más acertado. Deseaba hablar con alguien acerca de ello y he creído que era usted la persona más indicada. No soy ya un hombre joven. Tengo bastantes más años que Fern.

—Si ustedes se quieren, eso no tiene importancia.

—Yo sé lo que deseo, pero me parece que todas las ventajas están de mi parte.

—Fern es una muchacha excelente y tiene todas las cualidades para ser una magnífica esposa.

—Hay otra cosa que también quiero decirle... En realidad se trata de una verdadera confesión.

—Dígame.

—Fern y yo hemos hecho vida en común.

El señor Smiley le miró lleno de asombro. No era que estuviese escandalizado, sino sorprendido de su propia inocencia y falta de experiencia ante un hombre como Ransome, tan experto en cuestión de mujeres. Luego, su expresión de sorpresa trocóse en perplejidad. Su rostro flaco y vulgar enrojeció al decir débilmente:

—No sabía que... —tosió para ocultar su turbación, y añadió en son de disculpa—: Pero claro está que no podía saberlo. ¿Cómo había de saberlo?

Por un instante experimentó la extraña sensación de haber sido él quien había



pecado, por no conceder nada más excitante que el amor tranquilo y casero de Bertha Smiley. Detrás de sus gafas apareció una mirada seria y pensativa.

—No trataré de disculparme —continuó diciendo Ransome—. Creo que Fern lo deseaba tanto como yo, Y sucedió de una manera muy singular..., casi podría decirse que de una manera inevitable. No creo que ninguno de los dos hubiera podido evitarlo.

—No se me ocurrirá erigirme en juez de sus actos —replicó el señor Smiley—. Mi experiencia es muy escasa en tales asuntos. Pero, si ustedes se casan, todo queda arreglado y no hay perjuicio para nadie.

—A veces, en tales circunstancias, el matrimonio es un error aún mayor que el pecado original.

Una sonrisa iluminó el arrugado semblante del misionero. Ransome empezaba a mostrarse muy complejo otra vez, viendo demasiados aspectos en la cuestión.

—No creo que la cosa sea tan complicada —afirmó. Hay mucha prudencia en dejar que las cosas sigan su curso natural.

El señor Smiley experimentaba en aquellos momentos una emoción semejante a la que experimentaría una tía ya anciana al enterarse, llena de satisfacción, del mutuo amor de una pareja joven y grata a su corazón. Apreciaba a Ransome y le agradaba Fern, y deseaba ayudar a la muchacha a olvidar todas las desdichas que había conocido. Le atraía la idea de conservar a los dos cerca de él, y, si se casaban, irían a vivir a la gran casa amarilla de Ransome, y los sábados irían a comer a la suya, con Raschid, el mayor Safka, la señorita MacDaid y los demás amigos. Estaba convencido de que aquel matrimonio haría la vida en Ranchipur mucho más agradable.

—¿Puede usted casarnos? —preguntó Ransome.

—Naturalmente. La boda podría celebrarse en la Misión.

—Tal vez sea mejor que nos casemos cuanto antes. Iba a añadir: «Porque no hemos tomado ninguna precaución»; pero se contuvo al pensar que ello sobrepasaría la capacidad de comprensión del señor Smiley.

—Sí, quizá sea mejor.

—Dentro de uno o dos días dejaremos la Escuela de Música. Ya no necesitarán los servicios de unos aficionados como nosotros. Entonces podríamos casarnos.

—Cuando ustedes quieran —dijo el señor Smiley, quien, estrechando la mano de Ransome, añadió efusivamente—: Me alegro mucho. Es una noticia excelente — luego, sonriendo, agregó—: Solo me queda darle un consejo.

—Usted dirá.

—No permita que se le meta en casa la señora Simón. Ransome se echó a reír y respondió:

—No hay peligro de eso.

—¿Puedo comunicarles la noticia a mi esposa y a tía Phoebe?

—Desde luego. Deben saberlo, ya que, en cierto modo, han seguido el curso del asunto —y tras un instante de silencio, añadió—: Pero no quiero que crea usted que ello sucedió la noche en que llevé a Fern a la Misión. No le engañé entonces. Ocurrió después, durante la inundación..., la noche en que me extravié con el bote. Ocurrió en casa de Bannerjee.

—Comprendo —dijo el señor Smiley, en cuya voz volvió a vibrar una nota de profunda seriedad.

—Ahora debo irme —anunció Ransome—. Todavía andamos escasos de personal. Mañana el tren traerá más gente para echar una mano..., gente profesional.

El señor Smiley le dio una tímida y cordial palmadita en la espalda y emprendió el camino de la Misión. Dirigiéndose hacia la Escuela de Música, Ransome pensaba: «Es extraño: aunque siempre he considerado a Smiley como un amigo, en realidad no le he conocido hasta ahora». Parecía como si antes, pese a la evidente amistad que los unía, pese a lo estrecho de sus relaciones, pese a las agradables comidas de los sábados, hubiera existido un muro invisible entre ellos que los separaba. Ahora era distinto. Y era distinto tanto en el caso de Smiley como en el de Raschid y en el del mayor Safka y, sobre todo, en el de Fern. Un demonio había salido de su corazón. Y algo que tal vez fuera una profunda sencillez, nacida de la muerte, la suciedad y la miseria en que últimamente había vivido, había venido a ocupar el lugar de aquel demonio. El mundo circundante y hasta los familiares *pipales*, el gran depósito, el calor y la lluvia, eran diferentes y enteramente nuevos a sus ojos. Su cuerpo estaba exhausto y clamaba por un trago de licor, pero en su espíritu no existía ahora el deseo de crear a fuerza de coñac un mundo falso que le pareciese mejor que el real. El mundo circundante, a despecho de ser un mundo trágico, le parecía ahora excelente. Nunca lo había visto así —brillante y lleno de aventuras— desde los tiempos en que, siendo niño, iba a Ohio a visitar a su abuela. Cuando avanzaba a lo largo del muro del depósito vio venir hacia él a la señorita Murgatroyd, y estuvo tentado de volverse hacia el hospital para elidirla, pero la mestiza le había visto y, por consiguiente, era demasiado tarde para hacerlo, pues la señorita Murgatroyd no estaba lo bastante civilizada para facilitar el engaño. Avanzó hacia él con su antigua e histérica vehemencia, tendiéndole la mano.

—¡Cuánto me alegro de verle, señor Ransome, después de todas nuestras aventuras! Ya sé que ha estado usted realizando una heroica labor en el hospital.

—Bueno, he trabajado un poco, eso es todo —dijo Ransome, haciendo un poderoso esfuerzo.

Aquella mujer tenía la virtud de convertir los auténticos horrores del hospital y de la Escuela de Música en algo fantástico y falso. Dominándose, preguntó:

—¿Y dónde ha estado usted en este tiempo?

—Con la pobre señora Bannerjee —y en seguida añadió—: ¿Se ha enterado usted de lo del señor Bannerjee?

—Sí, me han dicho que ha muerto.

—No duró más que unas horas.

—¿Y la señora Bannerjee?

—Está bien. Se marcha a vivir a Calcuta.

—¿Y las cenizas del anciano?

Por un instante, la señorita Murgatroyd titubeó. Luego, emitiendo una risita, dijo:

—La señora Bannerjee las arrojó al río Ranchipur al anochecer. Dijo que sus aguas eran bastante sagradas para el viejo farsante. Dice que ya no tendrá que aburrirse más en un lugar tan fastidioso como Ranchipur. Que Calcuta es mucho más alegre y excitante.

Así, pues, aquello era todo. En el interior de la señora Bannerjee no había existido nunca nada espléndido ni glacial. Todo lo que le pasaba era que se aburría. No había habido profundidades misteriosas, sino el vacío abismo del aburrimiento. Aquel hechizo, aquella atracción, que él había creído percibir, era producto y creación de su propio tedio, de su inquietud, de su deseo por convertir el mundo circundante, en un desesperado esfuerzo, en un lugar interesante.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

La señorita Murgatroyd respondió suspirando:

—Supongo que quedarme aquí, a seguir trabajando. Pero ahora será muy aburrido sin las fiestas en casa de los Bannerjee. No habrá vida en ninguna parte.

Volvió a emitir una risita histérica, pero en su voz vibraba una nota dolorosa. Ransome pensó: «¡Pobre criatura! Realmente no le queda nada, ni siquiera las torturas de que le hacía objeto la señora Bannerjee». Ella lo sabía y se reía bobamente para no llorar. Estaba tratando de poner en ridículo a los Bannerjee porque deseaba divertir y agradar a Ransome. Era el perrillo apaleado que vuelve a menear el rabo.

—Bueno, tengo que volver a mis obligaciones —dijo Ransome—. Cuando se arreglen todas las cosas, ya veremos la manera de organizar algunas reuniones. Quizá podamos crear incluso un club para jugar al volante.

El rostro barroso y granujiento de la señorita Murgatroyd enrojeció de placer.

—Eso sería maravilloso —exclamó, y luego, amenazándole, retrechera, con el dedo, agregó—: No dejaré que lo eche usted en olvido.

—Me parece muy bien —respondió Ransome, pensando al mismo tiempo: «Estoy seguro de que no me dejarás en paz».

En el momento en que se volvía para marcharse, ella preguntó:

—¿Cómo está lady Heston?

—Se encuentra enferma.

—Sí, eso me han dicho. Dele recuerdos de mi parte cuando la vea. Se ha portado

maravillosamente durante la catástrofe —y, como tributo a aquel mítico progenitor, el magistrado de Madras, añadió—: Siempre se puede contar con los ingleses en momentos de crisis.

Dicho lo cual se marchó, mientras Ransome se dirigía a la Escuela de Música, experimentando la antigua sensación de náusea en la boca del estómago.

## XVIII

Una vez en la Misión, el señor Smiley hubo de guardarse sus noticias hasta que tía Phoebe concluyera de instalar a lady Heston en su propia habitación, en un lecho colocado cerca de la ventana, en donde la enferma disfrutaría de un poco de aire fresco y desde donde, en los ratos en que se hallase despierta, pudiera contemplar el jardín colgante de tía Phoebe, sus petunias y sus orquídeas. Cuando la anciana, ayudada por la señorita Hodge, terminó de bañar a Edwina en el *chattee* con agua fresca, la enferma, mirando a través de la ventana, dijo:

—Se está mucho mejor aquí. Ya no experimento la sensación de ahogo que me abrumaba en el hospital.

Y en seguida se quedó dormida.

Tan pronto como tía Phoebe regresó a la cocina, dejando a la señorita Hodge al cuidado de la enferma, el señor Smiley, incapaz de contenerse más tiempo, estalló:

—Bueno, tengo algunas noticias que darle.

—¿Buenas o malas? —preguntó ella, dubitativa.

—Desde ahora tengo el tratamiento de excelencia, pues soy ministro. ¡Su excelencia Homer Smiley!

La anciana le miró como el misionero la estuviese haciendo objeto de una broma pesada.

—En nombre del Cielo, ¿qué estás diciendo? Tú siempre has sido ministro desde que te conozco.

—Pero no esa clase de ministro. Ahora ya ni siquiera seré misionero.

—Si no eres un misionero, ¿qué eres entonces? Estás hablando como la señora Simón.

—Soy ministro de Asistencia Pública. La maharaní acaba de comunicármelo así.

Y, a renglón seguido, el señor Smiley explicó todo lo que aquello significaba, mientras tía Phoebe, impresionada, se sentaba en una silla y le prestaba una atención y le miraba con un respeto como nunca había mirado a un hombre al que siempre había tratado como si fuese uno de sus hijos.

—Y no es eso todo —continuó el señor Smiley—. Ransome ha sido nombrado ministro adjunto —dejó pasar unos momentos para que la anciana asimilase la noticia, y luego añadió—: Y aún hay más. Ransome y Fern van a contraer matrimonio.

Esta última noticia pareció impresionar a la anciana más que las anteriores.

—Me alegro mucho de eso —comentó—. Ahora ya está todo arreglado, pero he estado preocupada.

—¿Qué es lo que está arreglado?

—Nada —respondió tía Phoebe con aire de triunfo—. Es un secreto que

solamente conozco yo.

Heroicamente, el señor Smiley guardó silencio. «Dejémosla que disfrute —pensó—. Dejémosla creer que es la única que lo sabe».

—Lo mejor que puedes hacer ahora es correr al Orfanato para comunicarle esas noticias a Bertha —emitiendo una regocijada risita, agregó—: Esa maldita Junta de la Misión no podrá fastidiarte ya más.

—Ahora dispondré de todo el dinero que necesite para escuelas, bibliotecas y laboratorios. Entre Ransome y yo podemos hacer milagros.

—Ahora será otra cosa también con respecto a Ransome. Lo que necesitaba era una buena esposa y hacer vida de hogar. Era el hombre más solitario que he conocido en mi vida. Y a Fern también le vendrá bien. Me figuro que en la cabeza de los dos ha entrado ya un poco de sentido común. Apostaría a que ni siquiera volverá a beber. ¿Cuándo se casan?

—Quizá mañana o pasado.

Mientras el misionero recogía una carga de provisiones, la anciana permaneció callada, y cuando aquel se marchaba ya, tía Phoebe comentó:

—¡Hay que ver la de cosas que han sucedido en pocos días!

Y, tras estas lacónicas palabras, se entregó tranquilamente a la tarea de preparar la cena y el caldo que el mayor Safka había prescrito para lady Heston. Mientras trajinaba, se decía: «Es terrible lo que le ha sucedido a esa pobre mujer en pocos días. La señorita MacDaid debe de haberla agotado a fuerza de trabajo». Porque parecíale que lady Heston era una persona distinta de la que se había ocultado en la zanja del camino, mientras pasaban los *bhils* que iban a saquear el *bungalow* de la señora Hogget-Clapton, distinta también de la mujer que había permanecido desnuda sin ningún rubor junto al *chattee*, echándose encima agua fría. Ahora estaba delgada como un raíl y parecía hallarse totalmente desanimada. Tía Phoebe atizó el fuego en el fogón indio, pensando: «Mañana traerá el tren harina blanca y podremos comer un pan decente».

## XIX

Transcurrieron otros dos días. Fern y Ransome no tuvieron ya nada que hacer en la Escuela de Música. Su labor había terminado con la llegada de más médicos y enfermeras, y fueron enviados al hospital: Fern, para ayudar a la señorita MacDaid en la organización de los medicamentos y provisiones, y Ransome, para auxiliar en lo que fuese necesario. Cuando la señorita MacDaid vio a la muchacha, dijo inmediatamente.

—Lo primero que tiene que hacer es irse a la cama a dormir hasta que se canse. Entonces será útil para algo. En el estado en que se encuentra, no sirve para nada.

En el momento en que salió de la Escuela de Música, todo el cansancio que se había ido acumulando en su organismo en el curso de aquellos terribles días, la envolvió como una densa bruma. Ahora que aquello había terminado, la fatiga cerraba irresistiblemente sus párpados y pesaba insoportablemente sobre su dolorida espalda. Estaba tan cansada, que, caminando al lado de Ransome a lo largo del depósito, en dirección al hospital, no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Pero, detrás de aquel denso velo de agotamiento, palpaba un vago sentimiento de felicidad, porque había cumplido su misión sin dejarse vencer. Y cuando la señorita MacDaid, con su brusquedad característica, le dijo: «Ha realizado usted una buena labor para una muchacha que nada sabía de estas cosas», Fern se echó a llorar, sollozando inconteniblemente, hasta que la escocesa le aplicó una inyección para calmarla y hacerla dormir. La veterana sabía lo que era una fatiga semejante, y no ignoraba que era aún peor en el caso de personas jóvenes. Ahora, a los cincuenta años de edad, ella misma la soportaba mucho mejor que la había soportado muchos años atrás, durante la epidemia que se había llevado a la pobre señorita Eldridge.

En cuanto a Ransome, se dejó caer pesadamente en una silla, en el despacho del mayor, con las largas piernas completamente extendidas y apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Permaneció así unos momentos, con los ojos cerrados. Luego oyó la voz del mayor, que decía:

—Parece usted enteramente agotado.

—No lo estoy, pero me vendría bien dormir un poco.

—Iba a ir a verle. Se trata de lady Heston. Desea que vaya usted a la Misión. No se lo he dicho antes porque consideraba demasiado peligroso que fuese usted a verla directamente desde la Escuela de Música. Si se encuentra con fuerzas para ello, me gustaría que me acompañase a la Misión tan pronto como se haya dado un buen baño.

La voz del mayor sonaba de una manera extraña, y, por un instante, Ransome pensó: «Me suena así en virtud de mi propio cansancio». Se sentó en la silla en que yacía desplomado y miró a su amigo por primera vez desde que este había entrado en el despacho. Inmediatamente comprendió que el extraño timbre de su voz no era

ilusión de sus sentidos fatigados. La voz del mayor denotaba un auténtico cansancio y hablaba con una especie de dulzura insólita en él. Y en sus ojos había una expresión de dolor y de derrota. No era solo que estuviese muy delgado y pareciese extenuado. Era como si una luz, aquella luz que parecía brillar eternamente en su interior, dando fuerzas a cuantos le rodeaban, se hubiese amortiguado o extinguido. Hasta ahora, siempre había parecido radiante, confiado y seguro, como si los dioses le hubiesen puesto aparte, como un ser que se hallase más allá de la fragilidad y la desdicha humanas.

Pero Ransome estaba obsesionado por la visión de su propio lecho, aquel viejo lecho, amplio y confortable, que sin duda alguna Juan Bautista tendría perfectamente preparado para recibirle, un lecho en el cual podría hundirse muellemente, sumiéndose en el olvido y en la paz por primera vez desde hacía días, en cierto sentido, por primera vez en toda su vida. Además, no le seducía la idea de ver a Edwina. Tenía cierto temor a sus burlas, a su dureza y a su sentido de la realidad. Por eso preguntó:

—¿Es absolutamente necesario que vaya?

El mayor contempló unos momentos los papeles que tenía ante sí y luego respondió:

—Sí, creo que sí. Podemos ir a la Misión en bicicleta por el camino más corto. El puente del Hipódromo ya está reparado.

—De acuerdo —accedió Ransome con acento de enorme cansancio, y en seguida preguntó—: ¿Cómo se encuentra Edwina?

—No muy bien.

—¿Qué quiere decir eso?

El mayor respondió en voz baja, como si hablase consigo mismo:

—Exactamente lo que he dicho.

Vagamente, Ransome pensó: «No puede ser cierto. Edwina no puede estar muriéndose. Edwina no, de ninguna manera». Mirando atentamente al mayor, comprendió de pronto toda la historia, toda la compleja historia de lo que había ocurrido.

Al final había sucedido aquello que tanto temía... Había sucedido a despecho de todo. Ahora comprendía aquella expresión dolorida en los ojos de color azul grisáceo de su amigo, el dolor de un hombre que había salvado tantas vidas y que era impotente para salvar esta, la más importante de todas. Al final había caído como cualquier otro hombre. Los dioses no le habían concedido un privilegio especial. Solo se habían mostrado maliciosos, reservándole para caer víctima de Edwina... ¡Precisamente de Edwina, entre todas las mujeres!

Sintióse invadido por una repentina oleada de asombro y de ternura, y para darle a entender al mayor que comprendía lo que pasaba en su corazón, se levantó de la silla



y, cruzando la estancia, fue a ponerle una mano en el hombro al tiempo que decía:

—Es una mujer extraordinaria. No morirá. No puede morir. Es indestructible. No morirá, porque no desea morir.

Sin mirarle, el mayor replicó:

—Me temo todo lo contrario. Ese es el problema. No está luchando, no está ofreciendo ninguna resistencia.

¿Qué le había ocurrido, pues, a Edwina? ¿Qué era lo que había hecho cambiar tan radicalmente a aquella Edwina, toda obstinación y perversidad, que él conocía desde hacía tanto tiempo? Edwina, la Edwina que él conocía, habría luchado con uñas y dientes para burlar a la muerte, aunque solo fuese por pura perversidad.

El mayor se levantó y dijo:

—Lo mejor será que nos marchemos ya. Dése una ducha y lávese las manos con alcohol. Yo cogeré la bicicleta de la señorita MacDaid, y usted puede utilizar la del portero.

Pedalearon en silencio durante todo el trayecto hasta llegar a la Misión, después de dejar atrás la regordeta estatua de la reina Victoria, incólume a través de todas las catástrofes; el anegado parque zoológico; la casa de los Bannerjee, solo habitada ahora por la negra y flaca figura del hombre a quien Ransome había rescatado de la galería exterior; la casa de Ransome, y la de Raschid Alí Khan, en donde cuatro de sus siete hijos jugaban debajo del enorme baniano.

Tía Phoebe salió a su encuentro, diciendo:

—Está despierta. He intentado hacerla dormir, pero ha dicho que no lo haría hasta que viniesen ustedes. Parece más despejada.

—¿Y la temperatura? —preguntó el mayor.

—La misma. No ha bajado.

—No podrá seguir así mucho tiempo —afirmó el médico, y luego, volviéndose a Ransome, dijo—: Pase usted a verla primero. Le está esperando.

## XX

Edwina estaba sentada en la cama de tía Phoebe, con la caja de metal salvada por Bates sobre las rodillas. Estaba muy delgada, y el único color que se veía en su rostro era el que la fiebre ponía en cada una de sus mejillas. Vestía uno de los camisones de dormir de la señora Smiley, de algodón barato. A lo largo de la raya que dividía sus cabellos veíase una línea más oscura que el resto. Con aquel calor, la melena colgaba lacia y sin vida, pegada al rostro. Su aspecto impresionó vivamente a Ransome, que pensó: «Tengo que ocultarle la impresión que me produce». Y así, con una animación falsa y bobalicona, dijo:

—Bueno, bueno; de modo que te has metido en un lío, ¿no?

Al oír su voz, la señorita Hodge se levantó de un salto de la silla en que se hallaba sentada y se adelantó a recibirle, diciendo:

—Me alegro mucho de que haya venido, señor Ransome. Le estamos esperando desde hace días. Siéntese usted, siéntese en mi silla, aquí en la cabecera.

—Recuerde, señorita Hodge —indicó Edwina—, que, cuando llegase el señor Ransome, usted iría a ayudar a tía Phoebe.

—¡Justo! ¡Justo! —convino vivamente la maestra—. Desde hace poco tiempo, se me olvidan todas las cosas. Nuestra enfermedad está mucho mejor hoy, señor Ransome. Se hallará totalmente restablecida para cuando regrese la señorita Dirks.

Por fin salió de la habitación como una gallina asustada, cerrando la puerta tras sí. Ransome cruzó la estancia y se sentó junto al lecho. Extendiendo la mano, cogió una de las de Edwina y dijo:

—Tenía muchos deseos de verte, desde hace días.

—Pareces muy cansado. Ha sido muy duro lo de la Escuela de Música, ¿verdad?

—Sí, muy duro.

—¿Cómo van las cosas con Fern?

—Muy bien. Vamos a casarnos.

—Me lo ha dicho tía Phoebe..., advirtiéndome que se trataba de un secreto —exhaló un suspiro y añadió—: Eres un cerdo con suerte.

—Sí. Creo que tienes razón. Pero ha tardado mucho en cambiar mi suerte.

—¡Mira que enamorarse de ti, a tus años, una muchacha tan linda!

Ransome pensó: «Le divertiría conocer toda la historia. Tal vez se animase un poco». Y, sonriendo, dijo:

—Ha sido un cortejo fantástico. Ahora ya te lo puedo contar. Y tú has tenido parte en ello. Sin saberlo, salvaste a Fern de mis garras.

En los cansados ojos de la enferma apareció una expresión de interés.

—¿Cómo fue eso? —preguntó.

Y Ransome le relató cómo, al regresar a su casa después de aquella primera noche

en Palacio y de la apresurada e insípida aventura de ambos en la habitación a lo Elinor Glyn, con la piel de pantera en el suelo, había encontrado a Fern esperándole, dispuesta a pasar la noche con él. Refirió cómo había sido tentado y cómo, debido a su saciedad y a su disgusto, había resistido con poco esfuerzo y había terminado por persuadir a Fern para que fuese a pasar la noche en casa de los Smiley. Edwina le escuchaba con el ceño fruncido, y en una ocasión, como si estuviese pensando en voz alta y no le escuchase, exclamó:

—¡Qué par de insensatos hemos sido!

Cuando Ransome concluyó su relato, ella le preguntó:

—Algo ocurrió la noche en que estuviste solo con ella en casa de Bannerjee. ¿Qué fue?

Y Ransome le refirió también aquella parte de la historia, con cierta timidez, pero creyendo que ahora le comprendería y vería lo sucedido del mismo modo que lo había visto él entonces.

—Las cosas más inverosímiles pueden suceder en este país. Nunca creí que aquello pudiera ocurrirle jamás a un demonio como yo.

La historia no pareció animar a Edwina. En verdad, parecía a Ransome que apenas le había escuchado. Y recordaba que algunas noches antes del terremoto había pensado, en medio de los vapores del alcohol, que Edwina se reiría mucho al saber que, por su propio y perverso abandono, había preservado la virginidad de una mujer a quien no había visto en su vida. Y ahora comprobaba que no producía semejante efecto, ni mucho menos. No resultaba divertido. Esta Edwina que estaba sentada en este lecho, ante él, no lo encontraba divertido. Se había convertido en algo distinto, como si el plomo se hubiese transmutado en oro, en virtud de que algo les había sucedido a ambos. Debía de ser porque se habían hecho más humanos, pensó Ransome, quien ahora veía claramente, en todo cuanto alcanzaba su memoria, que en los dos había existido siempre una cualidad deshumanizada.

De pronto, apartando la mirada de él, Edwina dijo:

—Yo también tengo algo que contarte. Es una especie de confesión. No te preocupes si no te miro mientras te lo cuento. Es algo que me hace sentirme como una perfecta idiota.

Adivinando lo que se avecinaba, Ransome dijo:

—No te preocupes, querida; cuéntalo a tu manera.

—¡Es tan estúpido, Tom, llegar a mi edad, habiendo sido toda la vida una ramera y con este aspecto que ahora tengo, y enamorarme por primera vez en mi vida! ¡Me siento tan ridículamente necia!

—Lo sospechaba.

—Es una estupidez abrigar los sentimientos que ahora abrigo. Hay en ello algo de ridículo y de vergonzoso... ¡Que signifique tanto para mí simplemente que venga a

verme y se siente cinco minutos en esa silla! Significa más que todo cuanto me ha sucedido hasta ahora...

Ransome no dijo nada. Se limitó a oprimirle afectuosamente la mano, mientras pensaba: «Es precisamente por tu aspecto..., sin color en tu rostro, envuelta en un camisón de dormir barato y desapareciendo el tinte de tus cabellos; es precisamente por todo eso por lo que él te ama. Eres ahora más bella que lo has sido jamás». Aquella cualidad intrínseca suya, aquella cualidad de inocencia y puerilidad, resplandecía ahora en Edwina con toda evidencia, no oscurecida ya por aquella fachada de falsedad y desilusión que la cubría antes. Su delgadez revelaba la finura de los huesos del rostro, en el cual se ponían ahora de relieve la delicadeza y exquisitez de unos rasgos que denunciaban la decadencia de una raza depurada. Los ojos azules parecían enormes. De nuevo, como aquella noche de la terrible cena en casa del señor Bannerjee, Ransome pensó: «Libre y deslumbrante..., solo que ahora ha dejado de ser libre».

Edwina volvió a hablar, lentamente, casi con esfuerzo, como si estuviese abrumada de fatiga:

—Es un sentimiento que produce las ideas más extrañas..., casi místicas. Experimento la sensación de que todo esto tenía que suceder exactamente como ha sucedido...; la extraña sensación de que todo ello empezó hace mucho tiempo, cuando yo era niña, y había de continuar hasta el final. Yo *tenía* que venir a la India. *Tenía* que quedarme en Ranchipur. Incluso el terremoto formaba parte de ello —mirándole por primera vez desde que había comenzado a hablar, prosiguió—: Pero es un sentimiento sumamente satisfactorio..., una especie de plenitud, como si hubiese vivido mi vida y lo que suceda después carezca de importancia. Es lo que debe de experimentar un pintor cuando ha concluido un cuadro que le satisface plenamente —le oprimió fuertemente la mano y continuó—: Tenía que decírselo a alguien..., y nosotros nos hemos entendido siempre, desde el principio. Siempre nos hemos comprendido; pero ninguno de los dos podía ayudar al otro a salir del hoyo, tenía que hacerlo un tercero.

—Sí, creo que nos hemos comprendido siempre bien, demasiado bien tal vez —se puso en pie, sin soltarle la mano, y dijo—: Me voy ahora. Ya volveré más tarde. Como ya no estoy en la Escuela de Música, puedo ir y venir cuando me plazca.

Rápidamente, como si la asustase la idea de que se marchase, ella dijo:

—No te vayas todavía. No estoy cansada. ¿Qué piensas hacer?

—Me quedaré en Ranchipur, acaso para siempre.

—¿Le gustará a Fern? ¡Es tan joven!

—Ha sido idea suya. Quiere hacerse enfermera.

—¿Está contenta la señorita MacDaid?

—Supongo que sí, aunque es un poco difícil saber cuándo está contenta la

señorita MacDaid y cuándo no.

—La vieja trucha ha hecho cuanto ha podido por apretarme las clavijas —sonrió, y añadió—: Pero no la censuro. Tenía muchísima razón.

Ransome le habló de su nueva ocupación, y Edwina comentó:

—Tienes una suerte loca. La maharaní debe de ser una anciana maravillosa. Es una lástima que no le haya caído en gracia. Nunca me ha dado una oportunidad.

—La impresión que le causaste aquella primera noche no fue exactamente alentadora. Pero dudo que sienta por ti una especial antipatía. No le agrada ninguna mujer, salvo una o dos ancianas que sobrepasan los setenta años. Siempre pregunta por ti.

—Bueno; en realidad, quería hablar contigo de asuntos de negocios, Tom. ¿Quieres abrir esa caja?

Ransome hizo lo que se le pedía, y Edwina extrajo varios papeles y un pequeño estuche, que abrió en seguida. En el inferior del estuche había una sortija de platino con un enorme zafiro engastado en ella.

—Supongo que no tendrás anillo para Fern —dijo—. Dale este. Quiero que sea para vosotros.

—Eres muy amable, querida. Verdaderamente es un regalo regio.

—¿Le gustan a Fern los zafiros?

—No lo sé. Pero no creo que distinga unas piedras de otras.

—Me gustaría que viniese a verme. Me agradecería charlar un ratito con ella.

—Se lo diré. Estoy seguro de que vendrá con gusto.

—Nunca he hecho testamento, ni siquiera disponiendo de mi propia dote. De eso quería hablarte. Ahora que tengo tanto dinero, supongo que debo hacer algo con ello.

—Pero no es preciso que lo hagas ahora. Puedes dejarlo para cuando estés restablecida.

Edwina sonrió.

—No —replicó—. He resuelto cambiar de manera de ser. Siempre he sido muy negligente con respecto a las cosas que me aburrían. No estaría enferma ahora si me hubiese tomado la molestia de inyectarme contra el tifus. Siempre he odiado los detalles y los he dejado al cuidado de los demás.

Se recostó en la almohada, como si el hablar tanto la agotase, y Ransome preguntó:

—¿Qué deseas hacer?

Sin intentar incorporarse de nuevo, Edwina respondió:

—Me gustaría tomar algunas disposiciones con respecto a la parte del dinero, por si me ocurriese algo. Seguramente no podré disponer de todo. Hay tanto, que no sabría dónde colocarlo todo. No sé una palabra acerca del aspecto legal del asunto; pero si escribo dos o tres legados y firmo el papel ante testigos, creo que será válido,

especialmente teniendo en cuenta las circunstancias.

—Yo no soy procurador; pero Raschid es abogado, y probablemente sabrá qué es lo que hay que hacer —le tomó una mano y añadió—: Pero considero que todo esto es una tontería. No hay ninguna prisa.

Edwina hizo caso omiso de esta observación y siguió diciendo:

—¿Quieres ir tomando nota de mis deseos?

—Si.

—No sé lo que ha podido suceder con Elsworth..., el secretario de Albert. No comprendo por qué no he tenido noticias tuyas. Está en Bombay.

—El ha sido quien ha enviado el aeroplano que vino a buscarte. Supongo que estará muy ocupado. Habrá caído sobre él un verdadero alud de cosas tan pronto como la noticia de la muerte de Heston haya llegado a Inglaterra. Su desaparición habrá tenido muchas repercusiones..., periódicos, compañías, accionistas y cosas así.

Edwina permaneció un rato en silencio, mirando a través de la ventana.

—Es curioso —dijo al fin— que Albert tuviera tanta importancia. ¡En realidad, era un hombre tan insignificante!

—Lo mejor será que me digas ahora lo que deseas, y luego, mientras el mayor esté contigo, lo pondré en limpio de la forma más legal que me sea posible. Ya has hablado demasiado.

—En primer lugar, tenemos a la señorita Hodge. Me gustaría asegurarme de que vivirá tranquila y bien atendida durante el resto de sus días. La pobre criatura ha tenido una existencia terrible. Quisiera dejarle veinte o treinta mil libras esterlinas.

Ransome extrajo del bolsillo un trozo de lápiz y un papel en el cual había un estadillo de los medicamentos existentes en la Escuela de Música.

—Veinte mil libras es mucho dinero —dijo—; más del que hace falta para cuidar de ella. Además, la señorita Dirks le ha dejado cuanto poseía. Así me lo dijo ella misma. Y la maharaní va a concederle una pensión.

—No seas pesado, Tom. Es mi dinero y tengo muchísimo.

Juzgando que era preferible no discutir, Ransome escribió en el dorso del papel: «Señorita Hodge: veinte mil».

—Cuando la vida vuelva a discurrir de nuevo por los cauces de la civilización, espero que la pobre mujer tenga una especie de enfermera o de tutor que cuide de ella. Sería horrible que la encerrasen —se quedó unos momentos pensativa, y luego dijo—: ¿Por qué no te encargas tú de ser su tutor? Ella dice que no puede irse a Inglaterra mientras no regrese la señorita Dirks, y de todos modos, no creo que le hiciese ningún bien volver ahora allí, donde, según ella, no tiene más familia que unos primos, a los cuales no les haría mucha gracia echarse encima semejante responsabilidad. Lo cierto es que, si vuelve allí, lo más probable es que la encierren. Aquí, en cambio, nadie se ocupará de eso. Y un día u otro, se enterará de que la

señorita Dirks ha muerto.

—Sí, todo eso se puede arreglar.

—Quiero dejar al hospital una dotación de cien mil libras, para que las empleen como consideren oportuno.

—Bien.

—Y cincuenta mil libras a los Smiley —miró a Ransome y preguntó—: ¿Crees que será bastante?

—Me parece que sí. De todos modos, el dinero no significa mucho para ellos. Puedes estar segura de que no lo gastarán en provecho propio.

—Tengo una tía viejecita y un primo muy joven, que está sirviendo en la Marina y al que no he visto desde hace dos años. Me gustaría dejarles cincuenta mil libras a cada uno. Sus nombres respectivos son: lady Sylvia Wellbank y teniente Arthur Wellbank. Mi tía vive en una casa llamada Parmely Vicarage, cerca de Salisbury. Esa dirección servirá para los dos.

Cerró los ojos, se volvió un poco de espaldas a Ransome y prosiguió:

—Es curioso esto de estar aquí como si fuese la Divina Providencia, cambiando el curso de la existencia de la gente, solo porque hace mucho tiempo, cuando era pobre, cedí y me casé con Albert —exhaló un profundo suspiro y añadió—: Ya he legado una fortuna y todavía no he dispuesto ni de una pequeña fracción de todo lo que hay.

Debe de ser fastidioso poseer tantas riquezas. Hasta ahora no se me había ocurrido pensar en ello. Desde hace mucho tiempo, he tenido cuanto he deseado con solo pedirlo. Me gustaría dejarte a ti cincuenta mil libras o así...; bueno, todo lo que quieras —se echó a reír y dijo—: Fija tú mismo la cantidad, Tom. No son muchos los hombres a quienes se les presenta semejante oportunidad..., y a Albert se le llevarían todos los diablos si hubiera sabido que el dinero por el cual tantos engaños y robos ha cometido para conquistar un elevado puesto en el mundo, iba a parar, a fin de cuentas, a un *gentleman*. Durante toda su vida ansió ser un *gentleman*, pero no se puede hacer una bolsa de seda con la oreja de un cerdo.

—Gracias; pero poseo bastante dinero. Mi abuela se ocupó de ello. De todos modos, como soy yo quien va a extender el testamento, no sería legal mi inclusión en el mismo —de pronto se le ocurrió una idea y agregó—: Pero ya que te empeñas en distribuir pródigamente tus bienes, podrías dejar un legado para el Ministerio de Asistencia Pública de Ranchipur. De esa forma, seríamos Smiley y yo quienes lo utilizaríamos.

—Bien. Anota entonces cien mil libras para eso. Si necesitas más, dímelo.

—No, creo que bastará con eso.

Edwina se incorporó nuevamente en el lecho y dijo:

—No se me ocurre nada más por ahora. Estoy demasiado cansada para pensar y

me duele la cabeza de una manera horrorosa. Que hagan lo que quieran con el resto. Albert tiene un hermano al que nunca me permitió conocer. Vive en una pequeña villa, en los suburbios de Liverpool. Sería divertido ver cómo cambiará su vida un millón de libras caídas del cielo. Supongo que habrá mucha gente dispuesta a luchar por ese dinero.

Ransome se levantó y se metió el papel en el bolsillo.

—Voy a extender el documento —dijo—. Olvídalo todo ahora y procura descansar.

Le quitó la caja metálica de encima de las rodillas, y luego, inclinándose sobre ella, la sostuvo con un brazo mientras con el otro le arreglaba las almohadas. Edwina no parecía tener peso. En el momento en que se tendía de nuevo en el lecho, dijo:

—Esa caja está llena de alhajas. Puedes dársela a Fern.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. ¿Tiene algún heredero tu hermano?

—No.

—Pues entonces, si Fern y tú tenéis hijos, el mayor podría ser conde de Nolham. Con el tiempo, se casaría, y algún día le gustaría lucir a su esposa las magníficas alhajas que le legó una mujer fácil, una inglesa llamada lady Heston, que murió en Ranchipur durante el cataclismo de mil novecientos treinta y seis. Así, siempre tendrá a mano una historia que contar acerca de ellas. Lo cual será una buena ayuda cuando tenga que sostener una conversación en una de esas cenas tan aburridas. ¡Somos tan *snoobs* en Inglaterra! Nos encantan estas historias —suspiró y añadió—: No discutas conmigo. Estoy demasiado cansada. Pon también eso en el testamento..., que las alhajas son para Fern —abrió los ojos, sonrió y, mirándole, agregó—: Supongo que es esto lo que hace uno cuando se arrepiente y piensa en el más allá —su voz se hacía cada vez más débil—. Ceder los bienes de este mundo... —en un susurro concluyó—: De todos modos, es un sentimiento hermoso.

Ransome salió de la habitación, y al entrar en la cocina, el mayor Safka se levantó rápidamente y le miró con expresión de profunda ansiedad, como si él, el médico, esperase que Ransome le tranquilizara.

—Creo que mi visita la ha ayudado bastante. Quiere que extienda una especie de testamento. Le he dicho que lo consideraba una tontería; pero estaba decidido a ello, y me ha parecido conveniente no contrariarla. No la he encontrado tan mal como temía.

Pero Ransome sabía que no se trataba de la enfermedad en sí. Lo peor era aquella apatía que había percibido en ella, aquella extraña seguridad de que todo había terminado, y la predisposición, casi la ansiedad, con que aceptaba el hecho. El mayor había abrigado la esperanza de que la visita de Ransome la ayudase. Ransome comprendía que el mayor le había llevado como si fuese un medicamento milagroso,



capaz de actuar con eficacia allí donde todo lo demás había fallado. Este hombre, su amigo, la amaba; no era posible mirarle y dudarlo. Desde el primer momento, Ransome había temido lo que pudiera ocurrir entre aquellos dos seres y de mala gana había tratado de evitarlo. Y ahora había ocurrido, aunque no exactamente lo que él había temido. En cierto sentido, era aún peor. El había temido que Edwina sedujese y fascinase al mayor, y después, cuando se hubiese casado con él, se hubiese marchado tranquilamente a Inglaterra, a la cínica seguridad de su propio mundo. Pero las cosas no habían sucedido así. Ransome comprendió súbitamente que no había solución ni escapatoria, y se dio cuenta de que Edwina lo sabía mejor que ninguno de ellos. En un clima decente, en un mundo menos salvaje, la fuerza y la vitalidad de su cuerpo sano podrían haberla salvado, aun en contra de su propia voluntad; aquí, en la India, todo se concitaba contra aquella máquina que era su cuerpo.

El mayor sabía todo esto. Estaba escrito en sus ojos de color azul grisáceo, llenos de sufrimiento. Ahora comprendía Ransome claramente por qué el mayor había dicho: «Ese es el problema. No está luchando, no está ofreciendo ninguna resistencia». Por vez primera, veía Ransome la muerte como un hecho real. La abstracta cualidad de la muerte durante la guerra, y ahora durante el terremoto, no había significado nada. La muerte de su desdichada madre, borrosa como una sombra, no había representado un hecho importante en su existencia; ni la de su padre, por quien nunca había sentido simpatía. Ni siquiera la muerte de su abuela había llevado a su ánimo la impresión de realidad, porque, aun cuando siempre la había amado, era ya una anciana, y la muerte en su caso había sido un fenómeno tan natural como el del sueño. Ahora lo comprendía claramente. Edwina estaba muriéndose, y nadie podía ayudarla, nadie podía salvarla. «Es una pérdida lamentable —pensó—. Una pérdida terrible». Sin embargo, comprendía claramente la razón de que Edwina estuviera muriéndose. Un mes antes, él mismo pudiera haberse hallado en el mismo caso.

## XXI

Tía Phoebe dirigióse al aparador y volvió con tinta, pluma y papel de cartas, en el cual se veía un membrete que decía: «Misión Americana. Sección Pedagógica. Estado de Ranchipur». Ransome se sentó y empezó a escribir, tratando desesperadamente de recordar la fraseología legal de los testamentos de su padre y de su abuelo... *Dispongo y lego...* Sonaba de una manera estúpida, pero casi toda la fraseología legal sonaba estúpida, arcaica y confusa.

Al pasar a su lado, tía Phoebe, en voz baja, con exagerada indiferencia, comentó:  
—Nunca lo hubiera creído posible.

Ransome sabía lo que la anciana había querido decir. Le impresionó el hecho de que en el cuerpo enjuto y gastado por el trabajo de la anciana quedase todavía tanta capacidad para el asombro y para los sentimientos románticos, y comprendió de pronto que en aquello radicaba parte de su fuerza, una de las razones por las que tía Phoebe no se había hecho nunca vieja, una de las causas de su eterna juventud. El asombro y la delicia eran cosas que ni Edwina ni él habían conocido nunca. Tal vez solamente disfrutasen de ellas unos pocos elegidos. Acaso fuesen cosas que pudieran aprenderse. Incluso podría estar ahora acercándose a su comprensión.

Tía Phoebe, amasando pan en el extremo de la mesa de cocina, dijo:

—Tengo ochenta y dos años y todavía no he dejado de aprender cosas.

Desde el rincón en donde estaba mondando ñames, la señorita Hodge dijo de repente:

—¡Qué gentil es lady Heston! Es una gran dama.

## XXII

Cuando el mayor cruzó el umbral de la habitación, Edwina abrió los ojos y le sonrió. De manera lacónica y casi rígida, el mayor le hizo unas preguntas. Tenía el mismo aire profesional que la tarde en que había ido al Palacio de verano, cuando ella se había esforzado por convertirle en su amante.

—Estás mucho mejor hoy —dijo él, consciente de que mentía—. Tienes una vitalidad extraordinaria.

—Siempre he sido muy dura de pelar.

—Mañana esperamos recibir una heladora. Será un gran alivio.

—¡Cuánto me gustaría sentir el contacto del hielo! Me gustaría dormir sobre hielo. Me da la impresión de que nunca volveré a sentir todo el frío que desearía.

La rigidez del mayor parecía ir en aumento. Era como si el hombre que había hablado con ella en aquella madrugada, mientras hacía guardia en la sala del hospital, se hubiese retirado, dejando en su lugar a un extraño. Sentado allí, hablando con ella, el mayor Safka estaba ahora luchando contra el creciente terror que le invadía. Ya no era el terror a verla morir, sino un terror infinitamente peor. Era un miedo que ni siquiera vagamente había experimentado jamás hasta ahora, aunque comprendía de lo que se trataba, como si hubiera sido una antigua e intermitente dolencia, y esta comprensión aumentaba su terror. «He de dominarme —se dijo—. Si me abandono, estoy perdido. Me hundiré, lloraré y aullaré como ese asno de Bannerjee. Y yo no soy así. No me dejaré dominar». Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Su poderoso cuerpo empezó a temblar, parecía clamar por algún alivio, que se le permitiese rodar por el suelo, gemir y llorar, golpearse el pecho, y mesarse los cabellos, rodar por el polvo y cubrirse la cabeza de ceniza y de estiércol de vaca.

«Jamás me había sucedido esto —pensaba frenéticamente—. Nunca he sabido que estaba ahí, al acecho...». Sí, aquel sentimiento terrible, traicionero y emotivo estaba allí, en su pecho; aquel sentimiento que tantas veces había destruido a la India, que había engendrado tanta crueldad y tanto masoquismo, tanta derrota y tanta desesperación. Las uñas se hundieron más profundamente en la carne, mientras se decía: «No puedo traicionarlos..., precisamente yo, entre todos los indios. Yo, que he demostrado la inexistencia de semejante sentimiento. No puedo traicionarme a sí mismo. Si me traiciono una vez, estoy perdido. Después, ya no tendrá importancia nada de lo que suceda. Seré como Bannerjee y como todos los que aúllan históricamente». En lo más profundo de su corazón, maldecía su raza y a su casta brahmánica. Maldijo su herencia y aquel clima cruel y horroroso, que convertía a los hombres en seres neuróticos e inestables. Maldijo el alma misma de la India.

Temiéndose a sí mismo, empezó a hablar de nuevo, no con emoción, sino con una voz desentonada, muerta y monótona, que parecía venir no de aquella máquina

traicionera y hostil que era su cuerpo, sino de una gran distancia. A través del mecanismo de aquel cuerpo débil y aterrorizado, el mayor se oyó *a sí mismo* — cualquiera que fuese su propia esencia— decir con voz carente de entonación, como si estuviese proyectando un simple viaje a Bombay o a Delhi:

—Lo peor ya ha pasado. Lo tengo todo perfectamente pensado. Cuando estés restablecida, nos iremos los dos de aquí. Lo tengo todo preparado. Nos iremos más hacia Oriente..., a los estados malayos o a otra parte de la India, en donde nadie nos conozca (solo que no había ninguna parte de la India en donde no fuesen conocidos), y emprenderemos una nueva existencia. Yo seguiré trabajando. Construiremos un mundo nuevo. Sí, será plenamente satisfactorio y no demasiado difícil.

Entonces sintió en la suya el contacto de la mano de Edwina. Y oyó que esta decía:

—Sí, será hermoso. Será maravilloso.

Y el cuerpo traicionero empezó a temblar de nuevo, pugnando por arrojarse al suelo, lanzando por la borda todo sentimiento de honor y denuedo, de dignidad y fuerza, con un frenético ademán de desesperación y derrota.

Oyó que Edwina le preguntaba:

—¿Qué te sucede, querido? ¿Estás enfermo? ¿Por qué tiemblas así?

Sintió que le invadía la vergüenza. Estaba avergonzado de sí mismo, de aquella bien cuidada máquina brahmánica que era su cuerpo. Jamás podría decirle a ella qué era lo que le hacía temblar. Ni siquiera osaría dejar que lo sospechase..., a ella menos que a nadie; a ella, que había pasado por un horno de tormentos, que estaba muriéndose, sin una queja, sin el más leve lamento. En aquellos momentos, el mayor odiaba a la India entera, y con más violencia que a nada, a aquel cuerpo que le estaba traicionando.

De nuevo oyó su voz, extraña, distante e indiferente, que desde una gran distancia decía:

—No es nada. Simple cansancio físico. Pasará en seguida. Todo se arreglará.

Pero aquello no pasaba. Se aferraba a su espíritu como las afiladas garras de una pantera hambrienta a la carne desnuda de su víctima. Aquello brotaba de su propio pasado, del pasado de sus padres, de sus abuelos, de sus remotos antecesores. Era algo que Edwina no podría comprender nunca; ni siquiera lo comprendería Ransome, su amigo; ni Raschid, que no era indio, sino turco-árabe; ni siquiera la anciana maharaní, con su orgullosa y salvaje sangre *márata*. Al lado de él, todos ellos eran recién llegados a la India.

Oyó la lejana voz, que decía:

—No debes hablar más. Te fatigas.

La puerta se abrió, y entró Ransome, cargado con el papel, la pluma y la tinta, y detrás de él venía tía Phoebe, limpiándose la harina de las manos, y de nuevo el

espíritu del mayor clamó contra su cuerpo traicionero: «¡Ahora no! ¡Oh Dios mío! ¡Oh Rama! ¡Oh Visnú! ¡Ahora no! ¡Delante de ellos no! ¡Creen en mí! ¡Delante de ellos no!». Y en las profundidades de su espíritu volvió a oír el terrible y aterrorizado aullar del desaparecido señor Bannerjee.

Oyó luego que Ransome decía:

—Bueno, querida; lo he hecho lo mejor que he podido. Traigo a tía Phoebe para que firme como testigo. El mayor puede ser el otro. Me figuro que a la señorita Hodge no se la reconocería como testigo con fuerza legal.

En la voz de Ransome se percibía una nota de cansancio y de falsedad; pero el timbre de la misma iluminó, como a la luz de un repentino relámpago, el entendimiento del mayor. Su amigo Ransome también sufría, estaba exhausto, se hallaba al borde de la derrota; pero algo que había en su interior le hacía seguir adelante, simulando creer lo que era imposible creyese, luchando, de una u otra forma, hasta el final. La desesperación que corroía a Ransome era menos terrible que este terror y esta desesperación abismales que amenazaban engullirle a él. Y el espectáculo de la indiferente naturalidad de Ransome, como si no estuviese sucediendo nada trágico, como si estuviese pidiendo a Edwina que firmase cualquier papel sin importancia, infundió en el espíritu del mayor una repentina fuerza. Se levantó de la silla y se alejó de ellos, fingiendo mirar a través de la ventana, pero se cubrió el rostro con las manos mientras sus dedos apretaban las sienes hasta que el dolor le procuró cierto alivio.

Todavía estaba temblando cuando Ransome se sentó para dar lectura al testamento. Cuando concluyó, preguntó:

—¿Está bien así?

—Sí —contestó Edwina—. Aunque, de todos modos, no entiendo una palabra de estas cosas.

Ransome sostuvo el testamento mientras ella lo firmaba. Después, entregó la pluma a tía Phoebe y, finalmente, al mayor. La firma de tía Phoebe era irregular, pero firme. La del mayor era insegura y temblorosa, como la de un anciano.

Terminadas aquellas formalidades, Edwina preguntó al mayor:

—¿Cuándo volverás?

—Esta noche..., después de oscurecer.

Todavía no estaba sometido aquel cuerpo traidor, y hablaba con dificultad, con voz ahogada.

—Quisiera hablar a solas con Tom —dijo Edwina—. Es cuestión de un instante.

Volviéndose a Ransome, el mayor dijo:

—Le esperaré fuera. Regresemos juntos.

Porque el mayor percibía que le invadía nuevamente el terror; pero esta vez era miedo a la inmensa y rojiza llanura, a las rugientes aguas del río, a los banianos y las

higueras de Java que bordeaban la carretera, a los templos en ruinas. Todo aquello volvería a arrastrarle al abismo del tiempo, a aquel mundo de pesadilla en el que el señor Bannerjee había pasado toda su aterrorizada existencia. Por el momento, hasta que volviese a ser el que era antes, debía permanecer muy cerca de Ransome. Tenía que desprenderse de aquel histerismo antes de verse otra vez ante los inquisitivos ojos escoceses de la señorita MacDaid, que conocía Oriente y la India mejor que todos ellos. Le miraría, y más tarde, por la noche, le diría despectivamente: «Así es que, al final, también usted se ha convertido en un hindú... ¡Precisamente usted!». Y ahora que había vuelto a reanudar sus ejercicios vespertinos, querría que le devolviese la bicicleta.

Salió de la estancia seguido de tía Phoebe, y cuando Edwina y Ransome se quedaron solos, ella le preguntó, mirándole a los ojos:

—¿Qué le sucede?

—Pues que está fatigado. Tiene motivos para estarlo. Por lo demás, yo no noto en él ninguna diferencia.

—Es algo más que eso.

Ransome se encogió de hombros, fingiendo no comprender.

—¿No crees que pudiera cometer alguna violencia? —inquirió ella.

—No, no es así.

Sin embargo, su corazón y su instinto negaban sus palabras. No lo sabía. Parecíale que el hombre que acababa de salir de la habitación era un hombre al cual no conocía en absoluto.

—¿Le ayudarás todo lo que puedas?

—Naturalmente, con todas mis fuerzas.

Pero no sería fácil. Había percibido que últimamente el mayor se alejaba de él. Y Ransome pensó: «Tal vez el dolor y las emociones saquen a la superficie todas las diferencias. Acaso haya algo indio en él que no pueda aceptar ni comprender lo que de europeo hay en mí». Pero por este camino se llegaba al absurdo..., a la necedad de los místicos y a las coplas de ciego, «Oriente es Oriente», de todos los Kipling que solo conocían la India de los acantonamientos, los clubes y los periódicos provincianos.

Edwina estaba diciendo:

—Se me ha ocurrido otra cosa. Me gustaría dejar algún dinero destinado a facilitar la comprensión mutua entre Oriente y Occidente. Pero no sé cómo poner en práctica la idea. ¿Quieres encargarte de ello? No sé cómo podrá realizarse y estoy demasiado cansada para pensar en ello.

Lleno de amargura, Ransome contestó:

—Solo hay un camino para conseguir eso: que dejes una donación para adquirir veneno contra las ratas..., para destruir la ignorancia, los prejuicios, la codicia y el

provincianismo. Todo eso muere difícilmente... Habría que destruir a gentes como los *muchachos* y el anciano *dewan*, a los mercaderes y a los lores Hestons, a los directores de Banco, a los sacerdotes, a gentes como Pukka Lil y la señora Simón y al viejo general.

Edwina sonrió y repuso:

—Hasta eso sería posible si procediésemos con la necesaria inteligencia. Yo no he tenido nunca muchos prejuicios. Supongo que todo eso será pura depravación a los ojos de la clase media de la sociedad; puro se me antoja que Dios podría inscribirlo bajo el encabezamiento de la Virtud.

Se volvió para mirar por la ventana, y al cabo de unos momentos exclamó:

—¡Mira!

Siguiendo su mirada, Ransome vio el coche de la maharaní, tirado por los blancos bueyes de dorados cuernos, que se acercaba por el camino de la Misión.

—Son unos animales soberbios —comentó Edwina.

—En ese carruaje viene la maharaní. Probablemente vendrá a informarse de tu estado de salud.

—Dale las gracias en mi nombre.

—Así lo haré.

Se levantó de la silla y dijo: Ahora todo irá bien. Te restablecerás..., a pesar de todo.

Edwina se volvió hacia él, mirándole fijamente unos instantes con aquellos ojos azules, que tan enormes parecían ahora en el rostro pálido y enflaquecido. Luego dijo:

—Y suponiendo que me restableciese..., ¿qué?

Y Ransome vio con claridad meridiana que ella sabía mejor que todos ellos que no había salida. No obstante, dijo:

—Yo que tú, no me preocuparía por eso. Deja que las cosas sigan su curso.

—Eso es lo que he hecho siempre, y ya ves...

Cuando Ransome se disponía a salir vio en el umbral de la entreabierta puerta a la señorita Hodge y le dijo:

—Pase usted, señorita Hodge. Yo me marcho ya.

Y allí dejó a las dos mujeres: la señorita Hodge, sentada a la cabecera del lecho; Edwina, con los ojos cerrados, dando la espalda a la puerta. La pobre perturbada le estaba refiriendo la conversación que acababa de sostener con el obispo y con lady de Tal y de Cual.

## XXIII

La maharaní no descendió del carruaje. Había venido, según dijo, a dos cosas: a informarse del estado de lady Heston y a preguntar a tía Phoebe si quería ir a tomar el té con ella al día siguiente. Todos se hallaban en pie junto al regio carruaje, mientras los bueyes resoplaban con indignación. Luego, la maharaní dijo:

—Quisiera hablar un momento con el mayor Safka.

Todos los demás se retiraron a una distancia discreta, mientras el mayor se acercaba más al coche.

Inclinándose hacia él, la soberana dijo:

—He recibido respuesta de los padres de la muchacha, que se encuentran en Poona. La traerán tan pronto como cesen las lluvias.

—Muy bien, alteza.

—Es una muchacha linda e inteligente, educada y encantadora.

—Estoy seguro de ello, alteza.

—Creo que hallará en ella una buena esposa. Lo que usted necesita, mayor, es un hogar y unos cuantos hijos.

Y la maharaní, bruscamente, se despidió de los demás con una inclinación de cabeza y dio orden de partir al conductor. Este aguijoneó a los animales, que empezaron nuevamente a gruñir y a resoplar mientras emprendían un rápido trote a lo largo de la carretera. El mayor los siguió con la mirada unos instantes. Su cuerpo había dejado de temblar. El espíritu había ganado la batalla. Ahora estaba tranquilo y sereno. Se condujo como habían hecho Ransome y Edwina. Sentía fluir en su interior una sensación de fuerza y de respeto por sí mismo. Volviéndose hacia Ransome, con voz serena y reposada, dijo:

—¿Vamos?

Había triunfado sobre aquel terror secular, sobre los antiguos temores, sobre las ancestrales exigencias de sus antepasados. Ahora ya sabía que no volvería jamás a reclamarle.

—Espere un momento —respondió Ransome—. Quiero ver qué es aquello que viene por el camino.

Diciendo esto, señaló con el dedo a dos policías *máratas* que avanzaban hacia ellos, transportando entre ambos un objeto plano y pesado. Cuando se hallaron más cerca, Ransome adivinó que el tal objeto era una enorme fotografía con marco de madera de teca. Al llegar a donde se encontraban ellos, uno de los policías depositó su parte de carga en el suelo, mientras el otro levantaba el marco hasta colocarlo en posición vertical, sosteniéndolo con una mano y contemplándolo al mismo tiempo con aire de conocedor que muestra una obra maestra.

Era la fotografía ampliada y en colores de la señora Hogget-Clapton, hecha en lo



más florido de su juventud, cuando representaba *El gato con botas*... Era la imagen de una mujer alta, rubia y voluptuosa, muy propia para despertar la pasión de unos salvajes de piel negra como los *bhils*. El cristal había desaparecido, y la fotografía presentaba manchas, aquí y allí, de agua, grasa y humo.

Uno de los policías se dirigió al mayor Safka, expresándose vivamente en *márata*. Cuando hubo terminado su relato, el mayor se lo tradujo a los presentes. El retrato había sido descubierto por la Policía, mientras buscaba objetos robados, en una de las derruidas mezquitas de la ciudad muerta de El-Kautara. Allí, donde no se había permitido jamás la presencia de ninguna imagen, donde nunca había penetrado ninguna mujer, los salvajes *bhils* habían colocado en lugar preferente la ampliación fotográfica de Pukka Lil y la estaban adorando como si fuese una diosa cuando llegaron los policías.

El episodio vino a romper la tensión nerviosa en que Ransome había vivido durante aquella última hora, y de pronto le acometió un frenético deseo de echarse a reír, de estallar en locas y desgarradoras carcajadas, de reírse a sus anchas —hasta que su alma quedase satisfecha—, de burlarse de Pukka Lil y de los *bhils*, del general, de la India, de Occidente, de los dictadores, de los grandes políticos y banqueros, de toda la idiota especie humana, pero más que de nadie, de sí mismo.

Los dos policías contemplaban como memos la ampliación fotográfica, toda su pugnacidad de *terriers* disuelta en admiración por la rubia y exuberante belleza de la esposa del director del Banco. Fingiendo enjugarse el sudor que bañaba su rostro, Ransome consiguió ocultar su regocijo tras el trozo de gasa esterilizada que le servía de pañuelo. Al fin, afortunadamente, tía Phoebe dijo:

—Díganles que metan eso en el cuarto-almacén, junto a las otras cosas de la señora Hogget-Clapton. Yo tengo que dormir allí, pero creo que lo resistiré.

## XXIV

Al llegar a la puerta de su jardín, Ransome dijo:

—Bueno; yo me quedo aquí. Enviaré la bicicleta con mi criado. Voy a dormir un poco.

El mayor también se detuvo, y tomándole la mano, dijo simplemente:

—Gracias.

Sus ojos de color azul grisáceo escudriñaron un instante el rostro de Ransome, y sus labios se entreabrieron como si fuese a decir algo. Luego desvió la mirada y dijo:

—Hasta mañana. Que duerma bien. Lo merece.

Y bruscamente se alejó pedaleando por la húmeda y brillante carretera.

Desconcertado por el brusco cambio que había observado en su amigo, Ransome se quedó parado, siguiéndole con la mirada hasta que desapareció tras la curva que hacía la carretera en la casa de Bannerjee. El mayor había pensado decirle algo..., algo que acaso hubiera explicado muchas de las cosas que Ransome no comprendía, algo que hubiera hecho su amistad más estrecha y profunda. Pero no podía imaginarse lo que hubiera podido ser, aunque su instinto le decía que, por un segundo, habían estado muy cerca el uno del otro, más cerca de lo que habían estado nunca hasta ahora, y que si él hubiera sido indio, el mayor no se habría contenido. Sintió el impulso de montar en la bicicleta del portero y lanzarse en pos del mayor para gritarle: «¿Qué quería usted decirme? No tenga miedo. El hombre es un ser solitario y recluso en sí mismo. ¡Hable! ¡Dígale a alguien lo que tenga que decir! ¡Desahóguese!». Pero siguió parado debajo del gran baniano, porque durante toda su vida le habían enseñado que semejante acto sería sentimental y hasta ridículo. Era una de esas cosas que no debían hacerse, y permaneció allí inmóvil, como paralizado.

Empezó a llover de nuevo, y Ransome dio media vuelta y entró en el jardín. Hacía más de una semana que no veía su casa, desde que la inundación había descendido, y ahora le parecía una casa extraña, acaso, se dijo, porque el hombre que acababa de cruzar la puerta del jardín no era el mismo que había salido de allí, en estado de embriaguez, para dirigirse a casa del señor Bannerjee, en medio de la sulfúrea y amarillenta claridad del crepúsculo vespertino. Pero también resultaba distinta por razones de carácter material. El pabellón del jardín yacía desplomado en torno al viejo Buick, que Juan Bautista había cubierto con un trozo de lona embreada, salvada de alguna parte. La techumbre de la casa estaba parcialmente derrumbada. Pero donde más se acusaba la diferencia era en las plantas y en las enredaderas. Las hojas de los árboles eran de un verde intenso y brillante, y los macizos de flores se habían convertido en verdaderas selvas en donde crecían lujuriantemente maravillas, malvas róseas, hibiscos, capuchinas, fucsias y caléndulas. En la casa y en los muros del jardín, los jazmines, las bignonias, las buganvillas, los convólvulos y las

enredaderas escarlata habían lanzado sus ávidos zarcillos, que se extendían por doquier, trepando a través de puertas y ventanas, envolviendo los canalones, ocultando las cornisas y cubriendo el tejado de suave pendiente.

Ransome se detuvo un momento, conmovido y maravillado, como siempre, ante el milagro obrado por la lluvia. Mientras permanecía allí, inmóvil, la figura delgada, negra y lustrosa de Juan Bautista apareció en la cuarteada *porte-cochère* y se acercó para coger la bicicleta.

—¿Estás bien? —preguntó Ransome—. ¿Has tenido lo suficiente para comer?

—Estoy muy bien, *sahib* —respondió Juan Bautista en su dulce francés de Pondichery—. Me alegro de que el *sahib* haya vuelto.

—He vuelto para dormir. ¿Está preparada mi cama?

—Sí, *sahib*. La cama del *sahib* ha estado siempre preparada.

Por un instante, Ransome tuvo la impresión de que el muchacho le miraba con curiosidad no exenta de rigidez, casi como si fuese un extraño para él. Pero Juan Bautista apartó rápidamente la mirada, como había hecho aquella noche en que la mirada de Ransome se había cruzado con la suya en el espejo.

—¿Va a comer el *sahib*?

—Ahora no. Solo deseo dormir.

—Muy bien, *sahib*.

—Mañana tienes que llamar al jardinero para que corte esas enredaderas. Impiden la entrada del aire y de la luz.

—El jardinero ha muerto, *sahib*.

Por un instante, Ransome se sintió nuevamente abrumado por una sensación de cansancio y malestar. Luego respondió:

—Está bien. Busca otro.

—Sí, *sahib*.

Ransome entró en su habitación, se despojó de todas sus ropas y volvió a salir al jardín para recibir el agua cálida de la lluvia en su cuerpo desnudo. Cuando se sintió completamente limpio, regresó a su alcoba y se dejó caer en el lecho, en donde inmediatamente quedó sumido en un sueño profundo y reparador, el primero desde lo que a él le parecía media vida.

## XXV

Al final de la semana, el anormal volumen de las lluvias decreció un poco. Cada media hora descargaban violentos chaparrones. Eran repentinos y breves aguaceros, durante los cuales el agua caía a torrentes. Pero la lluvia había dejado de caer incesantemente, día y noche, sin interrupción, inundando los campos e hinchando el caudal del río. Entre chaparrón y chaparrón, a veces brillaba el sol, no ya polvoriento, bronceado, rojizo, de la estación seca, sino un sol que sacaba vapor de las lisas carreteras y de las piedras de los patios, convirtiendo todos los contornos en un inmenso baño turco. En medio del tremendo calor, el coronel Moti y sus dos ayudantes trabajaron como demonios, desinfectando, destruyendo, despejando el terreno, y al cabo de diez días de incesante labor, el coronel, arrogante, satisfecho y triunfador, informaba a la maharaní y al Consejo que él y sus ayudantes habían desafiado y vencido a los malignos poderes de la India. Ya no existía peligro de que estallaran nuevas epidemias, siempre que las personas revestidas de autoridad siguiesen al pie de la letra sus instrucciones. Antes de marcharse recordó a la maharaní y al Consejo el deber en que estaban de consultarle tan pronto se hallasen ultimados los planos definitivos para la construcción de la nueva ciudad. Y así se marchó el coronel Moti retador, ardiendo con la pasión de su propósito, tan enjuto y nervudo como siempre, la mirada ardiente, invulnerable a las enfermedades, al horroroso calor y al trabajo incesante.

La lucha entre la maharaní y el anciano *dewan* no llegó a estallar, porque a la mañana siguiente a la reunión del Consejo, el anciano, desecado por el calor y corroído por el odio y el desprecio hacia el coronel Moti, no abrió los ojos. Su hijo afirmó que el *dewan* tenía noventa y dos años; pero la verdad era que nadie sabía su edad a ciencia cierta. Lo que sí se sabía era que con él desaparecía el último indio de su especie.

Dos días después moría lady Heston, en aquella habitación de la Misión americana. Murió en el estado comatoso en que había caído poco después que se marcharan Ransome y el mayor Safka. En los días siguientes, Fern había ido a verla tres veces; pero sus visitas habían resultado infructuosas, ya que, en una de las ocasiones, Edwina era presa del delirio, y en las otras dos se hallaba inconsciente. Poco antes de morir recuperó la lucidez, y el mayor fue a sentarse a su lado, oprimiendo dulcemente entre las suyas una de las manos de Edwina, quien le sonrió en silencio, pues estaba demasiado débil para hablar. Allí sentado, el mayor le habló como le había hablado en la madrugada en que la había encontrado sola en la sala del hospital, confortándola, aliviando su fatiga, envolviéndola en el cálido manto de su espíritu. Era como si de nuevo la tomase en sus brazos para trasladarla a su habitación. Ya no le suplicaba que hiciese un esfuerzo por vivir, ni trató de engañarla

haciéndole creer que no iba a morir. Ahora ya sabía lo que ella deseaba y comprendía por qué lo deseaba, y en su propia soledad, el mayor veía que la sabiduría de ella era superior a la de él. Su carne le había dejado en paz, y el terror histérico que le había dominado no había vuelto a presentarse. Y en aquel momento de lucidez en medio de las tinieblas que la rodeaban, Edwina comprendió que él volvía a estar seguro de sí mismo, tan seguro como si ella no se hubiera cruzado jamás en su vida para llevarle la ruina y la desesperación. Momentos antes de hundirse nuevamente en la oscuridad, consiguió oprimirle la mano y susurrar:

—No envíes fuera de aquí a la señorita Hodge. Le dije que te lo haría prometer así.

El mayor lo prometió, y después, por un instante, inclinándose sobre ella, juntó su mejilla con la de Edwina; pero ya esta se alejaba nuevamente de él, hundiéndose en las tinieblas.

La señorita Hodge y tía Phoebe se hallaban a su lado cuando Edwina murió. Tía Phoebe, que en el curso de su vida había velado tantas veces a la cabecera de personas moribundas, notó que las manos de Edwina se enfriaban, y en seguida envió al muchacho *intocables* en su bicicleta para avisar a Ransome y al mayor; pero cuando los dos hombres llegaron, Edwina ya había fallecido, y encontraron a tía Phoebe esforzándose por calmar a la señorita Hodge, que se había arrojado sobre el lecho y estaba llorando histéricamente.

La pobre perturbada no había visto morir a nadie hasta ese momento. Para ella, la señorita Dirks había salido para un largo viaje relacionado con asuntos de la escuela, y acaso no llegase nunca a creer en su muerte. Pero había visto fallecer a su amiga lady Heston; había notado cómo se le enfriaban las manos... Lady Heston, su gran amiga, acerca de la cual tantas veces había hablado con obispos y personajes de la aristocracia. Chillaba ahora, asustada y estremecida, llamando a lady Heston, rogándole que no se fuese, que no la dejase sola, sin ningún amigo en el mundo. No había medio de tranquilizarla, hasta que, por fin, Ransome dijo:

—No está usted sola. Yo soy amigo suyo, como lo son igualmente tía Phoebe y el mayor Safka. Ninguno de nosotros la abandonará hasta que regrese la señorita Dirks.

La pobre criatura los miró a todos, como deslumbrada, sin dejar de sollozar, con el redondo rostro hinchado por el llanto. Y Ransome añadió:

—Lady Heston me pidió que cuidara de usted, y la señorita Dirks me pidió lo mismo. A ambas les prometí hacerlo así, y si lo desea, puede usted vivir en mi casa.

Por un instante, la desordenada mente de la maestra pareció esforzarse por comprender el milagro de ser invitada a vivir en casa de un hombre de mundo como Ransome. Dejando de sollozar, preguntó tímidamente:

—¿Será correcto?

Dándole unas palmaditas en el hombro, Ransome contestó:

—Eso no importa nada. Aunque, desde luego, lo es.

Y entonces la señorita Hodge, de manera natural y completamente normal, dijo:

—Muchas gracias. Es usted muy amable. Iré a su casa con mucho gusto.

Y así, cuando Ransome abandonó la Misión para regresar a su casa, la señorita Hodge se fue con él. Juan Bautista preparó una habitación para ella en el primer piso. Al llegar a la casa, la pobre perturbada estalló nuevamente en llanto, diciendo:

—Es usted muy bueno conmigo. ¡He sufrido tanto! No sabía que la gente pudiera ser tan buena... Cuando Sarah regrese, le dará las gracias debidamente. Yo soy muy torpe para estas cosas.

Luego pareció completamente feliz, y aquella noche cenó con Ransome, hablándole de obispos y aristócratas. Parecía haber olvidado por completo el imaginario abuso de que la había hecho víctima el *sikh* y el subsiguiente y no menos imaginario embarazo.

Pero poco después de las diez, Juan Bautista se presentó en la alcoba de Ransome para notificarle que la extraña *mensahib* se marchaba de casa. Ransome la alcanzó en el paseo. Ella le dijo que volvía al lado de lady Heston, la cual no sabría qué hacer sin su compañía. Dulce, pacientemente, Ransome consiguió persuadirla de que lady Heston había muerto y que ya nada se podía hacer por ella.

## XXVI

Al término de la semana, tía Phoebe y los Smiley dieron la primera comida de los sábados después de la catástrofe. Confidencialmente, tía Phoebe le había dicho a Ransome:

—No creo que esta reunión sea tan alegre como las otras, pero tengo mucha fe en el hábito y en la rutina. No hay nada mejor para olvidar que seguir haciendo lo mismo que se hacía antes.

Así, pues, a eso de las doce, los antiguos miembros del «Club de las Comidas de los Sábados» se congregaron en torno a la larga mesa de cocina de los Smiley. El pobre señor Jobnekar había desaparecido para siempre; pero en su lugar había dos nuevos miembros: Fern y la señorita Hodge. Ya que, en efecto, la maestra loca era ahora uno de sus miembros. Tenía todo un comité de tutores que velaban por ella: Ransome, tía Phoebe, los Smiley, Fern, el mayor Safka, Raschid Alí Khan y hasta la señorita MacDaid. Parecía haber olvidado el desgraciado episodio con el *sikh* y sus consecuencias subsiguientes; hablaba menos de la señorita Dirks y parecía haberse reconciliado con la idea del fallecimiento de lady Heston. Iba y venía de casa de Ransome a la Misión, y viceversa, llegando a veces hasta el hospital, sosteniendo conversaciones con gentes imaginarias mientras deambulaba por la carretera. En Europa, esta conducta habría suscitado las burlas y acaso hasta el resentimiento de la gente; pero en Ranchipur la conocía todo el mundo, y a nadie le extrañaba lo que hacía. Olvidó las tragedias de la señorita Dirks y de lady Heston, tal vez porque tuviese una mente infantil, pero también porque ahora vivía a gusto, satisfecha y libre. La pobre señorita Hodge, que durante veinticinco años había ansiado salir y conocer gentes interesantes, halló en su locura una especie de prestigio que la vida siempre le había negado.

Ransome y Homer Smiley fueron a comer directamente desde el Orfanato, en donde el Ministerio de Asistencia Pública había instalado ya una oficina temporal desde la que se distribuía arroz, *gram*<sup>[76]</sup> y mijo, y en donde se organizaba la inspección y vigilancia de los Pozos contaminados. La señorita MacDaid, por hacer un poco de ejercicio, fue en bicicleta, en lugar de ir en *tonga*, acompañada por Fern.

Al llegar a las afueras de la ciudad, pedaleando una junto a la otra, la señorita MacDaid sometió a Fern a un verdadero examen, hablando a gritos cada vez que las bicicletas se apartaban un poco. La solterona empezó por preguntar a la muchacha:

—¿Está usted completamente segura de su vocación de enfermera?

—Sí, estoy segura.

—¿Qué le induce a creerlo así?

Fern siguió pedaleando en silencio un buen rato y, al fin, dijo:

—Bueno; el caso es que lo estoy. Podría aducir muchas razones; pero todas

vendrían a resumirse en lo mismo: que deseo quedarme aquí y que quiero ser enfermera.

—Siempre he oído decir que odiaba usted a Ranchipur y que no ocultaba sus sentimientos.

Fern se ruborizó.

—Es verdad —dijo—; pero entonces era distinto.

Su bicicleta se metió en un bache de la carretera, y para recuperar el equilibrio, Fern describió un amplio arco, que la llevó muy lejos de la escocesa.

—Pero es que ahora Ranchipur está peor que antes —gritó la enfermera.

—No —respondió Fern por encima del hombro, volviendo la cabeza—. Ahora es distinto. Quiero vivir y trabajar en Ranchipur, y mi ignorancia es grande. Nunca he recibido una educación adecuada. Creo que la mejor manera de ser útil es haciéndome enfermera.

Hasta que llegaron a la esquina de la destilería, la señorita MacDaid pedaleó en silencio, meditando acerca de lo extraña que era la gente en general y Fern Simón en particular. Creía conocer la razón de aquel extraordinario cambio de la muchacha, y su sentido común le decía que semejante razón no era de fiar en un cambio de tal naturaleza. La señorita MacDaid consideraba que el amor estaba muy bien en su lugar; pero una muchacha no debía permitir que ese sentimiento dominase toda su existencia, pues no era de fiar. Una vez pasados los primeros transportes, todo dependía de la resistencia que uno fuera capaz de oponer al implacable desgaste cotidiano sin cambiar de opinión. Y en Ranchipur había que soportar muchos factores de desgaste, ora su terrible clima, ora el quietismo y las intrigas hindúes, ya las eternas habladurías, ya esto o lo otro. Además, la muchacha era demasiado bonita para ser una buena enfermera. Una enfermera no debía ser jamás demasiado bonita, porque suscitaba la hostilidad de las mujeres y soliviantaba a los hombres. «Una buena enfermera —pensaba la señorita MacDaid mientras pedaleaba rápidamente— debe parecerse a una vieja yegua de Shite, como yo».

—Lo que quiero hacerle comprender es la necesidad de que esté usted completamente segura de la firmeza de su vocación —le gritó a Fern.

—Lo estoy —afirmó rotundamente la muchacha. Fern se sentía llena de timidez en presencia de la señorita MacDaid, aquella mujer de extraordinaria delicadeza a la hora de vendar una herida y de una dureza implacable y torturante frente a la fragilidad humana. Pero, aun cuando Fern no se hubiera sentido tan cohibida, tampoco podría haber explicado las razones en que apoyaba aquella seguridad suya. No podía decir a la señorita MacDaid que había cambiado, no porque estuviese enamorada de Tom, sino porque, desde la noche en que él la había dejado en casa de los Smiley, no había dejado de descubrir cosas, entre ellas una llamada sentido común. No podía decirle a aquel viejo caballo de batalla, por temor a que la



considerase loca de remate, que a partir de aquella noche todas las cosas de este mundo habían cambiado para ella en virtud de que algo había sucedido en su interior. No podía explicarle a la señorita MacDaid que toda su necedad y todas sus tonterías de antes habían desaparecido para siempre a la luz de las miserias que había contemplado en el hospital y en la Escuela de Música, ni que el Ranchipur sobre cuyo suelo iban ahora pedaleando era completamente diferente del Ranchipur en el que ella había pasado la mayor parte de su vida. No habían sido el terremoto y la inundación los que la habían cambiado, sino algo que había en su interior y algo que había encontrado en Tom, en los Smiley, en tía Phoebe, en la misma señorita MacDaid y hasta en la pobre lady Heston: honestidad, sencillez, amistosa cordialidad. La señorita MacDaid la juzgaría loca de atar si le dijese que las mismas piedras de la carretera, las hojas de los árboles, las casas, las carretas de bueyes, eran cosas nuevas para ella, que despertaban su interés y la llenaban de excitación. Excitante era estar pedaleando ahora por la carretera del hipódromo; excitante era estar hablando con la señorita MacDaid; excitante, igualmente, pensar que dentro de unos minutos vería a Tom, quien le sonreiría y le oprimiría la mano debajo de la mesa. No era necesario inventar un personaje como Blythe Summerfield, la *Perla de Oriente*. Incluso sentía menos la muerte de su padre y de la pobre Hazel, que parecía haber ocurrido hacía muchos años, en otra vida.

A su lado, las vigorosas piernas de la señorita MacDaid pedaleaban cada vez más de prisa, a medida que su práctico cerebro funcionaba más rápidamente. Había llegado a un punto en que ella misma se encomiaba interiormente las virtudes de Fern, porque, en contra de su sentido común y de su experiencia, quería creer en la muchacha. Necesitaba desesperadamente alguien que se hiciese cargo del hospital cuando ella misma se encontrase vieja y cansada, alguien que fuese joven y fuerte como un buey, como ella había sido siempre.

Y Fern, si no le abandonaban las fuerzas y la decisión, podía ser la persona indicada. Desde luego, la muchacha debía de poseer una salud de hierro al haber soportado todo lo que había soportado, sin que hubiese desaparecido el color de sus mejillas y conservando su aspecto fresco y juvenil. La señorita MacDaid trató de buscar razones en contra del proyecto de Fern, pero siempre iba a parar al mismo hecho: que tanto en el hospital como en la Escuela de Música, la muchacha había aceptado y cumplido una misión que habría abatido a muchas enfermeras veteranas y experimentadas, y que había realizado semejante labor sin exhalar una queja. Hablando consigo misma, se dijo: «No se puede negar eso. La muchacha tiene un valor extraordinario».

La felicidad había vuelto al corazón de la señorita MacDaid, y esa felicidad no se enturbiaba ni siquiera cuando veía el sufrimiento retratado en el grisáceo rostro del mayor, porque sabía que un día u otro se sobrepondría a aquel dolor. No había tiempo

ahora para sufrir. El trabajo le curaría, el trabajo cauterizaría sus heridas. Con su inflexible honestidad, no fingía sentimiento por la muerte de lady Heston, cuyo fallecimiento lo consideraba más bien como una favorable intercesión de los dioses. En cierto modo, había sido culpa de la misma lady Heston, resultado de su vida superficial, de una vida de vanidad, lujo, holganza e insensatez. Si se hubiera molestado en ponerse una inyección antitífica, ahora no estaría muerta. Pero, teniendo en cuenta todas las cosas, por el bien del hospital, del trabajo que allí realizaban el mayor y ella, del propio mayor Safka y de los millares de seres que dependían de él, incluso, tal vez por el bien de la misma lady Heston, era preferible que esta hubiese muerto. Solo una cosa turbaba su conciencia: el haber escrito el nombre de lady Heston en la lista de los moribundos antes de quemarla.

«Pero eso es pura tontería —se repetía una y otra vez—. Eso no ha podido tener nada que ver con su muerte». Sin embargo, el recuerdo de aquel acto la llenaba de vergüenza. ¡Que ella, la señorita MacDaid, la directora del hospital de Ranchipur, hubiese descendido a practicar aquellas estúpidas brujerías!... Y, no obstante, por las noches, pensando en ello, se preguntaba si en tales cosas no habría un siniestro poder que la ciencia no había explicado aún.

La reunión, como había previsto tía Phoebe, no resultó alegre, pero sí muy cordial, sirviendo para recuperar algo de aquel espíritu de unidad que había aglutinado al pequeño grupo durante tantos años. Ninguno de los presentes, a excepción de la señorita Hodge, fue capaz de sacudirse el recuerdo de Edwina, de la señorita Dirks, del señor Jobnekar y su familia, de Elmer y Hazel Simón y de tantos otros...

De un modo u otro, allí estaban todos los muertos, en la fresca y espaciosa cocina de los Smiley, incluso cuando, por unos momentos, al hablar de los proyectos para levantar una nueva ciudad, el entusiasmo prendió en el ánimo de los presentes y en los ojos del mayor Safka brilló unos instantes el antiguo fuego. Siempre estarían allí los desaparecidos, porque ellos formaban parte de la transformación, pero su presencia sería un poco menos real cada semana, cada mes, cada año que transcurriese, porque, como decía tía Phoebe, los muertos, muertos estaban, y los vivos disponían de tan poco tiempo para hacer tantas cosas, que no podrían pasarse la vida entregados a la melancolía del recuerdo.

A las cuatro de la tarde, el mayor Safka y la señorita MacDaid se levantaron de la mesa para regresar al hospital. En los ojos de la escocesa volvía a brillar algo de aquel destello de felicidad que los iluminaba antes de la llegada de Edwina a Ranchipur. El mayor volvía a pertenecerle, al menos por algún tiempo, y, desde aquella repentina y mística visión que había sufrido la noche en que le creyó muerto, le poseía de un forma nueva y más satisfactoria.

Cuando Ransome y Homer Smiley salían de la casa para dirigirse a la oficina del

Ministerio de Asistencia Pública, se encontraron en el mismo umbral con la figura de un orondo hombrecillo, de abultado vientre, con la pálida tez de los ingleses que han vivido demasiado tiempo en la India y con toda la pomposidad de un director de Banco en Oriente. Era el señor Hogget-Clapton, que venía, según dijo, a expresar su agradecimiento a los Smiley por las atenciones de que habían hecho objeto a su esposa y a recoger la colección de vulgares objetos dejados al cuidado de tía Phoebe. El diminuto caballero manifestó que la señora Hogget-Clapton estaba muy bien de salud, aunque un poco cansada y un mucho trastornada por las penalidades sufridas en Ranchipur. Se proponía enviarla a pasar unas vacaciones en Inglaterra, entre los suyos. Al comunicarles esta última noticia, del pecho del orondo personaje se escapó un suspiro, porque él sabía tan bien como los demás que su esposa no regresaría jamás a la India. No era la primera vez que sucedía una cosa así. Volvería a Inglaterra e inmediatamente se hundiría en el pantano de la mediocridad, en medio de una sociedad de gentes como ella, empalidecidas, biliosas y atormentadas por el terrible clima de la India.

Ransome pensó: «De todos modos, ha salido mejor librada que muchos. Bebe, y cuando esté embriagada seguirá considerándose un personaje importante».

Y mientras el señor Hogget-Clapton entraba en la casa, Ransome le dijo a Homer Smiley:

—Voy a echar de menos a Pukka Lil. Dejará un vacío. Todos los estados indios deberían tener al menos una Pukka Lil. Forma parte del paisaje, como las serpientes y los templos.

—Yo no me preocuparía por eso —replicó Homer Smiley, sonriendo—. En cualquier momento llegará una nueva Pukka Lil. Probablemente vendrá una en el tren de mañana.

## XXVII

Ala puesta del sol, Ransome se sentó en la parte de la terraza que daba al hipódromo, desde donde se distinguía la enfangada y rojiza llanura que se extendía hasta el monte Abana y la muerta ciudad mogola de El-Kautara. Ya no quedaba coñac ni *whisky* en Ranchipur, pero sí había ginebra, traída en uno de los primeros trenes por el señor Bottlewallah, un emprendedor comerciante parsi. Y así Ransome pudo beber ginebra con agua tónica, cosa que no le gustaba, pero que era lo único disponible.

Junto a la puerta del jardín, bajo el enorme baniano, Juan Bautista y dos amigos suyos, en cuclillas, tocaban una flauta y dos tambores. Más allá, a través de la lisa superficie del hipódromo, una larga procesión de vacas y carabaos avanzaba lentamente hacia Poniente, empujados los animales por un chiquillo extraordinariamente moreno, que los aguijaba con una larga vara de bambú. Era la hora del día que más agradaba a Ransome, cuando el perfume del jazmín se desprendía, intenso, de las enredaderas que cubrían media casa, y se mezclaba con el olor del humo procedente de la madera y del estiércol de vaca quemados y con el aroma de las especias. La lluvia había cesado momentáneamente, y el sol, hundiéndose tras la línea del horizonte, convertía a las fugitivas nubes en un espléndido y movable dosel de púrpura y oro. Sobre la rojiza llanura se extendía una claridad violeta, que se adhería a la tierra como una neblina, difuminando las siluetas del ganado que volvía de los pastos.

Ransome se sentía fatigado por el largo día de trabajo, en medio de un calor húmedo, como el de un baño turco, por las disputas y clamores de pululantes hordas ante los almacenes del Estado, pero, sobre todo, por el cansancio acumulado de muchos días. Mientras sorbía plácidamente su ginebra con agua tónica, pensaba: «Ya no tardará en llegar Fern».

El recuerdo de Edwina no le abandonaba. Durante todo el trayecto, desde el Orfanato hasta su casa, no había dejado de pensar en ella, reflexionando sobre su vida y sobre el extraño destino que la había llevado a terminar sus días en un lugar como Ranchipur. Y, de pronto, se dijo: «Es una lástima que no haya podido estar presente en nuestra reunión de hoy. Le hubiera gustado muchísimo, estoy seguro». Y pensó asombrado en lo bien que hubiera encajado en el ambiente de la reunión, al que, en realidad, había pertenecido siempre, aunque su descubrimiento había llegado demasiado tarde. Todo el resto de su vida había sido tiempo perdido. Estas reflexiones arrojaron nuevo luz sobre el carácter curioso y perverso de Edwina.

En el momento en que encendía un cigarro vio llegar por la carretera, desde la ciudad, el coche de bueyes de la maharaní. Los animales avanzaban a un rápido trote, el paso que más agradaba a la anciana y el que más detestaban los bueyes; pero, al

acercarse el carruaje a la casa, el conductor refrenó la marcha, y en el momento en que pasaba delante de la puerta del jardín, dos cabezas surgieron de debajo de la dorada capota de cuero y miraron hacia la casa. Al ver a Ransome sentado en la terraza, las cabezas se retiraron rápidamente, pero no antes que él reconociese a la maharaní y a tía Phoebe. Riendo plácidamente, Ransome pensó: «La última reina y la última demócrata salen juntas en coche». Y se sintió invadido por una oleada de profundo amor hacia este país absurdo, hermoso y terrible, hacia esta India en donde la tragedia y la farsa casi se tocaban bajo la tenue superficie de la vida.

Junto a la puerta del jardín, Juan Bautista y sus amigos, cesando en las zalemas que habían empezado a hacer tan pronto como vieron los bueyes reales, siguieron tocando sus instrumentos, cuyas notas, extendiéndose por la llanura, iban a perderse en el creciente tono violeta del crepúsculo. Durante largo rato, Ransome permaneció sentado con los ojos cerrados, escuchando a medias, perezosamente, aquella música, sin pensar en nada determinado, pero maravillado por la complejidad y la increíble belleza y crueldad de la existencia humana. Más allá del hipódromo, en el momento en que el sol se hundía en el horizonte, elevóse de pronto el prolongado y solitario aullido de un chacal y Ransome sintió que un violento estremecimiento recorría todo su cuerpo, porque aquel aullido sonó en sus oídos igual que el coro de lamentos que surgió de la ciudad agonizante al precipitarse sobre ella las rugientes aguas. Luego aulló otro chacal, y otro. Y súbitamente, rápidamente, la oscuridad se abatió sobre la tierra como si hubiera sido un negro manto. Entre las veloces nubes fugitivas brillaron las estrellas, resplandecientes como los diamantes de la maharaní en la límpida atmósfera. Junto a la puerta del jardín, bajo el añoso baniano, las negras figuras de Juan Bautista y sus amigos se disolvieron en la oscuridad, pero las notas de la flauta y de los tambores siguieron fluyendo, incesantes, en el silencio de la noche cálida y húmeda.

*Cooch Behar, enero de 1933. Nueva York, julio de 1937.*

FIN DE

«Vinieron las lluvias».



LOUIS BROMFIELD (1896-1956). Escritor y reformador agrario estadounidense. Como novelista firmó sus obras como Bromfield aunque su apellido original era Brumfield. Tuvo en su momento mucho prestigio y fue comparado con escritores de su generación como Francis Scott Fitzgerald, James Thurber o John Steinbeck. Ganó el premio Pulitzer en 1926 con su novela *Early Autumn* y perteneció a la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

Estudió agricultura en el Cornell Agricultural College (1914-1915),<sup>1</sup> y periodismo en la Universidad de Columbia (1916). En 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, Bromfield se unió al "Cuerpo de Ambulancias estadounidense" y prestó servicio desde 1917 a 1919. Recibió por ello la Cruz de Guerra (Italia) y la Legión de Honor (Francia). De regreso a Estados Unidos, se instaló en Nueva York, donde trabajó como reportero. En 1921 se casó con Mary Appleton Wood, una socialista neoyorquina, hija de un prestigioso abogado. Con Mary Appleton Wood tuvo tres hijas, Ann Bromfield, Hope Bromfield y Ellen Bromfield. Publicó en 1924 su primera novela, *The Green Bay Tree*, que tuvo un éxito inmediato. Dos años después, ganó el premio Pulitzer con otra *Early Autumn*. Su carrera fue muy brillante y todos sus libros alcanzaron gran popularidad, especialmente aquellos que tuvieron adaptaciones cinematográficas, como *The Rains Came* o *Mrs Parkington*.

# NOTAS

[1] El baniano o higuera de Bengala, es un árbol perteneciente al género *Ficus* de la familia de las Moráceas. Los banianos incluyen varias especies de *Ficus* que tienen un ciclo de vida y un aspecto similar, aunque la especie principal y más característica es el *Ficus benghalensis*. Este árbol se encuentra en muchos puntos del subcontinente indio, a menudo a las afueras de los pueblos. Representa la vejez en la tradición de la India porque a menudo los viejos del pueblo se sientan bajo la sombra de sus ramas para huir del calor y para reunirse. También es un árbol importante dentro de la religión Hindú y se encuentra a menudo cerca de los templos. El *Ficus benghalensis* es el árbol nacional del India. <<





[2] maharajá: majarash, majarás o marajá es un término en varios idiomas de la India, que significa 'gran rey'. <<

[3] sahib: Utilizado antiguamente en la India colonial para dirigirse, como forma de respeto, a un hombre europea. <<

[3a] intocables: En el sistema de castas de la India, un paria, intocable, dalit o panchamas, es una persona que, de acuerdo con las creencias hindúes tradicionales, se considera fuera de las cuatro varnas o castas. Varna se refiere a la creencia de que muchos humanos fueron creados a partir de diferentes partes del cuerpo de la divinidad Púrusha, y la parte de la que cada varna fue creada define el estatus social de una persona en relación con aspectos como con quién puede casarse y qué profesiones puede desempeñar.

Al estar fuera de las varnas, a los parias, históricamente, solo se les ha permitido realizar trabajos más marginales.<sup>1</sup> Se incluyen los trabajadores del cuero (llamados chamar), los granjeros pobres y los jornaleros sin tierra, los artesanos callejeros, los artistas populares, los lavaderos de ropa y otros. Tradicionalmente eran aislados en sus propias comunidades, hasta el punto de que las clases superiores evitaban el contacto de sus sombras. La discriminación contra los dalits existe aún en zonas rurales y en la esfera privada. No obstante, ha desaparecido en zonas urbanas y en la esfera de lo público, en lo relativo a libertad de movimiento y el acceso a la educación.. <<

[4] maharaní: esposa del maharajá. <<

[5] rajputs: Un rashput (o rajput) es un miembro de uno de los clanes patrilineales territoriales del norte y centro de la India. Se consideran a sí mismos descendientes de una de las castas chatría (grupos guerreros gobernantes) del subcontinente indio, especialmente del norte de la India. Disfrutaron de una reputación como guerreros, entrando muchos de ellos al servicio de los ejércitos indios. Durante el dominio británico, el gobierno los aceptó y los reclutó en su ejército. <<

[6] márata (o maratha): guerrero indio de castas. Los marathas hindúes habían vivido durante mucho tiempo en la región de Desh, alrededor de Satara, en la parte occidental de la llanura de Decán, donde encontraron las laderas orientales de las montañas Sahyadri, y resistieron las incursiones en la región de los gobernantes musulmanes mogoles del norte del continente indio. Bajo el reinado de su líder, Shivaji, los maratha se libraron de los sultanes musulmanes de Bijapur, en el sudeste, y se convirtieron en un pueblo mucho más agresivo, comenzando a saquear con frecuencia los territorios mogoles, y saqueando en 1664 el puerto mogol de Surat. Shivaji se proclamó emperador en 1674. Los maratha se habían extendido y conquistado gran parte de la India central a la muerte de Shivaji en 1680. <<

[7] Los cingaleses son el grupo étnico mayoritario de Sri Lanka. Son más de 15 millones de personas. Hablan el cingalés, un idioma indo-ario. «Cingalés» viene de sinhala, gente león. La etnia cingalesa es el resultado del mestizaje de los indoeuropeos que dominaron la isla, con diversas poblaciones anteriores, que adoptaron la lengua cingalesa. <<

[8] *bhils*: miembros de un pueblo indígena de la India central. <<



[8a] hojuela: Porción de masa de harina que se fríe y se suele comer recubierta de miel o azúcar. <<

[9] bungalow: En Singapur y Malasia, el término Bungalow Se refiere a una casa de la época colonial, desde el siglo 19 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Fueron construidos por los británicos para sus «oficiales militares, jueces de tribunales superiores y otros miembros de la sociedad. <<

[10] débâcle: ruina financiera <<

[11] Una chaise longue, proveniente del francés, significa literalmente sillón largo, también conocido por la traducción inglesa lounge chair, es un tipo de sofá con forma de silla que posee una prolongación lo suficientemente larga como para soportar las piernas. <<

[12] ¿Cómo fué de horrible? <<

[13] «Las amistades peligrosas», novela del escritor y oficial militar francés Pierre Choderlos de Laclos. <<

[14] *accouplement*: apareamiento. <<

[15] porte cochère: es el término arquitectónico para una estructura de porche o pórtico similar a una entrada principal o secundaria a una edificio a través del cual un caballo y un carro (o vehículo de motor) pueden pasar para que los ocupantes queden bajo techo, protegidos de la intemperie.<<



[16] cricket: El críquet (del inglés cricket) es un deporte de bate y pelota, en el que se enfrentan dos equipos de once jugadores cada uno. Se juega en un campo de hierba, más o menos ovalado (elíptico), cuya extensión no debe ser inferior a la de uno de fútbol. En el centro del campo hay un terreno rectangular al que se le conoce con el nombre de pitch. <<

[17] Se conoce como slang a la jerga de registro coloquial e informal usada en el idioma inglés. <<

[18] peignoir bata. (*N. de la T.*)<<

[19] naïveté: ingenuidad <<

[20] kreit: tipo de víbora muy venenosa <<

[21] dhobi: hombre que lava la ropa (en la India, Malasia, África del Este). <<

[22] dewan: el primer ministro o ministro de finanzas de un estado gobernado por un príncipe indio (antiguamente en la India). <<

[23] sari: Traje largo femenino usado en la India y otros países asiáticos. <<



[24] jaínas: Segidores de la doctrina del jainismo, religión de la India, creada en el siglo VI a. C. por Majavirá. Él decía ser el último omnisciente de una serie de maestros iluminados llamados tirthankaras. Se trata de una religión nastika, que no reconoce la autoridad de los textos sagrados hinduistas ni de los sacerdotes brahmanes.

En la actualidad, el jainismo está presente en la India oriental (Bengala), centro occidental (Rayastán, Majarastra y Guyarat) y meridional (Karnataka).<<

[25] crepé de Chine: Tejido sedoso muy fino, ligero, y escarpado, que es de un color o está impreso. Está hecho en tejido de lino con una superficie de crepé característica. Es de seda natural o rayón viscosa. Se usa para vestidos de mujer ligeros, camisas, chales y pañuelos. <<

[26] sikhs: miembro de una religión india que se separó del hinduismo que fue fundada en el siglo XVI, y que enseña el monoteísmo. Tiene el Granth como su principal documento religioso, rechazando la autoridad de los Vedas. <<

[27] memsahib: Utilizado antiguamente en la India colonial para dirigirse, como forma de respeto, a una mujer europea. <<

[28] cari: Es una mezcla de 17 especias (ají, albahaca, alcaravea, azafrán, canela, cardamomo, cebolla seca, apio, cilantro, comino, cúrcuma, fenogreco, jengibre, mostaza, nuez moscada, pimienta de cayena, pimienta y tamarindo, entre otras.), cuya composición varía según las regiones (India, Pakistán). <<

[29] coolie: peón, trabajador no cualificado, especialmente en India y China. <<

[30] bric-á-brac: baratijas. <<

[31] gujerati: lengua del Estado de Gujarat, que pertenece a la rama índica de la familia indoeuropea <<



[32] chutney: En la cocina india el chutney o chatni es una salsa de origen indio, hecha a base de frutas, vinagre, especias, azúcar, etc. <<

[32a] hetaira: es el nombre que se les daba en la antigua Grecia a mujeres libres, independientes, que ejercían la prostitución y que disponían de una esmerada educación y, algunas, gran influencia y prestigio social. <<

[33] soufɔn: palabra intraducible. <<

[34] No la entiendo. Solo la veo a usted. <<

[35] Nada de extraño. <<

[36] whist: El whist es un juego de naipes. Se utiliza una baraja francesa, que consta de 52 naipes y se establecen dos parejas adversarias. Precursor del bridge. <<

[37] in petto: introvertida. <<

[38] pioneer: explorador. <<



[39] durbars: la palabra ha llegado a ser aplicado a las grandes reuniones ceremoniales que se celebraban en la india durante y caer en otro lugar en el periodo del Raj Británico, celebrada como manifestaciones de la lealtad a la corona Todo lo que aussi fue vital en varias guerras en todo lo que Bretaña activado. <<

[40] cockney: el dialecto urbano de Londres. <<

[41] pukka: bien, correctamente. <<

[42] migraine: migraña, dolor de cabeza. <<

[43] de facto: locución latina, pronunciada, que significa literalmente «de hecho», esto es, por la fuerza de los hechos, pero sin reconocimiento jurídico. <<

[44] château: casa solariega o residencia del señor o una casa de campo de nobleza. <<

[45] pipal: *Ficus religiosa* es una especie del género *Ficus*, nativa de Nepal, India, sudoeste de China, Indochina, este de Vietnam. No se debe confundir con el árbol baniano (*Ficus bengalensis*, higuera de Bengala o higuera de la India). Es un gran árbol de estación seca, caducifolio o semi-siempreverde, de más de 30 m de altura y con un diámetro de tronco de más de 3 m. Las hojas son cordadas con un distintivo zarcillo en la punta; de 10-17 cm de longitud y 8-12 cm de ancho, con pecíolo de 6-10 cm. El fruto es un pequeño higo de 1-1,5 cm de diámetro, verde que madura a púrpura. <<



[46] crepé: Palabra de origen francés. Es un tejido de superficie granular y arrugada. Se forma a partir del entrecruzado de los hilos al tejer o mediante el uso de hilo fuertemente sobregirado, para obtener un acabado ligeramente rizado. Se riza aún más con el lavado. Existe crepé de lana, de seda, de algodón, de lino y de sarga. Más recientemente se hace también con fibras de poliéster. <<



[47] nullah: canales naturales de agua. Los nullah es característico de país montañoso o montañoso donde hay poca lluvia. En las partes más secas de la India y Pakistán, y en muchas partes de Australia hay pequeños valles escarpados que penetran las colinas, vestidos de maleza áspera y de pequeños árboles que crecen en el suelo pedregoso. Durante las fuertes lluvias ocasionales torrentes se precipitan por las Nullahs y desaparecen rápidamente. <<

[48] jodhpurs: pantalones de montar ceñidos desde debajo de la rodilla hasta el tobillo y más anchos en la cadera. <<

[49] robe del style: forma de vestir muy popular en la década de 1920 como una alternativa al vestido de camisa de corte recto. El estilo se caracteriza por sus faldas. La parte del cuerpo podía ser ceñido, o de corte recto tipo camisa, con una cintura caída, pero era amplia y se apoyaba apoyada sobre enaguas, cestas, o aros. <<

[50] dhoti: El dhoti es la prenda de ropa típica para los hombres en India. Tradicional en Bengala y en la cultura del valle del Ganges, esta vestimenta se ha extendido por parte de la India. Consiste en una pieza rectangular de algodón que puede llegar a medir 5 metros de largo por 1,20 de ancho. Generalmente de color blanco o crema, se enrolla alrededor de la cintura y se une pasándolo por el medio de las piernas, fijándose finalmente en la cintura. Se forma así unos pantalones ligeros ideales para el clima cálido del subcontinente. <<

[51] El urdú o urdu es una lengua hablada fundamentalmente en Pakistán e India. En Pakistán está considerada la lengua nacional, mientras que en India es uno de los 24 idiomas oficiales en el país. <<

[52] *Azadirachta indica*, comúnmente llamado neems, margosa o lila india, es un árbol perteneciente a la familia Meliaceae originario de la India y de Birmania, que sólo vive en regiones tropicales y subtropicales. Árbol de rápido crecimiento que puede alcanzar 15 a 20 metros de altura y raramente 35 a 40 m. Tiene abundante follaje todas las temporadas del año, pero en condiciones severas se deshoja, incluso casi completamente. El ramaje es amplio, y puede alcanzar de 15 a 20 m de diámetro ya desarrollado. <<



[53] Un yogui es un practicante de yoga. La palabra se utiliza tanto para referirse a los practicantes ascéticos de la meditación en un número de religiones de Asia meridional como el hinduismo, el budismo y Jainism. <<

[54] mullah: palabra utilizada para referirse a un hombre o una mujer musulmana, educada en la teología islámica y la ley sagrada. <<



[55] négligé: salto de cama; bata femenina elegante y atrevida.<<

[56] Un sadhu (Saa-dhu) es un asceta hindú o un monje que sigue el camino de la penitencia y la austeridad para obtener la iluminación. La tradición sadhu consiste en renunciar a todos los vínculos que los unen a lo terrenal o material en la búsqueda de los verdaderos valores de la vida. Por norma general, un sadhu vive incluido en la sociedad, pero intenta ignorar los placeres y dolores humanos. <<

[57] mahout: Un mahout (también conocido como cornaca) es aquella persona que maneja y conoce a un elefante. La palabra mahout proviene del Hindi, mahaut y mahavat, «montador de elefantes». <<

[58] **parsi**: Los parsis son los miembros de una comunidad de religión parsi o zoroástrica que habitan en el oeste de la India, especialmente en la ciudad de Bombay. Descienden de los persas que emigraron a la India en el siglo VII para escapar a la persecución religiosa. <<

[59] bunya: miembro de una casta específica hindú. <<

[60] bistro: Un bistró (también bistrot) es un pequeño establecimiento popular de Francia, donde se sirven bebidas alcohólicas, café, quesos y otras bebidas. Pueden ser también restaurantes de comidas a precios económicos. <<

[61] toddy: Vino de palma también llamado toddy palm, o simplemente toddy, es una bebida alcohólica creada a partir de la savia de varias especies de palmeras y cocoteros. Esta bebida es común en varias partes de Asia y África, especialmente en Sri Lanka y Myanmar. <<

[62] pomla: viven en el estado de Gujarat (India), y hablan un dialecto del Gujarati. <<



[63] howdah (o houdah): es un compartimiento posicionado sobre el lomo de un elefante, u ocasionalmente sobre algún otro animal. Fue usado más a menudo en la Antigüedad con diversos propósitos, entre los cuales destacan el de símbolo de prestigio llevando gente importante, el de protección para la práctica de la caza mayor, y el militar, ya sea como puesto de comando, atalaya o barricada móvil. En la actualidad se usa primordialmente en las festividades políticas y religiosas de Asia. Su ornamentación representa la riqueza o el poder de su dueño, y usualmente las howdas son decoradas con gemas preciosas. <<

[64] briquet: encendedor, mechero. <<

[65] Lingam: En el marco de la religión hinduista, un lingam es una representación simbólica del dios Shiva, utilizado para su culto en los templos. <<

[66] placer sexual. <<

[67] pathan: Sos pastunes o pashtunes son un grupo etnolingüístico de lengua irania oriental. Poseen poblaciones ubicadas básicamente en el este y sur de Afganistán, en las provincias pakistaníes<sup>1</sup> de Frontera del Noroeste, Baluchistán y áreas tribales bajo administración federal. <<

[68] atchcan: palabra intraducible. <<

[69] Ríen du tout: de nada (respuesta cortés a «gracias»).<<

[70] syces: mozos de cuadra, sobre todo en la India. <<



[71] tonga: vehículo ligero, de dos ruedas utilizado en las zonas rurales de la India<<



[72] Por favor, responda. Responder a la muerta. Escribe si se puede detener la cita con ella. <<

[73] ryot: término general usado en la India para los cultivadores campesinos. <<

[74] anofeles: mosquito de largos palpos cuya hembra es transmisora de los protozoos causantes del paludismo. <<

[75] cocotte: prostituta. <<

[76] gram: garbanzos, ampliamente utilizado como alimento en Asia tropical. <<